

LA SEÑORA BOVARY

GUSTAVO FLAUBERT



LA SEÑORA BOVARY

(Costumbres de provincias)

VERSIÓN CASTELLANA

DE

T. de V.



BARCELONA

IMPRENTA DE VIUDA DE LUIS TASSO

Arco del Teatro, 21 y 23

LA PRESENTE TRADUCCIÓN ES PROPIEDAD DE ESTA CASA EDITORIAL

INDICE

	<u>Pags.</u>
DEDICATORIA.	5
Primera parte.	7
Segunda parte.	67
Tercera parte.	202
PROCESO INTENTADO CONTRA EL AUTOR.	305
Acusación del fiscal imperial.	307
Defensa.	329
Sentencia.	381

A

Marie-Antoine-Jules Senard

del Colegio de Abogados de París,
ex Presidente de la Asamblea Nacional
y antiguo Ministro del Interior

Querido é ilustre amigo:

Permitame poner su nombre al comienzo de este libro y al frente de la dedicatoria, por ser á V. principalmente á quien se debe su publicación. Gracias á la hermosa defensa que de ella hizo, mi obra ha adquirido, al menos para mí, una autoridad con la que no contaba. Acepte, pues, este homenaje de mi gratitud, que, por grande que sea, no llegará nunca á la grandiosidad de su elocuencia y á su interés por mí.

GUSTAVO FLAUBERT

París 12 Abril 1857

LA SEÑORA BOVARY

PRIMERA PARTE

I

Estábamos en plena hora de clase, cuando el Director entró, seguido de un *novato* que vestía traje de campesino, y de un mozo cargado con un gran pupitre. Los que dormían se despertaron, y cada cual se levantó fingiendo ser sorprendido en su trabajo.

El Director hízonos seña de que podíamos continuar sentados, y dirigiéndose al profesor,

—Señor Roger—díjole á media voz,—le recomiendo este nuevo discípulo, que entrará con los de quinto curso. Si su trabajo y su conducta son meritorios, se le pasará *con los mayores*, como reclama su edad.

Quieto en un rincón, casi detrás de la puerta, apenas si veíamos al *novato*, que era un muchachote de pueblo, de unos quince años aproximadamente, y más alto que cualquiera de nosotros.

Llevaba el pelo cortado al rape como un chantre rural, su aspecto era serio y su aire embarazado. A pesar de no ser muy ancho de espaldas, su chaqueta verde con botones

negros debía molestarle en las costuras de las mangas, y dejaba ver, al extremo de éstas, unos puños coloradotes, acostumbrados á la desnudez. Sus piernas, con medias azules, salían de un pantalón amarillento sujeto con tirantes. Calzaba zapatos claveteados y poco limpios.

Comenzamos el repaso de las lecciones, escuchándonos el *novato* con tanta atención y religiosidad como si oyese un sermón, no atreviéndose á moverse para cruzar las piernas ó apoyar el codo. Cuando, al dar las dos, sonó la campana, tuvo el profesor que llamarle la atención para que se colocara en fila con nosotros.

Teníamos la *costumbre*, cuando entrábamos en clase, de tirar las gorras debajo de los bancos, procurando que levantasen la mayor cantidad posible de polvo al chocar contra la pared; pero, fuese por ignorancia de esta maniobra ó por timidez natural, el hecho es que ya habíamos terminado la oración y el *novato* continuaba con su gorra sobre las rodillas. Esta gorra era rarísima: su confección, de orden compuesto, participaba de los elementos del chascás, la gorra de piel, el casquete turco y el gorro de lana: era una de esas cosas desdichadas cuya fealdad muda tiene la profundidad de expresión del rostro de un imbécil. Ovoide y armada con ballenas, tenía tres anchos galones en su base, después una franja roja, luego unos adornos de terciopelo y piel de conejo recortados en forma romboidal, á continuación una especie de saco que terminaba en un polígono de cartón, y sobre éste un bordado de dibujo complicadísimo, del cual pendían cordoncitos rematados por bellotitas de madera. La gorra era nueva, á juzgar por el brillo de la visera.

—Póngase de pie—exclamó el profesor.

Al levantarse, cayósele la gorra. Toda la clase rompió á reir.

Agachóse para recogerla; pero un codazo del vecino volvió á tirársela, y tuvo necesidad de recogerla de nuevo.

—¡Suelte usted ese casco!—gritóle el profesor, que era hombre de buen humor.

Las carcajadas fueron tan generales, que desconcertaron al pobre muchacho, el cual no sabía ya si seguir con la gorra en la mano, tirarla ó ponérsela. Decidió volver á sentarse, colocándosela sobre las rodillas.

—Levántese usted—insistió el profesor,—y dígame su nombre.

El muchacho articuló con voz temblorosa un nombre ininteligible.

—¡Repítalo!

Volvió á oírse el mismo barullo de sílabas, coronado por las carcajadas de toda la clase.

Entonces, como quien adopta una resolución extrema, y abriendo una boca enorme, lanzó á voz en grito, como si llamara á alguien, la siguiente frase:

—¡*Carbovary!*

El escándalo que se produjo fué enorme: se gritaba, se aullaba, se ladraba, repitiendo todos: ¡*Carbovary!* ¡*Carbovary!*, hasta que por fin fué calmándose, no sin oírse de cuando en cuando, como un petardo mal apagado, el estallido de alguna risa que contagiaba á los de un mismo banco.

Bajo una lluvia de pescozones, el orden pudo restablecerse, y el profesor, que pudo al fin adivinar el nombre de Carlos Bovary haciéndoselo repetir, deletrear y releer, mandó al pobre diablo que tomase asiento en el banco de *la pereza*, colocado al pie de la mesa de la cátedra.

Echó á andar el muchacho, pero antes titubeó.

—¿Qué busca usted?

—Mi gorr...—contestó tímidamente, á la vez que miraba á su alrededor con ojos inquietos.

—¡Quinientos versos de castigo á toda la clase!—gritó furiosamente el profesor, con lo cual contuvo, como el *Quos ego*, una nueva borrasca.—¡Todos quietos!—añadió indignado limpiándose el sudor con el pañuelo.—En cuanto á usted, joven, me copiará veinte veces el verbo *ridiculus sum*.—Y luego, dulcificando un tanto la voz, añadió:—Ya parecerá su gorra: no se la han robado á usted.

Volvió todo á la calma anterior. Las cabezas se inclinaron sobre los libros, y el *novato* permaneció durante dos horas en actitud ejemplar, aunque de vez en cuando iba á dar en su cara alguna que otra bolita de papel; pero él se limpiaba impasible y permanecía inmóvil, con los ojos bajos.

Por la noche, al volver al estudio, sacó de su pupitre unos manguitos, ordenó todo lo suyo y arregló el papel cuidadosamente.

Le vimos que trabajaba á conciencia, acudiendo al diccionario en busca de cada palabra, y gracias á este esfuerzo de su voluntad no pasó á otra clase inferior; pues si bien conocía regularmente todas las reglas, carecía, en cambio, de

elegancia en los giros. Había recibido del cura de su pueblo las primeras lecciones de latín, habiéndose visto sus padres, por razón de economía, obligados á enviarle al colegio todo lo más tarde que les fué posible.

Su padre, el señor Carlos-Dionisio-Bartolomé Bovary, antiguo practicante de Sanidad militar, comprometido, allá por el año 1812, en asuntos de quintas y obligado á abandonar el servicio, se aprovechó de sus prendas personales para atrapar una dote de sesenta mil francos que le llevó la hija de un comerciante en gorras, la cual se había enamorado de su físico.

Guapo, dicharachero, sabiendo hacer sonar sus espuelas, luciendo sus patillas unidas al bigote, con los dedos ensortijados y sus trajes llamativos, tenía aire de matón unido á esa alegría frívola del viajante de comercio.

Una vez casado, vivió dos ó tres años del dinero de su mujer, comiendo bien, levantándose tarde, fumando sus enormes pipas de porcelana, retirándose á casa después de acabados todos los espectáculos y frecuentando los cafés.

Murió el padre de su mujer, dejando poco dinero; esto indignó á Bovary, decidiéndole á proseguir su negocio, en el cual tuvo pérdidas, por lo que hubo de abandonarlo, dedicándose al campo, donde quiso hacer valer sus facultades; pero como de agricultura entendía lo mismo que de industria, resultó que montaba sus caballos en vez de enviarlos á que labrasen, se bebía la sidra en botellas antes de venderla por barricas, comíase la mejor del gallinero y daba grasa á las botas con la manteca de sus puercos, hasta que se convenció de que le sería más provechoso abandonar toda especulación.

Por unos doscientos francos de renta alquiló, en un pueblo situado entre Caux y la Picardía, una casa mitad granja, mitad hotel, y apesadumbrado, roído de penas, acusando al cielo, encerróse allí á los cuarenta y cinco años, perdida la fe en los hombres, según decía, y decidido á vivir en paz.

Su mujer tuvo un tiempo de estar loca por él, amándole con servilismo, que sólo le valió alejarle más de ella. Alegre, expansiva y enamorada, al envejecer sufrió el cambio que sufre el vino al contacto del aire: habíase avinagrado su carácter, tornándose gruñona, malhumorada y nerviosa. ¡Sufrió tanto sin quejarse, al principio, cuando lo veía persiguiendo á todas las mujerzuelas del pueblo, para regresar de

malos sitios rabioso y borracho! Hasta que al cabo rebelóse su orgullo, y entonces ahogó su rabia en un estoicismo mudo que conservó hasta su muerte.

Dedicóse por entero á la dirección de la casa, siendo ella la que iba á consultar á los abogados, á ver al juez, á cuidarse de los vencimientos y á obtener prórrogas: al mismo tiempo que en la casa cosía, repasaba, planchaba, vigilaba la servidumbre y pagaba las cuentas. Por su parte, el señor, constantemente embrutecido en una somnolencia de la que no salía si no era para decir cosas desagradables, continuaba en su ocupación de fumar junto á la chimenea y escupir en la ceniza.

Al tener un hijo, fué preciso darle nodriza que lo crió en su casa, y cuando volvió el chiquitín ya destetado, tuvo todos los mimos de un príncipe. La madre atracábale de dulces, el padre le dejaba corretear descalzo, y con aires de filósofo decía que no veía inconveniente en que el chico fuese desnudo como los hijos de los animales. Enfrente de las teorías maternas, él había concebido un ideal viril de la infancia, por el que había de formarse su hijo, para lo cual debía educársele rudamente, á la espartana, con objeto de que adquiriese una constitución robusta. Acostábalo en una habitación fría, y enseñábale á beber el ron á grandes tragos y á lanzar insultos al paso de las procesiones. Pero como el chico era de natural pacífico, no correspondía á estos esfuerzos. Su madre le tenía siempre junto á ella, recortándole muñecos de cartón, contándole cuentos y entreteniéndose con él en largos monólogos llenos de alegres melancolías y mimos delicados. Viéndose aislada en la vida, amontonó sobre aquella cabecita de niño todas sus vanidades perdidas y deshechas. Soñaba para él las más grandes posiciones y veíale ya hombre, bello, espiritual, siendo ingeniero ó magistrado. Enseñóle á leer y algo de música, haciéndole aprender dos ó tres canciones que ella le acompañaba en un viejo piano de la casa. A todo lo cual, el señor Bovary, poco afecto á las letras, decía que aquello *no valía la pena*. ¿Tenían ellos medios para sostenerle en un colegio oficial, para comprarle un título ó para establecerlo en el comercio? Además, *para triunfar siempre en la vida no hace falta más que mucho tupé*.

La señora Bovary, al oírle, se mordía los labios sin contestar, y el chico seguía correteando por el pueblo detrás de los trabajadores y apedreando las bandadas de cuervos. Comía moras, apaleaba los pavos, estropeaba los sembrados, corría

por el bosque, jugaba, los días de lluvia, en el pórtico de la iglesia, y, en las grandes festividades, obtenía del sacristán que le dejase repicar las campanas para colgarse de la cuerda y sentirse suspendido al voltearlas.

De este modo fué creciendo, fuerte como un roble, y sano y coloradote.

Al cumplir los doce años, consiguió la madre que empezase á estudiar, y fué el cura quien recibió el encargo de darle las primeras lecciones, tan cortas y tan de tarde en tarde, que apenas si le aprovecharon. Tenían lugar en la sacristía, á ratos perdidos, de pie, entre un bautizo y un entierro, ó después del *Angelus*, le subía el *páter* á su habitación, donde las moscas y las mariposas nocturnas revoloteaban alrededor de la luz. Hacía calor, y el chico solía dormirse, no tardando mucho en imitarle el cura, que roncaba con la boca abierta y las manos cruzadas sobre el vientre.

Otras veces, cuando el sacerdote volvía de viaticar á algún enfermo, veía á Carlos que correteaba por el campo; le llamaba, echábale un sermón de un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión para hacerle conjugar un verbo debajo de un árbol, hasta que la lluvia ó algún transeunte interrumpían la clase. Por lo demás, el profesor hallábase satisfecho del discípulo y hasta elogiaba su buena memoria.

Pero aquello no podía continuar: la madre fué enérgica, y el padre, avergonzado ó cansado tal vez, cedió de buen grado y se convino en que, pasado un año, el chico haría la primera comunión.

Transcurrido este tiempo, Carlos fué enviado al colegio de Rouen, llevándole su propio padre en ocasión de ser la feria de San Román, en el mes de octubre.

Sería difícil recordar algo de lo relacionado con él durante aquella época. Baste saber que era un muchacho de temperamento pacífico, que jugaba á las horas de recreo, trabajaba en las de estudio, era atento en clase, dormía tranquilo en su cama y comía con buen apetito en el refectorio.

Estaba encargado de él el dueño de un almacén de quincalla al por mayor, establecido en la calle Ganterie, el cual venía por él un domingo de cada mes y se lo llevaba á ver el puerto y los barcos, trayéndole al colegio á las siete, antes de la cena.

La noche del jueves dedicábala Carlos á escribir á su ma-

dre una larga carta, con tinta encarnada y tres sellos de lacre en el sobre; después repasaba sus apuntes de Historia, ó leía el *Anacarsis* en un volumen muy antiguo que andaba siempre rodando por el salón. En los ratos de paseo, hablaba siempre con el criado, que era de su mismo pueblo.

A fuerza de aplicación, estuvo siempre entre los medianos de la clase, aunque una vez llegó á obtener accésit en Historia natural; pero al terminar el tercer año, sus padres se lo llevaron del colegio, convencidos de que podría por sí solo terminar el bachillerato y hacer los estudios de medicina.

Su madre le encontró una habitación en un cuarto piso que daba al Eau-de-Robec, y en casa de un tintorero conocido suyo. Cuidó de su instalación, dándole por muebles una mesa, dos sillas y una cama de madera que hizo traer del pueblo, y le compró un brasero con la provisión de combustible necesaria para que se calentase su pobre hijo.

A los ocho días partió la buena señora, no sin recomendarle mil veces que se condujera bien al quedarse abandonado á sí mismo.

El programa de los cursos que leyó en el cuadro de anuncios, le aturdió: clases de Anatomía, de Patología, de Fisiología, de Farmacia, de Química, de Botánica, de Clínica, de Terapéutica, sin contar la Higiene y las materias médicas, nombres todos cuya etimología le era desconocida y que se le aparecían como las puertas de otros tantos santuarios llenos de tinieblas, augustas para él.

No comprendía nada, aunque esforzaba su atención; pero, á pesar de esto, trabajaba, llenaba de notas sus cuadernos, no perdía una sola clase y cumplía su obligación de igual modo que el caballo de una noria que da vueltas con los ojos vendados, sin enterarse de lo que hace.

Para mayor economía, su madre enviábale todas las semanas, por el ordinario, un trozo de ternera asada que servía para almorzar todas las mañanas al volver del Hospital, teniendo muchas veces que limpiarlo de hormigas. Después iba á la clase, al Hospital, al anfiteatro, y volvía á casa desempedrando las calles.

Por la noche, después de la modesta comida que hacía con el tintorero, subía á su habitación y se entregaba al estudio mientras humeábale la ropa húmeda al calor del brasero al rojo.

En los días hermosos del verano, cuando las calles, caldeadas, están sin gente, apoyábase de codos en la ventana.

El río, que hacía de aquel barrio de Rouen una especie de Venecia sucia, se deslizaba á sus pies con tonos amarillos, violáceos ó azules al pasar bajo los puentes. Obreros inclinados en la orilla se lavoteaban manos y brazos. Pendientes de perchas que salían de lo alto de los graneros, veíanse madejas de algodón secándose al aire. Enfrente, por encima de los últimos tejados, extendíase un cielo puro en el que se destacaba una puesta de sol rojiza. ¡Qué bien debía estarse allí abajo! ¡Qué frescura la de aquellas lejanas alamedas!... Y sus narices se dilataban para aspirar los sanos olores del campo que no llegaban hasta él.

Adelgazó y creció: su rostro tomó una expresión de delicadeza que le hacía casi interesante.

Poco á poco, por descuido, fué desligándose de sus obligaciones: un día faltó al Hospital, otro á la clase, y saboreando su pereza, acabó por no volver más.

Se acostumbró á ir á la taberna, aficionándose al dominó. Todas las noches se metía allí, y aquello de golpear con las fichas el mármol de las mesas parecíale un acto de libertad que lo elevaba á sus propios ojos. Fué como la iniciación suya en el mundo, el acceso á los placeres prohibidos, y cuando se retiraba á su casa, ponía la mano en el picaporte con un placer casi sensual. Entonces fué cuando hicieron explosión en él muchas cosas hasta entonces comprimidas: aprendió *couplets*, fué entusiasta de Beranger, se aficionó á los ponches de ron y conoció el amor.

Toda esta maniobra le hizo, naturalmente, fracasar por completo al examinarse de practicante. ¡Y aquella misma noche le esperaban en la casa de sus padres para celebrar el triunfo!

Partió á pie, y á la entrada del pueblo se detuvo, haciendo venir á su madre para revelárselo todo. Una vez en casa, la pobre señora se dió trazas para disculpar al estudiante, achacándolo todo á la injusticia de los profesores.

Hasta cinco años después no supo el señor Bovary lo ocurrido, y, como cosa vieja ya, pasó por ella, no pudiendo, además, creer que un descendiente suyo fuese un imbécil.

Carlos volvió de nuevo á aplicarse, y aprendiéndose de memoria todos los temas, acabó por obtener el título con una buena nota.

¡Qué gran día aquel para su madre! Se dió una espléndida comida en la casa.

¿Dónde iría Carlos á ejercer? Lo mejor era á Tostes, donde no había más que un médico, ya viejo, cuya muerte venía espiando la señora Bovary desde hacía tiempo; y aun el pobre señor no se disponía á morir, cuando Carlos fué á establecerse como sucesor suyo.

Pero no estaba todo hecho con haber educado al hijo haciéndole médico é instalándolo en Tostes; haciale falta una mujer, y se dió con ella: la viuda de un alguacil del juzgado de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años de edad y mil doscientas libras de renta.

Aunque fea, seca como aspa de molino, y con más granos que una primavera, no faltaban á la señora Dubuc partidos donde elegir, y la madre de Carlos tuvo necesidad de eliminarlos á todos valiéndose de distintas mañas, una de ellas descubrir las intrigas de un choricero á quien protegían los curas.

Carlos, por su parte, había vislumbrado en el matrimonio una mejora de posición, imaginando que de este modo sería más libre y podría disponer á su arbitrio de su persona y de su dinero.

Pero no ocurrió así: su mujer se erigió en dueña, y el pobre marido, delante de la gente, se veía obligado á decir y hacer cuanto ella quería, á ayunar los viernes, vestir á gusto de ella y asediar á los clientes que se retrasaban en el pago. Su mujer abría las cartas, espiábale los pasos y escuchaba detrás de la puerta cuando venía á la consulta alguna mujer. Había de darle él el chocolate por las mañanas y colmarla de atenciones, á pesar de lo cual quejábale constantemente de los nervios, del pecho y de los humores. La molestaban las pisadas de él; si la dejaba sola, hacíasele odiosa la soledad: si volvía á su lado era para verla morir, indudablemente. Por la tarde, al volver Carlos de la visita, salía ella de entre mantas, sacaba sus brazos flacos y desnudos rodeándole el cuello; y haciéndole sentar al borde de la cama, comenzaba á hablarle de sus pesares: «él la olvidaba»... «quería á otra»... «Ya le habían pronosticado que sería desgraciada»... Y acababa aquello pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de amor.

II

Una noche, serían las once, despertó á Carlos y á su mujer el trote de un caballo, que fué á detenerse precisamente á la puerta de su casa. La criada abrió un ventanillo del granero, y durante un momento habló con el jinete, que venía en busca del médico, y traía una carta. Bajó *Nastasia* y fué á abrir la puerta dando vuelta á las cerraduras y descorriendo los cerrojos uno á uno. El hombre dejó atado el caballo, y siguiendo á la criada entró en la casa. Sacó del fondo de su gorra de lana una carta envuelta en un pedazo de tela, y la presentó delicadamente á Carlos, que se incorporó sobre la almohada para leerla. *Nastasia*, cerca de la cama, sostenía la luz. La señora, por pudor habíase vuelto hacia la pared y enseñaba la espalda.

La carta, sellada con lacre azul, suplicaba al señor Bovary que fuese inmediatamente á la hacienda de los Bertaux, para curar una pierna rota. De Tostes á Bertaux hay una distancia de seis leguas pasando por Longueville y San Víctor. La noche era oscura. La señora, temiendo cualquier accidente para su marido, decidió que el mozo se iría antes para avisar, y que Carlos partiese tres horas después, cuando la luna brillase. Un muchacho saldría á su encuentro para enseñarle el camino de la hacienda.

Próximamente á las cuatro de la mañana, Carlos, bien abrigado con una manta, se puso en camino para Bertaux. Adormilado aún por el calor del sueño, se dejaba mecer por el trote de su caballo; y cuando se paraba delante de esos hoyos rodeados de espinos que se colocan al lado de los surcos, despertaba Carlos sobresaltado, y acordándose de la pierna rota, procuraba refrescar en su memoria todas las clases de fracturas que estudió. La lluvia había cesado, comenzaba á amanecer, y sobre las ramas de los manzanos sin hojas, los pájaros permanecían inmóviles, rizando sus plumas el viento fresco de la mañana.

La llanura de la campiña extendíase más allá de lo que la vista podía alcanzar, y los grupos de árboles alrededor de las casas de labor, manchaban, á intervalos, de un tono vio-

lúceo la superficie gris, que se confundía con el horizonte donde empezaba el tono triston del cielo. De vez en cuando Carlos abría los ojos; pero en seguida, fatigado su espíritu y dominado por el sueño, entraba en una especie de embotamiento en el cual las sensaciones últimas se confundían con los recuerdos, y se veía él mismo doble, á la vez estudiante y casado, acostado en la cama, como hacía media hora, y atravesando una sala de operados, como en otro tiempo.

El olor tibio de las cataplasmas se mezclaba en su cabeza con el fresco del rocío; oía correr por la varilla de hierro las anillas de los cortinajes que separan las camas del Hospital, y veía dormir á su mujer... Al pasar por Vassonville, distinguió, al borde de la cuneta, á un muchacho sentado.

—¿Es usted el médico?—preguntó éste.

Y al oír la respuesta afirmativa de Carlos, tomó sus zapatos en la mano y echó á correr delante.

El médico comprendió, por lo que fué diciéndole su guía durante el camino, que el señor Rouault debía ser un labrador de los más acomodados. Se habia roto una pierna, la víspera por la tarde, al volver de *celebrar los Reyes* en casa de un vecino. Era viudo desde hacía dos años y vivía solo con la señorita, su hija, que le ayudaba á gobernar la casa.

Los surcos del camino se hacían más profundos. Aproximábanse á los Bertaux.

El muchacho desapareció por un hueco de la tapia, volviendo á aparecer al extremo de un patio, para abrir la verja. El caballo marchó sobre la hierba húmeda, y Carlos tenía que inclinarse para no tropezar con las ramas. Los perros ladraban dando grandes tirones de las cadenas que los retenían en sus casetas. Al entrar en los Bertaux, el caballo tuvo miedo y se encabritó.

La granja tenía buen aspecto. Podían divisarse en las cuadras hermosos caballos de labor que comían tranquilamente en pesebres nuevos. A lo largo de las naves había un ancho estercolero, y entre las gallinas y los pavos, picoteaban cinco ó seis pavos reales, lujo de los corrales campesinos. El aprisco era largo, la granja alta, de paredes lisas como la mano. Bajo un tinglado había dos grandes carretas y cuatro arados con sus látigos, sus colleras y las guarniciones completas cuyos cordones de lana azul se cubrían de polvo fino que caía de los graneros. El patio tenía una ligera pendiente, con árboles simétricamente plantados, y

el ruido alegre de una bandada de ocas se oía cerca de la balsa.

Una joven, vestida con traje de merino azul adornado de tres volantes, se adelantó al portal para recibir al señor Bovary, haciéndole entrar en la cocina, donde ardía un hermoso fuego. El almuerzo de los trabajadores cocíase en diversos pucheros de formas desiguales. Varias prendas húmedas secábanse junto á la chimenea.

La sartén, las tenazas y el mango del soplillo, todo de proporciones colosales, brillaban como el acero bruñido, mientras que la abundante batería de cocina, que se extendía á lo largo de la pared, reflejaba desigualmente la llama del hogar, al mismo tiempo que los primeros resplandores del sol, que penetraban por las ventanas.

Carlos subió al primer piso á ver al enfermo, al cual encontró en la cama, sudando bajo mantas. Era un hombre pequeño y grueso, de unos cincuenta años, de cutis blanco, ojos azules, calvo y con dos mechones sobre las orejas.

A su lado, sobre una silla, tenía un frasco con aguardiente, del cual iba bebiendo de vez en cuando para reanimar el estómago; pero al ver al médico, su exaltación cayó, y en vez de jurar, como había hecho durante doce horas, empezó á quejarse débilmente.

La fractura era sencilla, sin complicación de ningún género. Carlos no hubiera podido desearla más fácil; y recordando en aquel momento las prácticas de sus profesores junto á los lechos de los enfermos, animó á éste con buenas palabras, especie de caricias quirúrgicas que son como el aceite con que se engrasan los bisturís. A fin de tener algo con que entablillar la pierna, trajeron un paquete de latas. Carlos escogió una, la cortó en pedazos y la pulimentó con un vidrio, al mismo tiempo que la criada cortaba un lienzo para hacer vendas, y la señorita Emma trataba de coser el almohadillado. Como la joven tardaba mucho en encontrar agujas, su padre se impacientó. Emma no contestó nada, pero al coser pinchábase los dedos, que se llevaba á los labios para succionar la sangre.

A Carlos le sorprendió la blancura de las uñas de la joven, brillantes, finas, limpias como marfil de Dieppe y en forma de almendra. No obstante, su mano no era bonita, no era bastante pálida, tal vez, y un poco seca en las falanges; demasiado larga además y sin suaves inflexiones de líneas

en los contornos. Lo que de hermoso tenía indudablemente eran los ojos, que, aun siendo pardos, parecían negros por la sombra de las pestañas, y su mirada llegaba á las personas con una osadía cándida.

Concluído el vendaje, el médico fué invitado por el señor Rouault á tomar algo antes de partir. En la sala de la planta baja, junto á una cama cubierta con una indiana cuyos dibujos representaban escenas turcas, se había colocado una mesita, y sobre ella dos cubiertos con servilleteros de plata. Se percibía un olor de plantas aromáticas y de ropas húmedas que se escapaba del alto armario de roble colocado frente á la ventana.

En los rincones se veían sacos de trigo amontonados. Era el sobrante del granero, demasiado lleno, al cual se subía por tres escalones de piedra. Como ornamento de la habitación, colgaba de un clavo en medio de la pared, cuya pintura verde descascarillaba la humedad, una cabeza de Minerva al lápiz, con marco dorado, y esta inscripción: «A mi querido papá».

Hablaron primero del enfermo, después del tiempo que hacía, de los grandes fríos, de los lobos que recorrían por las noches la campiña.

La señorita Rouault no se divertía mucho en el campo, sobre todo desde que se encargó casi por completo de los cuidados de la hacienda. La frialdad de la sala le hacía temblar mientras comía, lo cual dejaba percibir sus labios carnosos, que tenía costumbre de mordisquearse en los intervalos de silencio.

Su garganta asomaba por un cuello blanco vuelto. Sus cabellos, cuyas dos bandas parecían de una sola pieza por lo alisadas que estaban, se partían en medio de la cabeza por una raya fina, que profundizando más ó menos ligeramente, siguiendo la curva del cráneo y dejando apenas ver la punta de la oreja, iba á confundirse en la parte posterior en un abundante nudo, con un movimiento ondulante en las sienas, que el médico notó entonces por primera vez en su vida.

Sus pómulos eran rosados. Llevaba, como los hombres, sujetos entre dos botones de su corpiño, unos lentes con armazón de concha.

Cuando Carlos, después de haber subido á decir adiós al padre Rouault, entró de nuevo en la sala antes de partir, en-

contró á la joven de pie, con la frente apoyada en la ventana y mirando hacia el jardín, en el cual las matas de judías habían sido derribadas por el viento.

La joven volvió la cabeza.

—¿Busca usted algo?—preguntó.

—Mi látigo—contestó Carlos.

Emma comenzó á buscar por la cama, detrás de las puertas, debajo de las sillas, hasta divisarlo en el suelo, entre dos sacos de trigo. Cuando fué á inclinarse para cogerlo, Carlos, por galantería, se apresuró, y como alargaba su brazo en la misma dirección, sintió que su pecho rozaba la espalda de la joven, inclinada debajo de él. Levantóse completamente encarnada la señorita Rouault, y miróle por encima del hombro entregándole el látigo.

En vez de volver á los Bertaux tres días después, como había prometido, al día siguiente estaba de nuevo allí, y después siguió compareciendo dos veces por semana, sin contar las visitas inesperadas que hacía como por casualidad.

Todo fué bien. La curación se hizo según las reglas, y cuando, al cabo de 46 días, se vió al padre Rouault que intentaba andar solo, fué considerado el señor Bovary como un hombre de gran capacidad. El padre Rouault decía que no le hubiesen curado mejor los primeros médicos de Ivetot, ni en Rouen mismo.

En cuanto á Carlos, no se preocupó nunca de preguntarse por qué iba á los Bertaux con placer. Hubiese pensado tal vez que era tan asiduo por la gravedad del caso ó quizá por la utilidad que esperaba obtener.

¿Y era por eso por lo que aquellas visitas constituían, entre las ocupaciones de su mezquina vida, una excepción encantadora?

Aquellos días se levantaba temprano, partía á galope, al acercarse á la granja se limpiaba los zapatos en la hierba y se ponía los guantes negros antes de entrar. Dábale placer verse en el patio, oír detrás de sí la verja que se cerraba, el gallo que cantaba en lo alto del muro, y á los mozos que venían á su encuentro. Le gustaban la granja y las cuadras, quería al padre Rouault, que le daba palmaditas llamándole su salvador, le agradaban los zuecos de la señorita Emma, cuyos talones altos aumentaban su estatura, y cuando caminaba delante de él, las plantillas de madera, al levantarse rápidas, chocaban con un ruido seco contra el cuero de la botina.

Le acompañaba ella siempre, al marcharse, hasta el primer peldaño del portal. Cuando no habían traído aún el caballo, permanecía silenciosa, porque habiéndose ya despedido, nada tenían que decirse. El aire libre la envolvía, agitando los cabellos rebeldes de la nuca ó sacudiendo sobre sus caderas las cintas del delantal que se retorcían como banderolas. Un día, en la época del deshielo, la corteza de los árboles rezumaba sobre el patio, la nieve de los tejados se fundía, y como se hallaba Emma aún en el portal, fué en busca de una sombrilla y la abrió. La sombrilla, de seda tornasolada que el sol atravesaba, iluminaba con reflejos movibles la piel blanca de su rostro. Sonreía la joven, debajo, al calor tibio, y se oían las gotas de agua, al caer, una á una, sobre el moaré tirante.

Los primeros días que Carlos frecuentó á los Bertaux, su esposa se informaba á diario del estado del enfermo, y hasta en el libro que llevaba por partida doble había escogido para el señor Rouault una hermosa página en blanco. Pero cuando supo que dicho señor tenía una hija, procuró tomar antecedentes, y se enteró de que la señorita Rouault, educada en el convento de Ursulinas, había recibido una *educación esmerada*, y sabía, por lo tanto, baile, geografía, dibujo, labores de tapicería y piano. ¡Aquello fué el colmo!

—Por eso—se dijo—pone sin duda una cara tan alegre cuando va á verla, y lleva el chaleco nuevo, á pique de estropearlo con la lluvia. ¡Ah, esa mujer, esa mujer!

E instintivamente la detestó. Primero se conformó con ciertas alusiones que Carlos no comprendía; después con reflexiones incidentales, que él dejaba pasar por temor á la tempestad; y últimamente con apóstrofes á quemarropa, á las cuales no sabía qué contestar.

—¿Por qué vuelve á los Bertaux, estando ya el señor Rouault curado, y por qué no le han pagado? ¡Ah! Porque allí hay una *persona* que sabe hablar y entretenerle con su ingenio. ¡Eso es lo que á él le gusta: señoritas educadas!

Y continuaba:

--¡La hija del padre Rouault, una señorita de ciudad! ¡Ni por pienso! Su abuelo fué pastor, y tienen un primo que fué procesado por homicidio, en una disputa. No vale la pena de meter tanto ruido, ni, de ir á la iglesia con vestidos de seda como si fuera una condesa. ¡Pobre hombre, que sin la cose-

cha de berzas del año pasado, se hubiera visto en un apuro para pagar sus atrasos!

Por pereza, Carlos dejó de ir á los Bertaux.

Eloísa le había hecho jurar, puesta la mano sobre un libro de misa, que no volvería, después de muchos sollozos y muchos besos, en una gran explosión de amor. Obedeció, pero la fuerza de su deseo protestó contra el servilismo de su conducta, y por una especie de hipocresía débil, quiso que aquella prohibición de verla, fuera para él como un derecho á amarla. Y además, la viuda era flaca, tenía los dientes largos, llevaba en todo tiempo un mantoncito negro cuya punta le caía entre los dos omoplatos; su talle duro lo disimulaban las faldas, demasiado cortas, que descubrían sus tobillos, con las cintas de los zapatos anchos entrecruzándose sobre medias grises.

La madre de Carlos iba á verles de vez en cuando; pero al cabo de algún tiempo, la nuera pareció haberla predispuerto contra el hijo, y entonces, como dos cuchillos, ambas la emprendían contra él con sus reflexiones y sus observaciones. Que no hacía bien comiendo tanto. Que por qué había de ofrecer una copa al primero que llegaba. Que era testarudez negarse á llevar franela.

Sucedió que, al principio de la primavera, un notario de Ingouville, depositario de los fondos de la viuda Dubuc, se embarcó para otros países llevándose consigo todo el dinero que guardaba en su estudio. Eloísa poseía aún, además de una parte en un barco, valuada en seis mil francos, una casa en la calle de San Francisco; y no obstante, nada, excepto un poco de mobiliario y algunos trapos, había aparecido, de tan cacareada fortuna, á última hora.

La casa de Dieppe se encontró carcomida de hipotecas hasta en sus pilares: lo que el notario tenía en depósito sólo Dios lo sabía, y la parte del buque no valía más de unos mil escudos. ¡Luego la virtuosa dama había mentido! En su desesperación, el señor Bovary, padre, rompió una silla contra el suelo y acusó á su mujer de haber causado la desgracia de su hijo uniéndole á un carcamal como aquel.

Fueron á Tostes. Hubo explicaciones y escenas. Eloísa, anegada en llanto, echóse en brazos de su marido rogándole que la defendiera de sus padres. Carlos quiso hacerlo, pero aquéllos se enfadaron y partieron.

El golpe estaba dado. Ocho días después, estando Eloísa

tendiendo ropa en el patio, fué invadida por una oleada de sangre, y al día siguiente, mientras Carlos, vuelto de espaldas, corría la cortinilla de la ventana, se la oyó decir: «¡Ah! ¡Dios mío!», exhaló un suspiro y se desmayó. ¡Estaba muerta!

Cuando todo acabó en el cementerio, Carlos volvió á su casa. No encontró á nadie en la planta baja y subió al primer piso. En la habitación vió la ropa de ella colgada aún cerca de la alcoba... Entonces, apoyándose en el secreter, permaneció hasta la noche sumido en un ensueño doloroso. ¡Después de todo, la pobre le había amado!

III

Una mañana, el señor Rouault se presentó en casa de Carlos á abonarle la cura de la pierna, trayéndole setenta y cinco francos en monedas de á cuarenta sueldos, y una hermosa pava.

Había sabido lo de su viudez, y trató de consolarle como pudo.

—¡Yo también sé lo que es eso! Me ha sucedido lo mismo, y cuando perdí á mi difunta me iba yo solo al campo, me tiraba debajo de un árbol, y allí lloraba y rezaba, y hacía una porción de tonterías. Y cuando pensaba que otros podían en aquel momento abrazar con ganas á sus mujercitas, empezaba á dar palos en el suelo. Me tenía tan loco la pena, que ni comer podía: me repugnaba atrozmente hasta la idea de ir al café. Pero después, dulcemente, un día tras otro, una primavera tras un invierno y un otoño tras un verano, todo ha ido borrándose poco á poco; ha ido desapareciendo, no del todo, porque siempre queda algo en el fondo, un peso aquí, en el corazón. ¡Qué se le ha de hacer? Es nuestro destino y no hay que dejarse abatir ni querer morir porque otros hayan muerto... Es preciso que se anime usted, señor Bovary; esto pasará. Venga usted á vernos; mi hija le recuerda y dice que es usted el que nos olvida. Está al caer la primavera, y pronto hemos de ir á tirar á los conejos: eso le distraerá á usted.

Carlos aceptó el consejo. Volvió por la granja, encontrándolo todo como antes, á pesar de los cinco meses transcurridos. Los perales estaban ya en flor, y el bueno de Rouault, que tenía á gala poder andar, iba y venía de un lado para otro animando la casa.

Creyendo deber suyo colmar de atenciones al médico en virtud de la desgracia que le afligía, impedíale que se descubriera, le hablaba en voz baja como á un enfermo, y hasta se enfadó porque no le habían preparado una merienda bastante delicada. Además, le contó historias y cuentos que hicieron reír á Carlos; pero le asaltó á éste el recuerdo de su mujer, y volvió á quedarse taciturno; se sirvió el café, y nuevamente lo olvidó todo.

A medida que se habituaba á vivir solo, pensaba cada vez menos en lo pasado. El placer nuevo de la independencia hacíale soportable la soledad. Ahora podía comer á la hora que quisiera, entrar y salir sin dar cuenta á nadie, y cuando estaba cansado y era de su gusto, se tendía á sus anchas en el lecho. De este modo, se cuidaba, aceptando, al mismo tiempo, los consuelos que se le ofrecían.

Por otra parte, la muerte de su mujer no le había perjudicado en su profesión; todos dijeron durante el mes siguiente: «¡Pobre joven! ¡Qué desgracia la suya!» Y se había extendido su fama, aumentando la clientela. Sobre todo, podía ir á los Bertaux cuando quería.

Carlos abrigaba en su interior una esperanza no definida, una felicidad vaga: solía encontrarse de más agradable físico cuando se arreglaba las patillas ante el espejo.

Una tarde, serían las tres, llegó á la granja en ocasión de haberse ido todo el mundo al campo. Entró en la cocina sin ver á Emma al pronto, á causa de estar entornadas las ventanas, por cuyas rendijas el sol entraba rayando de luz el suelo y las esquinas de los muebles, y jugando tembloroso en el techo. Las moscas se agolpaban en los vasos sucios que había sobre la mesa, y revoloteaban hasta caer ahogadas en los posos de sidra. La claridad que entraba por la chimenea hacía brillar el hollín y azuleaba ligeramente las muertas cenizas. Sentada entre el hogar y la ventana, Emma cosía. No tenía pañuelo sobre los hombros, y éstos aparecían desnudos y goteados de sudor.

Según inveterada costumbre, la joven ofrecióle de beber, insistiendo de tal manera y tan sonriente, que no pudo resistir

á la proposición de beber juntos. Emma trajo una botella de curaçao, dos copitas, llenó una de ellas, y en la otra apenas vertió unas gotas, llevándosela á los labios después de brindar á su salud.

Como apenas contenía licor su copa, tuvo que inclinarse hacia atrás para apurarla, y de esta forma, estirando sus labios y terso el cuello, reía la joven inconscientemente, al propio tiempo que hacía llegar al fondo de la copa la puntita de su lengua.

Después se sentó, continuando su costura que consistía en zurcir una media blanca de algodón. Cosía sin hablar; Carlos también callaba. El aire que se colaba por debajo de la puerta arremolinaba el polvo sobre los ladrillos. Él la miraba no oyendo más que un martilleo interior en su cerebro y el cacareo lejano de una gallina que iba á poner.

Emma se refrescaba el rostro de vez en cuando, aplicándose la palma de la mano después de haberla pasado por la bola de hierro de los morillos del hogar.

Cuando hablaron se quejó de que con el cambio de estación le daban mareos, y preguntóle á Carlos si le sentarían bien los baños de mar. Luego hablaron, ella del convento y Carlos del colegio; después subieron á las habitaciones de arriba, donde Emma le enseñó sus papeles de música, sus premios y sus coronas amontonadas en el fondo de un armario. Habló ella de su madre, del cementerio, y le indicó el sitio del jardín donde cogía flores los viernes para llevarlas á su tumba. Se quejó de que el jardinero no entendía de las flores ni las cuidaba bien. Ella hubiera querido pasar los inviernos en la ciudad, aunque también eran aburridos en el campo los días larguísimos del verano; y á medida que hablaba, su voz era clara, aguda, lánguida y á veces modulábala de forma que acababa en murmullos al hablarse á sí misma; tan pronto alegre, dilatando sus ojos ingenuos, como triste, entornando los párpados, anegando de hastío la mirada y dejando vagar el pensamiento.

Cuando, por la tarde, marchábase, Carlos iba repitiendo las frases de Emma para completar su sentido y reconstruir en su imaginación la vida anterior de la joven antes de él conocerla. Pero nunca pudo verla en su pensamiento de modo distinto á como la vió la primera vez ó como dejaba de verla en el instante de pensar en ella. Preguntábase cómo sería ella cuando se casase, y con quién. ¡Demonios! ¡Fra tan rico

su padre y ella tan bonital... Pero la imagen de Emma volvía á aparecérsese, y algo monótono como el runrún de un peón zumbábale en los oídos: «¡Si tú te casaras con ella!»

Por la noche no durmió; secósele la garganta, tuvo sed, se levantó para ir á beber y abrió la ventana: el cielo estaba estrellado, corría un viento cálido, y allá lejos ladraban los perros.

Volvió la cabeza hacia el lado de la granja.

Pensando que, después de todo, nada arriesgaba, decidió pedir la mano de Emma á la primera ocasión que se le presentase; pero, cada vez que ésta llegaba, invadía el miedo de no encontrar palabras á propósito.

El padre Rouault hubiera visto con gusto que le librasen del cargo de su hija que, por otra parte, servíale de poco en la casa; la disculpaba en su interior, pareciéndole demasiado delicada para el cuidado del campo, profesión sobre la que parecía haber caído la maldición del cielo, puesto que ningún labrador llegó nunca á verse millonario. Lejos de hacer fortuna, cada año disminuía la suya con pérdidas, pues si bien en el mercado triunfaba con sus astucias, en cambio era inepto para el gobierno interior de su casa. Por su gusto no sacaba nunca las manos de los bolsillos, ni economizaba nada de lo que le fuese grato, dedicándose á comer bien, dormir mejor y tener buena lumbre. Era gran aficionado á la sidra, á la carne sangrando y los ponches batidos. Comía en la cocina, él solo, en una mesita junto al fuego, donde se la llevaban ya servida, como las que se sacan en el teatro.

Por eso, al caer en la cuenta de que Carlos se ponía colorado cuando estaba junto á su hija—síntoma evidente de que el día menos pensado se la pediría en matrimonio,—comenzó ya á rumiar el asunto. Carlos parecíale algo enclenque, no siendo el yerno que él habría deseado; pero tenía fama de buena conducta, de ser económico é instruido, lo cual hacía sospechar que no sería muy exigente en lo tocante á la dote. Esto, unido á que el frustrado agricultor iba á verse obligado á vender parte de sus tierras para pago de deudas á operarios y para componer el árbol de la prensa, le hizo pensar:

—Si me la pide, se la doy.

Llegó San Miguel, y Carlos fué á pasar tres días á la granja. Al tercero, que había transcurrido tan sin incidentes como los dos anteriores, se despidió, acompañándole el pa-

dre Rouault gran trecho del camino, y cuando iban á separarse, se presentó la ocasión. Carlos había ido pensándolo, prometiéndose no pasar de aquel sitio sin decidirse.

—Señor Rouault—exclamó,—yo quisiera decirle á usted una cosa.

Se detuvieron ambos. Carlos calló.

—Pues venga lo que sea, sin miedo; ¿ó es que usted cree que yo no me figuro lo que es?

—Señor Rouault... señor Rouault...—balbuceó Carlos.

—Por mí no hay inconveniente—continuó el padre.—Pero aunque la pequeña opine lo mismo, hay necesidad de preguntárselo. Márchese, pues, que yo me vuelvo á casa. Si me dice que sí ella, convendría que no volviese usted, por la gente y por ella. Pero para que usted no esté pudriéndose la sangre, yo correré del todo la cortina de la ventana y usted podrá ver la seña asomándose por lo alto de la tapia.

Y el buen hombre se alejó.

Carlos ató su caballo á un árbol y se puso á esperar en el sendero. Transcurrió media hora, después otros diez y nueve minutos contados por su reloj. De pronto oyóse un ruido: era la cortina que acababa de correrse según lo convenido: la varilla de hierro temblaba aún.

A la mañana siguiente, al dar las nueve, hallábase ya Carlos en la granja.

Emma se ruborizó al verle, tratando de sonreír para disimular. El señor Rouault abrazó á su futuro yerno. Hablaron después de lo tocante á intereses, aunque era algo prematuro, puesto que el matrimonio, por el buen parecer, no se celebraría hasta que Carlos hubiese cumplido el luto, ó sea hasta la primavera del año próximo.

Transcurrió el invierno, ocupándose Emma de su *trousseau*, del cual una parte fué encargado á Rouen, haciéndose ella misma las camisas y las gorras de dormir, con arreglo á figurines que pidió prestados.

En las visitas que Carlos hacía, hablábase de los preparativos, de la habitación donde se daría la comida, del número de platos y de los principios que se elegirían.

Emma hubiera querido casarse de noche, á la luz de las antorchas; pero su padre no entendía de tales cosas.

Fué una boda á la que asistieron cuarenta y tres personas, duró la comida diez y seis horas, y continuó varios días más.

IV

Los convidados llegaron temprano en sus coches: tálburis, charabancs de dos ruedas, viejos cabriolés sin capota, faetones con cortinas de cuero; y la gente joven de los pueblos próximos, en carretas, sobre las cuales iban de pie, en fila, sosteniéndose en las bandas para no caer á cada sacudida. Acudieron gentes de diez leguas á la redonda: de Goderville, de Normanville y de Cany. Se había invitado á los parientes de las dos familias, reconciliáronse con los amigos enfadados, y se había escrito á los conocimientos olvidados desde larga fecha.

De cuando en cuando se oían chasquidos de látigo en la otra parte del valle, la verja se abría en seguida, y un tálburi entraba galopando hasta el primer peldaño del portal; se detenía en firme y vaciaba su carga, saliendo todos frotándose las rodillas y estirando los brazos.

Las señoras llevaban gorro y vestían á la moda de la ciudad: cadenas de reloj de oro, pelerinas de puntas cruzadas en la cintura, ó pañoletas de color prendidas á la espalda con un alfiler, que les dejaba al descubierto el cuello por detrás. Los chiquillos vestían como sus papás; parecían molestos con sus trajes nuevos (muchos hasta estrenaron aquel día el primer par de botas de su vida); y se veía entre ellos, sin decir una palabra, con el vestido blanco de la primera comunión, arreglado para la boda, alguna jovencita de catorce á diez y seis años, ruborizada, asustada, con los cabellos grasientos de pomada rosa y con temor de ensuciar los guantes.

Como no había bastantes mozos de cuadra que desenganchasen los caballos, los señores arremangaban sus brazos y lo hacían por sí mismos. Según su distinta posición social, llevaban levita, redingots, americanas, chaqués; levitas buenas rodeadas de toda la consideración de la familia y que no salían del armario más que en las grandes solemnidades; redingots de largos faldones flotando al viento, de cuello cilíndrico y de enormes bolsillos como sacos; chaquetas de paño grueso que iban acompañadas de gorras de visera; chaqués

muy cortos, con dos botones como un par de ojos, y cuyos faldones parecían cortados en una misma pieza á golpe de hacha. También había invitados (pero esos debían comer en el extremo inferior de la mesa) que llevaban blusas de día de fiesta, es decir, con el cuello vuelto sobre los hombros, la espalda fruncida con pliegues y un cinturón que las entallaba.

Las camisas planchadas parecían corazas. Todo el mundo se había remozado en lo posible: peladas las cabezas hasta separarse de ellas las orejas, las caras afeitadas recientemente: algunos, que se habían tenido que levantar al alba, obligados á hacerse la barba con poca luz, llevaban cortes debajo de la nariz ó en las mejillas, rozaduras redondas y del tamaño de una moneda de dos francos, que el aire había inflamado durante el camino, lo cual manchaba de placas rojas todas aquellas blancas caras rebosantes de satisfacción.

Como la alcaldía se encontraba á media legua de la hacienda, se dirigieron á ella á pie, y á pie volvieron una vez terminada la ceremonia en la iglesia. El cortejo, al principio unido como una banda de color que ondulaba en la campiña, serpenteando á lo largo del estrecho sendero, entre los trigos verdes, fué alargándose poco á poco y dividiéndose en grupos para hablar. El músico iba delante, con su violín adornado con cintas; los esposos le seguían inmediatamente: los parientes, los amigos después, y por último los niños, que se divertían arrancando granos de avena y jugando entre ellos sin que se les viese. El vestido de Emma, demasiado largo, arrastraba la cola; de vez en cuando ella se detenía para recogerla, y entonces, delicadamente, con sus dedos enguantados, quitaba las hierbas silvestres y las espinas de los cardos. El padre de Emma, con su sombrero de seda nuevo y cubriéndole las manos los adornos de las bocamangas de la levita, daba el brazo á la madre de Carlos. En cuanto al señor Bovary padre, despreciando en el fondo á toda aquella gente, vestía un redingot con una hilera de botones, de corte militar, y dirigía galanterías de taberna á una campesina rubia, que saludaba y se ruborizaba sin saber qué contestar. Los demás acompañantes hablaban de sus negocios ó bromeaban lanzándose ya á la alegría. Aguzando el oído, se percibía continuamente el crin crin del violinista, que seguía tocando en medio del campo. Cuando advirtió que la comitiva se había quedado atrás, detúvose á tomar aliento, dió

resina al arco, con objeto de que las cuerdas sonaran más, y después continuó su camino, subiendo y bajando el mástil de su violín para marcar mejor el compás. El ruido del instrumento hacía volar á los pajarillos.

En el sotechado donde se colocaban los carros, habíase dispuesto la mesa. Sobre ella colocaron cuatro lomos de vaca, seis fricasés de pollo, ternera en cazuela, tres jigotes y, en medio, un hermoso cochinillo asado rodeado de cuatro morcillas con acederas. En los ángulos había garrafas de aguardiente. La sidra dulce en botellas hacía subir su fermento espeso hasta los tapones, y todos los vasos aparecían llenos de vino hasta los bordes. Grandes fuentes de crema amarilla, que temblaba al menor movimiento de la mesa, presentaban dibujadas, sobre su superficie lisa, las iniciales de los recién casados, en arabescos caprichosos.

Se había hecho venir á un pastelero de Ivetot para las tortas y los dulces. Como era la primera vez que ejercía en el país, había querido esmerarse, y á los postres, apareció con un ingenioso ramillete que causó profunda admiración. En la base había un cuadrado de cartón azul, que figuraba un templo con pórticos, columnatas, estatuillas de estuco alrededor de los altares, y constelaciones de estrellas de papel dorado; en el segundo cuerpo se elevaba un castillejo hecho de pastel de Saboya, rodeado de pequeñas fortificaciones de naranja, almendras, pasas; y últimamente, sobre la plataforma superior, que era un prado verde, se veían rocas orillando lagos de confitura, barcos de cáscara de avellana y un Amorcillo balanceándose en una cuna de chocolate, cuyos dos pilares estaban coronados por dos capullos de rosas naturales, á guisa de bolas.

Se comió hasta la noche. Cuando se cansaban de estar sentados, paseaban por el patio ó jugaban una partida y después volvían á la mesa. Algunos se durmieron y roncaban.

Pero á la hora del café, volvió la animación; comenzaron las canciones, se hicieron juegos de fuerza, se levantaron pesos, hubo quien se sostuvo sobre el pulgar, se probó levantar las carretas sobre los hombros, se dijeron frases de color subido, se besó á las señoras. Por la noche, á la hora de partir, los caballos, repletos de avena hasta las narices, apenas si podían entrar en los varaes; pifaban, se encabribaban, rompían las guarniciones, y sus dueños juraban ó se

reían; y toda la noche, á la claridad de la luna, se vieron, por los caminos del país, cabriolés que corrían vertiginosamente, saltando por los baches, pasando por encima de los montones de grava, rozando los desmontes, con mujeres que echaban el cuerpo fuera del carruaje para coger las riendas.

Los que se quedaron en los Bertaux pasaron la noche bebiendo en la cocina. Los niños se habían dormido sobre los bancos.

La desposada había suplicado á su padre que la librase de las bromas de costumbre. No obstante, un primo suyo pescadero (que hasta había traído como presente de boda dos lenguados) se disponía á echar un buche de agua por el ojo de la llave, cuando el padre Rouault llegó oportunamente para impedirlo, y le explicó que la posición seria de su yerno no consentía semejantes inconveniencias. El primo se contuvo, pero de mala gana. En su interior acusó al padre Rouault de orgulloso, y fué á reunirse, en un rincón, con otros cuatro ó cinco individuos que, habiendo dado la casualidad de que en la mesa les tocaran las peores porciones, se quejaban de que les habían tratado mal, criticaban á su huésped y, con palabras veladas, deseaban su ruina.

La señora Bovary madre no había abierto la boca en todo el día. No se le había consultado ni sobre el traje de la nuera, ni sobre el programa del festín, y retiróse temprano. Su esposo, en vez de acompañarla, envió por cigarros á San Víctor y fumó hasta el día, bebiendo grogs al kirsch, mezcla desconocida para la reunión, y que fué para él motivo de la consideración general.

Carlos no era de temperamento alegre, y no se había hecho notar durante la boda. Contestaba de una manera resignada á las gracias, epigramas, frases de doble sentido y cumplimientos que todo el mundo creía tener obligación de dirigirle desde que la sopa fué servida.

Al otro día, en cambio, parecía un hombre distinto. Se le hubiese podido tomar por la virgen de la víspera, en tanto que la novia mostrábase impenetrable. Los más audaces no sabían qué decir, y la miraban perplejamente cuando pasaba por su lado.

Carlos no se tomaba la molestia de disimular. La llamaba «mi mujer», la tuteaba, preguntaba á todos por ella, la buscaba, á menudo se la llevaba á los patios y se les veía á lo

lejos, entre los árboles, pasándole la mano por la cintura, andando inclinado hacia ella, arrugando con su cabeza la pechera de su vestido.

Dos días después de la boda, partieron los esposos, porque Carlos, á causa de sus enfermos, no podía estar más tiempo ausente. El padre Rouault les hizo marchar en su cabriolé, y les acompañó hasta Vassonville. Allí besó á su hija y volvióse á su casa. Cuando hubo dado unos cien pasos, detúvose para mirar hacia atrás, y viendo al carruaje que se alejaba entre una nube de polvo, exhaló un profundo suspiro. Después se acordó de su boda, de los días pasados, del primer embarazo de su mujer; también estuvo él muy alegre el día que se la llevó de casa de sus padres á la suya, ella á la grupa y trotando el caballo sobre la nieve, pues era por Navidad y el campo estaba todo nevado. Ella se cogía á él con un brazo, y con el otro sujetaba una cesta: el viento agitaba los largos encajes de su tocado, que algunas veces le llegaban á la boca, y cuando él volvía la cabeza, veía cerca de sí, sobre sus hombros, un rosado semblante que sonreía silenciosamente bajo la cabellera de oro que el gorro ocultaba. Para calentarse los dedos, los introducía de vez en cuando en su pecho. ¡Cuánto tiempo hacía de todo eso! ¡Su hijo ahora tendría treinta años! Miró entonces otra vez hacia atrás, y nada se veía ya en el camino. Se sintió triste como una casa desamueblada; los recuerdos tiernos se mezclaban á los pensamientos negros en su cerebro oscurecido por los vapores de la francachela, y sintió deseos por un momento de ir á dar una vuelta hacia el lado de la iglesia. Pero como tuvo miedo de que eso le entristeciera más, resolvió irse directamente á su casa.

Los esposos Bovary llegaron á Tostes cerca de las seis de la tarde. Los vecinos se asomaban á las ventanas para ver á la nueva consorte del médico.

La vieja criada se presentó, saludó á la señora y se excusó de que la comida no estuviese preparada aún; después la acompañó á que tomase posesión de la casa.

V

La fachada de ladrillos de la casa de Carlos correspondía á la alineación de la calle, ó de la carretera, mejor dicho. Detrás de la puerta de entrada había colgadas una capa de cuello corto, una brida, una gorra de cuero negro, y en un rincón, en el suelo, se veía un par de polainas aun sucias de barro ya seco. A la derecha estaba la sala, es decir, la habitación donde se comía y donde se vivía. Un papel amarillo canario, orlado en lo alto por una guirnalda de flores pálidas, cubría, mal pegado, el lienzo de la pared; cortinas de tela blanca, ribeteadas con un galón en zigzag, se entrecruzaban á lo largo de las ventanas, y sobre la estrecha repisa de la chimenea relucía un reloj con la cabeza de Hipócrates, entre dos candelabros de plaqué, con globos ovalados. Al otro lado del corredor estaba el gabinete de Carlos, un cuarto pequeño, de unos seis pasos de ancho, con una mesa, un sillón de despacho y tres sillas. Los tomos del *Diccionario de ciencias médicas*, sin cortar las hojas, pero cuya encuadernación había sido estropeada por todas las ventas por que había pasado, guarnecían casi por completo los seis estantes de una biblioteca de madera de abeto. El olor de la manteca frita penetraba en el gabinete á través de la pared, de igual modo que en la cocina se oía, durante las consultas, toser á los enfermos y contar su historia. Venía en seguida, con puertas al patio, donde se hallaba la cuadra, una habitación muy grande, con el horno, la cual servía de depósito de leña y de almacén de hierros viejos, de toneles vacíos, de instrumentos de labranza fuera de uso, con otra infinidad de cosas llenas de polvo, las cuales era imposible distinguir.

El jardín, más largo que ancho, estaba formado por las dos paredes del corral, cubiertas de albaricoqueros en espaldera, hasta una valla de espino que lo separaba de los campos. En medio había un reloj de sol, de pizarra, sobre un pedestal de mampostería: cuatro hileras plantadas de rosales silvestres, raquíticos, rodeaban simétricamente el cuadrado destinado á las legumbres. Al fondo, bajo los abetillos, una estatuilla en yeso de un fraile que leía su breviario.

Emma subió á las habitaciones superiores. La primera no estaba amueblada; pero en la segunda, que era la alcoba, se veía una cama de caoba con colcha encarnada. Una caja de concha decoraba la cómoda; y sobre el secreter, cerca de la ventana, y en un jarrón, se conservaba un ramo de flores de azahar, atado con cintas de raso blanco. Era un ramo de desposada, el ramo de *la otra*. Emma lo miró.

Carlos, al advertirlo, cogió el ramo y se lo llevó al desván, mientras, sentada en un sillón, pensaba ella en su ramo del día de la boda, que estaba metido en una caja de cartón, y se preguntaba qué harían de él si, por casualidad, ella muriese. Durante los primeros días se ocupó en disponer diversos cambios en la casa. Hizo quitar los globos de los candelabros, mandó empapelar de nuevo algunas habitaciones, pintar la escalera y colocar bancos en el jardín, alrededor del reloj de sol, y hasta preguntó qué se necesitaba para tener un pilón con surtidor de agua y peces de colores. En fin, su marido, sabiendo que á ella le gustaba pasear en coche, encontró uno de lance, que, una vez con faroles nuevos y guardarruedas de cuero, parecía casi un tílburí.

Bovary era dichoso y no se preocupaba de nada. Una comida teniendo á su esposa enfrente, un paseo á la tarde por la carretera, verla pasarse la mano por el cabello, fijarse en el sombrero de paja de ella colgado del pestillo de una ventana, é infinidad de detalles en los que Carlos no había sospechado nunca que existiese un placer, eran ahora la base de su dicha sin solución de continuidad.

En la cama, al despertar, y juntas las cabezas sobre la almohada, Bovary miraba cómo la luz del día tornasolaba el vello de las mejillas rosadas de su mujercita: viéndola tan cerca, sus ojos le parecían agrandados, sobre todo cuando abría repetidas veces los párpados al despertarse: negros en la obscuridad y azules á la luz del día, tenían como capas de colores oscuros, que, más espesos en el fondo, iban aclarándose hacia la superficie del esmalte.

Sus ojos, los de él, se perdían en aquellas profundidades, y allí se veía en pequeño hasta los hombros, con el pañuelo con que se cubría la cabeza y la parte superior de su camisa entreabierta. Levantábase y vestíase.

Ella se asomaba á la ventana para verle salir, y allí permanecía apoyada entre dos macetas de geranios, con sólo el peinador, que llevaba suelto. Carlos, en la calle, se calzaba las

espuelas, y ella le hablaba en voz alta, arrancando de vez en cuando con la boca algún pétalo de flor, que le echaba, soplándolo, y que, revoloteando, deteniéndose, haciendo giros en el aire, como un pájaro, iba, antes de caer, á enredarse en las crines despeinadas de la vieja yegua blanca, inmóvil en la puerta. Carlos, ya á caballo, le enviaba un beso; ella le contestaba con un mohín gracioso, cerraba la ventana, y él partía. Entonces, por la carretera que dilataba su cinta de polvo, por los caminos vecinales donde los árboles se inclinan formando túnel, en los senderos donde los trigos le llegaban hasta las rodillas; con el sol sobre las espaldas y el aire de la mañana azotándole el rostro, el corazón lleno de las felicidades de la noche, tranquilo el espíritu, contenta la carne, se iba rumiando su dicha, como aquellos que saborean, después de comer, el gusto de las trufas que están digiriendo.

Hasta el presente no había tenido la vida nada de bueno para él. Su época de colegial, cuando permaneció encerrado dentro de aquellas altas paredes, solo en medio de sus camaradas, más ricos ó más inteligentes que él, á los cuales hacía reír por su acento y que se burlaban de sus trajes, y cuyas madres, cuando los llamaban á la sala de visitas, les llevaban pasteles en el manguito: ó, más tarde, cuando, estudiando ya medicina, nunca tuvo bastante dinero para convidar á un baile á cualquier obrera que llegase á ser su querida, ¿podían compararse á su reciente felicidad?

Después había vivido catorce meses con la viuda, cuyos pies en la cama estaban fríos como témpanos de hielo. Ahora era cuando poseía para siempre aquella linda mujer que él adoraba. El universo, para él, no iba más allá de la curva, suave como la seda, de su corpiño; y se acusaba de no amarla bastante; y sentía deseos de volverla á ver; y volvía en seguida, subiendo á saltos la escalera, con el corazón agitado.

Emma, en su cuarto, estaba ocupada en su *toilette*: llegaba él muy despacio, y, sin hacer ruido, la besaba la espalda y ella lanzaba un grito.

Bovary no podía sustraerse al afán de tocar continuamente sus peinecillos, sus sortijas, su ropa; muchas veces la besaba ruidosamente en las mejillas, ó le daba besitos continuados á lo largo de su brazo desnudo, desde la punta de los dedos hasta los hombros; y ella le rechazaba, entre sonriente y enojada, como á un niño pesado.

Antes de casarse, había creído estar enamorada; pero la

dicha que debiera haber resultado de ese amor no llegaba. «Sin duda me equivoqué», pensaba. Y Emma quería saber exactamente lo que en la vida es *felicidad, pasión, embriaguez*, palabras que tan bellas le habían parecido al leerlas en los libros.

VI

Emma había leído *Pablo y Virginia*, que le hacía soñar con aquella casita de *bambú*, aquel negro Domingo, el perro *Fiel* y, sobre todo, con la dulce amistad de aquel hermanito que se encarama á los altos árboles para coger frutas y corre, desnudo de pies, por la arena, llevando nidos de pájaros.

A los trece años, su padre la llevó á la ciudad para que ingresase en el convento. Pararon en una posada del barrio de San Gervasio, donde cenaron en platos que tenían pintados los episodios de la vida de la Vallière, con inscripciones descascarilladas por el roce de los cubiertos, y en las cuales se enaltecía la religión, las delicadezas de corazón y las pompas de la corte.

Lejos de aburrirse, al principio, en el convento, gustóle el trato de las buenas hermanas, que, para distraerla, la llevaban á la capilla, que comunicaba con el refectorio por un largo corredor.

En las horas de recreo jugaba poco, se penetraba bien del sentido del catecismo y ella era la que siempre contestaba las preguntas difíciles del señor vicario. Viviendo en la tibia atmósfera de las clases y entre aquellas mujeres de blancos rostros que llevaban rosarios con cruces y medallas de cobre, fué adormeciéndose con dulzura en la languidez mística que emanaba del incienso de los altares, del agua bendita de las pilas y del llamear de los cirios. Durante la misa, distraíanla las viñetas piadosas de su libro con tapas bordadas en azul y se encariñaba con «la oveja sacrificada», «el sagrado corazón con agudas flechas clavadas» ó «el pobre Jesús que cae al peso de la cruz sobre sus hombros». Quiso hacer penitencia y mortificarse, para lo cual probó á pasar

un día entero sin comer. En su imaginación exaltada buscaba algún voto que cumplir.

Cuando se confesaba, inventaba pecadillos para estar más tiempo de rodillas en la obscuridad, con la cara pegada á la celosía, oyendo el cuchicheo del confesor. Las frases de sentido religioso, tales como «prometido», «esposo», «amante celestial» y «matrimonio eterno», que son imágenes de la oratoria sagrada, destilaban en el fondo de su alma dulzuras imprevistas.

De noche, antes del rezo, había en la clase lectura religiosa, que solía ser un resumen de Historia sagrada ó las *Confencias* del abate Frayssinous, y los domingos, como nota más amena, pasajes del *Genio del cristianismo*. ¡Cómo escuchó, la primera vez, aquellas lamentaciones sonoras impregnadas de romántica melancolía, cuyos ecos repercutían en la tierra y en la eternidad! Si su infancia hubiese transcurrido en la trastienda de un barrio comercial, seguramente su alma se hubiera dejado invadir ahora por el lirismo de la naturaleza que no solemos conocer más que por medio de la literatura. Pero ella sabía de memoria lo que era el campo y el balido de las ovejas, las faenas del establo y el rodar de las carretas. Habituada á los aspectos tranquilos, buscaba los accidentados. Admiraba el mar sólo por sus tempestades, y el verdor únicamente cuando se ostentaba entre ruinas. De todas las cosas necesitaba asimilarse algo que le llegara al corazón, repugnando todo lo demás como inútil; y siendo su temperamento más sentimental que artístico, buscaba emociones y no paisajes.

Frecuentaba el convento una solterona, que cosía la ropa blanca por recomendación del arzobispo, en atención á ser descendiente de una noble familia arruinada en la época de la Revolución; y durante los ocho días que allí pasaba, comía en el refectorio á la mesa de las hermanas y hablaba con ellas de sobremesa antes de reanudar su labor. Las pensionistas solían hacer escapadas de la sala de estudios para ir á verla, porque sabía muchas canciones galantes del siglo pasado, que cantaba en voz baja mientras cosía; refería historias pasadas, traía noticias y encargos de la ciudad y solía prestar á las mayores, en secreto, alguna novela de las que ella devoraba también largos capítulos en los ratos que descansaba de la costura. Casi todas eran novelas amorosas donde había amantes y damas perseguidas que se perdían

en pabellones solitarios, postillones muertos, caballos reventados, bosques sombríos, corazones torturados, juramentos, suspiros, lágrimas y besos, góndolas á la luz de la luna, rui-señores en la selva, caballeros valientes como leones, dulces como corderos, virtuosos como ya no se tiene idea, siempre elegantes y que lloraban como fuentes.

Tenía Emma entonces quince años, y durante seis meses manchó sus manos el polvo de estos libros de los viejos gabinetes de lectura. Con Walter Scott aprendió cosas históricas, soñó con cofrecillos misteriosos, cuerpos de guardia, y hubiera querido vivir en algún viejo castillo feudal como aquellas castellanas de esbelto talle que, bajo el trébol de las ojivas, pasaban sus días con el codo en la piedra de la ventana, el mentón en la mano y esperando ver surgir del fondo del panorama un gallardo caballero de blanca pluma galopando sobre brioso corcel negro. Por entonces tuvo culto por María Estuardo y veneraciones llenas de entusiasmo por mujeres ilustres ó infortunadas: Juana de Arco, Inés Sorel, la bella Ferrounière y Clemencia Isaura, que, para ella, se destacaban como fulgidos cometas en la inmensidad tenebrosa de la Historia donde, además, se distinguían, pero perdidos entre sombras y sin relación entre sí, san Luis con su roble, Bayardo moribundo, las crueldades de Luis XI, algo de la Saint-Barthelemy, la pluma del Bearnés, y el recuerdo constante de aquellos platos que tenían pintados en su fondo dibujos exaltando á Luis XIV.

Las lecciones de canto que daba eran romanzas hablando de angelitos de alas de oro, vírgenes, lagos y gondoleros, composiciones sencillas é ingenuas que le hacían vislumbrar la atractiva fantasmagoría de las realidades sentimentales.

Había compañeras suyas que tenían libros de cuentos, los-cuales había que ocultar y leerlos en el dormitorio. Emma acariciaba aquellos libros de encuadernación satinada y clavaba sus ojos en el nombre de aquellos autores desconocidos que con frecuencia firmaban añadiendo el título de conde ó vizconde. Temblaba al levantar de un soplo el papel de seda que cubría los grabados y que al separarse iba á caer dulcemente sobre la otra página. La lámina solía representar la balaustrada de un balcón, tras de la cual un mancebo de capa airosa estrechaba entre sus brazos á una joven vestida de blanco; ó bien, retratos de ladies de pelo rubio, que bajo el sombrerillo de paja miraban con sus grandes ojos de azul

clarísimo. En otras estampas había carruajes deslizándose por un parque, ó un lebrél saltando ante el tronco que guiaban dos ó tres postillones de calzón blanco. En algunas había una dama soñadora, sentada en un sofá, contemplando la luna por la entreabierta ventana, y cerca, un billete amoroso caído en el suelo. A veces, figuras ingenuas, resbalando una lágrima por sus mejillas y besando á una tórtola á través de los hierros de una jaula gótica ó sonriendo lánguidamente y deshojando una margarita con sus dedos curvos y largos como espolones. También había allí sultanes de largas pipas, sentados en toneles y entre sus brazos las bayaderas; sables turcos, gorros griegos, y, sobre todo, paisajes grises, sitios estrambóticos, que á lo mejor ofrecían á la contemplación palmeras, abetos y tigres á la derecha, un león á la izquierda, minaretes tártaros recostados sobre el horizonte; en primer término unas ruinas romanas, detrás unos camellos, y sirviendo de fondo á todo esto, un bosque virgen y un rayo de sol perpendicular quebrándose en el agua donde nadaba un grupo de cisnes...

Y la pantalla del quinqué, suspendido sobre la cabeza de Emma, enfocaba aquellos dibujos que iban pasando ante la vista en el silencio del dormitorio, sólo interrumpido por el rodar lejano de algún fiacre que cruzaba, retrasado, por el bulevar.

Cuando murió su madre, Emma lloró mucho los primeros días. Encargó que le hiciesen un cuadro fúnebre con cabellos de la muerta, y en una carta que escribió á su padre, toda llena de reflexiones tristes sobre la vida, pedía que la enterasen, el día de su muerte, en la misma tumba de su madre.

El pobre padre se alarmó, creyendo que estaba enferma, y fué á verla. Emma tuvo en aquella ocasión la satisfacción interior de verse llegar de golpe á ese extraño ideal de las existencias pálidas, al cual no alcanzan jamás los corazones mediocres. Se dejó perder en los laberintos lamartinianos, oyendo las arpas en los lagos, el canto del cisne al morir, las hojas caídas, las vírgenes puras ascendiendo al cielo y la voz del Eterno retumbando en los bosques sagrados.

Llegó al fin á cansarse de todo aquello, sin confesarlo; pero siguió, por costumbre, después por vanidad, y al cabo se vió sorprendida por sentirse tranquila, sin tristezas en el corazón ni arrugas en la frente.

Las buenas religiosas del convento, que habían llegado á

creer en su vocación, notaron con gran sorpresa que la señorita Rouault se les escapaba de entre las manos. Habían abusado tanto, en efecto, de oficios, novenas y sermones, exagerándole tanto el respeto que se debe á los santos y á los mártires y prodigado tantos consejos para la castidad de la carne y la salud del alma, que acabó la joven por hacer lo que el caballo á quien se tira mucho de la brida: pararse en firme sin tascar el freno. Aquel espíritu, positivo en medio de sus entusiasmos, que amaba la iglesia por las flores, la música por la letra de las romanzas y la literatura por lo que tenía para ella de excitación pasional, insubordinóse ante los misterios de la fe, como se irritaba ante la disciplina por antipática á su constitución.

Cuando su padre la retiró del convento, nadie sintió su marcha y hasta se alegró la superiora, porque había creído advertir, en los últimos tiempos, que la joven era poco respetuosa con la comunidad.

Emma, al volver á su casa, tomó con gusto la dirección de ésta; pero al cabo de cierto tiempo cobró antipatía á la vida del campo y sintió la nostalgia del convento.

Por la época en que Carlos fué á la granja por primera vez, sentíase desilusionada, como quien nada tiene ya que descubrir ni nada nuevo que sentir.

Pero la ansiedad de conocer un nuevo estado de vida ó quizá la irritación que le causara la presencia de aquel hombre, bastaron á hacerla creer que existía en ella una pasión maravillosa, quieta hasta entonces, como un ave hermosa de rosado plumaje que hubiera estado cerniéndose en esplendurosos cielos poéticos, sin poder imaginar que la calma en que hasta ahora había vivido fuese la felicidad que había soñado.

VII

Había veces que Emma pensaba en que aquellos debían ser los más hermosos días de la vida, la luna de miel, aunque ella no había saboreado la dulzura de ésta, que consiste en el arribo á países de nombres sonoros, donde el despertar después de la boda tiene lánguidas perezas.

En sillas de posta, con cortinillas azules, se va ascendiendo por escarpados caminos, entre el canto del postillón, el tintineo de las esquilas del ganado y el ruido sordo de una cascada: á la puesta del sol, se aspira en la ribera del golfo el aire cargado del perfume de los limoneros; después, por la noche, en la terraza de la quinta, solos, con las manos entrecruzadas, contemplar las estrellas, haciendo cálculos y proyectos...

Parecía á ella que debía haber sitios así donde brotase la dicha, como una planta especial que requiere determinado terreno. ¡Oh! ¡No poder ella apoyarse de codos en el balcón de un chalet suizo, ó ir á encerrar su tristeza en un valle escocés, con un marido que vistiese traje de terciopelo negro, botas flexibles y vueltas en las mangas!...

Emma hubiera querido hacer á alguien confidente de estas cosas: pero ¿cómo explicar un mal incomprendible que cambia de forma como las nubes y de giro como el viento? Le faltaban palabras y ocasión para atreverse á ello.

Sin embargo, si Carlos lo hubiese querido, si una mirada suya alguna vez hubiese ido al encuentro de su pensamiento, tenía ella la seguridad de que una abundante verbosidad hubiera caído de su corazón como cae el fruto maduro del árbol con sólo apoyar una mano. Pero á medida que entre ambos estrechábase la intimidad, iba produciéndose una separación interior que la desligaba á ella de él.

La conversación de Carlos era monótona y llana como la acera de una calle, y todas las ideas de los demás pasaban ante él con indiferencia, sin impresionarle en ningún sentido, sin emocionarle, sin hacerle pensar ni aun reír. Según él nunca, mientras estuvo en Rouen, sintió la curiosidad de ir al teatro á ver los artistas de París. No sabía nada, ni tirar el sable, ni manejar la pistola; y en cierta ocasión no supo explicarle á Emma un término de equitación que ésta había leído en una novela. ¿No debía un hombre conocerlo todo, distinguirse por sus múltiples habilidades, iniciar á la mujer en las energías de la pasión, en los refinamientos de la vida y en todos sus misterios? Pero Carlos no le enseñaba nada, porque él nada tampoco sabía y nada deseaba saber. Él creíala dichosa, y ella, en cambio, iba cobrándole odio, á causa de aquella calma, aquella pesadez de hombre satisfecho que su propia felicidad le producía.

Emma solía dibujar algunas veces, lo cual era para

Carlos una gran distracción: contemplábala de pie, viéndola inclinarse sobre el cartón, entornar los ojos para ver mejor los detalles del dibujo, ó hacer distraídamente bolitas con la miga de pan que tenía para borrar.

Cuando tocaba el piano, lo que más le admiraba á él era la rapidez de ejecución, el aplomo y la seguridad con que recorría todo el teclado sin interrumpirse; y, gracias á su pulsación, el viejo piano, cuyas cuerdas temblaban, se hacía oír al otro extremo del pueblo si la ventana estaba abierta, y muchas veces, el escribiente del alguacil, que pasaba por la carretera, se detenía á escuchar, con las papeletas de citación en la mano.

Además de esto, Emma llevaba bien el manejo de la casa. Pasaba las cuentas á los enfermos, escritas en letra tan historiada que no parecían facturas; si algún domingo tenían convidados, se las componía de forma que presentaba algún plato delicado, adornaba la mesa con frutas haciendo pirámides de ciruelas sobre pámpanos de vides, los dulces moldeados eran servidos en platos especiales, y llegó hasta á preocuparse de comprar un servicio de cristal para enjuagarse, á los postres. Todo esto servía para aumentar la consideración de Carlos hacia ella.

Llegó él hasta á estimarse á sí propio en mayor grado por el hecho de poseer una mujer como aquella. Había en el comedor dos pequeños croquis dibujados por ella, encuadrados en anchos marcos y colgados con cordones azules, los cuales se complacía en enseñar con orgullo á todo el mundo. Los domingos, á la hora de la salida de la misa, veíale la gente sentado á la puerta de la casa luciendo unas coquetonas zapatillas bordadas.

Carlos solía retirarse de la visita bastante tarde; muchas veces, después de las diez de la noche. Como á esas horas la criada se había acostado, Emma solía servirle la cena. Quedábase en mangas de camisa, daba cuenta á su mujer de todas las personas que había visto, los sitios que había recorrido, las recetas que había puesto, y, satisfecho de sí mismo, apuraba la menestra, se lanzaba al queso, después se comía una manzana, vaciaba la botella del vino y se iba á la cama, acostándose boca arriba y roncando, á poco, como un bendito.

Acostumbrado al gorro de dormir durante mucho tiempo, no se le sujetaba bien el pañuelo de seda que ahora usaba, y amanecía con los cabellos revueltos, cayéndole por la cara

llenos de la pelusilla de la almohada. Usaba botas fuertes, que le hacían un pie enorme, pero que él encontraba insustituibles para el campo.

Su madre le daba la razón en estos detalles de economía; porque, como en tiempos atrás, iba á visitarle siempre que en su casa había tenido disensiones con el señor Bovary.

La buena señora parecía, sin embargo, tener cierta secreta prevención contra su nuera: le parecía ver en la casa «demasiada ostentación para tan poca fortuna»: se gastaba la leña, el azúcar y la luz como en «una gran casa», y con el carbón que se derrochaba en la cocina había para guisar cincuenta platos. Se permitía arreglar la ropa de los armarios é inspeccionar la carne cuando la traía el carnicero. Emma aguantaba estas lecciones que su suegra le prodigaba, y las frases de *hija mía* y *mamá*, cambiadas entre sí durante el día, eran pronunciadas por ambas con un ligero fruncimiento de labios revelador de una sorda cólera que disfrazaban con palabras dulces.

Cuando vivía la anterior mujer de Carlos, la madre de éste sabía que era la preferida; pero ahora tenía celos del amor de su hijo á Emma, pareciéndole que ésta le arrebatava su ternura, y contemplaba la felicidad de Carlos con ese frío silencio con que contemplan los que están arruinados á aquellos que viven y comen en la que fué su propia casa. Comparaba insidiosamente sus sacrificios con los descuidos de Emma, y acababa por deducir que no era razonable adorarla de un modo tan exclusivo y absoluto.

Carlos no sabía qué contestar: respetaba á su madre y amaba infinitamente á su mujer. Daba por infalible el juicio de la primera, y, sin embargo, no encontraba nada que reprochar á la segunda. Cuando su madre se marchaba á su casa, trataba él entonces, de una manera tímida, de repetir algunas de las más simples observaciones hechas por su madre; pero Emma, con media palabra le demostraba que no tenía razón y le mandaba que se ocupara sólo de sus enfermos.

Hubo un momento en que Emma quiso poner en práctica sus teorías sobre el amor, y en el jardín, á la luz de la luna, recitaba poesías delicadas y cantaba romanzas melancólicas; pero llegó á notar que seguía tan tranquila como antes y que Carlos tampoco parecía por ello ni más enamorado ni más enardecido. Cuando se hartó de golpear como

en un eslabón, para arrancar chispas del corazón de Carlos, sin conseguirlo, por su incapacidad para compenetrarse con los sentimientos de ella y para creer en todo lo que no tuviese valor y forma convenientes, fué cuando Emma acabó por persuadirse, sin gran dolor, de que la pasión de Carlos no tenía nada de extraordinario. Era en él una costumbre como las demás de su vida, como el postre que ya sabe uno que han de servirle siempre al final de la comida ordinaria.

Un guardabosque, á quien Carlos curó de una fluxión al pecho, le regaló á Emma una galguita italiana que ella sacaba á pasear las veces que se decidía á salir para verse á solas y perder de vista, aunque fuese un momento, aquel jardín y aquella carretera llena de polvo á que estaba condenada.

Solía llegar hasta el bosque de hayas de Banneville, donde había un pabellón abandonado y donde, entre grupos de altas cañas, un gran foso se abría al pie del muro.

Su primera mirada al llegar era para convencerse de que nada había cambiado desde su última visita. Todo igual: las ortigas bordeando las grandes piedras, el líquen manchando á lo largo de las tres ventanas, siempre cerradas, con sus puertas carcomidas y sus barrotes oxidados.

Su pensamiento, sin objeto determinado, vagaba al azar como la galguita que corría persiguiendo las doradas mariposas, cazando musarañas y mordisqueando las amapolas de un sembrado de trigo próximo. Después, iba fijando sus ideas, y, sentada sobre el musgo que golpeaba con la punta de su sombrilla, solía preguntarse:

—¿Por qué me casé, Dios mío?

Preguntábase, además, si el azar no hubiera podido colocarla junto á otro hombre, y entonces pensaba en aquel marido desconocido, en otra vida distinta, en sucesos imprevistos. En efecto: todos los maridos no eran como el suyo; pudo el otro ser bello, espiritual, distinguido, atrayente, como lo serían, á no dudar, los que se habrían casado con sus compañeras de colegio...

¿Qué harían ellas ahora? Estarían en la gran ciudad, entre el ruido de las calles, la animación de los teatros, los bailes llenos de luces, viviendo, en fin, una vida donde el corazón se expansionaba y dilatábanse los sentidos.

Su vida, en cambio, era fría como un desván con ventana al norte, donde el fastidio, igual que una araña silenciosa, va-

líase de la obscuridad para tejer su tela por todos los rincones de su corazón.

Acordábase de los días del reparto de premios, cuando subía al estrado para recoger las coronas, con los cabellos aun en trenza, su traje blanco, sus zapatitos de raso y su aire gentil, felicitándola luego todos los señores; veía el patio del colegio lleno de carruajes, gente que la saludaba desde las portezuelas al partir, el director de la orquesta que había tocado, que pasaba saludando también y llevando la caja con el violín. ¡Qué lejos todo aquello!

Llamaba entonces á *Djall*, su perrita; la colocaba sobre sus rodillas, pasábale la mano por su fina cabeza y solía hablarla:

—¡Vamos, bese usted á su ama, usted que no tiene penas!

Y contemplando el rostro melancólico del animalito, que se acurrucaba en su falda, Emma se enternecía, comparábase con ella y seguía hablándola con el tono de quien consuela á un triste.

Alguna vez llegaban hasta allí ráfagas, brisas del mar, que atravesando toda la llanura de Caux, traían á los campos el fresco salobre de las playas. Los juncos silbaban y las hojas de los árboles estremecíanse ligeramente mientras las copas seguían balanceándose con su eterno rumor. Emma ajustábase el chal sobre los hombros y se ponía de pie.

La luz de tonos verdosos cernida por el follaje caía sobre el césped de la avenida de hayas que crujía al ser pisado por Emma. A la puesta del sol, veíase enrojecido el cielo por entre los troncos de los árboles, casi todos iguales y plantados en fila, semejando una columnata de tonos oscuros sobre fondo de oro; asaltábala una especie de miedo, llamaba á *Djall* y regresaba á Tostes yendo de prisa por la carretera. Cuando llegaba á la casa, se dejaba caer en un sillón y ya no decía palabra en toda la noche.

Pero cuando acababa Septiembre, un hecho extraordinario vino á alterar su vida: fué invitada á la Vaubyessard por el marqués de Andervilliers.

Este aristócrata, que había sido ministro de Estado bajo la Restauración, trataba de volver á la política, á cuyo efecto preparaba con tiempo su candidatura de diputado. En invierno no regateaba á nadie la leña en sus posesiones, y en el Parlamento pedía siempre con gran interés carreteras para su distrito.

En aquella ocasión, efecto de los grandes calores, había tenido un absceso en la boca, del que Carlos le había curado como por milagro, sin tener que coger el bisturí. Al mandar á un apoderado suyo á Tostes para pagar á Carlos la operación, aquél vió que en el huertecillo del médico se criaban unas magníficas cerezas. Lo supo el marqués, y como en la Vaubyessard los cerezos eran malos, pidió al médico unos cuantos pies para plantarlos y se creyó luego en el deber de ir á darle las gracias, siendo entonces cuando conoció á Emma, descubriendo en ella un talle y unas maneras distinguidas, tanto, que á nadie en el castillo pareció luego una inconveniencia haber invitado al joven matrimonio.

Un miécoles, á las tres, los señores de Bovary, instalados en su coche, partieron para la posesión del marqués, llevando á la zaga una gran maleta y en la parte de delante una sombrerera enorme. Carlos llevaba además otra caja de cartón entre las piernas.

Anocheecía cuando llegaron, y en el parque comenzaban á encender grandes bombas para alumbrar la llegada de los carruajes.

VIII

El castillo, de construcción moderna, estilo italiano, lo componían dos cuerpos salientes con tres graderías, y alzabase en medio de un inmenso prado donde pacían algunas vacas, entre macizos de altos árboles y grupos de arbustos, rododendrones, magnolias y *bolas de nieve*, que bordaban con su verdura desigual la curva del sendero enarenado. Un arroyo pasaba bajo un puente; á través de la niebla se distinguían construcciones con techos de paja, esparcidas por la pradera, limitada por dos ribazos cubiertos de leña, y quedando atrás, en líneas paralelas, las cocheras y cuadras, únicos restos conservados del antiguo castillo demolido.

El coche de Carlos se detuvo en la gradería; salieron los criados, adelantóse el marqués, y ofreciendo el brazo á la esposa del médico, la condujo al vestíbulo.

El pavimento era de mármol y el techo elevadísimo, por lo cual el ruido de los pasos y de las voces retumbaba como en una iglesia. Al fondo se hallaba la escalera, recta, y á la izquierda, una galería daba al jardín y conducía al billar, de donde llegaba al vestíbulo el ruido del choque de las bolas. Al atravesar la galería para ir al salón, vió Emma rodeando la mesa del billar señores de rostro grave, con la barbilla descansando en sus altas corbatas, condecorados todos, y que sonreían silenciosamente al dar el tacazo que les correspondía.

Sobre el zócalo del muro, grandes cuadros de marcos dorados llevaban, debajo de los adornos, nombres escritos en letras negras. Emma leyó: «Juan Antonio de Anderwilliers y de Iverbonville, conde de la Vaubyessard y barón de la Fresnaye, muerto en la batalla de Coutras, el 20 de octubre de 1587.» Encima, otro decía: «Juan Antonio Enrique Guido de Andervilliers de la Vaubyessard, almirante de Francia y caballero de la orden de San Miguel, herido en el combate de la Hougue Saint-Vaast, el 29 de mayo de 1692, murió en la Vaubyessard, el 23 de enero de 1693.» Los demás eran apenas visibles porque la luz de las lámparas, enfocada al tapete verde del billar, dejaba el resto del salón en la penumbra. Resbalando en las telas horizontales, la luz se deshacía contra ellas en círculos, según los descascarillamientos del barniz; y de todos aquellos grandes cuadros negros con adornos dorados, salían aquí y allá algunos trozos más claros de la pintura, una frente pálida, dos ojos que miraban, pelucas cuyos bucles caían sobre las casacas rojas, ó bien el broche de una liga en lo alto de una pantorrilla torneada.

El marqués abrió una puerta del salón; se levantó una de las damas (la misma marquesa) y fué al encuentro de Emma, haciéndola sentar á su lado y empezando á hablarle confidencialmente, como si la conociese de largo tiempo. Era una señora de unos cuarenta años, de hermosos hombros, nariz aguileña, voz simpática; aquella noche llevaba sobre sus cabellos castaños un sencillo fichú de guipur que le caía sobre la espalda en forma de triángulo.

Una joven rubia estaba junto á ella, sentada en una silla de alto respaldo; y caballeros que llevaban una florecita en el ojal de la levita, hablaban con las señoras alrededor de la chimenea.

A las siete se sirvió la comida. Los hombres, en mayor número, se sentaron en la primera mesa, en el vestibulo, y las señoras en la segunda, en el comedor, con el marqués y la marquesa.

Emma, al entrar, se sintió acariciada por un aire cálido, mezcla del perfume de las flores y de la rica mantelería, del olor de los condimentos y del aroma de las trufas.

Las bujías de los candelabros elevaban sus llamas hasta los humeros de plata; los cristales estriados, cubiertos de un barniz mate, reflejaban rayos pálidos; los ramos se extendían en línea á todo lo largo de la mesa, y en los platos labrados, las servilletas, plegadas á guisa de mitras de obispo, ostentaban en la abertura de sus dos picos un panecillo de forma ovalada. Las patas rojas de las langostas sobresalían de las fuentes; las hermosas frutas constituían pirámides; las codornices conservaban sus plumas, humeaban ciertos platos, y el jefe del comedor, con media de seda blanca y casacón, grave como un juez, pasando por entre los hombros de los comensales los platos ya trinchados, servía con destreza el trozo que se le indicaba... En la gran chimenea de porcelana con adornos de cobre, una estatua de mujer con larga túnica miraba inmóvil la sala llena de gente.

La señora Bovary notó que muchas damas no tocaban las copas con sus manos enguantadas.

Hacia la cabecera de la mesa, solo entre todas aquellas mujeres, inclinado sobre su plato rebosante, con la servilleta atada al cuello como un niño, comía un anciano, dejando escapar de la boca algunas gotas de salsa. Tenía los ojos rasgados y llevaba una melena enrollada con un lazo negro. Era el suegro del marqués, el anciano duque de Laverdiere, el antiguo favorito del duque de Artois, en los tiempos de las partidas de caza en el Vaudreuil, en la finca del marqués de Conflans, y del que se decía que había sido amante de la reina María Antonieta, después de Coigny y antes de Lauzún. Había llevado una vida desordenada, llena de duelos, de apuestas, de raptos, perdiendo toda su fortuna y siendo el terror de su familia. Un criado, detrás de su silla, le nombraba en voz alta los platos que él señalaba con el dedo tembloroso; y sin cesar, los ojos de Emma se volvían instintivamente hacia aquel anciano de labios caídos, como si fuera algo extraordinario y augusto.

¡Había vivido en la corte y dormido en lecho de reinas!

Se sirvió champagne helado. Emma estremeci6se al sentir aquel frío en la boca. En su vida habfa visto granadas ni comido ananas. Hasta el azúcar molido le pareció más fino y más blanco que nunca.

Terminada la comida, las damas subieron á sus habitaciones para vestirse para el baile.

Emma hizo su *toilette* con la meticulosa escrupulosidad de una actriz en el día de su debut. Dispuso sus cabellos con arreglo á las recomendaciones del peluquero, y comenzó á ponerse el traje de fina lana, colocado sobre la cama.

A Carlos, el pantal6n le apretaba en la cintura.

—Las trabillas me molestarán para bailar—dijo.

—¿Bailar?—exclamó Emma.

—¡Sí!

—Has perdido la cabeza. Se burlarán de ti. Permanece en tu puesto. Es lo más conveniente para un médico.

Carlos calló. Paseaba por la habitación, esperando que su mujer estuviese vestida. La veía por detrás, en el espejo, entre dos luces. Sus ojos negros parecían más negros aún. Sus cabellos, en bandas sobre las orejas, brillaban con un reflejo azul; una rosa en el nudo del peinado temblaba sobre su tallo movable, con gotas de agua imitadas al borde de las hojas. El traje era de color de azafrán pálido, realzado con tres guirnaldas de rosas pomp6n, mezcladas con verdes hojas.

Carlos la besó en la espalda.

—Déjame; me arrugas—dijo ella.

Se oía un *ritornello* de violín y el sonido de un cuerno. Emma bajó la escalera, procurando ir despacio.

El baile habfa empezado. Se mezclaban las parejas. La señora Bovary colocóse, sentada, junto á una puerta.

Cuando la contradanza hubo acabado, el centro del salón quedó libre para los hombres que hablaban de pie y los criados que pasaban llevando grandes bandejas.

En la fila de señoras sentadas, los pintados abanicos se agitaban, los bouquets ocultaban á medias las sonrisas, y los frascos con taponés de oro giraban en las manos entreabiertas, cuyos guantes blancos marcaban la forma de las uñas y apretaban la carne en las muñecas. Los adornos de encajes, los broches de brillantes, los brazaletes de medall6n, estremecíanse en los bustos, centelleaban sobre el pecho, zumbaban sobre los brazos desnudos. Las cabelleras bien peinadas so-

bre la frente y retorcidas sobre la nuca, ostentaban, en coronas, en grupos ó en ramos, miosotis, jazmines, flores de granado ó campánulas.

El corazón de Emma latió con fuerza cuando se vió con su caballero, cogida de las puntas de los dedos, en medio del salón, esperando la señal de la orquesta para empezar. Pero pronto desapareció la emoción, y balanceándose al ritmo de la orquesta, deslízose con ligeras ondulaciones de cuello.

Una sonrisa le asomaba á los labios, oyendo ciertas delicadezas del violín, que ejecutaba un solo de vez en vez; entonces se percibía distinto el sonido claro de los luises que caían sobre el tapete de las mesas de juego; después, todo volvía á agitarse: el cornetín de pistones lanzaba sus potentes sonoridades, los pies se movían á compás, las faldas se hinchaban y rozaban, las manos se juntaban y se separaban, y hasta los ojos, antes bajos, miraban provocadores á los de su pareja.

Algunos hombres (una quincena) de veinticinco á cuarenta años, diseminados entre los que bailaban, ó hablando á la entrada de las puertas, se distinguían del resto por un aire de familia, cualquiera que fuese su diferencia de edad, de vestido y de figura.

Sus levitas, mejor cortadas, parecían de un paño mas flexible, y sus cabellos caían en bucles sobre las sienes, suavizados con pomadas de las más finas. Tenían el tinte de la riqueza, ese tinte blanco que realza la palidez de la porcelana, el prensado del satín, el barniz de los muebles buenos, y que revela el sostenimiento de la salud con un régimen de alimentos exquisitos.

Sus cuellos se movían cómodamente sobre la corbata baja, sus patillas caían sobre las solapas, se limpiaban los labios con pañuelos con marca que exhalaban un olor suave. Los que comenzaban á envejecer, tenían, sin embargo, el aire juvenil, en tanto que algo de madurez se notaba en el rostro de los jóvenes. En sus miradas indiferentes flotaba la tranquilidad de pasiones diariamente dominadas; y á través de sus miradas dulces, se advertía esa brutalidad particular que comunica el dominio de las cosas fáciles, en las cuales se ejerce la fuerza ó se divierte la vanidad: el manejo de los caballos de raza y el trato de las mujeres alegres.

A tres pasos de Emma un caballero con levita azul ha-

blaba de Italia con una joven pálida que llevaba un collar de perlas. Se admiraban del grosor de los pilares de San Pedro, del Tívoli, el Vesubio, Castellamare y los casinos, las rosas de Génova, el Coliseo visto á la luz de la luna...

Al mismo tiempo escuchaba Emma otra conversación llena de palabras que no comprendía. Un grupo rodeaba á un jovencito que la semana anterior había vencido á *Miss Arabelle* y *Romulus*, y ganado dos mil lises, saltando una fosa en Inglaterra. Uno se lamentaba de sus corredores que engordaban, otro de las erratas de imprenta, que habían desnaturalizado el nombre de su caballo.

La atmósfera en el salón de baile era pesada; las lámparas palidecían. La gente afluíá al billar. Un criado subió sobre una silla y rompió dos cristales; al ruido de los vidrios rotos, la señora Bovary volvió la cabeza y advirtió en el jardín, pegadas á las rejas, las caras de los campesinos que miraban asombrados. Entonces, el recuerdo de los Bertaux acudió á su memoria. Volvió á ver la hacienda, la balsa mugiente, su padre, con blusa, debajo de los manzanos, y á ella misma, como otras veces, desnataando con sus dedos la leche en el establo. Pero entre los fulgores del momento, su vida pasada, tan clara hasta entonces, se desvanecía y hasta llegaba á dudar si la había vivido. Se encontraba allí, y alrededor del baile sólo existían sombras que le ocultaban todo lo demás. Sorbió entonces un helado de fresa que tenía en la mano izquierda en una elegante copa, y entornó los ojos mientras apretaba la cucharilla entre los dientes.

Junto á ella, una señora dejó caer el abanico. Pasaba un caballero.

—¡Qué amable sería usted, caballero—dijole la señora,— si recogiese el abanico que se me ha caído detrás del canapé!

El caballero se inclinó, y mientras hacía el movimiento de extender el brazo, Emma vió que la mano de la señora deslizaba en el clac algo blanco plegado en triángulo.

El caballero, cogiendo el abanico, lo presentó á la dama respetuosamente, á lo cual contestó ésta con un signo de cabeza, poniéndose en seguida á aspirar el ramo que llevaba.

Después de la cena, en la cual hubo muchos vinos de España y del Rin, ricos manjares, leche de almendras, pudings á lo Trafalgar, y todo género de fiambres, con gelatinas que temblequeaban en las fuentes, los carruajes, unos después de otros, empezaron á irse. Separando una punta de la

cortina, se veía deslizarse en la obscuridad la luz de sus faroles. Las sillas se aclararon, algunos jugadores quedaban aun. Los músicos se humedecían los dedos con la punta de la lengua; Carlos se hallaba medio dormido, recostado contra una ventana. A las tres de la mañana empezó el cotillón. Emma no sabía valsar. Todo el mundo bailaba, hasta la señorita de Andervilliers y la marquesa. No quedaba ya en el castillo más que una docena de personas aproximadamente.

No obstante, uno de los caballeros que bailaban, á quien todos llamaban familiarmente *vizconde*, y cuyo chaleco parecía moldeado sobre el pecho, fué por segunda vez á invitar á la señora Bovary, asegurándola que él la guiaría y saldría bien.

Empezaron lentamente; después con más rapidez: giraban: todo daba vueltas alrededor de ellos: las lámparas, los muebles, los artesonados y el pavimento, como un disco sobre un eje. Al pasar cerca de las puertas, el vuelo del vestido de Emma se enrollaba á los pantalones de su pareja; sus piernas se entrelazaban: él bajaba hacia ella la mirada y ella la levantaba hacia él. La señora Bovary sintió algo de mareo y se detuvo. Siguiéron á poco, y con un movimiento más rápido el vizconde la arrastró, desapareciendo ambos hasta el fondo de la galería, donde, anhelante, estuvo ella á punto de caer, y por un instante apoyó la cabeza sobre el pecho del vizconde. Después, guiándola siempre, pero más despacio, la llevó éste hasta su sitio.

Emma se apoyó en la pared, tapándose los ojos con la mano.

Al abrirlos de nuevo, vió, en medio del salón, que una dama que se hallaba sentada en un taburete, tenía delante de ella tres caballeros arrodillados. El vizconde fué el elegido, y la música comenzó de nuevo.

Todos les miraban. Pasaban y volvían á pasar, ella con el cuerpo inmóvil y la barbilla baja, y él siempre con la misma actitud, el talle inclinado, el brazo en arco, la boca hacia adelante. ¡Aquella sí que sabía valsar! Bailaron durante mucho rato, hasta fatigar á las demás parejas.

Se habló aún durante algunos minutos, y después de decirse el adiós, ó mejor dicho, de darse los buenos días, los huéspedes del castillo se fueron á acostar.

Carlos se *dejó llevar*; las rodillas *se le metían en el cuerpo*. Había pasado cinco horas seguidas, siempre de pie, delante

de las mesas, mirando jugar al *whist*, sin comprender nada. Por eso exhaló un gran suspiro de satisfacción cuando vió llegada la hora de marcharse.

Emma se puso un chal sobre los hombros, abrió la ventana y se apoyó de codos en el alféizar.

La noche era oscura. Caían algunas gotas de lluvia. Aspiró el viento húmedo que refrescaba sus mejillas. La música del baile zumbaba aún en sus oídos, y quiso, por un esfuerzo de su voluntad, permanecer despierta, á fin de prolongar la ilusión de aquella vida de lujo que le era necesario abandonar bien pronto.

Amanecía. Miró las ventanas durante mucho rato, como queriendo adivinar cuáles eran las habitaciones de todos aquellos que la víspera había visto. Hubiese querido conocer sus existencias, penetrarlas, confundirse en ellas.

Pero el frío le hizo temblar. Desnudóse y fué á colocarse junto á Carlos que dormía profundamente.

En el almuerzo hubo mucha gente. Apenas duró diez minutos; no sirvieron ningún licor, lo cual sorprendió al médico. Seguidamente la señorita de Andervilliers recogió los pedazos de pastel en una cestita, para llevárselos á los cisnes del estanque, y todos los invitados se dirigieron al invernadero, en el cual plantas raras, erizadas de pelos, se levantaban en pirámides dentro de vasos, que, semejantes á nidos de serpientes, dejaban caer por los bordes largos cordones verdes entrelazados. Los naranjos que había al final ofrecían sombra á todos los habitantes del castillo.

El marqués, para obsequiar á la esposa de Bovary, la llevó á ver las cuadras. Encima de los pesebres, en placas de porcelana, estaba escrito con letras negras el nombre de cada caballo. El suelo del guadarnés brillaba como si fuera el de un salón. Las guarniciones de los carruajes se hallaban en medio, colgadas de dos columnas giratorias, y los bocados, los látigos, los estribos, las cadenillas de barbada, aparecían en líneas, á lo largo de la pared.

Carlos, entretanto, fué á rogar á un criado que engancharse su cochecillo. Se le condujo hasta la escalinata, y hechos ya todos los paquetes, los esposos Bovary ofrecieron sus respetos al marqués y á la marquesa, y partieron para Tostes.

Emma, silenciosa, miraba fijamente el girar de las ruedas. Carlos, sentado en el extremo de la banqueta, guiaba con

los dos brazos separados, y el caballito trotaba perdido entre las dos varas que eran muy anchas para él. Las riendas flexibles daban sobre sus ancas llenándose de espuma, y la caja atada en la parte trasera del coche iba dando grandes golpes con regularidad.

Se hallaban á la vista de Thibourville cuando, de repente, pasaron por delante de ellos varios caballeros riendo y fumando.

Emma creyó reconocer al vizconde; volvió la cabeza y no distinguió en el horizonte más que el movimiento de las cabezas que subían ó bajaban, según la cadencia desigual del trote ó del galope.

Un cuarto de legua más allá, fué necesario detenerse para arreglar con una cuerda el cejadero, que se había roto.

Pero al dar Carlos un último vistazo á las guarniciones, vió algo en el suelo, entre las patas del caballo, y lo recogió: era una petaca de seda verde, bordada, con escudo nobiliario en el centro, como el de la portezuela de una carretela.

—Y tiene hasta dos cigarros dentro—dijo.—Para esta noche, después de cenar.

—Pero ¿es que tú fumas?—le preguntó su mujer.

—Alguna que otra vez.

Metiése el hallazgo en el bolsillo y arreó la jaca.

Cuando llegaron á casa, la comida no estaba aún lista.

La señora se enfadó. Nastasia contestó con insolencia.

—¡Váyase usted!—dijo Emma.—¡Eso es burlarse! La despedido á usted.

Para comer había sopa de cebolla y un pedazo de ternera con acelgas.

Carlos, sentado delante de Emma, dijo frotándose las manos alegremente:

—¡Qué bien está uno en su propia casa!

Se oía llorar á Nastasia. Él tenía cierto cariño á aquella pobre chica, que en otro tiempo le había acompañado durante muchas horas en las soledades de su viudez. Era su primera cliente, el conocimiento más antiguo que en el país tenía.

—¿La has despedido de veras?—preguntó á su mujer.

—Sí. ¿Quién me lo impide?—contestó ésta.

Mientras les preparaban el cuarto, permanecieron calentándose en la cocina.

Carlos se puso á fumar. Fumaba estirando los labios, escupiendo continuamente, echándose atrás á cada aspiración.

—Va á hacerte daño—dijo Emma con desdén.

Bovary dejó el cigarro y se dirigió apresuradamente á la bomba para tomar un vaso de agua fresca.

Emma cogió la petaca y la ocultó con presteza en el fondo del armario.

El día siguiente fué muy largo para ella. Paseóse por su jardincito, yendo y viniendo por los mismos sitios, parándose delante de las platabandas, delante de las espalderas, delante del fraile de yeso, fijándose inconscientemente en todas aquellas cosas que tan bien conocía. ¡Qué lejano le parecía el baile! ¿Quién era el que colocaba á tanta distancia la mañana de anteayer y la noche de hoy? Su viaje á Vaubyessard había abierto una brecha en su existencia, de la misma manera que la tempestad, en una noche, forma profundas simas en las montañas.

Pero había que resignarse; guardó cuidadosamente en la cómoda su traje, incluso los zapatos de satén, cuyas suelas amarilleaban de la cera que habían pisado.

Su corazón también estaba como ellos: al roce de la riqueza había dejado una huella que no se borraría.

Para Emma fué una constante preocupación el recuerdo de aquel baile. Todas las semanas, al llegar el miércoles, se decía al despertar: «Hoy hace ocho días...» «Hoy hace quince...» «Ya hace tres semanas...» Y poco á poco las fisonomías fueron confundándose en su memoria, olvidó la música de las contradanzas, no pudo ver ya distintamente las libreas y las habitaciones: algunos detalles desaparecieron; pero la nostalgia permaneció.

IX

Con frecuencia, cuando salía Carlos, Emma iba á buscar en el armario de ropa blanca, donde la había depositado, la petaca de seda verde.

La contemplaba, la abría y hasta aspiraba su perfume, una mezcla de verbena y de tabaco. ¿A quién pertenecía?... Al vizconde... tal vez fuese un regalo de su querida. La ha-

bría ella bordado sobre algún bastidor de palo santo, mueble delicado que ocultaría á todas las miradas, y seguramente se pasó horas enteras rozando la labor con sus bucles suaves. Un soplo de amor había pasado repetidas veces por entre las mallas del cañamazo; cada punto de la aguja había fijado allí una esperanza ó un recuerdo, y todos aquellos hilos de seda entrelazados significaban la continuidad de la misma pasión silenciosa. Después, una mañana, el vizconde se la había llevado. ¿De qué hablarían cuando él se reuniese con los demás en los salones, junto á aquellas chimeneas de anchas repisas llenas de vasos de flores y relojes Pompadour? ¡Ella estaba en Tostes! ¡Él, en París ahora! ¿Cómo sería París? ¿Qué nombre tan colosal! Lo repetía en voz baja con placer; sonaba en sus oídos como la campana mayor de una catedral, y brillaba ante sus ojos hasta en las etiquetas de sus frascos de pomada.

Por la noche, cuando los pescateros en sus carros pasaban por debajo de la ventana cantando la *Marjolaine*, se despertaba Emma, y escuchando el ruido de las ruedas hecrradas que al salir del pueblo se amortiguaba, se decía:

—Mañana estarán allí.

Y les seguía con el pensamiento subiendo y bajando las cuestas, atravesando los pueblos, andando por la carretera á la luz de las estrellas. Al extremo de una distancia indeterminada, se hallaba siempre una plaza confusa donde acababa su ensueño.

Compróse un plano de París y con la punta del dedo hacía grandes correrías por la capital. Subía por los bulevares, deteniéndose en todos los ángulos, entre las líneas de las calles y en los cuadrados en blanco que figuraban las casas. Fatigados al fin los ojos, cerraba los párpados, y veía en las tinieblas parpadear al viento las luces de gas y oía el ruido que producían los estribos de los carruajes al caer de golpe ante el peristilo de los teatros.

Se abonó á *La Corbeille*, periódico de señoras y al *Sylphe des salons*; devoraba enteras las revistas de los estrenos, de las carreras y *soirées*, interesándose por el *debut* de una *chanteuse* ó la apertura de una tienda nueva.

Sabía las modas últimas, la dirección de los mejores modistos, los días de Bosque de Boulogne y de Opera. Estudió en Eugenio Sue, las descripciones de los mobiliarios; leyó á Balzac y Jorge Sand buscando vaciedades imaginarias para

sus concupiscencias personales. Comía con el libro enfrente y volvía las páginas mientras que Carlos le hablaba. El recuerdo del vizconde le acudía siempre en sus lecturas. Entre él y los personajes inventados establecía una especie de relación. Pero el círculo del cual era él el centro, poco á poco fué ensanchándose, y su aureola, separándose, llegaba más lejos aun, iluminando otros sueños.

París, más vasto que el Océano, aparecía como bruñido á los ojos de Emma en una atmósfera roja. La vida agitada y tumultuosa de la gran urbe estaba no obstante dividida y clasificada en cuadros distintos. Emma no percibía más que dos ó tres que le ocultaban los otros y representaban por sí solos la humanidad completa. El mundo de los embajadores marchaba sobre pavimentos lucientes, en salones artesonados, con espejos alrededor de mesas ovales cubiertas con un tapiz de terciopelo con franjas de oro. Veía vestidos de larga cola, descubría grandes misterios, angustias disimuladas bajo sonrisas. Venía después el mundo de las duquesas, pálidas, que se levantaban á las cuatro de la tarde; las mujeres llevaban encajes de punto de Inglaterra debajo de sus vestidos, y los hombres reventaban por gusto de correr, veraneaban en Badén, y á los cuarenta años se casaban con herederas ricas. En los gabinetes de los restaurants, donde se cena después de media noche, veía, á la luz de las bujías, la multitud abigarrada de escritores y actrices, gentes pródigas como reyes, llenas de ambiciones ideales y de delirios fantásticos. Era una existencia superior á las otras, entre cielo y tierra, por encima de donde se forjan las tormentas, algo sublime. En cuanto al resto del mundo, se perdía sin lugar determinado y como si no existiese.

Cuanto más próximas tenía ciertas cosas, más se alejaba su pensamiento de ellas. Todo lo que la rodeaba más inmediatamente, el campo fastidioso, los burgueses imbéciles, la mediocridad de su existencia, le parecía una excepción en el mundo, una casualidad particular en la cual se encontraba cogida; mientras que más allá se extendía, hasta perderse de vista, el inmenso país de las felicidades y de las pasiones. Confundía en su deseo las sensualidades del lujo con los goces del corazón, la elegancia de las costumbres y las delicadezas del sentimiento. ¿No necesitaba el amor, como ciertas plantas índicas, terreno preparado y temperatura especial? Los suspiros á la luz de la luna, las lágrimas que ruedan

para caer sobre manos que se estrechan y se abandonan, todas las fiebres de la carne y las languideces de la ternura eran cosa inherente á los grandes castillos cuyo ambiente está lleno de perezas voluptuosas, á los gabinetes con cortinillas de seda echadas y un tapiz bien espeso, jarrones con flores, una cama sobre un estrado, todo ello al brillo de las piedras preciosas y de los botones de las libreas.

El mozo de la diligencia, que todas las mañanas iba á limpiar la yegua, atravesaba el corredor haciendo sonar sus gruesos zuecos: la blusa que llevaba estaba agujereada y los pies desnudos dentro de los zuecos.

¡Aquel era el *groon* de calzón corto con el cual había que contentarse por ahora! Cuando su trabajo terminaba, ya no volvía durante el día; era el mismo Carlos, al regresar de su visita, quien metía el caballo en la cuadra, le quitaba la silla y le pasaba la almohaza, mientras la criada traía un brazo de paja que extendía en el pesebre de cualquier manera.

Para reemplazar á Nastasia (que al fin partió de Tostes derramando un río de lágrimas), tomó Emma á su servicio una muchacha de catorce años, huérfana y de semblante agradable. Le prohibió que usase gorros de algodón, enseñóla á hablar en tercera persona, servir los vasos de agua en platos, llamar á las puertas antes de entrar, repasar, planchar y vestirla, queriendo hacer de ella su camarera. La muchacha obedecía sin murmurar para no ser despedida, y como la señora tenía la costumbre de dejar la llave en el aparador, Felicidad cogía todas las noches grandes puñados de azúcar que luego se comía en la cama, después de haber rezado sus oraciones.

Por la tarde, alguna vez se iba á hablar con los postillones. La señora se quedaba en sus habitaciones del principal. Emma llevaba un peinador abierto que dejaba ver, por encima del corsé, una camiseta plegada con tres botones de oro. Por cinturón llevaba un cordón con gruesas borlas, y sus zapatillas de color granate tenían un lazo de anchas cintas colocado sobre el empeine del pie. Se había comprado una carpeta, una papelera, un portaplumas y sobres, aunque no tuviese á nadie á quien escribir.

Limpiaba el polvo á su *étagère*, se miraba en el espejo, tomaba un libro, y después, quedándose pensativa, mirando las líneas, lo dejaba caer sobre sus rodillas. Sentía deseos de

viajar ó de volver á vivir en el convento. A la vez deseaba morir y habitar en París.

Carlos, con nieve, con lluvia, salía siempre á caballo por aquellos campos, comía tortillas en las mesas de las casas de campo, metía el brazo en las camas sudadas, recibía en el rostro el chorro tibio de los que sangraba, auscultaba pechos con estertores, ó se rozaba con mucha ropa sucia; pero todas las noches encontraba un buen fuego en la chimenea, la mesa servida, muebles mullidos y una mujer vestida con telas finas, encantadora, y con olor de fresca que no se sabía si era la piel perfumada ó la tela de la camisa.

Ella le encantaba con una infinidad de delicadezas: por el modo de cortar las arandelas de papel á las bujías, por un volante que cambiaba á su traje, ó por el nombre extraordinario de un plato bien sencillo que la criada no había acertado á guisar muy bien, pero que Carlos se comía sin dejar nada. En Rouen había visto Emma señoras que en su reloj llevaban infinidad de chucherías y dijes, y ella los compró también. Quiso tener sobre la chimenea dos jarrones de cristal azul, y algún tiempo después un neceser de marfil y dedal de plata sobredorada. Cuanto menos comprendía Carlos estas elegancias, más le seducían. Añadían algo al placer de sus sentidos y á la dulzura de su hogar. Eran como un polvo de oro que caía sobre su camino.

Se encontraba bien, su cara era buena, su reputación había llegado á ser sólida. Los campesinos le querían porque no era orgulloso. Acariciaba á los niños, no entraba jamás en las tabernas, y además inspiraba mucha confianza por su moralidad. En los catarros y enfermedades del pecho obtenía excelentes resultados. Temiendo mucho matar á sus clientes, no recetaba más que pociones calmantes, eméticos, baños de pies y sanguijuelas. No es que le asustara la cirugía; sangraba á sus enfermos con mucha frecuencia y en abundancia, como á los caballos, y para la extracción de muelas tenía un *puño de hierro*.

Para *estar al corriente* subscribióse á la *Colmena médica*, periódico nuevo, cuyo prospecto había recibido. Después de comer leía un poco; pero el calor de la habitación, unido á la digestión, hacían que al cabo de cinco minutos se durmiese; y así permanecía, la barba sobre las dos manos y los cabellos despeinados como crines, rozando el depósito de la lámpara. Emma le miraba, encogiéndose de hombros.

¿Por qué al menos no tendría ella por marido á uno de esos hombres taciturnos que trabajan durante la noche abismados en los libros y llegan á los sesenta años, la edad de la gota y el reuma, pudiendo lucir una condecoración en su severa levita negra? Hubiera querido Emma que aquel nombre de Bovary, que era el suyo, llegase á ser ilustre y poder verlo en los escaparates de las librerías, citado en los periódicos, conocido en toda Francia. ¡Pero Carlos no tenía ambición!

Un médico de Ivetot, con el cual había celebrado una consulta, lo había humillado un poco, á la cabecera del mismo enfermo, delante de la familia. Cuando Carlos le contó por la noche lo ocurrido, Emma se puso furiosa contra el colega. Carlos se enterneció y la besó en la frente derramando una lágrima. Pero ella estaba desesperada de vergüenza y sentía deseos de pegarle. Salió hacia el corredor y fué á abrir la ventana y respirar el aire fresco para calmarse.

—¡Qué pobre hombre! ¡Qué infeliz!— se decía por lo bajo mordiéndose los labios.

Sentíase cada vez más irritada contra él. Con la edad, su marido iba tomando maneras más bastas: se entretenía, á los postres, en cortar el tapón de las botellas vacías: se pasaba, cuando acababa de comer, la lengua por los dientes; al tomar la sopa metía ruido sorbiendo á cada cucharada, y como empezaba á engordar, sus ojos, ya pequeños, parecían encaramársele á las sienas empujados por sus pómulos salientes.

Algunas veces Emma tenía que esconderle debajo del chaleco la ropa interior que le asomaba, le ajustaba la corbata ó le retiraba los guantes desteñidos que él venía usando; pero lo hacía por ella misma, por expansión de egoísmo, por impulso nervioso. Algunas veces también le hablaba de las cosas que había leído, un pasaje de novela de una obra nueva, ó una anécdota del *gran mundo* del que hablaba el folletón; para todo lo cual Carlos no tenía más que ojos, oídos, sin opinar nada, pero dispuesto á la aprobación constantemente. ¡Cuántas confidencias hacía ella á su galguita! Y las hubiera hecho á los troncos de la chimenea ó al péndulo del reloj.

En el fondo de su alma, Emma esperaba algo inesperado. Como el marino en peligro, dirigía hacia la soledad de su vida miradas de desesperación, buscando en las lejanías alguna vela blanca entre las brumas del horizonte. Ignoraba cuál pudiera ser esa casualidad, ni qué viento la impulsaría

hasta ella y hacia qué ribera la conduciría, si sería chalupa ó navío de tres puentes, cargado de angustias ó lleno de felicidad. Pero todas las mañanas, al despertarse, lo esperaba para aquel día, y escuchaba todos los rumores, se levantaba sobresaltada y se sorprendía de que no viniese; después, á la puesta del sol, cada vez más triste, deseaba que llegase el otro día.

Volvió la primavera. Tuvo ciertos ahogos al llegar los primeros calores, cuando los perales florecen.

Desde principios de julio, contó por los dedos las semanas que quedaban para llegar octubre, en cuya época tal vez el marqués de Andervilliers diera otro baile en la Vaubyesard. Pero todo septiembre pasó sin tarjetas ni visitas.

Después del fastidio de esta decepción, su corazón de nuevo permaneció vacío; entonces empezó la serie de los mismos días anteriores.

¡Iban, pues, á continuar siempre iguales, monótonos, y sin que nada trajesen! Otras existencias, por superficiales que fuesen, tenían al menos la probabilidad de un acontecimiento. Una aventura podía arrastrar peripecias infinitas y hacer cambiar la decoración. ¡Pero para ella no había mudanza posible! ¡Dios lo quería así! Su porvenir era un corredor obscuro que tenía al fondo la puerta bien cerrada.

Abandonó la música. ¿Para qué tocar el piano? ¿Quién había de oírla? Puesto que nunca podría, vestida de terciopelo, sentarse ante un piano Erard, en un concierto, pulsando con sus dedos ligeros las teclas de marfil, sintiendo circular como la brisa un murmullo de éxtasis, no valía la pena de aburrirse estudiando.

Arrinconó en el armario las carpetas de dibujo y la tapicería. ¿Para qué? La costura la irritaba.

—Lo he leído ya todo — se decía.

Y se pasaba las horas haciendo enrojecer las tenazas en el fuego, y mirando á través de los cristales caer la lluvia.

¡Qué tristes eran los domingos cuando tocaban á vísperas! Escuchaba en un deliquio atento resonar uno á uno los tañidos cascados de la campana. Algún gato por los tejados de enfrente marchaba lentamente, arqueando el lomo á los pálidos rayos del sol. El viento á lo largo de la carretera levantaba nubes de polvo. A lo lejos, de vez en cuando aullaba un perro. Y la campana, á intervalos iguales, continuaba sonando monótona, perdiéndose sus ecos en la campiña.

Mientras tanto salían de la iglesia. Las mujeres con zapatos lustrosos, los campesinos con blusa nueva y los niños que saltaban sin nada á la cabeza; todos volvían á sus casas. Y hasta la noche, cinco ó seis hombres, siempre los mismos, jugaban á la pelota delante de la puerta de la posada.

El invierno fué frío. Los cristales, todas las mañanas aparecían cubiertos de escarcha, y la luz blancuzca á través de ellos, como por vidrios deslustrados, había días que apenas alumbraba. A las cuatro de la tarde era preciso encender la lámpara.

Los días que el tiempo era bueno bajaba Emma al jardín. El rocío dejaba sobre las coles bordados de plata, con largos hilos claros que se extendían de una á otra. No se oían los pájaros; todo, todo parecía dormir: la espaldera cubierta de paja y el emparrado como una enorme serpiente enferma sobre el cobertizo de la pared, donde se veían, aproximándose, caminar cucarachas de numerosas patas.

Entre los abetos, cerca de la verja, el cura con bonete que leía el breviario había perdido el pie derecho, y parte del yeso, que se descascarillaba por las heladas, dejaba ver grandes arrugas en la pared.

Después de su paseo, volvía á subir á sus habitaciones, cerraba la puerta, arreglaba el fuego, y al calor del hogar desfallecía sintiendo que el hastío más pesado caía sobre ella. Con gusto habría bajado á hablar con la criada; pero la retenía una especie de pudor. Todos los días á la misma hora, el maestro de escuela, con gorro de seda negra, abría el ventanillo de su buhardilla, y el guarda rural pasaba llevando el sable por encima de la blusa. Por mañana y tarde, los caballos de la diligencia, tres á tres, atravesaban la calle para ir á beber á la balsa. De vez en cuando, la puerta de una taberna hacía sonar su timbre, y cuando soplabá el viento se oían rechinar sobre sus goznes las dos bacías del barbero que servían de muestra á su tienda, decorada con unos figurines antiguos pegados á un cristal y un busto de mujer, de cera, cuyos cabellos eran amarillos. El barbero también se lamentaba de su destino incumplido, de su porvenir perdido, y soñando con un gran establecimiento en cualquier ciudad como Rouén, por ejemplo en el puerto, cerca de un teatro, no hacía más durante el día que pasearse de la alcaldía á la iglesia, sombrío y en espera de sus parroquianos. Cuando la señora Bovary miraba hacia aquel lado,

siempre le veía en su puesto, como un centinela, con su gorro griego caído hacia la oreja y su traje de lana.

Por las tardes, algunas veces, solía aparecer detrás de los cristales de la ventana de la sala una cabeza de hombre, morena, con patillas negras y que sonreía en calma, con sonrisa larga y dulce, enseñando unos dientes blancos. Sonaba un vals en seguida, y sobre el órgano y en un pequeño salón, bailarines de la altura del dedo, mujeres con turbantes encarnados, tiroleses vestidos de chaqueta, monos con levita negra, caballeros con calzón corto, giraban, giraban por entre los sillones, los canapés, las consolas, reflejándose en los pedazos de espejo que estaban unidos por los ángulos con filetes de papel dorado.

El hombre daba vueltas á la manivela, mirando á derecha é izquierda y hacia las ventanas. De cuando en cuando escupía con fuerza contra la pared, y levantaba con la rodilla el instrumento, cuya correa dura le lastimaba en la espalda, y ya doliente y perezosa ó alegre y apresurada, la música del organillo se escapaba zumbando á través de una cortina de tafetán rosa, sujeta de un gancho de cobre con arabescos. Aquella era la música que se había tocado en los teatros y en los salones; ecos del mundo que llegaban hasta Emma. Zarabandas que no acababan nunca le rodaban dentro de su cabeza, y como una bayadera sobre las flores de un tapiz, su pensamiento se agitaba con las notas, se balanceaba de deliquio en deliquio, de tristeza en tristeza. Cuando el hombre aquel había recibido la limosna en el gorro, cubría todos los muñecos con un trapo de lana azul, se echaba el organillo á la espalda y se alejaba pausadamente. Emma le miraba marchar.

Pero á las horas de las comidas, sobre todo, era cuando mas sufría, en aquella salita de planta baja, con la chimenea que humeaba, la puerta que chillaba, las paredes que rezumaban, el suelo húmedo; hasta parecía que el vaho del plato de guisado que le servían estaba impregnado de toda la tristeza de su existencia, llegándole hasta el alma. Carlos comía despacio; ella acababa antes y se entretenía partiendo avellanas ó haciendo rayas en el hule de la mesa con la punta del cuchillo.

Había descuidado el manejo de la casa, y cuando la madre de Carlos fué á pasar con ellos parte de la cuaresma, se quedó estupefacta ante aquel cambio. En efecto, ella, tan

cuidadosa y delicada antes, pasaba ahora días enteros sin vestirse, usaba medias de algodón gris, se alumbraba con aceite. Decía que era preciso economizar, que no eran ricos, añadiendo que ella estaba muy contenta, que era muy dichosa, que Tostes le gustaba mucho y otros argumentos que cerraban la boca á la suegra. Por lo demás, Emma no parecía muy dispuesta á cambiar de método: hasta una vez que mamá Bovary dijo que los amos deben vigilar la religión de sus criados, su nuera le contestó con cólera en la mirada y tan fría sonrisa, que la buena mujer no insistió más.

Emma fué haciéndose caprichosa y díscola.

Encargaba platos especiales para ella, que luego no probaba; un día no tomaba más que leche, y al siguiente tazas de té por docenas. A menudo se obstimaba en no salir, y luego se sofocaba, abría las ventanas, se vestía con ropas ligeras. Después de haber reñido á la criada, le hacía regalos y le daba permiso para pasar el rato en casa de los vecinos, de igual modo que á veces daba de limosna á los pobres todas las monedas de plata que tenía, á pesar de no ser muy compasiva ni fácilmente accesible á la emoción como la mayor parte de las gentes que tienen origen campesino, en cuya alma existe siempre algo de la callosidad de las manos paternas.

Hacia fines de Febrero, el padre de Emma, en recuerdo de su curación, llevó en persona á su yerno un pavo soberbio y permaneció tres días en Tostes. Como Carlos estaba ocupado con sus enfermos, fué Emma la encargada de atenderle. Fumaba en la sala, escupía sobre los morillos de la chimenea, hablaba de cultivos, vacas, burros, aves y del consejo municipal; así que, al cerrar tras él la puerta, cuando se marchó, lo hizo con un sentimiento de satisfacción que le sorprendió á ella misma. Por lo demás, Emma no se preocupaba en disimular su desprecio por nada ni por nadie, y muchas veces expresaba opiniones raras, criticando lo que otros aprobaban y aprobando las cosas perversas é inmorales, lo cual hacía abrir los ojos desmesuradamente á su marido.

¿Y aquella miseria de vida duraría siempre? ¿Nunca había de salir de ella? ¿No valía ella tanto como las que eran dichosas? En la Vaubyessard había visto muchas que tenían el talle más rudo y los modales más vulgares, lo cual la hacía protestar de la injusticia de Dios. Apoyaba la ca-

beza en las paredes para llorar, envidiaba las existencias tumultuosas, las noches de máscaras, los insolentes placeres con todas las extravagancias que no conocía, pero que suponía que debían de ser así.

Palidecía y le latía el corazón. Carlos tuvo que administrarle la valeriana y baños de alcanfor; pero todo lo que intentaba parecía irritarla más.

Algunos días charlaba por los codos, y á estas exaltaciones sucedían de repente unos entorpecimientos, durante las cuales permanecía sin hablar ni moverse. Lo único que conseguía reanimarla entonces, era echarse sobre los brazos un frasco de agua de Colonia.

Como se lamentaba continuamente de vivir en Tostes, Carlos pensó que la causa de su enfermedad debía residir en alguna influencia local, y movido por esta idea, pensó seriamente en irse á establecer en otra parte.

Por entonces Emma, además, bebió vinagre para enflaquecer, contrajo una tosecilla seca y perdió por completo el apetito.

A Carlos le costaba mucho abandonar á Tostes, después de cuatro años de residencia y cuando *empezaba* á imponerse. ¡Pero siendo necesario! La acompañó á Rouen para que la reconociese su antiguo profesor. Dijo que aquello era una enfermedad nerviosa y que se imponía un cambio de aires.

Después de indagar por todos lados, averiguó Carlos que en el distrito de Neufchatel existía un pueblo importante llamado Yonville l'Abbaye, cuyo médico, que era un refugiado polaco, había desaparecido la semana anterior. Escribió Carlos al farmacéutico del lugar para enterarse del número de vecinos, la distancia á que se encontraba el colega más próximo, lo que ganaba anualmente su predecesor, etc., etc.; y como las contestaciones fueran satisfactorias, resolvió trasladarse cuando llegase la primavera, si la salud de su mujer no mejoraba.

Uno de los días en que se hallaba Emma arreglando en un cajón varias cosas para la partida, se pinchó los dedos con algo. Era un alambre de su ramo de boda. Los capullitos de azahar amarilleaban de polvo, y los lazos de raso con flecos de plata se deshilachaban por los extremos. Lo arrojó al fuego y al instante se inflamó más pronto que una paja seca. Después se formó como un zarzal sobre las

cenizas, que se deshacía lentamente. Lo miró arder. Los rellenos de cartón estallaban, los hilos de alambre se retorcián, los galones se fundían, y las corolas de papel arrugadas ascendían á lo largo de la plancha como mariposas negras y acababan por perderse en el tubo de la chimenea.

Cuando Emma y Carlos salieron de Tostes, en el mes de marzo, la señora Bovary estaba en cinta.

PARTE SEGUNDA

I

Yonville l'Abbaye (llamado así por una antigua abadía de Capuchinos, de la que ni siquiera existen las ruinas) es un pueblo á ocho leguas de Rouen, situado en el fondo de un valle que baña el Rieule, pequeño río que afluye en el Audelle, después de dar fuerza á tres molinos, en su desembocadura, y en el que se crían truchas que los muchachos van á pescar los domingos.

Se deja la carretera en la Boissiere y se continúa por el llano hasta lo alto de la cuesta de Leux, desde donde se descubre el valle. El río que lo atraviesa lo divide en dos regiones de distinta fisonomía: toda la parte izquierda son pastos, y toda la derecha tierras de labor. La pradera se extiende bajo un cordón de colinas bajas, para unirse por detrás á los pastos del país de Bray, en tanto que por la parte este la llanura, ascendiendo suavemente, va ensanchándose, distinguiéndose, hasta perderse de vista, sembrados de trigo. El agua que corre por la linde de la hierba, divide con blanca raya el color de los prados y el de la tierra, y la campiña parece de este modo una capa extendida, cuya esclavina fuese de terciopelo verde, orlado con galón de plata.

En el fondo del horizonte se ven los robles del bosque de Argueil, con el escarpado de San Juan, rayado de arriba abajo por largos regueros rojos desiguales, que han formado las lluvias; y aquellos tonos de ladrillo, cortando en hilos delgados el color gris de la montaña, provienen de las infinitas fuentes ferruginosas que nacen en el término vecino.

Todo aquello está ya en los confines de la Normandía, de la Picardía y de la isla de Francia, comarca bastarda en la cual el lenguaje no tiene acento propio, como el paisaje carece de carácter. Allí es donde se hacen los peores quesos de todo Neufchatel, y donde además el cultivo es muy costoso, porque exige abundante estiércol para abonar aquellas tierras areniscas y pedregosas.

Hasta 1835 no había camino practicable para llegar á Yonville; pero por esta época se hizo un camino vecinal que se une á la carretera Abbeville á Amiens, el cual utilizan también los correos que van de Rouen á Flandes. A pesar de esto, Yonville l'Abbaye ha permanecido estacionario con todas sus nuevas vías de comunicación. En vez de mejorar los cultivos, sigue la gente obstinada con los pastos, por depreciados que estén, y el pueblo perezoso, apartándose del llano, ha continuado agrandándose naturalmente por el lado del río. Se le ve de lejos, acostado á lo largo sobre la ribera, como un guardián de vacas que sesteá á la orilla del agua.

En la parte baja, después del puente, empieza una calzada de álamos pequeños que lleva á las primeras casas del pueblo: todas contienen lagares, carreterías y destiladores bajo árboles frondosos con escalas, pértigas ó enganches en las ramas. Los techos de paja, como gorros de paño, echados sobre los ojos, bajan hasta la tercera parte de las ventanas, en las cuales los gruesos vidrios arqueados están guarnecidos de una concavidad como los culos de las botellas.

En el muro de yeso, que atraviesan diagonalmente vigas negras, se apoya algún peral raquíptico, y las plantas bajas tienen un enrejado para defenderlas de los polluelos que picotean las migas de pan remojado en sidra.

Poco á poco van agrupándose las casas y reduciéndose los cobertizos y las tapias; se ve la fragua de un albéitar y á continuación un constructor de carros con tres ó cuatro nuevos á la puerta que llenan toda la calle, y luego una casa blanca con pequeña balaustrada y un círculo de césped dentro del cual hay un amor con el dedo puesto en los labios; dos fuente-cillas á ambos lados de la escalinata, y un escudo pequeño sobre la puerta.

Aquella es la casa del notario; la mejor del pueblo.

La iglesia está al extremo opuesto de la calle, á veinte pasos de distancia, á la entrada de la plaza. El pequeño cementerio que la rodea, cerrado por una pared de poca

altura, está tan lleno de tumbas, que las lápidas al ras del suelo forman un enlosado continuo, donde la hierba ha dibujado con regularidad cuadrados verdes. La iglesia fué reconstruída en los últimos años del reinado de Carlos X. La bóveda de madera empieza á pudrirse por arriba, y de trecho en trecho, tiene grandes descorchones negros sobre el fondo azul.

Encima de la puerta, donde debiera estar el órgano, hay un espacio para los hombres, con una escalera de caracol que se estremera bajo los zuecos.

La claridad del día penetrando por las altas vidrieras, alumbrá oblicuamente los bancos alineados perpendicularmente á la pared, en la cual se ve, aquí y allá, alguna esterilla clavada con esta inscripción: «Banco de M. Tal». Más lejos, en el sitio en que la nave se estrecha, el confesonario hace *pendant* con una Virgen vestida con un traje de raso y velo de tul sembrado de estrellas de plata, y con la cara pintada de rojo, como un ídolo de las islas Sandwich: por último, una copia de la *Sagrada Familia, envío del Ministro del Interior*, dominaba el altar mayor entre cuatro candeleros, cerrando así la perspectiva. Las sillas del coro, de madera de abeto, permanecían sin pintar.

El mercado, es decir, un cobertizo de telas sostenido por una veintena de postes, ocupa él solo la mitad casi de la plaza mayor de Yonville. La alcaldía, construída *según los planos de un arquitecto* de París, es á modo de templo griego, y forma ángulo por el lado de la casa del farmacéutico. Tenía la planta baja tres columnas jónicas, y en el primer piso una galería central, en cuyo frontón se veía un gallo galo, apoyando una pata en la Caridad y sosteniendo con la otra la balanza de la Justicia.

Pero lo más notable es la farmacia del señor Homais, frente á la *Posada del León de Oro*. Por la noche principalmente, cuando el quinqué está encendido y los globos rojos y verdes que adornan el frontispicio reflejan sobre el suelo sus dos tonos de luz, se ve como entre bengalas la silueta del farmacéutico, apoyado sobre su pupitre. Su casa, de arriba abajo, está llena de inscripciones en inglés: «*Aguas de Vichy, de Seltz y de Bareges, Prots depurativos, Medicina Raspail, Rocahut de los árabes, Pastillas Darut, Pasta Regnault, Vendajes, Baños, Chocolates purgantes*», etc. Y la muestra, que ocupa la anchura de la botica, lleva en letras de oro: «Ho-

mais, farmacéutico». Al fondo de la tienda, detrás de las balanzas que hay sobre el mostrador, la palabra «Laboratorio» se destaca encima de una puerta vidriera; que en su centro repite una vez más, «Homais», con letras de oro sobre su fondo negro.

Después de esto, ya no hay nada que ver en Yonville.

La calle única, cuya longitud será la de un tiro de fusil, tiene varias tiendas y acaba en la carretera.

Si se le deja á la derecha y se sigue hacia abajo la cuesta de San Juan, bien pronto se llega al cementerio.

Cuando el cólera, para agrandarlo, se derribó una pared y se compraron tres áreas de terreno al lado; pero toda esta porción nueva está casi sin utilizar; las tumbas, como antes, continúan abriéndose cerca de la puerta. El guardián, que es al mismo tiempo enterrador y sacristán de la iglesia (sacando así de los cadáveres un doble beneficio), ha aprovechado el terreno donde no se entierra, para sembrar patatas. Cada año, no obstante, su pequeño huerto se estrecha, y cuando se presenta una epidemia, no sabe si alegrarse de las muertes ó afligirse por las sepulturas.

—Usted se alimenta de los muertos, Lestiboudois—le dijo un día el señor cura.

Esta frase sombría le hizo reflexionar, y por algún tiempo le contuvo; pero después siguió el cultivo de los tubérculos y hasta decía que salían espontáneamente.

Desde los sucesos que se han de relatar, nada ha cambiado en Yonville.

La bandera tricolor de latón continúa girando en lo alto del campanario de la iglesia, la tienda del comerciante de novedades agita aún al viento sus dos banderolas de indiana, los fetos del farmacéutico se pudren cada vez más en el alcohol, y encima de la gran puerta de la posada, el viejo león de oro desteñido por las lluvias, enseña todavía á los que pasan su aspecto de perro de aguas.

La noche que los esposos Bovary debían llegar á Yonville, la señora viuda Lefrancois, dueña de la posada, se hallaba tan ocupada, que sudaba gruesas gotas trajinando con las cacerolas. Al día siguiente había mercado en el pueblo. Era necesario con anterioridad, cortar la carne, matar los pollos, hacer la sopa y el café. Además, tenía la comida de sus huéspedes, la del médico, su señora y la criada. En el billar reían á grandes carcajadas, tres molineros que llamaban para que

se les sirviera el aguardiente; la leña ardía, las brasas chisporroteaban, y en la larga mesa de la cocina, entre los pedazos de carnero, se elevaban pilas de platos que temblaban á los golpes dados en el tajo donde se picaban las espinacas.

Se oían en el corral los cacareos de las gallinas y pollos que la criada perseguía para cortarles el cuello.

Un hombre con zapatillas verdes, pecoso de viruela y con gorro de terciopelo en la cabeza, se calentaba de espaldas á la chimenea. Su cara no expresaba más que la satisfacción de sí propio, y su aspecto era tan tranquilo como el del jilguero suspendido sobre su cabeza en una jaula dorada: aquel señor era el farmacéutico.

—Artemisa—gritaba la posadera,—saca manteca, llena las garrafas, trae aguardiente, date prisa. ¡Si al menos supiese yo qué postre presentar á los señores que usted espera! ¡Bondad divina! Los de la mudanza empiezan á meter ruido en el billar. Y su carreta está aún en el portal. *La Golondrina* es capaz de destrozarla al llegar. Llama á *Pólito* para que la entre. Y decir que desde la mañana, señor Homais, es muy posible que hayan jugado quince partidas y se hayan bebido ocho frascos de sidra... ¡Y van á romperme el paño!—continuó mirándoles de lejos, con la espumadera en la mano.

—No sería un daño muy grande —contestó el señor Homais;—ya compraría usted otro.

—¡Otro billar!—exclamó la criada.

—Como que ese ya no sirve, señora Lefrancois; se lo repito, está usted en un error, y se perjudica. Los aficionados ahora quieren mesas estrechas y tacos pesados. Ya no se juega á palos; todo ha cambiado. Fíjese usted en lo que hace Tellier.

La posadera enrojeció de rabia. El farmacéutico continuó:

—Su billar, diga usted lo que quiera, es más bonito que el de usted; y si se ocurre, por ejemplo, la idea de jugar una piña patriótica para Polonia ó los inundados de Lión, irán allí.

—No será un pillo como ese el que me meta miedo—interrumpió la posadera encogiéndose de hombros.—¡Quite usted de ahí, señor Homais! Mientras que el *León de Oro* exista, todo el mundo vendrá aquí, porque tenemos buen vino en las bodegas; en cambio, bien pronto verá usted cerrado el *Café Francés*, y con papeles en las ventanas. ¡Cambiar mi billar!—exclamó después: de una corta pausa y ha-

blando consigo misma.—¡Un sitio tan cómodo para hacer la colada, y en el cual, en tiempo de caza, se acuestan cómodamente seis pasajeros! ¡Pero ese pícaro de Hivert que no llega!

—¿Le espera usted para la comida de los viajeros?—preguntó el farmacéutico.

—¿Esperarle? ¡Quia! ¿Y el señor Binet? Al dar las seis le verá usted entrar, porque no hay otro en el pueblo tan exacto como él: siempre quiere su sitio en la sala pequeña: antes le matarían que obligarle á comer en otro sitio. ¡Y qué caprichoso! ¡Y qué delicado para la sidra! No es como el señor León. Este, unas veces llega á las siete, otras á las siete y media, y nunca mira lo que come. ¡Qué excelente joven! Nunca le he oído decir una palabra más alta que otra.

—Es que hay mucha diferencia entre quien ha recibido educación y un antiguo carabinero que es ahora recaudador.

Dieron las seis y entró Binet. Vestía un gabán azul que caía recto sobre su cuerpo delgado; llevaba una gorra de cuero que dejaba ver, al alzarse la visera, una frente calva, deprimida por el uso del casco; un chaleco de paño negro, un cuello de piel, pantalón gris, y en todo tiempo botas muy bien lustradas, que tenían señales marcadas á causa del grueso de los dedos de los pies. Ducho en todos los juegos de cartas, buen cazador, poseyendo elegante forma de letra, tenía además en su casa un torno en el que se entretenía haciendo aros de servilleta, de los que llenaba la casa con el celo de un artista y el egoísmo de un burgués. Dirigióse hacia la sala pequeña, pero antes fué preciso hacer salir de ella á los tres molineros. Durante el tiempo que tardó en ponerse la mesa, Binet permaneció silencioso en su sitio, cerca de la estufa; después cerró la puerta y se quitó la gorra, como de costumbre.

—No le estropearán la lengua los cumplidos—dijo el boticario, apenas se quedó solo con la dueña de la posada.

—Pues nunca habla más—respondió la posadera.—La semana pasada, dos mercaderes de paños muy chistosos, contaron una porción de cosas que me hacían desternillar de risa; pues bien, él hizo lo mismo que ahora.

—Sí—dijo el boticario;—no tiene imaginación, ni buenas salidas, ni nada de lo que constituye al hombre de sociedad.

—Pero dicen que tiene dinero.

—¿Dinero?—dijo el señor Homais.—No lo creo.—Después añadió:—¡Ah! Que un negociante, un jurisconsulto, un médico, un farmacéutico, estén de tal modo absortos que se vuelvan raros y extravagantes, lo comprendo, y hasta en la historia hay ejemplos de ello; pero es por que piensan algo. A mí, por ejemplo, ¿cuántas veces no me ha sucedido buscar mi pluma sobre el escritorio para escribir una etiqueta, sin caer en que la tenía detrás de la oreja?

Mientras hablaba el boticario, la señora Lefrancois se dirigió á la puerta de entrada para ver si llegaba *La Gondechina*, y se estremeció. Un hombre vestido de negro entró rápidamente en la cocina: veíase, á la última luz del crepúsculo, que tenía la faz rubicunda y el cuerpo atlético.

—¿En qué puedo servir á usted, señor cura?—preguntó la posadera, alcanzando de encima de la chimenea uno de los candeleros de cobre que había colocados en fila con sus bujías preparadas.—¿Quiere usted tomar alguna cosa? ¿Un vasito de vino?

El eclesiástico rehusó con muchos cumplidos: iba á buscar su paraguas que se había dejado olvidado hacia pocos días en el convento de Ernemont. Después de haber suplicado á la señora Lefrancois que se lo enviase al presbiterio aquella misma noche, salió para dirigirse á la iglesia, donde tocaban el *Angelus*. Cuando el boticario dejó de oír el ruido de sus zapatos, comenzó á censurarle: la negativa á aceptar un refresco, parecía una hipocresía de las más odiosas. Los curas lo trasegaban todo cuando nadie los veía, y querían que volviésemos á los tiempos del diezmo.

La posadera tomó la defensa del cura.

—El año pasado nos ayudó á todos los del pueblo en las faenas de la trilla; llevaba él solo á hombros seis haces de paja de una vez. Es muy fuerte.

—¡Bravo!—contestó el boticario.—¡Envíe usted á sus hijas á confesar con mocetones de semejante temperamento! Si yo fuera gobierno, ordenaría que los curas se sangrasen una vez al mes. Sí, señora Lefrancois; cada mes una abundante *flebotomía*, en interés de las buenas costumbres y de la decencia.

—¡Cállese usted, señor Homais! ¡Es usted un impío! ¡No tiene usted religión!

El boticario contestó:

—Sí, tengo una religión: la mía, que es mejor que la de

todos, sin sus tonterías y sus imposturas. Yo adoro á Dios, creo en el Ser Supremo, en un Creador, quienquiera que sea, poco me importa, el cual nos ha colocado en la tierra para que cumplamos nuestros deberes de ciudadanos y de padres de familia. Pero yo no tengo necesidad de ir á la iglesia á besar bandejas de plata, ni á engordar con mi dinero á unos cuantos farsantes, que comen mejor que nosotros. Puede honrarse á Dios lo mismo en un bosque ó en un campo, que contemplando la bóveda celeste, como los antiguos. Mi Dios es el de Sócrates, el de Franklin, el de Voltaire, el de Beranger. Estoy por la *profesión de fe del Vicario Saboyano*, y por los inmortales principios del 89. Por eso no admito á un pobre hombre Dios, que se pasee por su jardín con su bastón en la mano, aloje sus amigos en el vientre de las ballenas, muera lanzando chillidos y resucite al cabo de tres días; cosas absurdas en sí mismas y completamente opuestas, por otra parte, á todas las leyes de la física; lo que, de paso, nos demuestra que los curas han vivido siempre en una ignorancia ruin, y se esfuerzan en sumir en ella á los pueblos.

Callóse, buscando con la vista un público, porque, en su entusiasmo, habíase creído, durante un momento, en pleno Consejo municipal. Pero ni la dueña de la posada le escuchaba ya, porque prestaba oído al rodar lejano de un coche mezclado con el chocar de las herraduras en el suelo, y *La Golondrina* al fin se detuvo ante la puerta. Era una caja amarilla colocada sobre dos grandes ruedas que, subiendo casi hasta la altura de la baca, impedían á los viajeros ver el camino, y les llenaban de barro las espaldas. Los cristales de las ventanillas estrechas temblaban estando levantados, y todo el coche estaba manchado de barro, y en algunos sitios cubierto de un polvo que ni las lluvias tempestuosas habían podido lavar; tres caballos componían el tiro, de los cuales iba uno delantero, y cuando bajaban las cuestas, el fondo de la caja tocaba al suelo haciéndola rebotar.

Acudieron á la posada algunos vecinos; todos hablaban á la vez, todos pedían noticias, explicaciones y encargos. Hivert no sabía á quién responder; era el que hacía los recados del pueblo; iba á las tiendas; llevábale suela al zapatero, hierro al herrador, un barril de arenques á su ama, gorros á la modista y crepé al peluquero; y á lo largo del camino, al volver, distribuía sus encargos, de pie sobre su asiento y gritando á plenos pulmones, mientras que los caballos camina-

ban á su voluntad. Un accidente le había retrasado. La perra de la señora Bovary se había escapado á campo traviesa y estuvieron llamándola más de un cuarto de hora. Hivert había desandado una media legua, creyendo encontrarla á cada minuto; pero fué preciso continuar la marcha sin ella. Emma había llorado y acusó á Carlos de aquella desgracia. El señor Lheureux, mercader de paños, que venía en el coche, intentó consolarla, citándola buen número de ejemplos de perros perdidos, que reconocían á sus amos al cabo de muchos años: citó uno que había vuelto á París desde Constantinopla; otro había andado cincuenta leguas en línea recta y pasado cuatro ríos á nado; su mismo padre había poseído un perro de aguas, que, después de doce años de ausencia, le había saltado encima en la calle, cuando iba á comer á casa de un amigo.

II

Emma bajó la primera, después Felicidad, el señor Lheureux y una nodriza; hubo que despertar á Carlos, que se había dormido profundamente en su rincón cuando empezó á anochechar.

Homais se presentó; hizo sus cumplidos á Emma, saludó ceremoniosamente á Carlos, dijo que estaba contentísimo de haberle podido prestar algún servicio, y añadió con aire cordial que se había atrevido á invitarse á sí mismo, porque estaba su mujer ausente.

La señora Bovary se acercó á la chimenea. Con la punta de sus dedos cogió sus faldas por la altura de las rodillas, y, subiéndolas hasta los tobillos, aproximóse á la llama, pasando por encima del asador, que daba vueltas, su diminuto pie calzado con elegante botina negra. El resplandor del fuego la iluminaba por completo, penetrándole el tejido de la ropa, los poros de su blanca piel y hasta los párpados de sus ojos que frecuentemente pestañeaban. Una mancha encarnada oscilaba sobre su cara según soplaba el viento que penetraba por la puerta mal cerrada. Al otro lado de la chimenea, un joven de rubia cabellera la contemplaba en silencio. Como

se fastidiaba soberanamente en Yonville, donde estaba de pasante en casa del señor Guillaumin, muchas veces León Dupuis, el segundo abonado al *León de Oro*, retardaba la hora de su comida esperando que llegase algún viajero con quien hablar por la noche. Cuando no era así, aguantaba desde la sopa hasta los postres la conversación de Binet. Era natural, por tanto, su alegría al aceptar la proposición de la posadera, de comer en compañía de los recién llegados. Pasaron á la gran sala en que, para más lujo, había hecho poner los cuatro cubiertos la señora Lefrancois. Homais pidió permiso para no quitarse el gorro, por miedo á constiparse: después, dirigiéndose á su vecina, le dijo:

—Estará usted cansada indudablemente. ¡Se va tan mal en nuestra diligencia!...

—Es verdad—respondió Emma,—pero me agrada ese cansancio; siempre estaría viajando.

—Cierto—dijo el pasante,—lo más penoso es permanecer constantemente clavado en el mismo sitio.

—¡Si tuviera usted que ir siempre á caballo como yo!—repuso Carlos.

—A pesar de eso—replicó León dirigiéndose á la señora Bovary,—no hay nada más agradable.

—Sin embargo—dijo el boticario,—el ejercicio de la medicina no es muy penoso en esta comarca; el estado de nuestros caminos permite el uso del cabriolé; y generalmente todo el mundo paga bien. Los labradores están bien acomodados. Tenemos aquí, según la estadística médica, aparte de los casos ordinarios de *enteritis*, *bronquitis*, afecciones biliosas, etc., algunas fiebres intermitentes en la época de la siega, pero poca cosa; nada digno de mención, á no ser muchos tumores fríos, debidos sin duda á las deplorables condiciones higiénicas de las habitaciones de los campesinos. ¡Ah! tendrá usted que combatir muchas preocupaciones, señor Bovary; muchas rutinas, contra las cuales se estrellarán todos los esfuerzos de su ciencia; todavía tenemos aquí curas, novenas y reliquias, á que se recurre antes que ir á casa del médico ó del boticario. Realmente el clima no es malo, contamos con algunos nonagenarios. El termómetro, le he observado, desciende en invierno hasta los 4 grados, y en la estación de los calores sube hasta 25 ó 30 grados todo lo más, lo que nos da 24 Reaumur por maximum; ó de otra manera dicho, 54 Fahrenheit (medida inglesa) y nada más. Por fortuna nos

hallamos al abrigo de los vientos del norte por el bosque de Argueil, de los vientos del oeste por la costa de San Juan; y este calor que á causa de los vapores del agua, exhalados por el río y la presencia considerable de ganados en las praderas, los cuales exhalan, como usted sabe, mucho amoniaco, es decir, ázoe, hidrógeno y oxígeno, no, ázoe é hidrógeno solamente, y que aspirando el humus de la tierra, confundiendo todas estas emanaciones, reuniéndolas en un haz, por decirlo así, y combinándose por sí mismas con la electricidad propagada en la atmósfera, cuando la hay, podría á la larga, como en los países tropicales, engendrar miasmas insalubres; este calor, decía, se encuentra juntamente atemperado por el lado de donde viene, mejor dicho, de donde vendría si viniese, es decir, del sud, por los vientos del sudoeste, los cuales se refrescan al pasar por el Sena; y nos llegan de golpe como brisas de Rusia...

—¿Tienen ustedes algunos paseos en los alrededores?— preguntó la señora Bovary al joven.

—Muy pocos. Hay un sitio que llaman el Prado en lo alto de la costa y á la entrada del bosque; algunos domingos voy allí y permanezco con un libro contemplando la puesta del sol.

—No encuentro nada tan admirable como las puestas de sol, á orillas del mar sobre todo.

—¡Oh! Yo adoro el mar—dijo León.

—Y además, ¿no le parece á usted que el espíritu vaga más libremente sobre esa extensión sin límites, cuya contemplación eleva el alma y da idea de lo infinito, del ideal?

—Lo mismo sucede con algunos paisajes montañosos—repuso León.—Yo tengo un primo que viajó por Suiza el año pasado, y que me decía que nada puede dar idea de la poesía de los lagos, el encanto de las cascadas, el efecto gigantesco de los *glaciers*. Se ven pinos de un tamaño inconcebible, á través de los torrentes; cabañas suspendidas sobre precipicios y á mil pies debajo de uno, verdaderos valles cuando las nubes se entreabren. Estos espectáculos deben entusiasmar, disponer á la oración, al éxtasis. Por lo tanto, ya no me admiro de aquel músico célebre que, para excitar mejor su imaginación, tenía costumbre de ir á tocar el piano ante algún sitio imponente.

—¿Practica usted la música?

—No, pero me gusta mucho.

—No lo crea usted, señora--interrumpió Homais inclinandose sobre su plato,—todo en él es pura modestia. Yo le oí hace unos días cantar admirablemente en su cuarto *L'Angel Gardián*; me hallaba en el laboratorio. Parecía usted un verdadero cantante.

León, en efecto, vivía en casa del boticario, en una pequeña habitación del segundo piso. Al oír este cumplido de su casero, se ruborizó, mientras el bueno del boticario se había vuelto hacia Carlos, y le enumeraba los principales habitantes de Yonville, le contaba anécdotas, le daba datos: no se sabía á ciencia cierta la fortuna del notario, etc., etc.

Emma dijo:

—¿Y qué música prefiere usted?

—¡Oh, la música alemana, la que hace soñar!

—¿Ha estado usted en los Italianos?

—Todavía no; pero iré el año que viene, cuando vaya á París para acabar mi carrera de Derecho.

—He tenido el honor de decir á su esposo—le dijo el boticario,—lo que pienso de ese pobre Yanoda, que se ha escapado; gracias á las locuras que ha hecho, disfrutará usted una de las mejores casas de Yonville. Lo que tiene mejor para un médico es una puerta que da á la alameda y que le permite entrar y salir sin ser visto; está provista de todo lo que verdaderamente necesita una casa: lavadero, cocina, salón, despacho, etc. Era un bribón que no reparaba en gastos. Habíase hecho construir, al extremo del jardín, al lado del agua, un tonel para beber cerveza en verano. Y si á la señora le gusta la jardinería, podrá...

—Mi mujer no se ocupa de eso—dijo Carlos;—prefiere, aunque tiene recomendado el ejercicio, quedarse en casa leyendo.

—Como yo—dijo León,—¿y qué mejor ocupación que permanecer al lado del fuego con un buen libro, mientras que el viento suena en la calle y azota los cristales del balcón?

—¿No es verdad que sí?—exclamó ella fijando en él sus grandes ojos negros muy abiertos.

—No se piensa en nada, las horas pasan; paséase uno sin moverse por los países que cree ver, y enlazándose el pensamiento con la ficción se goza en los detalles, se sigue el hilo de las aventuras, mézclase con los personajes, en una palabra, parece que uno palpita bajo sus vestidos.

—¡Es cierto, es cierto!—dijo ella.

—¿Le ha sucedido á usted alguna vez—prosiguió León—encontrar en un libro una idea vaga que antes ha tenido, una imagen obscura que viene de muy lejos, y que es como la exposición clara de su más sutil sentimiento?

—Lo he experimentado—respondió Emma.

—Por esto prefiero principalmente los poetas; encuentro en los versos más ternura que en la prosa y hacen llorar mejor.

—Pero cansan más pronto; por el contrario, prefiero las novelas que se leen de un tirón y que dan miedo. Detesto los héroes vulgares y los sentimientos normales como se dan en la naturaleza.

—En efecto—observó el pasante:—las obras que son así no llegan al corazón; se apartan, á mi modo de ver, del verdadero objeto del arte. ¡Es tan dulce, entre los desencantos de la vida, poder aproximarse con el pensamiento á los caracteres nobles, á las afecciones puras y á los cuadros de la dicha! Para mí, que vivo aquí solo, alejado del mundo, esta es la sola distracción. Porque Yonville ¡ofrece tan pocos recursos!

—Como Tostes, sin duda—repuso Emma:—por eso estaba abonada siempre á un gabinete de lectura.

—Si quiere usted hacerme el favor de servirse de ella—dijo el boticario que acababa de oír esas últimas palabras.—tengo á su disposición una biblioteca completa, compuesta de los mejores autores: Voltaire, Rousseau, Delile, Walter Scott, *El Eco de los folletines*, etc., y recibo además diferentes periódicos, entre ellos el *Faro de Rouen*, que es diario, con la ventaja de ser yo su corresponsal para las circunscripciones de Forges, de Neufchatel, Yonville y alrededores.

Dos horas y media hacía que estaban á la mesa, porque la criada Artemisa, arrastrando negligentemente sobre las baldosas sus zapatillas de orillo, llevaba uno tras otro los platos, lo olvidaba todo, no oía nada, y de continuo dejaba entreabierta la puerta del billar, que golpeaba la pared con el picaporte.

Hablando hablando y sin advertirlo, León había puesto el pie sobre uno de los palos de la silla donde estaba sentada la señora Bovary. Llevaba ésta una corbatita de seda azul y un cuellecito de batista bordado, y según los movimientos que imprimía á su cabeza, la parte inferior de su rostro se hundía dentro del cuello, ó salía de él dulcemente. Cerca uno de

otro, en tanto que Carlos y el boticario seguían hablando, entraron en una de esas vagas conversaciones en que el azar de las frases conduce siempre al centro de una simpatía común; teatros de París, títulos de novelas, rigodones nuevos, la sociedad que ellos no conocían; Tostes, donde ella había vivido; Yonville, donde se encontraban; todo lo examinaron, de todo hablaron, hasta el fin de la comida. Cuando se sirvió el café, Felicidad se fué á preparar la alcoba de la nueva casa, y los comensales se levantaron de la mesa. La señora Lefrancois dormía junto al hogar, mientras que el mozo de cuadra, con un farol en la mano, esperaba á Carlos y á su mujer para conducirles á su domicilio: en su cabello rojo había briznas de paja, cojeaba de la pierna izquierda: cuando hubo cogido con la otra mano el paraguas del señor cura, se pusieron en marcha. El pueblo dormía. Los pilares del mercado proyectaban alargadas sombras: la tierra aparecía gris como en una noche de verano. Como la casa del médico se encontraba á cincuenta pasos de la posada, tardaron poco en despedirse los nuevos conocidos, y la compañía se deshizo.

Emma, en el vestíbulo, sintió caer sobre sus espaldas como una tela húmeda, el frío de la pared. Ésta era nueva: los escalones de madera crujieron. En la sala del primer piso, una luz blanquecina pasaba por las ventanas sin cortinas.

Entreveíanse por ellas las cimas de los árboles, y más lejos la pradera semicubierta por la niebla, que humeaba á la luz de la luna en todo el curso del río.

En medio de la habitación y revueltos, veíanse cajones de cómoda, botellas, perchas, colchones sobre las sillas, jofainas en el suelo: los mozos lo habían dejado así.

Era la cuarta vez que Emma iba á dormir en un sitio desconocido: fué la primera vez el día de su entrada en el convento, la segunda el de su llegada á Tostes, la tercera el del baile de la Vaubyessard, y la cuarta esta; cada una de ellas parecía que era en su vida como la inauguración de una fase nueva; no creía que podían pasar las mismas cosas en sitios diferentes, y puesto que la parte vivida había sido mala, la que le quedaba por vivir sería mejor indudablemente.

III

Al día siguiente, al levantarse, vió Emma al pasante en la plaza: ella estaba en peinador.

León levantó la cabeza y la saludó; ella le hizo una ligera inclinación y cerró la ventana.

León esperó durante todo el día á que diesen las seis; pero al entrar en la posada no vió más que al señor Binet sentado á la mesa.

La comida del día anterior había sido para él un acontecimiento importante; nunca, hasta entonces, había hablado dos horas seguidas con una *dama*.

¿Cómo había podido expresarle, en lenguaje tal, cosas que antes no hubiera podido decir tan bien?

Tímido por costumbre, observaba esa reserva que es á la vez pudor y disimulo.

En Yonville decían de él que tenía maneras *comme il faut*; dejaba hablar á las personas mayores, y nunca aparecía exaltado en política, cosa muy de notar en un joven; además, pintaba acuarelas, sabía leer la clave de sol, y hacía literatura después de comer, si no jugaba á las cartas.

El señor Homais le distinguía por su instrucción; su señora le quería por su amabilidad, porque acompañaba á menudo, al jardín, á los niños, siempre sucios, muy mal educados, y un tanto linfáticos, como su madre.

Tenían éstos, además de la criada, á Justino, el mancebo de la botica, primo lejano del señor Homais, recogido por caridad, y que les servía de criado al mismo tiempo.

El boticario se mostró el mejor de los vecinos; puso al corriente á la señora Bovary de dónde vivían los tenderos, le envió expresamente su tabernero, y él mismo probó la primera sidra que le llevaron y cuidó de su instalación en la cueva: la enseñó á comprar manteca fresca muy barata, y arregló un ajuste con Iestiboudois, el sacristán, que además de sus funciones sacerdotales y mortuorias, cuidaba los principales jardines de Yonville, trabajando á jornal ó por anualidades, según convenía á cada cual.

Todo este afán de servicialidad no era totalmente des-

interesado; encerraba un plan. Homais había infringido repetidas veces la ley del 19 ventoso del año XI, artículo 1.º, que prohibía á todo individuo sin título el ejercicio de la medicina, y á causa de ocultas denuncias, Homais había tenido que presentarse en Rouen, citado por el procurador del rey en su despacho particular.

Este magistrado lo había recibido de pie; era por la mañana, antes de la audiencia; oíase en el corredor taconear á los gendarmes y el ruido lejano de abrir y cerrar cerrojos; zumbáronle los oídos al boticario, la sangre se le agolpó en la cabeza, presintió calabozos subterráneos, vió á su familia anegada en llanto, vendida la farmacia, todos los frascos tirados, y tuvo que entrar en un café á tomar una copa de ron con seltz, para serenarse.

Sin embargo, poco á poco, el recuerdo de aquella amonestación se fué debilitando, y el farmacéutico continuó, como otras veces, celebrando consultas ilegales en la rebotica.

Pero el alcalde le quería mal, sus colegas le envidiaban y era de temer todo.

Haciéndose amigo del señor Bovary por medio de atenciones, obligábase con su gratitud para que no hablase, si se enteraba de algo.

Por esto todas las mañanas le llevaba el diario, y muchas veces, después de mediodía, abandonaba un instante la farmacia para ir á charlar con él.

Carlos estaba triste; la clientela no llegaba. Permanecía sentado durante largas horas sin hablar, iba á dormir á su gabinete ó miraba coser á su esposa.

Para distraerse, llevó á cabo algunos trabajos en su casa, y hasta intentó pintar el granero aprovechando un bote de color que los pintores habían dejado.

Pero la cuestión de dinero le preocupaba; había gastado tanto en las reparaciones de la casa de Tostes, en los trajes de su mujer y en el cambio de domicilio, que toda la dote, más de tres mil escudos, había desaparecido en dos años.

Además, ¡cuántas cosas estropeadas ó perdidas en el transporte, sin contar el fraile de yeso que, cayéndose de la carreta, se había roto en mil pedazos!

Una preocupación más grata vino á distraerle: el embarazo de su mujer.

Á medida que se aproximaba su término, la acariciaba

más; era este embarazo otro lazo de la carne que se establecía, algo así como un sentimiento constante de una unión más compleja.

Cuando la veía desde lejos andar perezosamente, con su talle redondeándose sobre sus caderas sin corsé; cuando, teniéndola enfrente, la contemplaba á su sabor, mientras ella, sentada, adoptaba fatigadas posturas, entonces su dicha se desbordaba; levantábase, la besaba, le pasaba las manos por la cara, la llamaba pequeña mamá, quería hacerla bailar, y medio llorando medio riendo, le decía cuantas tonterías cariñosas se le ocurrían.

La idea de ser padre le deleitaba. Nada le faltaba en el presente; conocía la existencia humana en toda su extensión, y apoyado de codos sobre ella, esperaba con toda serenidad.

Emma experimentó al principio una gran extrañeza; después, tuvo ganas de *librar* para saber lo que era ser madre, y no pudiendo gastar, como ella quería, en una cuna de forma de barco con cortinas de seda rosa, renunció á hacer la *canastilla*, en un acceso de amargura, y la encargó á una costurera de la población, sin escoger ni discutir nada. Así, pues, no tuvieron para ella ningún atractivo esos preparativos en que la ternura de las madres se excita, y tal vez por esto su afecto al futuro hijo quedó algo atenuado desde su origen.

Pero como Carlos en todas las comidas hablaba del *nene*, acabó por pensar en él con más frecuencia.

Emma deseaba un hijo; había de ser fuerte, moreno, y se llamaría Jorge; esta idea de tener por hijo un varón, era como la esperanza de un desquite de todas sus pasadas impotencias. Al menos un hombre es libre, puede tener pasiones, correr países, salvar obstáculos, saborear dichas más lejanas.

Pero una mujer está privada constantemente de todo: inerte y flexible á la vez, tiene en su contra las debilidades de la carne y la tiranía de la ley; su voluntad es como el velo de un sombrero que se agita á todos los vientos.

Dió á luz un domingo, á las seis de la mañana, al salir el sol.

—¡Es una niña!—dijo Carlos.

Emma volvió la cabeza y se desmayó. En seguida la señora Homais acudió y la besó, y lo mismo hizo la señora Lefrancois.

El boticario, como hombre discreto, la felicitó desde la puerta: quiso ver la niña, y la encontró bien conformada.

Durante la convalecencia, Emma se preocupó del nom-

bre para su hija; primeramente pasó revista á todos los que tenían terminaciones italianas, como Clara, Luisa, Amanda, Atala, gustábase bastante Galsinda, pero más aún Isolda ó Leocadia.

Carlos quería que la niña se llamase como su madre; Emma se opuso. Recorrieron el calendario de arriba abajo, y hasta se consultó á los extraños.

—León—decía el boticario,—con quien hablé de esto hace días, extrañó que no hubiesen ustedes elegido el nombre de Magdalena, que es el que ahora está más en boga.

La madre de Carlos se negó tenazmente á adoptar este nombre de pecadora.

En cuanto al señor Homais, tenía especial predilección por todos aquellos que recordaban un gran hombre, un hecho ilustre, ó una concepción grandiosa, y siguiendo este sistema había bautizado á sus cuatro hijos.

Su Napoleón representaba la gloria; su Franklin, la libertad; su Irma tal vez una concesión al romanticismo; pero su Atala era un homenaje á la obra más inmortal de la escena francesa.

Sus convicciones filosóficas no le impedían la admiración artística; en él, el pensador no anulaba al hombre delicado; sabía establecer diferencias, dando lo suyo á la imaginación y al fanatismo; condenaba, por ejemplo, las ideas de una tragedia, pero admiraba el estilo; maldecía la concepción, pero aplaudía los detalles; exasperábase contra los personajes y se entusiasmaba con sus discursos.

Cuando leía trozos escogidos, creíase transportado; pero cuando pensaba que los tenderos se aprovechaban del papel donde estaban impresos para envolver, se desolaba por completo, y en esta confusión de sentimientos que le aturdió, hubiera querido á un tiempo coronar á Racine con ambas manos y discutir con él durante un cuarto de hora.

Por fin, Emma recordó que en el castillo de la Vaubyesard había oído que la marquesa llamaba Berta á una joven, y desde aquel momento el nombre quedó escogido; como el tío Rouault no podía venir, rogaron al señor Homais que fuese el padrino.

Todos los regalos que éste hizo fueron productos de su establecimiento: cajas de pastillas pectorales, una botella de agua de azahar y seis grandes trozos de azúcar cande, que había encontrado en un estante.

La tarde del bautizo hubo gran convite: asistió el cura; la gente se animó: el señor Homais, á la hora de los brindis, entonó el *Dios de las buenas gentes*; León, una barcarola, y la madre de Carlos, que era la madrina, una romanza de tiempo del Imperio; en fin, el padre de Carlos pidió que bajasen á la niña, y la bautizó con una copa de champagne que le echó por la cabeza.

Esta befa del primero de los sacramentos indignó al cura: el padre de Carlos contestó con una cita de la *Guerra de los dioses*; el cura quiso marcharse; las señoras intercedieron, se interpuso Homais, y al fin lograron que se sentara de nuevo el eclesiástico y volviese á tomar de nuevo su taza de café.

El padre de Carlos permaneció todavía un mes en Yonville, á cuyos habitantes deslumbró con su magnífica gorra de cuartel galoneada de plata, que se ponía por las mañanas para fumar su pipa en la plaza.

Como también tenía la costumbre de beber mucho aguardiente, enviaba á menudo á la criada á buscar, á la posada, una botella, que ponían en la cuenta á su hijo, y gastó para perfumar sus pañuelos toda la provisión de agua de colonia que tenía su nuera.

A ésta no le disgustaba su compañía; aquel hombre había corrido mucho mundo; hablaba de Berlín, de Viena, de Estrasburgo, de cuando era oficial, de las queridas que había tenido, de los grandes almuerzos á que había asistido.

Después mostrábase amable, y á veces, en la escalera ó en el jardín, abrazaba á su nuera, exclamando maliciosamente: —¡Carlos! ¡Ten cuidado!

La madre de Carlos temió por la dicha de su hijo, y creyendo que su esposo, á la larga, podía tener una influencia inmoral en las ideas de su nuera, se apresuró á disponer el día de la marcha.

Sus inquietudes eran justificadas; el señor Bovary, padre, era un hombre que no respetaba nada.

Un día Emma sintió de repente deseos de ver á su hija, que fué dada á criar á la mujer de un carpintero, y sin acabar la cuarentena se dirigió á casa de Rollet, que estaba casi fuera del pueblo.

Era mediodía; todos los balcones de las casas estaban cerrados; soplaban un viento pesado; Emma sentíase muy débil; las piedras de la calle la herían; dudó entre volver á su casa ó entrar en alguna parte para descansar.

En aquel momento, León salió de un portal con un lío de papeles bajo el brazo; corrió á saludarla y se pusieron á la sombra ante la tienda de Lheureux, bajo el toldo gris.

La señora Bovary dijo que iba á ver á su hija, pero que se había cansado.

—Si...—repuso León, no sabiendo como continuar.

—¿Tiene usted que hacer algo?—le preguntó ella.

Y como dijese que no, le rogó que la acompañase.

Aquella misma noche, todo Yonville supo esto, y la señora Tuvache, mujer del alcalde, declaró delante de la criada que «la señora Bovary se comprometía».

Para llegar á casa de la nodriza era necesario, terminada la calle, volver hacia la izquierda, como para dirigirse al cementerio, y seguir un pequeño sendero bordado de árboles en flor, como los zarzales y las ortigas.

Por los agujeros de las cercas veíase algún cerdo en su estercolero ó vacas trabadas restregando sus cuernos contra el tronco de los árboles. Juntos paseaban, ella apoyándose en él, y él ajustando sus pasos á los de Emma; ante ellos un enjambre de moscas zumbaba en el aire abrasador.

Reconocieron la casa por un viejo nogal que le daba sombra; era pequeña y de tejado gris; en la ventana del granero había una sarta de cebollas colgadas; delante de la puerta un cuadro de lechugas.

El agua sucia corría por entre la hierba, y, tendidas entre dos árboles, había una camisa de indiana roja, medias de lana y un trozo de lienzo sobre la cerca.

Al ruido que hicieron apareció la nodriza sosteniendo en sus brazos á un niño que mamaba. Llevaba de la otra mano un chicuelo delgadillo, escrofuloso; el hijo de un sombrerero de Rouen, á quien sus padres dejaban en el campo.

—Entre usted—dijo,—su niña está allí, durmiendo.

Aquella habitación, única de toda la casa, tenía al fondo, contra la pared, una ancha cama sin cortinas, mientras que la artesa ocupaba el lado de la ventana, uno de cuyos cristales, roto, estaba remendado con un papel azul.

En un rincón detrás de la puerta, había zapatos con clavos relucientes, junto á una botella de aceite que tenía una pluma en el corcho; una estatuilla de Mathieu Laensberg arrumbada en la chimenea llena de polvo, entre piedras de chispa, cabos de vela, y pedazos de yesca, y por último, el lujo de la casa consistía en una *Fama soplando sus trompetas*,

recortada sin duda de algún prospecto de perfumería y clavada á la pared con seis clavitos.

La niña dormía en una cuna de mimbre. Emma la tomó en sus brazos con el cobertor que la envolvía y comenzó á cantar dulcemente, meciéndola.

León se paseaba por la habitación; parecía exótico ver á aquella *bella dama* con vestido de merino en medio de tal miseria.

La señora Bovary púsose roja, y él volvió la cabeza creyendo que tal vez sus ojos habían cometido alguna imperitinencia.

Emma volvió á acostar á la pequeñuela, que acababa de vomitarle sobre su corbata.

La nodriza acudió á limpiarla, asegurando que no quedaría mancha.

—¡Si usted supiera cuántas veces me lo hace y cuánto tengo que lavar! ¡Si me hiciera usted el favor de encargarse á Camús el tendero que me deje tomar el jabón que me haga falta!...

—¡Bien, bien!—contestó Emma.—Hasta la vista.

Y salió limpiándose los pies en el umbral. La buena mujer la acompañó hasta el jardinillo, hablándole siempre de lo molesto que le era tener que levantarse á media noche.

—Estoy tan rendida algunas veces, que me duermo en la silla; así es que debiera usted darme cada mes una libra de café molido, que tomaría con leche por la mañana.

Después de las gracias repetidas que le dió el ama al oír su promesa, la señora Bovary se fué; pero había andado pocos pasos, cuando el ruido de los zuecos le hizo volver la cabeza. Era la nodriza otra vez.

—¿Qué ocurre?

La llevó aparte detrás de un olmo, empezó á hablarle de su marido, que con su oficio y seis francos al año que el capitán...

—¡Acabe usted de una vez!—le dijo Emma.

—Pues bien—prosiguió la nodriza, lanzando grandes suspiros á cada palabra,—temo que se ponga triste al verme tomar café yo sola, ¿usted comprende? Los hombres...

—¡Pero si ya he dicho que le enviaré á usted el café! Me está usted molestando.

—¡Ah, señorita! es que él, á causa de sus heridas, tiene calambres horribles en el pecho. Dice que la sidra debilita.

—¡Acabe usted!

—Si no fuera mucho pedir... y me quisiera usted enviar un frasco de aguardiente... con él frotaré los pies de la pequeña. Que lo necesita...

Ya libre de la nodriza, Emma volvió á tomar el brazo de León.

Caminaron de prisa un buen rato; después se hizo más lenta su marcha, y la mirada de Emma se fijó en el hombro del joven, cuyo gabán tenía un cuello de terciopelo negro; sus cabellos castaños caían encima lisos y bien peinados; fijóse también en sus uñas, más largas de lo que solían llevarse en Yonville.

Era una gran ocupación de León el cuidárselas, y para esto tenía en su escritorio un cortaplumas especial.

Regresaron al pueblo siguiendo la orilla del agua.

En el verano, el ribazo pelado descubría casi hasta su base los muros de los jardines, que tenían una escalera de algunos peldaños que bajaba al río; éste se deslizaba sin ruido, rápido y frío á la vista; grandes hierbas delgadas se encorvaban al empuje de la corriente, y como cabelleras verdes se extendían en su limpidez; á veces en la punta de los juncos ó sobre la hoja de los nenúfares un insecto de patas finas caminaba ó se posaba.

El sol atravesaba con sus rayos los pequeños glóbulos azules de las ondas que se sucedían rompiéndose; los viejos sauces reflejaban en las aguas su corteza gris; más allá, todo alrededor, la pradera parecía vacía.

Era la hora de comer en las granjas, y la joven y su compañero no oían más que el ritmo de sus pasos sobre el sendero, y el roce del vestido de Emma que lo barría todo tras sí.

Las tapias de los jardines, erizadas de vidrio, estaban calientes como los cristales de un invernadero; entre los ladrillos, los alelíos habían brotado, y con el borde de su sombrilla abierta, la señora Bovary destrozaba flores marchitas, ó bien alguna rama de madreselva que se quedaba enganchada del fleco.

Hablaban Emma y León de una compañía de baile española esperada en el teatro de Rouen.

—¿Irá usted?—preguntó ella.

—¡Si puedo, sí!

¿No tenían nada más que decirse? Sus ojos, sin embargo

estaban llenos de otra charla más seria, y mientras se esforzaban por encontrar frases triviales, una misma languidez les invadía, y sentían el murmullo del alma, profundo, continuo, dominando al de las palabras.

Sorprendidos ante esta nueva dulzura, no pensaban en darse cuenta de aquella sensación ni en descubrir su causa; las dichas futuras, como las playas tropicales, proyectan sobre la inmensidad una brisa perfumada, y que embriaga sin causar inquietud ante el horizonte que no se conoce.

En varios sitios la tierra tenía hendiduras causadas por el paso de los animales, y era preciso caminar sobre las piedras verdes colocadas entre el barro.

Algunas veces ella se detenía un momento para ver dónde ponía el pie, y vacilando sobre la piedra, con el talle inclinado y la mirada indecisa, reía, temerosa de caer en los charcos.

Cuando llegaron delante de su jardín, la señora Bovary empujó la verja, subió las escaleras corriendo, y desapareció.

León volvió á su despacho; el notario estaba ausente; lanzó una mirada sobre los protocolos, cortó una pluma, tomó después su sombrero y se marchó. Fué al Prado, á la entrada del bosque; se tumbó en el suelo entre los árboles, y miró al cielo por entre sus dedos cruzados sobre los ojos.

—¡Cómo me fastidio!—exclamó—¡cómo me fastidio!

Juzgábase digno de lástima por el hecho de vivir en aquella aldea con el señor Homais por amigo, y el señor Guillaumin por jefe.

Este último, siempre atento á sus negocios, con sus anteojos de oro, sus patillas rubias y su corbata blanca, no entendía nada de delicadeza de alma, aunque afectaba un aire correcto é inglés, que en sus primeros tiempos había engañado al pasante.

En cuanto á la mujer del boticario, era la mejor esposa de Normandía, dulce como una oveja, cariñosa para su hijo, su padre, su madre, sus primos, llorando á lágrima viva los males del prójimo, y detestando los corsés; pero tan lenta al moverse, tan fastidiosa de oír, de un aspecto tan vulgar y de tan poca conversación, que nunca se le había ocurrido, por más que tuviese treinta años y veinte él, y que durmiesen separados por un tabique, y que le hablase todos los días, que pudiese ser una mujer para nadie, ni que poseyera de su sexo otra cosa que el traje

¿Y qué más gente había en el pueblo? Binet, algunos mercaderes, dos ó tres cafeteros, el cura, y, por último, el señor Tuvache, el alcalde, y sus dos hijos, jóvenes groseros, obtusos, que por sí mismos cultivaban sus tierras, devotos, glotones y de un trato insoportable.

Pero sobre el fondo total de todos estos rostros humanos, el de Emma se destacaba aislado, y más lejano, sin embargo, porque él presentía entre ambos vagos abismos.

Al principio iba á su casa con frecuencia, en compañía del boticario. Carlos no parecía haberse interesado mucho en recibirle, y León no sabía cómo arreglárselas entre el miedo de parecer indiscreto y el deseo de una intimidad que él juzgaba casi imposible.

IV

Al llegar los primeros fríos, Emma cambió de cuarto, yendo á ocupar una sala grande de bajo techo, con chimenea, sobre la cual y delante del espejo se veía, como adorno, un grupo de ramas submarinas petrificadas.

Desde su butaca, pegada al balcón, Emma veía pasar la gente por la calle.

Dos veces al día entraba León en la posada, y Emma ya le sentía venir desde lejos, inclinándose para escuchar sus pasos; él desfilaba ante la cortina, con su traje de siempre y sin volver la cabeza; pero cuando, al anochecer, pasaba aquella sombra, sorprendiéndola con el bordado abandonado sobre su regazo y la barbilla apoyada en la mano, estremeciase y se levantaba mandando poner la mesa para cenar.

El boticario llegaba siempre cuando aun estaban cenando; entraba sin pisar fuerte para no molestar, con su gorro griego en la mano y la consabida frase de:

—¡Buenas noches á la compañía!

Se sentaba entre ambos esposos, pedía á Carlos noticias de los enfermos, y Carlos le consultaba lo que debía cobrar á cada uno. Después comentaban lo que traía el periódico.

Homais se lo sabía ya de memoria y lo recitaba de co-

rrido, con comentarios y todo; pero el asunto se llegaba á agotar también, y entonces se permitía observaciones sobre los platos que se iban sirviendo, señalando á Emma el pedazo más tierno que debía ponerse ó aconsejando á la criada cómo debía guisar ciertas cosas y el uso higiénico de las especias, teniendo en su cabeza más recetas culinarias que botes en su farmacia. Sabía hacer muchas salsas, confituras, licores, y conocía todos los modernos sistemas de calefacción económica y el arte de conservar los quesos y de cuidar los vinos.

A las ocho iba á buscarle Justino para cerrar la tienda, y el boticario le miraba ferozmente, porque había creído adivinar que al joven le gustaba Felicidad.

—Este granuja empieza ya á sacar los pies del plato. ¡Que el diablo me lleve si no está enamoricado de la criada de ustedes!

Pero el mayor defecto que el boticario reprochaba al joven era el de estar escuchando siempre todas las conversaciones. Los domingos, por ejemplo, se hacía el remolón para salir de la sala cuando su señora le llamaba para que se llevase á los pequeños, que se dormían sobre los sillones estropeándolos.

No iba mucha gente á aquellas *soirées* del farmacéutico; su mala lengua y sus ideas políticas le habían restado el trato de muchas personas respetables. León era el que no faltaba nunca, y cuando oía la campanilla, corría á recibir á la señora Bovary, quitándola el chal, y colocaba cuidadosamente debajo del mostrador de la botica las grandes zapatillas de orillo que Emma llevaba encima de las botas los días de nieve.

Jugábase á la treinta y una; otras veces al *ecarté*, Emma con el boticario. León, detrás de ella, le aconsejaba las jugadas, y, apoyándose en el respaldo de la silla, contemplaba los dientes de su peineta mordiénole el pelo; cada vez que Emma se inclinaba para echar su carta, levantábasele el vestido hacia la derecha. De sus cabellos trenzados proyectaba en su espalda un tono pardo que iba esfumándose hasta perderse en la sombra; la falda caíale plegada majestuosamente á ambos lados de la silla. Si por casualidad León tocaba el pie de Emma, retiraba el suyo como si él fuese quien pisase á alguien.

Después de la partida, el médico y el boticario jugaban

al dominó, y Emma, de codos sobre la mesa, hojeaba *La Ilustración*. Solía llevar ella también su periódico de modas.

León se ponía junto á ella, viendo los dos los grabados y esperándose mutuamente al final de las páginas. A menudo rogábale ella que la leyese versos, y él lo hacía con voz conmovida, suave y tierna, sobre todo al llegar los pasajes amorosos... Pero el golpeteo de las fichas le contrariaba.

Homais era un gran jugador de dominó: ganaba siempre á Carlos, y cuando acababan los trescientos tantos, sentábanse los dos junto á la chimenea y acababan por quedarse dormidos.

El fuego iba cubriéndose de cenizas, la tetera estaba vacía ya, y León seguía leyendo y escuchándole Emma, que daba vueltas maquinalmente á la pantalla del quinqué, en la que se veían *pierrrots* en sus coches y bailarinas sobre el alambre con sus balancines.

León callaba señalando con un gesto á los que dormían, y entonces hablaban en voz baja, pareciéndoles más dulce la conversación al no ser oída por nadie.

De esta forma llegó á establecerse entre ellos una especie de asociación, un comercio continuado de libros y canciones. A Carlos, que era poco celoso, no le extrañaba nada de esto.

El día de su santo recibió una cabeza de frenología marcada de cifras por todas partes y pintada de azul: era el regalo de León. Éste, además, estaba haciéndole siempre pequeños favores, y cuando iba á Rouen cumplía los encargos que Carlos le daba.

Una novela de entonces puso en moda la manía de las plantas carnosas erizadas de púas: León compró varias para Emma, y vino en *La Golondrina* trayéndolas sobre las rodillas y pinchándose los dedos durante todo el camino.

Emma mandó arreglar su ventana en forma para colocar sus tiestos; León hizo lo mismo en la suya, y de este modo se veían ambos cuando cuidaban las flores.

Una tarde, al volver á casa, León se encontró en su cuarto un tapiz de terciopelo con hojas bordadas sobre fondo pálido; llamó á la señora Homais, á su marido, á Justino, á los niños, á la cocinera, para que lo viesen, y le habló de él á su jefe el notario.

Todo el mundo deseaba ya conocer aquel tapiz, y todo el mundo se decía: ¿por qué la señora del médico tiene con

el pasante esas *generosidades*? Parecía extraño á las gentes y acabaron por creer definitivamente que era su *amiga íntima*.

Él tuvo la culpa, pues sin cesar hablaba de Emma, elogiando sus encantos y su ángel, no sin que una vez Binet le contestase, demasiado brutalmente:

—Y á mí ¿qué me importa si no es de mi clase?

León torturábase para hallar un medio de *declararse* á ella; y dudando entre el miedo de desagradarla y la vergüenza de resultar pusilánime, lloraba descorazonado unas veces y enardecido de deseos otras. Después tomaba decisiones enérgicas; escribía cartas que luego las rompía; se daba plazos que no cumplía. Con frecuencia echaba á andar, dispuesto á atreverse á todo; pero al llegar ante Emma abandonábale aquella resolución, y cuando Carlos le invitaba á subir á su coche para ir á ver juntos á algún enfermo de las cercanías, aceptaba á escape, saludaba á Emma y se iba. Su marido ¿no era también algo de ella?

Emma, por su parte, no se interrogó á sí misma sobre aquel punto. Según ella, el amor había de llegar de golpe, con grandes estallidos y fulguraciones, huracán de los cielos que cae sobre la vida, la destroza, arranca las voluntades como las hojas de los árboles y arrastra al corazón hacia el abismo.

Emma no sabía que la lluvia, cayendo en las azoteas y estancándose, llega á formar goteras, y permaneció tranquila, hasta que descubrió de repente una grieta en la pared.

V

Ocurrió un domingo de febrero, por la tarde. Nevaba. Habían ido todos, el señor y la señora Bovary, Homais y León, á ver, á una media legua de Yonville, en el valle, una fábrica de hilados recién establecida.

El boticario había llevado consigo á Napoleón y Atala para que hicieran ejercicio, y Justino les acompañaba cargado con los paraguas de todos sobre sus espaldas.

Nada, sin embargo, era menos curioso que lo que iban á

ver: un gran espacio de terreno vacío, donde se encontraban revueltas, entre montones de arena y guijarros, algunas ruedas de engranaje ya oxidadas, se extendía en torno de un edificio cuadrilongo con innumerables ventanas; no estaba acabado y veíase el cielo á través de las vigas del techo; atado á la pared, un haz de paja mezclado de espinas, daba al viento sus cintas tricolores.

Homais hablaba: explicaba la importancia de aquel establecimiento, calculaba la fuerza de las planchas, el espesor de las paredes, y sentía mucho no tener un bastón métrico como el que Binet poseía para su uso particular.

Emma, que le daba el brazo, apoyábase un poco en su hombro, y miraba al disco del sol irradiando en lontananza sobre las brumas su palidez deslumbradora. Volvió la cabeza: Carlos estaba allí; llevaba la gorra hundida hasta las orejas, y sus gruesos labios tiritaban dando á su fisonomía un aire estúpido; hasta era irritante su misma espalda: revelábase en ella, bajo la levita, toda la vulgaridad de su figura.

Mientras Emma le examinaba, buscando de este modo en su irritación y su antipatía, una especie de voluptuosidad depravada, León adelantó un paso; el frío, que le hacía palidecer, daba más dulce languidez á su cara; entre la corbata y su cuello dejaba ver la piel; debajo de un mechón de cabellos asomaba un extremo de oreja, y sus grandes ojos azules parecieron á Emma más límpidos y bellos que los lagos de las montañas donde se retrata el cielo.

—¡Desgraciados!—exclamó de repente el boticario; y corrió hacia su hijo, que acababa de precipitarse en un montón de cal para teñirse de blanco los zapatos.

Al ver que le regañaban, Napoleón comenzó á lanzar aullidos, mientras que Justino le limpiaba el calzado con un puñado de paja. Se necesitaba una navaja, y Carlos ofreció la suya.

—¡Ah!—pensó Emma,—lleva navaja en el bolsillo, como un campesino.

Caía la nieve con más fuerza, y determinaron volver á Yonville.

La señora Bovary, por la noche, no fué á casa de sus vecinos, y cuando Carlos partió, cuando se vió sola, comenzó á establecer en su mente un paralelo, con toda la claridad de una sensación casi inmediata, y con ese aumento de perspectiva que da el recuerdo á todas las cosas.

Contemplando desde su cama el fuego que ardía en la chimenea, veía á León de pie, doblando con una mano su bastoncillo y teniendo de la otra á Atala, que chupaba tranquilamente un trozo de hielo. Encontrábase encantador, no podía dejar de recordarle. Pensó además en actitudes suyas de otros días, en frases que había dicho, en el sonido de su voz, en toda su persona, y repetía, avanzando sus labios como para besar:

—¡Oh! ¡es encantador, encantador! ¿No amaré? ¿Y á quién?... ¡A mí!

Vió claras multitud de pruebas, y su corazón se ensanchó. La llama de la chimenea hacía temblar en el techo una claridad alegre; se volvió de espaldas estirando los brazos, y comenzó la eterna lamentación:

—¡Oh! ¡si el cielo lo hubiera querido! ¿Y por qué no había de ser?... ¿Quién se lo impedía?

Cuando Carlos volvió á media noche, Emma fingió despertar, y como hiciera ruido al desnudarse, quejóse de dolor de cabeza. Después preguntó negligentemente qué había pasado en la tertulia.

—León—dijo él—se ha retirado muy temprano.

Emma no pudo evitar una sonrisa, y se durmió, llena el alma de un encanto nuevo.

Al día siguiente, al anochecer, recibió la visita de Lheureux, comerciante de novedades. Era un hombre habilísimo: nacido en Gascuña, pero convertido en normando, tenía la facundia del meridional, y la cautela del normando; su rostro grueso, redondo, sin barba, parecía teñido por una clara infusión de regaliz, y sus cabellos blancos hacían más viva aún la brillantez ruda de sus ojillos negros. Ignorábase lo que había sido antes: buhonero, según unos; banquero en Boutot, según otros: lo que había de cierto es que hacía cálculos complicados capaces de asustar al mismo Binet. Fino hasta la exageración, siempre se mantenía inclinado en la posición del que saluda ó del que invita.

Después de haber dejado detrás de una puerta su sombrero guarnecido de una gasa, colocó sobre la mesa una caja verde, y comenzó por lamentarse con muchos cumplidos de no haber merecido hasta entonces su confianza: una pobre tienda como la suya no podía atraer á una *elegante*, y recalcó la palabra. No tenía, sin embargo, más que ordenarle, y él se encargaría de proporcionarle lo que deseara, tanto en

mercería como en ropa blanca ó novedades de otra clase, porque iba á la ciudad cuatro veces al mes y hallábase relacionado con las casas más fuertes; podían responder de él en *Los Tres Hermanos*, *La Barba de Oro* y *El Gran Salvaje*; todos los dueños de estos establecimientos le conocían perfectamente. Aquel día venía á enseñar á la *señora* diferentes artículos que poseía gracias á una casualidad de las más raras; y sacó de la caja media docena de cuellos bordados.

La señora Bovary los examinó y dijo:

—No necesito nada.

Entonces el señor Lheureux exhibió delicadamente tres cintas argelinas, muchos paquetes de agujas inglesas, un par de zapatillas bordadas, y unos canastillos fabricados por presidiarios. Después, con las manos sobre la mesa, el cuello tendido y el talle inclinado, seguía la mirada de Emma, indecisa entre aquellas mercancías. De tiempo en tiempo, como para quitarles el polvo, daba un papirotazo sobre las cintas desplegadas, que al ser agitadas producían efectos de luz tornasolada.

—¿Qué precio tienen?

—Una miseria. Pero no corre prisa; cuando usted quiera pagar... No vivimos entre judíos, ni tema usted que le mande los alguaciles.

Emma reflexionó algunos instantes, y acabó por dar las gracias á Lheureux, que replicó sin pestañear:

—Bien, bien; más tarde nos entenderemos; yo siempre me arreglo con las señoras... excepto con la mía.

Emma sonrió.

—Esto sólo es para decirle—añadió con aire bonachón—que no es el dinero lo que me inquieta. Si le hace á usted falta, le daré el que quiera.

Emma manifestóse sorprendida.

—¡Ah!—añadió en voz baja,—no tendría que ir muy lejos para encontrarlo.

Dicho esto cambió de tono y preguntó por el tío Tellier, amo del *Café Francés*, á quien el señor Bovary asistía entonces.

—Tose de un modo que hace temblar la casa; tengo miedo de que muy pronto necesite un *paletó de pino* mejor que una camisa de franela. Corrió demasiado cuando era joven; estas gentes no piensan en nada; está abrasado por el aguardiente; pero de todos modos, es desagradable saber que un amigo *se marcha*.

Y mientras ponía en orden sus cajas, hablaba así de la clientela de Bovary.

—Sin duda es el tiempo—decía mirando á los cristales: —yo tampoco estoy muy bueno. Será preciso que un día me visite su señor esposo, porque tengo un dolor en la espalda que no me deja vivir... En fin, hasta la vista, señora Bovary. A su disposición. Soy su humildísimo servidor.

Y salió cerrando cuidadosamente la puerta.

Emma comió en su cuarto, en un rincón junto al fuego. Tardó mucho; todo le parecía bueno.

—¡Qué prudente he sido!—decía pensando en las cintas.

Oyó pasos en la escalera; era León. Se levantó y tomó de la cómoda la labor.

Cuando él apareció, fingió hallarse ocupadísima. La conversación fué lánguida; la señora Bovary callaba á cada minuto, y él parecía embarazado.

Sentado en una silla baja cerca de la chimenea, daba vueltas entre sus dedos al alfiletero de marfil. Ella hundía la aguja en la tela, ó con su fina uña, fruncía los pliegues, y no hablaba. Él callaba, cautivado por su silencio, como lo hubiera sido por sus palabras.

—¡Pobre muchacho!—pensó ella.

—¿En qué la he disgustado?—preguntábase él.

León acabó por decir que tenía que ir uno de aquellos días á Rouen para un asunto del despacho, y añadió:

—Ha terminado su suscripción á la música. ¿Quiere usted que la renueve?

—No—respondió ella.

—¿Por qué?

—Porque...

Y mordiéndose los labios, dió con lentitud una puntada en la tela.

Aquella costura indignaba á León, porque los dedos de Emma parecían desollarse por el extremo. Ocurriósele una frase galante, pero no se arriesgó á decirla.

—¿Es decir que la deja usted?—repuso.

—¿Qué? ¿la música? Sí. ¿Para qué la quiero? Demasiado me ocupan los asuntos de la casa, el cuidado de mi marido; mis deberes, que son antes que todo.

Después de decir esto, miró al reloj: Carlos tardaba. Fingió quedar pensativa, y dos ó tres veces repitió esta frase:

—¡Es tan bueno!

León quería al señor Bovary; pero aquella ternura que ella demostraba por él, le produjo un efecto desagradable. A pesar de esto, continuó el elogio que, según decía, oía hacer á todos, especialmente al boticario.

—¡Ah, es muy bueno, muy bueno!—repitió Emma.

—Seguramente—añadió el pasante.

Y luego habló de la señora Homais, cuyo descuidado traje le hacía reir ordinariamente.

--Y eso ¿qué importa?—repuso Emma.—Una buena madre de familia no se ocupa de su traje. Después volvió el silencio. Lo mismo pasó los días siguientes.

Sus palabras, sus maneras, todo cambió. Se la vió cuidarse más de la casa, ir á la iglesia con regularidad y hablar á su criada más severamente. Retiró á Berta de casa de la nodriza. Felicidad la presentaba cuando había visitas, y la señora Bovary la desnudaba para que viesen sus piernecitas. Declaraba adorar á los niños; eran su consuelo, su alegría, su locura, y acompañaba sus caricias con expansiones líricas, que á otros que no fuesen los habitantes de Yonville hubieran recordado la Sachette de *Nuestra Señora de París*.

Cuando Carlos volvía, siempre encontraba sus zapatillas puestas al fuego para que se calentasen; nunca dejaban de estar planchados sus chalecos, ni faltaba un botón á sus camisas, y hasta ella hallaba un placer en examinar en el armario todos los gorros de dormir de su marido, colocados en montones iguales. Ya no se resistía á pasear por el jardín, consentía siempre en lo que él la proponía, si bien no adivinaba sus deseos, á los que se sometía sin murmurar. Y cuando León le veía, en un rincón junto al fuego, después de comer, con las manos apoyadas sobre su abdomen, los pies en los morrillos, la cara roja por la digestión, los ojos húmedos de felicidad, con la niña gateando por la alfombra, y aquella mujer tan bella que por detrás acudía á besarle en la frente, exclamaba en su interior:

—¡Qué locura! ¿Cómo poder llegar hasta ella?

Parecía tan virtuosa é inaccesible, que toda esperanza, aun la más vaga, le abandonó; pero al renunciar á ella, la colocó en condiciones extraordinarias. Desprendióse ella, á sus ojos, de las cualidades carnales, de las que nada podía esperar, y fué ganando y remontándose en su corazón á la manera magnífica de una apoteosis que se desvanece.

Era uno de esos sentimientos puros que no embarazan el

ejercicio de la vida, que se cultivan porque son raros, y cuya pérdida afligiría más que alegra la posesión real.

Emma enflaqueció, sus mejillas palidieron, se alargó su rostro... Con sus trenzas negras, sus grandes ojos, su recta nariz, su manera de andar de pájaro, y siempre silenciosa, ¿no parecía atravesar la existencia tocando apenas en ella, y llevando en la frente la vaga huella de una predestinación sublime?

Mostrábase tan triste, tan dulce y tan reservada á la vez, que se sentía al lado suyo un encanto glacial, del mismo modo que se siente en las iglesias un estremecimiento producido por el perfume de las flores mezclado al frío de los mármoles.

Ninguno escapaba á esta seducción. El boticario decía:

—Es una mujer de grandes recursos, y que no estaría fuera de lugar en una subprefectura.

Los burgueses admiraban su economía, los clientes su finura, los pobres su caridad; pero ella sentía en su alma las convulsiones de la rabia y del odio. Aquel vestido de correctos pliegues ocultaba su corazón destrozado, y aquellos labios tan púdicos no contaban nunca sus tormentos. Estaba enamorada de León, y buscaba la soledad con el fin de deleitarse mejor en su imagen. Su vista turbaba la voluptuosidad de aquella meditación. Emma palpitaba al ruido de sus pasos; pero en su presencia, la emoción decaía, y después no le quedaba más que un grato asombro que terminaba en tristeza.

León no sabía, cuando salía desesperado de la casa, que ella en seguida se asomaba á los cristales del balcón para verle en la calle, que se inquietaba por todas sus acciones, que expiaba su semblante, y que inventó una historia para visitar su cuarto.

La mujer del boticario le parecía muy feliz, porque podía dormir bajo su mismo techo, y continuamente se posaban en aquella casa sus pensamientos, como los pichones del *León de Oro*, que acudían á hundir sus patas rojas y sus alas blancas en los canales de aquel tejado.

Cuanto más se convencía de su amor, más lo ocultaba, á fin de que nadie lo sospechase, é intentando disminuirlo; hubiera querido que León lo comprendiese, é imaginaba azares, catástrofes que lo facilitasen. ¿Qué era lo que la con-tenía? La pereza, el espanto, y el pudor también. Pensaba

que ya no era oportuno, que no era tiempo, que todo estaba perdido.

Después el orgullo, la alegría de decir: «¡soy virtuosa!» y de contemplarse en el espejo adoptando posturas de resignada, la consolaban un poco del sacrificio que creía hacer. Entonces los apetitos de la carne, los apuros de dinero y las melancolías de la pasión, todo se confundía en un mismo martirio; y en vez de desviar de él su pensamiento, lo excitaba al dolor. Irritábala un plato mal servido ó una puerta mal cerrada; deseaba ardientemente el terciopelo que no tenía, suspiraba por la dicha que le faltaba, por sus sueños demasiado elevados, por su casa demasiado estrecha.

Lo que la exasperaba era que Carlos no comprendiera su suplicio; la convicción en que él estaba de que la hacía dichosa, le parecía un estúpido insulto, y su seguridad el colmo de la ingratitud.

¿Para quién era ella virtuosa? ¿Acaso no era él el único obstáculo de su felicidad, la causa de toda su miseria, la hebilla puntiaguda de aquel cinturón que la ceñía por todas partes?

Así, pues, descargó sobre él todo el odio inmenso resultante de sus fastidios, y cada esfuerzo que hacía para disminuirlo servía sólo para aumentarlo; porque aquel trabajo inútil agregábase á otros motivos de desesperación y contribuía más á su desvío. Su propia dulzura la inspiraba rebeliones; la medianía de su posición doméstica lanzábala á fantasías de caprichos fastuosos; la ternura conyugal, á deseos adúlteros. Hubiera querido que Carlos la pegase, para poder con razón, detestarle y vengarse de él.

Extrañábase á veces de las conjeturas atroces que se le ocurrían, y no obstante ¿era preciso continuar sonriendo, oír como repetían que era feliz, aparentar serlo y dejarlo creer? Sin embargo, le daba asco esta hipocresía. Dábanla tentaciones de escaparse con León á algún sitio lejano para ensayar una nueva vida; pero en seguida abríase en su alma un hondo abismo lleno de sombras.

«Él no me ama, pensaba, ¿qué hacer? ¿qué socorro esperar? ¿En qué alivio confiar?

Y permanecía deshecha, anhelante, inerte, sollozando en voz baja y derramando lágrimas.

—¿Por qué no le dice usted al señor lo que tiene?— solía preguntarle la criada cuando se daba cuenta de estas crisis.

—Son los nervios—respondió Emma,—¡no le digas nada!

—¿Por qué?

—Porque le darías un disgusto sin motivo.

—A usted, señorita, le pasa lo que á la Guerina, la hija del tío Guerín el pescador. Estaba muy triste, tan triste que al verla de pie en la puerta de su casa parecía un paño negro de catafalco tendido. Su enfermedad, según parece, consistía en una especie de niebla que tentaba en la cabeza, y los médicos no podían hacer nada y el cura tampoco; cuando le atacaba el mal con fuerza, se iba sola á la orilla del mar. El sargento de carabineros la encontraba siempre boca arriba en la arena y llorando á lágrima viva. Después, cuando se casó, se le pasó todo esto, según dicen.

—Pues á mí—repuso Emma,—me ha ocurrido después de casarme.

VI

Una tarde, abierta la ventana, y sentada ante ella, mirando á Lestiboudois que se entretenía torneando un palo, oyó Emma tocar el *Angelus*.

Era en los comienzos de abril, cuando todo principia á florecer: una brisa suave pasaba por los cuadros de sembrado, y los jardines, como las mujeres, parecían hacer su *toilette* para la fiesta del estío; por el enrejado del cenador, allá abajo, veíase el río dibujando en la pradera su marcha sinuosa; los vapores de la tarde pasaban por entre los álamos sin hojas esfumando sus contornos en un fondo de tinte violáceo, más pálido y transparente que una gasa sutil que hubiera sido colgada del ramaje.

A lo lejos marchaban los ganados: no se oían sus pasos ni sus balidos, y la campana, sonando siempre, daba á los aires su lamentación tranquila. Oyendo aquel toque reposado, el pensamiento de la joven se perdía en los lejanos recuerdos de su juventud pasada en el convento. Se le figuraba ver los grandes candelabros del altar, los vasos llenos de flores, el tabernáculo con sus columnitas, y hubiera querido, como

entonces, formar en la fila de velos blancos interrumpida aquí y allá por la nota negra de los capuchones de las hermanas sobre sus réclinatorios. El domingo, en la misa del convento, alzaba la vista y veía siempre la dulce imagen de la Virgen orlada de nubes de incienso...

Entonces se estremeció, sintiéndose arrebatada como una pluma por el huracán, y sin darse cuenta de lo que hacía, se fué resueltamente á la iglesia, dispuesta á cualquier devoción, con tal de que absorbiera su alma y en ella desapareciese su existencia de ahora.

En la plaza se encontró con Lestiboudois que volvía de tocar, pues lo hacía por partes, aprovechando los intervalos para seguir su labor. Además, si tocaba el *Angelus* de una vez era anticipar la hora de la salida de los chicos de la escuela. Ya algunos habían acudido y jugaban á las bolas en las losas del cementerio: otros cabalgaban sobre el muro, rozando con sus botas las altas ortigas que crecían entre las últimas tumbas, único sitio del cementerio que ofrecía una nota verde, pues el resto era todo lápidas cubiertas siempre de polvo, á pesar de la escoba del sacristán.

Los chicos corrían por allí como si aquello fuese un parque para ellos y oíanse sus gritos mezclados con las vibraciones de la campana, cuya cuerda llegaba hasta el suelo.

Las golondrinas pasaban lanzando sus agudos gritos y cortando el aire con su vuelo para ir á detenerse en sus nidos, hechos en el alero del tejado.

En el fondo de la iglesia brillaba una lámpara, es decir, una lamparilla en un vaso suspendido de una cuerda. Un largo rayo de sol atravesaba toda la nave, haciendo más sombríos los rincones de los ángulos.

—¿Dónde está el cura?—preguntó la señora Bovary á un chico que vió cerca.

—Está al llegar—le contestó.

En efecto; sonó la puerta del presbiterio dando paso al cura, y los chicos, atropellándose y confundidos, entraron en la iglesia.

—¡Estos pícaros—murmuró el cura—siempre los mismos!

Y recogiendo del suelo un catecismo hecho añicos, añadió:

—¡No respetan nada!

Pero al fijarse en la señora Bovary, exclamó:

—Dispéñseme usted, señora. No la había visto.

Se guardó el catecismo en el bolsillo y se quedó haciendo balancear la llave enorme de la sacristía.

El reflejo del sol poniente que le daba de lleno hacía palidecer su sotana, brillante por los codos, deshilachada por los bajos. Manchas de grasa y de tabaco bajábanle por el pecho, á todo lo largo de la hilera de botoncitos negros, haciéndose mayores las manchas junto al alzacuello sobre el que desbordaba su doble papada de pecas amarillas que desaparecían bajo los recios pelos de su mal rasurada barba gris. Acababa de comer y respiraba dificultosamente.

—¿Cómo está usted, señora?

—Mal; sufro mucho—contestó Emma.

—¡Ah! Yo también—replicó el cura.—¿Verdad que estos primeros calores sientan mal? Pero ¿qué quiere usted, señora? Hemos nacido para sufrir, como dijo san Pablo. ¿Qué dice á eso el esposo de usted?

—¿Él?...—contestó Emma haciendo un gesto de desdén.

—¿No le ha recetado nada?—preguntó con asombro.

—No son remedios de la tierra los que necesito.

El cura miraba en aquel momento hacia la iglesia, donde los chicos, arrodillados en fila, se empujaban por la espalda y caían como hileras de naipes.

Emma dijo:

—Yo quisiera saber...

Pero el cura gritaba:

—¡Aguarda que yo vaya, *Riboudet!* ¡Ya te calentaré yo las orejas, granuja!

Y volviéndose á Emma, añadió:

—Ese es el hijo de Boudet el carpintero; sus padres, que estan en mala posición, lo educan muy mal. Es listo, y si quisiera aprendería pronto; yo le he puesto de mote *Riboudet*: ¡je, je! ¡Tiene gracia!

Emma fingió no oír. El cura siguió:

—Su esposo siempre tan ocupado ¿eh? La verdad es que él y yo somos los dos que tenemos aquí más trabajo. Él es el médico de los cuerpos—añadió riéndose á sus anchas,—y yo el médico de las almas.

Emma miró al cura con ojos suplicantes.

—Sí—exclamó;—usted alivia todas las miserias.

—¡No me hable usted de eso, señora! Esta misma mañana he tenido que ir á Bas-Diauville á ver una vaca inflada;

creían que era un hechizo. Todas las vacas de aquellas gentes... Pero usted me dispense. ¡Longuemarre! ¡Boudet! ¡A ver si termina ese escándalo!

Y se metió en la iglesia donde los chicos jugueteaban con todo lo que había sobre la mesa, abrían el misal, arrancaban las gotas de cera y se metían en el confesonario.

—Pues sí—dijo al volver,—la gente del campo es digna de compasión.

—Hay otros también dignos de ella—contestó Emma.

—Es cierto: los pobres obreros de las ciudades.

—No son esos precisamente...

—Usted dispense: yo he conocido pobres madres de familia, virtuosas, santas, sin tener un bocado de pan.

—Hay otras—contestó Emma contrayendo su boca al hablar,—que tienen el pan, y en cambio carecen de...

—¿De lumbre?

—¡Oh! ¿qué importa eso?

—Señora, claro que importa: después de una buena comida, una buena lumbre.

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío!—suspiró Emma.

—¿Se pone usted mala?—le preguntó el sacerdote adelantándose á ella con interés.—La digestión tal vez... Retírese á casa: un poco de té la sentará bien; ó agua fresca, mejor.

—¿Por qué?

Y al preguntar así, Emma parecía como si despertase de un sueño.

—Lo decía porque como la vi pasarse la mano por la frente, creí que sufría algún mareo.

Y haciendo por recordar, añadió:

—Usted venía á pedirme algo... ¿Qué era?

—¡Nada!... ¡nada!—repuso Emma.

Y paseó en torno suyo la mirada, deteniéndola en la sotana.

Los dos se contemplaron sin hablar.

—Entonces, señora, usted me dispense, pero el deber me llama. Pronto será la primera comunión, y desde la Ascensión los tengo preparándolos, todos los miércoles, más de una hora. ¡Pobres chicos! Nunca haré lo bastante por conducirlos santamente por la vía del Señor, como Él mismo nos lo recomendó por boca de nuestro Divino Hijo... Buenas tardes, señora: mis respetos á su esposo.

Y entró en la iglesia, haciendo, desde la puerta, una reverencia al altar mayor.

Emma le vió desaparecer entre la doble fila de bancos, á grandes pasos y con las manos cruzadas atrás, y en seguida giró recta, como una estatua sobre su pedestal, y emprendió el camino de la casa. La voz del cura y de los chicos continuaban detrás de ella:

—¿Sois cristiano?

—Soy cristiano.

—¿Qué es cristiano?

—Todo el que estando bautizado... bautizado...

Subió Emma despacio la escalera, y cuando estuvo en su habitación, dejóse caer en una butaca.

La luz, á través de los cristales, llegaba dulcemente con tenues ondulaciones; los muebles parecían más invisibles, como perdidos en un océano de sombra. La chimenea estaba apagada, el péndulo del reloj oscilaba, y Emma se entregaba á aquella tranquilidad que hacía contraste con su agitación interior.

Berta, que se hallaba entre la ventana y la mesita de costura, quiso llegar hasta su madre, andando torpemente con sus zapatitos de lana, y alcanzándole las cintas del delantal.

—¡Déjame!—le gritó Emma rechazándola.

Pero la niña volvió, llegando á apoyarse en las rodillas de su madre y mirándola fijamente, mientras un hilillo de baba, escapándose de su boquita, caía sobre la seda del delantal.

—¡Déjame!—repitió la madre irritada.

El gesto asustó á la niña, que comenzó á gritar.

—¡Que me dejes!—volvió á decirle Emma, á la vez que la empujaba con el codo.

La niña fué á caer al pie de la cómoda, hiriéndose con el pedal de cobre en la mejilla; brotó la sangre.

Emma acudió á levantarla, tiró del cordón de la campanilla, que se rompió, llamó á voces á Felicidad, y estaba á punto de lanzar una maldición cuando apareció Carlos: era la hora acostumbrada de venir á cenar.

—¡Mira, Carlos, mira!—díjole Emma con voz tranquila. —La niña, jugando, acaba de caerse.

Carlos la cogió en brazos, vió que la cosa no era grave y fué á buscar diaquilón.

Emma no bajó al comedor; se quedó cuidando á Berta.

Al verla dormir tranquila disipósele la inquietud que le quedaba y se juzgó demasiado tonta y demasiado buena por haberse preocupado de tan poca cosa.

En efecto, Berta ya no se quejaba; su respiración levantaba suavemente la sábana de algodón y dos lágrimas aparecían detenidas á flor de ojo; sus párpados entornados dejaban ver por entre las pestañas sus pupilas pálidas; el pedazo de esparadrapo pegado á la cara marcaba un trazo oblicuo en la piel estirada.

—¡No me explico—pensaba Emma—cómo esta niña sea tan fea!

Cuando Carlos volvió á las once de la farmacia, adonde fué á devolver el diaquilón que le había sobrado, encontró á Emma de pie al lado de la cuna.

La besó en la frente, diciéndola:

—No es nada, mujer; no te preocupes, que te pondrás mala.

Carlos estuvo poco tiempo en la botica, pero fué el suficiente para que Homais, al consolarle del accidente, le hablase de los diversos peligros de la infancia y del descuido de los criados. La señora podía decirlo, que tenía aún en el pecho la señal de un ascua que le había soltado la cocinera. En su familia había habido siempre muchas precauciones: no se afilaban los cuchillos ni se enceraba el suelo; las ventanas estaban perfectamente cerradas y sus chicos no hacían el menor movimiento sin ser vigilados; al más ligero constipado, su padre les atracaba de toda clase de pectorales, y hasta cumplir los cuatro años, todos llevaban, indefectiblemente, corsés guateados. Bien es verdad que esto era una manía de la madre y que él comprendía el daño que esta opresión pudiera hacer repercutir en los órganos del intelecto, por lo cual solía decirle:

—¿Pero es que pretendes hacer de tus hijos unos *caribes* ó unos *botocudos*?

Carlos había querido cortar la conversación varias veces.

Por fin, cuando bajaban la escalera, díjole en voz baja á León, que marchaba delante de él:

—Quisiera hablar con usted.

El pasante pensó:

—¿Sospechará algo?

Y latíéndole fuertemente el corazón, se perdía en un mar de conjeturas.

Cerrada ya la puerta de la botica, Carlos le explicó á León su deseo de que se enterase en Rouén de los precios de un buen retrato; era una sorpresa delicada que preparaba á su esposa: un retrato suyo en traje negro. Pero antes quería saber á qué atenerse y aquel encargo no podía causar gran molestia á León que iba á Rouén todas las semanas. ¿Con qué objeto iba? El boticario creía que se trataba de una intriga amorosa; pero se engañaba: León no andaba tras de ninguna, y eso que estaba más triste que nunca habiéndolo podido apreciar la señora Lefrançois, por las sobras tan abundantes que dejaba en su plato todos los días. Cuando le preguntó á Binet la causa de aquellos viajes, éste le contestó que él no era *un policia pagado*.

Éste ya se había fijado en que León muchas veces después de comer dejaba caer los brazos quejándose vagamente de la existencia.

—Es que no se distrae usted lo bastante—le decía Binet.

—¿Y qué distracciones he de hallar?

—Compre usted un torno.

—Si no sé tornear.

—Sí, eso sí—le contestaba el recaudador con aire desdinoso.

León iba cansándose de amar sin resultado; sentía ya el agotamiento que causa una vida monótona cuando no la guía ningún interés ni la sostiene ninguna esperanza. Estaba tan harto del pueblo y de sus habitantes, que sólo ver algunas casas le irritaba sin poderse contener; y hasta el boticario, no obstante ser un buen hombre, se le iba haciendo insupportable. A pesar de todo esto, la perspectiva de un cambio de vida le asustaba tanto como le seducía.

Esta aprensión tornóse bien pronto en impaciencia, y entonces surgió París ante él, á lo lejos, con el barullo de sus bailes de máscaras y las risas de sus grisetas. Puesto que debía acabar la carrera de derecho ¿por qué no partir? ¿quién lo impedía? Y se puso á hacer sus preparativos *in mente*, ordenando su vida, amueblando su habitación... ¡Haría vida de artista! Aprendería á tocar la guitarra, tendría traje de casa, boina vascongada, zapatillas de terciopelo azul... Y hasta veía ya sobre la chimenea de su habitación una panoplia con dos floretes cruzados, un cráneo de persona en el centro y encima, colgada, la guitarra.

Lo difícil era el consentimiento de su madre, á pesar de

que la cosa era bien lógica. Hasta su mismo jefe le indicaba que debía visitar otro estudio donde desenvolver más ampliamente sus facultades. Pensando en un término medio, León buscó una plaza de segundo pasante en Rouén; no la encontró, y acabó por escribir á su madre una larga y minuciosa carta exponiéndole la necesidad de trasladarse á París.

La madre dió su permiso, y León, entonces, no se apresuró. Durante un mes, todos los días le traía y llevaba Hivert maletas, cofres y paquetes desde Yonville á Rouén y de Rouén á Yonville. Trasladado el equipaje, envió luego sus tres butacas, compró varias docenas de pañuelos é hizo tantos preparativos como si se tratase de dar la vuelta al mundo: todavía dejó transcurrir unas semanas, hasta que una segunda carta de su madre le ordenaba partir si había de examinarse, como quería, antes de las vacaciones.

Cuando llegó el momento de las despedidas, la señora Homais lloró: Justino suspiraba, el boticario, hombre de carácter, disimuló su emoción y quiso llevarle él mismo el paletó á su amigo hasta la verja del notario que llevaría á León en su coche hasta Rouén.

Quedábale el tiempo justo para despedirse de los Bovary.

Cuando subió la escalera se detuvo un momento, faltó de respiración. Al verle entrar, la señora Bovary se levantó rápidamente.

—Soy yo--dijo León.

—Lo sabía.

Emma se mordió los labios: la sangre, de golpe, coloreó su cara desde la raíz del cabello hasta el borde del cuello de su vestido. Permaneció de pie apoyando la espalda en la pared.

—¿No está su esposo?—preguntó León.

—Ha salido. No está.

Y volvió á repetir:

—No está.

Hubo un silencio; ambos se miraron: sus pensamientos, confundidos en la misma angustia, se abrazaron como dos pechos palpitantes.

—Quisiera besar á Berta—dijo León.

Emma bajó algunos escalones y llamó á Felicidad.

Él lanzó una rápida mirada á su alrededor fijándose en las paredes, las *étagères*, la chimenea, como para penetrarse de todo, como para llevárselo todo en su imaginación.

Volvió Emma, y la criada trajo á Berta, que con la cabeza baja soplabá un molino de papel.

León la besó en el cuello repetidas veces.

—¡Adiós, pobrecita, adiós, queridita, adiós!

Y se la entregó á su madre.

—Llévesela—dijo ésta á la criada.

Quedaron solos.

La señora Bovary, vuelta de espaldas, tenía el rostro pegado al balcón: León golpeábase con la gorra en el muslo.

—Va á llover—dijo Emma.

—Llevo manta—contestó él.

—¡Ah!

Emma volvióse con la barbilla hundida y la frente baja, por la que deslizábase la luz como sobre un mármol hasta el arco de sus cejas: no podía adivinarse si miraba al horizonte, ni en qué pensaba.

—Vamos... ¡Adiós!—suspiró él.

Emma levantó bruscamente la cabeza.

—Sí, adiós... ¡márchese!

Avanzaron mutuamente: ella tendió la mano; él dudó.

—A la inglesa, pues—dijo ella, esforzándose por reír.

Sintió León la mano de ella entre sus dedos y parecióle que la substancia de su ser la notaba en la humedad de la palma de la mano.

Después abrió la suya, volvieron sus ojos á encontrarse otra vez y... desapareció.

Cuando León se vió en la calle se escondió detrás de un pilar para contemplar por última vez aquella casa blanca con sus cuatro persianas verdes. Creyó ver una sombra detrás de la ventana, pero la cortina, cayendo como si nadie la tocase, deshizo lentamente sus pliegues oblicuos quedando luego recta é inmóvil como una pared.

León echó á correr.

Vió desde lejos el cabriolé de su jefe y un criado sujetando de la brida el caballo. Homais y el señor Guillaumin hablaban juntos esperándole.

—Abrácame usted—dijo el boticario con las lágrimas en los ojos.—Aquí tiene usted su abrigo, querido amigo: cuidado con el frío; cúidese usted, cúidese.

—Vamos, León, al coche—dijo el notario.

Homais asomó aún á la ventanilla y con la voz entre-

cortada por los sollozos, dejó escapar estas dos tristes palabras:

—¡Buen viaje!

—Buenas tardes—le contestó el notario.

Partió el coche y Homais volvió á su casa.

La señora Bovary había abierto la ventana que daba al jardín y miró las nubes.

Se amontonaban hacia la parte de Rouén y rodaban de prisa sus volutas negras, tras de las cuales aparecían los rayos del sol como flechas de oro de un trofeo suspendido, mientras el resto del cielo, limpio de todo, tenía la blancura de la porcelana. Una ráfaga de viento dobló los álamos y comenzó á llover; las gotas crepitaban sobre las verdes hojas. Después, volvió á aparecer el sol, las gallinas cantaron, los gorriones sacudieron sus alas mojadas, y sobre los charcos de agua, en la arena, se veía hojas rosadas de la flor de una acacia.

—¡Qué lejos debe estar ya!—pensó Emma.

El boticario, como de costumbre, se presentó á la seis y media mientras comían.

—¿Conque ya hemos embarcado á nuestro amigo?—exclamó sentándose.

—Así parece—contestó Carlos. Y añadió:—¿Que hay de nuevo?

—Poca cosa. Mi mujer únicamente se emocionó algo esta tarde; ya sabe usted que á las mujeres todo las impresionan; á la mía sobre todo; y no hay que impedirlo, porque su organización nerviosa es mucho más maleable que la nuestra.

—Ese pobre León—decía Carlos—¿cómo va á vivir en París?... ¿Llegará á acostumbrarse?

Emma suspiró.

—¡Claro!—dijo Homais.—Las francachelas, los bailes de máscaras, el champaña; todo eso le dominará, estoy seguro.

—No creo que sea su perdición—dijo Carlos.

—Ni yo. Lo hará por hacer lo que los demás y no aparecer como un jesuita. ¡Y qué vida la que hace esa gente del barrio Latino, siempre con las actrices! Aparte de esto, los estudiantes están bien vistos en París: á poco talento que tengan son recibidos en la buena sociedad y hasta hay grandes damas del *faubourg* Saint-Germain que se enamoran de

ellos, lo que les proporciona ocasión de hacer magníficos matrimonios.

—Pero me temo—dijo Carlos—que él allí...

—Tiene usted razón—le interrumpió Homais;—ese es el reverso de la medalla; hay que estar siempre con la mano en el bolsillo. Está usted, por ejemplo, en un jardín público, se presenta un quidam cualquiera, bien trajeado y hasta con una condecoración en el ojal, traba usted conversación con él, intima, le invita á usted á su casa de campo, le presenta á usted entre copa y copa á una porción de gente, y las tres cuartas partes de las veces que esto le ocurre, es para que le roben á usted el dinero ó para llevarle á usted á sitios peligrosos.

—Efectivamente—dijo Carlos;—pero yo me refería á las enfermedades, la fiebre tifoidea, por ejemplo, que ataca á casi todos los estudiantes de provincias.

Emma se estremeció.

—Eso ocurre—añadió Homais—á causa del cambio de régimen y de la perturbación que se opera en la economía en general. Además, el agua de París, los guisos de los restaurants cargados de especias que inflaman la sangre y no alimentan lo que un buen cocido... Yo he preferido siempre la cocina de pueblo; es mucho más sana. Por eso cuando yo estudiaba en Rouén fui á vivir á la misma casa de huéspedes donde comían mis profesores: siempre era una garantía.

Y continuó exponiendo sus opiniones generales y sus simpatías personales hasta la hora en que Justino vino á buscarle para hacer una receta que había que despachar.

—¡Ni un instante de descanso!—exclamó.—¡Siempre amarrado á la cadena! ¡No puedo dejar la farmacia un minuto! Hay que sudar sangre y agua como el caballo de una noria. ¡Que esclavitud!

Cuando ya estaba en el umbral de la puerta se volvió.

—A propósito: ¿sabe usted la noticia?

—¿Qué es ello?

—Qué es probable—dijo Homais adoptando un gesto serio—que los comicios agrícolas del Bajo Sena se celebren este año en Yonville. Ese es el rumor que corre. Lo decía esta mañana el diario y eso sería de gran importancia para nuestro distrito. Pero ya hablaremos de esto más despacio. Justino, alumbrá.

VII

El día siguiente fué fúnebre para Emma; todo le parecía envuelto en una atmósfera negra que flotaba confusamente sobre el exterior de las cosas, y la pena se enseñoreaba de su alma, lanzando dulces quejidos, como los del viento de invierno en los castillos abandonados. Era ese estado de somnolencia en que se sueña con lo que no ha de volver; esa laxitud que se experimenta después de cada hecho consumado; ese dolor, en fin, que produce la interrupción de todo movimiento acostumbrado, la cesación brusca de una vibración prolongada. Como al volver de la Vaubyessard, cuando los vales volteaban en su imaginación, tenía una melancolía dulce, una desesperación sorda. León reaparecía más grande, más bello, más suave, más vago: aunque separado de ella, no la había abandonado, estaba allí. Las paredes de la casa parecían conservar su sombra. No podía ella desviar su vista de la alfombra que él había pisado, de las sillas donde se sentó... El río corría siempre y empujaba lentamente sus pequeñas ondas á lo largo del ribazo resbaladizo; ellos habían paseado allí muchas veces, con aquel mismo murmullo de las ondas sobre los guijarros cubiertos de musgo. ¡Qué hermoso sol les había alumbrado! ¡qué plácidas tardes, solos, en la sombra, en el fondo del jardín! Él leía en voz alta, con la cabeza descubierta, sentado en un taburete rústico; el viento fresco de la pradera hacía temblar las páginas del libro y las capuchinas del cenador... ¡Y había partido! ¡El único encanto de su vida, la sola esperanza posible de felicidad! ¿Por qué no se había apoderado de aquella felicidad, cuando se le presentó? ¿Por qué no haberla detenido con las manos, con las rodillas, cuando quiso escaparse? Y se maldecía á sí misma por no haber amado á León. ¡Tenía sed de sus labios! Diéronle ganas de echar á correr en su busca, de arrojarle en sus brazos y decirle:

—¡Soy yo! ¡Soy tuya!

Pero se detenía ante las dificultades de la empresa, y sus deseos, aumentándose con la pena, tornábanse más activos.

De ahí que el recuerdo de León fuera como el centro de

su enojo, chisporroteándole como el fuego que en una estepa de Rusia los viajeros abandonan sobre la nieve; se lanzaba á él, inclinándose para removerlo delicadamente, viéndolo próximo á extinguirse, é iba buscando en torno suyo todo cuanto podía reavivarlo. Las reminiscencias más lejanas, así como las más inmediatas ocasiones, lo que experimentaba, unido á lo que imaginaba; sus deseos voluptuosos que se iban dispersando; sus proyectos de ventura que cruzaban al viento como ramas secas; su virtud estéril, sus esperanzas desvanecidas... todo lo recogía, lo reunía todo y todo lo hacía servir para reconfortar su tristeza.

A pesar de esto, las llamas se apagaron, sea porque su provisión de combustible se agotase ó que fuese tal vez demasiado, el amor poco á poco se extinguió con la ausencia, la pena con la costumbre, y el resplandor de incendio que enrojecía su cielo pálido, se trocó en sombra borrándose por grados. En el adormecimiento de su conciencia tomó las repugnancias hacia el marido por aspiraciones hacia el amante, las quemaduras del odio por el calor de la ternura; y como el huracán soplabla siempre, y la pasión se consumió hasta las cenizas, y nada vino á socorrerla, ni ningún sol apareció, vióse rodeada de una noche completa y permaneció perdida en un frío horrible que la traspasaba.

Volvieron los días de Tostes; sólo que ahora se consideraba mucho más desgraciada, porque tenía la experiencia de la pena con la certidumbre de que no acabaría nunca.

Una mujer que se había impuesto tan grandes sacrificios no podía pasar sin dar en ciertas extravagancias.

Compróse un reclinatorio gótico, y gastó en un mes catorce francos en limones para limpiarse las uñas; escribió á Rouén encargando un traje azul de cachemir, y escogió en casa de Lheureux la más brillante de las cintas, que se anudaba al talle por encima de su bata, y de este modo, con las persianas cerradas y un libro en la mano, permanecía horas enteras tumbada en el sofá. A menudo variaba de peinado; hacíaselo á la china, con bucles, con trenzas; otras veces se partía la raya á un lado ó se recogía el cabello por detrás como un hombre. Quiso aprender el italiano, compró una gramática y un diccionario y papel blanco. Intentó lecturas formales: historia, filosofía... Algunas veces durante la noche Carlos despertaba sobresaltado, creyendo que iban á buscarle para asistir á un enfermo.

—¡Voy en seguida!—balbuceaba.

Y era el ruido de un fósforo que Emma frotaba para encender el quinqué.

Pero sucedía con sus lecturas lo que con sus bordados: que una vez comenzadas iban luego al fondo de un armario... Tenía accesos en los cuales hubiera cometido fácilmente mil locuras; un día apostó con su marido á que se bebería medio vaso de aguardiente; Carlos cometió la necedad de aceptar la apuesta, y Emma se lo bebió sin dejar una gota.

A pesar de su aspecto vaporoso (esta era la palabra con que la designaban los burgueses de Yonville), Emma nunca parecía alegre, y generalmente conservaba en la comisura de los labios esa inmóvil contracción que pliega el rostro de las solteras y de los ambiciosos fracasados; pálida siempre, blanca como el lienzo, la piel de su nariz tirante; tenían sus ojos una manera vaga de mirar. Por haberse visto tres canas junto á las sienes, ya hablaba de su vejez y sus desengaños.

A menudo veíase atacada de desfallecimientos. Un día escupió sangre, y como Carlos se apresurase á asistirle, dando á entender su inquietud, ella le dijo:

—¡Bah! ¿qué importa esto?

Carlos se encerró en su cuarto, y lloró, de codos sobre la mesa, sentado en su sillón del despacho, bajo el cráneo frenológico, regalo de León. Entonces escribió á su madre rogándola que viniera á hacerles compañía, y cuando llegó tuvieron largas conferencias á propósito de la salud de Emma. ¿Qué resolver? ¿Qué hacer, puesto que se oponía á todo tratamiento?

—¿Sabes lo que necesita tu mujer? Ocupaciones imprescindibles, trabajo manual. Si se viese, como otras muchas, obligada á ganarse el pan de cada día, no le darían esos ataques que le vienen de un montón de ideas que se le meten en la cabeza, y de la ociosidad en que vive.

—Sin embargo... siempre está ocupada—repuso Carlos.

—¡Ocupada! ¿En qué? En leer novelas, libros malos, obras contra la religión en las cuales se burlan de los sacerdotes con frases tomadas de Voltaire... Y esto se paga, hijo mío, y el que no tiene religión, acaba siempre muy mal.

Quedó acordado que Emma no leyese novelas. La empresa era difícil, mas la buena señora se encargó de ella. Cuando pasara por Rouén debía ir en persona al gabinete de lectura, y decirle que Emma cesaba en su abono. ¿Acaso no tenían

derecho para avisar á la policía si el librero persistía en su oficio de envenenador?

La despedida de suegra y nuera fué muy seca. Durante las tres semanas que permanecieron juntas no cambiaron cuatro palabras, aparte las necesarias al sentarse á la mesa y despedirse para irse á acostar.

La madre de Carlos partió un miércoles, día de mercado en Yonville. La plaza, desde por la mañana, estaba obs-truida por una fila de carretas que, todas con las varas al aire, se extendían á lo largo de las casas, desde la iglesia hasta la posada; del otro lado había barracas de arpillera donde se vendían telas de algodón, mantas y medias de lana, ronzales para los caballos y paquetes de cintas azules que se agitaban al viento; la quincallería ordinaria se extendía por el suelo entre pirámides de huevos y canastas de quesos de las que sobresalían pajas pegajosas; junto arados y trillos, gallinas que cacareaban en sus jaulas toscas, sacando sus cuellos por los barrotes. La multitud se aglomeraba en el mismo sitio, amenazando á veces romper el escaparate de la farmacia.

Los miércoles ésta no se desocupaba, y se iba allí, no tanto para comprar medicamentos como para hacer consultas; tan famosa era la reputación del señor Homais en las aldeas circunvecinas. Su majestuoso aplomo había fascinado á los campesinos, y le miraban como un médico superior á todos los médicos.

Emma, asomada á la ventana (cosa que hacía muy á menudo, porque la ventana en provincias reemplaza á los teatros y los paseos), divertíase en observar los grupos de patanes, cuando vió un caballero vestido con un gran gabán verde; llevaba guantes amarillos y polainas. Dirigióse á casa del médico, seguido de un aldeano, que marchaba con la cabeza baja.

—¿Puedo ver al señor?—preguntó á Justino, que hablaba con Felicidad en el umbral de la puerta, y al que había tomado por el criado de la casa.—Dígale usted que el señor Rodolfo Boulanger, de la Huchette, está aquí.

No era por vanidad por lo que el recién llegado había añadido á su apellido la partícula, sino para darse mejor á conocer; la Huchette, en efecto, era un dominio cerca de Yonville, cuyo castillo acababa de adquirir con dos granjas que cultivaba por sí mismo sin molestarse mucho.

Él vivía soltero y pasaba por tener *lo menos quince mil libras de renta*.

Carlos entró en la sala. El señor Boulanger le presentó al campesino, que quería que se le sangrara porque sentía *hormigueo á lo largo del cuerpo*.

—Esa cura me purgará—contestaba á todos los razonamientos.

Bovary mandó que le trajesen una venda y una jofaina, rogó á Justino que la sostuviera, y dirigiéndose al labriego, pálido ya, exclamó:

—No tenga usted miedo, buen hombre.

—¡No, no! ¡Adelante!

Y con aire fanfarrón tendióle su robusto brazo. A la picadura de la lanceta brotó la sangre y fué á chocar contra el espejo.

—Acerca la jofaina—gritó Carlos.

—¡Demonio!—dijo el patán—parece una fuente. ¡Qué encarnada tengo la sangre! Debe ser buena señal, ¿verdad?

—Algunas veces—repuso Carlos—no se siente nada al principio; después suele declararse el síncope, en las personas de su constitución.

Al oír esto se estremeció, hizo crujir el respaldo de la silla, y se le cayó el sombrero.

—Ya lo sospechaba—dijo Bovary, aplicando un dedo sobre la vena.

La jofaina comenzaba á temblar en manos de Justino; sus rodillas vacilaron, y se puso también pálido.

—¡Emma! ¡Emma!—gritó Carlos.

De un salto bajó ella la escalera.

—¡Vinagre!—exclamó.—¡Ah, Dios mío! ¡Dos á la vez!

Y en su emoción no acertaba á colocar la compresa.

—Esto ne es nada—decía tranquilamente el señor Boulanger, mientras tomaba á Justino entre sus brazos, sentándolo sobre la mesa y apoyándole la espalda contra la pared.

La señora Bovary le quitó la corbata y pasó durante algunos minutos sus dedos por el cuello del joven; vertió en seguida vinagre en su pañuelo de batista, mojóle las sienes y le sopló delicadamente.

El paleta volvió en sí, pero el síncope de Justino duraba todavía.

—Convendría que no viese esto—dijo Carlos.

La señora Bovary tomó la jofaina. En el movimiento que

hizo inclinándose para colocarla debajo de la mesa, su vestido se ciñó en ciertos sitios según las inflexiones del cuerpo. En seguida fué á buscar una botella de agua y disolvió en un vaso varios terrones de azúcar, cuando llegó el boticario á quien la criada había ido á buscar.

Al ver á su sobrino con los brazos abiertos, respiró. Después, dando vueltas, le miraba de arriba á abajo, y decía:

—¡Tonto! ¡Asustarse de una sangría un chico que no tiene miedo á nada! ¡Un mozo que ahí donde ustedes le ven sube á buscar nueces á alturas prodigiosas! ¡Y desmayarse! ¡Pues vaya unas disposiciones que demuestra para cultivar más tarde la farmacia! ¡Levántate! ¿No sabes que te puedes ver un día ante los tribunales llamado para iluminar la conciencia de los magistrados? Y tendrás que conservar tu sangre fría, razonar, mostrarte hombre, á menos de pasar por un imbécil.

Justino no respondía. El boticario continuaba:

—¿Quién te ha mandado venir? ¡Siempre estás molestando á estos señores! Además, ¿no sabes que los miércoles te necesito? Ahora mismo hay más de veinte personas en la farmacia. Todo lo he dejado por venir á buscarte. Vaya, lárgate allí, di que esperen y cuida de los frascos.

Cuando Justino salió, se habló de los desmayos. La señora Bovary nunca los había sufrido.

—Pues es muy raro en una señora—dijo el señor Boulanger.—Hay personas muy delicadas. Yo he visto en un duelo desmayarse un testigo al oír cargar las pistolas.

—A mí—exclamó el boticario,—la vista de la sangre de los demás no me produce ningún efecto; pero solamente la idea de que corra la mía me causa grandes desfallecimientos. He reflexionado mucho sobre esto.

El señor Boulanger despidió al campesino, diciéndole que se tranquilizase, puesto que había satisfecho su deseo.

—Además me ha procurado la ventaja de conocerles—decía, y miraba fijamente á Emma.

Dejó tres francos encima de la mesa, saludó con negligencia y se marchó. Pronto se halló al otro lado del río: era su camino para volver á la Huchette.

Emma le vió en la pradera, marchando bajo los álamos y deteniéndose de cuando en cuando como si reflexionara.

—¡Es muy bella—iba pensando,—muy bella la mujer de ese médico! Bellísimos dientes, ojos negros, pie diminuto,

y hechuras de parisiense... ¿De dónde diablos ha salido esa mujer? ¿Dónde la ha encontrado ese médico groserote?

Rodolfo tenía treinta y cuatro años; era de temperamento rudo y de inteligencia perspicaz; había frecuentado el trato de toda clase de mujeres y las conocía perfectamente. Emma le había parecido bonita; pensaba, pues, en ella y en su marido.

—¡Me parece un animal! Ella está cansada de él, que lleva uñas sucias y barba de tres días. Mientras él corre visitando enfermos, ella debe quedarse en casa remendándole los calcetines, y se fastidiará; su gusto sería vivir en la ciudad y bailar la polca todas las noches. ¡Pobre mujer! salta en pos del amor, como una carpa recién pescada en la mesa de la cocina. Con tres palabras galantes estoy seguro de que conquistaría su amor... ¡Sería eso delicioso!... Sí... pero ¿cómo desembarazarme de ella después?

Los encantos del placer, entrevistos en perspectiva, le hicieron, por contraste, pensar en su querida, una actriz de Rouén, á quien mantenía. Cuando se fijó en la imagen de esta mujer, de la que estaba saciado, aun en recuerdo, pensó:

—Decididamente la señora Bovary es mucho más bonita que ella, más fresca, sobre todo. Virginia engorda demasiado, es fastidiosa con tantas caricias y se pone insoportable con su afición á los cangrejos.

El campo estaba desierto. Rodolfo no oía en torno suyo más que el ruido de la hierba que quebraban sus botas y el canto de los grillos. Veía á Emma en la sala, vestida tal como la había contemplado.

Y la desnudaba...

—¡Oh! ¡Será mía!—exclamó deshaciendo con su bastón un terrón que encontró al paso y se puso á considerar la parte práctica de la empresa. Preguntábase:—¿Dónde encontrarla? ¿Por qué medio? Siempre estará el niño encima y la criada y el marido. ¡Quiá! ¡Quiá! En esto se pierde mucho tiempo.

De nuevo volvió á exclamar:

—¡Y el caso es que tiene unos ojos que se clavan! ¡Y aquel rostro pálido!... ¡Yo que adoro á las mujeres pálidas! Cuando llegó á Argueil, su resolución estaba ya tomada.

—No hay más que buscar una ocasión. Pasaré por delante de su casa; les enviaré caza, aves, me haré sangrar si es preciso. Llegaremos á ser amigos... Les invitaré á mi casa...

¡Ah! ¡caramba! Las elecciones están próximas, con ese pretexto la veré y me lanzaré resueltamente, que es lo más seguro.

VIII

Llegaron, en efecto, los famosos comicios. Desde por la mañana del día de la solemnidad, todos los habitantes, en sus puertas, se ocupaban en preparativos. Se había adornado con guirnaldas de hiedra el frontón de la alcaldía; en un prado se había alzado una tienda para el festín, y en medio de la plaza, delante de la iglesia, una especie de cañón debía indicar la llegada del señor prefecto y el nombre de los agricultores laureados. La guardia nacional de Buchi (no la había en Yonville) había venido á unirse al cuerpo de bomberos de que Binet era capitán. Éste llevaba aquel día un cuello aun más alto que de costumbre, y embutido en su uniforme, tenía el busto tan tieso é inmóvil, que toda su persona parecía vivir sólo en sus piernas, que se levantaban cadenciosamente á pasos marcados.

Como subsistía una gran rivalidad entre el recaudador y el coronel, uno y otro, para demostrar sus talentos, hacían maniobrar aparte á sus hombres. Se veía alternativamente pasar y reparar las charreteras rojas y los petos negros; aquello no acababa, y siempre empezaba de nuevo. Jamás había habido allí semejante alarde de tropas.

Varios vecinos, desde la víspera, habían lavado sus casas; las banderas tricolores colgaban en las ventanas entreabiertas; todas las tabernas estaban llenas, y por el hermoso tiempo que hacía, las papalinas almidonadas, las cruces de oro, los fichús de color que parecían más blancos que la nieve, reverberaban al sol claro y realzaban con su mescolanza abigarrada la sombría monotonía de las levitas y las blusas azules.

Las labradoras de los alrededores se quitaban, al bajar del caballo, el grueso alfiler que sujetaba alrededor del cuerpo su vestido arremangado por temor á las manchas, y sus mari-

dos, por el contrario, á fin de cuidar los sombreros, segufan tapándolos con sus pañuelos de bolsillo.

La multitud llegaba á la calle Mayor por los dos extremos del lugar; se desparramaba por las callejuelas, las encrucijadas y las casas, y se oía de cuando en cuando retumbar la aldaba de las puertas, al cerrarlas los vecinos, que salían con guantes de hilo para ir á ver la fiesta. Lo que se admiraba sobre todo eran dos grandes árboles cubiertos de farolillos que flanqueaban un estrado donde habían de subir las autoridades: había, además, junto á las cuatro columnas de la alcaldía, cuatro especie de pértigas, sosteniendo cada una un pequeño estandarte de tela verdusca, con inscripciones en letras de oro. Se leía en ellos: *Al Comercio; A la Agricultura; A la Industria; A las Bellas Artes.*

La alegría que asomaba al rostro de todos los circunstantes parecía asombrar á la Lefrancois, la posadera. De pie en su cocina murmuraba:

—¡Qué bestialidad! ¡Vaya una plataforma! ¿Creerán acaso que al prefecto le gustará comer debajo de esa barraca, como un saltimbanqui? ¡Y á esto llaman hacer el bien del país! No valía la pena, para esto, de mandar á buscar un bodeguero á Neufchatel. Y ¿para quién? ¡Para vaqueros, para gente que va descalza!...

Pasó el boticario. Iba vestido de negro, con zapatos de castor, y, por extraordinario, con sombrero, un sombrero bajo.

—Servidor—dijo;—dispéñeme usted, que voy de prisa.

Y como la posadera le preguntase adónde iba, repuso:

—¿Le parece á usted extraño verme ahora en esta función, yo que permanezco siempre confinado en mi laboratorio, como la rata del pobre hombre en su queso?

—¿Qué queso?

—Nada, nada: quería solamente expresar, señora Lefrancois, que habitualmente permanezco recluido en mi casa. Hoy, sin embargo, vistas las circunstancias, preciso es que...

—¡Ah! ¿va usted allá abajo?—interrumpió la posadera con aire desdeñoso.

—Sí, allá voy—dijo el boticario con asombro.—¿Acaso no formo parte de la comisión consultiva?

La Lefrancois le miró algunos momentos sonriendo.

—Eso es otra cosa; pero ¿qué tiene usted que ver con la agricultura? ¿Entiende usted algo de eso?

—¡Pues ya lo creo que entiendo! ¿No soy farmacéutico, es decir, químico! La química, señora Lefrancois, tiene por objeto el conocimiento de la acción recíproca y molecular de todos los cuerpos de la naturaleza, de lo cual se deduce que la agricultura se halla comprendida en sus dominios; y, en efecto, composición de abonos, fermentación de líquidos, análisis de los gases é influencia de los miasmas, ¿qué es todo esto sino química pura?

La posadera no respondió. Homais continuó:

—¿Cree usted que para ser agricultor, basta sólo labrar la tierra ó criar gallinas? Es preciso conocer la constitución de las substancias de que se trata, las capas geológicas, las acciones atmosféricas, la calidad de los terrenos, de los minerales, de las aguas, la densidad de los diferentes cuerpos y su capilaridad. ¡Qué sé yo! Hay que conocer á fondo todos los principios de la higiene, para dirigir la construcción de edificios, el régimen de los animales, la alimentación de los criados. Es preciso también poseer la botánica, para poder distinguir las plantas, ¿comprende usted?; saber cuáles son las saludables y cuáles las deletéreas, cuáles las improductivas y cuáles las nutritivas, propagar las unas y excluir las otras; en suma, es preciso estar al corriente de la ciencia por las revistas, á fin de indicar las mejoras...

La posadera no apartaba sus ojos de la puerta del *Cafe Francés*. El boticario prosiguió:

—¡Ojalá que todos nuestros agricultores fuesen químicos, ó que al menos escuchasen los consejos de la ciencia! Para ellos escribí hace poco un opúsculo, una Memoria de más de 72 páginas, titulada: «De la sidra, de la fabricación y de sus efectos; seguida de nuevas reflexiones acerca de este punto»; Memoria que envié á la Sociedad agronómica de Rouén; lo que me ha valido el honor de ser recibido entre sus miembros, sección de agricultura, clase de pomología... Pues bien, si mi obra hubiese sido publicada...

El boticario se detuvo; comenzó á chocarle la preocupación de la Lefrancois.

—¡Vea usted! ¡Vea usted!... ¡imbéciles!—dijo al fin, mostrando la casa de su rival, de cuyo café salía el ruido de alegres canciones.—Pero hago mal en preocuparme. Todo acabará dentro de ocho días.

Homais retrocedió estupefacto. Ella le habló al oído.

—¡Cómo! ¿No lo sabía usted?—le dijo.—Van á embar-

garle esta semana; Lheureux es el que se apoderará de todo; lo ha acribillado á pagarés.

—¡Qué espantosa catástrofe!— exclamó el boticario, que siempre tenía expresiones congruentes preparadas para todas las circunstancias imaginables.

La posadera comenzó á contarle la historia, que sabía por Teodoro, el criado del señor Guillaumin. Por más que execrase á Tellier, su rival, abominaba á Lheureux: era un usurero, un judío.

—¡Ah! ¡mire usted, mire usted á ese perro en el mercado! Está saludando á la señora Bovary, que lleva un sombrero verde y va del brazo del señor Boulanger.

—¡La señora Bovary!—dijo Homais.—Voy á apresurarme á ofrecerle mis respetos. Tal vez desee un sitio en el recinto, bajo el peristilo.

Y sin escuchar á la Lefrancois, que le llamaba para seguir contándole lo del vecino, alejóse con la sonrisa en los labios, distribuyendo saludos y con los faldones de su levita al viento. Al verle Rodolfo, apresuró el paso; pero la señora Bovary se ahogaba; lo acortó, y díjole sonriendo:

—Era para evitar la presencia de ese estúpido, del boticario.

Emma le tocó con el codo.

—¿Qué significa esto?—preguntóse él, y la miró con el rabillo del ojo, sin dejar de andar.

Destacábase su perfil en plena luz, bajo el óvalo de su capota de cintas pálidas; sus ojos, de largas pestañas curvas, miraban hacia adelante: inclinaba la cabeza sobre el hombro, y veíase entre sus labios el nacarado de sus blancos dientes.

—¿Se burlará de mí?—pensaba Rodolfo.

Aquella seña de Emma no había sido más que una advertencia, porque Lheureux les acompañaba y les hablaba de cuando en cuando, como para entrar en animada conversación.

—¡Qué día tan magnífico!... ¡Cuánta gente!... ¡El viento es del este!...

Rodolfo y la señora Bovary sólo respondíanle con monosílabos.

Cuando llegaron ante la casa del veterinario, en vez de seguir el camino, Rodolfo torció bruscamente, arrastrando á la señora Bovary, y gritó:

—¡Buenas tardes, señor Lheureux! Hasta la vista.

—¡Cómo lo ha despedido usted!— dijo Emma sonriendo.

—¿Y por qué se ha de dejar uno dominar por los demás? Y hoy que tengo la dicha de hallarme al lado de usted...

Emma se ruborizó; él no acabó la frase. Entonces habló del buen tiempo y del placer de andar sobre la hierba. Habían brotado algunas margaritas.

—¡He aquí unas flores preciosas para servir de oráculo á todas las enamoradas del país.

Y añadió después de una pausa:

—Voy á coger una... ¿Qué le parece á usted?

—¿Acaso está usted enamorado?—preguntó Emma tosiendo un poco.

—¡Quién sabe!—respondió Rodolfo.

La pradera principiaba á llenarse, y las aldeanas tapaban con sus enormes paraguas sus canastos y sus chiquillos. Con frecuencia había que apartarse ante una larga fila de campesinas de medias azules, zapatos bajos y sortijas de plata, las cuales olían á leche cuando se pasaba cerca de ellas. Marchaban cogidas de la mano y se extendían á lo largo de la pradera, desde la fila de los álamos hasta la tienda del banquete. Era la hora del examen del jurado, y los labradores, unos tras otros, entraban en una especie de hipódromo formado por una larga cuerda colocada sobre estacas. Allí estaban las bestias con la nariz vuelta hacia el cordel, alineando confusamente sus grupas desiguales; los cerdos, amodorrados, hundían en tierra su hocico; los terneros berreaban, las ovejas balaban; las vacas, echadas, tendían su vientre sobre el césped, y rumiando lentamente, entornaban sus párpados pesados ante los mosquitos que zumbaban alrededor de ellas. Los carreteros, con los brazos desnudos, sujetaban por el cabestro á los sementales encabritados, que resoplaban al lado de las yeguas; éstas permanecían tranquilas alargando la cabeza, colgante la crin, en tanto que los potrancos reposaban á la sombra ó se acercaban á mamar; y sobre la larga ondulación de tantos cuerpos amontonados pasaba el viento, rizando, como una ola, alguna crin blanca, entre las que sobresalían cuernos agudos y cabezas de hombres que corrían.

Cien pasos más allá, había un gran toro negro con bozal, que tenía un anillo de hierro en la nariz, inmóvil, como si fuese de bronce: un chico cubierto de harapos lo sujetaba con una cuerda.

Mientras tanto, entre las dos filas los caballeros avanza-

ban con paso lento, examinando cada animal, consultándose en voz baja; uno de ellos, que parecía de más categoría, tomaba, al andar, algunas notas en un cuaderno: era el presidente del jurado, señor Derozerays de la Panville. Tan pronto como reconoció á Rodolfo, avanzó vivamente, y le dijo sonriendo con aire afable:

—¡Cómo, señor Boulanger! ¿No viene usted con nosotros?

Rodolfo dijo que iba á ir; pero cuando desapareció el presidente, exclamó:

—¡Qué he de ir! la compañía de usted vale más que la de ellos.

Y á pesar de burlarse de todo, Rodolfo, para poder circular con más libertad, enseñaba su tarjeta azul y se detenía delante de algún ejemplar, que la señora Bovary ni siquiera miraba.

Advirtiólo él y comenzó á burlarse de las señoras de Yonville, á propósito de sus trajes y tocados; después se excusó de la negligencia del suyo: tenía éste la incoherencia de las cosas comunes y rebuscadas, en que el vulgo generalmente cree entrever la revelación de una existencia excéntrica, los desórdenes del sentimiento, las tiranías del arte, y cierto desprecio de las convenciones sociales. Por ejemplo, su camisa de batista con puños plegados se inflaba á merced del viento en la abertura de su chaleco, que era de cutí gris, y su pantalón, de largas rayas, descubría en los tobillos sus botinas de nankín con palas de cuero barnizado, y estaban tan lustrosas, que la hierba se reflejaba en ellas; é iba pisando el estiércol, con una mano en el bolsillo de su chaqueta y su sombrero de paja á medio lado.

—Además—añadió,—cuando se habita en el campo, no es posible vestir.

—Trabajo perdido, es verdad—dijo Emma.

—Es cierto. ¡Pensar que ni una sola de todas estas personas es capaz de comprender el buen corte de una prenda!

Hablaron de la vida de provincia: de las existencias que mataba en flor, de las ilusiones que desvanecía.

—Yo también—dijo Rodolfo—estoy sumido en una tristeza...

—¡Usted!—exclamó Emma con asombro.—¡Pues yo le creía muy alegre!

—¡Ah, sí! Aparentemente, porque en sociedad sé ponerme

una máscara burlona. Y, sin embargo, ¡cuántas veces á la vista de un cementerio, á la luz de la luna, me he preguntado si no me valdría más ir á reunirme con los que allí duermen!...

—¿Y los amigos de usted? ¿No piensa en ellos?

—¡Mis amigos! ¿Quiénes son? ¿Los tengo acaso? ¿Quién se ocupa de mí?

Y acompañó estas últimas palabras con una especie de silbido desdeñoso.

En aquel momento viéronse obligados á separarse á causa de un gran montón de sillas que llevaba un hombre, el cual venía detrás de ellos; iba tan cargado, que únicamente se veía la punta de sus zapatos y la de sus brazos dirigidos hacia arriba: era Lestiboudois, el sepulturero, que alquilaba á la multitud las sillas de la iglesia. Con gran inventiva para todo cuanto se refería á sus intereses, había descubierto este medio de sacar partido de la fiesta, y su idea tuvo éxito, pues no podía dar abasto á las peticiones.

Efectivamente, los lugareños que tenían calor se disputaban aquellas sillas, cuya paja olía á incienso, y se apoyaban con cierta veneración en sus respaldos, llenos de la cera de los cirios.

La señora Bovary volvió á cogerse del brazo de Rodolfo, que continuó como hablando consigo mismo.

—¡Sí! ¡Tantas cosas me han salido mal! ¡Siempre solo! ¡Oh, si mi vida hubiese tenido un objeto! ¡si hubiese despertado un afecto! ¡si hubiese encontrado alguien! ¡Oh! cómo hubiera prodigado toda la energía de que soy capaz. Hubiera roto con todo.

—Sin embargo, me parece—repuso Emma—que no es usted digno de lástima.

—¿Lo cree usted?—dijo Rodolfo.

—Sí, porque usted... ¡es libre!...

Vaciló.

—¡Y rico!

—¡No se burle usted de mí!

Y jurábale Emma que no se burlaba, cuando se oyó un cañonazo. En seguida la gente se precipitó hacia el pueblo. Fué una falsa alarma; el señor Prefecto no llegaba todavía, y los miembros del jurado se encontraron sumamente perplejos, no sabiendo qué hacer, si comenzar la sesión ó esperar un poco más. Por fin, en el fondo de la plaza apareció un

gran landó de alquiler tirado por dos caballos escuálidos, que arreaba un cochero con sombrero blanco. Binet sólo tuvo tiempo para gritar: ¡á las armas! y el coronel para imitarle. Corrieron á las filas, algunos tan precipitadamente, que olvidaron sus fusiles; pero el cortejo del prefecto pareció adivinar su embarazo, y llegó justamente ante el peristilo de la alcaldía en el momento en que la guardia nacional y los bomberos se desplegaban ante él, á tambor batiente y marcando el paso.

—¡Alto!—gritó el coronel.—¡Alineación izquierda!

Entonces vióse descender de la carroza un señor vestido con uniforme bordado de plata, calva frente, y un tupé en el occipucio; de cara fofa y de bondadosa apariencia; sus ojos, salientes y cubiertos de espesos párpados, medio se cerraban para mirar á la multitud, al mismo tiempo que levantaba su nariz puntiaguda y sonreía su boca sumida. Conoció al alcalde por su banda, y le dijo que el prefecto no había podido venir, añadiendo algunas excusas y diciendo que él era el consejero de la Prefectura. Tuvache respondió con algunos cumplidos; el otro se declaró confundido, y permanecieron así, cara á cara, casi tocándose las frentes, con los miembros del jurado alrededor, el consejo municipal, los notables, la guardia nacional y la multitud. El consejero, apoyando contra su pecho un pequeño tricornio negro, repetía sus saludos, en tanto que Tuvache, encorvado como un arco, sonreía, tartamudeaba buscando frases, protestaba de su adhesión á la monarquía y agradecía el honor que se hacía á Yonville. Hipólito, el mozo de la posada, vino á coger por la brida los caballos del coche, y, cojeando con su pie contrahecho, los condujo al soportal del *León de Oro*, donde muchos aldeanos se agruparon á ver el coche.

Redobló el tambor, tronó el cañón, y los señores del jurado subieron á sentarse en el estrado en los sillones de utrech rojo que había prestado la alcaldesa. Todas aquellas gentes se parecían: sus apacibles fisonomías rubias, algo curtidas por el sol, tenían el color de la sidra dulce, y sus patillas esponjadas salían de grandes cuellos tiesos, rodeados de corbatas blancas con lazos correctísimos. Todos los chalecos eran de terciopelo; todos los relojes llevaban al extremo de una larga cinta algún sello y dije oval de cornalina; apoyaban sus manos sobre sus muslos, separando con cuidado la entrepierna del pantalón, cuyo paño, no deslustrado, relu-

cia con más brillo que el cuero de las fuertes botas. Las señoras permanecían detrás, bajo el vestíbulo, entre las columnas: la multitud enfrente, de pie ó sentada en sillas. Lestiboudois había llevado allí todas las que había acaparado en la pradera, y aun corría á cada minuto á buscar á la iglesia, causando tal estorbo, que costaba gran trabajo llegar hasta la pequeña escalerilla del estrado.

—Me parece—dijo el señor Lheureux dirigiéndose al boticario, que pasaba para llegar á su sitio—que se hubieron debido colocar allí dos mástiles venecianos con algún adorno severo y rico, como novedad. Hubiera producido un bonito golpe de vista.

—Cierto—respondió Homais,—pero ¡qué quiere usted! es el alcalde quien lo ha sacado de su cabeza. No tiene gran gusto ese pobre Tuvache, y está completamente desprovisto de eso que se llama genio de las artes.

Rodolfo, entretanto, había subido ya al primer piso de la alcaldía con la señora Bovary, y como la sala de sesiones estaba vacía, habíale dicho que desde allí se gozaría mejor del espectáculo. Tomó tres taburetes de los que había debajo de la mesa oval, bajo el busto del monarca, y acercándolos á una de las ventanas, sentáronse uno cerca de otro.

Hubo un revuelo en el estrado, grandes murmullos en la multitud, y, por fin, se levantó el consejero. Sabíase que se llamaba Lieuvain, y se repetían su nombre uno á uno los concurrentes. Después de ordenar algunas hojas de papel y acercar los ojos para ver mejor, comenzó á leer:

«Señores: Séame permitido primeramente, antes de hablaros del objeto de esta reunión, y este sentimiento estoy seguro que será también el vuestro, séame permitido, repito, hacer justicia á la administración superior, al gobierno, al monarca, señores, á nuestro muy amado soberano, á ese rey para quien no es indiferente ningún ramo de la prosperidad pública ó particular, y que dirige con mano firme y prudente la nave del Estado entre los peligros incesantes de una mar tempestuosa, sabiendo, por otra parte, hacer respetar, en la paz como en la guerra, la industria, el comercio, la agricultura, las bellas artes...»

—Creo que debería correrme un poco hacia atrás —dijo Rodolfo.

—¿Por qué?—preguntó Emma.

En aquel momento la voz del consejero adquirió un volumen extraordinario, y exclamó:

«Ya no estamos en aquel tiempo, señores, en que las discordias civiles ensangrentaban nuestras plazas públicas; en que el propietario, el comerciante, el mismo obrero no dormían por la noche su sueño tranquilo temblando por el sobresalto de despertar al ruido de las campanadas del incendio; en que las máximas más demoledoras minaban sordamente las bases...»

—Es que podrían verme desde abajo—dijo Rodolfo,—y si esto sucediera, durante quince días tendría que dar excusas; y con mi mala reputación...

—Se está usted calumniando—exclamó Emma.

—¡No, no; crea usted que es execrable mi fama!

«Pero ¡ah señores!—continuaba el consejero.—Si apartando mi vista de esos cuadros sombríos, la fijo en la situación actual de nuestra hermosa patria, ¿qué es lo que veo? Por todas partes vías de comunicación, como otras tantas arterias nuevas en el cuerpo del Estado, estableciendo nuevas relaciones; nuestros grandes centros fabriles recobrando su actividad; la religión, más firme, sonriendo á todos los corazones; nuestros puertos llenos; la confianza renaciendo, y, al fin, la Francia respirando...»

—Por lo demás—añadió Rodolfo,—puede ser que desde cierto punto de vista, tengan razón.

—¿Por qué?—dijo ella.

—¿No sabe usted que hay almas atormentadas sin cesar? ¿Almas que necesitan sucesivamente el sueño y la acción, las pasiones más puras y los goces más furiosos, y por esto se arrojan á toda clase de caprichos y locuras?

Emma le miró como se contempla á un viajero que ha recorrido países extraordinarios, y dijo:

—Nosotras ¡pobres mujeres! no tenemos ni aun esa distracción.

—Triste distracción, puesto que en ella no se encuentra la dicha.

—¿Se encuentra, acaso, alguna vez?

—Sí; algún día se encuentra.

«Y vosotros lo habéis comprendido así—proseguía el consejero;—vosotros, pacíficos soldados de una guerra de civilización; vosotros, hombres de progreso y de moralidad; vosotros habéis comprendido, repito, que las tempestades políticas son verdaderamente más terribles que los desórdenes de la atmósfera...»

—Sí, se encuentra un día—repitió Rodolfo,—de improviso, y cuando ya no queda esperanza. Entonces se descubren nuevos horizontes, y parece escucharse una voz que dice: «¡Hela aquí!» Se siente la necesidad de hacer á esa persona la confesión de la vida, de dárselo todo. No se explica, se adivina... Se ha visto ya en sueños todo lo que se desea.

Y la miraba.

—Por fin... allí está aquel tesoro con tanto anhelo buscado... allí... ante los ojos de todo el mundo, brillante y deslumbrador. Y aun mirándolo, se duda todavía, ciega, como si se pasara de repente de las tinieblas á la luz.

Rodolfo acompañó la acción á la frase: se pasó la mano por la cara, y la dejó caer después sobre la de Emma. Ésta retiró la suya.

El consejero continuó leyendo:

«...¿Y á quién sorprendería esto, señores? Tan sólo á aquel, bastante ciego, bastante caído, ¡no temo decirlo! bastante hundido en las preocupaciones de otras épocas, para negar todavía el genio de las poblaciones rurales. ¿En dónde, en efecto, se encuentra más patriotismo, más abnegación por la cosa pública, más inteligencia, en una palabra, que en las campiñas? No hablo, señores, de esa inteligencia superficial, vano adorno de los espíritus ociosos, sino de aquella inteligencia profunda y moderada que se aplica, más que á todo y sobre todo á perseguir fines útiles, contribuyendo así al bienestar de cada uno, al mejoramiento común y al sostenimiento de los Estados, fruto del respeto á las leyes y de la práctica de los deberes...»

—¡Siempre lo mismo!—dijo Rodolfo.—¡Siempre los deberes! ¡Estoy harto de esas palabras! ¡El deber, el deber! El deber es sentir lo que es grande, amar lo que es bello, y no aceptar los convencionalismos de la sociedad con las ignominias que nos impone.

—Sin embargo...—objetó Emma.

—¡Ah, no! ¿Por qué declamar contra las pasiones? ¿No son, por ventura, lo único hermoso que sobre la tierra existe? Fuente del heroísmo, del entusiasmo, de la poesía, de las artes, de todo, en fin...

—Pero es preciso —dijo Emma— atemperarse algo á la corriente de la sociedad y sujetarse á su moral.

—Según eso, hay dos morales. La pequeña, la convencional, la de los hombres, la que varía sin cesar y que grita tanto, agitándose como ese montón de imbéciles que desde aquí se ve; y la otra, la eterna, la que sentimos en torno nuestro, por encima de nuestra cabeza, como el paisaje que nos rodea y el cielo que nos cobija.

El señor Lieuvain el consejero, continuó:

«...¿A qué vendría, señores, demostraros aquí la utilidad de la agricultura? ¿Quién sino ella provee á nuestras necesidades? ¿Quién sino ella nos da el pan de cada día? ¡La agricultura, señores, la agricultura! ¡El labrador, que sembrando el fecundo suelo de nuestros campos hace nacer el trigo; el trigo, que molido se reduce á polvo por medio de ingeniosos aparatos y toma el nombre de harina; y que de allí, llevada á las ciudades, penetra en casa del panadero, quien la convierte en un alimento tan necesario para el pobre como para el rico! ¿No es el labrador quien cría, para nuestros vestidos, sus abundantes rebaños en las praderas? ¿Quién no ha reflexionado á menudo acerca de toda la utilidad que se saca de ese modesto animal, adorno de nuestros corrales, que á la vez suministra almohada muelle para nuestras camas, succulenta carne y huevos para nuestras mesas? Pero no acabaría nunca si tratase de enumerar los diferentes productos que la tierra bien cultivada, semejante á una madre generosa, prodiga á sus hijos. Aquí está la viña, allá los manzanos, acullá el olivo, más allá los quesos, y el cáñamo, señores, no olvidemos el cáñamo, que en estos tiempos ha adquirido un desarrollo considerable, y sobre el cual llamo muy particularmente vuestra atención.»

No había necesidad de llamarla, pues ya todas las bocas de la multitud estaban abiertas como para beber sus palabras. Tuvache, á su lado, escuchaba guiñando los ojos; el señor Derozerays á menudo cerraba los párpados dulce-

mente, y más lejos el boticario, con su hijo Napoleón entre las piernas, ponía la mano junto á su oído para no perder ni una sola sílaba. Los demás individuos del jurado asentían inclinando sus barbas sobre el pecho: los bomberos, al pie de la plataforma, descansaban sobre sus bayonetas, al mando de Binet, que permanecía con la punta del sable hacia arriba: acaso oía, pero no debía ver nada á causa de la visera del casco, que le tapaba la nariz. Su teniente, el hijo pequeño de Tuvache, había exagerado su casco, pues llevaba uno enorme que se le movía, dejando asomar una punta de su pañuelo de hierbas: sonreía con dulzura infantil, y su carita pálida, por donde corrían algunas gotas de sudor, tenía expresión de goce, de cansancio y de sueño. La plaza y las casas estaban llenas de gente; veíanse caras en todas las ventanas, en todas las puertas. Justino, en la de la farmacia, parecía embebido en la contemplación de lo que miraba.

A pesar del silencio, la voz del señor Lieuvain perdíase en el vacío; llegaba á los oídos en fragmentos de frases que interrumpía á veces el ruido de las sillas; después se escuchaba un mugido de buey que era contestado en el otro extremo de la calle por los balidos de las ovejas; porque la vaquera y los pastores, por no perder el discurso, habían acudido con el ganado, y éste promovía un ruido atroz cuando no estaba entretenido pastando la escasa hierbecilla que brotaba en mitad de la calle.

Rodolfo se había acercado á Emma, y le decía en voz baja y hablando rápidamente:

—¿No le indigna á usted también esa conjuración de la sociedad? ¿Hay algún sentimiento que no condene? Los instintos más nobles, las simpatías más puras se ven perseguidos, calumniados, y si llegan á encontrarse dos almas débiles, todo conspira contra su felicidad. En vano tratarán de evitarlo: más tarde ó más temprano, al cabo de seis meses ó de diez años, podrán unirse, gozarán amándose, porque así lo exige la fatalidad, porque han nacido la una para la otra.

Al decir esto tenía los brazos apoyados en la rodilla, y así, levantando los ojos hacia Emma, la miraba de cerca y fijamente. Ella veía en ellos pequeños rayos de oro irradiando en torno de sus pupilas negras, y hasta aspiraba el perfume de la pomada que daba lustre á sus cabellos. Sintióse presa de extraña languidez; pasó por su mente la imagen del vizconde con quien había valsado en la Vaubyessard, la barba del

cual, como los cabellos de Rodolfo, exhalaba el penetrante perfume de la vainilla, y maquinalmente cerró sus párpados para aspirarlo mejor. Al movimiento que hizo al recostarse en la silla, vió en el fondo del horizonte la vieja diligencia *La Golondrina*, que descendía lentamente la cuesta de Leux, dejando tras de sí una extensa nube de polvo. ¡En este coche era donde León había vuelto tantas veces al lado suyo, y por igual camino habíase alejado para siempre! Creyó verlo ante ella, asomado á su ventana... Después, todo se confundió en su mente... Cruzaron nubes... Parecióle que valsaba en la Vaubyessard con el vizconde, y que León no estaba lejos, que iba á volver... ¡Y, sin embargo, siempre sentía la cabeza de Rodolfo al lado de la suya! La dulzura de esta sensación despertaba también los deseos de otra época, y como granos de arena á impulsos del viento, revoloteaban en el perfume sutil que aspiraba embriagada. Dilató varias veces su nariz, se quitó los guantes, se enjugó las manos con el pañuelo, mientras que á través del latido de sus sienas oía el rumor de la multitud y la voz del consejero que salmodiaba sus frases.

«¡Continuad! ¡Perseverad! No escuchéis ni las sugerencias de la rutina, ni los consejos de un empirismo temerario. Aplicaos, sobre todo, al mejoramiento del terreno, al cultivo de los pastos, al desarrollo de la cría caballar y de los ganados bovino, lanar y de cerda. Que sean estos comicios para vosotros lid pacífica donde el vencedor, al salir, tenderá la mano al vencido y fraternizará con él en la esperanza de un éxito mejor. ¡Y vosotros, venerables servidores, humildes domésticos, que ningún gobierno había considerado hasta hoy; venid á recibir la recompensa de vuestras virtudes calladas, y estad convencidos de que el Estado tiene los ojos fijos en vosotros, que os anima, que os protege, que atenderá vuestras reclamaciones, y que aliviará en cuanto sea posible la carga de vuestros penosos sacrificios.»

El señor Lieuvain se sentó. Levantóse el presidente del jurado y comenzó otro discurso, menos florido, pero más práctico. En él, el elogio del gobierno ocupaba menos lugar, pero dábase mayor espacio á la religión y á la agricultura; se ponía de manifiesto la relación de la una con la otra, y cómo ambas habían concurrido á la civilización.

Entretanto Rodolfo hablaba con Emma de sueños, de presentimientos y magnetismos.

Remontándose á la cuna de las sociedades, el orador pintaba aquellos desdichados tiempos en que los hombres se alimentaban de bellotas en el fondo de los bosques; después quitaron sus despojos á las fieras, se vistieron, cavaron surcos y plantaron vides. ¿Había sido un bien? ¿No había en este descubrimiento más inconvenientes que ventajas? El orador planteaba este problema.

Poco á poco Rodolfo había llegado del magnetismo á las afinidades, y en tanto que el señor presidente citaba á Cincinato con su carreta, á Diocleciano plantando coles, y á los emperadores de la China inaugurando el año con sementeras, el joven explicaba á Emma que las atracciones irresistibles tienen por causa alguna existencia anterior.

—¿Por qué —decía— nos hemos conocido? ¿Qué azar lo ha querido? ¿Es que á través de la distancia, sin duda como dos ríos que corren para reunirse, nuestra suerte nos ha impulsado el uno al otro?

Y le cogía la mano, y ella no la retiraba.

«¡Premio al mejor cultivo!» gritaba el presidente.

—Así es—decía Rodolfo— que cuando yo he ido á casa de usted...

«Al señor Bizet, de Quincampoix.»

—¿Sabía, acaso, que luego la acompañaría?

«¡Setenta francos!»

—Cien veces quise partir; pero, cediendo á una necesidad del corazón, cien veces me he quedado.

«¡Abonos!»

—¡Como me quedaré esta noche, mañana, los demás días, toda mi vida!

«¡Al señor Carón, de Argueil, una medalla de oro!»

—Porque nunca he encontrado en mujer alguna un encanto tan completo.

«¡Al señor Bain, de Givry-Saint-Martín!»

—Así es que me llevaré el recuerdo de usted...

«Por un carnero merino...»

—Pero usted me olvidará. Habré pasado como una sombra...

«¡Al señor Belot, de Notre-Dame!»

—¡Oh, no! ¿No es verdad que seré algo en su pensamiento, en su vida?

«¡Dos cerdos! A los señores Leherisse y Cullembourg, ¡sesenta francos!»

Rodolfo estrechaba la mano de Emma, y la sentía ardiente y convulsa como una tórtola cautiva que pugna por emprender su vuelo; pero, sea que ella intentase retirarla ó que respondiera á aquella presión, hizo un movimiento con los dedos, y él exclamó:

—¡Oh, gracias! ¡No me rechaza usted! ¡Es usted buena! ¡Comprende usted que soy todo suyo! ¡Deje usted que la vea, que la contemple!...

Una ráfaga de viento levantó en aquel instante todas las gorras de los aldeanos que se hallaban en la plaza.

«¡Tortas de grano, oleaginosas! — continuó gritando el presidente.— ¡Pastos flamencos, cultivo de lino, servicio doméstico!»

Rodolfo ya no hablaba, y se miraban ambos. Un deseo supremo hacía que palpitasen sus secos labios, y dulcemente, sin esfuerzo alguno, entrelazáronse sus dedos.

«Catalina Nicasia Isabel Leroux, de Sassetot-la-Guerriere, por cincuenta y cuatro años de servicio en la misma granja, una medalla de plata, precio, ¡veinticinco francos!»

—¿Dónde está Catalina Leroux?—preguntó el consejero.

No se presentaba, pero oíanse voces que simultáneamente decían:

—¡Ahí va!

—¡No!

—¡A la izquierda!

—¡No tengas miedo!

—¡Qué bestia es!

—¡En fin! ¿está?—gritó Tuvache.

—¡Sí, sí!

—¡Aquí!

—¡Que se aproxime!

Entonces se acercó á la plataforma una viejecita de aspecto tímido, temblando bajo sus pobres ropas; llevaba los pies en gruesos zuecos y un delantal á la cintura. Su pálido rostro tenía más arrugas que una manzana seca, y las mangas de su camisa roja tapaban sus manos de articulaciones nudosas: el polvo de las granjas, la potasa de las lejías y la grasa de las lanas, las habían puesto tan ásperas y tan duras, que parecían sucias aun cuando se las hubiese lavado con

agua clara; y á fuerza de servir, permanecían entreabiertas como para dar humilde testimonio de tantos sufrimientos soportados. Algo de rigidez monacal realzaba la expresión de su rostro: ni la tristeza ni la ternura ablandaban aquella mirada pálida. Lidiando con los animales había adquirido su mutismo y su placidez. Era la primera vez que se veía ante tanta concurrencia, y asustada interiormente por las banderas, los tambores, los señores de frac y la cruz de honor del consejero, permanecía inmóvil, no sabiendo si debía adelantarse ó huir, ni por qué la empujaba la multitud, ni por qué la sonreían los del jurado. De este modo se mantenía ante aquella concurrencia aquel medio siglo de servidumbre.

—Acérquese usted, venerable Catalina Nicasia Isabel Leroux—dijo el consejero, que había tomado de manos del presidente la lista de los premiados.

—¡Acérquese usted, acérquese usted!

—¿Es usted sorda?—dijo Tuvache saltando sobre su asiento.

Y comenzó á gritarle al oído:

—¡Cincuenta y cuatro años de servicio! ¡Una medalla de plata! ¡veinticinco francos! ¡para usted!

Cuando tuvo la medalla en sus manos, la examinó atentamente, y le dijo:

—Se la daré al señor cura para que me diga misas.

—¡Qué fanatismo!—exclamó el boticario, inclinándose hacia el notario.

Acabó la sesión; se dispersó la multitud; y, como ya los discursos se habían leído, cada cual ocupó su sitio. Los amos despidieron á los criados, y éstos arrearon á los animales, triunfadores indolentes que volvían al establo con una corona verde entre los cuernos.

Entretanto, los guardias nacionales habían subido al primer piso de la alcaldía con pasteles enristrados en las puntas de las bayonetas: el tambor del batallón llevaba un cesto de botellas.

Emma tomó el brazo de Rodolfo, que la condujo á su casa: separáronse delante de la puerta, y luego él paseó solo por la ancha pradera esperando la hora del banquete.

El festín fué largo, ruidoso, mal servido; se hallaban todos tan apretados que apenas podían mover los codos, y las tablas estrechas que servían de bancos, estuvieron á punto de romperse bajo el peso de los comensales.

Éstos comían abundantemente; el sudor corría por todas las frentes, y un vapor, como la bruma de un río en una mañana de otoño, flotaba entre las lámparas encendidas.

Rodolfo pensaba tanto en Emma, que nada oía.

Detrás de él, sobre el césped, los criados apilaban platos sucios; sus vecinos le hablaban, y no les contestaba; llenaban su vaso, y en su pensamiento continuaba el silencio á pesar de que aumentaba el ruido; soñaba con lo que Emma le había dicho y con la forma de sus labios; su cara, como en un espejo mágico, la veía brillar sobre la placa de los chascás; los pliegues de su falda los veía á lo largo de las paredes, y días de amor se desarrollaban hasta lo infinito en las perspectivas del porvenir.

Volvióla á ver por la noche, durante los fuegos artificiales; pero estaba con su marido, la señora Homais y el boticario, al cual le dolían mucho los cohetes que se perdían, y á cada momento abandonaba á sus compañeros para ir á dar consejos á Binet.

Toda la pirotecnia había sido enviada de antemano á Tuvache, el cual, por precaución, la había encerrado en su bodega; por lo tanto estaba la pólvora húmeda y no se inflamaba; la rueda principal, que debía representar un dragón mordiéndose la cola, se echó á perder del todo. De cuando en cuando partía una miserable luz romana, y entonces la multitud lanzaba un clamor al que se mezclaba el grito de las mujeres, á quienes algunos hacían cosquillas valiéndose de la obscuridad.

Emma, silenciosa, se apoyaba en el hombro de Carlos, y, con la cara levantada, seguía en el cielo la huella luminosa de los cohetes. Rodolfo la contemplaba extasiado, á la luz de los faroles; apagáronse éstos poco á poco; aparecieron las estrellas; cayeron algunas gotas de lluvia, y ella se colocó el fichú sobre su cabeza desnuda. En aquel momento el coche del consejero salió de la posada; su cochero iba ebrio, y se divisaba desde lejos, por encima de la capota, entre las dos linternas, la masa de su cuerpo que se balanceaba á derecha é izquierda, según los vaivenes del coche.

—Verdaderamente—dijo el boticario—se debería castigar con rigor la embriaguez. Yo quisiera que se escribiesen semanalmente á la puerta de la alcaldía, en un cuadro *ad hoc*, los nombres de todos los que durante la semana se hubiesen intoxicado con alcoholes. Además, serviría la relación de es-



Al comienzo de la cuesta, Rodolfo refrenó ambos caballos...

(SEGUNDA PARTE, CAP. IX)

tadística anual que se consultaría en caso necesario... Pero dispensen ustedes.

Y corrió hacia el capitán.

—Tranquilícense ustedes—dijo el boticario cuando hubo regresado junto á sus amigos.—El señor Binet me ha asegurado que las medidas están tomadas. No caerá ninguna chispa; las bombas están llenas. Vamos á dormir.

—Sí, ya tengo sueño—dijo la señora Homais, que bostezaba sin descanso;—pero el caso es que hemos tenido un hermoso día de fiesta.

Rodolfo repitió en voz baja, y con una mirada tierna:

—¡Oh, sí, muy hermoso día!

Y después de saludarse todos, se separaron.

A los dos días, *El Faro de Rouén* publicaba un artículo sobre la fiesta. Homais lo había escrito al día siguiente.

«¿Por qué esos festones, esas flores, esas guirnaldas? ¿Hacia dónde se encaminaba aquella muchedumbre, como las olas de una mar en tempestad, bajo los rayos de un sol tropical, que vertía su calor sobre nuestras campiñas?»

Después hablaba de la condición de los labriegos. Seguramente, el gobierno hacía mucho, pero no bastante.

«¡Valor!—exclamaba—son necesarias mil reformas: realicémoslas.»

Al hablar de la entrada del consejero, no olvidaba «*el aire marcial de nuestra milicia*», ni «nuestros alegres paisanos», ni los «ancianos de cabeza calva», especie de patriarcas que se hallaban allí, y de los cuales, algunos restos de nuestras inmortales falanges, sentían todavía latir sus corazones al «son viril de los tambores». Se citaba de los primeros a los miembros del jurado y hasta repetía en una nota, que el señor Homais, farmacéutico, había enviado una memoria sobre la sidra á la Sociedad de agricultura.

Cuando llegaba á la distribución de recompensas, pintaba la alegría de los premiados con tonos ditirámicos.

«El padre abrazaba al hijo, el hermano al hermano, el esposo á la esposa. Más de uno mostraba su modesta medalla; al regresar á su casa, al lado de su compañera, encontróla á ésta llorando, oculta discretamente cerca de la chimenea.

»Hacia las seis de la tarde, un banquete celebrado en los campos del señor Liegeard, ha reunido á los principales concurrentes á la fiesta. La más expansiva cordialidad ha reinado. Se han pronunciado algunos brindis: el señor Lieuvain por el monarca; el señor Tuvache por el prefecto; el señor Derozerays por la agricultura; el señor Homais por la industria y las bellas artes; y el señor Leplichey por las mejoras.

»Por la noche, un brillante castillo de fuegos artificiales ha iluminado los aires. Se hubiera creído que era aquello un verdadero Kaleidoscopo, una decoración de ópera, y por un momento nuestra pequeña localidad se ha podido creer transportada á un sueño de las *Mil y una noches*.

»Hacemos constar que ningún suceso deplorable ha turbado esta reunión de familia.»

Y añadía:

«Se ha notado únicamente la ausencia de los sacerdotes. Sin duda en las sacristías se entiende el progreso de otro modo. ¡Guardaos, hijos de Loyola!»

IX

Transcurrieron seis semanas. Rodolfo no había vuelto.

Una tarde, por fin, apareció en Yonville.

—No hay que volver muy pronto—había pensado.— Eso sería una ligereza.

Y, al cabo de una semana, se había marchado á cazar. Después de la caza, le pareció que ya era demasiado tarde para volver; pero después pensó:

—Si ella me ama desde el primer día, con la impaciencia debe estar más interesada. Adelante, pues.

Y comprendió que no se había equivocado al entrar en la sala y ver que Emma palidecía.

Estaba sola; la tarde caía; los visillos hacían más denso el crepúsculo, y el dorado del termómetro, donde daba un rayo de sol, reflejábanse en el espejo.

Rodolfo permaneció de pie, y Emma apenas contestó á sus primeras frases.

—He tenido asuntos... Además, he estado enfermo.

—¿De gravedad?—preguntó ella.

—La verdad... —contestó Rodolfo sentándose junto á ella,—es que no he querido venir.

—¿Por qué?

—¿No lo adivina usted?

Y la miró de un modo tan violento, que Emma bajó la cabeza ruborizada.

—Emma...

—¡Caballero!...—dijo ella separándose un poco.

—¡Oh! Ya lo ve usted—dijo él en tono de melancolía. —Tenía yo razón en no querer volver; porque ese nombre que se ha apoderado de mi alma y que acaba de escapárseme de los labios, usted me prohíbe que lo pronuncie... ¡Señora Bovary! Así la llama á usted todo el mundo; para mí es otra.

Y repitió:

—¡Otra distinta!

Se ocultó el rostro entre las manos.

—Sí, pienso en usted continuamente... Su recuerdo me desespera... ¡Ah, perdón! La dejo á usted. Adiós... Partiré lejos... tan lejos que no volverá usted á oír hablar de mí... Y sin embargo, hoy... no sé qué fuerza me ha arrastrado hacia usted... Y es que no se puede luchar contra el cielo, ni es posible resistir á la sonrisa de los ángeles... ¡Hay que dejarse vencer por lo que es hermoso, encantador, adorable!

Era la primera vez que Emma oía tales cosas, y su orgullo esponjábase, estirándose muellemente al calor de aquellas frases.

—Pero si no he podido venir ni verla, en cambio he contemplado todo lo que la rodea. Todas las noches llegaba hasta aquí, veía la casa iluminada por la luna, los árboles del jardín balanceándose delante de su ventana y á través de ella una lucecita en la sombra... ¡Ah! Usted ignoraba que tenía tan cerca y tan lejos á la vez, á un pobre miserable!...

Emma se volvió hacia él lanzando un suspiro.

—¡Oh! ¡qué bueno es usted!

—No; es que la amo; eso es todo. Y usted lo cree, ¿verdad? ¡Dígamelo! ¡Una palabra suya, una sola palabra!

Y Rodolfo insensiblemente se deslizaba desde su asiento

para arrodillarse, cuando se oyeron taconazos en la cocina y se fijó en que la puerta de la sala no estaba cerrada.

—¡Oh, qué caritativa sería usted—continuó Rodolfo levantándose,—si colmase una ilusión como la mía!

Quería que Emma le enseñase la casa, conociera; y no hallando inconveniente en ello, iban ya á recorrerla juntos, cuando Carlos se presentó.

—Buenos días, doctor—dijole Rodolfo.

Carlos, halagado por aquel título que nadie le daba, se deshizo en atenciones que Rodolfo supo aprovechar.

—Su señora me hablaba de su salud...

Carlos le interrumpió; aquello, en efecto, le inquietaba: volvíanle á Emma las opresiones...

Entonces Rodolfo indicó si sería bueno el ejercicio á caballo.

—¡Ya lo creo! ¡excelente!... ¡Es una gran idea que debías aceptar!

Y como Emma objetase que no disponía de caballo, Rodolfo le ofreció uno; ella rehusó y él no insistió.

Después, para justificar su visita, dijo á Carlos que el criado á quien sangró seguía sufriendo desvanecimientos.

—Iré á verle—dijo Carlos.

—No, yo le haré que venga: vendremos juntos, y así no se molesta usted.

—Muchas gracias.

Cuando Rodolfo se fué, Carlos dijo á Emma:

—¿Por qué no aceptaste el ofrecimiento del señor Boulanger?

Ella, con gesto dengoso, dió una porción de excusas y acabó por decir que aquello *hubiera podido parecer mal*.

—¡Yo me río de esas preocupaciones! La salud ante todo. Has estado torpe.

—Y ¿cómo querías que montase á caballo si no tengo traje de amazona?

—Pues te encargas uno.

Aquello la decidió.

Cuando tuvo el traje de montar hecho, Carlos recibió al señor Boulanger, diciéndole que Emma estaba á su disposición y que contaba con su galantería aceptando el ofrecimiento.

Al día siguiente, á las doce, llegaba Rodolfo á casa del médico, con dos caballos de silla. Uno de ellos llevaba pom-

pones color de rosa en las orejas y silla de señora, de piel de gamo.

Rodolfo calzaba altas botas de montar que admiraron á Emma, cuando ésta se presentó con traje nuevo de tricot blanco dispuesta á montar.

Justino se escapó de la botica para verla, y el boticario acudió también, no cesando de dar consejos al señor Boulanger.

—¡Puede ocurrir una desgracia con tanta facilidad! ¡Cuidado! ¿Son de mucha sangre estos caballos?

Emma oyó un ruido arriba y levantó la cabeza: era Felicidad que repiqueteaba en los cristales para distraer á Berta. La niña tiró un besito á su madre; ésta le contestó sonriendo y enseñándole el puño de su fusta.

—¡Les deseo un buen paseo!—exclamó el señor Homais.
—¡Prudencia, sobre todo!

Y agitaba el periódico que tenía en la mano, viéndolos partir.

Desde el primer instante, el caballo de Emma emprendió el galope. Rodolfo iba á su lado cambiando con ella algunas palabras, con el rostro bajo y el brazo derecho extendido. Emma se abandonaba á la cadencia del movimiento que la mecía sobre la silla.

Al comienzo de la cuesta, Rodolfo refrenó ambos caballos, y al llegar á la cumbre se detuvieron. El flotante velo azul de Emma cayó á lo largo.

Eran los primeros días de octubre: había algo de niebla extendiéndose sus vapores por el horizonte entre las colinas y deshaciéndose en jirones por el lado opuesto. De vez en cuando las nubes daban paso á un rayo de sol y veíanse á lo lejos los tejados de Yonville, los jardines bordeando el río, los corrales, las tapias y el campanario de la iglesia.

Emma entornaba los ojos para buscar á lo lejos su casa, y nunca le pareció tan pequeño el pueblecillo donde vivía. Desde aquella altura todo el valle parecía un lago pálido que se evaporaba. Los grupos de árboles semejaban rocas negras, y las filas de álamos, arenas movidas por el viento.

Por todas partes la luz era débil en la atmósfera tibia. La tierra, de un tono semejante al polvo del tabaco, amortiguaba el ruido de las pisadas, y al golpear de los cascos de los caballos se clavaban en la tierra las piñas caídas.

Rodolfo y Emma siguieron bordeando el bosque; ella

volvía la cabeza de vez en cuando para evitar sus miradas y se fijaba en los troncos de abetos cuyas largas filas, al pasar, la mareaban. Los caballos resoplaban; el cuero de las sillas crujía.

Cuando entraron de lleno en el bosque salió el sol.

—Dios nos protege—dijo Rodolfo.

—¿Lo cree usted así?—preguntó ella.

—Sigamos, sigamos.

Animó á los caballos con un chasquido especial de la lengua y se lanzaron á la carrera. Los matojos del camino que se enredaban en el vestido de Emma eran cuidadosamente quitados por Rodolfo, inclinándose al galope, apartando las ramas y rozando á veces su pierna con la de Emma. El cielo era azul; las hojas de los árboles apenas se movían; había trechos cuajados de brezos en flor, otros de violetas; á veces salía de entre los matorrales ruido de batir de alas ó bien el graznido ronco de los cuervos.

Se apearon. Rodolfo ató los caballos, y Emma siguió hollando con su planta el musgo del sendero. Pero su traje le entorpecía para andar á pesar de llevar recogida la cola de forma que dejaba ver á Rodolfo el comienzo de su fina media al extremo de la bota, dándole á éste la sensación de la carne desnuda.

Emma se detuvo.

—Estoy cansada—dijo.

—¡Valor! ¡Un poco más!

Cien pasos más allá volvió de nuevo á detenerse, y á través del velo que pendía de su sombrero de hombre, cayéndole hasta la cadera, veíase su rostro de una transparencia azulada como si lo envolviesen nubes azules.

—¿Dónde vamos?

Rodolfo no contestó. Ella respiró anhelante mientras él, mirando á su alrededor, se mordía las guías del bigote.

Llegaron á un claro donde había maleza cortada y allí sentáronse sobre el tronco de un árbol caído.

Rodolfo comenzó á hablarla de su amor, sin asustarla al principio con grandes explosiones, sino tranquilo, serio y melancólico.

Emma oíale, con la cabeza baja y removiendo la tierra con el pie.

Pero le oyó decir:

—Por todo esto, nuestros destinos están unidos.

Y contestó:

—¡Oh, no! Bien lo sabe usted. Eso es imposible.

Levantóse para partir. Él la cogió de la muñeca. Emma se detuvo, y después de mirarle unos minutos amorosamente y con los ojos húmedos, exclamó decidida:

—¡Basta! No hablemos más. ¿Dónde están los caballos para volver?

Entonces él, sonriendo de un modo extraño, la pupila fija y rechinando los dientes, avanzó hacia ella abriendo los brazos.

Emma retrocedió temblorosa y balbuceante:

—¡Oh! ¡me da usted miedo así! Me hace daño. Vámonos.

—Puesto que no hay más remedio, sea—dijo él cambiando de expresión su rostro y volviendo á manifestarse respetuoso, atento y tímido.

Ofrecióla el brazo y volvieron atrás, mientras él decía:

—¿Qué le pasaba á usted? No acierto á explicármelo. Usted no me conoce: yo la tengo en mi corazón como se tiene una virgen en un altar, fuera de todo alcance. Pero yo necesito de usted para poder vivir. Necesito de su voz, de sus ojos, de su pensamiento. ¡Sea usted mi amiga, mi hermana, el ángel mío!

Y al decir esto, la rodeaba el talle con el brazo; ella trató de desasirse suavemente; él la sostuvo así y continuaron andando.

De pronto oyeron piafar á los caballos.

—No, todavía no—dijo Rodolfo— no nos vayamos aún.

Y la llevó más lejos, al borde de un pequeño estanque con juncos nenúfares. Varias ranas saltaron al agua al oírles llegar.

—Hago mal, muy mal—decía ella.—Es una locura dar oídos á lo que me dice.

—¿Por qué?... ¡Emma! ¡Emma!

—¡Oh, Rodolfo!—exclamó ella lentamente dejándose caer hacia atrás y descubriendo su blanco cuello, dilatado por los suspiros.

Y sollozante, desfallecida, ocultándose el rostro tras un largo estremecimiento, se abandonó á Rodolfo.

Cafan las sombras de la tarde; el sol, atravesando horizontalmente el ramaje, les daba en los ojos; brillaban por doquier las piedras y las hojas como plumas de colibrí esparcidas, y el silencio era absoluto.

Emma sentía latir su corazón y circular la sangre bajo su

piel. Entonces se oyó á lo lejos un grito vago y prolongado, una voz lejana. Emma la oyó silenciosamente pareciéndole una música que acompañaba sus últimas vibraciones nerviosas.

Rodolfo, con el cigarro entre los dientes, componía una de las bridas rotas.

Regresaron á Yonville por el mismo camino, encontrando las huellas anteriores de los caballos y todo lo mismo. Nada había cambiado, y, sin embargo, para ella, algo extraordinario había pasado, más aun que si las montañas aquellas hubieran desaparecido.

Rodolfo, de cuando en cuando se inclinaba hacia ella para apretarle una mano y besársela.

¡Estaba encantadora á caballo! Enhiesta, con su talle flexible, la rodilla junto á la crin del caballo y su piel sonrosada por el aire libre, á la luz del crepúsculo rojizo.

Al entrar en Yonville, caracoleó el caballo en las piedras, y al ruido se asomó la gente á las ventanas.

Cuando su marido llegó á la hora de cenar la encontró de buen aspecto; pero ella parecía no oírle cuando él la preguntaba detalles del paseo, y permaneció con un codo apoyado en la mesa, cerca del plato y á la luz de las dos bujías que les alumbraban.

—Emma...—le dijo él.

—¿Qué?

—Esta tarde he pasado por casa del señor Alejandro; tiene una yegua muy aceptable que creo que la daría por unos cien escudos...

Y añadió:

—Pensando que podía gustarte, la he apalabrado... la he comprado. ¿He hecho bien? Dímelo.

Emma contestóle afirmativamente con la cabeza.

—¿Vas á salir?—le preguntó ella.

—Sí. ¿Por qué?

—¡Oh, por nada, por nada!

Cuando Carlos se fué, corrió á encerrarse en su cuarto.

Allí tuvo como una especie de aturdimiento: veía los árboles, el camino, los fosos, Rodolfo... y sentíase todavía abrazada por él mientras las hojas temblaban y silbaban los juncos del estanque.

Pero al mirarse al espejo, se asombró de su cara: jamás había tenido los ojos tan grandes, tan negros ni de mirada

tan profunda. Algo sutil que se esparcía por su cuerpo, la transfiguraba.

Repetíase á sí misma: «¡l'engo un amante! ¡un amante!». deleitándole aquella idea como si fuese una segunda pubertad de que iba á gozar. Iba por fin á saborear las delicias del amor, aquella fiebre de felicidad que ya creyó no sentir. Parecíale hacer la entrada en algo maravilloso donde todo fuera pasión, éxtasis, delirio. Una inmensidad azulada la rodeaba, columbraba en su imaginación las cimas brillantes del sentimiento, y la vida ordinaria se le aparecía más distante, perdida en la sombra...

Entonces se acordó de las heroínas de aquellas novelas que había leído, y la legión lírica de mujeres adúlteras cantaba en su memoria con voces de hermanas que la encantaban.

Sentía que ella misma iba convirtiéndose en una parte real de sus fantasías y que realizaba el largo sueño de su juventud considerándose como el tipo de enamorada que tanto había envidiado.

Por otra parte, Emma experimentaba una satisfacción de venganza. ¿No había sufrido bastante? Pues ahora triunfaba, y el amor largo tiempo contenido brotaba alegre á borbotones. Y saboreábalo sin remordimiento, sin inquietud, sin turbación.

El día siguiente lo pasó en una dulzura para ella desconocida. Cuando estuvieron juntos, se hicieron mutuos juramentos; ella le contó sus tristezas; él la interrumpía con besos, y ella, con los ojos entornados, pedíale que la llamase por su nombre y que le repitiese que la amaba.

La escena se desarrollaba en el bosque, como el día antes, pero en una choza de pastores, hecha de paja y con la abertura tan pequeña que había que agacharse para entrar. Allí estaban sentados los dos, muy juntos, sobre un lecho de hojas secas.

Desde aquel día se escribían todas las noches. Emma llevaba la carta y la dejaba al final del jardín en un hueco de la tapia: Rodolfo iba á buscarla y dejaba la suya, que ella encontraba siempre demasiado lacónica.

Una mañana que Carlos había salido antes del alba, tuvo Emma el capricho de correr en seguida á ver á Rodolfo. Fácilmente podía llegar á la Huchette, estar allí una hora y volver á Yonville cuando todo el mundo estuviese aún durmiendo. Avivósele el deseo, y en un instante se halló en la pradera

emprendiendo el camino con paso rápido y sin volver atrás la cabeza.

Despuntaba el día. Emma reconoció á lo lejos la casa de su amante, cuyas veletas se destacaban en negro sobre el gris del amanecer.

Llegó, subió la escalera, abrió una puerta y en el fondo de una habitación vió un hombre durmiendo. Era Rodolfo. Emma lanzó un grito.

—¡Tú aquí! ¡Tú aquí!—se decía el extrañado.—¿Cómo has venido? Traes la ropa húmeda.

—¡Oh! ¡Te amo!—contestó ella pasándole sus brazos alrededor del cuello.

Habiéndole resultado bien aquella primera audacia, siempre que Carlos salía de madrugada vestíase ella precipitadamente, y con paso cauteloso marchaba bordeando el río, agarrándose á las ramas y hundiéndose en la tierra blanda por la humedad sus botinas pequeñas.

Agitábale el viento el pañuelo atado á la cabeza; se asustaba de los bueyes y corría hacia otro lado. Por fin, sin aliento casi, encendidas las mejillas y exhalando todo su cuerpo olor fresco de campo y aire puro, llegaba á la habitación de Rodolfo.

Éste dormía aún á aquella hora. Al entrar Emma en su cuarto parecía que con ella entraba la primavera. Las cortinas amarillas del balcón dejaban pasar una luz rubicunda.

Emma iba á tientas, con las gotas de rocío pendientes de los rizos de su pelo, formando como una diadema de topacios alrededor de su cabeza. Rodolfo despertaba riendo y le atraía á sus brazos estrechándola sobre su corazón.

Ella luego inspeccionaba el cuarto, le abría los cajones, se peinaba con su peine y se miraba en el espejillo que él tenía para afeitarse; mordía con sus dientecitos el tubo de la enorme pipa que tenía Rodolfo en la mesilla de noche entre medios limones, terrones de azúcar y una botella de agua.

Tardaban más de un cuarto de hora en despedirse. Ella lloraba porque hubiera querido no abandonarle entonces ni nunca. Algo más fuerte que su voluntad la impulsaba hacia él; pero un día, al verla llegar de improviso, frunció el ceño, como si aquello le contrariase.

—¿Qué tienes? ¿Te pasa algo? Dímelo—exclamó ella.

Y le contestó seriamente que aquellas visitas eran una imprudencia y que se comprometía al hacerlas.

X

Emma acabó por participar de los mismos temores que Rodolfo. Háblala trastornado el amor, sin pensar en nada; pero entonces le era indispensable para vivir y temió perderlo ó que fuese interrumpido.

Por eso, al volver á su casa, lanzaba siempre miradas inquietas, espiondo cada bulto que veía á lo lejos y observando las ventanas desde donde podían verla. Escuchaba los pasos, las voces, los ruidos de las carretas, y se detenía, pálida y temblorosa como las hojas de los álamos suspendidas sobre su cabeza.

Una mañana creyó distinguir de pronto el largo cañón de una carabina que le apuntaba, saliendo de un pequeño tonel medio enterrado en la hierba, al borde de una zanja.

Desfallecida casi de terror, siguió avanzando y vió un hombre salir del tonel, como esos juguetes de resorte.

Era el capitán Binet, que estaba en acecho de los patos salvajes.

—Ha debido usted gritar desde lejos—le dijo.—Cuando se ve una escopeta se debe avisar siempre.

Y al decir esto, Binet trataba también de disimular su susto, porque con arreglo al bando de la Prefectura prohibiendo la caza de patos no siendo en barca, Binet estaba en pleno delito de contravención. Temía la presencia del guardia y aquel mismo peligro era el encanto de su caza. Al ver á Emma respiró.

—No hace calor, ¿eh?

Emma no le contestó y siguió adelante.

—Y ¿cómo madruga usted tanto?

—He ido á casa de la nodriza que tiene á mi hija.

—Pues yo estoy aquí desde el amanecer, pero el tiempo no ayuda...

—Buenos días, señor Binet—dijo Emma interrumpiéndole y volviéndole la espalda.

—Servidor de usted, señora—contestó él secamente.

Y volvió á hundirse en el tonel.

Emma se arrepintió de haberle dejado tan bruscamente:

temió que sospechara algo, porque la excusa de la nodriza era tonta, puesto que todo el mundo sabía en el pueblo que le habían retirado la niña hacía un año; además, nadie vivía por aquellos sitios, y el camino no conducía más que á la Huchette. Indudablemente Binet había adivinado esto y se lo callaba.

Hasta la noche estuvo torturándose la imaginación para inventar mentiras inverosímiles, y siempre se le aparecía Binet.

Al verla preocupada, Carlos, después de cenar quiso llevarla á casa de Homais para que se distrajera.

El primero con quien Emma tropezó fué con Binet, que estaba delante del mostrador pidiendo media onza de vitriolo.

Emma quiso subir á ver á la señora Homais, pero el boticario le dijo:

—No se moleste usted; va á bajar en seguida. Acérquese mientras á la estufa. ¿Qué hay, doctor?

El boticario se complacía en llamar *doctor* á Carlos, como si reflejamente participase él también de aquel honor.

—¡Cuidado con los frascos, Justino! Vé á traer sillas del gabinete.

Binet pidió media onza de ácido de azúcar.

—¿Ácido de azúcar? No lo conozco. Querrá usted decir ácido oxálico, ¿no es eso?

Binet dijo que lo necesitaba para hacer un agua fuerte y limpiar sus chismes de caza oxidados por la humedad.

Emma se estremeció. Homais dijo:

—Verdaderamente el tiempo es malo.

—Sin embargo—replicó Binet intencionadamente.—hay personas que no le tienen miedo. Deme usted además...

—¡No se irá nunca!—pensaba Emma.

—Media onza de pez griega y de trementina, cuatro onzas de cera amarilla y onza y media de negro animal para el corraje.

En este momento apareció la señora Homais, con Irma en brazos, Napoleón al lado y Atalia detrás; sentóse en el banco, junto á la ventana, el chico se acurrucó en un taburete y la mayorcita fué á dar vueltas alrededor de su padre rondando el frasco de las pastillas de goma.

Homais maniobraba en el mostrador: nadie hablaba y sólo se oía el sonido de las balanzas, las pesas y los frascos.

—Y ¿cómo está la niña?—preguntó de pronto la boticaria.

—¡Silencio!—exclamó Homais, que en aquel momento hacía números en su cuaderno.

Pero ella siguió á media voz:

—¿Cómo no la ha traído usted?

Emma le impuso silencio señalándole á su esposo.

Por fin se marchó Binet, y Emma lanzó un suspiro de satisfacción.

—¡Qué fuerte respira usted!—dijo Homais.

—Tengo calor—contestó Emma.

A partir del día siguiente, Emma y Rodolfo reglamentaron sus citas: ella quería comprar á la criada con un buen regalo, pero convinieron en que era mejor buscar una casa á propósito en Yonville, y Rodolfo se encargó de ello.

Durante todo el invierno, tres ó cuatro veces por semana, ya entrada la noche, llegaba él al jardín de cuya verja había Emma quitado la llave que Carlos creyó que se había perdido. Para avisarla, Rodolfo lanzaba un puñadito de arena á la ventana, y Emma se levantaba sobresaltada. Algunas veces había que esperar porque á Carlos le daba por estar de charla junto al fuego. Ella se mordía los labios de impaciencia, y si con los ojos hubiera podido, le hubiera hecho saltar por la ventana. Se ponía á hacer su tocado de noche y luego se sentaba á leer tranquilamente como si la lectura la absorbiese. Carlos, metido ya en la cama, la llamaba para que se acostase.

—Ven, Emma—decíale:—ya es tarde.

—Ya, ya voy.

Como le molestaba la luz, volvíase él hacia la pared y se dormía.

Entonces era cuando ella se escapaba, sonriente, anhelante, casi desnuda...

Rodolfo llevaba por las noches un capote grande; la envolvía en él, y pasándole la mano por el talle, llevábala en silencio hasta el fondo del jardín, bajo el cenador y en el mismo banco rústico donde León la había contemplado amorosamente en las noches del verano. Pero ahora no se acordaba de él.

Las estrellas brillaban á través del ramaje del jazmín sin hojas; oían detrás correr el río y crujir, de vez en cuando, las ramas secas de los rosales. Manchas de sombra marcábanse aquí y allá y á veces corríanse y se estiraban como inmensas olas negras que avanzaban para cubrirlos. El frío

de la noche les hacía apretujarse, los suspiros de sus labios salían con más fuerza, y sus palabras, en el silencio, pronunciadas en voz baja, parecían caer sobre el alma con una sonoridad cristalina que repercutía en múltiples vibraciones.

Cuando llovía se refugiaban en el gabinetito de consulta; ella encendía una de las luces de la cocina y la colocaba detrás de los libros, instalándose allí Rodolfo como en su casa, y haciéndole gracia aquello, hasta el punto de permitirse algunos chistes á costa de Carlos, que molestaban á Emma.

Ella hubiera querido verle más serio, más dramático en aquellos instantes, como la vez que creyeron oír pasos que se aproximaban.

—¡Vienen!—exclamó ella.

Y apagó la luz.

—¿Tienes revólver?

—¿Para qué?

—Para... defenderme.

—¿De tu marido? ¡Pobre hombre!

Y Rodolfo hizo un ademán dando á entender que le bastaría un puñetazo para destrozarlo.

Emma admiró aquella valentía, aunque la encontró falta de delicadeza.

Rodolfo pensó luego en aquello del revólver, diciéndose: «Si me ha hablado en serio, es ridícula y antipática la cosa, porque yo no tengo por qué odiar á Carlos, maxime cuando á mí no me devoran los celos»: y á propósito de esto, ella le había jurado una cosa que no le parecía del mejor gusto.

Además, se iba poniendo demasiado sentimental, cambiando los retratos y mechones de pelo, y hasta pidiéndole una sortija de alianza como la de un matrimonio.

Le hablaba de las campanas que se oyen por la noche, de las *voces de la naturaleza*, y de su madre y la de Rodolfo. Éste había perdido la suya hacía veinte años y Emma le consolaba con mimoserías infantiles, como á un niño huérfano, para acabar señalando á la luna y diciéndole:

—Estoy seguro de que ambas, desde allí, aprueban nuestro amor.

A pesar de estas cosas, ¡era tan bonita y había tenido tan pocas queridas con un candor como aquel! Esto halagaba su orgullo y á la vez su sensualismo. La exaltación de Emma, que su sentido práctico rechazaba, le parecía encantadora

en el fondo de su corazón, por dirigirse á su persona; y entonces, seguro de ser amado, no se preocupó en fingir extremos amorosos, ni buscar palabras dulces como las que antes la hacían llorar, ni prodigarla caricias de aquellas que la enloquecían. Como ella sintiera bajar el nivel del amor en que se veía anegada, como baja el agua de un río hasta verse el fondo, no quiso, sin embargo, creerlo y redobló su ternura en tanto que Rodolfo ocultaba cada vez menos su indiferencia. A veces la humillación de sentirse débil trocábase en rabia que se atemperaba por sus voluptuosidades. No era aquello un vínculo precisamente, sino algo como una seducción permanente. Rodolfo la subyugaba; ella tenía hasta miedo. La manejaba á su capricho, y al cabo de seis meses, cuando llegó la primavera, estaban como dos recién casados en su hogar.

Por entonces era cuando Rouault, el padre de Emma, acostumbraba enviar el pavo, en recuerdo de su pierna curada, regalo que llegaba siempre acompañado de una carta. Emma cortó la cuerda que la sujetaba á la cesta y leyó las siguientes líneas:

«Queridos hijos: Espero que el regalo os halle en buen estado de salud; este año es más gordo que los anteriores. Para el próximo os enviaré un gallo, á menos que tengáis preferencia por los pollos, y devolvedme la cesta, como siempre. He tenido una desgracia en la cochera, cuyo techo se llevó el viento. La cosecha no ha sido muy buena que digamos. No sé cuándo iré á veros. No puedo abandonar la casa desde que estoy solo, querida Emma. Yo sigo bien, salvo un catarro que cogí días pasados en la feria de Ivetot, donde fui á buscar pastor, por haber despedido el otro á causa de lo exigente que era para comer. ¡Cuánto hay que aguantar á esta tropa! Además, tampoco era honrado. Según me dijo un buhonero que el invierno pasado estuvo ahí, Carlos trabaja mucho. Me enseñó un diente que éste le había sacado, y tomamos café juntos. Le pregunté si te había visto y me dijo que no, pero que había visto en tu cuadra dos caballos, de lo cual deduzco que el negocio os va bien. Me alegro, hijos míos, y que Dios os colme de felicidades. Me da pena no conocer todavía á mi querida nietecilla Berta Bovary. He plantado para ella en el jardín, debajo de la ventana de tu cuarto, un grupo de ciruelos, que destino á hacer compota

y guardarla en el armario para cuando ella venga. Adiós, hijos míos. Os abrazo á los dos y besos á la pequeña. Vuestro cariñoso padre,

TEODORO ROUALT.»

Emma quedó algunos minutos con aquel basto papel entre los dedos. Las faltas de ortografía se atropellaban, y ella perseguía el fondo dulce y cariñoso de la carta como se persigue á una gallina entre las matas. Notábase que la carta llevaba ceniza del hogar por el polvillo gris que le cayó en la falda, y se imaginó á su padre agachándose para coger las tenazas. ¡Cuánto tiempo hacía que no estaba allí, á su lado, ante las llamaradas de aquella chimenea! Se acordaba de las tardes de verano llenas de sol, de los potros que pasaban galopando, de la colmena que había bajo su ventana y de las abejas que revoloteando chocaban en los cristales como balines de oro. ¡Qué feliz entonces! Todo era para ella libertad, esperanza, ilusiones. ¡Y nada guardaba de aquello! Había gastado esas mismas ilusiones en las aventuras de su espíritu, la virginidad, el matrimonio, el amor... perdiéndolas á lo largo de la vida como un viajero que va dejando algo de su riqueza en cada posada donde se detiene.

Pero ¿en qué consistía su desgracia? ¿Cuál era la catástrofe extraordinaria que la había transfigurado? Y levantaba la cabeza mirando á su alrededor como para buscar la causa que la hacía sufrir.

Un rayo del sol de abril temblaba en las porcelanas de la *étagère*; el fuego ardía; bajo la suela de sus zapatillas apreciaba la blandura de la alfombra; el día era claro, la atmósfera tibia, y desde allí oía las risas alegres de su hija que se revolcaba en la hierba del jardín que comenzaba á secarse. Se había echado boca abajo en un montón segado, teniéndola del vestido la criada. Lestiboudois, á su lado, iba rastrillando, y cada vez que se le acercaba la chiquilla manoteaba furiosamente.

—¡Traígala usted!—gritó Emma, que se precipitó á besarla.—¡Cuánto te quiero, hija mía! ¡Cuánto te adoro!

Y notándole que tenía algo sucias las orejitas, pidió agua caliente y la lavó, la mudó de ropa, de medias, de zapatos, le hizo mil preguntas por si le dolía algo, y después de besarla más aun y de llorar un poco, se la volvió á entregar á la



Hipólito mirábale ya con ojos asustados, y medio llorando le preguntaba:

—¿Cuándo estaré curado? ¡Sálveme usted! ¡Qué desgraciado soy!

criada que permanecía asombrada ante aquel acceso de ternura.

Rodolfo, por la noche, la encontró más seria que de costumbre.

Ya se le pasará—pensó.—Debe ser algún capricho.

Y faltó á tres citas seguidas. Cuando se presentó por fin, Emma se mostró fría y casi desdenosa.

—¡Tonta! Pierdes el tiempo—pensó él aparentando no enterarse de los melancólicos suspiros de ella ni del pañuelo que se llevaba á los ojos.

¡Cómo se arrepintió entonces Emma! Preguntábase por qué había de execrar á Carlos y si no hubiera sido mejor para ella haberle podido amar. Pero Carlos no daba motivo á estas reacciones sentimentales, y ella permaneció indecisa en las veleidades de su sacrificio, hasta que el boticario vino á presentarle una ocasión propicia.

XI

Homais había leído recientemente el elogio de un nuevo método para la curación de los pies deformes, y como partidario del progreso, concibió la idea patriótica de que en Yonville se hiciesen operaciones de estrefopodia.

Y decíale á Emma:

—¿Qué se pierde con intentarlo? Fíjese—é iba contando con los dedos las ventajas de intentarlo.—Éxito casi seguro, alivio y embellecimiento del enfermo, celebridad inmediata del operador... ¿Por qué su esposo, por ejemplo, no intenta la curación de ese pobre Hipólito, el de la posada? Fíjese usted en que sería el primero en contárselo á todos los viajeros, y además—y bajaba la voz confidencialmente—¿quién me impedía á mí mandar al periódico un artículo hablando de ello? Y ya sabe usted que un artículo corre, circula, se habla, y acaba por ser la bola de nieve. Y ¿quién sabe?... ¿quién sabe?...

En efecto, Carlos podía lucirse con aquello; nada probaba á Emma que no tuviese la habilidad necesaria y ¡qué satisfac-

ción para ella la de haberlo determinado á una empresa con la cual podía aumentar su reputación y su fortuna! No deseaba más que algo así, más sólido que el amor, para apoyarse en ello.

Instado por Emma y por Homais, Carlos se dejó convencer. Pidió á Rouén el libro del doctor Duval, y todas las tardes, con la cabeza entre ambas manos, enfrascábase en la lectura.

Mientras estudiaba aquello de los *equinos*, los *varus* y los *valgus*, es decir, la estrefocatopodia, la estrefendopodia y la estrefexopodia, ó sea, las diferentes desviaciones de pies en el centro ó en sus extremos, con la estrefipopodia y la estrefanopodia, Homais se dedicaba á convencer con toda clase de razones al mozo de la posada para que se dejase operar.

—Apenas sentirás un ligero dolor; es una simple picadura como la de una sangría, menos aun que la extirpación de ciertos callos.

Hipólito, reflexionando, movía sus ojos estúpidos.

—Por lo demás—seguía diciéndole el boticario,—yo no gano nada con ello, sino tú. Lo hago por pura humanidad. Quisiera verte libre de esa odiosa claudicación y de ese balanceo de la región lumbar que, aunque tú no quieras, debe estorparte muchísimo para el ejercicio de tus faenas.

Entonces Homais le hablaba de lo gallardo que quedaría sin la cojera y hasta le daba á entender que podría agradar á las mujeres, á lo cual el mozo sonreía groseramente. Luego le atacaba en su vanidad, diciéndole:

—Además ¿no eres un hombre? ¿Qué sería si tuvieses que ir á luchar bajo nuestras banderas?... ¡Ah, Hipólito!

Y le dejaba, no acertando á explicarse aquella testarudez, aquella ceguedad para rechazar los beneficios de la ciencia.

El desgraciado cedió al fin, porque aquello fué como una conjuración en contra suya. Binet, que nunca se metía en nada, la posadera, su criada, los vecinos, hasta el alcalde: todo el mundo le sermoneaba, le avergonzaba... Pero lo que acabó de decidirle fué el saber *que no le costaría nada*. Carlos se encargaba incluso de pagar el aparato para la operación. Emma fué la que pensó en este rasgo de generosidad, y á Carlos le pareció de perlas pensando en su interior que su mujer era un ángel.

Bajo la dirección de Homais y después de haberla comenzado tres veces, entre el carpintero y el cerrajero, construyé-

ron una caja que pesaba unas ocho libras y en la que no se había economizado nada de lo que necesitaba.

Pero para saber qué tendón había que cortar, era necesario saber de antemano de qué clase de cojera se trataba.

El pie de Hipólito formaba con la pierna una recta casi, lo cual no le impedía torcerse hacia adelante, de donde resultaba una especie de *equino*, mezclado con algo de *varus*, ó más bien un *varus* acusado ligeramente de *equino*.

Pero aquel *equino*, largo como el casco de un caballo, de piel rugosa, tendones secos y dedos gordos cuyas negras uñas parecían clavos de hierro, no le impedía al estrefoposo, ó sea á Hipólito, correr como un gamo desde por la mañana hasta por la noche. Véasele siempre en la plaza saltando por entre las carretas, echando hacia delante su pie desigual, hasta el punto de parecer más vigorosa esta pierna que la otra. A fuerza de utilizarla, había adquirido algo así como ciertas cualidades morales de paciencia y energía, y en los trabajos rudos, Hipólito la prefería para apoyarse.

Puesto que se trataba de un *equino*, era preciso cortar el tendón de Aquiles, para unirlo después al músculo tibial anterior y librarlo del *varus*; porque Carlos no quería intentar de una sola vez dos operaciones y hasta temblaba ante el miedo de atacar alguna región importante que él no conociese.

Ni Ambrosio Paré aplicando por primera vez después de Celso y pasados quince siglos, la ligadura inmediata de una arteria; ni Dupuytren disponiéndose á abrir un absceso á través del encéfalo; ni Gensoul cuando hizo la primera resección del maxilar superior; á ninguno habíale palpitado el corazón ni temblado la mano como al señor Bovary en el momento de acercarse á Hipólito con el *tenotomo* en la mano.

Lo mismo que en los hospitales, habíase dispuesto sobre una mesa al lado un montón de hilas, hilos encerados y muchas vendas, todo preparado por Homais desde por la mañana con gran ilusión para admirar á los demás.

Carlos cortó la piel; se oyó un crujido seco... El tendón había sido cortado y la operación estaba terminada. Hipólito no salía de su asombro; inclinábase para coger las manos de Carlos y cubrírselas de besos.

—¡Calma, calma!—díjole el boticario.—Ya demostrarás más tarde tu agradecimiento al que es tu bienhechor.

Y bajó á contar el resultado de la operación á cinco ó seis curiosos que esperaban en la calle y que esperaban ver salir á Hipólito andando tan derecho.

Carlos, después de poner á Hipólito el motor mecánico, volvió á su casa: Emma esperábale impaciente á la puerta. Le abrazó y se sentaron á la mesa. Él comió mucho y hasta quiso tomar una taza de café, lujo que no se permitía más que algún domingo cuando había gente de fuera.

La noche la pasaron charlando deliciosamente de proyectos é ilusiones. Hablaron de su futura fortuna, de las mejoras que habían de hacer en la casa; veía él aumentar su reputación y su bienestar amándole siempre su mujercita, y ella sentíase feliz al experimentar un sentimiento nuevo, más sano y mejor, y al sentir cierta ternura hacia aquel hombre que la acariciaba. La imagen de Rodolfo pasó un momento por su imaginación, pero sus ojos se fijaron en Carlos; notó entonces con sorpresa que no tenía fea la dentadura.

Estaban todavía acostados cuando Homais se coló en la alcoba llevando unas cuartillas recién escritas. Era el artículo para *El Faro de Rouën*, que venía á leérselo á ellos.

—Lea usted— dijo Emma.

Y leyó:

«A despecho de los prejuicios que todavía envuelven una parte de Europa como espesa red, la luz comienza á penetrar y á extenderse hasta los últimos rincones. La pequeña ciudad de Yonville ha sido, el martes último, teatro de una experiencia quirúrgica que supone al mismo tiempo un acto de verdadera filantropía. El señor Bovary, uno de nuestros operadores más distinguidos...

—¡Hombre, eso es demasiado!—interrumpió Carlos, á quien la emoción ahogaba.

—No, señor; nada de eso. ¡No faltaba más! «Ha operado un pie defectuoso...» No he puesto el término técnico porque ya sabe usted que en un periódico... no todo el mundo que lo lee podrá entenderlo, y es preciso que las masas...

—Es verdad—dijo Carlos.—Siga usted.

—Sigo. «El señor Bovary, uno de nuestros operadores más distinguidos ha operado un pie defectuoso al llamado Hipólito Tautain, mozo, desde hace veinticinco años, del hotel *El León de Oro*, propiedad de la viuda Lefrancois, en la Plaza de Armas. La novedad de la tentativa y el interés que el caso despertaba habían atraído tal concurrencia, que

hallábase llena la planta baja del hotel. La operación fué realizada como por encanto, y apenas si brotaron algunas gotas de sangre como para probar que el tendón rebelde acababa de ceder á los esfuerzos del arte. El enfermo, cosa rara que comprobamos *de visu*, no sintió dolor alguno. Su estado, hasta ahora, nada deja que desear, y todo induce á creer que la convalecencia será breve. ¡Quién sabe si para la próxima fiesta de Yonville veremos al bueno de Hipólito figurar en las danzas báquicas, entre los demás jóvenes, saltando y bromeando, completamente curado! ¡Honor, pues, á los sabios generosos! ¡Honor á estos espíritus incansables que consagran sus vigiliass al mejoramiento y bienestar de la especie! ¡Honor, tres veces honor! Ha llegado el momento de proclamar que los ciegos han de ver, los sordos recobrarán el oído y los cojos podrán andar. Lo que el fanatismo prometía antiguamente á los elegidos, la ciencia lo cumple hoy para todos los hombres. Tendremos al corriente á nuestros lectores de las fases sucesivas de esta curación tan notable.»

Todo lo anterior no impidió que á los cinco días se presentase asustada la Lefrancois, gritando:

—¡Socorro! ¡socorro! ¡Se muere! ¡Yo estoy loca! ¡Se muere!

Carlos corrió á la posada, y Homais, que le vió cruzar la plaza sin sombrero, dejó la farmacia y fué allá también, encendido, inquieto, preguntando á cuantos subían la escalera:

—¿Qué es lo que le pasa á nuestro *estrefópodo*?

El *estrefópodo* se retorcia en convulsiones atroces de tal forma, que con el aparato de la peona golpeaba la pared, desconchándola.

Con toda clase de precauciones, para no alterar la posición del miembro, retiróse la caja, y un espectáculo horroroso se ofreció á la vista. Los contornos del pie desaparecían bajo una hinchazón tal, que toda la piel parecía próxima á estallar, llena de *equimosis*, causadas por el aparato. Hipólito se venía quejando hacía días, pero no se le hizo caso, y había que reconocer que tenía motivo para quejarse. Se le desembarazó de todo durante algunas horas. Pero apenas hubo cedido algo el edema, los dos sabios opinaron que era indispensable volver á colocar el aparato, apretándolo aún más para acelerar los resultados.

Por último, después de tres días, no pudiendo aguantar

más Hipólito, le quitaron del todo el aparato, quedando asombrados de ver una tunefacción lívida que se extendía por toda la pierna con *flictenas* de trecho en trecho, que destilaban un humor negro.

Aquello tomaba un aspecto grave. Hipólito comenzaba á desesperarse y la posadera le instaló en una salita al lado de la cocina para que estuviere más distraído.

Pero Binet, que comía allí mismo, todos los días se quejaba de que se lo pusieran al lado, y entonces fué trasladado Hipólito á la sala del billar.

Allí, bajo burdas mantas, quejándose, pálido, con la barba crecida y los ojos hundidos, movía de cuando en cuando la cabeza, sudorosa, sobre la sucia almohada donde acudían las moscas.

Emma iba á verle y á llevarle paños para las cataplasmas, consolándole y animándole. Siempre había alguien que le hacía compañía, sobre todo los días de mercado, que iban los labradores á jugar al billar, y fumaban, bebían y cantaban.

—¿Cómo vamos?—le preguntaban tocándole en el hombro.—Eres cobarde, por lo que se ve. ¡Anímate, hombre!

Y le contaban casos de personas que se habían curado con otros remedios diferentes. Para consolarle añadían:

—Es que te abandonas demasiado. ¡Levántate! ¡Estás ahí tratándote como un rey, bribón! Y no creas que hueles muy bien.

En efecto: la gangrena iba creciendo. Bovary poníase malo cada vez que le veía, é iba á verle á cada momento. Hipólito mirábale ya con ojos asustados, y medio llorando, le preguntaba:

—¿Cuándo estaré curado? ¡Sálveme usted!.. ¡Qué desgraciado soy!

Y Carlos se despedía siempre recomendándole la dieta: pero la posadera replicaba:

—No le hagas caso, hijo mío; ¿es que no te han martirizado bastante? Te van á debilitar más todavía. Toma, cómete eso.

Y le daba sopas y trozos de carne ó de tocino y copas de aguardiente que él no se atrevía á llevarse á los labios.

Cuando el abate Bournisién se enteró de que empeoraba, deseó verle. Comenzó por dolerse de lo que le ocurría y acabó por declarar que debía alegrarse, puesto que era la

voluntad del Señor, y aprovechar á escape la ocasión para reconciliarse con el cielo.

Deciale el cura en tono paternal:

--Porque tú descuidabas mucho tus deberes; rara vez ibas á misa. ¿Cuántos años hace que no te confiesas? Comprendo que tus quehaceres y el jaleo de la vida te hayan privado de cuidar de tu salvación; pero ya es hora de que reflexiones. No desesperes todavía; yo he conocido grandes pecadores que, próximos á comparecer en la presencia de Dios (y tú no te hallas en ese caso), imploraron su misericordia y murieron en las mejores disposiciones. Confíemos en que tú nos ofrecerás un ejemplo como el de ellos. Así pues, sólo por precaución, nadie te impide que reces por la mañana y por la noche un *Arcmaria* y un *Padrenuestro*. Si hazlo. Hazlo por mí. ¿Qué te cuesta? Prométemelo.

Y el pobre diablo prometió hacerlo así.

El cura volvió los días sucesivos; hablaba con la posadera contándole historias que Hipólito no entendía; y cuando se presentaba ocasión, volvía á la carga.

Su celo pareció dar resultado, porque Hipólito manifestó deseos de ir en peregrinación al Buen Socorro, si curaba; á lo cual el cura contestábale que no veía inconveniente en ello *ni se arriesgaba nada*.

Pero el boticario se indignó de estos manejos del cura, como él decía, con los cuales estorbaba la curación de Hipólito; y repetíale á la posadera:

--¡Dejadle! ¡dejadle! Con este misticismo lo que están ustedes haciendo es perturbarle la parte moral.

Pero la buena mujer no le hizo caso, y por espíritu de contradicción, puso á la cabecera del enfermo una pilita con agua bendita y una rama de boj.

Mientras tanto, ni la religión ni la cirugía le aliviaban, y la gangrena iba avanzando ya hacia el vientre sin que sirviesen bebidas ni cataplasmas. Los músculos iban separándose cada vez más, y Carlos al fin asintió á la indicación que la posadera le hizo de llamar al señor Canivet, de Neufchatel, que era una celebridad.

Doctor en medicina, hombre de cincuenta años, disfrutando una buena posición y muy dueño de sí mismo, no se reservó para sonreír desdeñosamente cuando el *compañero* descubrió aquella pierna gangrenada hasta la rodilla. Y después de declarar en firme que no había más solución que

amputarla, se marchó de allí á la botica á despotricar contra los burros que habían puesto á aquel hombre en semejante estado. Cogiendo al señor Homais de la solapa, decíale á gritos:

—¡Esos son los inventos de París! ¡Las grandes ideas de los señores de la capital! Lo mismo que el estravismo, el cloroformo y la litotricia: monstruosidades que el gobierno debía prohibir. Pero quieren hacer milagros, y de ahí lo de inventar remedios sin preocuparse de los resultados. Ellos son los sabios; los demás no somos sino curanderos. ¿Enderezar un pie cojo? ¿Cómo es posible? Es como intentar poner derecho á un jorobado.

Homais aguantó aquel discurso disimulando su sufrimiento bajo una sonrisa cortés, ante la necesidad de halagar al señor Canivet, del cual despachaba muchas recetas. Por esto no tomó la defensa de Bovary ni objetó lo más mínimo, sacrificando su dignidad al interés del negocio.

En el pueblo fué un acontecimiento aquella amputación hecha por el doctor Canivet. Todo el mundo madrugó, y la calle Mayor, llena de gente, ofrecía un aspecto fúnebre, como si se tratase de una ejecución de muerte. Se discutía en casa del tendero; nadie vendía ni compraba, y la mujer del alcalde no se movía de su ventana, impaciente por ver llegar al operador.

Éste vino en su cabriolé, que él mismo guiaba, y que habiéndosele aflojado un muelle á causa del peso de su enorme persona, se inclinaba un poco hacia la derecha; en el otro asiento se veía una caja forrada de badana encarnada con tres cerraduras de metal brillante.

Cuando hubo entrado como un torbellino en la posada, el doctor Canivet, gritando fuerte, mandó desenganchar su caballo y fué á la cuadra á ver si comía bien la avena: era de lo primero que siempre se cuidaba en sus excursiones: del coche y del caballo. Se decía á propósito de esto: «Es muy original el señor Canivet», y todo el mundo le estimaba por su inquebrantable aplomo para todo. Podía el universo tragarse hasta el último hombre, antes de que él alterase ninguna de sus costumbres.

Llegó Homais y el doctor le dijo:

—Cuento con usted. ¿Está usted dispuesto? Pues ¡andandol!

Pero el boticario, ruborizándose, confesó que era tan sensible, que no podía asistir á una operación como aquella.

—Ya sabe usted que cuando se es simple espectador, se emociona uno. Además, tengo el sistema nervioso de tal forma, que...

—¡Ca, hombre! Si usted, por el contrario, parece propenso á la apoplejía. Por lo demás, no me extraña: ustedes los boticarios, con eso de estar siempre en su cocina, deben acabar por estropearse el temperamento. Míreme usted á mí: todos los días me levanto á las cuatro, me afeito con agua fría (yo nunca tengo frío), no gasto franela y no me constipo nunca: ¡la caja está fuerte! Vivo de cualquier manera y por eso no soy tan delicado como usted, y me es lo mismo descuartizar á una persona que á un pollo que me presenten. Usted dirá que es la costumbre... ¡la costumbre!...

Y sin preocuparse de Hipólito, que sudaba entre sábanas, aquellos dos señores entablaron una conversación en la cual Homais comparó la sangre fría de un cirujano con la de un general, lo cual agradó á Canivet, que se extendió en largas consideraciones sobre las exigencias de la profesión, juzgándola como un sacerdocio, aunque la deshonraban los practicantes.

Por fin, ocupándose del enfermo, examinó los vendajes traídos por Homais, iguales á los que sirvieron para comprimir el pie, y pidió que alguien le sostuviera la pierna de Hipólito.

Llamaron á Lestiboudois, y después de arremangarse los brazos, el señor Canivet entró en la sala de billar, mientras el boticario se quedaba con la posadera y la criada, ambas más blancas que sus delantales y con la oreja pegada á la puerta.

Mientras tanto, Carlos no se atrevía á moverse de su casa; permaneció en la sala baja sentado junto á la chimenea apagada, con la barba caída sobre el pecho, las manos cruzadas y los ojos quietos.

—¡Qué desgracia!—pensaba.—¡Qué contratiempo!

Había tomado, sin embargo, todas las precauciones imaginables; pero la fatalidad se había mezclado en aquello.

El caso era que si Hipólito moría más tarde, él lo habría asesinado. Y ¿qué diría á los demás clientes cuando le preguntasen? ¿Es que él se había equivocado en algo? Buscaba ese algo y no daba con él. ¿No se equivocan también los más famosos cirujanos? Esto es lo que no creería nadie jamás; por el contrario, se reirían de él; el escándalo llegaría hasta

Forges, hasta Neufchatel, ¡hasta Rouén! ¡hasta todas partes! Hasta escribirían en contra suya algunos colegas, se entablaría una polémica y habría que contestar en la prensa. El mismo Hipólito podría procesarle; se vería deshonrado, arruinado, perdido... Y su imaginación, asaltada por infinitas hipótesis, danzaba en medio de ellas como un tonel vacío en medio del mar, llevado por las olas.

Emma, sentada frente á él, le miraba; no participaba de su humillación; sufría otra distinta: la de haber pensado que aquel hombre pudiera valer algo, cuando más de veinte veces había tenido ocasión de apreciar su mediocridad.

Carlos comenzó á pasear por la habitación. Sus botas crujían en el entarimado.

—Siéntate—le dijo ella.—Me molestas.

Carlos se sentó de nuevo.

¿Cómo había sido posible que ella, tan inteligente, se hubiera equivocado una vez más? ¿Por qué deplorable manía había abismado de aquel modo su existencia en continuos sacrificios? Se acordó de sus instintos de lujo, de las privaciones de su alma, de las bajezas del matrimonio, de sus sueños caídos en el lodo como golondrinas heridas, de todo lo que había deseado, de todo lo que rechazó y hubiera podido tener. Y todo ¿por qué? ¿por qué?

En medio del silencio que reinaba en el pueblo, un grito desgarrador sonó de pronto. Carlos palideció hasta casi desmayarse; Emma frunció el ceño nerviosamente y después continuó pensando: Todo por él, por un hombre que no la comprendía, que no sentía nada, puesto que allí estaba tan tranquilo, convencido del ridículo que iba á caer sobre su nombre alcanzándole á ella. Había hecho toda clase de esfuerzos por amarle y hasta se había arrepentido, llorando, de haberse entregado á otro...

—¿Será quizás un *valgus*?—exclamó de pronto Carlos que seguía meditando.

Al choque imprevisto de esta frase cayendo en su pensamiento como una bala de plomo en un plano de plata, Emma, estremecida, levantó la cabeza para adivinar lo que él había querido decir; se miraron los dos silenciosamente, sorprendidos al verse; tan distantes se hallaban en su conciencia.

Carlos la contemplaba con mirada de borracho, oyendo, inmóvil, los últimos gritos del amputado, con modulaciones

continuadas, interrumpidas por agudos quejidos como el aullido lejano de un animal al que degüellan.

Emma se mordía sus pálidos labios y jugueteaba nerviosamente con un trozo que había arrancado del adorno de la chimenea, y clavaba en Carlos sus pupilas como flechas de fuego próximas á dispararse.

Todo le irritaba en él: su cara, su traje anodino, su persona entera, toda su existencia, en fin. Arrepentíase, como de un crimen, de su virtud pasada, y lo que de esta restábase derrumbábase á los furiosos golpes de su orgullo. Deleitábase con todas las ironías maliciosas del adulterio triunfante.

El recuerdo de su amante ofrecíasele de nuevo con atracciones vertiginosas y lo lanzaba á su alma, transportada hacia aquella imagen con nuevo entusiasmo, pareciéndole Carlos tan extraño á su vida, tan ausente, tan anulado, como si estuviese agonizando ante sus ojos.

Entonces se oyó ruido de pasos en la acera; Carlos miró, y á través de la persiana caída vió en pleno sol al doctor Canivet limpiándose el sudor con su pañuelo. Iba con Homais, que llevaba la caja encarnada. Los dos se dirigieron hacia la farmacia.

Entonces, en un raptó de ternura súbita y de desaliento, Carlos se volvió hacia su mujer, diciéndola:

—¡Dame un abrazo!...

—¡Déjame en paz!—contestó ella roja de cólera.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—preguntábale él estupefacto.—¡Cálmate! ¡Ya sabes cuánto te quiero! ¡Ven, Emma!

—¡Basta!—gritó ella furiosamente.

Y salió precipitadamente cerrando la puerta tan de golpe, que el barómetro saltó de la pared, y se hizo añicos en el suelo.

Carlos se dejó caer en una butaca pensando en lo que podía pasarle, achacándolo á enfermedad nerviosa, llorando y notando vagamente á su alrededor algo funesto é incomprendible que le rodeaba...

Cuando Rodolfo llegó aquella noche al jardín, encontró á Emma que le esperaba en el escalón de la puerta trasera. Se abrazaron estrechamente y toda la rabia de ella fundióse como la nieve, al calor del beso que se daban.

XII

Volvieron á reanudar su amor. Muchas veces, á mitad del día, Emma le escribía; después por los cristales, hacía una seña á Justino, que volaba á casa de Rodolfo. Cuando éste llegaba decíale que se aburría mucho, que su marido le era odioso y su existencia insoportable.

—Y ¿qué quieres que yo le haga?—exclamó él un día, impacientado.

—¡Ah! ¡Si tú quisieras!...

Estaba sentada en el suelo, entre sus rodillas, suelto el cabello y extraviada la mirada.

—¿Qué?—dijo Rodolfo.

Emma suspiró.

—¡Irámos á vivir juntos... á otra parte!...

—¡Estás loca!—exclamó él riendo.—¿Acaso es eso posible?

Volvió á insistir; él hizo el desentendido y cambió de conversación.

No comprendía él tantas complicaciones en una cosa tan sencilla como el amor. Ella tenía un motivo, una razón y como un auxiliar en su misma pasión.

Su ternura, en efecto, aumentaba cada día con la repulsión al marido. Cuanto más se entregaba al uno, más execraba al otro: nunca Carlos le pareció tan desagradable, ni sus dedos tan cuadrados, su espíritu tan grosero, sus maneras tan vulgares, como después de las entrevistas con Rodolfo. Teniendo que aparentar ser la esposa virtuosa, se enardecía con la idea de aquella cabeza cuyos cabellos negros se volvían en un bucle hacia la frente, de aquella cintura á la vez tan robusta y tan elegante, de aquel hombre en fin que poseía tanta experiencia en la razón, tanto arrebató en el deseo. Para él se limaba ella las uñas con un cuidado de cincelador y no tenía nunca bastante *cold cream* sobre su piel ni suficiente patchouli en sus pañuelos. Cargábase de brazaletes, de sortijas, de collares. Cuando debía venir, llenaba de rosas sus jarrones y arreglaba su habitación y su persona como una cortesana que espera á un príncipe; era necesario que la

ariada estuviese sin cesar lavando; por eso Felicidad no se movía de la cocina, donde el pequeño Justino, que con frecuencia la acompañaba, la miraba trabajar constantemente.

Con el codo sobre la larga tabla donde ella planchaba, Justino miraba ávidamente todas aquellas prendas de mujer colocadas alrededor; las enaguas, los fichús, las chambras, los pantalones de jareta, anchos de cadera y que se estrechaban por abajo.

—¿Para qué sirve eso?—preguntaba el muchacho pasando su mano sobre las prendas.

—¿No las has visto nunca?—respondía riendo Felicidad, —como si tu ama la señora Homais, no las llevase iguales.

—¡Ah, sí! ¡La señora Homais!

Y añadía con tono meditabundo:

—¡La señora Homais es también una señora!

Pero Felicidad se impacientaba viéndole dar vueltas á su alrededor; tenía seis años más que él, y Teodoro, el criado del señor Guillaumin, principiaba á hacerle la corte.

—Déjame tranquila—decía desocupando su olla de lejía. —Vete á pelar almendras, estás siempre pegado á las faldas; aguarda á tener pelos en la cara.

—Vamos, no se incomode, voy á limpiar por usted las botinas de la señorita.

Y en seguida cogía de la chimenea el calzado de Emma, todo lleno de barro, el barro de las citas, que se desprendía en polvo entre los dedos de Justino y que veía subir lentamente en un rayo de sol.

—¡Qué miedo tienes de destrozarlas!—decía la cocinera, que no andaba con tantos miramientos cuando las limpiaba, porque la señora, en cuanto la tela estaba algo pasada, se las regalaba.

Emma tenía dinero en su armario que despilfarraba á su gusto, sin que jamás Carlos se permitiese la menor observación; así desembolsó trescientos francos para una pierna de palo que juzgó conveniente regalar á Hipólito.

La parte de arriba estaba guarnecida de corcho, y tenía articulaciones de resorte, un mecanismo complicado recubierto con un pantalón negro que terminaba en una bota barnizada. Pero Hipólito, no atreviéndose á usar todos los días tan hermosa pierna, suplicó á la señora Bovary que le proporcionase otra más cómoda. Y el médico fué quien pagó aquella nueva adquisición.

Poco á poco el mozo de cuadra volvió á su oficio; se le veía, como antes, recorrer el lugar, y cuando Carlos oía á lo lejos sobre las piedras el ruido seco de la pierna de palo, variaba de camino.

El señor Lheureux, el comerciante, se había encargado de la compra, y esto le dió ocasión de frecuentar el trato de Emma.

Hablaba con ella de los nuevos surtidos de París, de mil curiosidades femeninas; se mostraba muy complaciente y nunca reclamaba dinero; Emma se abandonaba á aquella felicidad de satisfacer todos sus caprichos.

Quiso regalar á Rodolfo un hermosísimo látigo que había en Rouén en un almacén de paraguas, y á la mañana siguiente el señor Lheureux lo puso sobre su mesa.

Al otro día se presentó en su casa con una factura de doscientos setenta francos, sin contar los céntimos.

Emma se vió muy apurada, todos los cajones del armario estaban vacíos; se debía más de quince días á Lestiboudois, dos trimestres á la criada, y otra porción de cosas, y Bovary esperaba impaciente el giro del señor Derocerais, que tenía costumbre de pagarle por san Pedro.

Primeramente consiguió engañar á Lheureux; pero éste acabó por impacientarse. Le perseguían, no tenía fondos, y si no realizaba lo que le debían, tendría que retirar los géneros que había dado.

—¡Pues tómelos usted!—dijo Emma.

—¡Oh! ¡Esto ha sido una broma! Lo único que siento es el látigo; se lo pediré á su marido de usted.

—¡No, no!—exclamó ella.

—¡Ah! ¡ya te tengo!—pensó Lheureux.

Y seguro de su descubrimiento, salió diciendo á media voz en su tonillo habitual:

—¡Bien! ¡veremos! ¡veremos!...

Hallábase ella meditando cómo saldría de aquel paso, cuando entró la criada y colocó sobre la chimenea un cartucho azul de parte del señor Derocerais, el mejor cliente de Carlos. Emma lo cogió y lo deshizo; contenía quince napoleones; la cuenta justa. Oyó subir á Carlos, arrojó el oro en un cajón de la cómoda y se guardó la llave.

Tres días después volvió á aparecer Lheureux.

—Vengo á proponerla a usted un arreglo—dijo.—Si en lugar de la suma que usted me debe me hiciera...

—¡Hela ahí!—respondió colocándolo en su mano catorce napoleones.

Lheureux quedó estupefacto; mas para disimular se desahizo en excusas y ofrecimientos que Emma rehusó.

Después permaneció ésta algunos minutos palpando en el bolsillo de su delantal las dos piezas de cinco francos que el comerciante le había devuelto, y prometiéndose economizar á fin de devolverlo todo más tarde...

—¡Bah!—pensó al fin.—Carlos no caerá en ello.

Además del látigo con puño de plata sobredorada, Rodolfo había recibido de Emma una sortija con esta leyenda: *Amor nel cor* y una petaca igual á la del vizconde, que Carlos se encontró en el camino y que Emma conservaba. Tales regalos le humillaban y rehusó muchos, ella insistió y él acabó por obedecer, encontrándola tiránica y dominante. Ocurríanle ideas extrañas. A veces le decía:

—Cuando den las doce, piensa en mí.

Y si él confesaba no haber pensado, dirigiale abundantes reproches, que terminaban por estas eternas palabras:

—¿Me amas?

—¡Sí, te amo!

—¿Mucho?

—¡Ya lo creo!

—¿No has amado á otra? ¡Vamos!

—¿Crees haberme encontrado virgen? —exclamaba él riendo.

Emma lloraba, y él se esforzaba en consolarla, alternando con chistes sus protestas cariñosas.

—¡Oh! ¡es que yo te amo—decía ella—hasta el punto de no poder vivir sin ti. ¿Sabes? ¡No poder vivir sin ti! Tengo algunas veces deseos de verte, y todas las cóleras del amor me desgarran. Y me pregunto: ¿Dónde estará? ¿Qué hace ahora? ¡Tal vez hablando con otras mujeres! ¡y le sonrien!... ¡Se acerca á ellas! ¡Oh! ¿Es verdad que no te gusta ninguna más que yo? Las hay más bellas, ya lo sé; pero yo, yo sé amarte mejor. ¡Soy tu criada y tu concubina! ¡Tú eres mi ídolo, mi rey! ¡Tú eres bueno, tú eres hermoso, tú eres fuerte!

—Habíale oído Rodolfo decir tantas veces estas palabras, que no tenían ya nada de nuevo para él. Emma se parecía á todas las queridas, y el encanto de la novedad fué poco á poco cayendo como una vestidura, y dejando ver al desnudo

la eterna monotonía de la pasión, que tiene siempre la misma forma y el mismo lenguaje.

Aquel hombre tan práctico no comprendía la semejanza de los sentimientos bajo el mismo lenguaje: porque labios libertinos y venales le habían dicho frases semejantes, no creía sino debilmente en el candor de ellas; debían rechazarse—pensaba—las palabras exageradas que expresaban medianas afecciones, como si la plenitud del alma no se desbordase algunas veces también en las metáforas más vacías, porque nadie puede jamás dar la medida exacta de sus necesidades, ni de sus concepciones, ni de sus dolores, porque la palabra humana es como un caldero rajado sobre el cual tocamos melodías para hacer danzar á los osos cuándo quisieramos enternecer á las estrellas.

Pero con esa superioridad de crítica de todo el que en cualquier clase de relaciones se reserva, Rodolfo advirtió en aquel amor otros goces que explotar; juzgó incómodo todo pudor y la trató sin miramientos; hizo de ella algo fácil y corrompido.

Por el solo efecto de sus prácticas amorosas, la señora Bovary cambió de maneras; hiciéronse más atrevidas sus miradas, sus frases más libres, tuvo hasta el atrevimiento de pasearse del brazo de Rodolfo con un cigarro en la boca, como para desafiar al mundo; en fin, los que antes dudaban no dudaron ya cuando la vieron un día descender de la *Golondrina* con el talle ceñido por un chaleco como los hombres; y la madre de Carlos, que después de una espantosa escena con su marido, había ido á refugiarse á casa de su hijo, no fué la que menos se indignó por éste y otros motivos: primeramente Carlos no había cumplido la promesa de prohibirle la lectura de novelas; después el *aspecto de la casa* le desagradaba; permitióse observaciones y hubo cuestión, á propósito de Felicidad: una noche la sorprendió atravesando el corredor en compañía de un hombre como de unos cuarenta años de edad, que al oirla había salido rápidamente de la cocina.

Emma se echó á reír; encolerizóse la buena señora y declaró que, á menos de no renunciar á las buenas costumbres, debían vigilarse las de los criados.

—¿De qué mundo viene usted? dijo la nuera con una mirada tan impertinente, que la madre de Carlos no pudo menos de preguntarle si defendía su propia causa.

—¡Salga usted de aquí!—gritó Emma levantándose de un salto.

—¡Emma! ¡Emma! ¡Mamá!—gritaba Carlos, intentando aplacarlas; pero las dos habían salido escapadas. Emma, pateando, repetía:

—¡Que falta de mundo! ¡Que campesina!

Y la vieja decía fuera de sí:

—¡Insolente! ¡Romántica! ¡Algo peor quizás!...

Y quiso marcharse al punto de la casa, si su nuera no iba á darle una satisfacción.

Carlos fué á dónde estaba su mujer y la suplicó que cediera: se puso de rodillas, y ella acabó por responder:

—¡Sea! ¡Voy!

Y en efecto, tendió la mano á su suegra con una dignidad de marquesa, diciéndole:

—¡Perdoneme usted, señora!

Después subió á su cuarto; se tendió boca abajo en la cama y lloró como un niño, con la cabeza hundida en la almohada.

Había convenido con Rodolfo que, en caso de algún acontecimiento extraordinario, pondría ella en la persiana un trozo de papel blanco, con el fin de que, si por casualidad se encontraba él en Jonville, corriera al callejón que daba detrás de la casa. Emma hizo la señal. Hacía tres cuartos de hora que esperaba, cuando vió á Rodolfo en el mercado. Tentada estuvo de abrir y llamarle, más él desapareció en seguida dejándola desesperada.

Bien pronto oyó ruido en la calle; tal vez era Rodolfo... Bajó la escalera, atravesó el patio... El era efectivamente. Se arrojó en sus brazos.

—¡Ten cuidado!—dijo él.

—¡Ah! ¡si supieras!...

Y empezó á contárselo todo, apresuradamente, sin orden, exagerando los hechos, inventando muchos y, prodigando con tal abundancia los parentesis, que él no entendía una palabra.

—¡Vamos, ángel mío, consuélate; ten paciencia!

—¡Pero si hace cuatro años que la tengo! Un amor como el nuestro debería confesarse á la faz del cielo. ¡Ah! ¡Como me torturan! ¡No puedo más! ¡Sálvame!...

Y se estrechaba contra Rodolfo. Sus ojos llenos de lagrimas brillaban como luces bajo las olas; su cuello palpitaba

precipitadamente. Nunca la había amado él tanto, perdió la cabeza y le dijo:

—¿Que es preciso hacer? ¿Que deseas?

—¡Llévame! ¡Llévame!... ¡Yo te lo suplico!

Y se precipitó sobre su boca como para coger en ella el consentimiento esperado, que se exhalaba en un beso.

—¡Pero!... repuso Robolfo.

—¿Qué?

—¿Y tu hija?

Emma reflexionó durante algunos segundos. Luego respondió:

—¡Nos la llevaremos!

—¡Que mujer! exclamó al verla alejarse.

La habían llamado y escapaba por el jardín... La suegra Bovary quedó muy admirada los días siguientes de la metamorfosis de su nuera. En efecto Emma se mostraba más dócil y hasta llevó su deferencia al extremo de preguntarle cómo se conservan pepinillos.

¿Era para mejor engañarles á ella y á su hijo? ¿O bien quería, por medio de un estoicismo voluptuoso, sentir mas profundamente la amargura de las cosas que iba á abandonar? Pero no, al contrario; vivía como saboreando anticipadamente su proxima dicha. Esta era objeto, entre ella y su amante, de eternos diálogos: apoyada en su hombro murmuraba:

—¡Cuándo nos hallemos en la diligencia! ¿eh? ¿Piensas en ello? ¿Será posible? En el momento que oiga arrancar el coche se me figurará que ascendemos en un globo como si nos dirigiesemos á las nubes ¡Y cuento los días que faltan!... ¿Y tú?

Nunca la señora Bovary había estado tan bella. Tenía esa indefinible hermosura que resulta de la alegría, del entusiasmo, del éxito, y que no es mas que la armonía del temperamento con las circunstancias. Sus deseos, sus pesares, la experiencia del placer y sus ilusiones siempre jóvenes, cómo á las flores el abono, la lluvia, el viento y el sol, la habían gradualmente desarrollado, y se mostraba al fin, en toda la plenitud de su naturaleza. Sus párpados parecían cortados expresamente para sus largas miradas amorosas en que se perdía la pupila, mientras que una respiración fuerte ensanchaba las ventanas de su nariz y levantaba los ángulos carnosos de sus labios, sombreados por incitante bozo.

Hubiérase dicho que un artista hábil en corrupciones había dispuesto sobre su nuca su abundante cabellera, que se retorció en una masa pesada negligentemente, y según los azares del adulterio, que cada día la desataba. Su voz tomaba inflexiones más suaves; su talle también. Algo sutil penetrante, desprendiase de los pliegos de su traje y de la comba de su pie...

Carlos, como en la primera época de su matrimonio, la encontraba deliciosa é irresistible; cuándo volvía á media noche no se atrevía á despertala.

La lamparilla de porcelana proyectaba en el techo una claridad vacilante, y las cortinas corridas de la cuna donde dormía la niña hacían como una choza blanca en la sombra, junto al lecho. Carlos lo miraba todo; creía oír la respiración lijera de su hija, que ya estaba muy crecida: cada año progresaría más. Veíala ya, volviendo de la escuela al anochecer, alegre y sonriente, con el delantal manchado de tinta y su cestita al brazo; después pensaba que había que ponerla en un colegio; pero ésto costaría mucho, ¿como resolverlo? Entonces pensaba en alquilar una modesta granja en los alrededores, y que él mismo vigilaria todas las mañanas antes de ir á ver á sus enfermos: con esto economizaría y pondría algo en la *Caja de ahorros*; después compraría acciones de cualquier empresa además aumentaría la clientela. Quería educarla bién, que aprendiese el piano etc... ¡Ah! ¡Que bonita sería quince años mas tarde, cuándo, parecida á su madre. llevase como ella anchos sombreros de paja en verano! De lejos las tomarían por hermanas. Se la figuraba trabajando á su lado por las noches, le bordaría zapatillas; se ocuparía de las cosas de la casa y llenaría ésta con su gentileza y su alegría; en fin, pensaría en establecerla, encontrarían algún buen muchacho de sólida posición, que la haría feliz; ¡y aquello duraría siempre!

Emma fingía dormir, y mientras él se dormía á su lado, ella velaba entregada á otros sueños.

Al galope de cuatro caballos era conducida desde hacía ocho días hácia un pais nuevo, de donde no volverían más. Seguían y seguían con los brazos enlazados, sin hablarse. Desde lo alto de una montaña, divisaban de repente alguna ciudad espléndida con cúpulas, puentes, navíos, bosques de limoneros y catedrales de mármol blanco cuyos altos campanarios tenían nido de cigueñas; marchaban al paso y había

en el suelo ramos de flores que ofrecían mujeres vestidas con corpiños rojos. Se oía sonar las campanas, relinchar los mulos entre el murmullo de las guitarras y el ruido de las fuentes, cuyos vapores elevándose, refrescaban montones de frutas dispuesta en pirámides al pié de estatuas blancas que sonreían bajo los juegos de aguas. Después bajaban una tarde á la aldea de pescadores, donde las redes pardas se secaban al viento á lo largo de la orilla y delante de las cabañas; allí se detendrían para vivir; habitarían una casa baja, sombreada por una palmera, en el fondo de un golfo á la orilla del mar; pasearían en góndola, y se mecerían en hamaca; y su existencia sería suave y larga como sus vestidos de seda, calurosa y estrellada como las noches dulces que contemplarían. Y sobre la inmensidad de aquel porvenir que soñaba, se sucederían los días todos magníficos, como olas, y se balancearían en el horizonte, armonioso, azulado y lleno de sol.

Pero la niña comenzaba á toser en la cuna ó bien Carlos roncaba mas fuerte, y Emma no se dormía hasta la madrugada, cuándo el alba blanqueaba los cristales y ya Justino abría los escaparates de la farmacia.

Habia mandado llamar á Lhaureux y le había dicho:

—Tengo necesidad de una gran capa con cuello largo.

—¿Va usted á viajar?

—No, pero no importa; cuento con usted ¿no es verdad?

Inclinóse Lhaureux.

—También necesitaría un baúl... no muy pesado, cómodo.

—Sí, sí, ya entiendo; de noventa y dos centímetros próximamente de largo por cincuenta de ancho como hoy se hacen.

—Y un saco de noche...

—Decididamente — pensó Lhaureux — aquí hay algún disgusto.

—Y tome usted — dijo la señora Bovary sacando su reloj — cobrese con esto.

Pero Lhaureux no quiso. ¿Acaso no se conocían? ¿dudaba él de ella? ¿Qué niñería!

Ella insistió en que tomase la cadena por lo menos, y ya Lhaureux se la había guardado y se marchaba, cuando lo volvió á llamar.

—Téngalo todo en su casa — le dijo. — En cuanto á la

capa, no la traiga usted tampoco. Déme las señas del oficial y adviértale que la tenga á mi disposición.

Era el mes próximo cuando debían escaparse.

Ella saldría de Jonville como si fuera á Rouen á hacer algunas compras, Rodolfo tendría ya tomados los asientos, y habría escrito á Paris á fin de tener la diligencia hasta, Marsella, donde comprarían una tartana, continuando allí su camino, sin detenerse, hasta Ginebra.

Ella enviaría su equipaje á casa de Lhaureux, el cuál lo haría llevar directamente á la golondrina; así que nadie sospecharía.

Al ocuparse de todo ésto no pensaba nunca en su hija; Rodolfo evitaba hablar de ella, y pidió, al llegar el plazo señalado, otro de dos semanas para terminar algunos asuntos, á los ocho días otros quince más; después dijo que se hallaba enfermo: en seguida hizo un viaje...

Pasó el mes de agosto, y tras estos aplazamientos determinaron emprender irremisiblemente la fuga un lunes: el 4 de septiembre.

Llegó el sábado, antevíspera de la partida. Rodolfo acudió por la noche más temprano que de costumbre.

—¿Está todo dispuesto?—le preguntó.

—Sí.

Dieron una vuelta, y fueron á sentarse.

—¿Estás triste?

—¡No! ¿Por qué?

Sin embargo, mirábala singularmente, de un modo ternisimo.

—¿Es por el viaje? ¿Por abandonar tus afecciones, tu vida? ¡Ah, ya comprendo!... ¡Pero yo... no tengo á nadie en el mundo! ¡Tú lo eres todo para mí! Yo lo seré todo para ti: familia, patria: ¡Te cuidaré, te amaré!

—¡Qué encantadora eres!—dijo él estrechándola entre sus brazos.

—¿De veras?—exclamó ella sonriendo voluptuosamente.—¿Me quieres? ¡Júramelo!

—¿Que si te quiero? ¡Te adoro, amor mío!

La luna llena de color de púrpura, se alzaba á raiz de tierra en el fondo de la pradera; subía de prisa entre las ramas de los álamos, que la ocultaban de trecho en trecho como una cortina negra agujereada; después apareció radiante de blancura en el cielo limpio que iluminaba, y enton-

ces deteniéndose dejó caer sobre el río una gran mancha que formaba infinidad de estrellas, y aquel resplandor de plata parecía retorcer hasta el fondo como una serpiente sin cabeza cubierta de escamas luminosas; parecía también un monstruoso candelabro del que á lo largo manasen gotas de diamante en fusión.

La noche tranquila se extendía al rededor de ellos; masas de sombra llenaban el follaje; Emma, con los ojos entornados, aspiraba con ansia el viento fresco que soplaba.

No hablaban perdidos en sus ensueños. La ternura de los días pasados volvía á su corazón abundante y silenciosa como el río que se deslizaba con tanta molicie trayendo el perfume de las plantas, y proyectaba en sus recuerdos, sombras mas desmesuradas y melancólicas que la de los sauces inmóviles.

Con frecuencia algún animal nocturno, erizo ó comadreja, removía, cazando, las hojas, ó se oía el golpe de algún albérchigo maduro que caía por sí solo de la espaldera.

—¡Qué hermosa noche!—exclamó Rodolfo.

—Mejores las tendremos—repuso Emma; y continuó como hablando consigo misma:—Sí; será delicioso viajar. Sin embargo; ¿por qué tengo triste el corazón? Es el miedo á lo desconocido... el de abandonar los antiguos hábitos... ó más bien... ¡no, no!... ¡Es el exceso de la dicha! ¡Que débil soy! ¡Perdóname!

—¡Todavía es tiempo!—exclamó él.—Reflexiónalo! ¡Tal vez te arrepentirás algún día!

—¡Nunca!—exclamó impetuosamente.

Y acercándose á él.

—¿Qué puede ocurrirme? No hay desierto, precipicio ni océano que yo no atravesara al lado tuyo. A medida que vayamos viviendo juntos, será como un abrazo cada vez mas estrecho, completo. Nada habrá que nos turbe; ningún cuidado, ningún obstáculo. Seremos uno de otro eternamente. Habla pues; respóndeme.

Él respondía á intervalos regulares.

—Sí, sí.

Ella le había pasado las manos por sus cabellos, y le repetía con voz infantil, á pesar de las gruesas lágrimas que derramaba:

—¡Rodolfo, Rodolfo! ¡Ah, Rodolfo, mi querido Rodolfo! Sonaron las doce.

—¡Las doce!—dijo ella. ¡Un día aún!

Rodolfo se levantó para marcharse, y como si el gesto que hiciera fuese la señal de su fuga, Emma tomando de repente un tono jovial, le dijo:

—¿Tienes los billetes?

—Sí.

—¿No olvidas nada?

—No.

—¿Estás seguro?

—Sin duda.

—En el hotel de Provenza me esperarás al mediodía... ¿no es así?

El movió afirmativamente la cabeza.

—¡Hasta mañana, pues!—dijo Emma haciéndole una última caricia.

Le vió alejarse, corrió luego tras él, é inclinándose hacia el río,

—¡Hasta mañana!—le gritó.

Rodolfo estaba ya al otro lado del río, andando de prisa por la pradera, y cuando la vió con su vestido blanco desvanecerse en la sombra como un fantasma, sintióse tan conmovido que tuvo que apoyarse para no caer.

—¡Qué imbécil soy!—dijo después de lanzar un juramento horrible.—¡Pero no importa! ¡Era una linda querida!

Y reapareció en su mente la belleza de Emma con todos los placeres de aquel amor adúltero; primeramente se enterneció, después se indignó contra ella.

—Porque en fin—exclamó gesticulando:—yo no puedo expatriarme, no puedo cargar con una criatura.

Decíase estas cosas para afirmarse en su decisión.

—Por otra parte, los gastos que eso lleva consigo... ¡Ah, no, no, mil veces no! ¡Sería una bestialidad!

XIII

Apenas llegó á su casa, Rodolfo sentóse bruscamente ante su mesa, bajo la cabeza de ciervo que formaba un trofeo en la pared; pero cuando tuvo la pluma entre los dedos, no

supo cómo empezar; puesto de codos y con la cabeza entre las manos, comenzó á reflexionar. Parecíale que Emma había retrocedido ahora á un pasado lejano, como si la resolución que él había tomado viniese á colocar entre ellos súbitamente un intervalo inmenso.

Con objeto de aproximarse algo á ella, fué á buscar en un armario una caja vieja de bizcochos donde guardaba cartas de mujeres, de la que se escapó un olor de polvo húmedo y de rosas marchitas.

Primero vió un pañuelo manchado de gotitas pálidas; era de ella, un día que había echado sangre por la nariz en el paseo; ya no se acordaba de esto.

Había además, arrugada por las esquinas, una miniatura regalada por Emma; parecióle presuntuoso su tocado, y su mirada del efecto más lastimoso; después, á fuerza de contemplar aquella imagen y evocar el recuerdo del original, los rasgos de Emma se confundieron poco á poco en su memoria, como si el rostro vivo y el pintado, confundidos uno con otro, se hubieran recíprocamente borrado.

Al fin, leyó sus cartas llenas de explicaciones relativas al viaje, cortas, técnicas é imperativas, como cartas de negocios. Quiso volver á leer las otras, las largas, las antiguas; para encontrarlas en el fondo de la caja revolvió todas las demás, tropezando sus manos con ramilletes marchitos, una liga, un antifaz, alfileres y cabellos. ¡Cabellos rubios y negros! algunos, pegándose á la cerradura de la caja, se rompían al abrirla.

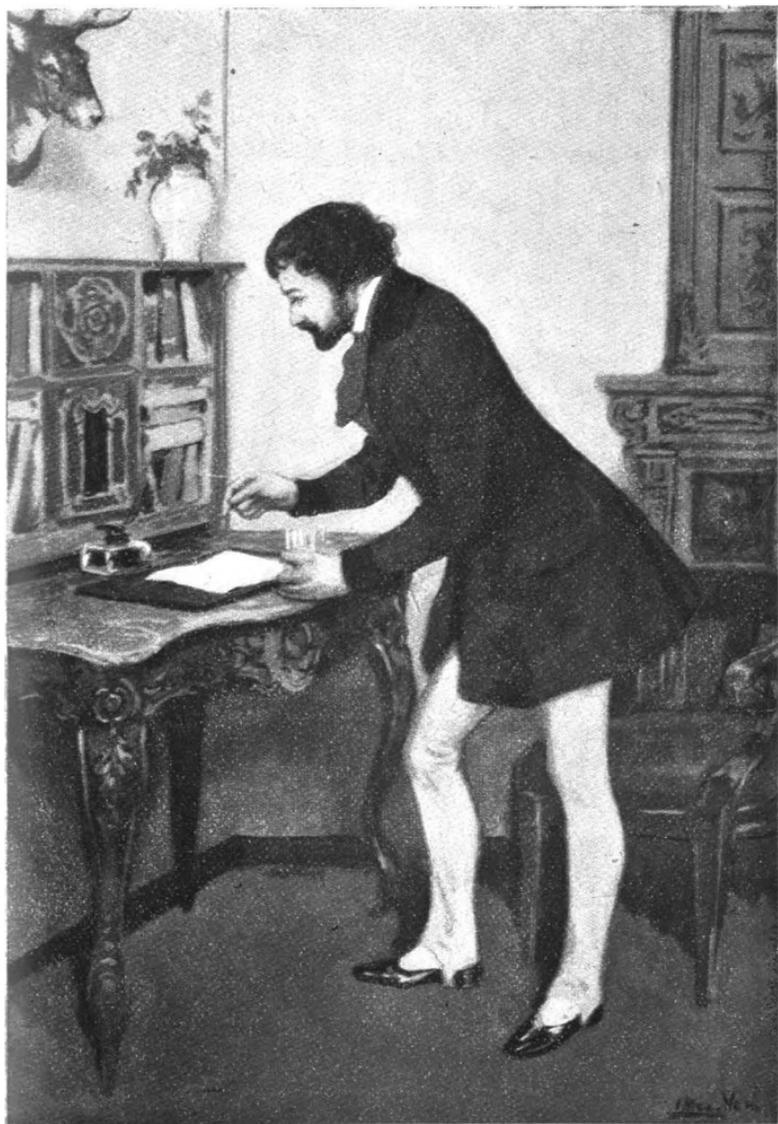
Así, vagando por entre sus recuerdos, examinaba la letra y el estilo de las cartas, tan variadas como sus ortografías; eran tiernas ó joviales, jocosas ó melancólicas; había algunas que pedían amor, otras que pedían dinero. Una palabra le recordaba los semblantes, ciertos gestos, el sonido de una voz; algunas veces no se acordaba de nada.

En efecto, aquellas mujeres, acudiendo á la vez á su pensamiento, se estorbaban unas á otras y se empequeñecían como bajo un mismo nivel de amor que las igualase.

Cogiendo á puñados las cartas confundidas, se entretuvo durante algunos minutos en hacerlas caer en cascada de su mano derecha á la izquierda; por fin, aburrido, amodorrado, Rodolfo volvió á llevar la caja al armario, diciendo:

—¡Qué colección de mentiras!

Lo cual resumía su opinión, porque los placeres, como



Entonces echó agua en un vaso, mojó en él un dedo y dejó caer una gruesa gota que hizo una mancha pálida en la tinta.

(SEGUNDA PARTE, CAP. XIII)

los escolares en el patio del colegio, habían pateado de tal modo en su corazón, que nada verde retoñaba en él; y los que pasaban por allí, más atolondrados que los niños, ni aun dejaban, como ellos, su nombre grabado en la pared.

—¡Vamos, empecemos!—se dijo; y escribió:

«¡Valor, Emma, valor! No quiero causar la desgracia de su existencia...»

—Después de todo, es verdad, obro en interés suyo; soy honrado.

«¿Ha pensado usted maduramente su determinación? ¿Conoce el abismo á que yo la arrastraba, pobre ángel? ¿No? ¿Verdad que no? ¡Usted iba loca y confiada, creyendo en la dicha, en el porvenir!... ¡Ah, desgraciados de nosotros! ¡Ah, insensatos!»

Rodolfo se detuvo para pensar una buena excusa.

—¿Si dijera que he perdido mi fortuna? ¡Ah! no. Eso no sería obstáculo para ella. ¿Y puede uno hacer oír la voz de la razón á una mujer así?

Reflexionó y continuó luego:

«Yo no la olvidaré á usted jamás, créalo; sentiré siempre por usted una abnegación profunda; un día, tarde ó temprano, este ardor ¡es el fin de todas las cosas humanas! hubiera amenguado sin duda; hubiera llegado á cansarnos, y ¿quién sabe si yo no hubiera tenido que sufrir el dolor atroz de presenciar los remordimientos de usted y participar de ellos por haberlos causado? La sola idea de los pesares que abruma á usted me tortura, Emma... ¡olvídeme usted! ¿Para qué la he conocido? ¿Por qué es usted tan hermosa? ¿Es culpa mía?... ¡Oh, Dios mío! ¡No, no! No acuse usted más que á la fatalidad...»

—Esta palabra siempre hace efecto—se dijo.

«¡Ah! si hubiera sido una de esas mujeres de corazón frívolo, como muchas, seguramente yo hubiera podido, por egoísmo, intentar una experiencia sin peligro para usted. Pero esa exaltación deliciosa, que es á la vez su encanto y su tormento, le ha impedido comprender, adorable mujer, lo falso de nuestra posición futura. Yo tampoco reflexioné al

principio, y reposaba á la sombra de esa dicha ideal, como á la del manzanillo, sin prever las consecuencias...»

—Puede que crea que renunció por avaricia. ¡No importa! ¡Acabemos!

«El mundo es cruel, Emma. Adonde hubiéramos ido, nos habría perseguido, hubiera usted tenido que sufrir las preguntas indiscretas, la calumnia y el desdén, el ultraje tal vez. ¡Usted ultrajada! ¡Oh! ¡Y yo que quisiera verla sentada en un trono! ¡Yo que llevo su recuerdo como un talismán, porque, alejándome de usted, yo me castigo con el destierro, de todo el mal que la he causado! ¡Parto!... ¿Adónde? ¡No lo sé! ¡Estoy loco! ¡Adiós! ¡Sea usted siempre buena! Conserve el recuerdo del desgraciado que la ha perdido. Enseñe á pronunciar mi nombre á su hija, y que lo repita en sus oraciones...»

La luz de las dos bujías oscilaba. Rodolfo se levantó para cerrar la ventana, y cuando se volvió á sentar, exclamó:

—Me parece que ya está. ¡Ah! añadiré esto para que no venga á obligarme:

«Estaré muy lejos cuando lea usted estas tristes líneas, porque he querido huir rápido á fin de evitar la tentación de volverla á ver. Nada de debilidad. Volveré, y tal vez más tarde hablaremos fríamente de nuestros amores. ¡Adiós!...»

Y al final puso un último adiós, separado de este modo: ¡A Dios!, lo que creía de muy buen gusto.

—¿Cómo firmaré ahora?— se preguntó.—¿Su afectísimo? No. ¿Su amigo? Sí, eso es:

«SU AMIGO.»

Volvió á leer la carta, y le pareció excelente.

—¡Pobrecilla!—pensó enternecido,—va á creerme más insensible que una roca. Hubiera sido preciso dejar caer alguna lágrima en la carta; pero no puedo llorar, no es mía la culpa.

Entonces echó agua en un vaso; mojó en él su dedo y dejó caer una gruesa gota que hizo una mancha pálida en la tinta.

Después buscó un sello para lacrar la carta; vió su sortija con la inscripción: *Amor nel cor.*

—Esto no es lo más indicado... Pero ¡bah! no importa.

Luego fumó tres pipas y se acostó.

Al otro día, cuando se levantó (á las dos próximamente porque se había dormido tarde), Rodolfo mandó coger una cesta de albaricoques, depositó la carta en el fondo bajo hojas de parra, y ordenó en seguida á Girard, su criado, que la llevase á casa de la señora Bovary. Servíase siempre de este medio para cartearse con ella, enviándole, según la estación, caza ó fruta.

—Si te pregunta por mí—dijo al criado,—responderás que he salido de viaje. Dale la cesta á ella misma en propia mano. Vé, y mucho cuidado.

Girard se puso su blusa nueva, anudó su pañuelo alrededor de la cesta de albaricoques, y con sus tremendos zuecos herrados, tomó tranquilamente el camino de Yonville.

Cuando llegó, la señora Bovary arreglaba con Felicidad un paquete de ropa blanca.

—Esto—dijo el criado—para usted, del amo.

Asaltó á Emma una sospecha, y mientras buscaba una moneda en su bolsillo, contemplaba al criado con la vista extraviada, en tanto que él la miraba también con asombro, no pudiendo creer que semejante regalo pudiera conmover á nadie de aquella manera.

Por fin, se fué. Felicidad permaneció en la cocina.

No pudo Emma resistir por más tiempo su curiosidad. Corrió á la sala, como para llevar allí los albaricoques, volcó la cesta, halló la carta, la abrió, y como si hubiese estallado en su interior un terrible incendio, comenzó á correr espantada.

Carlos, que estaba presente, la vió, la habló; pero ella no oía nada, y continuó subiendo las escaleras, palpitante, loca, ebria, y siempre conservando en su mano aquel terrible papel, que vibraba entre sus dedos como una plancha de acero.

Cuando llegó al segundo piso, se detuvo ante la puerta del granero que estaba cerrada, é intentó calmarse. Se acordó de la carta; era preciso terminarla, pero no se atrevía. Además, ¿dónde? ¿cómo? Podían verla.

—¡Ah! no, no —dijo.—¡Aquí! ¡aquí no me verá nadie!

Empujó la puerta y entró.

El techo dejaba caer á plomo un pesado calor que le oprimía las sienes y la ahogaba; fué hasta la ventana cerrada, descorrió el cerrojo, y la luz deslumbradora entró de golpe.

Enfrente, por encima de los tejados, la campiña se extendía hasta perderse de vista; debajo, á sus pies, la plaza del pueblo vacía; las piedras de la acera brillaban, y del fondo partía una especie de ronquido de modulaciones estridentes: era Binet que trabajaba en su torno.

Apoyada en el marco de la ventana, releía la carta con estremecimientos de ira; cuanto más fijaba en ella la atención, más se confundían sus ideas.

Veía á Rodolfo, le oía, le rodeaba con sus brazos, y los latidos de su corazón, los sentía su pecho como grandes golpes de remo, acelerándose con intermitencias desiguales. Miraba en torno suyo, deseando que la tierra se hundiese y la tragara. ¿Por qué no morir? ¿Quién la detenía? Libre era. Adelantó el cuerpo y contempló el suelo diciendo:

—¡Decidámonos!

El rayo de luz que subía hacia ella atraíala al abismo. Parecíale que el suelo de la plaza, oscilando, se elevaba á lo largo de las paredes, y que el techo de la buhardilla se inclinaba como un navío que cabecea. Hallábase casi al borde, rodeada de un gran espacio; el azul del cielo la invadía; el aire circulaba por su cabeza... No tenía más que ceder... dejarse ir. Y el ronquido del torno no cesaba, como una voz furiosa que la llamaba.

—¿Y mi mujer?—gritó Carlos.

Emma se detuvo.

—¿Dónde estás? ¡Baja!

La idea de que acababa de escapar á la muerte estuvo á punto de hacerla desmayar de terror. Cerró los ojos... Se estremeció al contacto de una mano que se apoyaba en su brazo. Era felicidad.

—El señor la espera. La sopa está en la mesa.

¡Y le fué preciso bajar! ¡Y sentarse á la mesa!

Intentó comer; los bocados la ahogaban. Desplegó su servilleta como para examinar los dobladillos, y quiso realmente aplicarse á este trabajo, contar los hilos de la tela. Repentinamente acudióle el recuerdo de la carta. ¿La habría perdido? ¿Dónde encontrarla? Pero experimentaba tal cansancio de espíritu, que no supo inventar un pretexto para levantarse de la mesa. Además, se había vuelto cobarde, tenía miedo de Carlos. ¡Lo sabía todo! ¡Estaba segura! Esto le dió á entender el modo singular con que él pronunció estas palabras:

— Parece que no volveremos á ver pronto á Rodolfo.

— ¿Quién te lo ha dicho? — preguntó ella estremeciéndose.

— ¿Quién me lo ha dicho? — replicó Carlos, un poco sorprendido de aquel tono brusco. — Girard, á quien acabo de encontrar á la puerta del café Francés. Ha salido ó debe salir á viajar.

Emma lanzó un sollozo.

— ¿Te extraña eso? Ya sabes que se ausenta á temporadas, para distraerse, y á fe mía que lo apruebo. ¡Cuándo uno es rico y soltero!... Por lo demás, se divierte en grande nuestro amigo. ¡Es un tunante de marca mayor! El señor Langlois me ha contado...

Callóse porque entró la criada, que volvió á poner en la cesta los albaricoques desparramados sobre el aparador. Carlos, sin notar la turbación de su mujer, mandó llevar unos cuantos á la mesa; tomó uno y lo mordió.

— ¡Qué rico es! — dijo. — ¡Toma, pruébalo!

Y le tendió la cesta, que ella rechazó dulcemente.

— Huele, pues, ¡qué olor! — dijo pasándosela varias veces por debajo de la nariz.

— ¡Me ahogo! — exclamó ella levantándose de un salto; pero por un esfuerzo de su voluntad desapareció el espasmo y añadió: — ¡No es nada!... ¡Nada!... ¡Es nervioso!... ¡Siéntate y come!

Lo que temía era que él la preguntase, que la cuidase, que no la dejase sola.

Carlos, obedeciéndola, había vuelto á sentarse y seguía escupiendo en su mano los huesos de los albaricoques, que echaba en seguida en un plato.

De repente, un tilburi azul pasó al trote largo por la plaza. Emma lanzó un agudo grito y cayó rígida.

Era que Rodolfo, después de muchas reflexiones, había decidido á partir para Rouén; pero como de la Huchette á Buchy no hay otro camino que el de Yonville, le había sido preciso atravesar el pueblo, y Emma le había reconocido á la luz de los faroles que cortaba como un relámpago el crepúsculo.

El boticario, al oír el barullo que había en casa de Carlos, corrió á ella.

La mesa, como todos los platos, se hallaba derribada; salsa, carne, cuchillos, el salero y el convoy, todo estaba desparramado por la habitación. Carlos pedía socorro; Berta,

asustada, gritaba; y felicidad, cuyas manos temblaban, aflojaba los vestidos de su señora, presa de movimientos convulsivos.

—Corro—dijo el boticario—á buscar en mi laboratorio un poco de vinagre aromático.

Después, cuando Emma abrió los ojos al aspirar el frasco, exclamó:

—¡Estaba seguro! hace resucitar á un muerto.

—¡Háblanos! ¡háblanos!—decía Carlos.—¡Vuelve en tí! ¡Soy yo, tu Carlos que te ama! ¿Me reconoces? ¡Mira, mira á tu hija! ¡dale un beso!

La niña tendía sus bracitos hacia su madre para colgarse de su cuello; Emma, volviendo la cabeza, dijo con voz entrecortada:

—¡No... no... nadie!

Volvióse á desmayar. La llevaron á la cama, y allí permaneció extendida, con la boca abierta, los párpados cerrados, las manos apretadas, inmóvil y blanca como una figura de cera; brotaban de sus ojos dos arroyos de lágrimas que corrían lentamente por la almohada.

Carlos, de pie, quedóse en el fondo de la alcoba; y el boticario, á su lado, guardaba ese silencio meditativo que es conveniente adoptar en las situaciones serias de la vida.

—¡Tranquilícese usted!—dijo al fin tocándole en el codo;—creo que el paroxismo ha pasado.

—Sí; ahora descansa un poco—respondió Carlos que contemplaba como dormía.—¡Pobre mujer! ¡pobre mujer!

Preguntó entonces cómo había sobrevenido el accidente; Carlos respondió que de pronto, mientras comía albaricoques.

—¡Es extraordinario!—dijo el farmacéutico.—Con todo, bien pudiera ser que los albaricoques hubieran producido el síncope. ¡Hay naturalezas tan impresionables á la sensación de ciertos olores! Es una cuestión delicada que pudiera estudiarse desde el punto de vista fisiológico y patológico. Los curas comprenden la influencia de los perfumes, y por esto los usan en todas sus ceremonias. Obran sobre el sistema nervioso, y llegan á producir éxtasis y alucinamientos, cosa fácil de obtener en las mujeres, cuya constitución es más delicada que la nuestra. Cítanse algunas que se desvanecen al olor del cuerno quemado, del pan tierno...

—Hable usted más bajo, no sea que la despierte—dijo Bovary.

—Y no solamente—continuó el boticario—los humanos se hallan expuestos á estas anomalías, sino también los animales. Usted no desconoce el efecto singularmente afrodisíaco que produce el *nepeta cataria*, llamado vulgarmente hierba de gato, en la raza felina. Por otra parte, para citar un ejemplo que aseguro ser auténtico, Bridoux (uno de mis antiguos camaradas, actualmente establecido en la calle de Malpalu), posee un perro que es atacado de horribles convulsiones en cuanto ve una tabaquera. Muchas veces ha hecho la prueba de ello delante de sus amigos. ¿Cómo puede imaginarse que un sencillo estuche ejerza tales estragos en el organismo de un cuadrúpedo? Esto es curiosísimo ¿verdad?

—Sí—dijo Carlos, que no le escuchaba.

—Esto nos prueba—prosiguió Homais sonriendo con aire de benévola suficiencia,—las irregularidades sinnúmero del sistema nervioso. Por lo que toca á la señora, siempre me ha parecido, lo confieso, una verdadera sensitiva. Por lo tanto, yo no aconsejaría á usted que emplease con ella ninguno de esos pretendidos remedios que, bajo pretexto de atacar á los síntomas, atacan al temperamento ¡Nada de medicación inútil! ¡Régimen! ¡He aquí todo! ¡Sedativos, emolientes, dulcificantes! Además, ¿no le parece á usted que tal vez convendría herir su imaginación?

—¿En qué? ¿Cómo?—dijo Bovary.

—¡Ah! ¡Esa es la cuestión! ¡Esa es, efectivamente, la cuestión! *¡that is the question!*, como últimamente leí en el periódico.

Emma despertó y gritó:

—¿Y la carta? ¿y la carta?

Creyeron que tenía delirio, y, en efecto, lo tuvo á partir de la media noche. Se había declarado una fiebre cerebral.

Durante cuarenta y tres días, Carlos no la abandonó ni un instante; descuidó todas sus visitas, no se acostaba, continuamente le tomaba el pulso, le ponía sinapismos y compresas de agua fría; enviaba á Justino á Neufchatel en busca de hielo; el hielo se derretía por el camino y volvía á enviarlo. Llamó para una consulta al señor Canivet; hizo venir de Rouén al señor Lariviere, su antiguo maestro.

Estaba desesperado; lo que más le asustaba, era el abatimiento de Emma, porque no hablaba, no oía y hasta parecía no sufrir, como si su cuerpo y su alma reposaran juntos de todas sus agitaciones.

Hacia mediados de octubre, pudo sentarse en la cama con muchas almohadas; Carlos lloró cuando la vió comer la primer vez un poco de dulce.

Recobró las fuerzas; se levantaba algunas horas al mediodía, y un día, que se sentía mejor, intentó el hacerle dar un paseo por el jardín cogida de su brazo.

La arena desaparecía bajo las hojas muertas; Emma marchaba paso á paso arrastrando sus zapatillas y apoyándose en el hombro de Carlos; sonreía dulcemente.

Así fueron hasta el fondo, cerca de la terraza.

Ella se enderezó lentamente, puso la mano sobre sus ojos para mirar, y vió muy á lo lejos; pero no había en el horizonte más que grandes fogatas de hierba seca que humeaban sobre las colinas.

—Vas á fatigarte, hija mía—le dijo Bovary.

Y empujándola dulcemente, para hacerla entrar bajo el cenador, añadió:

—Siéntate en este banco; aquí estarás bien.

—¡Oh! no, ¡aquí no, aquí no!—dijo ella con voz desfallecida.

Tuvo un desvanecimiento, y por la noche recayó con nuevas complicaciones y caracteres más complejos.

Tan pronto le dolía el corazón como el pecho, la cabeza como las piernas. Tuvo vómitos, en los que Carlos creyó advertir los primeros síntomas del cáncer.

¡Y á todo esto, el pobre Carlos tenía apuros de dinero!

XIV

En primer lugar, no sabía cómo pagar al señor Homais los medicamentos, y aunque en su cualidad de médico hubiera podido excusarse, le avergonzaba aprovecharse de ello.

Después, el gasto de la casa, ahora que la cocinera era la dueña, había llegado á ser enorme; las cuentas llovían, los proveedores murmuraban, sobre todo el señor Lheureux, que durante la enfermedad de Emma había llevado la capa, el saco de noche, dos maletas en vez del mundo y otras mu-

chas cosas. En vano le dijo Carlos que no tenía necesidad de nada de aquello; Lheureux respondió con arrogancia que se lo habían encargado y que no se lo volvería á llevar.

—Además —añadía,—sería contrariar á la señora en su convalecencia; Carlos lo pensaría, y por último, que estaba resuelto á acudir á los tribunales antes que abandonar sus derechos y volverse á llevar los géneros.

Carlos ordenó que se los enviaran al almacén; pero á felicidad se le olvidó; tenía otros cuidados, y no pensó más en ello.

El señor Lheureux volvió á la carga, y unas veces amenazando y otras gimiendo, maniobró de forma que Bovary acabó por firmar un pagaré á seis meses fecha. Pero apenas lo hubo firmado, cuando una idea audaz brotó en su mente: pedir mil francos prestados al señor Lheureux; así lo hizo, con cierto embarazo, añadiendo que sería por un año y con el interés que quisiera.

Lheureux corrió, llevóle el dinero, y dictó otro pagaré, por el cual Bovary se comprometía á pagar á su orden, el primero de septiembre próximo, la suma de mil setenta francos, lo que, unido á los ciento ochenta ya estipulados, formaban la cantidad de mil doscientos cincuenta.

Así, prestando al seis por ciento, aumentado por un cuarto de comisión, aquello debía, en doce meses, dar ciento treinta de beneficio; y esperaba que el negocio no pararía allí, y que no pudiendo Carlos abonar los pagarés, los renovarían, y de este modo, su dinero, alimentándose en casa del médico, como en una casa de salud, volvería á él algún día más rollizo, hasta el punto de hacer reventar el saco.

Todo le salía bien: era concesionario del abasto de sidra al hospital de Neufchatel; el señor Guillaumin le prometía acciones en los hornos de Grumesnil, y soñaba con establecer un nuevo servicio de diligencias entre Arcueil y Rouén, que no tardaría indudablemente en arruinar la galera del *León de Oro*, y haciendo el trayecto más deprisa y á precios más bajos, y llevando más equipajes y efectos, pondría en sus manos todo el comercio de Yonville.

Carlos se preguntó muchas veces por qué medio podría al año siguientes reembolsar tanto dinero, y buscaba é imaginaba expedientes, como el de recurrir á su padre ó vender cualquier cosa; pero su padre se haría el sordo, y él no tenía nada que vender.

Entonces veía tantos obstáculos, que dejaba en seguida de pensar en asunto tan desagradable, y se reprochaba olvidar á Emma, como si todos sus pensamientos no perteneciesen á aquella mujer, y como si la robase algo no pensando continuamente en ella.

El invierno fué rudo, y la convalecencia de Emma duró bastante.

Cuando hacía buen tiempo, la colocaban en un sillón junto á la ventana que daba á la plaza, porque había tomado tal antipatía al jardín, que la persiana de aquel lado permanecía constantemente cerrada.

Quiso que vendiesen el caballo. Lo que en otro tiempo amaba, le disgustaba ahora.

Todas sus ideas parecían limitarse al cuidado de sí misma; permanecía en el lecho tomando pequeñas colaciones; llamaba á la criada para informarse de sus tisanas ó para hablar con ella.

La nieve que había sobre los techos del mercado daba á la habitación un reflejo blanco, inmóvil. Luego llovió, y Emma esperaba cotidianamente, con una especie de ansiedad, cualquier acontecimiento pequeño.

Lo más interesante era por la noche la llegada de la diligencia. La posadera gritaba y otras voces respondían, mientras la linterna de Hipólito, que buscaba las maletas en la baca, semejaba una estrella entre la obscuridad.

A las doce volvía Carlos; salía luego; Emma tomaba una taza de caldo, y á las cinco, á la caída de la tarde, los niños que salían de la escuela, arrastrando sus zuecos por el suelo, repiqueteaban con sus reglas en las ventanas, unos detrás de otros.

Esta era la hora en que el señor Bournisién, el cura, iba á visitarla; se enteraba de su salud; la llevaba noticias y le ofrecía los consuelos de la religión en una conversación cariñosa, no exenta de atractivo. La sola vista de su sotana la animaba.

Un día, cuando lo más grave de su enfermedad, que Emma se había creído en la agonía, pidió el Viático, y á medida que se hacían en su cuarto los preparativos para el sacramento y se convertía en altar la cómoda, atestada de jarabes, y felicidad alfombraba el suelo con dalias, sintió algo extraño que, calmando sus dolores, le quitaba la percepción del sentimiento; no pensaba en nada, comenzaba otra vida;

parecía que su espíritu, subiendo hacia Dios, iba á anonadarse en aquel amor, como el incienso quemado se disipa en vapores.

Rociaron de agua bendita las ropas de la cama; el sacerdote retiró del copón la blanca hostia, y desfalleciendo de celestial alegría, adelantó Emma los labios para recibir el cuerpo del Salvador, que le ofrecían.

Las cortinas de su alcoba se henchían dulcemente á su alrededor en forma de nubes, y las llamas de los dos cirios que ardían sobre la cómoda le parecían glorias deslumbradoras.

Dejó caer la cabeza, creyendo percibir en el espacio el sonido de las arpas seráficas, y ver en un cielo azul, sentado en un trono de oro, rodeado de santos que agitaban verdes palmas, Dios Padre, resplandeciente de majestad, que hacía descender con un leve signo á la tierra ángeles de luminosas alas para llevársela entre sus brazos.

Esta visión espléndida quedó en su memoria como la cosa más bella que fuese posible soñar; tanto, que al presente se esforzaba en evocarla de nuevo, lográndolo, aunque de una manera más indecisa. Su alma, castigada por el orgullo, descansaba al fin en la humildad cristiana, y, saboreando el placer de ser débil, Emma contemplaba en sí misma la destrucción de su voluntad. ¡Existía en la dicha una dicha mayor; un amor sobre todos los amores, sin intermitencias ni fin, y que debía acrecentarse eternamente! Entreveía en medio de las ilusiones de su esperanza un estado de pureza flotando sobre la tierra y confundiéndose con el cielo á donde aspiraba á llegar. Quiso ser una santa; compró rosarios, se puso amuletos, y deseaba tener en su alcoba, á la cabecera de la cama, un relicario engarzado en esmeraldas para besarlo todas las noches.

El cura se maravillaba de estas disposiciones, por más que calculaba que la devoción de Emma, á fuerza de fervor, podía acabar en herejía y aún en extravagancia; pero no estando muy versado en estas materias, así que vió que pasaban de cierto límite, escribió al señor Boulard, librero de la diócesis, que le *enviase algo notable para una señora de mucha imaginación.*

El librero, con tanta indiferencia como si hubiera remitido quincalla para negros, empaquetó todo lo que entonces era más corriente en obras religiosas. Pequeños manuales con preguntas y respuestas, folletos especiales estilo del se-

ñor de Maistre, y novelas con cubiertas de color de rosa y estilo dulzón, escritas por seminaristas trovadores ó literatas arrepentidas. Había, entre otras, el *Pensad bien. El hombre de mundo a los pies de María*, por el señor de X, condecorado con muchas cruces, y *Los errores de Voltaire*, para uso de las óvenes, etc., etc.

La señora Bovary no tenía demasiado despejada la inteligencia para aplicarse á algo seriamente, y por otra parte, emprendió aquellas lecturas con demasiada precipitación. Irritóse contra las prescripciones del culto; la arrogancia de los escritos de controversia le desagradó por su ensañamiento en atacar á gentes que ella no conocía; y los cuentos profanos, con puntos y ribetes de religiosos, parecíanle escritos con tal ignorancia del mundo, que la apartaron insensiblemente de las verdades cuya prueba deseaba.

Sin embargo, persistió en su idea, y cuando el volumen se le caía de las manos, creíase dominada por la más fina melancolía católica que un alma etérea pudiera sentir.

En cuanto al recuerdo de Rodolfo, había descendido al fondo de su corazón, y allí permanecía más solemne y más inmóvil que la momia de un rey en una cripta. De cuando en cuando, escapábase una exhalación de aquel gran amor embalsamado, y, pasando á través de todo, perfumaba de ternura la atmósfera inmaculada en que deseaba vivir.

Cuando se arrodillaba en su reclinatorio gótico, dirigía al Señor las mismas palabras voluptuosas que había murmurado al oído de su amante en los desahogos del adulterio; hacíalo así para excitarse á la creencia; pero como ningún deleite descendía de los cielos, levantábase con el cuerpo fatigado y el vago sentimiento de un inmenso engaño. Aquello—pensaba ella—era como un mérito más, y en el orgullo de su devoción comparábase á aquellas grandes señoras de otro tiempo, con cuya gloria había soñado ante un retrato de la Valliere, y que, arrastrando con sublime majestad la cola bordada de sus largas faldas, se retiraban á soledades desconocidas para derramar á los pies de Cristo las lágrimas de su corazón herido.

Se entregó á actos excesivos de caridad: cosía vestidos para los pobres, enviaba leña á las parturientes, y un día, Carlos encontró en la cocina á tres granujas comiendo.

Mandó que trajeran á su hija, á quien Carlos, durante la enfermedad, había enviado á casa de la nodriza; quiso ense-

ñarla á leer; en vano lloraba Berta; ella no se irritaba; había tomado el partido de la resignación, de la indulgencia universal.

A propósito de cualquier cosa, su lenguaje estaba lleno de expresiones ideales. Decía á su hija:

—¿Se te ha pasado ya el cólico, ángel mío?

La madre de Carlos no encontraba ya nada que criticar, salvo la manía de coser camisas para los pobres en lugar de zurcir sus medias; pero la buena señora, cansada de las disensiones domésticas, se hallaba muy á su gusto en aquella casa tranquila, donde permaneció hasta después de Pascuas, á fin de evitar los sarcasmos de su marido, que cada viernes de cuaresma encargaba una morcilla.

Además de la compañía de su suegra, que la fortalecía algo por su rectitud de conciencia y sus modales, Emma tenía la de otras amigas: la señora Langlois, la señora Carón, la señora Dubreuil, la señora Tuvache, y cada día, de dos á cinco, la mujer del boticario, que nunca había querido creer lo que se murmuraba de su vecina. Los hijos del boticario iban también á verla acompañados de Justino; éste subía con ellos hasta el cuarto, y permanecía en pie junto á la puerta, inmóvil y sin hablar. Muchas veces, la señora Bovary, sin advertir su presencia, se sentaba ante su tocador y comenzaba por quitarse el peine, sacudiendo su cabeza con un movimiento brusco. Cuando Justino vió por primera vez aquella undosa cabellera, que le llegaba á las rodillas, desenvolviendo sus negros anillos, parecióle que le daba algo nuevo y extraordinario, que le asustaba.

Sin duda, Emma no se fijó en aquellas contemplaciones timidas y silenciosas; no sospechaba que el amor que había desaparecido de su vida palpitaba allí, á su lado, bajo aquella camisa de tela burda, y en aquel corazón adolescente, abierto á todas las emanaciones de su belleza. Por lo demás, ella cubríalo todo con tal indiferencia, tenía palabras tan afectuosas y miradas tan altaneras, de matices tan variados, que no se distinguían el egoísmo de la caridad, ni la corrupción de la virtud. Una tarde, por ejemplo, irritóse contra su criada, que le pedía permiso para salir, y balbuceaba buscando un pretexto; de pronto:

—¿Es que le quieres?—le preguntó.

Y sin aguardar la contestación de Felicidad, que se ruborizaba, añadió con triste acento:

—¡Pues vé á divertirte!

Al comenzar la primavera, hizo remover el jardín á pesar de las observaciones de su marido; éste, sin embargo, quedó contento al verla desear algo.

Despertaban sus deseos á medida que se iba restableciendo; primero encontró un medio para alejar á la nodriza, que había tomado la costumbre, durante su enfermedad, de ir demasiado á la cocina con sus dos criaturas, que lo devoraban todo; después, desprendióse de la familia Homais; despidió, sucesivamente, á las demás visitas, y hasta frecuentó la iglesia con menos asiduidad, con aprobación del boticario, que le dijo amistosamente:

—Se iba usted entregando demasiado á las sotanas.

El señor Bournisién, como antes, la visitaba diariamente al salir de enseñar la doctrina: prefería quedarse fuera á tomar el aire *en medio del bosquecillo*, nombre que daba al cenador. A aquella hora volvía Carlos; tenían calor, mandaban por sidra dulce y la bebían brindando por el completo restablecimiento de Emma.

Binet andaba por allí, cerca de las tapias del jardín, pescando cangrejos; Carlos le convidaba á refrescar, y él se lucía destapando botellas.

—Es preciso—decía con orgullo,—sostener la botella á plomo sobre la mesa, y después de cortar los alambres, hacer saltar el tapón, dando golpecitos debajo, suavemente, como hacen con el agua en las fondas.

Pero durante esta explicación, la sidra le saltaba á la cara, y entonces el cura, con sonrisa disimulada, decía:

—¡Su bondad salta á la vista!

Era el cura un buen sujeto, hasta el punto de que no se escandalizó un día al oír al boticario aconsejar á Bovary que, para distraer á su mujer, la llevase al teatro de Rouén á oír al ilustre tenor Lagardy. Homais, sorprendido por su tolerancia, quiso conocer su opinión, y el cura declaró que consideraba la música menos peligrosa para las costumbres que la literatura. Entonces el farmacéutico tomó la defensa de las letras. El teatro, según él, servía para matar las preocupaciones y enseñar la virtud bajo la máscara del placer.

—*Castigat ridendo mores*, señor Bournisién. Ahí está la mayor parte de las tragedias de Voltaire, sembradas hábilmente de reflexiones filosóficas que constituyen para el pueblo una verdadera escuela de moral y de diplomacia.

—Yo —dijo Binet— he visto en otro tiempo una pieza titulada *El pilluelo de París*, donde resalta el carácter de un general que está muy bien pintado. Rechaza á un hijo de familia que había seducido á una obrera, que al fin...

—Verdaderamente —continuó Homais.— Hay mala literatura como hay mala farmacia; pero condenar en conjunto la más importante de las bellas artes, me parece una tontería, una idea gótica digna de los abominables tiempos en que se encarcelaba á Galileo.

—Bien sé —objetó el cura,— que existen buenas obras y buenos autores; pero, eso de que personas de sexo diferente se reúnan en un sitio encantador, adornados de pompas mundanas, y allí se luzcan disfraces paganos, y voces afeminadas, todo eso debe acabar por engendrar cierto libertinaje de espíritu é inspirar pensamientos deshonestos, tentaciones impuras. Tal es, al menos, la opinión de todos los Santos Padres. Finalmente —añadió adoptando de pronto un tono de voz místico, mientras tomaba un polvo de tabaco,— cuando la Iglesia ha condenado los espectáculos, su razón tendrá: hay que someterse á sus decretos.

—¿Por qué—preguntó el boticario— excomulga á los comediantes, cuando en otro tiempo coadyuvaban abiertamente á las ceremonias del culto? Se representaban farsas llamadas misterios, en las que las leyes de la decencia á menudo resultaban ofendidas.

El cura se limitó á hacer un gesto, y el boticario prosiguió:

—¡Como en la Biblia! Hay en ella... ¿sabe usted?... más de un detalle... picante; cosas... verdaderamente atrevidas...

Y á un gesto de irritación que hacía el señor Bournisién, añadió:

—¡Ah! usted convendrá en que ese no es libro para ponerlo en manos de una joven, y me disgustaría que Atala...

—¡Pero son los protestantes y no nosotros— exclamó el cura impaciente — quienes recomiendan la Biblia!

—¡No importa!—dijo Homais.— Yo me asombro de que en nuestros días, en el siglo de las luces, se obstinen aún en proscribir un recreo intelectual que es inofensivo, moralizador y hasta higiénico algunas veces. ¿No es eso, doctor?

—Sin duda— respondió el médico lentamente, ya porque teniendo las mismas ideas, no quería ofender á nadie, ó bien porque no tuviera ninguna idea.

La conversación parecía terminada, cuando el boticario juzgó conveniente dar el último botonazo.

—He conocido sacerdotes que se vestían de paisano para ir á ver las piernas de las bailarinas.

—¡Vamos, hombre!—dijo el cura.

—Los he conocido.

Y separando las sílabas, Homais repetía:

—Los-he-co-no-ci-do.

—¡Pues bien! hacían mal—respondió Bournisién, resignado á oírlo todo.

—¡Pues hacen otras cosas peores!—exclamó el boticario.

—¡Caballero!—dijo el eclesiástico con ojos tan feroces que el boticario se intimidó.

—Quiero solamente decirle—replicó Homais en un tono más blando—que la tolerancia es el medio más seguro de atraer las almas á la religión.

—Es verdad, es verdad—contestó el buen hombre volviendo á sentarse.

A los dos minutos se marchó.

Cuando hubo salido, el señor Homais dijo al médico:

—¡He aquí lo que se llama una cogida! Ya ha visto usted que lo he revolcado de una manera... En fin, créame usted: lleve á la señora al teatro, aunque no sea más que por hacer una vez en su vida rabiarse á uno de esos cuervos, ¡demonio! Si alguien pudiera reemplazarme, yo mismo acompañaría á ustedes. No se descuide; Lagardy no dará más que una sola representación; está contratado en Inglaterra con sueldos fabulosos; es, según se asegura, un buen punto; apalea el oro y lleva consigo tres queridas y un cocinero. Todos los grandes artistas son así: les hace falta una existencia desprecupada que excite un poco la imaginación; pero mueren en el hospital porque no han tenido el talento, siendo jóvenes, de hacer economías. ¡Vaya! Buen apetito y hasta mañana.

Aquella idea del espectáculo germinó en la cabeza de Bovary, porque en seguida dió parte de ella á su mujer, que rehusó al principio, alegando la fatiga, el cansancio y el gasto; pero, por excepción, Carlos no cedió; de tal modo juzgaba que aquella distracción le sería provechosa; no veía inconveniente alguno; su madre le había mandado trescientos francos, con los cuales no contaba; las deudas corrientes no eran muy grandes, y el vencimiento de los pagarés del

señor Lheureux estaba todavía tan lejano, que no había que pensar en ello. Por otra parte, imaginando que ella procedía con delicadeza, Carlos insistió más, hasta el punto que acabó por decidirla. Al día siguiente, á las ocho, montaban en *La Colondrina*.

El boticario, á quien nada retenía en Yonville, pero que se creía obligado á no moverse, suspiró al verlos partir.

—¡Buen viaje!— les dijo.—¡Qué felices mortales son ustedes!

Después, dirigiéndose á Emma, que llevaba un vestido de seda azul con volantes, añadió:

—La encuentro á usted hermosa como un amor. Va usted á llamar la atención en Rouén.

La diligencia paraba en el hotel de la Cruz Roja, en la plaza de Beauvoisine. Era una posada como las hay en los arrabales de provincia, con grandes cuadras y pequeños dormitorios, donde se veía en medio del patio á las gallinas picoteando la avena bajo los coches desenganchados; viejas posadas con balcones de madera carcomida, que crujen al viento en las noches de invierno; siempre llenas de gente, cuyas mesas negras están cubiertas por hules, la cristalería es opaca, las servilletas húmedas, manchadas por el vino, y que, oliendo siempre á pueblo, como los mozos de labranza vestidos de burgués en traje de gala, tienen un café que da á la calle y un huerto de legumbres que da al campo.

Carlos fué en seguida á comprar los billetes; confundió el proscenio con las galerías, las butacas con los palcos, pidió explicaciones, no las comprendió, fué del contador al director, volvió á la posada, tornó al despacho, y, varias veces así, atravesó la ciudad, desde el teatro hasta el boulevard.

Emma se compró un sombrero, guantes y un bouquet. Carlos, temiendo faltar al comienzo de la representación, no acabó de tomarse la sopa, y ambos se presentaron en el teatro cuando aun estaban cerradas las puertas.

XV

La multitud esperaba agrupada delante del teatro. En las esquinas, gigantescos carteles repetían en caracteres barrocos: «*Lucía de Lammermoor... Lagardy... Opera...*, etc.» Hacía buen tiempo, se sentía calor, el sudor empapaba los peinados, todos los pañuelos enjugaban frentes rojas, y á veces un viento tibio, que soplaba del río, agitaba suavemente los flecos de los toldos colocados sobre las puertas de los cafés. Un poco más abajo, sentíase una corriente de aire glacial que olía á sebo, á cuero y aceite; eran emanaciones de la calle de las Carretas, llena de grandes almacenes negros atestados de barricas.

Por miedo á parecer ridícula, Emma quiso, antes de entrar, dar una vuelta por el puerto, y Bovary, por prudencia, conservó los billetes en la mano, metida ésta en el bolsillo del pantalón.

Apenas penetraron en el vestibulo, Emma sintió latir fuertemente su corazón. Sonreía involuntariamente de vanidad viendo á la multitud que se precipitaba á la derecha por otro corredor, mientras que ella subía por la escalera principal; sintió placer como un niño en empujar con su dedo las anchas puertas con tapices de veludillo, aspiró á pleno pulmón el olor polvoriento de los corredores, y cuando estuvo en su palco, se sentó con una desenvoltura de duquesa.

La sala comenzaba á llenarse: sacábanse los gemelos de todos los estuches, y los abonados saludábanse desde lejos. Venían á descansar del negocio, pero no olvidándolo, hablaban de los precios del algodón ó del índigo. Veíanse allí cabezas de ancianos, pacíficas y sin expresión, que con su blancura de cabellera y cutis, parecían medallas de plata con un baño de plomo. Los jóvenes se pavoneaban en el patio, ostentando, por la abertura de los chalecos, las corbatas rosa ó verde manzana. La señora Bovary los admiraba desde arriba, apoyando sobre el antepecho su mano calzada con guante esmerillo.

Encendiéronse las candilejas del escenario, la gran araña descendió del techo, los músicos empezaron á templar sus instrumentos, oyóse á poco la campana del escenario, redo-

blaron los timbales, los instrumentos de cobre lanzaron sus acordes, alzóse el telón, y apareció un bosque con una fuente á la izquierda sombreada por una encina. Campesinos y señores, el *plaid* á la espalda, cantaban juntos un coro de caza; después salió un capitán que invocaba al ángel del mal, levantando hacia el cielo sus dos brazos; apareció otro luego; marcháronse ambos, y los cazadores repitieron el motivo del coro.

Emma se encontraba en pleno Walter Scott, en las lecturas de su juventud. Parecíale oír, á través de la niebla, el son de las gaitas escocesas repercutiendo en los jarales. El recuerdo de la novela le facilitaba la inteligencia del libreto, y seguía el argumento frase á frase, mientras sus pensamientos desaparecían bajo las ráfagas de la música. Dejábase mecer por las melodías, y sentía vibrar todo su ser como si los arcos de los violines se hubieran paseado por sus nervios.

Toda ella era ojos para contemplar los trajes, las decoraciones, los personajes, los árboles pintados que temblaban al andar los actores por el escenario, y las tocas de terciopelo, los mantos, las espadas, todo aquello que se agitaba al compás de la música, como en una atmósfera de otro mundo.

Una mujer apareció arrojando una bolsa á un escudero verde, quedóse sola, y entonces una flauta, que semejava un murmullo de fuente ó el sacudimiento de las alas de un pájaro, acompañaba á *Lucía en su catedral* en *sol* mayor. Quejábase de amor; pedía alas. También Emma hubiera querido huir de la vida, evaporarse en un abrazo.

De repente apareció Edgardo (Lagardy).

Su rostro tenía una de esas palideces espléndidas que prestan algo de la majestad del mármol á las razas ardientes del mediodía. Su talle vigoroso sujetábalo en un jubón de color obscuro; un pequeño puñal cincelado le golpeaba sobre la pierna izquierda, y lanzaba miradas lánguidas, descubriendo sus dientes blancos. Se decía que una princesa polaca, oyéndole cantar una tarde en la playa de Biarritz, donde carenaba barcos, se había enamorado de él. Ella se arruinó por su causa, y él la dejó por otras mujeres; y aquella aventura sentimental no dejaba de servir á su reputación artística. Él además tenía el cuidado de deslizar en sus programas alguna frase poética acerca de la fascinación de su persona y la sensibilidad de su alma. Una hermosa voz, un imperturbable

aplomo, más temperamento que inteligencia, y más énfasis que lirismo, acababan de realzar aquella admirable naturaleza de charlatán, mezcla de peluquero y de torero.

Desde la primera escena arrebató: estrechaba á *Lucía* en sus brazos, la dejaba, volvía á cogerla, parecía desesperado, lanzaba rugidos de cólera, después estertores elegíacos de una dulzura infinita; y las notas se escapaban de su garganta desnuda, llenas de sollozos y de besos.

Emma se inclinaba para verle, arañando con sus uñas el terciopelo del antepecho del palco. Llenábasele el corazón de aquellas lamentaciones melodiosas, que se arrastraban con acompañamiento de violoncellos, como gritos de naufragos en el tumulto de una tempestad; reconocía en ellas todas las embriagueces y todas las angustias porque había estado á punto de morir. La voz de la cantante parecía el eco de su conciencia, y aquella ficción que la encantaba, algo de su propia vida; pero nadie en la tierra habíala amado de aquella manera. Rodolfo no lloraba, como Edgardo, la última noche, á la luz de la luna, cuando se decían: «¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana!...»

La sala temblaba al ruido de los bravos. Volvieron á comenzar la *stretta* entera. Los enamorados, en un dúo, bablaban de flores fúnebres, de juramentos, de destierro, de fatalidades, de esperanzas, y cuando se dieron el adiós final, Emma lanzó un grito agudo, que se confundió con la vibración de los últimos acordes.

—¿Y por qué—preguntó Carlos—la persigue ese señor?

—¡Qué ha de perseguirla, es su amante!

—Sin embargo, jura vengarse de su familia, mientras que el otro, el que salió antes, decía: «*Amo á Lucía, y me creo amado por ella*». Además, se ha marchado con su padre del brazo. ¿Es su padre, verdad, ese feo pequeño que lleva una pluma de gallo en el sombrero?

A pesar de explicarle Emma el dúo recitado, en que Gilberto expone á su señor Asthon sus abominables maniobras, Carlos, viendo el falso anillo de boda que debe engañar á *Lucía*, creyó que era un recuerdo de amor enviado por Edgardo. Confesó, por lo demás, que no comprendía la obra, porque la música le hacía perder muchas palabras.

—¿Qué importa?—dijo Emma.—¡Cállate!

—Es que me gusta—repuso él apoyándose en su espalda—enterarme ¿sabes?

—Pero ¡cállate!—repuso impacientada.

Lucía avanzaba, medio sostenida por sus doncellas, con una corona de azahar en los cabellos, y más pálida que el raso blanco de su vestido. Emma se acordaba del día de su boda, y volvía á verse allá abajo, entre los trigos, en el pequeño sendero, cuando iba hacia la iglesia. ¿Por qué no había, como aquélla, resistido, suplicado? Por el contrario, había ido alegre, sin adivinar el abismo en que se precipitaba. ¡Ah! si en la frescura de su belleza, antes de mancillarla el matrimonio y la desilusion del adulterio, hubiera podido entregar su vida á un corazón grande, la virtud, la ternura, los deleites y el deber, confundidos, no la hubieran hecho caer de una felicidad tan alta; pero aquella dicha era, sin duda, una mentira soñada por la desesperación de todo deseo. Conocía al presente la pequeñez de las pasiones que el arte exageraba: y esforzándose por apartar de ellas su pensamiento, Emma no quería ver en aquella reproducción de sus dolores más que una fantasía plástica, buena para recreo de la vista, y hasta sonreía interiormente con desdeñosa piedad, cuando en el fondo del teatro, bajo la cortina de terciopelo, apareció un hombre con capa negra.

Su gran sombrero á la española cayó á un gesto que hizo, y en seguida los instrumentos y los cantantes entonaron el sexteto. Edgardo, centelleante de furia, dominaba á los demás con su voz clara; Asthon le dirigía en notas graves, provocaciones homicidas; *Lucía* lanzaba su queja aguda; Arturo cantaba aparte las voces de las mujeres, repitiendo las frases, proseguían el coro deliciosamente. Estaban todos en la misma línea gesticulando, y la cólera, la venganza, los celos, el terror, la misericordia y la estupefacción se exhalaban á la vez de sus bocas entreabiertas. El amante ultrajado blandía su espada desnuda, su gorguera de encaje se agitaba, según los movimientos de su pecho, é iba de derecha á izquierda á grandes pasos, haciendo sonar las espuelas doradas de sus botas arrugadas que se ensanchaban en el tobillo. Debía tener—pensaba ella—un inagotable amor para verterlo así sobre la multitud en tan largos efluvios. Todas sus veleidades groseras se desvanecían bajo la poesía del papel que la invadía, y, arrastrada hacia aquel hombre por la ilusión del personaje, procuraba imaginarse su vida, aquella vida extraordinaria, espléndida, y que ella misma hubiera podido llevar si el azar lo hubiera querido. Si se hubiesen conocido,

se habrían amado; con él, por todos los países de Europa, hubiera viajado de capital en capital, compartiendo sus fatigas y su orgullo, recogiendo las flores que le arrojaban, bordando ella misma sus trajes. Cada noche, en el fondo de un palco, hubiese recogido admirada las expansiones de aquella alma que no hubiera cantado más que para ella: ¡el la miraba! ¡estaba segura! Deseos tuvo de correr á sus brazos para refugiarse en su fuerza como en la encarnación del amor mismo y decirle: «¡Llévame! ¡partamos! ¡para ti todos mis ardores y todos mis ensueños!»

Cayó el telón.

El olor del gas se mezclaba con los alientos; el aire de los abanicos hacía la atmósfera más sofocante. Emma quiso salir, la multitud obstruía los corredores, y volvió á caer sobre su sillón, con palpitaciones que la sofocaban. Carlos, temiendo verla desmayarse, corrió al *buffet* por un refresco.

Costóle gran trabajo volver á su puesto, porque le tropezaban los codos á cada paso, efecto del vaso que llevaba en las manos, y hasta vertió las tres cuartas partes sobre las espaldas de una rouenesa de mangas cortas, la que sintiendo el líquido frío deslizársele por los riñones, chilló como un pavo real. Su marido, que era hilandero, se encolerizó contra Carlos, y mientras ella con su pañuelo secaba las manchas de su hermoso vestido color cereza, él hablaba de indemnización, gastos y reembolsos. Por fin, Carlos llegó junto á su mujer, y le dijo completamente sofocado:

—He creído no poder llegar. ¡Cuánta gente!

Y añadió:

—¿A que no sabes á quién he encontrado arriba? Al señor León.

—¿León?

—El mismo. Vendrá á saludarte.

Al acabar Carlos estas palabras, el antiguo pasante de Yonville entró en el palco. Tendió su mano con desenvoltura, y la señora Bovary avanzó maquinalmente la suya, obedeciendo sin duda á la atracción de una voluntad más fuerte, que no había sentido desde aquella tarde de primavera en que las verdes hojas estaban cubiertas de lluvia, cuando se dijeron *adíos*, de pie junto á la ventana. De repente, volviendo á su situación, sacudió con un esfuerzo la languidez de aquellos recuerdos, y comenzó á hablar deprisa:

—¡Hola! ¡Buenas noches! ¡Cómo! ¿usted aquí?

—¡Silencio! gritó una voz desde el público, porque empezaba el tercer acto entonces.

—¿Con qué está usted en Rouén?

—Sí.

—¿Y desde cuándo?

—¡Fuera! ¡fuera!

Dirigíase el público á ellos, y callaron.

Pero á partir de aquel momento, Emma no escuchó más: y el coro de convidados, la escena de Asthon con su criado, el gran dúo en *re* mayor, todo pasó para ella en lontananza, como si los instrumentos hubiesen disminuído en sonoridad y los actores se hallasen más lejos. Acordábase, en cambio, de los juegos de cartas en casa del boticario, del paseo á casa de la nodriza, de las lecturas bajo el cenador, de todo aquel pobre amor, tan tranquilo, tan largo, tan discreto, tan tierno, y que había olvidado sin embargo. ¿Por qué volvía él? ¿Qué combinación de aventuras lo colocaba en el camino de su vida?

Él permanecía detrás, apoyándose en la división del palco, y de vez en cuando sentía ella, estremeciéndose, el soplo tibio de la nariz de León que le llegaba hasta su cabellera.

—¿Le divierte á usted esto?—dijo inclinándose tan cerca, que la punta de su bigote le rozó sobre la mejilla.

Emma respondió desdeñosamente.

—¡Oh! ¡No mucho!

Entonces él les propuso salir del teatro para ir á tomar un helado á cualquier parte.

—¡No, todavía no!—dijo Bovary:— quedémonos. Ella lleva el pelo suelto: esto promete ser trágico.

Pero la escena de la locura no interesaba á Emma, y la mímica de la cantante le pareció exagerada.

—Grita demasiado—dijo volviéndose hacia Carlos, que escuchaba.

—Sí... tal vez... un poco—replicó él titubeando entre lo franco de su placer y el respeto que tenía á las opiniones de su esposa.

Después León dijo suspirando:

—¡Hace un calor!...

—¡Insoportable! ¡Es verdad!

—¿Estás molesta?—preguntó Bovary.

—¡Sí, me ahogo! ¡Vámonos!

León colocó delicadamente sobre los hombros de Emma.

su elegante chal de encaje, y los tres fueron á sentarse á la mesa de un café, junto á la puerta, al aire libre.

Hablóse al principio de la enfermedad de Emma, aun cuando ésta interrumpía á Carlos con frecuencia, por miedo, decía, de aburrir á León: éste les contó que venía á Rouén á pasar dos años en un acreditado estudio á fin de ponerse al corriente de los negocios, que eran en Normandía distintos de los de París. Después se informó de la salud de Berta, de la familia Homais, de la Lefrancois, y como si en presencia del marido nada más tuvieran que decirse, pronto cesó la conversación.

La gente que salía del teatro desfiló ante ellos tarareando: ¡*O bel angelo!* ¡*Mia Lucia!* Entonces León, para darse aires de *dilettante*, empezó á hablar de música: había oído á Tamburini, Rubini, Persiani, Grisi; y al lado de éstos, Lagardy, á pesar de sus grandes éxitos, no valía nada.

—Sin embargo—interrumpió Carlos, que tomaba á cucharaditas un sorbete al ron,—dicen que en el tercer acto está admirable. Siento haberme marchado antes del final, porque comenzaba á gustarme.

—Pronto dará otra representación,—dijo León.

Carlos contestó que ellos se marchaban al día siguiente.

—A menos—añadió dirigiéndose á su mujer—que no te quieras quedar sola, gatita mía.

León, al oír esto, cambió de maniobra, pues deseaba aprovechar aquella ocasión inesperada que se ofrecía á su deseo, y comenzó á elogiar á Lagardy en la parte final. ¡Aquello era soberbio, sublime!

Entonces Carlos insistió.

—¡Quédate á oírle! Volverás el domingo. Vamos, decídetelo. Harías mal en no hacerlo, si lo deseas.

Las mesas inmediatas fueron desocupándose, y un mozo acudió á colocarse discretamente al lado de ellos; Carlos, que lo comprendió, sacó su bolsillo; León le detuvo por el brazo, y tiró sobre el mármol dos monedas de plata.

—Siento—dijo Bovary—que seamos á usted gravosos...

León hizo un gesto desdenoso y cortés, y tomando su sombrero exclamó:

—Conque quedamos en que mañana á las seis... ¿no es verdad?

Carlos dijo que no podía estar ausente más tiempo; pero que Emma podía quedarse...

—Es que...—balbuceó ella con singular sonrisa—no sé si...

—Bien, ya lo reflexionarás: la noche es buena consejera.

Después dijo á León, que les acompañaba:

—Ahora que se halla usted en nuestro país, espero que algún día vendrá á comer á casa.

El pasante aceptó, máxime teniendo que ir á Yonville para asuntos de su estudio.

Y se separaron en el pasaje de Saint-Herbland, en el momento que daban las once y media en el reloj de la catedral.

TERCERA PARTE

I

León, en clase de estudiante de Derecho, frecuentaba la *Chaumière*, donde fué bien acogido por las grisetas, que admiraban en él su *airc distinguído*. Era el más comedido de los estudiantes: no llevaba los cabellos ni muy largos ni muy cortos, no gastaba á primero de mes todo el dinero del trimestre, manteníase en buenas relaciones con los profesores y no cometía excesos, debido á su pusilanimidad tanto como á su delicadeza.

Con frecuencia, cuando se quedaba en casa á estudiar, ó cuando por las tardes iba á sentarse bajo los tilos del Luxemburgo, se le escapaba el Código de entre las manos, y el recuerdo de Emma se apoderaba de él. Pero poco á poco fué debilitándose este sentimiento y anulándolo otros deseos, aunque persistía á través de todos ellos, porque León no había perdido en total la esperanza, vislumbrando en el porvenir una promesa incierta como el fruto de oro suspendido de un árbol fantástico.

Por eso, al ver á Emma después de tres años de ausencia, despertó su pasión.

—Es preciso —pensaba— decidirse por fin á ser dueño de ella.

Además, su timidez había desaparecido en el trato de gentes despreocupadas, y al volver á provincias despreciaba todo lo que no olía á boulevard. Cerca de una parisienca llena de encajes, en el salón de algún personaje ilustre con decorado y con coche, el pobre pasante hubiera temblado

seguramente, como un niño; pero allí en Rouén, en el puerto, ante la mujer de aquel mediquillo, sentíase satisfecho y seguro, de antemano, de que la deslumbraría. El aplomo depende del medio en que se ejercita: no se habla en el entre-suelo como en el cuarto piso, y la mujer rica parece tener, como coraza de su virtud, los billetes de banco que lleva en el corsé.

Cuando la tarde anterior se despidió León de Emma y de Carlos, los había seguido á distancia, y cuando los vió llegar á *La Cruz roja*, volvió atrás y pasó toda la noche meditando un plan.

Al día siguiente, á las cinco, entraba en la cocina de la posada, con la garganta seca, el rostro pálido y el aire resuelto del que va decidido á todo.

—El señor no está—le dijo un criado.

Aquello le pareció de buen augurio. Subió.

Emma no pareció asombrarse de verle; por el contrario, le dió excusas por haber olvidado decirle dónde paraban.

—¡Oh! Lo he adivinado.

—¿Cómo?

Dijo que el instinto le había guiado; Emma se sonrió, y en seguida, para borrar aquella torpeza, le contó León que había pasado toda la mañana recorriendo los hoteles de la ciudad.

—¿Han decidido ustedes quedarse?

—Sí; he cometido esta torpeza, porque no debe uno acostumbrarse á diversiones que no se pueden sostener cuando hay tantas obligaciones...

—Ya me lo imagino.

—Usted no, porque no es mujer.

Pero los hombres tienen también sus disgustos, y la conversación giró alrededor de ciertas reflexiones filosóficas. Emma se extendió en consideraciones sobre lo mísero de las afecciones mundanas y el eterno aislamiento á que parece condenado el corazón.

Por darse importancia, ó por imitar aquella melancolía de Emma que provocaba la suya, el joven declaró que se había aburrido extraordinariamente durante el tiempo de sus estudios. La carrera le irritaba, siendo otra su vocación; pero su madre no cesaba de atormentarle en cada carta. Y como ambos iban precisando los motivos de sus disgustos, conforme hablaban iban exaltándose en aquella confidencia pro-

gresiva. Sin embargo, deteníanse ante la confesión completa de sus ideas, y buscaban una frase que las tradujese. Emma no confesó sus amores con otro; él no dijo tampoco que la había olvidado.

Los rumores de la calle apenas llegaban hasta ellos, y la habitación era pequeña. Emma, vestida con un peinador de franela, apoyaba la nuca en el respaldo del viejo sillón, donde estaba sentada; el papel amarillo de la pared serviale de fondo de oro y su cabeza se reflejaba en el espejo, con su blanca raya en medio y las puntitas de sus orejas asomando al extremo de las dos bandas de pelo.

—¡Pero le estoy molestando á usted con mis quejas de siempre! —exclamó ella.

—¡No, señora, de ninguna manera!...

—¡Si usted supiese—dijo Emma alzando hacia el techo sus ojos bellísimos en los que palpitaba una lágrima—todo lo que yo había soñado!

—¡Y yo!... ¡Ah! ¡Bien he sufrido! Muchas veces salía loco de mi casa, corriendo por las calles, á lo largo de los muelles, aturdiéndome con el ruido de la multitud y sin poder librarme de la obsesión que me perseguía. En el boulevard, en una tienda de cromos, había uno italiano que representaba una musa, vestida con larga túnica y contemplando la luna con su cabellera suelta cuajada de miosotis. Tenía algo que me atraía, y me pasaba mirándola las horas muertas.

Después, con voz entrecortada, añadió:

—¡Tenía un parecido con usted!...

Emma volvió la cabeza para que él no notase la sonrisa que no pudo evitar.

—Le he escrito á usted muchas cartas —siguió León,— pero después de escritas las rompía todas.

Emma seguía sin contestar.

—Algunas veces me imaginaba que una feliz casualidad me haría encontrarla á usted. Y me parecía verla al extremo de una calle, ó corría detrás de todos los coches por cuyas portezuelas veía asomar un abrigo ó un velo parecidos á los de usted.

Emma parecía dispuesta á dejarle hablar sin interrumpirle. Cruzada de brazos y con el rostro bajo, mirábase la flor bordada de sus zapatillas y movía el raso de ellas á intervalos, encogiendo y estirando los dedos de su pie.

Emma lanzó un suspiro, y dijo:

—Mucho más lamentable es arrastrar, como yo, una existencia inútil. Y si nuestros dolores pudiesen causar beneficio á alguien, todavía cabría el consuelo del sacrificio.

Después ensalzó la virtud, el deber y el valor de inmortalarse silenciosamente; ella misma sentía una increíble necesidad de consagrarse á alguien, que no podía satisfacer.

—Me gustaría muchísimo ser Hermana de la Caridad.

—¡Ah!—replicó él—los hombres no tenemos ninguna misión santa á que dedicarnos; no doy con ninguna profesión... á no ser la de médico...

Emma, encogiéndose de hombros, le interrumpió para quejarse de que la enfermedad que tuvo no la llevase á la muerte. ¡Qué lástima! Hubiera dejado de sufrir para siempre.

León, á continuación, habló de lo envidiable que era la *calma del sepulcro*; él mismo, una noche, había escrito su testamento recomendando que se le envolviese en aquel tapiz de terciopelo que conservaba de ella.

—Y ¿por qué?—preguntó Emma.—¿Por qué?

León titubeaba; por fin, dijo:

—Porque ¡la he amado á usted tanto!

Y satisfecho de aquel arranque, espíó la fisonomía de Emma con mirada de fuego.

Aquello fué como el golpe de viento que barre las nubes del cielo. Todo el cúmulo de pensamientos tristes que los ensombrecía pareció retirarse de los ojos azules de Emma; su rostro se animó.

León esperaba. Por fin, ella contestó:

—Yo había dudado siempre...

Entonces se contaron mutuamente todos los detalles de aquella existencia ya lejana cuyos placeres y melancolías acababan de resumir en una sola frase. El recordó el cenador cubierto de flores, los vestidos que ella llevaba, los muebles de su habitación, toda su casa.

—Y nuestras pobres macetas ¿dónde estarán?

—El frío las heló este invierno.

—¡Cuánto he pensado en aquellas plantas! Las veía como en otro tiempo cuando las bañaba el sol del estío y dos brazos desnudos...

—¡Pobre amigo mío!—exclamó ella tendiéndole la mano que León besó rápidamente.

Después, tomando aliento, continuó:

—En aquel tiempo tenía usted para mí una fuerza incom-

previsible que cautivaba mi vida. Recuerdo de una vez que fui á su casa... ¿se acuerda usted?

—Sí; continúe.

—Estaba usted abajo, en el recibimiento, ya próxima á salir; tenía usted un sombrero con florecillas azules, y sin que usted me invitase yo la acompañé. A cada momento me daba mayor cuenta de mi ligereza, pero seguía á su lado, no atreviéndome á continuar ni á marcharme. Entró usted en una tienda y yo la esperé mirándola por los cristales cómo se quitaba los guantes y sacaba dinero para pagar. Después llamó usted en casa de la alcaldesa y yo me quedé como un tonto delante de la puerta que se cerró detrás de usted.

Emma, oyéndole, se asombraba de ser tan vieja, porque todas aquellas cosas le parecían tan lejanas que alargaban su existencia y se repetía á sí misma en voz baja y con los ojos medio cerrados:

—Sí... sí... es verdad... es verdad.

Oyeron dar las ocho en diferentes relojes del barrio de Beauvoisine, que está lleno de colegios, iglesias y grandes hoteles abandonados. Habían dejado de hablarse, pero sentían al mirarse un zumbido en sus cerebros como si algo sonoro se escapase recíprocamente de sus pupilas clavadas las unas en las otras.

Juntaron sus manos, y el pasado y el porvenir, las reminiscencias y los ensueños, todo se entremezclaba en la dulzura de aquel éxtasis. Las sombras invadían la habitación, destacándose sólo cuatro grandes estampas que representaban otras tantas escenas de *La Torre de Nesle*, con su leyenda al pie en español y en francés. Por la ventana veíase un pedazo de cielo negro recortado por tejados puntiagudos.

Emma se levantó, encendió las bujías de la cómoda y volvió á sentarse.

—Bueno... — dijo León.

—Bien... — dijo ella.

Buscaban el medio de reanudar la conversación. Emma dijo:

—¿Por qué será que, hasta ahora, nadie me ha expresado sentimientos parecidos á los que acabo de oír?

León dijo que era difícil comprender las naturalezas ideales; él la había amado desde el momento mismo de verla, y se desesperaba pensando en la felicidad de que hubieran

gozado si, por una dichosa casualidad, se hubiesen unido indisolublemente el uno al otro.

—¡Algunas veces he pensado en ello!...—dijo Emma.

—¡Oh, qué sueño!

Y jugueteando con un cordoncillo de su cinturón, añadió:

—¿Qué hay que nos impida volver á empezar?

—No, amigo mío; soy demasiado vieja ya, y usted demasiado joven. Olvideme usted. Otras, seguramente, le amarán, y usted las amaré á ellas.

—¡Pero no como á usted!

—¡Qué niño es usted!... Vaya, seamos juiciosos; yo lo quiero.

Pintóle ella lo imposible de su amor, añadiendo que debían mantenerse, como antes, en los límites de una fraternal amistad.

¿Lo decía en serio? Tal vez ni ella misma hubiera podido decirlo, preocupada por defenderse del encanto de la sugestión; y contemplando á León, que la miraba enternecido, pugnaba por rechazar las caricias que intentaba hacerle con sus manos temblorosas.

—¡Oh! ¡perdón!—dijo él retrocediendo.

A Emma le heló aquella timidez, más peligrosa que las audacias de Rodolfo cuando se le adelantó la vez primera con los brazos abiertos. Jamás ningún hombre le había parecido tan bello; un delicado candor desprendíase de aquella actitud; sus mejillas suaves enrojecían por el deseo de su persona—pensaba Emma,—y sintió la tentación irresistible de poner en ellas sus labios.

Entonces, adelantándose hacia el reloj como para ver la hora, dijo:

—¡Qué tarde es ya, Dios mío! ¡Cuánto hemos hablado!

León comprendió y se levantó entonces buscando su sombrero.

—Hasta se me había olvidado ya el teatro. ¡Y el pobre Carlos que me ha hecho quedarme para eso exclusivamente! El señor Lormeaux y su esposa debían llevarme, y ya era la hora. Además, mañana debo partir.

—¿De veras?

—Sí.

—Es preciso que yo la vea á usted antes; tengo que decirle...

—¿Qué?

—Algo muy serio. ¡Pero no, no se marchará usted, es imposible! ¡Si usted supiera!... Escúcheme... ¿No me ha comprendido usted? ¿No me ha adivinado?

—No, á pesar de que usted se explica bien.

—¡No bromee, por Dios! ¡Basta, basta! Por piedad, haga usted de manera que yo pueda volver á verla una vez... ¡una vez sola!

—Pues bien...

· Y se detuvo; después, como reflexionando, añadió:

—Pero aquí no.

—Donde usted quiera.

—¿Quiere usted...?

Y en tono resuelto y breve, terminó:

—Mañana, á las once, en la catedral.

—Iré —exclamó él estrechándole ambas manos que ella retiró en seguida.

Como él había quedado detrás de ella, se inclinó y la besó apasionadamente en la nuca.

—¡Pero está usted loco!... ¡loco! —decía ella riendo mientras los besos se multiplicaban.

Después, León, adelantando su cabeza por encima del hombro de ella, buscó en sus ojos el consentimiento de lo que hacía, pero le miraron con majestad glacial.

Retrocedió tres pasos para salir y se quedó en la puerta; luego, con voz temblorosa, murmuró:

—Hasta mañana.

Emma contestó con un movimiento de cabeza y desapareció como un pájaro, yendo á esconderse á la habitación inmediata.

Por la noche le escribió á León una carta interminable, desligándose del compromiso de acudir á la cita; todo había acabado y no debían, por su propia felicidad, volver á encontrarse.

Pero después de cerrarla, se vió en un apuro por ignorar las señas de León.

—Se la daré á él mismo, puesto que ha de venir.

Al día siguiente, León, con el balcón abierto y tarareando alegremente, hizo su *toilette*: limpióse el calzado, púsose pantalón blanco, calcetines finos, levita verde, se perfumó el pañuelo, se hizo rizar el cabello y se lo desrizó después para dar á su cabellera un tono más artístico.

—Es muy temprano— dijo, al ver en el reloj de la peluquería que eran las nueve.

Leyó un periódico viejo de modas, se marchó, fumó un cigarro, anduvo tres calles, calculó que ya era hora y se dirigió despacio hacia el atrio de Nuestra Señora.

Era una hermosa mañana de verano. Brillaban los escaparates de las platerías, y el sol, dando oblicuamente en la catedral, arrancaba chispas á las piedras grises; una bandada de pájaros, en el cielo azul, revoloteaba alrededor de los campanarios de forma de trébol; la plaza, donde resonaban gritos de todas clases, olía á las flores de sus jardinillos; una fuente en medio borboteaba, y las vendedoras de ramos de violetas aparecían bajo sus enormes sombrillas.

León compró un bouquet; era la primera vez que compraba flores para una mujer, y al olerlas hinchábase de orgullo su pecho, como si aquel homenaje destinado á otra persona fuese para él mismo.

Tuvo miedo á que le vieran allí, y entró resueltamente en la iglesia.

El suizo que estaba á la puerta, con su gran sombrero de plumas, su espadín pegado á la pierna y su bastón, más majestuoso que un cardenal y reluciente como un ornamento sagrado, se adelantó á León con esa sonrisa de benignidad astuta con que los curas preguntan á los niños, diciéndole:

—El señor es forastero. ¿Desea ver las curiosidades de la iglesia?

—No— contestó León.

Y dió una vuelta por las naves de la catedral, volviendo á salir para mirar hacia la plaza.

Emma no llegaba.

Entró de nuevo en la iglesia y subió al coro.

La nave reflejaba en las pilas de agua bendita los comienzos de sus ojivas y parte de sus vidrieras; las pinturas, reflejándose también sobre el mármol del suelo, semejaban tapices abigarrados; la luz del exterior entraba en tres grandes focos por las tres puertas abiertas. De vez en cuando pasaba, allá al fondo, un sacristán que hacía una genuflexión ante el altar mayor; las arañas de cristal colgaban inmóviles. En el coro ardía una lámpara de plata, y de las capillas laterales y de los huecos oscuros de la iglesia parecían salir hondos suspiros de cuando en cuando, y el ruido de una verja que se cerraba repercutía en las altas bóvedas.

León, andando gravemente, pegábase á los muros. Jamás habíale parecido tan buena la vida. Ella iba á venir de un momento á otro, agitada, espiando las miradas de los que la seguían, encantadora con su traje de volantes, sus impertinentes de oro, sus botitas finas y toda aquella elegancia que él no había gustado mezclada á la inefable seducción de la virtud que sucumbe. La iglesia, como un *boudoir* gigantesco, estaba dispuesta para ella; las bóvedas se unían para recoger en la sombra la confesión de su amor; las vidrieras resplandecían para iluminar su rostro, y los incensarios arderían para que ella apareciese como un ángel entre nubes de humo perfumado.

Sin embargo, ¡Emma no venía! Sentóse en una silla, y enfrente vió una vidriera en cuyos cristales azules había pintados pescadores cargados con cestas. Estuvo largo rato mirándolos fijamente y llegó á contar las escamas de los pescados y los botones de las prendas mientras su pensamiento vagaba buscando á Emma.

El suizo comenzaba á indignarse contra aquel individuo que se permitía admirar la catedral sin ayuda suya; aquello era un robo, un sacrilegio.

De pronto se oyó un *frou-frou* de sedas, aparecieron las plumas de un sombrero, una esclavina negra... ¡Era ella! León corrió á su encuentro.

Emma iba pálida y marchaba deprisa.

—Lea usted—le dijo tendiéndole la carta.

Pero luego, retirando la mano rápidamente, dijo:

—¡Oh, no! ¡no!

Y se dirigió á la capilla de la Virgen, donde se arrodilló para rezar.

A León le irritó aquella devoción intempestiva; pero luego sintió cierto encanto al verla, en plena cita, rezando con fervor como una marquesa andaluza.

Después fué impacientándose al ver que ella no acababa.

Emma oraba, esperando una súbita inspiración del cielo, y para atraer el auxilio divino cegábase en los resplandores del altar y aspiraba los perfumes de las violetas puestas en grandes jarrones, queriendo oír en el silencio, lo cual aumentaba más aún la turbación de su corazón.

Por fin, se levantó, y ambos iban á salir, cuando se les acercó el suizo diciendo:

—La señora es forastera; ¿desea ver las curiosidades de la iglesia?

—No, señor—dijo León.

—¿Por qué no?—replicó Emma, que buscaba amparar á su virtud vacilante en la Virgen, en las esculturas, en las tumbas, en todo.

Y el suizo, para proceder *con método*, según él decía, les llevó hacia la puerta que daba á la plaza, y señalando con su bastón un gran círculo formado con losas negras, exclamó:

—Este es el diámetro de la gran campana de Amboise, que pesaba cuarenta mil libras y no tenía rival en Europa: el obrero que la fundió se murió de alegría...

—Vámonos—dijo León.

El bueno del suizo se puso en marcha, dirigiéndose á la capilla de la Virgen; alzó los brazos con admiración, y más orgulloso que un labrador enseña sus frutales, exclamó:

—Esta simple losa cubre el cuerpo de Pedro de Brezé, señor de la Varenne y de Brissac, gran mariscal de Poitou y gobernador de Normandía, muerto en la batalla de Montlhery el 16 de julio de 1465.

León se mordía los labios y golpeaba el suelo.

—A la derecha, ese gentilhomme con armadura sobre el caballo encabritado es su nieto Luis de Brezé, señor de Breval y de Montchauvet, conde de Maulevrier, barón de Mauny, chambelán del rey, caballero de la Orden y también gobernador de Normandía, muerto el 23 de julio de 1531, un domingo, según reza la inscripción; aquel de allá arriba, dispuesto á bajar al sepulcro, es él mismo. No es posible ver una representación más perfecta de la nada ¿verdad?

Emma aplicó su impertinente; León no decía palabra ni hacía gesto; tan desalentado se sentía ante aquella mezcla de charlatanería y de indiferencia. El guía continuaba:

—Esa mujer arrodillada á su lado y llorando es su esposa Diana de Poitiers, condesa de Brezé, duquesa de Valentinois, nacida en 1499 y muerta en 1566. A la izquierda, la que tiene un niño, es la Virgen Santísima. Ahora, vuélvanse ustedes hacia este otro lado. He aquí los sepulcros de los Amboise, que fueron ambos cardenales y arzobispos de Rouén. Este fué ministro de Luis XIV é hizo mucho bien á la catedral. En su testamento dejó treinta mil escudos de oro para los pobres.

Y sin dejar de hablar, llevólos á una capilla con muchas

balaustradas, mostrándoles un bloque de piedra que bien pudo haber sido una estatua vulgar.

—Esto decoraba en otro tiempo la tumba de Ricardo Corazón de León, rey de Inglaterra y duque de Normandía. Los calvinistas, señores, la redujeron á ese estado, enterrándola bajo la silla episcopal de monseñor. Esta es la puerta que conduce á su habitación. Pasemos á ver las vidrieras de la Gárgola.

León se apresuró á sacar una moneda de plata y cogió á Emma por el brazo. El suizo se admiró ante aquella generosidad prematura, puesto que aun faltaban muchas cosas para ver.

—La veleta, señor, falta la veleta...

—No, gracias—le interrumpió León.

—El señor se lo pierde. Tiene unos cuatrocientos cuarenta pies, nueve menos que la gran Pirámide, y...

León iba deprisa; parecíale, desde hacía dos horas, que su amor se había petrificado en la iglesia y que ahora iba á evaporarse por aquella chimenea grotesca que tenía la catedral.

—¿Dónde vamos?—preguntó ella.

Y él siguió deprisa sin contestar. Emma alcanzaba ya á mojar su dedo en agua bendita cuando sintieron una respiración fatigosa. Era el suizo.

—Caballero...

Traía abrazados una veintena próximamente de gruesos volúmenes encuadernados: eran las obras *que trataban de la catedral*.

—¡Imbécil!—murmuró León en el momento de salir.

Un pilluelo jugueteaba en el atrio.

—Vé á buscarme un coche.

El chiquillo salió escapado por la calle de los Cuatro Vientos. León y Emma quedaron solos algunos minutos, frente á frente y algo turbados.

—¡Ah, León! Verdaderamente... no sé... si debo...

Y con aire serio, añadió:

—Esto es una imprudencia.

—¿Por qué? En París lo hace todo el mundo.

Aquello pareció ser un irresistible argumento que la convenció.

El coche tardaba, y León temía que Emma quisiese entrar de nuevo en la iglesia.

Por fin llegó.

Todavía el suizo se acercó á decirles:

—¿Por qué no salen ustedes por la puerta del Norte, y así ven los cuadros famosos de *El juicio final*, *El Paratso*, *El rey David* y *Los condenados en el infierno*?

El cochero preguntó:

—¿A dónde, señor?

—A donde usted quiera—le contestó León empujando á Emma dentro del coche.

El pesado armatoste echó á andar.

Bajó por la calle del Gran Puente, atravesó las plaza de las Artes, el Puente Nuevo y se detuvo ante la estatua de Pedro Corneille.

—¡Siga, siga!—dijo una voz desde dentro.

El coche volvió á rodar, y por la encrucijada de La Fayette bajó la cuesta hasta entrar al galope en la estación del ferrocarril.

—¡No, todo derecho!—gritó la misma voz.

Y el coche pasó la barrera, y al entrar en el paseo marchó al trote suave por entre las filas de los altos olmos.

El cochero se colocó entre las rodillas su sombrero de hule, limpióse el sudor y guió al caballo hacia la orilla del río, torció después hacia la calle de Elbeuf y volvió á pararse ante el Jardín de Plantas.

—¡Siga usted!—gritó la misma voz, esta vez furiosamente.

Y volviendo á emprender la marcha, pasó por San Severo, por el muelle de los Curandiers, el de Meules, tomó otra vez el puente, pasó por la plaza del Campo de Marte y por detrás de los jardines del Hospital, donde los viejos se paseaban al sol. Volvió á subir el boulevard Bouvreuil, luego el Cauchoise, el Mont-Riboudet hasta la parte de Deville.

Después ya siguió al azar y se le vió en Saint-Pol, en Les-cure, en el monte Gargán, en la Rouge-Marc, plaza de Gaillardbois, calle de la Maladrerie, calle de la Dinandiere; pasó por Saint-Romain, Saint-Vivién, Saint-Maclou, Saint-Nicaise—delante de la Aduana,—por la Vielle-Tour baja, las Trois-Pipes, hasta el Cementerio monumental.

El cochero, desde el pescante, lanzaba de cuando en cuando miradas de envidia á las tabernas; no se explicaba aquel furor de locomoción que sentían aquellos parroquianos. Algunas veces que intentó pararse, oyó una exclamación de cólera en el interior del coche que le obligó á fustigar

los caballos sudorosos y á seguir dando vaivenes y tropezones, loco ya y casi llorando de sed, de fatiga y de tristeza.

En el puerto, por en medio de los camiones y las barricadas, y en las calles, tropezando con los guardacantones, la gente, al verle, abría los ojos desmesuradamente, por ser aquel un fenómeno extraño en la ciudad: un coche con las cortinillas corridas que iba por todas partes, cerrado como una tumba y balanceándose como un navío.

Ya por la tarde y en pleno campo, cuando el sol hería con más fuerza los cristales de los faroles del coche, una mano, saliendo por debajo de las cortinillas, lanzó al aire pedacitos de papel que se dispersaron, cayendo después como mariposas blancas sobre un grupo de tréboles rojos.

Después, serían ya las seis, el coche se detuvo en una callejuela del barrio de Beauvoisine, bajó de él una mujer con el velo caído y echó á andar sin volver la cabeza.

II

Al llegar á la posada, Emma se asombró de no ver la diligencia. Hivert, que la había esperado cincuenta y tres minutos, concluyó por marcharse.

Nada la obligaba á partir; pero había dado palabra de que volvería aquella noche. Además, Carlos la esperaba, y ya sentía en el corazón esa cobarde docilidad que es, para muchas mujeres, como el castigo á la vez que el rescate del adulterio.

Rápidamente hizo su maleta, pagó la cuenta, tomó en el patio un cabriolé, y dando prisa al cochero, animándole é informándole á cada minuto de la hora y de los kilómetros recorridos, llegó á alcanzar *La Golondrina* cerca de las primeras casas de Quincampoix.

Apenas sentada en un rincón, cerró los ojos y no volvió á abrirlos hasta la bajada á la costa, donde reconoció á lo lejos á Felicidad, que permanecía de centinela ante la puerta del herrador. Hivert detuvo sus caballos, y la cocinera, asomándose á la portezuela, dijo misteriosamente:

—Señora, es preciso que vaya usted en seguida á casa del señor Homais. Es para algo urgente.

El pueblo hallábase en silencio, como de costumbre.

Emma entró en la botica. El gran sillón estaba derribado, y hasta el *Faro de Rouén* yacía por tierra entre dos morteros. Empujó la puerta del pasillo, y, en medio de la cocina, entre las jarras parduscas llenas de grosellas desgranadas, de azúcar en polvo, de azúcar en terrones, divisó á todos los Homais, grandes y chicos, con delantales que les subían hasta la barba y con tenedores en la mano. Justino, en pie, bajaba la cabeza, y el farmacéutico gritaba:

—¿Quién te ha dicho que fueses á buscarle en el *capharnaum*?

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

—¿Que qué hay?—respondió el boticario.—Que se están preparando las confituras: cuecen, van á desbordarse por el hervor demasiado fuerte, y pido otro puchero; entonces éste, por molicie, por pereza, va á coger de mi laboratorio, colgada como estaba de su clavo, la llave del *capharnaum*.

El boticario llamaba así á una buhardilla llena de utensilios y chismes de su profesión. Con frecuencia pasaba allí solo largas horas poniendo etiquetas, trasegando y refinando, y lo consideraba, no como un simple almacén, sino como un verdadero santuario, de donde salían, elaboradas por sus manos, toda clase de píldoras, tisanas, lociones y pociones destinadas á esparcir por los contornos su celebridad. Nadie ponía allí los pies, y él lo respetaba tanto, que lo barría él mismo. En fin, si la farmacia, abierta para todo el que venía, era el sitio donde demostraba su orgullo, el *capharnaum* era el refugio donde se reconcentraba egoístamente. Homais se deleitaba en el ejercicio de sus predilecciones; así, el atolondramiento de Justino le parecía monstruosa irreverencia, y, más rojo que las propias grosellas, repetía:

—¡Sí, del *capharnaum*! La llave que encierra los ácidos con los álcalis cáusticos. ¡Haber cogido un lebrillo de reserva! ¡un lebrillo con cobertera del que acaso jamás me serviría! Todo tiene su importancia en las operaciones delicadas de nuestro arte: pero es preciso establecer distinciones y no emplear en usos casi domésticos lo que está destinado para los farmacéuticos. Esto es como si se trinchase una gallina con un escalpelo, como si un magistrado...

—Pero, ¡cálmate!—dijo la señora Homais, y Atala, tirándole de la levita:

—¡Papá, papá!

—No, dejadme—continuaba el boticario.—Dejadme. No respeta nada: rompe, destroza, suelta las sanguijuelas... quemá el malvavisco, echa á perder los vendajes.

—Usted había, no obstante...—dijo Emma.

—¿Sabes á lo que te exponías? ¿No has visto nada en el rincón, á la izquierda, en la tercera tablilla? Habla, responde, articula algo.

—Yo.. no... sé...—balbuceó el muchacho.

—¡Ah! ¿No sabes? ¿Has visto una botella de vidrio azul sellada con cera amarilla, que contiene polvos blancos, sobre la cual hasta había escrito yo: *Peligroso*? ¿Y sabes tú lo que hay allí dentro? ¡Arsénico! ¿Y tú vas á tocar eso, á coger un lebrillo que está al lado?...

—¡Al lado!—exclamó la señora Homais juntando las manos.—¿Arsénico? Podías envenenarnos á todos.

Y los niños se pusieron á lanzar gritos como si hubieran ya sentido en sus entrañas atroces dolores.

—O bien envenenar á un enfermo—continuaba el boticario.—Tú querías, pues, que fuese al banquillo de los criminales ante el tribunal. ¡Verme llevar al patíbulo! ¿Ignoras el cuidado que observo en las confecciones, aunque tengo, sin embargo, una práctica atroz? A menudo me espanto yo mismo cuando pienso en mi responsabilidad, porque el gobierno nos persigue, y la absurda legislación que nos rige es como una verdadera espada de Damocles, suspendida sobre nuestras cabezas.

Emma no pensaba ya en preguntar qué la quería, y el farmacéutico prosiguió con frase temblorosa:

—¡He ahí cómo agradeces todas las bondades que se tienen contigo! ¡He ahí cómo me recompensas de los cuidados completamente paternales que te prodigo! Porque, sin mi ¿qué serías? ¿qué harías? ¿quién te proveería de alimento, educación, vestido, y todos los medios de figurar un día con honor en las filas de la sociedad? Pero hace falta para eso sudar de firme, y llegar á tener callos en las manos. *Fabricando fit faber, age quod agis*.

Citaba en latín; tan exasperado estaba. Hubiera citado en chino ó en groelandés, si hubiese conocido esas lenguas, porque se hallaba en una de esas crisis en que el alma en-

tera muestra indistintamente lo que encierra, como el Océano que en las tempestades se entreabre mostrando el fondo de sus abismos. Y volvió á la carga:

—Ya comienzo á arrepentirme seriamente de haberme encargado de tu persona. Hubiera hecho seguramente mejor dejándote pudrir en la miseria y en la porquería en que has nacido. Nunca servirás más que para guardar vacas. No tienes aptitud ninguna para las ciencias. Apenas si sabes pegar una etiqueta, y vives aquí en mi propia casa como un canónigo, como un gallo en un corral, regodeándote, esponjándote.

Emma, volviéndose hacia la señora Homais, exclamó:

—Me habían dicho que viniera...

—¡Ah, Dios mío, sí!—contestó con aire triste la buena señora.—¿Cómo le diría á usted?... ¡Es una desgracia!

No concluyó. El boticario tronaba.

—¡Vacíala, friégala! ¡Despacha!

Y zamarreando á Justino por el cuello, hizo caer un libro de su bolsillo. El muchacho se bajó; Homais fué más listo, y recogiendo el volumen, lo contempló con ojos desencajados.

—*¡El amor... conyugal!*—dijo separando lentamente las dos palabras.—¡Muy bien, muy bien, muy bonito! Y con grabados. ¡Ah! Esto es demasiado,

La señora Homais se adelantó.

—No, esto no se toca.

—¡Salid!—dijo imperiosamente.

Y salieron.

Recorrió á grandes pasos la estancia conservando el volumen abierto entre sus dedos, moviendo los ojos, sofocado, tumefacto, apoplético. Fué después á su discípulo, y plantándose ante él con los brazos cruzados, le dijo:

—Pero ¡tú tienes todos los vicios, desgraciado!... Estás sobre una pendiente. ¿No has reflexionado que podía este libro infame caer en las manos de mis hijos, prender fuego en su cerebro, empañar la pureza de Atala, corromper á Napoleón, que está ya desarrollado como un hombre? ¿Estás bien seguro, al menos, de que no lo han leído? ¿Puedes afirmarlo?

—Pero ¡por Dios, Homais!—dijo Emma;—usted tenía que decirme...

—Es verdad, señora... ¡Su suegro ha muerto!

En efecto, el señor Bovary había muerto la antevispera,

de repente, de una apoplejía, al levantarse de la mesa; y por exceso de precaución, Carlos había rogado al señor Homais que le comunicara con habilidad aquella horrible noticia. Homais había meditado el discurso, lo había redondeado, era una obra maestra de prudencia y de discreción, de giros finos y de delicadeza; pero la cólera había dado al traste con la retórica.

Emma renunció á saber ningún detalle más, y abandonó la farmacia, porque el señor Homais había reanudado el curso de sus vituperios. Se iba calmando, no obstante, y al presente murmuraba con un tono paternal, dándose aire con su gorro griego:

— No es que yo desaprobe completamente la obra. El autor era médico. Hay en ella ciertos aspectos científicos que no le está mal á un hombre conocer, y me atrevería á decir que es preciso que un hombre conozca. Pero más tarde, más tarde. Espera al menos á ser hombre, á que tu temperamento esté definido.

Al aldabonazo de Emma, Carlos, que la esperaba, se adelantó con los brazos abiertos, y la dijo con lágrimas en la voz:

— ¡Ah, mi querida Emma!

Y se inclinó dulcemente para besarla; pero, al contacto de sus labios, el recuerdo del otro la asaltó, y se pasó la mano por la cara estremeciéndose.

Sin embargo, respondió:

— Sí, ya sé... ya sé...

Él le enseñó la carta en que su madre le contaba todo sin ninguna hipocresía sentimental; únicamente sentía que su marido no hubiese recibido los auxilios de la religión, habiendo muerto en Doudeville, en la calle, á la puerta de un café, después de una comida patriótica con antiguos oficiales.

Emma le devolvió la carta. Después, á la comida, por discreción, afectó alguna inapetencia; pero como él la forzaba, se puso resueltamente á comer. Carlos, frente á ella, permanecía inmóvil, en actitud de abatimiento.

De cuando en cuando levantaba la cabeza, la dirigía una larga mirada llena de angustia; una vez suspiró para decirle:

— ¡Hubiera querido verle!

Ella callaba. Por fin, comprendiendo que era preciso hablar, preguntó:

— ¿Qué edad tenía tu padre?

— Cincuenta y ocho años.

—¡Ah!

Y eso fué todo.

Un cuarto de hora después, añadió él:

—¡Mi pobre madre! ¿Qué va á ser de ella ahora?

Emma hizo un gesto de ignorancia.

Al verla tan taciturna, Carlos la creía afligida, y se constreñía á no decir nada para no avivar aquel dolor que le enternecía. Sin embargo, sacudiendo la cabeza, le preguntó:

—¿Te has divertido mucho ayer?

—Sí.

Cuando se quitó el mantel, Bovary no se levantó; Emma tampoco. A medida que ella le miraba, la monotonía de aquel espectáculo desterraba poco á poco la compasión de su corazón. Carlos le parecía mezquino, débil, nulo; en fin, un pobre hombre. ¿Cómo desembarazarse de él? ¡Qué interminable velada! Algo adormecedor como un vapor de opio la embotaba.

Se oyó en el vestíbulo el ruido seco de un palo sobre las tablas: era Hipólito, que traía los equipajes de la señora. Para dejarlos, describió penosamente un cuarto de círculo con su pata de palo.

—¡Ya ni piensa en ello!—se dijo Emma mirando al pobre diablo, cuya tosca cabellera roja chorreaba sudor.

Bovary buscaba una moneda en el fondo de su bolsillo, sin que, al parecer, comprendiese todo cuanto había de humillación en la sola presencia de aquel hombre, que estaba allí como el reproche personificado de su incurable ineptitud.

—¡Calla! Tienes un bonito ramillete—dijo notando las violetas de León sobre la chimenea.

—Sí—respondió ella con indiferencia,—se lo he comprado á una mendiga.

Carlos cogió las violetas, y refrescando con ellas sus ojos completamente rojos de lágrimas, las humedecía delicadamente. Emma se las quitó en seguida y las colocó en un vaso de agua.

Al día siguiente llegó la madre de Bovary. Ella y Carlos lloraron mucho; Emma, bajo pretexto de dar algunas órdenes, desapareció.

Después fué preciso cuidarse de la cuestión de los lutos, y fueron á sentarse al pabellón del jardín los tres.

Carlos pensaba en su padre, y se asombraba de sentir tanto afecto hacia aquel hombre que había creído no que-

rer hasta entonces sino medianamente; la señora Bovary, madre, pensaba en su marido: los peores días de otros tiempos le parecían envidiables; todo se borraba bajo la pena instintiva de una larga costumbre rota, y de cuando en cuando, mientras empujaba la aguja, una gruesa lágrima bajaba á lo largo de su nariz y permanecía allí suspendida un momento. Emma pensaba que hacía cuarenta y ocho horas apenas que León y ella habían estado juntos, lejos del mundo, en plena embriaguez, y no teniendo ojos bastantes para mirarse; procuraba reconstruir los imperceptibles detalles de aquel día; pero la presencia del marido y la suegra la molestaba. Hubiera querido no oír nada, ni ver nada, á fin de no perturbar el recogimiento de su amor, que se iba perdiendo, por más que hacía, bajo las sensaciones exteriores.

Descosía el forro de un vestido, cuyos hilachos se desparaban á su alrededor; la madre de Carlos, sin levantar los ojos, hacía rechinar las tijeras, y Carlos, con sus zapatillas de orillo y su vieja levita parda que le servía para estar en casa, permanecía con las manos en los bolsillos, sin hablar; cerca de ellos Berta, con delantal blanco, rastrillaba con su pala la arena del jardín.

De repente, vieron entrar por la verja al señor Lheureux, el comerciante en telas: iba á ofrecer sus servicios, *en vista de la fatal circunstancia*. Emma respondió que creía poderse pasar sin ellos; el comerciante no se dió por vencido.

—¡Oh! perdón—dijo:—desearía tener una entrevista particular.

Y después, en voz baja:

—Es referente á aquel asunto... ya saben ustedes.

Carlos se puso rojo hasta las orejas.

—¡Ah, sí!... efectivamente...

Y en su turbación, volviéndose hacia su mujer le dijo:

—¿No podrías tú...?

Ella pareció comprenderle, porque se levantó, y Carlos dijo á su madre:

—No es nada; sin duda alguna bagatela de la casa.

No queria que su madre conociese la historia del pagaré, temiendo sus observaciones.

Cuando estuvieron solos, el señor Lheureux comenzó en términos bastante claros á felicitar á Emma por la herencia; después habló de cosas indiferentes, de la cosecha, de su salud, de la de él, que iba siempre tromeando. En efecto,

trabajaba mucho, aunque no hacía más, contra la opinión general, que ganar para comer. Emma le dejaba hablar; se aburría desde hacía dos días.

—Y usted ¿está ya completamente restablecida?— continuó.— Ya he visto á su pobre marido. Es una excelente persona, aunque hayamos tenido algunas diferencias.

Ella le preguntó cuáles, porque Carlos no le había dicho nada.

—¡Pero si usted lo sabe! Fué por sus caprichos... los efectos de viaje que me encargó.

Había inclinado su sombrero sobre los ojos, y con las dos manos á la espalda, sonriendo y silbando, la miraba frente á frente, de una manera insolente. ¿Sospechaba algo? Ella permanecía sumida en toda clase de preocupaciones. El continuó:

—Estamos ya reconciliados, y venía á proponerle á usted un arreglo: el de renovar el pagaré firmado por Bovary. El, sin embargo, hará lo que guste; no debe inquietarse ahora, sobre todo, que va á tener algunos apuros. Y hasta haría mejor en descargarlo sobre otro cualquiera: sobre usted, por ejemplo, con un poder: esto sería cómodo, y entonces resolveríamos juntos nuestros asuntos.

Emma no comprendía... El calló en seguida, y, pasando á su negocio, díjole que no podría excusarse de tomarle alguna cosa. Le enviaría doce metros de lanilla negra para hacerse un vestido.

—El que tiene usted es bueno para casa; le hace falta otro para visitas. Lo he notado á la primera ojeada, al entrar. Tengo ojo de lince.

No envió la tela, la llevó él mismo; después volvió con los adornos, más tarde con otros pretextos, procurando siempre hacerse amable, servicial, *infeudarse*, como hubiera dicho Homais, y siempre deslizando á Emma algunos consejos sobre el bien parecer. No hablaba nada del pagaré. Ella no pensaba en él; Carlos, al principio de su convalecencia, le había contado algo; pero tantas preocupaciones había tenido, que ya no se acordaba; por otra parte, Emma se abstuvo de entablar ninguna discusión de intereses. La madre Bovary se sorprendió, y atribuyó su cambio de carácter á los sentimientos religiosos que había contraído estando enferma. Desde que ésta se marchó, Emma maravilló á Carlos por su buen sentido práctico. ¿Necesitaba él tomar informes, hacer

hipotecas, ver si convenía una licitación ó una liquidación? Ella citaba los términos técnicos, hablaba de orden, proveer, previsión, y continuamente exageraba las dificultades que ofrece una herencia, tanto que un día le enseñó el modelo de un poder general para regir y administrar sus asuntos, hacer empréstitos, firmar y endosar pagarés, abonar toda clase de sumas, etc. Había aprovechado las lecciones del señor Lheureux.

Carlos, ingenuamente, le preguntó de dónde provenía aquel papel.

—Del señor Guillaumin.

Y con la mayor sangre fría, añadió Emma:

—Pero no me fio de él mucho; los notarios tienen mala reputación. Sería preciso tal vez consultar... No conocemos más que... ¡Oh! ¡Nadie!

—Puede que León...—replicó Carlos, reflexionando.

Pero era difícil entenderse por correspondencia.

Entonces, Emma se ofreció á hacer el viaje; él le dió las gracias; ella insistió. Por fin, exclamó en tono decidido:

—No, no me molesta; yo iré.

—¡Qué buena eres!—dijo él besándola en la frente.

Al otro día montó en *La Golondrina* para ir á Rouén á consultar con León, y estuvo allí tres días.

III

Aquellos fueron tres días completos, espléndidos, exquisitos: una verdadera luna de miel.

Pararon en el hotel Boulogne, en el puerto, y pasaron los tres días con las persianas echadas, cerradas las puertas, el suelo lleno de flores y tomando helados que se hacían servir desde por la mañana.

Al caer la tarde, tomaban una barca con toldo é iban á comer á una isla próxima, desde donde se oía el martilleo de los calafates en el astillero. El humo del alquitrán filtrábase por entre los árboles, y en el agua del río veíanse man-

chas grasas que ondulaban, pareciendo placas de bronce florentino al reflejo purpúreo del sol.

Pasaban por entre los barcos amarrados, cuyos largos cables oblicuos rozaba á veces la quilla de su barca.

Insensiblemente parecía alejarse el ruido de la ciudad con el rodar de las carretas, el barullo de las voces y los ladridos de los perros desde el puente de los buques. Emma se quitaba el sombrero cuando llegaban á la isla.

Se instalaban en la sala baja de una taberna á cuya puerta había redes tendidas, y allí comían peces fritos, crema y cerezas.

Tumbábanse sobre la hierba, se abrazaban á escondidas bajo los álamos, y hubieran querido vivir eternamente como dos Robinsones en aquel rincón que les parecía, por su placidez, lo mejor de la tierra.

Para ellos no era la primera vez que veían árboles, cielo azul, césped, y oían correr el agua y la brisa murmurar entre las hojas; pero, indudablemente, no habían admirado aquello hasta entonces, como si la naturaleza no hubiese existido hasta después de haber ellos saciado su deseo.

Por la noche regresaban; la barca iba bordeando las islas, y ellos permanecían en el fondo sin hablar: el golpe de los remos marcábase en el silencio como un metrónomo, y el timón atrás chapoteaba en el agua.

Una de las veces salió la luna, y ambos hicieron frases poéticas, apreciando la poesía del astro melancólico; hasta Emma cantó aquello de

¿Te acuerdas cuando juntos
bogábamos de noche?..

Su voz, débil pero armoniosa, resbalaba por las ondas perdiéndose á lo lejos, y el viento llevábase aquellas notas que León oía pasar junto á él como aleteos de pájaros.

Emma, enfrente de él, apoyábase en la banda de la chalupa; su vestido negro la hacía aparecer más delgada y más alta. Llevaba la frente levantada, las manos juntas y los ojos fijos en el cielo. De vez en cuando, la sombra de los sauces de la orilla la ocultaba por completo, apareciendo luego de golpe, como una visión, á la luz de la luna.

León iba tumbado en el fondo, cerca de ella: de pronto, sus manos tropezaron con una cinta de seda que el barquero examinó:

—Debe ser de unos cuantos que llevé de paseo el otro día. Era un grupo de gente alegre ellos y ellas; traían pasteles, vino, música, ¡la mar! Uno de ellos, sobre todo, guapo mozo, de bigotes finos, era el más divertido y el más gracioso. Le decían los demás: «Cuéntanos algo..., Adolfo...», no, Rodolfo, me parece.

Emma se estremeció.

—¿Estás mala?—le preguntó León acercándose á ella.

—¡Oh! no es nada. Es sin duda la frescura de la noche.

—Y que no deben faltarle mujeres al tal—añadió el viejo marinero, creyendo que decía una frase galante.

Y escupiéndose en la palma de las manos, volvió á empuñar los remos.

¡Había, por fin, que separarse! La despedida fué triste. Conviniéron en que León mandaría las cartas á casa de la tía Rolet, recomendándole mucho Emma que pusiese doble sobre, astucia de enamorado que admiró á León.

—¿De modo es que tú me aseguras que ese poder está en forma?—le preguntó ella al darle el último beso.

—Sí, mujer.

Y al volver León solo por las calles, pensaba: «¿Por qué le interesará tanto lo del poder?»

IV

No tardó mucho León en darse importancia con sus compañeros; dejó de ir con ellos y descuidó completamente la oficina. Esperaba con impaciencia las cartas de Emma: las leía y las releía, y cuando las contestaba, evocábala á ella con toda la fuerza de sus recuerdos. En vez de disminuir con la ausencia, acrecíase el deseo de volver á verla, tanto, que un sábado por la mañana se escapó de la oficina, decidido á ir á Yonville.

Cuando desde lo alto de la cuesta divisó el campanario de la iglesia, sintió aquella delectación, mezcla de vanidad triunfante y de egoísmo, que deben sentir los indianos millonarios cuando vuelven á ver su ciudad natal.

Fué á rondar la casa de Emma; había luz en la cocina. Espió la sombra de ella por las cortinas de las ventanas, pero nada vió.

La posadera, al verle, se asombró y le encontró más alto y más delgado, en tanto que á Artemisa le parecía más fuerte y más moreno.

Comió en la misma habitación que antiguamente, sin la compañía de Binet que, cansado de esperar la diligencia, como antes, había decidido adelantar una hora la comida, sentándose á la mesa á las cinco en punto y quejándose algunas veces de que el reloj retrasaba.

León acabó por decidirse y llamar á la puerta de casa del médico.

Emma estaba en su habitación y tardó un cuarto de hora en bajar.

Carlos se alegró de ver á León, y aquella no salió de casa ni en todo el día siguiente.

León vió á Emma á solas, á última hora de la noche, en la puerta trasera del jardín, allí mismo donde recibía al otro.

Aquella noche había tormenta, y ambos tuvieron que hablar á la luz de los relámpagos y refugiados bajo un paraguas.

La separación hizoseles intolerable.

—¡Prefiero morir!—decía Emma.

Y llorando, se retorció entre los brazos de él.

—¡Adiós!... ¡Adiós!... ¿Cuándo te volveré á ver?

Después de separados, volvieron otra vez para abrazarse de nuevo, y León le prometió encontrar en seguida un medio, cualquiera que fuese, para verse con toda libertad una vez á la semana.

Emma quedó confiada en ello; además, esperaba entonces tener dinero.

Compró para su habitación, á Lheureux, cortinas de rayas amarillas y una alfombra. No podía Emma pasarse sin los servicios del comerciante, al cual hacía venir veinte veces al día, acudiendo él siempre tan solícito.

También hacía venir muchas veces á la tía Rolet, obligándola á que se quedase á almorzar, y otras veces iba ella á visitarla, sin que nadie se explicase esto.

Por entonces, á principios de invierno, fué cuando Emma se sintió poseída de una furiosa manía musical.

Una tarde que Carlos la oía tocar, empezó cuatro veces un mismo trozo, enfadándose consigo misma, á pesar de que Carlos, sin notar el tropiezo, le decía:

—¡Bravo!... ¡Divinamente! ¡Sigue, sigue!

—¡Oh, no! Tengo los dedos torpes.

Al día siguiente, él la rogó que tocara algo.

—Lo haré por complacerte.

Carlos confesó que había perdido mucho de ejecución. Se equivocaba, vacilaba... Hasta que parando en seco, dijo Emma:

—¡Basta! no tengo más remedio que volver á tomar lecciones; pero...

Y mordiendo los labios, añadió:

—Son veinte francos; ¡muy caro!

—Sí... un poco caro... Podrías encontrar profesor más barato.

—¡Búscalo tú!

Al día siguiente, Carlos, mirándola sonriente, la dijo:

—¡Qué testaruda eres á veces! Hoy he estado en Berfeucheres, y la señora Llegeard me ha dicho que sus tres hijas tienen una profesora buenisima á cincuenta sueldos lección.

Emma se encogió de hombros y no volvió á tocar el piano ni á abrirlo siquiera.

Cuando lo miraba estando Carlos presente, exclamaba:

—¡Pobre piano mío!

Si alguien iba de visita, decíale que había abandonado la música á la fuerza. Los demás decían que era una lástima teniendo un talento musical como el suyo. Se lo echaron en cara á Carlos, y hasta Homais llegó á decirle:

—Hace usted mal en eso: no hay que torcer las inclinaciones naturales. Piense usted, además, en que, aprendiendo ahora Emma, se economiza usted profesora para su hija. Yo soy de opinión que las madres son las únicas que deben enseñar á sus hijas: es una idea de Rousseau poco extendida aún, pero que seguramente triunfará, como se ha conseguido que las madres den el pecho á sus hijos y que los dejen vacunar.

Carlos insistió, pues, en lo del piano. Emma le contestó secamente que lo mejor era venderlo; pero Carlos consideró aquello como una especie de suicidio parcial.

—Si tú quisieras, podrías tomar alguna que otra lección de vez en cuando... Así no resultaría muy caro.

Ella replicó:

—Las lecciones no aprovechan si no son seguidas.

Y he aquí cómo Emma obtuvo de su esposo el permiso para ir á Rouén una vez á la semana para ver á su amante; y, al cabo de un mes, hasta parecíale á Carlos que Emma hacía notables progresos en la música.

V

El jueves era el día del viaje. Emma se levantaba y se vestía silenciosamente para no despertar á Carlos, que seguramente le hubiera hecho alguna observación por la prisa que se daba; después paseaba por la habitación y se ponía ante la ventana para ver la plaza.

Las primeras luces del día iluminaban los pilares del mercado; en la casa del boticario, cuyas ventanas estaban aún cerradas, veíanse, al pálido fulgor de la aurora, destacarse las letras mayúsculas de la muestra.

Cuando el reloj marcaba las siete y cuarto, se iba al *León de Oro*, donde, desperezándose, acudía á abrirle las puertas Artemisa, y removía, en obsequio á Emma, los carbones enterrados en las cenizas.

Emma quedábase sola en la cocina; de vez en cuando salía á la puerta.

Hivert, entretanto, enganchaba sin darse prisa, escuchando á la Lefrancois que, asomando por un postigo la cabeza, le llenaba de encargos y de explicaciones capaces de atontar á cualquier otro.

Emma golpeaba el suelo con los tacones.

Después de haber comido un plato de sopas, encasquetándose la gorra de pieles, encendido su pipa y empuñado su látigo, instalábase el bueno de Hivert en el pescante. *La Gelondrina* partía al trote corto, y durante tres cuartos de legua, se detenía en varios sitios para tomar viajeros que la esperaban al borde del camino, ante las verjas de los patios. A los que habían avisado la víspera había que esperarles; algunos hasta estaban aún en la cama, en su casa.

Hivert llamaba, gritaba, blasfemaba; después bajaba de su asiento y golpeaba las puertas.

El viento colábase por las ventanillas mal ajustadas; cuatro banquetas se llenaban, el coche rodaba por entre filas de manzanos, y la carretera, flanqueada por dos cunetas llenas de agua amarillenta, iba estrechándose siempre hacia el horizonte.

Emma se la sabía de punta á cabo; después de un prado había un poste, á continuación un olmo, una granja ó una casilla de peón caminero; algunas veces, á fin de darse alguna sorpresa, cerraba los ojos, pero no perdía nunca el sentido de la distancia que quedaba por recorrer. Por fin, las casas de ladrillo se acercaban, la tierra trepidaba bajo las ruedas, *La Golondrina* pasaba por entre jardines, donde se divisaban estatuas, un viñedo, un columpio... Por último, la ciudad aparecía de golpe.

Descendiendo en anfiteatro y envuelta por la niebla, se extendía hasta más allá de los puentes confusamente.

El campo llano seguía después monótono hasta tocar á lo lejos la base indecisa del cielo pálido.

Así, visto desde lo alto, el paisaje entero tenía el aspecto inmóvil de una pintura; los barcos, anclados, se agrupaban en un extremo, el río marcaba su curva al pie de las colinas verdes, y las islas parecían sobre el agua grandes pescados allí quietos.

Las chimeneas de las fábricas lanzaban inmensos penachos negruzcos, se oía el ronquido de las fundiciones con el repique claro de las iglesias que se erguían sobre la bruma; los árboles de los bulevares, sin hojas, parecían espinos de color de violeta en medio de las casas, y los tejados, relucientes por la lluvia, tenían reflejos desiguales, según la altura de los barrios.

A veces, una ráfaga de viento llevaba las nubes hacia la costa de Santa Catalina, como olas aéreas que se rompían en silencio contra un acantilado.

Algo de vertiginoso y confuso se desprendía para ella de aquellas existencias amontonadas, y su corazón se hinchaba, como si las ciento veinte mil almas que allí palpitaban le hubiesen enviado á la vez el vapor de las pasiones que ella les suponía.

Su amor agitábase ante el espacio y se llenaba con el torbellino de murmullos vagos que subían, y la antigua ciu-

dad normanda se extendía ante sus ojos como una capital inmensa, como una Babilonia en la que hiciese su entrada.

Se asomaba por la ventanilla, aspirando la brisa; los tres caballos galopaban, las piedras rechinaban en el barro, la diligencia se balanceaba, é Hivert, de lejos, avisaba con la bocina á las calesas de la carretera, mientras los que habían pasado la noche en el bosque Guillaume bajaban por la costa tranquilamente en sus coches familiares.

Paraba el coche en la barrera; Emma se quitaba los chanclos, se ponía otros guantes, volvía á ceñirse el chal, y veinte pasos más allá, bajaba de *La Golondrina*.

La ciudad entonces despertaba. Los horteras limpiaban las portadas de las tiendas, y mujeres con canastos á la cadera lanzaban á intervalos pregones sonoros en las esquinas de las calles.

Emma marchaba con los ojos bajos, rozando las paredes y sonriendo de placer bajo su velo negro caído.

Por miedo á ser vista, nunca tomaba el camino más corto; metíase por los callejones más sombríos, y llegaba sudando al extremo de la calle Nacional, cerca de la fuente: aquel era el barrio del teatro, de las tabernas y de las prostitutas.

A menudo pasaba por su lado una carreta llevando una decoración; mozos con delantal echaban arena en la acera entre los tiestos con arbustos. Oían aquellos sitios á ajenjo, tabaco y ostras.

Doblaba una calle y veía entonces á León con su cabellera rizada saliéndole del sombrero. Él seguía por la acera, ella iba detrás hasta el hotel, subía él, abría la puerta, entraba ella... ¡Qué abrazo! Luego, las palabras se precipitaban tras de los besos.

Contábanse mutuamente los pesares de la semana, sus presentimientos, las inquietudes por las cartas... Pero ahora, todo lo olvidaban, se miraban frente á frente, se contemplaban con sonrisa voluptuosa.

El lecho era grande, de caoba, en forma de barco; las cortinas rojas que pendían del techo, se plegaban hacia la cabecera.

Y nada más bello en el mundo que su cabeza de cabellera negra y su piel blanca destacándose sobre aquel color de púrpura, cuando, por un resto de pudor, Emma cruzaba sus dos brazos desnudos, ocultándose el rostro entre las manos.

La tibia habitación, con su alfombra discreta, sus adornos raros, su luz tranquila, parecía á propósito para las intimidades de la pasión.

Había sobre la chimenea, entre dos candelabros, dos de esas grandes conchas rosadas en las que se oye el ruido del mar cuando se aplican al oído.

¡Cómo amaban los dos aquella habitación llena de alegría, á pesar de su lujo un poco marchito! Siempre encontraban los mismos muebles en su sitio, y á veces horquillas que ella había dejado olvidadas el último jueves sobre el zócalo del reloj.

Almorzaban juntos al fuego, en un pequeño velador incrustado de palosanto. Emma trinchaba, haciéndole á él plato con todo género de coqueterías, y reía con risa sonora y libertina cuando la espuma del champagne desbordábase de la copa cayéndole sobre las sortijas de sus dedos.

Hallábanse tan completamente absortos en la posesión de sí mismos, que se creían ya en su casa propia, debiendo vivir en ella hasta la muerte, como dos eternos jóvenes. Decían: «nuestro cuarto, nuestra alfombra, nuestras butacas», y hasta añadía ella: «mis zapatillas»: un regalo de León, un capricho que había tenido: eran de satén rosa con un cisne bordado.

Cuando Emma se sentaba sobre sus rodillas, su pierna colgaba al aire y el diminutivo calzado, que no tenía talón, se sujetaba sólo en los dedos de su pie desnudo.

Saboreaba León por vez primera la inexplicable delicadeza de las elegancias femeninas: nunca había encontrado en otra aquella gracia de lenguaje, aquella delicadeza en las ropas, aquellas actitudes de paloma adormecida. Admiraba la exaltación del alma de Emma y los encajes de su camisa: además, ¿no era aquella una *mujer de mundo*, una mujer casada, una verdadera *querida*, en fin? A causa de la variedad de su carácter, ora místico ó alegre, burlón ó taciturno, desdenoso ó arrebatado, iba ella inspirándole mil deseos, evocando instintos ó reminiscencias: era la enamorada de todas las novelas, la heroína de todos los dramas, la vaga *ella* de todos los volúmenes de versos: encontraba en sus hombros el color del ámbar de *la odalisca en el baño*; tenía el cuerpo largo de las castellanas feudales; parecíase á la *mujer pálida de Barcelona*; pero, por encima de todo eso, era un ángel.

Muchas veces, al mirarla, parecíale que su alma se esca-

paba hacia ella extendiéndose como una ola alrededor de su cabeza, y que descendía, arrastrada impetuosamente, hasta la blancura de su pecho; sentábase en el suelo ante ella, y con los codos sobre sus rodillas, la contemplaba sonriendo; ella se inclinaba hacia él, y murmuraba como sofocada por la más dulce embriaguez:

—¡Oh! ¡No te muevas! ¡No hables! ¡Mírame! ¡Sale de tus ojos una cosa tan dulce, que me hace tanto bien!...

Y le llamaba niño.

—¡Niño! ¿Me quieres?

Y no se oía la respuesta, por la precipitación de aquellos labios que buscaban su boca.

Había encima del reloj de la chimenea un Cupidillo de bronce que enlazaba sus brazos á una guirnalda dorada. ¡Cuántas veces no se rieron al contemplarle!

Pero cuando llegaba la hora de la separación, todo les parecía triste. Inmóviles uno ante otro, se repetían:

—¡Hasta el jueves! ¡Hasta el jueves!

Ella le cogía repentinamente la cabeza entre las dos manos, le besaba apresuradamente en la frente, y exclamando: «¡adiós!», se lanzaba á la escalera. Dirigiase á la calle de la Comedia, á casa de un peluquero para que le arreglase el peinado. Caía la noche y encendían el gas en la peluquería.

Oía la campanilla del teatro que llamaba á los actores á la representación, y veía pasar por delante á hombres de cara pálida y mujeres con traje ajado, que entraban por la puerta que da al escenario.

Hacía calor en aquel cuarto bajo; el olor de las tenacillas unido al de aquellas manos grasientas que las aplicaban á la cabeza, acababan por aturdirla y se adormecía un poco bajo su peinador. Con frecuencia, el oficial que la peinaba la ofrecía billetes para el baile de máscaras.

Después se iba, llegaba á la *Cruz Roja*, cogía sus efectos, que había dejado ocultos por la mañana bajo una banqueta, montaba en *La Golondrina*, y ocupaba su sitio entre los viajeros impacientes.

Algunos se bajaban al llegar á la cuesta, y permanecía sola en el coche.

A cada vuelta del camino, veíanse más las luces de la ciudad, que revueltan un espeso vapor luminoso por encima de las casas. Emma se ponía de rodillas en los almohadones y dilataba en aquel espectáculo su mirada: sollozaba, lla-

maba á León y le enviaba tiernas palabras y besos que se perdían en el viento.

Había en el camino un pobre diablo con su garrote, que salía siempre al encuentro de la diligencia; sucios harapos cubrían sus espaldas, y un viejo sombrero desfondado le ocultaba la cara; cuando se lo quitaba, dejaba ver en el sitio de las pupilas dos órbitas vacías y sangrientas. La carne se le deshilachaba en jirones rojos, y salían de ella humores que se extendían como lepra verde hasta la nariz, cuyas ventanas negras resoplaban convulsivamente.

Para hablar con alguno, inclinaba la cabeza con risa de idiota, y entonces, sus pupilas azuladas, rodando con un movimiento continuo, se dirigían hacia las sienas rozando el borde de la lliga viva.

Cantaba una cancioncilla mientras corría detrás del coche:

Al llegar los días
de mucho calor,
la pobre muchacha
sueña con su amor.

Y en el resto de la canción se hablaba de pájaros, sol y follaje.

A veces aparecíasele súbitamente á Emma con la cabeza descubierta, y ella se retiraba lanzando un grito. Hivert bromeaba con él, animándole á tomar una barraca en la feria de Saint-Romain, ó bien le preguntaba riendo cómo le iba con la novia. A menudo, durante la marcha, se veía asomar su sombrero por la ventanilla de la diligencia, en tanto que él colgábase con el otro brazo sobre el estribo, entre las dos ruedas. Su voz, débil al principio, tornábase aguda, sonando de noche como un vago lamento; y á través del ruido de los cascabeles, del murmullo de los árboles y del rechinar de la desvencijada diligencia, tenía aquella voz algo que trastornaba á Emma, algo que descendía al fondo de su alma, como un torbellino en un abismo, y le arrastraba á los espacios de una melancolía sin límites. Hivert, cuando advertía el ardid, ahuyentaba al ciego á latigazos; que al alcanzarle alguna de sus heridas, le hacía caer en el lodo lanzando un alarido.

Los viajeros de *La Golondrina* acababan al fin por dormirse; los más con la boca abierta, los otros con la cabeza inclinada sobre el hombro del vecino ó con el brazo pasado

por las correas, todos oscilando al unísono al balanceo del coche; y el reflejo del farol que se agitaba fuera, penetrando en el interior por entre las cortinillas de color de chocolate, esparcía sombras sanguinolentas sobre aquellos individuos. Emma, llena de tristeza, temblaba bajo su abrigo y sentía el frío en los pies, y la muerte en el alma.

Carlos la esperaba en casa: *La Golondrina* siempre se retrasaba los jueves. Al fin llegaba la señora, y apenas si bebaba á la pequeña. ¿No estaba la comida hecha? No importaba; excusaba á la cocinera. Todo le estaba permitido á la felicidad.

Muchas veces su marido, fijándose en su palidez, le preguntaba si se encontraba enferma.

—¡No! respondía Emma.

—Sin embargo, tienes algo raro esta noche...

—¡Nada! ¡No tengo nada!

Días había en que, al llegar á su casa, subía á su cuarto, y Justino, que estaba allí, andaba con paso quedo, más ingenioso en servirla que una excelente camarera. Colocaba los fósforos en la mesa de noche, el candelero, un libro, disponía su camisa de dormir, abría las sábanas...

—¡Bien, está bien, vete ya!—decíale.

Porque él, después de hacer esto, permanecía de pie con los brazos colgando y los ojos abiertos, como preso entre los hilos incontables de un repentino ensueño.

La mañana siguiente era horrible, y los días sucesivos más intolerables todavía, por la impaciencia que tenía Emma de volver á disfrutar su dicha; deseo áspero, inflamado por imágenes conocidas, y que al séptimo día estallaba en las caricias que prodigaba á León. Los ardores con él encubriábanse bajo expansiones de asombro y gratitud; Emma saboreaba aquel amor de una manera discreta y reservada; manteníalo por medio de todos los artificios de su ternura, y temblaba un poco ante el temor de perderlo algún día.

Solía decirle con dulzuras de voz melancólica:

—¡Ah! ¡Tú me abandonarás! ¡Tú te casarás, tú serás como los otros!

Y él preguntaba:

—¿Quiénes son los otros?

—¡Los hombres!—respondía ella.

Y añadía, rechazándole con un gesto lánguido:

—¡Todos sois unos infames!

Un día que hablaban filosóficamente de las desilusiones terrestres, ella dijo, para poner á prueba los celos de él ó tal vez cediendo á un deseo de expansión, demasiado vivo, que en otro tiempo, antes que á él, había amado á otro... *No como á ti*—añadió rápidamente, jurando por su hija *que nada había pasado*.

León la creyó, pero no obstante, preguntóle quién y qué era *aquel*.

—Capitán de navío—contestó ella.

¿No era esto prevenirse contra toda investigación y al mismo tiempo elevarse ella por aquella pretendida fascinación ejercida sobre un hombre que debía ser de naturaleza belicosa y estar acostumbrado á toda clase de homenajes?

León sintió entonces todo lo ínfimo de su posición, y evidió las charreteras, las cruces y los títulos: todo aquello que debía agradarla, dadas sus costumbres dispendiosas.

Emma, sin embargo, se callaba muchas de aquellas extravagancias, tales como la de desear para ir á Rouén un tilburi azul con un caballo inglés guiado por un groom con botas de campana. Justino le había inspirado aquel capricho, suplicándole que le tomase como criado; y si aquella privación no aminoraba el placer de la llegada á las citas, aumentaba seguramente la tristeza del regreso. Frecuentemente, cuando hablaban de París, ella acababa por decir:

—¡Ah! ¡qué bien viviríamos allí!

—¿Acaso no somos dichosos?—preguntaba él dulcemente, pasándole la mano por los rizos de su cabellera.

—¡Sí, es cierto! ¡soy una loca! ¡dame un beso!

Por entonces, fué más amable que nunca con su marido: le hacía natillas, y tocaba vales después de comer. Juzgábase Carlos el más afortunado de los mortales, y Emma vivía sin ninguna inquietud, cuando una tarde, de repente, preguntóle él:

—¿No es la señora Lempereur la que te da lecciones de piano?

—Sí.

—Pues la he visto hace poco en casa de la señora Liegeard: le hablé de ti, y me dijo que no te conocía.

Aquello fué como un rayo. Sin embargo, replicó con mucha naturalidad:

—¡Habrá olvidado mi nombre!

—O tal vez—dijo Carlos,—habrá en Rouén varias Lempereur, profesoras de piano.

—Es posible.

Después, añadió vivamente:

—Mira sus recibos.

Y fué al *secretar*, registró todos los cajones, confundió los papeles, y acabó por perder de tal modo la cabeza, que Carlos le suplicó que no se molestase en buscar.

—¡Yo los encontraré!—respondió.

El viernes siguiente, Carlos, al ponerse una de sus botas, encontró un papel dentro.

Lo cogió y leyó:

«He recibido por tres meses de lecciones y diferentes piezas de música, la suma de *sesenta y cinco* francos.—FELICIA LEMPEREUR, profesora de música.»

—¿Cómo diablos estará esto en mis botas? Habrá caído sin duda de la caja de las facturas que está al lado de la mesa.

A partir de aquel momento, la existencia de Emma no fué más que un cúmulo de mentiras, en las que envolvía su amor, como en un velo, para ocultarlo; el mentir era para ella una necesidad, una manía, un placer, hasta el extremo de que si decía que había pasado por la acera derecha de una calle, había que creer que había pasado por la izquierda.

Una mañana que acababa de partir, según su costumbre, ligeramente vestida, empezó á nevar copiosamente. Carlos se había asomado á la ventana y vió pasar al cura que, en la tartana de Tuvache, se dirigía á Rouén. Bajó y entregó al eclesiástico un abrigo para que se lo diese á su mujer en Rouén, en la fonda de la *Cruz Roja*. Apenas llegó M. Bournisién preguntó dónde se hallaba la mujer del médico de Yonville, y la fondista le contestó que iba muy poco por el establecimiento. Por la noche, al encontrarse el cura dentro de la diligencia con la señora Bovary, le contó el caso, al parecer sin darle importancia, porque comenzó á hacer el elogio de un predicador que por entonces hacía maravillas en la catedral y á quien todas las damas corrían á oír. No importaba que él no hubiese pedido explicación; otros, más tarde, podían mostrarse menos discretos: así es que Emma juzgó útil apearse los jueves en la *Cruz Roja*, de manera que

los campesinos de su pueblo que la veían en la escalera no sospechasen nada. Un día, sin embargo, el señor Lheureux la encontró al salir de la *Fonda de Bolonia*, del brazo de León, y Emma tuvo miedo, imaginando que charlaría. No era tan idiota para hacer eso; pero, tres días después, se presentó á verla, cerró la puerta y dijo:

—Tendré necesidad de dinero.

Emma contestó que no podía dárselo; Lheureux se quejó recordándola todas las complacencias que con ella había tenido. En efecto, de los dos pagarés suscriptos por Carlos, Emma hasta entonces no había pagado más que uno; en cuanto al segundo, el comerciante, á sus ruegos, había consentido en cancelarlo por otros dos, que también habían sido renovados á largo plazo.

Después sacó de su bolsillo una lista de géneros que se le debían: las cortinas, la alfombra, la tela para las butacas, muchos cortes de vestido y diversos artículos de tocador, cuyo importe ascendía á dos mil francos próximamente. Emma bajó la cabeza; Lheureux repuso:

—Si no tiene usted metálico, en cambio tiene usted *bienes*.

Aludía á una mala casucha, sita en Barneville, cerca de Aumale, que no producía gran cosa y que estaba afecta en otro tiempo á una pequeña granja vendida por el padre de Carlos. Lheureux lo sabía todo, hasta el número de hectáreas y el nombre de los vecinos.

—Yo, en su caso—le dijo,—la vendería, y después de pagarme, aun le quedaría á usted dinero.

Emma objetó que era difícil hallar un comprador; él le dió esperanza de encontrarlo; y entonces le preguntó ella cómo se las arreglaría para poder hacer la venta.

—¿No tiene usted el poder?

Estas palabras llegaron á sus oídos como un soplo de aire fresco.

—¡Deme usted la cuenta!—le dijo.

—¡Oh! no vale la pena—repuso Lheureux.

Volvió á la semana siguiente, y dijo que había descubierto, á fuerza de investigaciones, á un tal Langlois, que hacía tiempo había echado el ojo á la finca; pero que no le había indicado lo que quería dar por ella.

—¡No importa el precio!—exclamó Emma.

Pero, era preciso esperar, tantear, regatear con aquel

hombre. La cosa valía la pena de un viaje; y como ella no podía hacerlo, él se ofreció á ir á ver á Langlois.

Fué efectivamente, y volvió diciendo que el comprador ofrecía cuatro mil francos. Emma se entusiasmó al oirlo.

—Efectivamente —añadió él,— está bien pagada.

Emma tomó la mitad de la suma inmediatamente, y cuando pensó saldar su cuenta, el mercader le dijo:

—Me da mucha pena que se desprenda usted de una vez de una suma como esa...

Entonces ella miró los billetes de Banco, y calculando el número ilimitado de citas que representaban aquellos dos mil francos, balbuceó:

—¡Cómo... cómo!...

—¡Oh! —replicó Lheureux riendo bondadosamente,— en las facturas se pone cuanto se quiere. ¿Acaso no conozco yo las interioridades de una casa?

Y la miraba fijamente, teniendo en su mano dos papeles que deslizaba entre sus dedos. Por fin, abriendo su portamonedas, puso sobre la mesa cuatro pagarés de á mil francos cada uno.

—Fírmeme usted esto, y guárdese el dinero.

Ella se escandalizó.

—Pero ¡si aun le hago á usted favor!...

Y tomando una pluma, escribió al pie de la cuenta:

«Recibido de la señora Bovary, cuatro mil francos.»

—¿Qué le inquieta á usted, cuando dentro de seis meses cobrará el otro plazo de la venta, y el vencimiento del último pagaré es para después de ese cobro?

Emma se confundía con aquellos cálculos; los oídos le sonaban como si monedas de oro, reventando sacos y esparciéndose por el suelo, hubieran caído en torno suyo.

Por último, Lheureux le dijo que tenía un amigo banquero en Rouén, el cual le descontaría aquellos cuatro pagarés, y que, hecho esto, él mismo le entregaría el exceso de la deuda real. Pero en lugar de los dos mil francos, sólo le llevó mil ochocientos, porque su *amigo* había cobrado doscientos por gastos de comisión y descuento, como era *justo*. Después le exigió un recibo.

—Usted comprende... en el comercio... algunas veces... Y ponga usted la fecha, si le parece.

Un horizonte de caprichos realizables abrióse entonces

ante Emma: tuvo, sin embargo, bastante prudencia para guardar mil escudos, con los que fueron pagados á su vencimiento los tres primeros pagarés; pero el cuarto, por casualidad, cayó en la casa en jueves, y Carlos, ignorante de aquello, aguardó pacientemente el regreso de su mujer para pedirle explicaciones.

Emma le dijo que si no le había dado cuenta de aquello había sido para evitarle cuidados domésticos. Se sentó en sus rodillas, le acarició, le mimó, é hizo una larga enumeración de todas las cosas indispensables tomadas al fiado.

—Ya comprenderás que, dada la cantidad, no es muy caro.

Carlos tuvo que recurrir otra vez al eterno Lheureux, que prometió arreglarlo todo, si el médico le firmaba dos pagarés, de los cuales uno, de setecientos francos, vencería á los tres meses. Para poder cumplir oportunamente, escribió Carlos á su madre una carta patética. En vez de enviar la respuesta, vino ella misma; y cuando Emma quiso saber si había logrado algo, dijole él:

—Sí, pero desea conocer la factura.

A la mañana siguiente, al rayar el día, Emma corrió á casa de Lheureux, suplicándole que hiciera otra cuenta que no pasara de mil francos; porque para enseñar la de cuatro mil hubiera sido preciso decir que se habían pagado las dos terceras partes, y, por consiguiente, confesar la venta del inmueble, negociación *admirablemente* llevada por el viejo mercader y que no fué conocida hasta más tarde.

A pesar del precio baratísimo de cada artículo, la madre de Bovary encontró exagerado el gasto.

—¿No podían pasarse sin alfombras? ¿Por qué haber renovado la tela de las butacas? En mi tiempo no había en las casas más que una sola butaca para las personas de edad: por lo menos así sucedía en casa de mi madre, que era una honrada mujer. Todo el mundo no puede ser rico: ninguna fortuna resiste el despilfarro: á mí me daría vergüenza de gastar como vosotros lo hacéis; y, sin embargo, soy una vieja que necesita cuidados. ¡Digo! Seda para los forros á dos francos, cuando se encuentra percalina á diez sueldos, y hasta á ocho, que hace perfectamente el avío.

Emma replicaba, lo más tranquilamente posible:

—Pero señora, basta de...

La otra continuaba sermoneándola, y prediciéndoles que

acabarian en el hospital, y que la culpa era de Carlos. Gracias que me ha prometido hacer pedazos ese poder.

—¿Cómo?

—Me lo ha jurado —añadió la buena mujer.

Emma abrió la ventana y llamó á Carlos, y el pobre hombre se vió obligado á confesar la promesa arrancada por su madre. Emma se marchó... Después entró muy de prisa y le entregó una gruesa hoja de papel.

—¡Gracias! —dijo la vieja.

Y echó al fuego el poder.

Emma lanzó una carcajada estridente, sonora, continuada...

Era un ataque de nervios.

—¡Ah, Dios mío! —gritó Carlos. — ¡Tú tienes la culpa!... ¡Vienes á irritarla!...

Su madre, encogiéndose de hombros, le dijo que todo aquello no era más que aspavientos; pero Carlos, rebelándose por primera vez, tomó la defensa de su mujer con tanto fuego, que su madre decidió marcharse.

En efecto, al día siguiente se despidió, y ya en la puerta, como Carlos tratase de retenerla, le dijo:

—¡No, no! tú la quieres más que yo, y es natural. Lo siento, porque... ¡Ya verás, ya verás!... ¡Que os vaya bien! ¡Así no estaré tan cerca, como dices, para irritarla!...

Carlos estaba muy cohibido ante Emma, pues ésta no ocultaba el rencor que le guardaba por su falta de confianza.

Muchos ruegos tuvo que hacerle antes de que consintiese en volver á aceptar un nuevo poder, y hasta la acompañó á casa de M. Guillaumin para que lo reprodujese.

—Comprendo perfectamente —dijo el notario. — Un sabio no debe preocuparse de los detalles prácticos de la vida.

Carlos se sintió aliviado con esta reflexión lisonjera, que daba á su debilidad las apariencias halagadoras de una preocupación superior.

¡Qué desbordamiento el jueves siguiente con León en el cuarto de la fonda!

Emma lloró, rió, cantó, bailó, hizo subir sorbetes, quiso fumar y apareció á los ojos de León extravagante, pero adorable, soberbia.

No podía comprender qué reacción de todo su ser la animaba á precipitarse en los goces de la vida; volvíase irritable, golosa, lasciva, y se paseaba con él por las calles con la ca-

beza erguida, sin miedo, decía, de comprometerse. Con todo, algunas veces la asustaba la repentina idea de encontrarse con Rodolfo; le parecía que, aun separados para siempre, no estaba completamente libre de él.

Una noche no volvió á Yonville. Carlos se desesperó, y la niña, que no quería acostarse sin su mamá, lloraba desconsolada. Justino había salido al camino; el señor Homais había abandonado la farmacia; por fin, á las once, no pudiendo contenerse más ya, Carlos enganchó su tartana y partió en dirección á Rouén, llegando á las dos de la madrugada á la *Cruz Roja*. ¡Nadie!

Pensó que acaso León la habría visto; pero ¿dónde vivía?

Afortunadamente recordó las señas de la casa del notario, y corrió á ella. Comenzaba á clarear; llamó; alguien, sin abrir, le dió las señas que pedía, pero refunfuñando contra los que despiertan á las gentes á tales horas.

La casa en que vivía el pasante no tenía aldabones, campanillas, ni portero; Carlos la emprendió á golpes con las persianas...

Un polizonte acertó á pasar; Carlos tuvo miedo y se marchó.

—¡Es para volverse loco!—decía.—Puede que la hayan hecho quedarse á comer en casa del señor Lormeaux.

La familia Lormeaux no vivía en Rouén.

—¿Si se habrá quedado á velar á la señora Dubreuil?

Pero la señora Dubreuil hacía diez meses que había muerto.

—¿Dónde estará?

Se le ocurrió entrar en un café, pedir el *Anuario*, y buscar precipitadamente el nombre de la señorita Lempereux, que vivía en la calle Grenelle-des-Marroquiniers, 74. Al desembarcar en esta calle, Emma apareció por el otro extremo. Carlos se dirigió hacia ella exclamando:

—¿Dónde has pasado la noche?

—He estado enferma.

—¿Y de qué?... ¿Dónde?... ¿Cómo?...

Emma se pasó la mano por la frente, y contestó:

—En casa de la señorita Lempereur.

—Estaba seguro. Allí iba.

—No te molestés—dijo Emma;—acaba de salir. Pero de aquí en adelante tranquilízate. No obraré con libertad, si sé que el menor retraso te trastorna de este modo.

Era una especie de permiso que se daba para no molestarse en sus escapatorias, y de él se aprovechó á sus anchas.

Cuando sentía deseos de ver á León, iba á Rouén con cualquier pretexto, y como no la aguardaba él aquel día, le iba á buscar á su bufete. Esto encantó á León la primera vez; pero á poco tuvo que confesar á Emma que el notario se quejaba mucho de aquellos desórdenes.

— ¡Déjalo y vente!

Y él se iba.

Quiso que se vistiera de negro, y le obligó á dejarse la perilla para parecerse á los retratos de Luis XIII. Deseó conocer su habitación, y la encontró regular; él se avergonzó, y ella no hizo caso.

Después le aconsejó que comprase cortinas parecidas á las suyas; y como él dijese que era mucho gasto, le contestó, riéndose.

— ¡Ah! ¿Conque eres miserable?

Necesitaba que León, en cada cita, le contase todo lo que había hecho desde la última vez que se vieron. Le pidió versos hechos para ella, una poesía amorosa en honor suyo; pero él no pudo nunca pasar del segundo verso, y acabó por copiar un soneto de un periódico. No discutía sus ideas, aceptaba sus gustos, y se convertía en su querida, más que ella lo era de él.

Emma tenía palabras tiernas y besos que le robaban el alma.

¿Dónde había ella aprendido aquella corrupción casi inmaterial á fuerza de ser profunda y disimulada?

VI

En los viajes que hacía para verla, comía León muchas veces en casa del boticario; por esto creyó justo invitarle á su vez en Rouén.

— ¡Con mucho gusto! — había respondido el señor Homais; — así me despejaré un poco, porque aquí me embrutezco. Iremos al teatro, al restaurant; haremos calaveradas.

—¡Pero hombre!—murmuraba tiernamente la señora Homais, asustada de los vagos peligros que se disponía á correr su marido.

—¿Es decir que no crees que quebranto mi salud aspirando continuamente las emanaciones de la farmacia? ¡Estas son las mujeres! Celosas de la ciencia y enemigas de que uno busque las más legítimas distracciones. No importa, cuente usted conmigo; uno de estos días caigo en Rouén y vamos á hacer una barrabasada.

El boticario se hubiera guardado antes de hablar así; pero daba ahora en hacerse el parisiense, lo que hallaba del mejor gusto, y (como la señora Bovary, su vecina) interrogaba al pasante con curiosidad acerca de las costumbres de la capital, y hasta hablaba el argot, á fin de deslumbrar á los del pueblo.

Un jueves, Emma quedó sorprendida al encontrar en la cocina de la posada al señor Homais en traje de viaje, es decir, cubierto con un capote antiguo que nadie le conocía y llevando en una mano la maleta y en la otra la linterna de la botica.

No había dado á nadie cuenta de su proyecto, por temor de inquietar al público con su ausencia. La idea de volver á ver los lugares donde había pasado su juventud, exaltábase, sin duda, porque durante todo el camino no cesó de hablar de ellos.

Apenas hubo llegado, saltó ligeramente del coche para correr en busca de León, y por más que éste se resistió, el señor Homais le arrastró al gran restaurant de Normandía, donde entró majestuosamente sin quitarse el sombrero, creyendo que era muy provinciano descubrirse en sitio público.

Emma esperó á León tres cuartos de hora. Corrió á la oficina, y haciendo toda clase de conjeturas, acusándole de indiferencia y reprochándole su debilidad, pasó la tarde entera con la frente apoyada en los cristales del balcón.

Eran las dos, y el señor Homais y León estaban todavía ante la mesa.

La gran sala se iba desocupando; Homais estaba satisfechísimo, aunque le embriagaba más el lujo que la comida; sin embargo, el vino de Pomar le había excitado un poco, y cuando llegó la tortilla al ron, expuso, sobre las mujeres, teorías inmorales; lo que sobre todo le seducía era el *chic*; gustábase excesivamente un traje elegante en una habitación

bien amueblada; y en cuanto á las cualidades físicas, no despreciaba las que tenían buenas carnes.

León miraba el reloj desesperándose. El boticario comía, bebía y hablaba. De pronto, dijo:

—Debe usted sufrir mucho en Rouén, y eso que sus amores no están lejos.

León se puso colorado.

—¡Vamos, sea usted franco! ¡No me negará usted que en Yonville...!

El pasante balbuceó.

—En casa del médico, ¿no le hacía usted el amor...?

—¿A quién?

—A la criada.

Por vanidad, más que por otra cosa, negó el hecho; además, no le gustaban las mujeres morenas.

A lo cual dijo Homais:

—Lo apruebo: son demasiado ardientes.

E inclinándose al oído de León, le indicó los síntomas para averiguar el temperamento de una mujer. Metióse en una disertación etnográfica. La alemana era vaporosa; la francesa, libertina; la italiana, apasionada...

—¿Y las negras?—preguntó León.

—Ese es un capricho de artista—dijo Homais.—¡Mozo, dos cafés!

—¿Vámonos?—preguntó León, por fin, en el colmo de la impaciencia.

—¡*Yes!*

Pero, antes de irse, quiso ver al dueño del establecimiento para felicitarle.

El joven, para quedarse solo, alegó que tenía que hacer.

—No importa; le iré escoltando á todas partes.

Y atravesando calles, cogido de su brazo, Homais le hablaba de su mujer, de sus hijos, de su porvenir y de su farmacia, de la decadencia en que estuvo en otro tiempo, y del grado de prosperidad que había logrado alcanzar.

Cuando llegaron ante la fonda de Bolonia, León le abandonó bruscamente, subió la escalera á pasos agigantados, y encontró á su querida muy emocionada.

Al oír el nombre del boticario, se encolerizó; él se disculpaba como podía...

¿Acaso no conocía ella al señor Homais? ¿Cómo podía creer que él prefiriese su compañía á la de ella?

Emma hizo ademán de marcharse; él la detuvo, y cayendo á sus pies le rodeó el talle con los brazos en actitud lánguida, llena de concupiscencia y de súplica.

Ella estaba de pie. Sus grandes ojos inflamados le miraban de un modo terrible; después se oscurecieron por las lágrimas... sus rosados párpados se bajaron... abandonóle las manos, y León las llevaba á su boca, cuando apareció un criado y le dijo que preguntaban por él.

—¿Volverás?—le preguntó ella.

—Sí.

—Pero ¿cuándo?

—En seguida.

Salió y se encontró con Homais, que le dijo:

—He sido yo que he querido cortar esa visita, que me parecía le contrariaba. Vamos á casa de Bridoux á tomar un vaso de *garus*.

León juró y perjuró que tenía que volver á su oficina, y el boticario bromeó acerca de los papelotes y los procedimientos judiciales.

—Deje usted un poco á Barthole, ¡qué demonio! ¿Quién se lo impide? No sea usted cobarde. ¡Vamos á casa de Bridoux! Verá usted su perro: es cosa curiosa.

Y como León se resistiera, añadió:

—¡Vaya, pues voy yo á acompañarle á usted, ya que se empeña en ir al bufete! Leeré un periódico mientras usted trabaja, ú hojearé algún Código.

Aturdido por la cólera de Emma, la charlatanería de Homais, y tal vez la digestión de la comida, León permanecía indeciso y como sujeto á la fascinación del boticario, que repetía:

—¡Vamos á casa de Bridoux! Está á dos pasos de aquí, calle Malpalu.

Entonces, por cobardía, por necedad, por ese incalificable sentimiento que nos conduce á ejecutar las acciones más antipáticas, se dejó conducir á casa de Bridoux.

Lo encontraron en su patio, vigilando á tres muchachos que sudaban dando vueltas á la gran rueda de una máquina para fabricar agua de Seltz. Homais dió un abrazo á Bridoux y tomaron el *garus*. León intentó irse veinte veces; pero el otro le detenía por el brazo, diciendo:

—Ahora, ahora nos iremos. Entraremos en la redacción de *El Faro*. Le presentaré á usted á Thomasín.

Por fin logró León desembarazarse de Homais y corrió á la fonda.

Emma no estaba ya; acababa de partir, exasperada. ¡Le detestaba! Aquella falta á la cita le parecía un ultraje y buscaba todavía otras razones más en contra: creíale incapaz de heroísmo, débil, trivial, más blando que una mujer, avaro y pusilánime.

Después, calmándose, acabó por decirse que tal vez le habría calumniado; pero el denigrar á los que amamos, siempre nos separa algo de ellos.

No hay que tocar á los ídolos, porque el polvillo dorado se queda entre las manos.

Acabaron por llegar á hablar de cosas indiferentes á su amor; y en las cartas de Emma hablaba de flores, de versos, de la luna y de las estrellas: recursos cándidos de una pasión debilitada que intenta avivarse por todos los medios.

Prometiase continuamente para su próximo viaje gozar de una felicidad profunda; después se confesaba no haber sentido nada de extraordinario; pero esta decepción se borraba á fuerza de una esperanza nueva, y Emma volvía á León más ávida... Desnudábase brutalmente, arrancando el delgado cordón de su corsé que silbaba alrededor de sus caderas como una sierpe que se enrosca. Iba de puntillas, con sus pies desnudos, á cerciorarse de si la puerta estaba bien cerrada.

Después, con un solo movimiento, desprendía de una vez todos sus vestidos, y pálida, sin hablar, se dejaba caer sobre el pecho de León con un largo estremecimiento.

Sin embargo, había en aquella frente ardorosa y fría, en aquellos labios balbucientes, en aquellos ojos extraviados, en la presión de aquellos brazos, algo de exagerado, de vago y de lúgubre que á León le parecía interponerse sutilmente entre ellos como para separarlos.

No se atrevía á hacerle pregunta ninguna; pero, al verla tan experimentada, calculaba que había debido pasar por todas las pruebas del sufrimiento y del placer.

Lo que antes le encantaba, le asustaba ahora, y rebelábase contra la absorción, cada día más grande, de su personalidad. Le molestaba Emma por aquella victoria permanente sobre él; esforzábase en no acariciarla; pero al oír el ruido de sus pies perdía el valor, como los borrachos á la vista de los licores fuertes.

Ella no dejaba de prodigarle toda clase de atenciones: desde las delicadezas en la mesa, hasta las coqueterías del traje y la languidez de las miradas; llevaba entre sus pechos rosas cogidas en Yonville, que le arrojaba al rostro; demostraba inquietarse por su salud; le daba consejos sobre su conducta, y con el fin de retenerle más, esperando que al fin el cielo interviniese, le colgó al cuello una medalla de la Virgen. Informábase, como una madre virtuosa, de los amigos que tenía, y le decía:

—No los veas; no salgas; no pienses más que en nosotros. ¡Ámame!...

Hubiera querido poder vigilar su vida, y se le ocurrió la idea de hacerle seguir por las calles.

Había siempre junto al hotel una especie de vagabundo que acosaba á los viajeros y que no rehusaría... Pero su altivez se sublevó.

—¡Y bien, tanto peor! ¿Que me engaña? ¡No me importa!

Un día que se habían separado temprano, y que ella volvía sola por el bulevar, se fijó en los muros del convento, donde ella estudió, y se sentó en un banco á la sombra de los árboles.

¡Qué calma la de aquel tiempo! ¡Cómo envidiaba los inefables sentimientos de amor que allí había leído en aquellos libros!

Los primeros meses de su matrimonio, sus paseos á caballo por el bosque, el vizconde que valsaba y Lagardy cantando... todo pasó por su imaginación. ¡Y entonces León le pareció tan en lontananza como todo aquello!

—Sin embargo—se decía,—yo le amo.

Pero no era dichosa ni lo había sido nunca. ¿De dónde procedía aquella insuficiencia de la vida, aquella podredumbre instantánea de las cosas que se relacionaban con ella?

Si había en alguna parte un ser fuerte y bello, una naturaleza valerosa, llena á la vez de exaltación y de refinamientos, un corazón de poeta bajo una forma de ángel, una lira con cuerdas de bronce lanzando al cielo epitalamios elegíacos, ¿por qué no lo había de encontrar ella? ¡Oh, qué imposible!

Por otra parte, no valía la pena de ser buscado. ¡Todo era mentira! Cada sonrisa ocultaba un bostezo de fastidio, cada alegría una maldición, todo placer un disgusto, y los

mejores besos no dejaban sobre los labios más que una irrealizable aspiración á voluptuosidades más elevadas.

Una onda metálica se extendió por los aires, y cuatro golpes sonaron en la campana del convento. ¡Las cuatro! Pa-reciale que había estado allí, sobre aquel banco, toda una eternidad; porque un infinito de pasiones puede encontrarse en un minuto, como una multitud en un espacio pequeño.

Emma vivía para las pasiones, y se preocupaba del dinero menos que una archiduquesa.

Un día, un hombre de aspecto enclenque, rubicundo y calvo, entró en su casa diciéndose enviado del señor Vincart, de Rouén; quitó los alfileres que prendían el bolsillo lateral de su ancho gabán verde, los clavó en la bocamanga y alargó cortésmente un papel á Emma.

Era un pagaré de setecientos francos firmado por ella, y que Lheureux, á pesar de sus promesas, había endosado á Vincart.

Emma mandó á la criada á buscar á Lheureux; éste contestó que no podía ir.

Entonces el desconocido, que había permanecido de pie, lanzando á derecha é izquierda curiosas miradas que disimulaba bajo sus espesas cejas rubias, preguntó con aire reposado:

—¿Qué debo contestar al señor Vincart?

—Dígale usted... que no tengo... Que la semana que viene... que espere... ¡justo!... hasta la semana que viene.

El hombre se fué sin decir palabra; pero al día siguiente, al mediodía, recibió Emma el protesto, y la vista del papel sellado, en el que se leía varias veces en gruesos caracteres: «Hareng, alguacil en Buchy», la asustó tanto, que corrió en seguida á casa de Lheureux. Lo encontró en su tienda atando un paquete.

—Servidor de usted, señora; soy al momento con usted.

Pero continuó en su tarea ayudado por una joven de unos trece años, un poco coja, que le servía á la vez de dependiente y de cocinera.

Después subió al primer piso precediendo á Emma, y la llevó á un gabinete estrecho, donde había una gran mesa de madera de pino, cubierta de registros, defendida por una barra de hierro con cadenas.

Contra la pared, bajo cortinas de indiana, entreveíase una caja de valores de dimensiones tales, que debía con-

tener algo más que billetes y plata. El señor Lheureux prestaba, en efecto, sobre alhajas, y allí era donde había guardado la cadena de oro de la señora Bovary con los pendientes del pobre tío Tellier, que al fin, obligado á vender, había comprado en Quincampoix una pequeña tienda de ultramarinos, donde se moría con su catarro en medio de las velas menos amarillas que su cara.

Lheureux se sentó en su ancha butaca de mimbres, diciendo:

—¿Qué hay de nuevo?

—Esto—dijo Emma enseñándole el papel.

—¡Y bien! ¿Qué puedo yo hacer en eso?

Se arrebató entonces Emma, recordando la palabra que le había dado de no lanzar sus pagarés á la circulación.

Él convino en ello, pero...

—Me he visto obligado—dijo.—Estaba con el dogal al cuello.

—Y ahora, ¿qué va á suceder?

—¡Oh! poca cosa: un juicio en el tribunal, y luego un embargo.

Emma se contenía para no pegarle, y le preguntó dulcemente si no había medio de calmar al señor Vincart.

—¡Calmar al señor Vincart! ¡Usted no le conoce! Es más feroz que un moro.

—Sin embargo, es preciso que intervenga usted en el asunto.

—Señora, me parece que hasta ahora he sido bastante condescendiente.

Y abriendo uno de sus registros, dijo:

—Mire usted.

Luego, recorriendo las páginas con el dedo, continuó:

—Verá usted... Verá usted... El 3 de agosto, doscientos francos... El 17 de junio, ciento cincuenta... El 23 de marzo, cuarenta y seis... En abril...

Y se detuvo, como si fuera á cometer alguna tontería...

—Y nada digo de los pagarés suscriptos por su marido, uno de setecientos francos y otro de trescientos. En cuanto á los picos, á los intereses, etc... esto no acaba nunca... Así pues, yo me echo fuera del asunto.

Emma lloraba; hasta llegó á llamarle *mi buen señor Lheureux*; pero él descargaba todo sobre el *tunante de Vincart*. Además, él no tenía un céntimo; nadie le pagaba, y un po-

bre tendero como él no podía hacer adelantos. Emma callaba, y el señor Lheureux, que mordisqueaba las barbas de una pluma, inquietóse, sin duda, de su silencio, porque añadió:

—Si al menos uno de estos días tuviese yo algunas entradas... podría...

—¿Y lo que queda de la venta aquélla?

--¿Cómo?—dijo él.

Y al saber que Langlois no había acabado de pagar, pareció muy sorprendido, y exclamó con voz melosa:

—Podemos hacer un convenio...

—¡Oh! de lo que usted quiera.

—Pero ¿en qué forma?

Cerró los ojos como para reflexionar, escribió algunos guarismos, y declarando que se perjudicaba mucho, que la cosa era muy escabrosa y que resultaba una *sangría* para él, extendió cuatro pagarés de doscientos cincuenta francos cada uno, á un mes de plazo.

—¡Con tal que Vincart quiera esperar!... Por lo demás, está arreglado.

Luego le enseñó algunas telas nuevas; pero ninguna era digna de la señora. Le enseñó otra tela que había adquirido en una liquidación.

—¡Es preciosa!—decíale,—se usa mucho ahora para forrar sillones.

Y con ligereza la envolvió en un papel azul y la puso en manos de Emma.

—¿A cómo es?—preguntó ésta.

—¡Bah! ya hay tiempo—respondió él volviéndole la espalda.

Aquella noche, Emma convenció á Carlos para que escribiera á su madre diciéndole que le enviase los restos de la herencia. La suegra respondió que nada tenía; la liquidación estaba terminada, y les quedaba, además de Barneville, seiscientas libras de renta, que prometía enviarles exactamente. Entonces Emma envió la cuenta á casa de dos ó tres clientes, y pronto comenzó á abusar de este medio, que le salía muy bien. Siempre añadía esta postdata: «No hable usted de esto á mi marido; ya sabe usted lo orgulloso que es... Dispense... Vuestra servidora».

Hubo algunas reclamaciones; las ocultó. Para hacerse de dinero vendió sus guantes viejos, sus sombreros usados, va-

rios utensilios; comerciaba con rapacidad; su sangre de campesina se revelaba en estos negocios. En sus viajes á Rouén compraba de lance algunas chucherías, que Lheureux, á falta de otros, le tomaría luego seguramente. Compróse plumas de avestruz, porcelana china, cofrecillos; pidió prestado á la criada, á la posadera, á la fondista de la *Cruz Roja*, á todo el mundo, á cualquiera... Con el dinero que recibió de Barneville recogió dos pagarés; los otros mil quinientos francos se evaporaron. Empeñóse de nuevo... Y siempre así.

Algunas veces se ponía á hacer cuentas; pero descubría cosas tan exorbitantes, que hasta se resistía á creer en ellas. Volvía á empezar, se embrollaba en seguida y olvidábalo todo. ¡La casa, por entonces, era una tristeza! Los acreedores saltan de ella con caras foscas; los pañuelos rodaban por la hornilla... La niña, con gran escándalo de la señora Homais, llevaba las medias agujereadas. Si Carlos aventuraba tímidamente alguna observación, Emma respondía brutalmente que no tenía la culpa. ¿Por qué aquellos arrebatos? Él lo achacaba todo á su antigua enfermedad nerviosa, y reprochándose haber tomado por defectos sus dolencias, acusábase de egoísmo y acometíanle ganas de correr á abrazarla.

—¡Pero no!—pensaba de pronto.—La fastidiaría.

Y no iba.

Después de comer, paseábase solo por el jardín, se ponía sobre sus rodillas á Berta, y desdoblado su revista de medicina, trataba de enseñarla á leer. La niña, que no estudiaba nunca, no tardaba en abrir sus grandes ojos tristes y echarse á llorar. Entonces, su padre la consolaba, é iba á buscar agua en el depósito para hacer riachuelos en la arena, ó rompía ramas para plantar arbolitos, con lo cual no se estropeaba gran cosa el jardín, que ya iba llenándose de hierbas altas. ¡Se le debía tanto á Lestiboudois! Luego la niña tenía frío, llamaba á su madre.

—¡Llama á la criada!—decía Carlos;—ya sabes, nena, que mamá no quiere que la molesten.

El otoño empezaba, y ya las hojas caían—¡como hacía dos años, estando ella enferma!—pensaba Carlos.—¡Cuándo acabará todo esto!

Y paseaba con las manos á la espalda.

Emma se subía á su cuarto; nadie la interrumpía, y pasábase allí todo el día aletargada, á medio vestir, quemando de cuando en cuando pastillas perfumadas que había com-

prado en Rouén, en la tienda de un argelino. Para no tener por la noche cerca de ella á aquel hombre que dormía vulgarmente, acabó, á fuerza de ñoñerías, por relegarle al segundo piso, y leía hasta por la mañana libros extravagantes, en que había cuadros orgiásticos con desenlaces sangrientos. A veces sentía miedo, lanzaba un grito, y Carlos acudía.

—¡Ah! ¡vete de aquí!—decíale.

Otras veces, abrasada más fuertemente por aquella llama íntima que el adulterio avivaba, jadeante, conmovida y llena de deseo, abría su ventana, aspiraba el aire frío, esparcía al viento su cabellera, y, mirando á las estrellas, soñaba con el amor de un príncipe.

Pensaba en León. Hubiese entonces dado todo por una sola de aquellas entrevistas que la saciaban. Aquellos eran sus días de gala y quería que fuesen espléndidos, y cuando él no podía pagar todos los gastos, ella completaba la cuenta, lo que sucedía casi siempre. Él intentó hacerle comprender que estarían lo mismo en cualquier parte, en un hotel más modesto; pero ella se opuso.

Un día sacó de su saquito de mano seis cucharillas de plata sobredorada (era el regalo de boda del padre Rouault), rogándole que fuese inmediatamente á llevar aquello al Monte de Piedad. León obedeció, aunque aquel paso le disgustaba; tenía miedo á comprometerse. Después, reflexionando en ello, le pareció que su querida tomaba resoluciones extrañas, y que no haría mal, tal vez, en apartarse de ella. Además, alguien había enviado á su madre una extensa carta anónima para advertirle que *se perdía con una mujer casada*, y la buena señora, asustada, escribió al señor Dubocage, su jefe, el cual se portó perfectamente en este asunto: durante tres cuartos de hora procuró abrirle los ojos, mostrándole el abismo. Aquella aventura sería un obstáculo, más adelante, para que se estableciese, y le suplicó que la acabara; y pidiéndole aquel sacrificio, si no por propio interés, al menos por él, por Dubocage.

León acabó por jurar que no volvería á ver á Emma, y reprochóse no haber sostenido su palabra, considerando los perjuicios que, efectivamente, aquella mujer pudiera acarrearle todavía, sin contar las broncas de sus compañeros, cuando por la mañana charlaban alrededor de la estufa. Además, iba á ascender á primer pasante, y ya era hora de ser formal.

Se aburría ya cuando Emma, de repente, sollozaba sobre su pecho; y su corazón, como las gentes que no pueden aguantar más que cierta dosis de música, se adormecía indiferente con el estrépito de un amor cuyas delicadezas no percibía ya. Ambos se conocían demasiado para seguir teniendo esos embelesamientos de la posesión que centuplica la alegría; ella estaba tan disgustada de él, como él cansado de ella.

Emma volvía á encontrar en el adulterio todas las vulgaridades del matrimonio; pero ¿cómo desembarazarse de León? Aunque se sentía humillada de la bajeza de semejante felicidad, permanecía en ella por costumbre ó por corrupción; y cada día se encarnizaba más agotando toda felicidad á fuerza de quererla exagerar.

Acusaba á León de sus esperanzas defraudadas, como si la hubiese hecho traición, y hasta deseaba una catástrofe que trajese la separación, puesto que no tenía el valor de decirse á ella. No por esto le escribía menos cartas amorosas, en virtud de aquella idea de que una mujer debe escribir siempre á su amante; pero al hacerlo concebía á otro hombre, un fantasma formado de sus más ardientes recuerdos, de sus lecturas más hermosas, de sus deseos más fuertes, y se hacía al fin tan verdadero y accesible, que ella palpitaba maravillada, sin poder, no obstante, imaginarle claramente: de tal modo se perdía, como un dios, bajo la abundancia de sus atributos. Habitaba ese fantasma en el país azul donde las escalas de seda se balancean en los balcones, entre el aroma de las flores, á la luz de la luna: sentíalo cerca de ella; iba á venir, y la arrebataría, en un beso, toda entera. En seguida volvía á caer, de golpe, en la realidad, rota, maltrecha, porque aquellos ímpetus de amor vago la fatigaban más que los grandes deleites. Sentía una laxitud incesante y general. Comenzó entonces á recibir citaciones en papel sellado, y apenas las miraba. Hubiera querido no vivir ó dormir continuamente.

El día de piñata no regresó á Yonville, y fué por la noche al baile de máscaras, disfrazada de una manera extravagante y descocada. Bailó toda la noche, al son furioso de los trombones; se formaba corro alrededor de ella, y se encontró por la mañana en el peristilo del teatro, entre cinco ó seis máscaras, cargadoras y marineros, y compañeros de León, que hablaban de ir á cenar. Los cafés cercanos estaban lle-

nos; encontraron en el puerto un restaurant de los más medianos, cuyo dueño los instaló en un cuarto del último piso. Los hombres cuchichearon en un rincón, sin duda consultándose sobre el gasto: había entre ellos un pasante, dos carabineros y un dependiente de comercio. ¡Qué sociedad para ella! Cuanto á las mujeres, Emma notó en seguida, por el timbre de sus voces, que debían ser todas de la última fila. Tuvo miedo entonces; echó atrás su silla y bajó los ojos. Los demás se pusieron á comer: ella no tomó nada. Ardíale la frente, sentía picazón en los párpados y un frío de hielo en la piel. En su cabeza repercutíale aún el piso del baile rebotando bajo la pulsación rítmica de mil pies que bailaban. El olor del ponche mezclado con el humo de los cigarros la mareaba. Casi se desmayó, y la llevaron ante la ventana. El día empezaba á clarear, y una gran mancha color de púrpura se extendía en el cielo pálido hacia el lado de Santa Catalina. El río, lívido, rizábase al viento; no había nadie sobre los puentes; los faroles se apagaban. Emma reanimóse, y pensó en Berta, que dormía allá abajo en el cuarto de su criada; pero una carreta llena de grandes flejes de hierro pasó haciendo sonar contra los muros de las casas una vibración metálica ensordecedora. Pudo escaparse de allí bruscamente, quitóse su traje, dijo á León que necesitaba regresar, y por fin se quedó sola en el hotel de *Boulogne*. Todos, y ella misma, le eran insoportables. Hubiera querido, escapándose como un pájaro, ir á rejuvenecerse en alguna parte, muy lejos, en los espacios immaculados.

Salió, atravesó el bulevar, la plaza Cauchoise, y el arrabal hasta una explanada que dominaba los jardines. Caminaba de prisa; el viento fuerte la calmaba, y poco á poco las caras de la gente, las máscaras, las cuadrillas, las arañas con luces, la cena, aquellas mujeres, todo desaparecía como brumas arrastradas por el viento. Después, ya de vuelta, en *La Cruz Roja*, se arrojó sobre la cama en aquel pequeño cuartito del segundo, que tenía estampas de *La torre de Nesle*. A las cuatro de la tarde, Hivert la despertó.

Cuando entró en su casa de Yonville, Felicidad le enseñó, detrás del reloj de sobremesa, un papel gris. Leyó:

«*En virtud de sentencia, en juicio ejecutivo...*» ¿Qué juicio? La víspera, en efecto, habían traído otro papel, que ella no había visto. Así es que se quedó estupefacta ante estas palabras: «*Mandamiento de orden del rey, la ley y la justicia, á la*

señora Bovary...» Después, saltando varias líneas, leyó: «*Veinticuatro horas por todo plazo*». ¿Cómo? «*Pagar la suma total de ocho mil francos*». Y más abajo: «*Será obligada á ello por toda vía de derecho, y especialmente por embargo ejecutivo de sus muebles y efectos*». ¿Qué hacer? ¡Veinticuatro horas! ¡mañana!... Lheureux—pensó—quería, sin duda, asustarla, porque adivinó en seguida todos sus manejos y la causa de sus complacencias. Lo que la tranquilizaba era la importancia misma de la suma. Sin embargo, á fuerza de comprar, de no pagar, de tomar prestado, de firmar pagarés, de renovar esos pagarés, que aumentaban á cada nuevo vencimiento, había acabado por amasarle á Lheureux un capitalito que él esperaba ya impaciente para sus especulaciones.

Emma se presentó en su casa con aire desolado.

—¿Sabe usted lo que me pasa? Eso es una broma, indudablemente.

—No, señora.

—¿Cómo que no?

Volvióse él lentamente, y le dijo, cruzándose de brazos:

—¿Cree usted, señora, que iba yo á ser hasta la consumación de los siglos su proveedor y banquero? ¡Por el amor de Dios! Yo necesito reintegrarme de mis desembolsos; seamos justos.

Ella se rebeló contra la deuda.

—¡Ah! ¡tanto peor! El tribunal la ha reconocido; ha dictado sentencia sobre ella y se lo ha notificado á usted. Por otra parte, no soy yo: es Vincart.

—Y usted, ¿no podría...?

—¡Oh! Nada absolutamente.

—Sin embargo... razonemos.

Ella no tenía dinero: aquello era una sorpresa...

—¿De quién es la culpa?—dijo Lheureux inclinándose irónicamente.—Mientras yo estoy trabajando como un negro, usted vive alegremente.

—¡Ah! No son sermones lo que le pido.

Emma fué cobarde; le suplicó y hasta apoyó su mano blanca y fina sobre las rodillas del comerciante.

—¡Déjeme usted, señora! Cualquiera diría que quiere usted seducirme.

—¡Es usted un miserable!—exclamó ella.

—¡Oh! ¡oh!... No se precipite usted, señora—replicó él riendo.

—Yo pregonaré quién es usted. Diré á mi marido...

—Pues bien, yo le enseñaré también á su marido...

Y Lheureux sacó de su caja de hierro el recibo de mil ochocientos francos que le había dado cuando el descuento de Vincart.

—¿Cree usted—añadió—que no comprenderá el hurto ese pobre hombre?

Ella quedó aturdida como si hubiera recibido un golpe de maza. El se paseaba desde la ventana hasta la mesa, repitiendo:

—¡Ah! ¡yo le enseñaré!... ¡yo le enseñaré también!...

En seguida se acercó á ella, y con voz dulce le dijo:

—Comprendo que esto no es divertido, lo sé; peor es morir, y aun no hemos llegado á ese caso; y puesto que el único medio que le queda es devolverme mi dinero...

—Pero ¿dónde lo he de encontrar?—dijo Emma retorciéndose los brazos desesperadamente.

—¡Bah! Cuando se tienen amigos, como usted los tiene...

Y la miraba de una manera tan maliciosa y tan terrible, que Emma se estremeció hasta las entrañas.

—Yo le prometo á usted...—dijo—firmaré...

—Tengo bastantes firmas tuyas.

—Venderé aún...

—Pero—dijo él encogiéndose de hombros—¡si no tiene usted ya nada que vender!

Y gritó por el postigo que daba á la tienda:

—Anita: no olvide los tres cupones del número catorce.

La criada asomó, y Emma comprendió, y preguntó cuánto dinero haría falta para detener todas las diligencias judiciales.

—Es demasiado tarde.

—Pero ¿y si yo le trajera á usted algunos miles de francos, la cuarta parte de la suma... la tercera... casi todo?

—¡Ah! no, es inútil.

Y la empujó suavemente hacia la escalera.

—Yo se lo ruego, señor Lheureux; deme unos días aún de plazo.

Y sollozaba.

—¡Vaya! ¿Lágrimas también?

—¿No me da usted ninguna esperanza?

—Me río de eso—contestó cerrando la puerta.

VII

Emma recibió estoicamente á Hareng, el alguacil, cuando al día siguiente se presentó con dos testigos para extender el acta del embargo.

Principiaron por el gabinete de Bovary, y no inscribieron la cabeza frenológica por considerarla *instrumento de su profesión*; pero contaron en la cocina los platos, las marmitas, las sillas, los quinqués, y en la alcoba todas las fruslerías de los armarios: examinaron sus vestidos, la ropa blanca, el gabinete tocador; y su existencia, hasta en los escondrijos más íntimos, fué como un cadáver al que se hace la autopsia, extendido á lo largo, ante las miradas de aquellos tres hombres.

El señor Hareng, embutido en una levitilla negra, con corbata blanca, y llevando las trabillas muy estiradas, repetía de cuando en cuando:

—¿Permite usted, señora, permite usted?

A menudo exclamaba:

—¡Delicioso!... ¡Muy bonito!

Después volvía á escribir, mojando su pluma en el tintero de cuerno que tenía en la mano izquierda.

Cuando terminaron con las habitaciones, subieron á la buhardilla. Emma guardaba allí un pupitre donde encerraba las cartas de Rodolfo; fué preciso abrirlo.

—¿Ah! ¡cartas!—dijo el señor Hareng con sonrisa discreta.—Pero, permítame usted, porque debo asegurarme que la caja no contiene otra cosa.

Y apartó los papeles ligeramente, como para descubrir monedas debajo. La indignación se apoderó de Emma al ver aquella mano grosera, de dedos rojos y esponjosos como babosas, que se posaba sobre las páginas donde había latido su corazón.

¡Por fin se marcharon!

Felicidad entró.

Había estado al acecho de Carlos, y ambas escondieron rápidamente en la buhardilla al guardián del embargo, que juró permanecer allí.

Carlos, durante la velada, pareció preocupado; Emma le espiaba con una mirada llena de angustia, creyendo adivinar acusaciones en las arrugas de su cara. Después, cuando sus ojos se dirigían hacia la chimenea adornada con pantallas chinas, hacia los cortinajes, los sillones, y sobre todas aquellas cosas, en fin, que habían dulcificado la amargura de su vida, un remordimiento se apoderaba de ella, ó más bien en pesar inmenso, que irritaba su pasión, lejos de aniquilarla. Carlos atizaba plácidamente con ambos pies los troncos de la chimenea.

Hubo un momento en que el guardián, sin duda aburriéndose en su escondite, hizo algo de ruido.

—¿Andan arriba?—preguntó Carlos.

—No—repuso ella,—es un ventanillo que ha quedado abierto y el viento lo mueve.

Emma partió para Rouén al siguiente día, domingo, á fin de presentarse en casa de todos los banqueros cuyos nombres conocía; pero, como domingo, estaban en el campo. No se desanimó por eso: siguió buscando, y á los que pudo encontrar les pidió dinero, pretextando que le hacía mucha falta, y que lo devolvería. Algunos se le rieron en la cara, y todos se negaron. A las dos, corrió á casa de León; llamó, no le abrieron en seguida.

Al fin apareció él.

—¿Qué te trae?

—¿Te incomodo?

—No... pero...

Y confesó que al amo de la casa no le gustaba que se recibiesen *mujeres*.

—Tengo que hablarte—repuso ella.

Él cogió su llave, ella le detuvo, diciendo:

—¡No, aquí no; en *nuestra casa!*

Y se fueron á su cuarto del hotel de *Boulogne*.

Al llegar, Emma bebió un vaso de agua.

Estaba muy pálida.

—León—dijo,—vas á hacerme un favor.

Y sacudiéndole las manos, que estrechaba fuertemente, añadió:

—Escucha: necesito ocho mil francos.

—Pero ¡estás loca!

—¡Todavía no!

Y le contó la historia del embargo, exponiéndole su mi-

seria. Carlos lo ignoraba todo, su suegra la detestaba, su padre no podía hacer nada... Pero él, León... iba á ponerse en movimiento para encontrar aquella suma indispensable.

—¿Cómo quieres que yo...?

—¡Qué ruin me resultas!

Entonces él dijo:

—Exageras el mal. Tal vez con un millar de escudos aplacarás á tu acreedor.

—Razón de más para intentarlo—decía ella.—¿Cómo era posible que no encontrara tres mil francos?

—¡Ve! ¡busca! ¡es preciso! ¡corre! ¡Oh, cuánto te amaré!

Salió León, volvió al cabo de una hora, y dijo en tono solemne:

—He estado en tres sitios... ¡inútilmente!

—Si yo estuviera en tu caso, lo encontraría.

—¿Dónde?

—En tu oficina.

Y le miró fijamente.

Una audacia infernal escapábase de sus pupilas inflamadas, y sus párpados se entornaban de un modo lascivo y provocador; tanto que el joven se sintió desfallecer bajo la muda voluntad de aquella mujer que le aconsejaba un crimen.

Entonces tuvo miedo, y para evitar explicaciones se golpeó la frente, exclamando:

—Morel debe volver esta noche. No me rehusará ese dinero, estoy seguro, y te lo llevaré mañana.

Morel era uno de sus amigos, hijo de un comerciante rico.

Emma no pareció acoger esta esperanza con tanta alegría como él creyó. ¿Sospechaba que era mentira? León añadió, ruborizándose:

—Sin embargo, si á las tres no he ido, no me esperes. Debo marcharme ahora. Dispénsame. Adiós.

Estrechó su mano; pero la sintió inerte. Emma no tenía ya fe en ningún sentimiento. Dieron las cuatro, y se levantó para volver á Yonville, obedeciendo como un autómatas la fuerza de la costumbre.

Hacía buen tiempo. Era uno de esos días del mes de marzo, claros y frescos, en que el sol reluce en un cielo completamente blanco. Los rouenenses, en traje dominguero, paseaban con semblante satisfecho.

Emma llegó á la plaza de la catedral.

Salfan de vísperas; la multitud aflúa por las tres porta-

das, como un río por los tres arcos de un puente, y en medio, inmóvil como una roca, hallábase el suizo.

Entonces recordó aquel día en que, ansiosa y llena de esperanzas, había entrado bajo aquella gran nave que se extendía ante ella, menos profunda que su amor, y continuó andando, llorando bajo su velo, aturdida, vacilante, próxima á desfallecer.

—¡Cuidado!—gritó una voz desde una puerta cochera que se abría.

Emma se detuvo para dejar paso á un caballo negro que piafaba entre las varas de un tálburi, guiado por un elegante con abrigo de piel de marta. ¿Quién era?... Ella lo conocía... El coche se lanzó y desapareció.

¡Era él, el vizconde! Volvió la cabeza; la calle estaba desierta. Hallábase tan abatida, tan triste, que se apoyó contra una pared para no caer. Después pensó que tal vez se había equivocado.

Todo en ella misma, y fuera de ella, la abandonaba: se sentía perdida, rodando al azar en los abismos indefinidos, y casi con alegría divisó, al llegar á la *Cruz Roja*, á aquel buen Homais, que miraba cargar en *La Golondrina* una gran caja llena de productos farmacéuticos: tenía en la mano un pañuelo con seis tortas para su esposa.

A la señora Homais le gustaban mucho aquellos bollos pesados, en forma de turbante, que se comen en cuaresma, hechos con manteca salada, última muestra de los alimentos góticos, que se remonta acaso al siglo de las Cruzadas.

La mujer del boticario los partía, heroicamente, á pesar de su detestable dentadura; y cuantas veces el señor Homais hacía un viaje á la ciudad, no dejaba de llevárselos, tomándolos siembre en casa del gran fabricante de la calle de Masacre.

—¡Encantado de ver á usted!—dijo ofreciendo su mano á Emma para ayudarla á subir á *La Golondrina*.

Después colgó los panecillos en la red del coche, y permaneció con la cabeza descubierta y los brazos cruzados en actitud pensativa y napoleónica.

Cuando el ciego, como de costumbre, apareció en lo bajo de la cuesta, exclamó:

—No comprendo cómo la autoridad tolera tan odiosa industria. ¡Se debería encerrar á estos desdichados, obligándoles á trabajar en algo! ¡El progreso marcha á paso de tortuga! ¡Nos hundimos en plena barbarie!

El ciego tendía su sombrero, que se bamboleaba á orillas de la portezuela como una bolsa de tapicería desclavada.

—He aquí—continuó el boticario—una afección escrofulosa.

Y aunque le conocía de antes, fingió verle por primera vez, y murmuró las palabras *córnea*, *córnea opaca*, *sclerótica*, *facies*, y después le preguntó en tono patèrnal:

—¿Hace mucho tiempo que tienes esa espantosa enfermedad? En lugar de emborracharte en la taberna, harías mejor sujetándote á un régimen.

Y le aconsejaba tomar buen vino, buena cerveza, buenos asados.

El ciego seguía su canción; parecía, por otra parte, casi idiota.

Por fin, Homais abrió su bolsa.

—Toma, aquí tienes cinco céntimos; devuélveme dos, y no olvides mis recomendaciones; te irá bien con ellas.

Hivert se permitió en voz alta dudar de su eficacia; pero el boticario certificó que él mismo lo curaría con una pomada antiflogística de su composición, y le dió las señas de su casa:

—Señor Homais, cerca del mercado. Soy bastante conocido.

—Ahora—dijo Hivert—nos vas á *hacer la comedia*.

El ciego se agachó sobre sus corvas, y con la cabeza vuelta, haciendo girar sus ojos verduscos y sacando la lengua, se frotaba el estómago con las dos manos, mientras lanzaba una especie de aullido sordo como un perro hambriento.

Emma sintió repugnancia y le echó una moneda de cinco francos. Era toda su fortuna; le parecía hermoso tirarla así.

El coche se había vuelto á poner en marcha, cuando de repente, el señor Homais sacó el cuerpo fuera de la ventanilla, y gritó:

—¡Nada de harina ni de leche! ¡Llevar lana sobre la piel y exponer las partes enfermas al humo de bayas de enebro!

El espectáculo de los sitios conocidos que desfilaban ante sus ojos, distrajo poco á poco á Emma de su dolor presente. Una intolerable fatiga la aplanaba, y llegó á su casa atontada, casi dormida.

—Suceda lo que quiera—se decía.—¿Por qué no puede surgir de un momento á otro un suceso extraordinario? ¡Hasta se podía morir Lheureux!

A las nueve de la mañana la despertó un ruido de voces en la plaza.

Habían formado un grupo, delante del mercado, leyendo un gran cartel pegado á uno de los postes, y vió á Justino que se subía sobre un guardacantón y rasgaba el cartel. Pero en aquel momento el guarda rural le puso la mano sobre el cuello; el señor Homais salió de la farmacia, y la Lefrancois, en medio de la multitud, parecía que estaba perorando.

—¡Señora, señora!— dijo Felicidad entrando— ¡es una abominación!

Y la pobre muchacha, conmovida, presentóle un papel amarillo que acababa de arrancar de la puerta. Emma leyó de una mirada que su mobiliario estaba en venta. Se contemplaron en silencio: ni ama ni criada tenían secretos entre sí. Por fin, Felicidad suspiró y dijo:

—Yo, en lugar de usted, señora, iría á casa del señor Guillaumin.

—¿Crees...?

Y esta interrogación parecía decir:

—Tú, que por el criado conoces la casa, ¿sabes si el amo ha hablado alguna vez de mí?

—Si, vaya usted: creo que es lo mejor que puede usted hacer.

Emma se vistió de negro, puso su capota con cuentas de azabache, y porque no la viesan, pues á aquella hora había mucha gente en la plaza, se fué por las afueras siguiendo un sendero que bordeaba el río.

Llegó agitadísima á casa del notario. El cielo estaba sombrío y empezaba á nevar. Al ruido de la campanilla, Teodoro, con chaleco encarnado, salió á abrir.

La hizo pasar familiarmente, como á una antigua conocida, y la condujo al comedor.

Una gran estufa de porcelana ardía en la habitación, y en cuadros de marcos negros sobre el papel roble, veíanse la *Esmeralda*, de Steuben, y la *Putifar*, de Schopin.

La mesa estaba puesta. Dos braseros de plata, el tirador de las puertas de cristal, el entarimado y los muebles, todo relucía con una limpieza meticulosa, inglesa: las vidrieras estaban adornadas en los ángulos con cristales de color.

—He aquí un comedor— pensaba Emma— como yo quisiera tener.

Entró el notario sujetándose al cuerpo su bata de palmas bordadas, mientras se quitaba y se volvía á poner apresuradamente un gorro de terciopelo marrón, coquetonamente inclinado á la derecha, donde caían las puntas de tres mechones rubios que, arrancando del occipucio, contorneaban su cráneo calvo. Después de ofrecerle una silla, se sentó para almorzar, disculpándose por su descortesía.

—¡Caballero!—dijo ella—yo le rogaría...

—Usted dirá, señora. La escucho.

Emma comenzó á explicarle su situación.

El señor Guillaumin la conocía por estar ligado secretamente con el comerciante, en cuya casa encontraba siempre capitales para los préstamos hipotecarios que le pedía que contratase.

Sabía, pues, mejor que ella, la larga historia de aquellos pagarés, pequeños al principio, endosados á distintos nombres, prolongados á largos vencimientos y renovados continuamente hasta el día en que, recogiendo todos los protestos, el comerciante había encargado á su amigo Vincart que hiciese en propio nombre las diligencias necesarias, no queriendo pasar por un tigre entre sus convecinos.

Ella mezcló su relato con recriminaciones á Lheureux, á las cuales el notario respondió de cuando en cuando con alguna palabra insignificante.

Comiéndose una chuleta, primero, y bebiendo después el te, bajaba el mentón hasta hundirlo en su corbata azul celeste, sujeta por dos alfileres de diamantes que enlazaba una cadeneta de oro, y sonreía singularmente de una manera dulce y ambigua.

Se fijó en que tenía Emma los pies húmedos, y le dijo:

—Acérquese á la estufa... más cerca... junto á la porcelana

Emma temía mancharla.

El notario continuó con tono galante:

—Las cosas bonitas no estropean nada.

Entonces procuró conmoverle, y emocionándose ella misma, le contó los apuros de su casa, sus angustias, sus necesidades. Él lo comprendió todo. ¡Una mujer elegante!...

Y sin dejar de comer, se volvió completamente hacia ella, tanto que con su rodilla rozaba la botita de Emma, cuya suela se encorbaba, humeando, contra la chimenea.

Pero cuando le pidió mil escudos, torció el gesto y se

mostró muy apenado porque no le hubiese ella encomendado en otro tiempo el cuidado de su fortuna, porque había cien medios muy cómodos para que una señora hiciese producir su dinero.

Se hubiera podido, bien sobre las hornagueras de Grumesnil ó sobre los terrenos del Havre, arriesgar casi con éxito seguro algunas especulaciones. Y la dejó devorar su rabia con la idea de las sumas fantásticas que hubiera podido ganar seguramente.

—¿Por qué no acudió usted á mí oportunamente?

—No lo sé...—dijo ella.

—¿Acaso le daba á usted miedo? Yo soy, por el contrario, quien debería quejarme... Apenas si nos conocemos, y, sin embargo, le soy muy adicto. Espero que no lo dude usted.

El notario cogió una mano de Emma, estampó en ella un beso voraz, y después la conservó sobre sus rodillas.

Jugaba delicadamente con sus dedos mientras le decía palabras dulces, su voz susurraba como un arroyo que corre: una chispa brotaba de sus pupilas á través del cristal de sus anteojos, y sus manos avanzaban bajo la manga de su vestido para palpar su brazo...

Sentía Emma en su mejilla el soplo caliente de su respiración anhelante.

Aquel hombre le repugnaba horriblemente. Levantóse de un salto y le dijo:

—¡Caballero! Espero...

—¿Qué? —dijo el notario palideciendo.

—Ese dinero.

—Pero...

Luego, cediendo á la irrupción de un deseo muy fuerte, añadió él:

—¡Pues bien, sí!

Arrastrábase de rodillas hacia ella, sin cuidarse de su bata que se abría...

—¡Por piedad, quédese usted... yo la amo!...

Y la cogió por la cintura.

Una ola de púrpura subió al rostro de Emma, y retrocedió, exclamando con aire terrible:

—¡Se aprovecha usted groseramente de mi situación! He venido á lamentarme; no á venderme.

Y salió.

El notario quedó estupefacto, con la mirada fija en sus

zapatillas bordadas; eran un regalo amoroso, y su vista le consoló un tanto.

En seguida, pensó que una aventura como aquella podía haberle llevado muy lejos.

Emma salía, diciendo, mientras andaba atropelladamente:
—¡Qué miserable! ¡Qué infame! ¡Qué granuja!

El fracaso aumentaba la indignación de su pudor ultrajado. Parecía que la Providencia se encarnizaba en perseguirla, y alzándose orgullosa, nunca había sentido tanta estimación hacia sí propia, ni tanto desprecio hacia los demás. Algo belicoso la transportaba. Hubiera querido pegar á los hombres, escupirles al rostro, destrozarlos... Y continuaba marchando rápidamente, pálida, estremecida, rabiosa, mirando con sus ojos envueltos en llanto el horizonte vacío y como deleitándose en el odio que la ahogaba. Cuando vió su casa, un embotamiento se apoderó de ella. No podía dar un paso, y, sin embargo, era preciso. Porque ¿á dónde huir? Felicidad aguardaba en el umbral.

—¿Arreglóse?—le preguntó.

—¡No!—dijo Emma.

Y ambas, durante un cuarto de hora, entretuviéronse en pasar revista á las diferentes personas de Yonville que podían sacarla del apuro; pero cada vez que la criada nombraba á una, Emma respondía:

—¡No querrá! ¡Imposible!

—¡Y el señor que va á volver!

—Lo sé. Déjame sola.

Todo lo había intentado; nada le quedaba que hacer; y cuando Carlos llegase, le diría:

—¡Márchate! ¡Esa alfombra que pisas ya no es nuestra! ¡En tu casa no tienes un mueble, un alfiler, una paja! ¡Y yo soy quien te ha arruinado, pobre hombre! Habrá suspiros, sollozos—pensaba luego;—llorará mucho, y al fin, pasada la sorpresa, me perdonará... Sí—murmuraba rechinando los dientes,—me perdonará, él, que con un millón que me diera no tendría bastante para que le perdonase el haberle conocido... ¡Nunca! ¡nunca!

Esta idea de la superioridad de Bovary sobre ella la exasperaba.

Era preciso, pues, esperar aquella horrible escena y sufrir el peso de su magnanimidad. Ganas le dieron de volver á casa de Lheureux; pero ¿á qué?... de escribir á su padre ¿era

demasiado tarde! Hasta hubo un momento en que se arrepintió de no haber cedido al notario.

Oyóse el trote de un caballo en la carretera... ¡Era él! Abrió la verja; estaba más blanca que la pared de yeso. Salió precipitadamente á la plaza, y la mujer del alcalde, que hablaba con Lestiboudois delante de la iglesia, la vió entrar en casa del recaudador. Corrió en busca de la señora Carón, las dos subieron al granero, y tapándose con la ropa tendida, se apostaron cómodamente para ver lo que pasaba en el domicilio de Binet.

Estaba solo en su buhardilla, disponiéndose á imitar en madera una de esas obras de marfil indescriptibles, compuestas de infinidad de figuras, y que no sirven para nada: incrustaba la última pieza; tocaba á su fin la labor.

En el claroscuro del taller, el polvo dorado se escapaba de su herramienta, como saltan las chispas de las herraduras de un caballo á galope: las dos ruedas giraban; Binet sonreía con la barba baja, las narices dilatadas, y parecía, en fin, sumido en una de esas felicidades absolutas, propias de las ocupaciones vulgares ó inútiles, que recrean la inteligencia con dificultades fáciles y la sacian de una realidad superior á los sueños.

—¡Allí está!—dijo la señora Tuvache.

Pero era absolutamente imposible, á causa del torno, oír lo que ella decía.

Por último, aquellas mujeres creyeron distinguir la palabra *francos*, y la Tuvache murmuró muy bajo:

—Le pide un plazo para pagar la contribución.

—¡Eso parece!—replicó la otra.

Viéronla que andaba de un lado para otro, examinando los aros de servilleta colgados de la pared, las bolas y los candelabros, mientras Binet acariciábase la barba con cierta satisfacción.

—¿Habría ido á encargarle alguna cosa?—dijo la señora Tuvache.

—¡Pero si él no vende nada!—objetó la vecina.

El recaudador parecía escuchar, arqueando los ojos como si no comprendiese: Emma continuaba hablando de una manera tierna, suplicante... Se acercó á él; su seno palpitaba, ya no hablaba.

Binet estaba colorado hasta las orejas; Emma le cogió las manos.

—¡Ah! ¡Esto es demasiado grave!— dijo la señora Tuvache.

Y sin duda le proponía alguna abominación, porque el recaudador—que había sido valiente, que había combatido en Bautzen y en Lutzen, hecho la campaña en Francia y *propuesto para una cruz*,—de pronto, cómo á la vista de una serpiente, retrocedió muy lejos, exclamando:

—Señora, ¿piensa usted...?

—¡Se debería azotar á esas mujeres!—exclamó la señora Tuvache.

—¿Dónde se ha metido ella?—preguntó la Carón.

Porque Emma había desaparecido durante estas palabras.

Después, viéndola que enfilaba por la calle Mayor y volvía á la derecha como para ir al cementerio, se perdieron en conjeturas las dos mujeres.

—Tía Rolet—dijo al llegar á casa de la nodriza,—¡me... ahogo!... ¡Desabrócheme usted!

Cayó sobre la cama; sollozaba; la tía Rolet la cubrió con una falda, y permaneció de pie á su lado.

Después, como no respondiese, la buena mujer se alejó, tomó su rueca y se puso á hilar.

—¡Oh! ¡Acabe usted!—murmuró ella creyendo oír todavía el torno de Binet.

—¿Qué la molesta? ¿qué la incomoda?—se preguntó la nodriza...—¿Por qué vendrá aquí?

Emma había ido impulsada por una especie de espanto que la lanzaba de su casa.

Acostada de espaldas, inmóvil y con los ojos fijos, distinguía vagamente los objetos, aunque aplicaba á ellos su atención con una persistencia de idiota.

Contemplaba los desconchados de la pared, dos tizones que humeaban de punta á punta, y una enorme araña que andaba sobre su cabeza por el plano de una viga.

Al fin pudo ordenar sus ideas. Se acordaba que un día con León... ¡Oh, qué lejano estaba aquello!...

El sol brillaba por el río y las clemátides embalsamaban el ambiente...

Arrastrada por sus recuerdos, como un torrente bullidor, llegó á reconstruir la jornada del día anterior.

—¿Qué hora es?—preguntó de pronto.

La tía Rolet salió, miró el lado en que el cielo estaba más claro, y volvió á entrar lentamente diciendo:

— Pronto serán las tres.

— ¡Ah! ¡gracias, gracias!...

Porque él iba á venir; estaba segura.

Había encontrado dinero; pero iría tal vez allá abajo, sin sospechar qué ella estuviese allí.

Y mandó á la nodriza que corriese á su casa para traerlo.

— Dese usted prisa. ¡Ande usted!

— ¡Allá voy, allá voy!...

Se asombraba ahora de no haber pensado en él desde luego; ayer le había dado su palabra, y no faltaría á ella.

Y ya se veía en casa de Lheureux, poniéndole encima de la mesa los tres billetes de banco.

Haría falta inventar una historia que explicase las cosas á Carlos. ¿Cuál?

La nodriza tardaría aún bastante tiempo en volver; pero como no había reloj en la choza, Emma, para no notar la tardanza, se puso á dar vueltas por el jardín paso á paso; siguió el sendero á lo largo del seto, y de pronto volvióse esperando que la buena mujer hubiese vuelto por otro camino.

Por fin, cansada de esperar, asaltada por sospechas que rechazaba, no sabiendo si estaba allí hacía un siglo ó un minuto, se sentó en un rincón, cerró los ojos y se tapó los oídos.

La verja rechinó; dió un salto, y, antes de que hablara, la tía Rolet le dijo:

— No hay nadie en su casa.

— ¿Cómo?

— ¡Oh! ¡Nadie! ¡Y el señor... la llama á usted!... ¡La buscan todos!

Emma no respondió; vacilaba, miraba en torno suyo, en tanto que la campesina, asustada de su semblante, retrocedía instintivamente creyéndola loca. De repente se golpeó la frente, lanzó un grito, porque el recuerdo de Rodolfo, como un gran relámpago en una noche sombría, le había pasado por el alma. ¡Era tan bueno, tan delicado, tan generoso!...

Y además, si él titubeaba en prestarle aquel servicio, ella sabría obligarle, recordándole con un solo guiño de ojos su amor perdido. Marchó, pues, hacia la Huchette, sin notar que corría á ofrecerse á quien hacía poco la había exasperado, ni caer en la cuenta de aquella prostitución.

VIII

Mientras corría, Emma íbase preguntando:

—¿Qué es lo que voy á decirle? ¿Por dónde empezaré?

Y á medida que avanzaba iba reconociendo los zarzales, los árboles, los juncos, y el castillo allá abajo. Volvía á sentir la misma ternura de otro tiempo, y su pobre corazón, oprimido antes, dilatábase ahora amorosamente.

Un viento tibio dábale de lleno en la cara: la nieve, al fundirse, goteaba cayendo de los brotes de los árboles sobre la hierba.

Entró, como otras veces, por la puertecilla del parque, pasó por entre la doble fila de copudos tilos; oyó ladrar los perros sin que nadie saliese á su encuentro. Subió la escalera que daba al corredor lleno de habitaciones como las de un monasterio ó una posada, y llegó á la de Rodolfo, que era la última de la izquierda. Cuando puso la mano en el picaporte, sintió que las fuerzas le faltaban de golpe; tenía miedo de que no estuviese él allí y casi lo deseaba, aun sabiendo que aquella era su última esperanza, su única tabla de salvación. Recogióse en sí misma un instante, y volviendo á recobrar el valor ante la necesidad del momento, entró.

Rodolfo estaba allí, ante la chimenea, disponiéndose á fumar una pipa.

—¡Calle!... ¿Es usted?—exclamó levantándose bruscamente.

—Sí, soy yo... Quisiera, Rodolfo, pedir á usted un consejo.

Pero aunque se esforzaba, érale imposible continuar hablando.

—No ha cambiado usted. ¡Está usted siempre encantadora!

Y Emma contestóle con amargura:

—Tristes encantos, amigo mío, puesto que usted los desdenó.

El, entonces, se esforzó en dar explicaciones de su conducta, excusándose en términos vagos á falta de poder inventar un pretexto mejor.

Emma dejóse dominar más que por las palabras, por la voz y la figura de Rodolfo, hasta el punto de que pareció convencida de las disculpas de él para la ruptura: era un secreto del que dependía la honra de ella y hasta la vida de una tercera persona.

—Sin embargo—dijo ella mirándole con tristeza,—¡he sufrido tanto!

Y él contestó filosóficamente:

—¡Así es la vida!

—¿Y ha sido, al menos, feliz para usted desde nuestra separación?

—Ni buena ni mala.

—Tal vez hubiera sido mejor que no nos separásemos.

—Tal vez.

—¿Lo crees así?—preguntó ella entonces acercándose á él.

Y luego, suspirando, añadió:

—¡Ay, Rodolfo!... ¡Si tú supieras cuánto te he amado!

Entonces ella le cogió una de sus manos y así permanecieron cruzándose los dedos como la vez primera que estuvieron solos cuando la fiesta de Yonville.

Con cierto gesto de orgullo, Rodolfo trataba de evitar el enternecimiento; pero acercándose á su pecho, Emma le dijo:

—¿Cómo querías que hubiese vivido sin ti? No puede nadie acostumbrarse á perder la felicidad. He vivido desesperada, creyendo morir. ¡Ah! ya verás cuando te lo cuente todo. Y tú... ¡hufas de mí!

Porque, desde hacía tres años, él la había esquivado cautamente, con esa cobardía que caracteriza al sexo fuerte en tales casos.

Y Emma continuaba hablándole con mimosería de gata enamorada:

—Tú amas á otras; no me lo niegues. Pero lo comprendo y las perdono: las habrás seducido como á mí me sedujiste. ¡Oh! ¡Eres todo un hombre! Tienes todo lo que hace falta para que se te quiera. Volveremos á empezar ¿verdad? Nos amaremos mucho. ¿Ves? ¡Ya me río, ya soy feliz! ¡Háblame!

Estaba atrayente, con su mirada en la que palpitaba una lágrima como una gota de lluvia en un cáliz azul.

Sentóla él sobre sus rodillas acariciándole los cabellos, en los que reflejábese como una flecha de oro, un último rayo del sol crepuscular.

Ella bajó la frente: él acabó por besarla en las mejillas, muy dulcemente, rozándola apenas con sus labios.

—Pero ¿qué veo? ¿tú has llorado? ¿Por qué?

Emma rompió en sollozos que él creyó una explosión de amor, y al ver que no contestaba, atribuyó aquel silencio á un último pudor.

Y entonces la dijo:

—¡Oh, perdóname! Tú eres la única que me gusta. He sido un imbécil, un infame. Te amo y te amaré siempre... Pero ¿qué tienes? Dímelo.

Y se arrodilló ante ella.

—Pues bien, Rodolfo... ¡estoy arruinada! Tienes que prestarme tres mil francos.

—Pero... pero...—decía él levantándose poco á poco, en tanto que su fisonomía iba tomando una expresión seria y grave.

—Ya sabes—continuó ella hablando muy deprisa—que mi marido había puesto toda su fortuna en poder de un notario. Este se ha fugado. Hemos tenido que pedir prestado; los clientes de Carlos no pagan. Sin embargo, no han liquidado todos todavía, y pronto tomaremos dinero. Pero hoy necesitamos tres mil francos para evitar un embargo; es cosa de momento, de ahora mismo; y contando con tu amistad, por eso he venido.

—¡Ah!—pensó Rodolfo palideciendo de golpe—por eso nada más ha venido!

Y con la mayor calma, le dijo á Emma:

—Pues no los tengo, mi querida señora.

No mentía. Si los hubiese tenido, se los hubiera dado sin duda alguna, aunque no es muy agradable hacer favores, y una petición de dinero es lo que más enfría el amor.

Emma quedó mirándole fijamente algunos minutos.

—¡No los tienes!

Y repetía una y otra vez:

—¡No los tienes!... Hubiera podido ahorrarme esta última vergüenza. No me has amado nunca. ¡Vales lo mismo que cualquiera otro!

Al hablar así se traicionaba, se perdía. Rodolfo, interrumpiéndola, trató de convencerla de que él también tenía sus apuros.

—¿Sí?... Te compadezco—dijo Emma.—¡Te compadezco mucho!

Y fijándose luego en una carabina damasquinada que relucía en la panoplia, añadió:

—Pero cuando se es tan pobre no se tienen escopetas con culatas de plata, ni un reloj con incrustaciones de nácar, ni silbatos de plata también para las fustas, ni dijes para el reloj.—E iba señalando todo aquello y tocándolo.—Nada te falta. Hasta una licorera en la alcoba; porque te cuidas mucho, vives bien, tienes castillo, granjas, bosque, y cazas, haces viajes á París... Sin necesidad de tanto, con cualquiera de estas chucherías podrías tener dinero... Pero ¡no, no! ¡Guárdatelo todo! ¡No lo quiero!

Y tiró al suelo unos pasadores de oro que había cogido de la chimenea.

—Yo sí, yo te lo hubiera dado todo, todo lo hubiera vendido, hubiera trabajado con mis propias manos, hubiera pedido limosna por las calles, por una sonrisa, por una mirada tuya, por oírte decir «¡Gracias!» Y sin embargo, tú estás ahí tan tranquilo en tu butaca como si aun no me hubieses hecho sufrir bastante. Sin ti—bien lo sabes—yo hubiera podido vivir dichosa. ¿Quién te obligaba á nada? Y tú me amabas, según me decías entonces... y hace un momento. ¡Ah! mejor hubiese sido que me hubieras echado de aquí al verme. Aun me arden las manos del calor de tus besos, y ahí está el sitio, en la alfombra, donde te has arrodillado para jurarme una eternidad de amor. Me hiciste creerlo, y durante dos años me has arrastrado al más grande y delicioso de los sueños... ¿Te acuerdas de nuestros planes de fuga? ¡Oh! Tu carta, aquella carta me desgarró el corazón. Y ahora, cuando vuelvo á ti, á ti que eres rico, feliz y libre, para implorarte un socorro que harías al primero que llegase, ¿me rechazas porque puedo costarte tres mil francos!

—No los tengo—contestó Rodolfo con la misma calma que había adoptado, y que era de aquellas que sirven de escudo á una cólera resignada.

Emma se fué. Crujían las paredes á su paso, el techo la aplastaba...

Volvió á pasar bajo los tilos, tropezando con los montones de hojas caídas que el viento dispersaba.

Por fin llegó de un salto hasta la verja, haciéndose daño en las manos para abrirla más pronto.

A los cien pasos, jadeante, estuvo á punto de caer; se detuvo y, volviendo el rostro, contempló una vez más el mudo

castillo con su parque, sus jardines y las filas de ventanas de su fachada.

Cayó en una especie de estupor, no dándose cuenta de sí misma nada más que por el latido de sus arterias, que le zumbaban pareciéndole una música ensordecedora que llenaba todo el campo. El suelo, bajo sus pies, movíase como una onda, y los surcos del terreno antojábansele vagas olas que se rompían ante ella. Todo cuanto había en su cerebro, de ideas y reminiscencias, escapábasele de un solo golpe, estallando como fuegos de artificio. Veía á su padre, la tienda de Lheureux, su alcoba y otro paisaje distinto del que tenía delante. Asaltábale la locura y tuvo miedo, tratando de reponerse de una manera confusa y sin darse cuenta de la verdadera causa de su horrible estado, ó sea del maldito dinero. En aquel momento no sufría más que en su amor, y abandonaba su alma al recuerdo del mismo, como el herido agonizante siente escapársele la vida por la herida que le desangra.

La noche caía; volaban algunas cornejas.

Parecióle que en el aire estallaban globos de fuego como balas fulminantes, y que giraban y giraban para acabar por fundirse en la nieve y entre las ramas de los árboles.

En medio de aquellos puntos luminosos, aparecíasele el rostro de Rodolfo; se multiplicaban y se acercaban á ella penetrándola en su interior... De pronto todo desapareció. Vió entonces las luces lejanas de las casas que brillaban en la niebla.

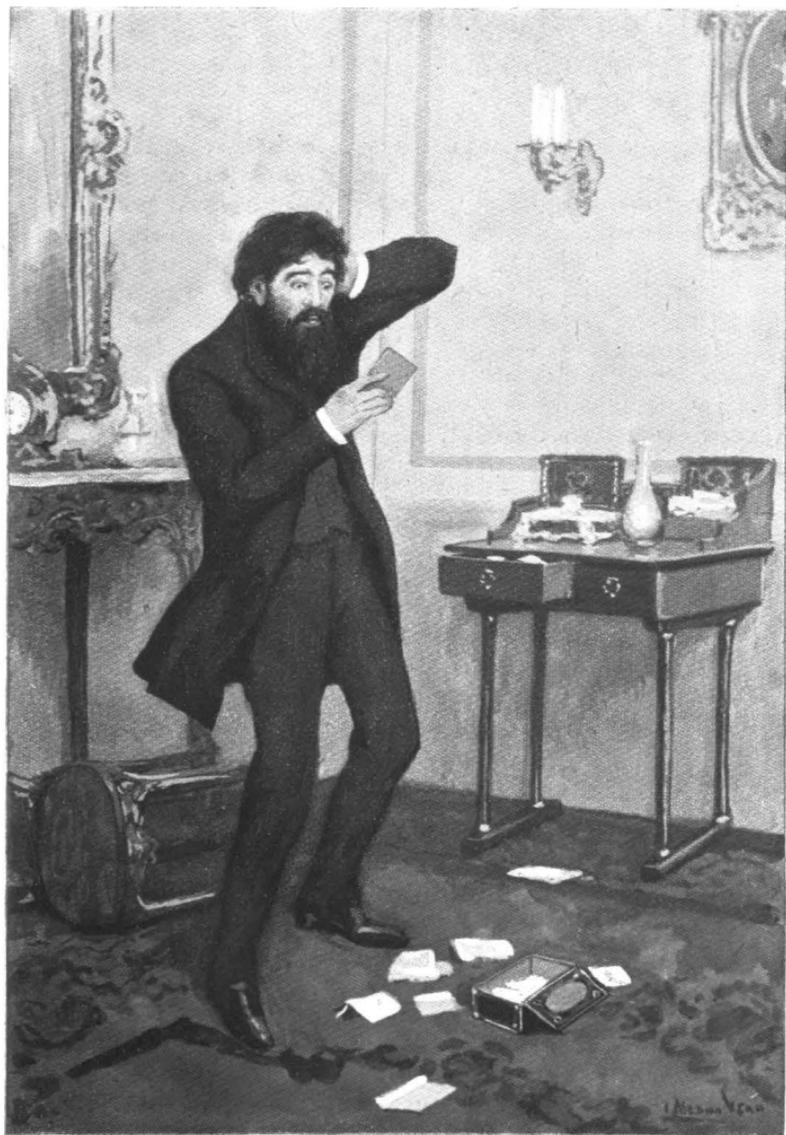
Representósele su situación como un abismo, y respiraba tan fuerte que parecía que el pecho íbasele á romper.

Después, en un transporte de heroísmo que llegó hasta ponerla alegre, bajó la cuesta corriendo, salvó la distancia que la separaba de Yonville, llegando ante la puerta de la botica. No había nadie. Iba á entrar, pero el sonido de la campanilla llamaría la atención... Se deslizó entonces por la verja, contentiendo la respiración, tanteando las paredes y llegando hasta la cocina, donde ardía una lamparilla junto al horno. Justino, en mangas de camisa, salía con un plato en las manos.

—¡Ah! Están comiendo—se dijo.—Esperemos.

Justino volvió. Ella llamó en los cristales de la puerta: el muchacho salió en seguida.

—La llave, la de arriba, dónde están los...



Corrió hacia el secreter, abrió el sobre y leyó en voz alta:
— Que no se acuse á nadie.

(TERCERA PARTE, CAP. VIII)

—¿Cómo?

Y la miraba extrañado de la palidez de su rostro que se destacaba en blanco sobre el fondo oscuro de la noche. Le pareció así extraordinariamente bella y majestuosa como un fantasma. Sin acertar á comprender lo que ella quería, presentía, sin embargo, algo terrible.

Pero ella, en voz baja, muy dulce, muy insinuante, seguía diciéndole:

—Quiero la llave. ¡Dámela!

Como el tabique era delgado, oíase el ruido de los cubiertos sobre los platos en el comedor.

Díjole á Justino que tenía necesidad de matar los ratones que no la dejaban dormir.

—Tendré que advertírselo al amo.

—¡No! No vayas á decirle nada.

Y añadió en tono natural:

—No tienes por qué molestarle. Yo se lo diré luego. Anda, alúmbrame.

Y se lanzó al corredor donde estaba la puerta del laboratorio. Había allí, colgada de un clavo en la pared una llave con la etiqueta de *Capharnaum*.

—¡Justino!—gritó en esto el boticario con impaciencia.

—Subamos.

Y el muchacho siguió á Emma.

Metió la llave en la cerradura, dió una vuelta, abrió y se lanzó derechamente á la tercera tabla—se acordaba muy bien—cogiendo el frasco azul, quitándole el tapón y metiendo la mano que volvió á sacar con un puñado de polvos blancos que se llevó á la boca.

—¡Qué hace usted?—exclamó Justino lanzándose sobre ella.

—Cállate, podrían venir.

El muchacho se desesperaba, quería llamar.

—No digas nada; sería en perjuicio de tu amo; toda la culpa caería sobre él:

Después se marchó, súbitamente calmada y hasta con la serenidad de un deber cumplido.

Cuando Carlos, trastornado por la noticia del embargo, entró en su casa, era cuando Emma había acabado de salir. Gritó, lloró, se desmayó: pero Emma no volvía. ¿Dónde podía estar? Mandó á la criada á casa de Homais, del señor

Tuvache, de Lheureux, á la posada, á todas partes, y en las intermitencias de su angustia, veía claramente su reputación deshecha, su fortuna perdida, el porvenir de Berta destruido...

Y todo ¿por qué? No sabía una palabra.

Esperó hasta las seis de la tarde, y por fin, no pudiendo contenerse más y suponiendo que se habría marchado á Rouén, se lanzó á la carretera y anduvo una media legua sin encontrar á nadie: se detuvo esperando y acabó por volver.

Emma estaba ya en casa.

—¿Qué ocurre?... ¿Por qué?... ¡Explícame!

Ella se sentó ante su *secrétaire* y escribió una carta que cerró muy despacio, añadiendo la fecha del día y la hora.

Después, en tono solemne, exclamó:

—Esta carta la leerás mañana. Hasta entonces te suplico que no me dirijas ni una sola pregunta. ¡Ni una!

—Pero...

—¡Déjame!

Emma se tendió á lo largo en la cama y se durmió.

Un sabor acre que notó en la boca, la despertó. Divisó á Carlos y volvió á cerrar los ojos.

Observábase á sí misma con gran cuidado, para ver si comenzaba á sufrir. Pero no; nada todavía! Oía el movimiento del péndulo del reloj, el crujido del fuego en la chimenea, y la respiración de Carlos, de pie junto á la cama.

—¡Bien poca cosa es la muerte!—pensaba.—Ahora me dormiré, ¡y todo habrá concluído!

Bebió un vaso de agua y se volvió hacia la pared.

Aquel horrible sabor á tinta continuaba.

—Tengo sed... ¡mucho sed!—murmuró.

—¿Qué te pasa?—preguntóle Carlos mientras le llenaba el vaso.

—No es nada... Abre la ventana. ¡Me ahogo!

Diéronle unas náuseas tan de pronto, que apenas tuvo tiempo para sacar el pañuelo de debajo de la almohada.

—¡Llévatelo!—exclamó ella.—¡Tíralo!

Él la preguntó una vez más; pero ella no contestó. Manteníase quieta, inmóvil, temiendo que la menor emoción la hiciese vomitar: al propio tiempo sentía un frío de hielo que le subía desde los pies hasta el corazón.

—¡Oh! Ya empieza otra vez.

—¿Qué dices?

Movía la cabeza con un gesto de dulzura preñado de angustia y abriendo continuamente las mandíbulas como si tuviese en la lengua algo muy pesado. A las ocho presentáronse los vómitos nuevamente.

Carlos observó que en el fondo de la palangana quedaban unos posos blancos pegados á la porcelana.

—Es extraño esto; es singular—repetíase.

Pero ella, con voz fuerte, le dijo:

—No; te equivocas.

Entonces, con gran suavidad y como si la acariciase, pasóle la mano por el estómago. Emma lanzó un grito agudo. Él retrocedió espantado.

Después Emma comenzó á quejarse, débilmente primero. Un gran temblor sacudíale las espaldas, y llegó á ponerse más pálida que la sábana que arrugaban sus dedos crispados. El pulso iba siendo irregular y casi insensible. Gruesas gotas de sudor brotaban de su rostro ligeramente azulado; castañeteábanle los dientes, y sus ojos agrandados miraban á su alrededor vagamente, y á todas las preguntas de Carlos contestaba levantando la cabeza; dos ó tres veces llegó á sonreírle. Poco á poco, los quejidos fueron más fuertes; lanzó un sordo rugido, y entonces quiso convencer á Carlos de que estaba mejor y que se levantaría. Pero volvieron las convulsiones, mientras decía:

—¡Ah, Dios mío! ¡Esto es atroz!

Carlos cayó de rodillas junto al lecho, preguntándola:

—¡Habla por Dios! ¡Dime qué has comido! ¡En nombre del cielo!...

Y la miraba con una ternura que ella jamás había visto.

—Pues bien... allí... allí...—dijo ella con voz desfallecida.

Corrió al *secretaire*, rompió el sobre y leyó en voz alta:

—*Que no se acuse á nadie...*

Se detuvo, pasóse la mano por los ojos y volvió á leer lo mismo.

—¿Cómo?... ¡Socorro! ¡Socorro!

No hacía más que repetir la misma palabra:

—¡Envenenada! ¡Envenenada!

Felicidad corrió á casa de Homais; la posadera lo oyó todo; varios vecinos se levantaron para preguntarse unos á otros lo que ocurría, y acabó todo el pueblo por pasar la noche en vela.

Loco, balbuciente, á punto de caer, Carlos daba vueltas por la habitación, tropezando con los muebles, arrancándose los cabellos hasta el extremo de que Homais no podía imaginar que diera semejante espectáculo.

Volvió el boticario á su casa para escribir al señor Canivet y al doctor Lariviere; estaba atolondrado; como que lo menos hizo quince borradores.

Hipólito salió escapado para Neufchatel, y Justino espolé tanto el caballo de Carlos, que tuvo que dejarlo abandonado en la cuesta del bosque.

Carlos quiso hojear el Diccionario de Medicina; pero no se enteraba de nada: bailábanle las letras ante los ojos.

—¡Calma!—díjole Homais.—Se trata sencillamente de administrarle un poderoso antídoto. ¿Cuál ha sido el veneno?

Carlos le enseñó la carta. Había sido el arsénico.

—Se impone—dijo Homais—hacer el análisis, como en todos los envenenamientos.

Y Carlos, sin entender nada, decía:

—¡Oh, sí! ¡Hágalo usted! ¡Hágalo! ¡Sálvela!

Después, acercándose á ella, sentóse en el suelo, sollozando, con la cabeza apoyada en el borde del lecho.

—No llores—decíale ella.—Pronto dejaré de atormentarte.

—¿Por qué? ¿Qué te ha obligado á esto?

—¡Era preciso!

—Pero ¿no eras feliz? ¿He tenido yo la culpa? Yo he hecho siempre todo lo que he podido...

—Sí, es verdad... tú eres bueno... tú...

Y le pasaba su mano por los cabellos lentamente. La dulzura de aquella sensación aumentaba su tristeza; sentía estallar todo su ser de desesperación ante la idea de que iba á perderla cuando ella precisamente le demostraba más amor. Y no encontraba medio ninguno, no sabía nada ni á nada se atrevía; la misma urgencia de una solución inmediata trastornábale más.

Emma pensaba que en aquel momento iban á acabar para ella todas las traiciones, las bajezas, los anhelos que la atormentaban. No odiaba ya á nadie; una penumbra crepuscular envolvía su pensamiento, y de todos los ruidos terrenales, Emma no percibía más que la intermitente lamentación de su pobre corazón, dulce y vaga como el último eco de una armonía que se extingue á lo lejos.

—Traedme á mi hija —dijo incorporándose y apoyándose en un codo.

—¿Verdad que no te sientes tan mal?—preguntóla Carlos.

—¡No, no!

La niña acudió en brazos de la criada, con su camisa de dormir, por la que asomaban sus pies desnudos, muy seria y medio dormida aún. Miró con extrañeza la habitación en desorden, y guiñaba los ojos, deslumbrados por la luz de los candelabros que había encendidos y que le recordaban el despertar del año nuevo ó de la *mi-careme*, cuando iba al lecho de su madre á recibir los regalos, por lo que exclamó:

—¿Dónde está eso, mamá?

Y como nadie le respondiese, añadió:

—Pero ¡si no veo donde está mi zapatito!...

Felicidad la inclinó hacia el lecho, mientras ella no dejaba de mirar hacia la chimenea.

—¿Es que se lo ha llevado el ama?—preguntó.

Y á este nombre, que le recordaba todos sus adulterios y sus desgracias, Emma volvió la cabeza, como si el sabor de otro veneno más fuerte le amargase la boca.

Berta, entretanto, seguía sentada en la cama.

—¡Qué ojos tan grandes tienes, mamá! ¡Qué blanca estás! ¡Y cómo sudas!

Su madre la miraba.

—¡Tengo miedo!—dijo la niña echándose hacia atrás.

Emma le cogió una mano para besársela; la niña se resistió.

—¡Basta! ¡Que se la lleven!—exclamó Carlos, que seguía sollozando en la alcoba.

Los síntomas parecieron contenerse. Emma estaba menos agitada, y á cada palabra insignificante, á cada soplo de su pecho, más tranquilo ahora, Carlos recobraba la esperanza.

Por fin, llegó Canivet, y Carlos se arrojó en sus brazos llorando.

—¡Ah, es usted! ¡Gracias! ¡Qué bueno es usted! Parece que va mejor. Véala usted.

El colega no fué de la misma opinión, y recetó en seguida el emético para desalojar completamente el estómago.

No tardó en presentarse el vómito de sangre. Cerráronse los labios, crispáronse los miembros, cubrióse el cuerpo de manchas oscuras y el pulso vibraba como un hilo tirante, como la cuerda de un arpa próxima á saltar.

Después comenzó á gritar horriblemente. Maldecía el veneno, insultábalo, le suplicaba que fuese activo y rechazaba con los brazos retorcidos todo lo que Carlos, más en la agonia que ella, esforzabase en hacerle beber.

Carlos de pie, mordiéndose el pañuelo, seguía llorando y estremeándose de pies á cabeza á cada sollozo.

La criada corría de un lado para otro; el boticario, inmóvil, suspiraba aparatosamente, y Canivet, á pesar de su habitual aplomo, empezaba á desconcertarse.

—¡Demonio!—decía.—El purgante ha obrado, y desde el momento en que cesa la causa...

—Debe cesar el efecto evidentemente—añadió Homais.

—¡Salvadla! ¡Salvadla!—clamaba Carlos.

Disponíase Canivet á administrarle una dosis de triaca, cuando se oyó el chasquido de un látigo, retemblaron los cristales, y una silla de postas, tirada por tres caballos llenos de barro hasta las orejas, desembocó en la plaza. Era el doctor Lariviere que llegaba.

La presencia de un dios no hubiera causado mayor efecto. Carlos juntó sus manos en acción de gracias, Canivet se detuvo un momento y Homais se quitó su gorro en el momento en que entraba el doctor.

Este pertenecía á la escuela quirúrgica de Bichat, y era de aquella generación de médicos filósofos que amaban la profesión fanáticamente, ejerciéndola con tanta exaltación como sagacidad.

Cuando montaba en cólera, temblaba todo el mundo en el hospital, y sus discípulos le veneraban tanto, que trataban de imitarle apenas comenzaban á ejercer, viéndoseles por todas partes vestidos como él con su gran levita negra, por cuyas mangas asomaban aquellas manos carnosas, jamás enguantadas, como dispuestas siempre para tocar todas las miserias. Desdeñando honores, cruces y títulos académicos, siempre en los hospitales, generoso y paternal con los pobres, practicando la virtud sin ser creyente, hubiera podido pasar por un santo, si su refinado ingenio no le hiciese aparecer como un demonio. Su mirada, más cortante que su bisturí, penetraba en el alma rectamente desarticulando toda mentira á través de toda clase de pudores. Y así vivía, con la majestad que da la conciencia de un gran talento, una gran fortuna y cuarenta años de vida laboriosa é intachable.

Desde la puerta ya, frunció el ceño al advertir el rostro

cadavérico de Emma, que permanecía boca arriba y con la boca abierta.

Y afectando oír á Canivet, mientras se rescaba la punta de la nariz, decía:

—Está bien, está bien.

Pero acabó por encogerse de hombros. Carlos lo observó; ambos se miraron, y aquel hombre, tan acostumbrado á toda clase de dolores, no pudo contener una lágrima.

Quiso llevarse á Canivet á la habitación inmediata, y Carlos les siguió.

—Está muy mala, ¿verdad? ¿Y si le pusiéramos unos sinapismos?... Digo, no sé... usted encontrará el remedio, usted que ha salvado á tantos—le decía Carlos abrazándole y mirándole con ojos suplicantes.

—¡Valor, joven, valor!—le contestó separándose de él.—Nada queda que hacer ya.

Y se volvió para salir.

—¿Se marcha usted?

—Volveré.

Salió como para dar una orden á su cochero, siguiéndole Canivet, que no tenía grandes deseos de que Emma se le muriese en sus manos.

El boticario fué á reunirse con ellos en la plaza. No podía separarse de los hombres célebres, por lo cual invitó al doctor Lariviere á que le hiciese el honor de almorzar con él en su casa.

Mandó á buscar pichones á la posada del *León de Oro*, chuletas á la carnicería, crema de casa de la señora Tuvache y huevos á casa de Lestiboudois, ayudando él mismo todos los preparativos mientras su mujer exclamaba, abrochándose el *matinée*.

—Usted dispensará, señor doctor: pero en este desdichado país, como no se avise la víspera...

—¡Las copas nuevas!—gritaba Homais.

—Si estuviésemos en la ciudad, tendríamos á lo menos el recurso de los pies rellenos.

—¡Cállate!... ¡A la mesa, doctor!

Después del primer plato, Homais creyó oportuno contar algunos detalles referentes al curso de la enfermedad.

—En primer lugar, tenemos una sensación de sequedad en la faringe, después dolores atroces en el epigastrio, superpurgación y coma, ó sea sueño profundo...

En aquel momento, Justino, que entraba con una pila de platos, fué acometido de un temblor muy fuerte.

—¿Qué es eso?—preguntóle Homais.

Pero el muchacho, por toda respuesta, dejó caer los platos con gran estrépito.

—¡Imbécil!—gritó Homais.—¡Torpel ¡Bestial!

Pero conteniéndose y volviendo al asunto, continuó:

—Quise intentar el análisis introduciendo suavemente un tubo...

—Mejor hubiera sido —le interrumpió el doctor— que hubiera usted metido sus propios dedos en la garganta.

Canivet callaba, porque Lariviere hablale reprochado duramente lo del emético, y aquel que tan locuaz había sido cuando lo de la amputación de la pierna de Hipólito, callaba ahora modestamente, sonriendo sin cesar y dando á todo su aprobación.

Homais reventaba de orgullo en clase de anfitrión, contribuyendo no poco á ello la satisfacción que le causaba compararse con Carlos, víctima de tan afflictiva situación.

Seguía disertando eruditamente y hablando de cantáridas, upas, manzanillo, víboras...

—Y hasta he leído que muchas personas se habían intoxicado instantáneamente, como heridas por un rayo, con embutidos que habían sido fumigados. Así lo dice en un estudio suyo una de nuestras eminencias farmacéuticas, el ilustre Cadet de Gassicourt.

La señora Homais trajo la maquinilla de hacer café.

—*Saccharum*, doctor —dijo el boticario á Lariviere ofreciéndole el azúcar para que se sirviera.

Después bajaron todos los chicos del farmacéutico, acerca de cuya constitución pediale datos al doctor.

Cuando Lariviere estaba ya á punto de partir, la señora Homais quiso hacerle una consulta respecto á su marido, al cual decia «que se le espesaba la sangre, quedándose dormido todas las noches al acabar de cenar».

—No se asuste usted, señora. No es *le sens* lo que le molesta (1).

Y sonriéndose del *calembour* que acababa de hacer, y

(1) *Sens*, sentido, y *sang*, sangre, pronúncianse de igual modo en francés: de donde resulta el *calembour*, pues queriendo decir que no es la sangre lo que le molesta, da á entender que no tiene el alu lido dos dedos de frente, como vulgarmente se dice.

que nadie notó, el doctor abrió la puerta que daba á la farmacia.

Pero la tienda estaba atestada de gente que le esperaba, costándole gran trabajo desembarazarse del alcalde, que le hablaba del temor de que su esposa padeciese una fluxión de pecho; de Binet, que se quejaba de padecer hambre canina; de la señora Carón, que sentía picores extraños; de Lheureux, que sufría vértigos; de Lestibouois, que se quejaba del reuma, y de la posadera, á quien se le agriaba todo...

Por fin, los tres caballos del coche arrancaron al galope, y la gente se quedó diciendo que el doctor Lariviere no había estado atento con nadie.

La atención pública fué distraída en aquel momento por la aparición del sacerdote, que pasaba con los santos óleos.

Homais no pudo menos de aprovechar la ocasión para comparar á los curas con los cuervos, que acuden al olor de los muertos; decía que le era desagradable la vista de un cura, porque la sotana le hacía pensar en la mortaja, y odiaba á la una por miedo á la otra.

Volvió á casa de Carlos, en compañía de Canivet, dispuesto á seguir cumpliendo lo que él llamaba «su misión».

Sin las obsesiones de su mujer, hubiera llevado consigo á sus hijos, á fin de acostumbrarlos á las emociones fuertes y para que aquello les sirviese de lección, de ejemplo, de cuadro solemne que se les quedase para siempre fijo en la imaginación.

Cuando entraron nuevamente Canivet y él, la habitación presentaba un aspecto lúgubre á la vez que solemne.

En la mesa de costura, cubierta con una servilleta blanca, había cinco ó seis bolitas de algodón en una bandeja de plata, junto á un gran crucifijo colocado entre dos candeleros encendidos.

Emma, con el mentón hundido en el pecho y los párpados desmesuradamente abiertos, extendía las manos sobre las ropas del lecho, con ese ademán horroroso y dulce á la par con que los que agonizan parece que tratan de cubrirse ya con el sudario.

Carlos, sin llorar ya, pálido como una estatua y con los ojos enrojecidos, permanecía al pie de la cama, mientras el sacerdote, con una rodilla en tierra, rezaba por lo bajo.

Emma volvió lentamente la cara y parecía presa de una gran alegría al ver de pronto la estola color violeta: sin duda

volvía á hallar, en medio de su abatimiento, aquella voluptuosidad de sus primeros transportes místicos con la visión de la beatitud eterna que empezaba para ella.

El sacerdote se levantó para tomar el crucifijo; ella, entonces, adelantó el cuello como quien tiene sed, y posando sus labios en el cuerpo del Hombre-Dios, dejó en él, con toda la fuerza de su agonía, el mayor beso de amor que había dado en toda su vida.

A continuación, el cura recitó el *Misereatur* y la *Indulgentiam*, humedeció el pulgar derecho en el óleo y comenzó las unciones: la primera en aquellos ojos que tanto habían codiciado los lujos terrenales; luego en la nariz, ansiosa de brisas y perfumes amorosos; después en la boca, tantas veces abierta para la mentira, para la queja soberbia y para el grito lujurioso; luego en las manos, que se habían deleitado en contactos suaves, y, por último, en la planta de los pies, que tantas veces habían corrido rápidos cuando ella acudía á saciar sus deseos y que, sin embargo, ya no andarían más.

El cura se limpió los dedos, tiró á la chimenea los algodones impregnados de aceite y volvió á sentarse á la cabecera de la moribunda para exhortarla á unir sus dolores á los de Nuestro Señor y entregarse á la misericordia divina.

Al terminar sus exhortaciones, intentó ponerle entre las manos un cirio bendecido, símbolo de las glorias celestiales de que pronto iba á hallarse rodeada.

Emma, en extremo débil, no pudo cerrar los dedos de las manos, y el cirio hubiera rodado al suelo, de no acudir pronto el señor Bournisién.

A pesar de esto, no estaba tan pálida como antes, y su rostro tenía una expresión de serenidad, como si el Sacramento de la Extremaunción la hubiese curado.

No dejó el cura de observarlo así, y hasta explicó á Carlos que, muchas veces, el Señor prolongaba la vida de los moribundos cuando lo juzgaba conveniente para su salvación.

Carlos se acordó entonces de un día en que, también próxima á morir, había recibido la comunión.

—No hay que perder del todo la esperanza—pensó.

En efecto, Emma abrió los ojos, mirando á su alrededor lentamente, como quien despierta de un sueño; luego, con voz clara, pidió un espejo, é inclinada ante él permaneció algún tiempo, hasta que gruesas lágrimas brotaron de sus

ojos. Volvió la cabeza, lanzó un suspiro y se dejó caer sobre la almohada.

Comenzó á jadearle el pecho con precipitación, la lengua salíasele entera de la boca, las pupilas giraban palideciendo como globos de luz que se apagan, y hubiérasela creído muerta ya, á no ser por la espantosa aceleración de sus costados y un resoplido furioso, como si su alma hubiese querido escapar á grandes saltos.

Felicidad se arrodilló ante el crucifijo, y el mismo Homais simuló arrodillarse, en tanto que el doctor Canivet miraba distraídamente hacia la plaza.

El cura había vuelto á comenzar sus rezos con la cara hacia el lecho y arrastrando por el suelo su larga sotana.

Carlos, al lado opuesto, de rodillas también, había extendido los brazos cogiendo las manos de Emma y estrechándolas y estremeciéndose á cada latido de su corazón, como al golpe de una ruina que se derrumba.

A medida que el estertor hacía-se más fuerte, el sacerdote aceleraba sus rezos, mezclándose á los sollozos de Carlos, y á veces, todo rumor desaparecía ante el sordo murmullo de sílabas latinas que tintineaban como un toque de campanas.

De pronto, se oyó en la acera taconear y dar golpes con un bastón; una voz ronca comenzó á cantar:

Al llegar los días
de mucho calor,
la pobre muchacha
sueña con su amor.

Emma se levantó como un cadáver galvanizado, con los cabellos sueltos, la pupila fija, admirada, suspendida...

Para recoger el trigo
que ha segado con su hoz,
se inclina presta hasta el surco
donde la espiga creció.

—¡El ciego!—gritó.

Y Emma comenzó á reír con una risa loca, frenética, desesperada, creyendo ver la cara repulsiva del pordiosero que se erguía en las tinieblas eternas como un espantajo.

El viento, soplando fuerte,
la falda le levantó.

Una última convulsión la hizo caer nuevamente. Todos se aproximaron. Había muerto.

IX

Siempre hay, después de la muerte de alguien, una especie de estupefacción que se deriva del hecho inusitado; tan difícil es comprender aquella *llegada de la nada* y resignarse á creerla.

Cuando Carlos advirtió la inmovilidad de Emma, exclamó arrojándose sobre ella:

—¡Adiós! ¡adiós!

Homais y Canivet le sacaron del cuarto.

—¡Tenga usted alma!

—¡Oh! sí, sí—decía debatiéndose;—seré razonable. Pero déjenme ustedes, quiero verla... ¡Es mi mujer!

Y lloraba.

—¡Llore usted!—decía el boticario.—Dé usted suelta á la naturaleza; eso le aliviará.

Débil como un niño, Carlos se dejó conducir abajo, á la sala, y el señor Homais volvió á su casa en seguida.

En la plaza abordó el ciego, que, habiendo ido á Yonville con la esperanza de la pomada antiflogística, preguntaba á cada transeunte dónde vivía el boticario.

—¡Estamos frescos! ¡Como si yo no tuviese otras cosas en qué pensar! ¡Bueno, bueno! ¡Vuelve por aquí más tarde!

Y entró precipitadamente en la farmacia.

Tenía que escribir dos cartas, hacer una poción calmante para Carlos, inventar una mentira que ocultase el envenenamiento, y redactarla en un artículo para *El Faro*, sin contar las personas que le esperaban para adquirir informes.

Cuando todos los yonvillenses hubieron oído la historia del arsénico, que Emma había tomado por azúcar al hacer una crema á la vainilla, Homais volvió á casa de Carlos.

Encontróle solo (el señor Canivet acababa de marcharse), sentado en un sillón cerca de la ventana, y contemplando el suelo con mirada idiota.

—Sería preciso—dijo el farmacéutico—que fijase usted mismo la hora de la ceremonia.

—¿Para qué? ¿Qué ceremonia?

Después, con voz balbuciente y espantada, añadió:

—¡Oh, no! Yo quiero guardarla conmigo.

Homais, por disimular, cogió un jarro del aparador para regar los geráneos.

—¡Oh! gracias—dijo Carlos;—es usted muy bueno...

Y no concluyó, abrumado por un cúmulo de recuerdos que aquella acción del farmacéutico le evocaba.

Para distraerle, juzgó conveniente Homais hablar un poco de horticultura: las plantas necesitaban tener humedad.

Carlos bajó la cabeza en señal de aprobación.

—Por lo demás, los días buenos van á volver.

—¡Ah!—exclamó Bovary.

El boticario, falto de ideas, se puso á separar suavemente las cortinillas de la vidriera,

—¡Calle! allí va el señor Tuvache.

Carlos repitió como una máquina:

—¡Va el señor Tuvache!

Homais no se atrevió á recordarle las disposiciones para la fúnebre ceremonia, y el cura tuvo que invitarle á resolver el asunto.

Se encerró en su gabinete, cogió una pluma, y después de sollozar algún tiempo, escribió:

«Quiero que se la entierre con su vestido de boda, con zapatos blancos y una corona. Se le destrenzará el cabello cayéndole por la espalda. Tres ataúdes: uno de encina, otro de caoba y otro de plomo. Que nadie me diga nada: tendré fuerzas. Cubriéndolo todo, se colocará un paño de terciopelo verde. Lo quiero. Hacedlo.»

Todos aquellos señores se admiraron de las ideas románticas de Bovary, y Homais llegó á decir:

—Ese terciopelo me parece cosa superflua. Además, el gasto...

—¿Y qué le importa á usted? ¡Usted no la amaba! ¡Déjeme en paz!

El cura le cogió del brazo para hacerle dar un paseo por el jardín, y empezó á hablarle de la vanidad de las cosas terrenales. Dios era grande, bueno; todo el mundo debía someterse, sin murmurar, á sus designios, y hasta darle las gracias.

Carlos prorrumpió en blasfemias.

—¡Yo execro al Dios de ustedes!—le contestó.

—El espíritu de la rebeldía vive todavía en usted—suspiró el eclesiástico.

Bovary se había alejado; marchaba á grandes pasos á lo largo de la pared, junto á la espaldera, rechinando los dientes; elevaba al cielo miradas de maldición; ni una hoja se movía.

Caía una lluvia menuda; Carlos, que llevaba desnudo el pecho, acabó al fin por tiritar, y entró á sentarse en la cocina.

A las seis oyóse ruido de cascos en la plaza: era que llegaba *La Golondrina*.

Con la frente sobre los cristales, quedóse mirando hasta que descendieron uno á uno todos los viajeros.

Felicidad le tendió un colchón en la sala; echóse sobre él y se durmió.

Aunque filósofo, el señor Homais respetaba á los muertos. Por esto, y sin guardar rencor al pobre Carlos, acudió por la noche á velar el cadáver, llevando consigo tres volúmenes y un libro de memorias para tomar apuntes.

El cura ya estaba allí. Cuatro grandes cirios ardían rodeando la cama, que habían sacado fuera de la alcoba.

El boticario, á quien el silencio molestaba, no tardó en dedicar algunas lamentaciones sobre aquella *infortunada joven*, y el cura respondió que lo único que restaba ya era rezar por ella.

—Sin embargo—replicó Homais,—una de dos: ó ha muerto en estado de gracia (como dice la Iglesia), y entonces no tiene ninguna necesidad de nuestras oraciones; ó ha muerto impenitente (esta es, según creo, la expresión eclesiástica), y entonces...

Bournisién le interrumpió con tono áspero, que no por eso dejaba de imponerse lo de rezar.

—Pero—objetó el farmacéutico,—puesto que Dios conoce nuestras necesidades, ¿de qué puede servir la oración?

—¡Cómo!—exclamó el eclesiástico.—La oración... ¿Luego usted no es cristiano?

—Perdone usted—dijo Homais.—Admiro al cristianismo. Desde luego reconozco que ha libertado esclavos, introducido en el mundo una moral...

—No se trata de eso. Todos los textos...

—¡Oh! Cuanto á los textos, abra usted la historia; se sabe que han sido falsificados por los jesuítas.

Carlos entró, y adelantándose hacia la cama, separó lentamente las cortinas.

Emma tenía la cabeza apoyada sobre el hombro derecho; el extremo de su boca, que permanecía abierta, formaba un agujero negro en la parte baja de su cara; los dos pulgares se hallaban ocultos entre las palmas de las manos; una especie de polvillo blanco cubría sus cejas, y sus ojos comenzaban á desaparecer con una palidez viscosa, semejante á una tela sutil tejida por arañas; la sábana se hundía desde sus senos hasta sus rodillas, levantándose luego en las puntas de los dedos gordos de los pies, y parecíale á Carlos que masas infinitas pesaban sobre ella.

El reloj de la iglesia dió las dos. Oíase el gran murmullo del río, que corría en las tinieblas al pie de la terraza; el cura, de rato en rato se sonaba ruidosamente, y el señor Homais rasgaba con su pluma el papel.

—Vamos, mi buen amigo—decía á Bovary,—retírese usted; este espectáculo debe desgarrarle el corazón.

Cuando Carlos salió, el boticario y el cura reanudaron su discusión.

—¡Lea usted á Voltaire!—decía el uno;—¡lea usted á Hoálbach, lea la *Enciclopedia!*

—¡Lea usted las *Cartas de algunos judíos portugueses!*—decía el otro;—¡lea *La razón del Cristianismo*, por Nicolás, antiguo magistrado!

Se acaloraban, estaban rojos, hablaban á la vez sin escucharse. Bournisién se escandalizaba de semejante audacia, Homais se maravillaba de tamaña estupidez, y estaban á punto de injuriarse, cuando Carlos apareció de nuevo.

Una fascinación le atraía, y subía continuamente la escalera. Se ponía frente á Emma para verla mejor, y se perdía en aquella contemplación que no era más dolorosa á fuerza de ser tan profunda. Recordaba las historias de la catalepsia, los milagros del magnetismo, y se decía que, queriéndolo enérgicamente, llegaría tal vez á resucitarla. Una vez, llegó hasta inclinarse á su oído y decir muy bajo: «¡Emma! ¡Emma!»

Su aliento, lanzado con fuerza, hizo temblar la llama de los cirios contra la pared.

Al rayar el día, llegó la madre de Carlos; éste, al abrazarla, tuvo un nuevo desbordamiento de llanto. Ella intentó, como antes lo había pretendido el farmacéutico, hacerle al-

gunas observaciones sobre los gastos del entierro; Carlos se arrebató tanto, que ella calló; él la encargó que fuese inmediatamente á la ciudad para comprar lo que hacía falta.

Carlos permaneció solo toda la tarde. Se habían llevado á Berta á casa del señor Homais, y Felicidad permanecía arriba en el cuarto con la Lefrancois. Por la noche, Carlos recibió algunas visitas. Se levantaba, estrechaba la mano sin poder hablar, después se sentaba junto á los visitantes que formaban ante la chimenea un gran semicírculo. Con el rostro inclinado y la corva sobre la rodilla, balanceaba la pierna, lanzando á intervalos grandes suspiros...

Todos se aburrían extraordinariamente, no queriendo ninguno ser el primero en marcharse.

Cuando volvió Homais á las nueve (hacía dos días que no se veía más que á él en la plaza), iba cargado con una provisión de alcanfor, benjuí y hierbas aromáticas; llevaba también un jarro lleno de cloruro para desterrar los miasmas. En aquel momento, la criada, la Lefrancois y la madre de Carlos daban vueltas alrededor de Emma, acabando de vestirla. Felicidad sollozaba.

—¡Ay! ¡mi pobre señora, mi pobre señora!

—¡Mírela usted —decía suspirando la posadera,— qué mona está aún! ¡Se creería que va á levantarse en seguida!

Se inclinaron para ponerle la corona; fué preciso levantarle un poco la cabeza, y entonces, una ola de líquidos negros salió como un vómito de su boca.

—¡Ay, Dios mío! ¡El vestido! ¡Tenga usted cuidado! —exclamó la Lefrancois.—Ayúdenos—decía al boticario.—¿Es que tiene usted miedo?

—¿Yo miedo?—replicó encogiéndose de hombros.—¡He visto muchos cadáveres en el hospital cuando estudiaba farmacia! ¡Hacíamos ponche en el anfiteatro de las disecciones! ¡La nada no espanta á un filósofo! Y hasta (lo digo á menudo) tengo intención de legar mi cuerpo á los hospitales á fin de servir á la ciencia.

Al llegar el cura, preguntó cómo se encontraba Bovary.

—El golpe, como usted comprende, está todavía demasiado reciente—respondió Homais, felicitando al cura por no estar expuesto, como todo el mundo, á perder una compañera querida.

De esto surgió una discusión sobre el celibato de los curas.

—Porque—decía el farmacéutico—no es natural que un hombre se pase sin mujeres; se han visto crímenes...

—Pero...—exclamó el eclesiástico—¿cómo quiere usted que un individuo sujeto al matrimonio pueda guardar, por ejemplo, el secreto de confesión?

Homais atacó la confesión; Bournisién la defendió, extendiéndose sobre las restituciones de que era causa; citó diferentes anécdotas de ladrones convertidos en hombres honrados de repente; de militares que, acercándose al tribunal de la penitencia, habían sentido caer la venda que cubría sus ojos. En Triburgo, un ministro...

El boticario dormía. Como le sofocaba algo la pesada atmósfera de la habitación, abrió el cura la ventana, con lo que el boticario despertó.

—Un polvito de rapé—le dijo—esto despeja.

Oíanse á lo lejos ladridos continuados en alguna parte.

—¿Oye usted un perro que aúlla?—exclamó el farmacéutico.

—Se dice que presienten los muertos—respondió el eclesiástico.—Es como las abejas, que escapan de la colmena á la muerte de las personas.

Homais no dió su opinión. porque se había vuelto á dormir. El señor Bournisién, más robusto, continuó algún tiempo hablando por lo bajo; después, insensiblemente, inclinó la cabeza, dejó caer el grueso libro y comenzó á roncar. Estaban el uno frente al otro, con el vientre avanzando, la cara abotargada, el aspecto enfurruñado; después de tanto desacuerdo, se encontraban al fin en la misma debilidad humana, inmóviles como el cadáver que á su lado parecía dormir.

Carlos, al entrar, no los despertó. Era la última vez. Venía á dar á Emma su último adiós.

Las hierbas aromáticas humeaban todavía, y el humo azulado se confundía, al borde de la ventana, con la niebla que entraba. Había algunas estrellas y la noche era apacible. La cera de los cirios caía en gruesas lágrimas sobre las ropas de la cama; Carlos los miraba arder, fatigándole los ojos el brillo de la llama amarilla. Los reflejos oscilaban sobre el traje de raso, blanco como un claro de luna; Emma desaparecía debajo, y á Carlos le parecía que, esparciéndose fuera de sí misma, se perdía confusamente en derredor de las cosas, en el silencio, en la noche, en el viento que pasaba.

en la humedad del ambiente. Creyó, de pronto, la veía en el jardín de Tostes, en el banco junto á los espinos, ó bien en Rouén, en las calles, en la puerta de la casa, ó en el patio de la granja de su padre, y oía aún las risas alegres de los muchachos que danzaban bajo los manzanos. La habitación estaba llena del perfume de su cabellera, y su vestido le rozaba los brazos con un ruido de centellas. ¡Era la misma!... ¡Aquella!

Estuvo así largo tiempo recordando todas las felicidades desaparecidas; sus actitudes, sus gestos, el timbre de su voz. Después de una desesperación llegaba otra, y continua é inagotablemente, como las olas de una marea que se desborda. Tuvo una curiosidad terrible: muy despacio, palpitante, con la punta de los dedos, levantó el velo... Lanzó un grito de horror que despertó á los otros. Tuvieron que llevárselo abajo, á la sala.

A poco, la felicidad fué á decir que Carlos pedía cabellos de Emma.

—Córtelos usted—replicó el boticario.

Y como ella no se atrevía, se adelantó él mismo con las tijeras en la mano. Temblaba tanto, que la pinchó en las sienes varias veces; por fin, venciendo la emoción, dió dos ó tres tijeretazos al azar, dejando blancas señales en aquella hermosa cabellera negra.

El boticario y el cura volvieron á su puesto, no sin dormir de cuando en cuando, de lo que se acusaban recíprocamente cada vez que despertaban. El señor Bournisién hisopaba la habitación con agua bendita, y Homais rociaba el suelo con cloruro.

Felicidad había tenido cuidado de dejar sobre la cómoda una botella de aguardiente, un queso y una torta... Hacia las cuatro de la mañana, el boticario, que no podía ya más, exclamó:

—¡A fe mía que tomaría algo de alimento!

El eclesiástico no se hizo tampoco de rogar; salieron de allí y comieron y bebieron, riéndose sin saber por qué, excitados por esa alegría vaga que se apodera de nosotros después de las escenas de tristeza. Al beber la última copita, el cura dijo al farmacéutico, golpeándole la espalda:

—¡Nosotros acabaremos por entendernos!

Encontraron abajo, en el vestíbulo, á los carpinteros que venían. Carlos tuvo durante dos horas que sufrir el suplicio

del martillo que resonaba sobre las tablas. Luego colocaron el cadáver en el ataúd de encina, que metieron en los otros dos: pero como era bastante ancho, fué preciso tapar los huecos con la lana de los colchones. Por fin, cuando las tres cajas fueron cepilladas, clavadas y soldadas, se expuso el féretro ante la puerta, se abrió la casa de par en par, y las gentes empezaron á afluir.

El padre Rouault llegó, y desmayóse en la plaza al divisar el paño negro del catafalco.

X

Rouault no había recibido la carta del boticario hasta treinta horas después del suceso, y, por respeto á su sentimiento, el señor Homais la había redactado de tal manera, que le fué imposible saber á qué atenerse.

El buen hombre cayó de repente como herido de una apoplejía. Por la carta conjeturó que no estaba muerta... pero que podía estarlo. Se puso la blusa, cogió el sombrero, se calzó las espuelas y salió á escape á lo largo de la carretera, jadeante, devorado por la angustia. Una vez tuvo que apearse porque ya no veía; oía voces alrededor; sentía que se volvía loco.

Comenzó á clarear. Vió tres gallinas negras que dormían en un árbol, y se estremeció espantado de aquel augurio. Prometió á la Virgen Santísima tres casullas para la iglesia, y que iría á pie descalzo desde el cementerio de los Berteaux hasta la capilla de Vassonville. Entró en Maronne gritando á las gentes de la posada, hundió la puerta con los hombros, se precipitó hacia el saco de avena, y vertió en el pesebre una botella de sidra dulce para dar fuerzas á la caballería, cuyas herraduras reforzó.

Decíase que salvarían á su hija sin duda; los médicos descubrirían un remedio, estaba seguro, y recordaba todas las curas milagrosas que le habían contado. Después se le aparecía muerta. Estaba allí, ante él, tendida de espaldas en medio de la carretera. Tiraba de la brida, y la alucinación des-

aparecía. En Quincampoix, para cobrar ánimos, se bebió tres tazas de café.

Pensó que se habrían equivocado de nombre al escribirle; buscó la carta en su bolsillo, la palpó, pero no se atrevió á abrirla. Llegó á suponer que aquello era acaso una farsa, una venganza de cualquiera, una broma de borracho; además, si hubiera muerto, se sabría. Pero no: el campo no tenía nada de extraordinario, el cielo estaba azul, los árboles se balanceaban... Un rebaño de carneros pasó; divisó el pueblo, viósele corriendo, completamente inclinado sobre su caballo, al que daba fuertes golpes, y cuyas cinchas goteaban sangre...

Cuando hubo recobrado el conocimiento, cayó llorando en los brazos de Carlos.

—¡Mi hija!... ¡Emma!... ¡Mi niña!... Explícame...

El otro respondía con sollozos:

—¡No sé, no sé... yo no sé!... ¡Es una maldición!...

El boticario los separó.

—Estos horribles detalles—dijo—son inútiles. Yo le informaré de todo. La gente llega. ¡Dignidad, caramba, filosofía!

El pobre Carlos quiso aparecer fuerte, y repitió varias veces:

—¡Sí, valor!...

—Pues bien—gritó el buen hombre, —lo tendré; ¡rayo de Dios! Voy á acompañarla hasta el final.

La campana doblaba. Todo estaba dispuesto, y fué preciso ponerse en marcha.

Sentados en una silla del coro, el uno junto al otro, vieron pasar ante ellos y repasar continuamente á los tres chantres, que salmodiaban. El que tocaba el serpentón, soplabá con todas sus fuerzas. El señor Bournisién, revestido, cantaba con voz aguda; saludaba al altar, alzaba las manos, extendía los brazos. Lestiboudois andaba de aquí para allá. Cerca del facistol, el ataúd descansaba entre cuatro hileras de cirios. A Carlos acometíanle deseos de levantarse y apagarlos; pero procuraba, sin embargo, excitarse á la religión, poniendo su esperanza en una vida futura donde volvería á verla. Se imaginaba que Emma había salido de viaje hacía mucho tiempo; pero al pensar que se encontraba allí, y que todo había concluído, que la llevaban á la tierra, se apoderó de él una ira feroz, negra, desesperada. A veces creía no sen-

tir nada, y saboreaba ese endulzamiento de su dolor, al par que se juzgaba un miserable.

Se oyó como el ruido seco de un palo ferrado que golpeará las losas á intervalos iguales; venía del fondo y pasó súbitamente. Un hombre grueso, con burdo vestido pardo, se arrodilló penosamente: era Hipólito, el mozo del *León de Oro*. Se había puesto la pierna nueva.

Uno de los chantres dió la vuelta á la nave postulando, y las monedas, unas tras otras, sonaron en la bandeja de plata.

—Acaben ustedes. ¡Sufro mucho!—exclamó Carlos, arrojándole con ira una moneda de cinco francos.

El hombre de la iglesia le dió las gracias con una larga reverencia.

Cantaban, se arrodillaban, se volvían á levantar, ¡aquello no acababa nunca! Se acordó de una vez, en los primeros tiempos de casado, en que habían asistido juntos á misa y se habían puesto el uno al lado del otro, á la derecha, junto al muro.

La campana volvió á sonar. Hubo un gran movimiento de sillas. Los conductores pasaron sus tres palos por debajo del féretro, y todos salieron de la iglesia.

Justino apareció en el umbral de la farmacia, y volvió á entrar en ella en seguida, pálido, vacilante...

Asomábanse las gentes á las ventanas para ver el cortejo: Carlos, á la cabeza, marchaba con el cuerpo encorvado, afectando un aspecto sereno y saludando con un gesto á los que, desembocando por las callejuelas ó por las puertas, llegaban á sumarse al cortejo. Los seis hombres, tres á cada lado, marchaban á paso corto y algo jadeantes. Los curas, los chantres y los dos monaguillos recitaban el *De profundis*, y sus voces se perdían en el campo, subiendo y bajando en sus ondulaciones. A veces desaparecían en las revueltas del sendero, pero la gran cruz de plata se alzaba siempre entre los árboles.

Las mujeres seguían, cubiertas con mantos negros, llevando en la mano gruesos cirios encendidos. Carlos se sentía desfallecer ante aquella continua repetición de plegarias y blandones, bajo aquellos olores molestos de cera y de sotana. Soplabá una brisa fresca, los sembrados verdeaban, las gotas de rocío temblaban al borde del camino sobre los setos de espinos. Toda clase de ruidos alegres llenaban el espacio:

el rechinar de una carreta rodando á lo lejos, el canto de un gallo que se repetía, ó el galope de un potro que se veía huir bajo los manzanos. El cielo puro estaba manchado de nubes de color de rosa; los pábilos azulados se reflejaban sobre las cabañas bañadas por el iris.

Carlos reconocía los patios y se acordaba de muchas mañanas como aquélla, en que, después de haber visitado algún enfermo, salía de allí para regresar al lado de Emma.

El paño negro, sembrado de gotas de cera, levantábase de tiempo en tiempo descubriendo el ataúd. Los conductores, fatigados, acortaban el paso y avanzaban dando sacudidas como una chalupa que cabecea á cada ola que la empuja.

Llegaron al cementerio. Los hombres continuaron hasta el sitio donde la fosa estaba abierta entre el césped. Se colocaron alrededor, y en tanto que el cura rezaba, la tierra roja, amontonada á los bordes, se deslizaba por los ángulos, sin ruido, continuamente, y cuando las cuatro cuerdas estuvieron dispuestas, bajaron el ataúd. Él lo vió descender... ¡Descendía siempre!

Por fin, se oyó un choque, y las cuerdas volvieron á subir... Bournisién cogió con la mano izquierda la pala que le alargó Lestiboudois, y mientras con la derecha seguía hisopando, lanzó vigorosamente una gran paletada. La madera del ataúd, herida por los guijarros, produjo ese ruido formidable que nos parece el retumbar de la eternidad.

El sacerdote pasó la pala á su vecino: era el señor Homais. Este la sacudió gravemente, y después se la alargó á Carlos, que se inclinó hasta poner las rodillas en tierra, y tiró á manos llenas todo, gritando: «¡Adiós!» Le enviaba besos y se arrastraba hacia la fosa para sepultarse con ella... Se lo llevaron de allí, y no tardó en aplacarse, sintiendo, tal vez, como todos, la vaga satisfacción de haber concluído aquello.

El padre Rouault, al volver, se puso tranquilamente á fumar una pipa, lo que Homais, en su fuero interno, juzgó poco conveniente. Observó también que el señor Binet no había asistido, que Tuvache «había desfilado» después de la misa, y que Teodoro, el criado del notario, «iba vestido de azul como si no encontrase un traje negro», y para comunicar estas observaciones, iba de uno en otro grupo. Deplorábase la muerte de Emma, sobre todo Lheureux, que no había faltado al entierro.

—¡Aquella pobre señora!... ¡Qué dolor para su marido!...

El boticario respondía:

—Sin mí, usted lo sabe bien, se hubiera dejado llevar á cualquier atentado funesto.

—¡Una persona tan buena! ¡Y decir que el sábado último la vi aún en mi tienda!

—No he tenido tiempo para preparar algunas frases que hubiera pronunciado sobre su tumba—dijo Homais.

Al regresar, Carlos se desnudó, y el padre Rouault volvió á ponerse su blusa azul. Era nueva, y como durante el camino se enjugó los ojos con las mangas, se había desteñido sobre su cara, y la huella del llanto había marcado varias rayas sobre la capa de polvo que la ensuciaba.

La señora Bovary, madre, estaba con ellos. Los tres permanecían silenciosos. Por fin, el buen hombre suspiró:

—¿Se acuerda usted, amigo mío, que fui á Tostes cuando usted acababa de perder su primera mujer? Yo le consolaba entonces... hallaba algo que decirle; ¡pero ahora!...

Después, con un prolongado gemido que levantó por completo su pecho, añadió:

—¡Ay! esto es el fin para mí. Vea usted: he visto marcharse á mi mujer... á mi hijo después, y á mi hija ahora.

Quiso volverse en seguida á la granja, diciendo que no podría dormir en aquella casa; hasta rehusó ver á su nieta.

—No, no; eso me causaría demasiada pena. Bésela usted. ¡Adiós!... Es usted una buena persona. Además, nunca olvidaré esto—añadió golpeándose el muslo.

Cuando estuvo en lo alto de la cuesta, se volvió, como en otro tiempo lo había hecho en el camino de San Víctor, al separarse de Emma. Las ventanas del pueblo ardían bajo los rayos oblicuos del sol que se ponía tras la pradera.

Colocóse la mano ante los ojos, y divisó en el horizonte un cercado donde los árboles formaban, aquí y allá, ramilletes negros entre piedras blancas; después continuó su ruta á trote corto, porque su cabalgadura cojeaba.

Carlos y su madre permanecieron durante la noche hablando, á pesar de la fatiga; hablaron de los días pasados y del porvenir. Ella vendría á vivir á Yonville, cuidaría la casa y no se separarían ya más. Estuvo ingeniosa y cariñosa, gozándose interiormente en recuperar un afecto que se le escapaba desde hacía tantos años.

Sonaron las doce; el pueblo, como de costumbre, estaba silencioso: Carlos, desvelado, pensaba en ella.

Rodolfo, que, por distraerse, había cazado en el bosque todo el día, dormía tranquilamente en su castillo, y León, allá abajo, también dormía.

Había otro que á aquella hora no dormía.

Sobre la fosa, entre los abetos, un niño lloraba arrodillado, y su pecho, roto por los sollozos, jadeaba en la sombra, bajo la presión de un pesar inmenso, más dulce que la luna y más insondable que la noche.

La verja crujió de repente; era Lestiboudois que entraba; venía á buscar su azada, que había olvidado. Reconoció á Justino escalando el muro, y desde entonces supo á qué atenerse acerca de quién era el que le robaba las patatas.

XI

Carlos, al día siguiente, mandó por la niña. Ésta preguntó por su mamá. Se le contestó que estaba ausente y que le traería juguetes. Berta volvió á hablar de ella varias veces; pero poco tardó en no volver á acordarse. Su alegría afligía á Carlos, que tenía, además, que soportar los intolerables consuelos del boticario.

Pronto volvieron á presentarse los apremios de dinero, excitando de nuevo el señor Lheureux á su amigo Vincart; Carlos se comprometió por sumas exorbitantes, porque nunca quiso vender ni el menor de los muebles que habían pertenecido á ella.

Su madre se exasperaba por esto. Había cambiado completamente, decía. Y se marchó de la casa.

Desde aquel instante, cada cual fué á aprovecharse de lo que pudo.

La señora Lempereur reclamó seis meses de lecciones, aunque Emma no hubiese tomado ni una sola (á pesar de aquella factura pagada que Emma había enseñado á Bovary), pues fué un convenio entre ellas dos. El librero reclamó tres años de suscripción; la tía Rolet el porte de veinte cartas, y como Carlos le pidiese explicaciones, tuvo la delicadeza de responder:

—¡Ah! no sé nada; era para sus asuntos.

A cada acreedor que pagaba, Carlos creía haber acabado; pero surgían otros continuamente, Pidió los atrasos de antiguas visitas, le presentaron las cartas que su mujer había enviado, y tuvo que dar excusas.

Felicidad llevaba ahora las ropas de la señora; no todas, porque él había guardado algunas, é iba á verlas á su tocador. Ella era poco más ó menos de su estatura, y á menudo Carlos, al divisarla por detrás, era presa de una ilusión, y exclamaba:

—¡Oh! ¡Espera, espera!

Pero por la Pascua de Pentecostés se marchó ella de Yonville, escapándose con Teodoro y robando todo lo que quedaba en el guardarropa de Emma.

Por entonces, la señora viuda Dupuis tuvo el honor de participarle á Carlos *el matrimonio del señor León Dupuis, su hijo, notario en Yvetot, con la señorita Leocadia Lebouf, de Bonderville*. Carlos, en la felicitación que le dirigió, escribió esta frase: «¡Cuánto se hubiera alegrado de esto mi pobre mujer!»

Un día que, dando vueltas sin objeto por toda la casa, había subido hasta el granero, sintió bajo su zapatilla una bolita de papel fino. La abrió y leyó: «¡Valor, Emma, valor! No quiero causar la desgracia de su existencia!»

Era la carta de Rodolfo, caída entre las cajas, que había permanecido allí y que el viento del tragaluz acababa de empujar hacia la puerta.

Carlos se quedó inmóvil, sorprendido, en aquel mismo sitio donde otra vez, más pálida aún que él, Emma, desesperada, había querido morir. Por último, vió una pequeña R al final de la segunda página. ¿Qué era aquello? Acordóse de la asiduidad de Rodolfo, su desaparición repentina y el aire contrariado que había tenido al encontrarle dos ó tres veces.

Pero el tono respetuoso de la carta le hizo forjarse una ilusión.

—Se han amado, acaso platónicamente — se dijo.

Además, Carlos no era de los que descienden al fondo de las cosas; retrocedió ante las puebas, y sus celos inseguros se perdieron en la inmensidad de su pena.

—Debieron — pensaba — adorarla. Todos los hombres, seguramente, la han deseado.

Y le pareció por esto más hermosa, y le asaltó un deseo constante que enardecía su desesperación, y que no tenía límites, por ser irrealizable.

Para agradecerla, como si viviese aún, siguió amoldándose á sus gustos predilectos, á sus ideas; se compró botas de charol, usó corbatas blancas, se dió cosmético en el bigote, suscribió como ella pagarés... Emma le corrompía más allá de la tumba.

Se vió obligado á vender la plata pieza á pieza; después vendió los muebles del salón. Todas las habitaciones quedaron vacías; pero su cuarto, el cuarto de *ella*, permanecía como antes.

Después de la comida, Carlos subía allí; ponía delante del fuego el velador y acercaba *su* sillón.

Se sentaba enfrente; una vela ardía en uno de los candelabros dorados; Berta, cerca de él, iluminaba estampas.

Sufría el pobre hombre viéndola tan mal vestida, con sus borceguíes sin correas y la abertura de su vestido desgarrada hasta las caderas, porque la mujer que dirigía la casa no se cuidaba para nada de ella. Pero era tan dulce, tan gentil, y su cabecita se inclinaba tan graciosamente dejando caer sobre sus mejillas rosadas su abundante cabellera rubia, que una delectación infinita le invadía; placer mezclado de amargura como esos vinos mal hechos que saben á resina.

Componíale los juguetes rotos, le hacía muñecos de cartón ó cosía el vientre destripado de las muñecas.

Alguna vez tropezaban sus ojos en la caja de la costura con una cinta que colgaba ó un alfiler en la ranura de la mesa, y se ponía pensativo, con aspecto tan triste, que la niña acababa por entristecerse también.

Nadie iba ya á verlos: Justino se había escapado á Rouén para convertirse en dependiente de tienda de comestibles, y los hijos del boticario visitaban cada vez menos á la pequeña. El señor Homais, vista la diferencia de sus condiciones sociales, no tenía interés en que la intimidad se prolongase.

El ciego, á quien no pudo curar con su pomada, había vuelto á la cuesta de Bois-Guillaume, donde contaba á todos los viajeros la cura fracasada del boticario; hasta tal punto, que Homais, cuando iba á Rouén, se escondía detrás de las cortinas de *La Golondrina* para evitar su encuentro.

Le odiaba, y en interés de su propia reputación, queriendo desembarazarse de él á toda costa, enfiló hacia él una

batería oculta que daba idea de su inteligencia y de la perfidia de su vanidad.

Durante seis meses consecutivos pudo leer todo el mundo en el *Faro de Rouén* sueltos por este estilo:

«Todas las personas que se dirigen hacia las fértiles comarcas de la Picardía, habrán visto, sin duda, en la cuesta de Bois-Guillaume, un miserable herido de una horrible llaga facial. Os importuna, os persigue, é impone una verdadera contribución á los viajeros. ¿Estamos aún en aquellos tiempos bárbaros de la Edad media, en que era permitido á los vagabundos exhibir en las plazas públicas la lepra y las escrófulas que habían adquirido en las Cruzadas?»

O bien de esta otra forma:

«A pesar de las leyes contra la vagancia, las inmediaciones de nuestras grandes ciudades continúan infestadas por plagas de mendigos. Los hay que circulan aisladamente, y que tal vez son los más peligrosos. ¿En qué piensan nuestros ediles?»

Además, Homais inventaba anécdotas.

«Ayer en la cuesta de Bois-Guillaume, un caballo espantadizo...» Y seguía el relato de un accidente ocasionado por la presencia del ciego.

Lo hizo tan bien, que acabaron por meter al ciego en la cárcel; pero soltáronle y volvió á empezar, y Homais también. Aquello era una lucha. Obtuvo la victoria, porque su enemigo fué condenado á reclusión perpetua en un hospicio.

Este éxito le envalentonó, y desde entonces no hubo en el distrito un perro aplastado, una granja incendiada ó una mujer apaleada sin que él en seguida diese parte al público, siempre guiado por el amor al progreso y el odio á los curas. Establecía comparaciones entre las escuelas primarias y los hermanos ignorantinos, en detrimento de los últimos; recordaba la Saint-Barthelemy á propósito de una donación de cien francos á la iglesia, y denunciaba abusos, lanzaba acusaciones: esta era su frase. Homais, minándolo todo, hacíase peligroso. Pero se ahogaba en los límites estrechos del periodismo, y pronto necesitó el libro, ¡la obra!

Entonces escribió una *Estadística general del cantón de*

Yonville, seguida de observaciones climatológicas, y la Estadística le llevó después á la Filosofía.

Se preocupó de las grandes cuestiones: problema social, moralización de las clases pobres, piscicultura, caucho, caminos de hierro, etc.: llegó á avergonzarse de ser burgués y se daba tono de *artista*, ¡fumaba!...

Se compró dos estatuitas *chic*, estilo Pompadour, para decorar su salón.

No abandonaba la farmacia; al contrario, estaba al tanto de los descubrimientos. Seguía el gran movimiento de los chocolates: fué el primero que llevó al Sena Inferior el *choca* y la *revalenta*. Se entusiasmó con las cadenas hidroeléctricas Pulvermacher; hasta la llevaba él mismo, y, por la noche, cuando se quitaba su chaleco de franela, la señora Homais quedaba deslumbrada ante aquella espiral de oro que le circundaba, y sentía redoblar su fuego amoroso por aquel hombre tan agarrotado como un escita, y espléndido como un mago.

Imaginó varios proyectos para el panteón de Emma. Propuso primero un trozo de columna con un paño, después una pirámide, luego un templo de Vesta, una especie de rotonda... ó bien «un montón de ruinas»; y en todos los planos, Homais no se olvidaba del sauce llorón, que consideraba como el símbolo obligado de la tristeza.

Carlos y él hicieron juntos un viaje á Rouén para ver sepulcros en casa de un lapidario; les acompañó un pintor, un tal Vaufrylard, amigo de Bridoux, que se pasaba la vida en hacer *calembours*.

Por fin, después de haber examinado un centenar de diseños, pedido un presupuesto y hecho un segundo viaje á Rouén, Carlos se decidió por un mausoleo que debía llevar en sus dos caras principales «un genio teniendo la antorcha apagada».

Cuanto á la inscripción, Homais no hallaba nada más hermoso que *Sta viator*, y no salía de allí; se fatigaba la imaginación, y repetía *Sta viator* continuamente. Por fin se le ocurrió *Amabilem conjugem calcas*, que fué aceptado.

Un detalle extraño era el de que Carlos, al par que pensaba en Emma continuamente, la olvidaba, y se desesperaba sintiendo escapársele aquella imagen de la memoria, á pesar de los esfuerzos que hacía para retenerla.

Todas las noches, no obstante, soñaba con Emma; era

siempre el mismo sueño: se acercaba á ella, pero, cuando iba á estrecharla, caía podrida en sus brazos.

Durante una semana viósele ir por las tardes á la iglesia: el señor Bournisién le hizo hasta tres ó cuatro visitas; después no volvió más.

El bueno del cura volvía á la intolerancia, al fanatismo—decía Homais;—tronaba contra el espíritu del siglo, y no dejaba cada quince días, en el sermón, de referir la agonía de Voltaire, diciendo que murió devorando sus excrementos, como todo el mundo sabía.

A pesar de la economía con que vivía, Carlos no podía amortizar las antiguas deudas. Lheureux rehusó renovarle ningún pagaré. El embargo se hizo inminente.

Entonces recurrió á su madre, que consintió en que tomase una hipoteca sobre sus bienes, pero lanzando recriminaciones contra Emma, y pidiendo, en cambio de su sacrificio, un chal que se había librado del saqueo de Felicidad.

Carlos se lo negó, y riñeron. Ella dió los primeros pasos para una reconciliación, proponiéndole tener en su casa á la niña, que la podría ayudar en algo.

Carlos consintió; pero en el momento de separarse, el valor le abandonó.

Entonces, sobrevino una ruptura definitiva, completa.

A medida que sus afectos desaparecían, se aferraba más estrechamente al amor de su hija. Inquietábale ésta, porque tosía algunas veces y tenía placas rojas en los pómulos.

Frente á él se alzaba floreciente y alegre la familia del farmacéutico, á cuya prosperidad todo el mundo contribuía.

Napoleón le ayudaba en el laboratorio, Atala le bordaba un gorro griego, Irma cortaba redondeles de papel para cubrir las jcaras, y Franklin recitaba de un tirón la tabla de Pitágoras. Era el más feliz de los padres, el más afortunado de los hombres... ¡Error!...

Una ambición sorda le corroía: Homais deseaba la cruz de la Legión; méritos no le faltaban, según él:

1.º Haberse distinguido durante el cólera por una abnegación sin límites. 2.º Haber publicado, á sus expensas, diferentes obras de utilidad pública, como... (y recordaba su Memoria, titulada: *De la sidra, de su fabricación y de sus efectos*; más las observaciones sobre el pulgón lanífero, enviadas á la Academia; su volumen de estadística, y hasta su tesis de

farmacéutico); sin contar que era miembro de varias sociedades científicas (lo era de una sola).

—En fin—exclamaba haciendo una pirueta,—¡aun cuando no fuera nada más que por haberme distinguido en los incendios!

Homais empezó á adular al Poder. Prestó secretamente al prefecto grandes servicios en las elecciones, se vendió, en fin, se prostituyó. Hasta dirigió al soberano una petición suplicándole que se le hiciese justicia; le llamaba *nuestro buen rey*, y le comparaba con Enrique IV.

Todas las mañanas, el boticario esperaba el periódico para ver la noticia de su nombramiento, pero éste no venía.

Por último, y á falta de otra cosa, hizo dibujos en el césped de su jardín: la *estrella de honor* con dos pequeñas tiras de hierba que partían de la cima imitando la cinta.

Se paseaba alrededor, con los brazos cruzados y meditando sobre la ineptitud del Gobierno y la ingratitud de los hombres.

Por respeto, ó por una especie de sensualidad que le hacia retardar sus investigaciones, Carlos no había abierto aún el cajón secreto de un escritorio de palosanto, de que Emma se servía habitualmente.

Un día, por fin, se sentó delante, dió vuelta á la llave y apretó el resorte... ¡Todas las cartas de León estaban allí! ¡Nada de duda aquella vez!

Devoró hasta la última, buscó en todos los rincones, en todos los muebles, en todos los cajones, detrás de las paredes, sollozando, aullando, extraviado, loco...

Descubrió una caja, y la desfondó de un puntapié. El retrato de Rodolfo le saltó á la cara en medio de tiernas cartas esparcidas!...

Extrañó á todo el mundo su decaimiento. Ya no salía, no recibía á nadie, hasta rehusaba visitar á sus enfermos. Entonces se supuso que «se encerraba para beber y emborracharse».

Algunas veces, un curioso se subía por encima del cercado del jardín, y divisaba, asombrado, á aquel hombre de barba larga, cubierto de vestidos miserables, hosco, y que lloraba al andar.

Por la tarde, en el verano, cogía á su hijita y la llevaba al cementerio: volvían ya entrada la noche, cuando no había más claridad en la plaza que la linterna de Binet.

No obstante, la voluptuosidad de su dolor era incompleta, porque no tenía á su lado persona con quien compartirla; visitaba sólo á la Lefrancois para poder hablar de *ella*.

Peró la posadera le escuchaba sólo con un oído, porque también ella tenía sus penas: el señor Lheureux acababa de establecer un servicio de coches, titulado las *Favoritas del comercio*, é Hivert, que gozaba de una gran reputación para hacer encargos, exigía aumento de salario y amenazaba con irse á servir á los de la «competencia».

Un día que Carlos fué al mercado de Argueil para vender su caballo ¡último recurso! encontró á Rodolfo...

Palidieron al verse. Rodolfo, que se había limitado á enviar su tarjeta cuando la muerte de Emma, comenzó por balbucear algunas excusas, luego cobró ánimos, y llevó su aplomo (hacía mucho calor, era en el mes de Agosto) hasta invitar á Carlos á tomar una botella de cerveza.

De codos frente á él, mascaba su cigarro al par que hablaba, y Carlos se perdía en ensueños ante aquella cara que Emma había amado. Le parecía volver á ver algo suyo. Estaba maravillado; hubiera querido ser aquel hombre.

Rodolfo continuaba hablando de cultivo, ganado, abonos, llenando con frases triviales todos los intersticios por donde pudiera deslizarse una alusión.

Carlos no le escuchaba; Rodolfo lo notaba, y seguía en la movilidad de su semblante el paso de sus recuerdos.

Carlos enrojecía poco á poco, las ventanas de la nariz movíansele vivamente, los labios le temblaban.

Hubo un momento en que, lleno de un furor siniestro, clavó los ojos en Rodolfo, y éste se interrumpió espantado.

Peró pronto, la misma laxitud fúnebre reapareció en el rostro de Carlos, y

—¡No le odio á usted!—le dijo.

Rodolfo se quedó mudo, y Carlos, con la cabeza entre las manos, repitió con voz apagada y con el acento resignado de los dolores infinitos:

—¡No, no le odio á usted!

Y emitió una gran frase, la única que pronunció en su vida:

—¡La culpa es de la fatalidad!

Rodolfo, que había ayudado á aquella fatalidad, encontró muy benigna la frase, para un hombre en su situación; hasta algo cómica y un poco ruin.

Al día siguiente, Carlos fué á sentarse en el banco del cenador del jardín.

La luz del día pasaba por los listones, las hojas de parra dibujaban sus sombras en la arena, el jazmín perfumaba el ambiente, el cielo estaba azul, los insectos zumbaban alrededor de los lirios en flor, y Carlos se sofocaba como un adolescente bajo los vagos efluvios amorosos, que hinchaban su corazón apesadumbrado.

A las siete, Berta, que no le había visto en toda la tarde, fué á buscarle para comer. Carlos tenía la cabeza caída contra la pared, los ojos cerrados, la boca abierta, y en sus manos un gran mechón de cabellos negros.

—Papá, ¿vienes?—dijo la niña.

Y creyendo que quería bromear, le empujó suavemente. Cayó á tierra... ¡Estaba muerto!

Treinta y seis horas después, á petición del boticario, el señor Canivet acudió. Le hizo la autopsia y no encontró nada.

Cuando todo se hubo vendido, quedaron doce francos setenta y cinco céntimos, que sirvieron para pagar el viaje de Berta á casa de su abuela.

La buena mujer murió aquel año, y, estando paralítico el padre Rouault, una tía tuvo que encargarse de ella.

Era pobre, y para ganarse la vida la envió á una fábrica de hilados de algodón.

Después de la muerte de Bovary, tres médicos se han sucedido en Yonville, sin hacer fortuna: á todos los ha derrotado Homais. Éste se ha creado una gran clientela; la autoridad le halaga y la opinión pública le protege.

Acaba de ser condecorado con la cruz de la Legión de honor.

. FIN

ACUSACIÓN, DEFENSA Y JUICIO

RECAÍDO EN EL

PROCESO INTENTADO CONTRA EL AUTOR

ANTE EL

Tribunal correccional de París

(Sala 6.ª)

PRESIDENTE: M. DUBARLE

SESIONES

del 31 de Enero al 7 de Febrero de 1867

MINISTERIO PÚBLICO

CONTRA

GUSTAVO FLAUBERT

Acusación del fiscal imperial D. ERNESTO PINARD

Señores: al iniciar este debate, el ministerio público tropieza con una dificultad que no puede disimular: tiene que acusar de ofensas á la moral pública y á la religión, expresiones que son sin duda un tanto vagas, un tanto elásticas y que conviene, por lo tanto, precisar. Pero en fin, cuando uno se dirige á espíritus rectos y prácticos, es fácil entenderse sobre tales extremos y distinguir si tal página de un libro dirige ó no un ataque á la religión ó á la moral. La dificultad no está, pues, tanto en acusar como en la extensión de la obra que tenéis que juzgar. Se trata de una novela entera. Cuando se somete á vuestra apreciación un artículo de periódico, se ve en seguida dónde comienza el delito y donde acaba; el ministerio público lee el artículo y lo somete á vuestra apreciación. Aquí no se trata de un artículo de periódico, sino de una narración extensa, que empezó á publicarse el día 1.º de octubre y se acabó el 15 de diciembre, componiéndose de seis entregas que fueron publicadas en la *Revista de París*, año 1856. ¿Qué hacer en esta situación? ¿Cuál es el papel del ministerio público? ¿Leer toda la novela? Esto es imposible. Por otra parte, no leer más que los puntos incriminados es exponerse á un reproche fundadísimo. Podría decirsenos: si no exponéis el proceso en todas sus partes, si omitís lo que precede y lo que sigue de los pasajes incriminados, es evidente que sofocáis el debate restringiendo el terreno de la discusión. Para evitar este doble inconveniente no hay más camino que este:

contaros primero el argumento de toda la novela sin leerla, sin incriminar ningún pasaje, y luego leer, incriminando y citando el texto, respondiendo á las objeciones que pudieran hacerse á la acusación.

¿Cómo se titula la novela? *La señora Bovary*. Es un título que por sí sólo nada dice. Lleva un subtítulo: *Costumbres de provincias*. Tampoco este subtítulo explica el pensamiento del autor; sino que sólo lo hace presentir. El autor no ha querido seguir tal ó cual sistema falso ó verdadero; sólo ha querido presentar cuadros; y vais á ver qué cuadros. Cierto que es el marido el que comienza y el que acaba el libro; pero el retrato más serio de la obra, el que ilumina las demás figuras, es evidentemente el de la señora Bovary.

Y ahora empiezo á narrar, no á citar. Se toma al marido en el colegio, y hay que decirlo, el niño anuncia ya lo que será el marido. Es excesivamente torpe y tímido, tan tímido que cuando llega al colegio y le preguntan su nombre, empieza por responder: *Carbovary*. Es tan torpe que trabaja sin fruto. Nunca es el primero ni tampoco el último de su clase; es el tipo, si no de la nulidad, por lo menos del ridículo entre sus compañeros. Después de salir del colegio, va á estudiar medicina á Rouén, y ocupa un cuarto piso que da al Sena, en casa de un tintorero conocido de su madre. Allí hace sus estudios médicos, y poco á poco llega á conquistar, no el grado de doctor en medicina, sino el de simple practicante médico. Frecuentaba las tabernas, faltaba á las clases, pero en definitiva no tenía más pasión que la de jugar al dominó. Este es el señor Bovary.

Va á casarse, y su madre le halla mujer: la viuda de un alguacil de Dieppe, virtuosa y fea, que tiene cuarenta y cinco años y mil doscientos francos de renta al año. Únicamente que el notario que guardaba el capital huyó un día á América, y la señora Bovary tuvo tal disgusto, se impresionó de un modo ante el golpe inesperado, que murió. Este es el primer casamiento, esta es la primera escena.

Al quedar viudo el señor Bovary, piensa en casarse de nuevo, y busca entre sus recuerdos. No necesita ir muy lejos, porque acude á su memoria la hija de un cortijero de las intermediaciones, que había despertado los celos de su primera esposa, la señorita Emma Rouault. El cortijero Rouault sólo tenía una hija, alumna de las Ursulinas de Rouén. Se ocupaba poco del cortijo; su padre deseaba casarla. Se presenta

el oficial médico, no opone dificultades acerca de la dote, y ya se comprende que con tales disposiciones las cosas marchan aprisa. Se realiza el matrimonio. El señor Bovary está á los pies de su mujer y es el más feliz de los hombres y el más ciego de los maridos; su única preocupación es prevenir los deseos de su consorte.

Ya aquí el papel del señor Bovary se borra y el de su mujer se convierte en la parte seria del libro.

Señores, ¿amó la señora de Bovary á su marido, ó procuró al menos amarle? No, y desde el principio hubo lo que se puede llamar la escena de la iniciación. A partir de este momento se extiende ante ella otro horizonte, se le aparece una vida nueva. El propietario del castillo de la Veaubeyssard había dado una gran fiesta, á la que se había invitado al oficial médico y á su mujer, y allí hubo para ella una especie de iniciación en todos los ardores de la voluptuosidad. Vió allí al duque de Laverdiere, que había sido afortunado en la corte; y valsó con un vizconde, sintiendo una turbación desconocida. Desde entonces, que había vivido una vida nueva, su marido y todo lo que le rodeaba se le hizo insoportable. Buscando un día en un mueble, halló un alambre que le hizo un corte en el dedo: era el alambre de su ramillete de boda. A fin de desterrar el aburrimiento que consumía á su mujer, Bovary sacrificó su clientela y fué á establecerse en Yonville. Aquí se desarrolla la escena de la primera caída. Estamos en la segunda entrega. La señora de Bovary llega á Yonville, y aquí la primera persona á quien encuentra y en la que fija sus miradas no es en el notario del lugar, sino en el único pasante que éste tenía: León Dupuis. Es un jovencillo que estudia la carrera de derecho y que se dispone á partir para la capital. Otro que no fuese Bovary se hubiese preocupado al advertir las visitas del joven pasante; pero Bovary es tan sencillo que cree en la virtud de su mujer; León, inexperto, también hace lo mismo. Se ha marchado y la ocasión pasó; pero las ocasiones no faltan. Había en las inmediaciones de Yonville un D. Rodolfo Boulanger, hombre de unos treinta y cuatro años, de temperamento brutal, que había sido afortunado en conquistas fáciles y que tenía á la sazón por querida á una actriz. Vió á la señora de Bovary, joven y encantadora, y resolvió convertirla en su querida. La cosa era fácil, y él tuvo bastante con tres ocasiones. La primera vez en los comicios agrícolas, la segunda en una visita que le hizo, y la

tercera en un paseo á caballo que el marido aconsejó á la mujer por considerarlo necesario para su salud: entonces, al detenerse en el bosque, fué donde se operó la caída. Las citas se multiplicaron en el castillo de Rodolfo, y sobre todo en el jardín de la casa del marido. ¡Los amantes llegaron á los últimos extremos de la voluptuosidad! La señora de Bovary quiere que Rodolfo la secuestre, y Rodolfo no se atreve á decirle que no; pero le escribe una carta en la que procura probarle con muchas razones que no puede huir con ella. El disgusto que le ocasiona esta carta hace contraer á la señora de Bovary una fiebre cerebral, tras la cual se declara una fiebre tifoidea. La fiebre mató el amor, pero la enferma quedó. Esta es la segunda escena.

Y vayamos á la tercera. La caída con Rodolfo fué seguida de una corta reacción religiosa. La señora de Bovary va á caer otra vez. El marido juzgó conveniente, para la convalecencia de su mujer, la distracción del teatro, y la llevó á Rouén. En un palco en frente del que ocupaban los señores Bovary, estaba León Dupuis, el joven pasante que había estudiado la carrera de derecho en París, y que había vuelto por demás instruido y experimentado. Va á ver á la señora de Bovary y le pide una cita. La señora de Bovary se la da en la catedral. Al salir de la catedral, León le propone tomar un coche. Ella se resiste al principio; pero León le dice que en París se hace así, y entonces cesa todo obstáculo. La caída se opera en el coche. Las citas con León se multiplican como con Rodolfo, en casa del oficial médico y además en un cuarto que habían alquilado en Rouén. Por fin, llega hasta el hastío de este segundo amor, y entonces comienza la escena de angustia, que es la última de la novela.

La señora de Bovary había prodigado los regalos á Rodolfo y á León; había hecho una vida de lujo, y para soportar los gastos había suscrito numerosas letras. Había obtenido de su marido un poder general para administrar el patrimonio común, y había hallado un usurero que le daba dinero sobre sus letras. Luego vienen los protestos, el embargo y, por último, la publicación del anuncio de subasta de los muebles del señor Bovary que lo ignoraba todo. Reducida al último extremo, la señora de Bovary pide dinero á todo el mundo, pero en vano. León no lo tiene, y recula espantado ante la idea de un crimen que ella le sugiere para obtenerlo. Recorriendo toda la escala de la humillación, la señora de

Bovary va á casa de Rodolfo, pero no logra nada; porque Rodolfo no tiene tres mil francos. No le queda más que una salida. ¿Excusarse cerca de su marido? No. ¿Tener una explicación con él? Aquel marido tendría la generosidad de perdonar, y como no puede ella aceptar tamaña humillación, se envenena. Entonces ocurren escenas dolorosas. El marido está allí al lado del cuerpo helado de su mujer. Pide su traje de novia, ordena que se lo pongan y que encierren sus restos en un triple ataúd.

Un día abre el secreter y halla en él el retrato de Rodolfo, sus cartas y las de León. ¿Creéis que el amor desaparece entonces? No, no, al revés, se excita, se exalta por aquella mujer que otros han poseído, en razón de aquellos recuerdos de voluptuosidad que ella le ha dejado, y desde este momento descuida su clientela, su familia, deja que se agoten los restos de su patrimonio, y un día se le halla muerto en el cenador de su jardín, teniendo en la mano un mechón de cabellos negros.

Esta es la novela. La he contado entera sin suprimir ninguna escena. Se titula *La señora Bovary*; pero podríais darle otro nombre, titulándola con razón: *Historia de los adulterios de una provinciana*.

Señores, la primera parte de mi labor está hecha; he narrado, y voy á citar, y después de las citas haré la acusación, que abarca dos delitos: ofensa á la moral pública y ofensa á la moral religiosa. La ofensa á la moral pública está en los cuadros lascivos que pondré ante vuestros ojos; la ofensa á la moral religiosa en imágenes voluptuosas mezcladas con las cosas sagradas. Voy á las citas y seré breve, porque supongo que vosotros leeréis la novela entera. Me limitaré á citaros cuatro escenas ó, mejor dicho, cuatro cuadros. La primera es la de los amores y la caída con Rodolfo; la segunda, la transición religiosa entre los dos adulterios; la tercera, la caída con León, ó sea el segundo adulterio, y la cuarta, la muerte de la señora Bovary.

Antes de levantar el paño que cubre estos cuatro cuadros, permitidme preguntar cuál es el color, la pincelada dominante del señor Flaubert, pues su novela es un cuadro; y conviene saber á qué escuela pertenece, qué color emplea, cuál es el retrato de su heroína.

El color general del autor, permitidme que os lo diga, es el color lascivo, antes, durante y después de las caídas. Es ella niña, tiene diez ó doce años, y está en el convento de las

Ursulinas. A esa edad en que la joven no está aún formada, en que la mujer no puede sentir esas primeras emociones que le revelan un mundo nuevo, se confiesa.

«Cuando se confesaba, inventaba pecadillos para estar más tiempo de rodillas en la obscuridad, con la cara pegada á la celosía, oyendo el cuchicheo del confesor. Las frases de sentido religioso, tales como «prometido», «esposo», «amante celestial» y «matrimonio eterno», que son imágenes de la oratoria sagrada, destilaban en el fondo de su alma dulzuras imprevistas.»

¿Es, acaso, natural que una niña invente pecadillos, cuando se sabe que un niño con trabajo confiesa los más pequeños? Además, á esa edad, cuando una niña no está formada, presentarla inventando pecados en la sombra, con el cuchicheo del sacerdote; recordando esas comparaciones de prometido, esposo, amante celestial y matrimonio eterno, que le hacían sentir una especie de voluptuosidad, no es hacer lo que yo he llamado una pintura lasciva?

¿Queréis ver á la señora Bovary en sus menores actos, en estado libre, sin el amante, sin la falta? Hago caso omiso de aquel *día siguiente* y de aquella casada que no dejaba descubrir nada donde se pudiese adivinar algo; pero, ¿queréis saber cómo era el marido?

Ese marido del día siguiente «á quien se hubiese podido tomar por la virgen de la víspera» y aquella casada «que no dejaba descubrir nada donde se pudiese adivinar algo». Ese marido que se levanta y se va «con el corazón lleno de las felicidades de la noche» y que camina «rumiando su dicha como aquellos que saborean, después de comer, el gusto de las trufas que están digiriendo».

Señores, tengo interés en mostraros el sello de la obra literaria del señor Flaubert y sus pinceladas. Tiene á veces rasgos que quieren decir mucho; y esos rasgos no le cuestan trabajo ninguno.

Además, en el castillo de La Vaubyessard ¿sabéis lo que más llama la atención de la joven? Siempre lo mismo, el duque de Laverdiere, «del que se decía que había sido amante de la reina María Antonieta, después de Coigny y antes de Lauzún. Había llevado una vida desordenada, llena de duelos, de apuestas, de raptos, perdiendo toda su fortuna y siendo el terror de su familia. Un criado, detrás de su silla, le nombraba en voz alta los platos que él señalaba con el dedo tem-

bloroso; y sin cesar, los ojos de Emma se volvían instintivamente hacia aquel anciano de labios caídos, como si fuera algo extraordinario y augusto.

»¡Había vivido en la corte y dormido en lecho de reinas!»

¿Se dirá que esto no es más que un paréntesis histórico?

¡Triste é inútil paréntesis! La historia habrá podido autorizar sospechas; pero no da derecho á erigirlas en certidumbre. La historia ha hablado del collar en todas las novelas, la historia ha hablado de mil cosas, pero esto sólo son sospechas; y lo repito, no sé que haya autorizado á nadie para convertir estas sospechas en certidumbre. Y puesto que María Antonieta murió con la dignidad de una reina y la calma de una cristiana, su sangre bastaría para borrar no sólo sospechas, sino verdaderas faltas. El señor Flaubert necesitó una imagen sorprendente para pintar á su heroína, y ha tomado ésta para expresar á la vez los instintos perversos y la ambición de la señora Bovary.

La señora Bovary debe valsar muy bien, y aquí la tenéis valsando: «Empezaron lentamente; después con más rapidez; giraban: todo daba vueltas alrededor de ellos: las lámparas, los muebles, los artonados y el pavimento, como un disco sobre un eje. Al pasar cerca de las puertas, el vuelo del vestido de Emma se enrollaba á los pantalones de su pareja; sus piernas se entrelazaban; él bajaba hacia ella la mirada y ella la levantaba hacia él. La señora Bovary sintió algo de mareo y se detuvo. Siguiéron á poco, y con un movimiento más rápido el vizconde la arrastró, desapareciendo ambos hasta el fondo de la galería, donde, anhelante, estuvo ella á punto de caer y por un instante apoyó la cabeza sobre el pecho del vizconde. Después, guiándola siempre, pero más despacio, la llevó éste hasta su sitio.

»Emma se apoyó en la pared, tapándose los ojos con la mano.»

Yo ya sé que se baila así; pero esto no es moral.

Tomad á la señora Bovary en los actos más sencillos, y siempre veréis la misma pincelada en todas las páginas. Así, Justino, el criado del farmacéutico vecino, siente deslumbramientos al iniciarse en el secreto del tocador de aquella mujer. Lleva su voluptuosa admiración hasta la cocina.

«Con el codo sobre la larga tabla donde ella (l'elicidad, la camarera) planchaba, Justino miraba ávidamente todas aquellas prendas de mujer colocadas alrededor: las enaguas,

los fichús, las chambras, los pantalones de jareta, anchos de cadera y que se estrechaban por abajo.

»—¿Para qué sirve eso?—preguntaba el muchacho pasando su mano sobre la prenda.

»—¿No las has visto nunca?—respondía riendo Felicidad.»

Y el marido se pregunta, cuando está con aquella mujer de carnes tan frescas, si su grato olor procede de la piel ó de la camisa.

«Todas las noches encontraba un buen fuego en la chimenea, la mesa servida, muebles mullidos y una mujer vestida con telas finas, encantadora, y con olor de frescura, que no se sabía si era la piel perfumada ó la tela de la camisa.»

Pero ¡basta de citas sueltas! Ahora ya conocéis la fisonomía de la señora Bovary en el reposo, cuando no provoca á nadie, cuando no peca, cuando es aún completamente inocente, cuando, al volver de una cita, no está aún al lado de un marido á quien detesta; ahora ya conocéis el color general del cuadro, la fisonomía general de la señora Bovary. El autor ha puesto el mayor cuidado, ha empleado todos los prestigios de su estilo en pintar á esta mujer. ¿Ha procurado mostrarla desde el punto de vista de la inteligencia? Nunca. ¿De parte del corazón? Tampoco. ¿De la belleza física? Ni eso. Sí, ya sé que después del adulterio hay un retrato de la señora Bovary deslumbrador; pero el cuadro es, ante todo, lascivo, las posturas son voluptuosas y la belleza de la señora Bovary provocativa.

Y ahora voy á las cuatro citas importantes. Sólo haré cuatro, porque deseo abreviar. He dicho que la primera sería sobre los amores de Rodolfo; la segunda, sobre la transición religiosa; la tercera, sobre los amores de León, y la cuarta, sobre la muerte.

Veamos la primera. La señora Bovary está á punto de caer, de sucumbir.

«La medianía de su posición doméstica lanzábala á fantasías de caprichos fastuosos; la ternura conyugal, á deseos adúlteros»... «se maldecía á sí misma por no haber amado á León. ¡Tenía sed de sus labios!»

¿Qué fué lo que sedujo á Rodolfo y lo preparó para la aventura? Las redondeces de la falda de la señora Bovary, que seguían los contornos de su cuerpo. Rodolfo llevó á su criado á casa de Bovary para que lo sangrase. El criado se desmaya, y la señora Bovary acude á sostener la palangana.

«En el movimiento que hizo inclinándose para colocarla debajo de la mesa, su vestido se ciñó en ciertos sitios según las inflexiones del cuerpo.»

Y ahora véanse las reflexiones de Rodolfo.

«Vea á Emma en la sala, vestida tal como la había contemplado.

»Y la desnudaba...»

Lleguemos al primer día que se hablan. «Rodolfo ya no hablaba, y se miraban ambos. Un deseo supremo hacía que palpitasen sus secos labios, y dulcemente, sin esfuerzo alguno, entrelazáronse sus dedos.»

Estos son los preliminares de la caída. Hay que leer la caída misma.

«Cuando tuvo el traje de montar hecho, Carlos recibió al señor Boulanger diciéndole que Emma estaba á su disposición y que contaban con su galantería aceptando el ofrecimiento.

»Al día siguiente, á las doce, llegaba Rodolfo á casa del médico, con dos caballos de silla. Uno de ellos llevaba pompones color de rosa en las orejas y silla de señora, de piel de gamo.

»Rodolfo calzaba altas botas de montar que admiraron á Emma, cuando ésta se presentó con traje nuevo de tricot blanco dispuesta á montar.

.....
 »Desde el primer instante, el caballo de Emma emprendió el galope. Rodolfo iba á su lado.»

Helos dentro del bosque.

«Y la llevó más lejos, al borde de un pequeño estanque con juncos nenúfares...»

.....
 »—Hago mal, muy mal—decía ella.—Es una locura dar oído á lo que me dice.

»—¿Por qué?... ¡Emma! ¡Emma!

»—¡Oh, Rodolfo!—exclamó ella lentamente, dejándose caer hacia atrás y descubriendo su blanco cuello, dilatado por los suspiros.

»Y sollozante, desfallecida, ocultándose el rostro, tras un largo estremecimiento, se abandonó á Rodolfo.»

Cuando se hubo levantado, cuando después de haber sacudido las fatigas de la voluptuosidad, volvió al hogar do-

místico, á aquel hogar donde debía hallar un marido que la adoraba, después de su primera falta, después de este primer adulterio, después de esta primera caída, ¿sintió acaso remordimiento al sufrir las miradas de aquel marido engañado que la adoraba? No, con la frente alta, entró glorificando el adulterio.

«Pero al mirarse al espejo, se asombró de su cara: jamás había tenido los ojos tan grandes, tan negros ni de mirada tan profunda. Algo sutil que se esparcía por su cuerpo, la transfiguraba.

»Repetíase á sí misma: «¡Tengo un amante! ¡un amante!», deleitándole aquella idea como si fuese una segunda pubertad que iba á gozar. Iba por fin á saborear las delicias del amor, aquella fiebre de felicidad que ya creyó no sentir. Parecíale hacer la entrada en algo maravilloso donde todo fuera pasión, éxtasis, delirio.»

De modo que, desde que comete esta primera falta, desde esta primera caída, glorifica el adulterio, entona cantos en su alabanza, pondera su poesía, su voluptuosidad. Señores, esto es lo que yo juzgo peligrosísimo, y más inmoral que la caída misma.

Señores, todo es pálido ante esta glorificación del adulterio, incluso las citas de noche, algunos días después.

«Para avisarla, Rodolfo lanzaba un puñadito de arena á la ventana, y Emma se levantaba sobresaltada. Algunas veces había que esperar, porque á Carlos le daba por estar de charla junto al fuego. Ella se mordía los labios de impaciencia, y si con los ojos hubiera podido, le hubiera hecho saltar por la ventana. Se ponía á hacer su tocado de noche y luego se sentaba á leer tranquilamente como si la lectura la absorbiese. Carlos, metido ya en la cama, la llamaba para que se acostase.

»—Ven, Emma—decíale;—ya es tarde.

»—Ya, ya voy.

»Como le molestaba la luz, volvíase él hacia la pared y se dormía.

»Entonces era cuando ella se escapaba, sonriente, anhelante, casi desnuda...

»Rodolfo llevaba por las noches un capote grande; la envolvía en él, y pasándole la mano por el talle, llevábala en silencio hasta el fondo del jardín, bajo el cenador, y en el mismo banco rústico donde León la había contemplado

amorosamente en las noches de verano. Pero ahora no se acordaba de él.

»Las estrellas brillaban á través del ramaje del jazmín sin hojas: oían detrás correr el río y crujir, de vez en cuando, las ramas secas de los rosales. Manchas de sombra marcábanse aquí y allá y á veces corriáanse y se estiraban como inmensas olas negras que avanzaban para cubrirlos. El frío de la noche les hacía apretujarse, los suspiros de sus labios salían con más fuerza, y sus palabras, en el silencio, pronunciadas en voz baja, parecían caer sobre el alma con una sonoridad cristalina que repercutía en múltiples vibraciones.»

Señores, ¿conocéís en el mundo un lenguaje más expresivo? ¿Habéis visto alguna vez un cuadro más lascivo? Pero escuchad:

«Nunca la señora Bovary había estado tan bella. Tenía esa indefinible hermosura que resulta de la alegría, del entusiasmo, del éxito, y que no es más que la armonía del temperamento con las circunstancias. Sus deseos, sus pesares, la experiencia del placer y sus ilusiones siempre jóvenes, como á las flores el abono, la lluvia, el viento y el sol, la habían gradualmente desarrollado, y se mostraba, al fin, en toda la plenitud de su naturaleza. Sus párpados parecían cortados expresamente para sus largas miradas amorosas en que se perdía la pupila, mientras que su respiración fuerte ensanchaba las ventanas de su nariz y levantaba los ángulos carnosos de sus labios sombreados por incitante bozo. Hubiérase dicho que un artista hábil en corrupciones había dispuesto sobre su nuca su abundante cabellera, que se retorció en una masa pesada, negligentemente, y según los azares del adulterio que cada día la desataba. Su voz tomaba inflexiones más suaves; su talle también. Algo sutil, penetrante, desprendíase de los pliegues de su traje y de la comba de su pie...

»Carlos, como en la primera época de su matrimonio, la encontraba deliciosa é irresistible; cuando volvía á media noche, no se atrevía á despertarla.»

Hasta aquí, la belleza de esta mujer había consistido en su gracia, en su porte, en sus ropas: por fin acaba de seros presentada sin velo, y decidme si el adulterio la ha embellecido ó no.

«—¡Llévame! ¡Llévame!... ¡Yo te lo suplico!

»Y se precipitó sobre su boca como para coger en ella el consentimiento esperado, que se exhalaba en un beso.»

Señores, he aquí un retrato como sabe hacerlos el señor Flaubert. ¡Cómo se agrandan los ojos de esta mujer! ¡Cómo se difunde sobre ella un algo arrebatador á partir de su caída! Su belleza no fué nunca tan brillante como al siguiente día de su falta y en los días que siguieron á ésta. Lo que el autor muestra aquí es la poesía del adulterio, y yo os pregunto una vez más si estas páginas lascivas no son una profunda inmoralidad.

Y paso á la segunda situación. La segunda situación es una transición religiosa. La señora Bovary había estado muy enferma, á las puertas de la tumba. Vuelve á la vida y marca su convalecencia una pequeña transición religiosa.

«Esta era la hora en que el señor Bournisién, el cura, iba á visitarla; se enteraba de su salud; la llevaba noticias y le ofrecía los consuelos de la religión en una conversación cariñosa, no exenta de atractivo. La sola vista de su sotana la animaba.»

Por fin se decide á comulgar. No me gusta mucho hallar cosas santas en una novela; pero al menos, cuando se habla de ellas, sería preciso no disfrazarlas con el lenguaje. ¿Hay en esa mujer adúltera que va á comulgar, algo de la fe de la Magdalena arrepentida? No, no, sigue siendo la mujer apasionada que busca ilusiones, y que las busca en las cosas más santas, más augustas.

«Un día, cuando lo más grave de su enfermedad, que Emma se había creído en la agonía, pidió el Viático, y á medida que se hacían en su cuarto los preparativos para el sacramento y se convertía en altar la cómoda, atestada de jarabes, y Felicidad alfombraba el suelo con dalias, sintió algo extraño que, calmando sus dolores, le quitaba la percepción del sentimiento; no pensaba en nada; comenzaba otra vida; parecíale que su espíritu, subiendo hacia Dios, iba á anonadarse en aquel amor, como el incienso quemado se disipa en vapores.»

¿En qué lengua se ruega á Dios con las palabras dirigidas al amante en las expansiones del adulterio? Sin duda se alegrará el color local, y se excusa diciendo que una mujer histérica, romántica, no hace las cosas como las demás, ni siquiera en religión. ¡No hay color local que excuse esta mescolanza! Voluptuosa un día, religiosa al siguiente, ninguna

mujer de ninguna religión, ni aunque habite bajo el cielo de España ó de Italia, dirige á Dios las caricias adúlteras que dirigió al amante. Señores, vosotros apreciaréis este lenguaje y no excusaréis seguramente estas palabras del adulterio introducidas, en cierto modo, en el santuario de la divinidad. Esta es la segunda situación, y voy á la tercera, que es la serie de los adulterios.

Después de la transición religiosa, la señora Bovary está á punto de caer de nuevo. Va al teatro en Rouén, cuando se representaba *Lucía de Lammermoor*, y Emma reflexiona sobre su pasado.

«¡Ah! si en la frescura de su belleza, antes de mancillarla el matrimonio y la desilusión del adulterio (otro habría dicho la mancilla del adulterio y la desilusión del matrimonio), hubiera podido entregar su vida á un corazón grande, la virtud, la ternura, los deleites y el deber, confundidos, no la hubieran hecho caer de una felicidad tan alta.»

Al ver á Lagardy en la escena, sintió deseos de correr á sus brazos para refugiarse á su lado, como en la encarnación del amor mismo, y decirle: «¡Llévame! ¡partamos! para ti todos mis ardores y todos mis ensueños».

León estaba detrás de ella.

«Él permanecía detrás, apoyándose en la división del palco, y de vez en cuando sentía ella, estremeciéndose, el sople tibio de la nariz de León que le llegaba hasta su cabellera.»

Os he hablado de las mancillas del matrimonio, y ahora voy á presentaros el adulterio en toda su poesía, en medio de sus inefables seducciones. Ya he dicho antes que, por lo menos, debiera el autor haber variado las expresiones, diciendo las desilusiones del matrimonio y las mancillas del adulterio. Con mucha frecuencia, en el matrimonio, en lugar de la dicha sin límites que se esperaba, se hallan sacrificios, por lo cual quedaría justificada la palabra desilusiones, jamás la de mancillas.

León y Emma se han dado cita en la catedral. La visitan ó no la visitan, y por último salen.

«Un pilluelo jugueteaba en el atrio.

»—Vé á buscarme un coche.

»El chiquillo salió escapado por la calle de los Cuatro Vientos. León y Emma quedaron solos algunos minutos, frente á frente y algo turbados.

»—¡Ah, León! Verdaderamente... no sé... si debo...

»Y con aire serio, añadió:

»—Esto es una imprudencia.

»—¿Por qué? En París lo hace todo el mundo.

»Aquello pareció ser un irresistible argumento que la convenció.»

Señores, ahora sabemos que la caída no se realizó en el fiacre. Movidó por un escrúpulo que le honra, el director de la *Revista* suprimió la escena de la caída en el coche. Pero si la *Revista de París* echa las cortinillas del fiacre, nos deja, en cambio, penetrar en el cuarto donde tenían las citas.

Emma va á partir, porque había dado palabra de volver aquella misma tarde. «Además, Carlos la esperaba, y ya sentía en el corazón esa cobarde docilidad que es, para muchas mujeres, como el castigo á la vez que el rescate del adulterio...»

«Doblaba una calle y veía entonces á León con su cabellera rizada saliéndole del sombrero. Él seguía por la acera, y ella iba detrás hasta el hotel: subía él, abría la puerta, entraba ella... ¡Qué abrazo! Luego, las palabras se precipitaban tras de los besos.

»Contábanse mutuamente los pesares de la semana, sus presentimientos, las inquietudes por las cartas... Pero ahora, todo lo olvidaban, se miraban frente á frente, se contemplaban con sonrisa voluptuosa.

»El lecho era grande, de caoba, en forma de barco; las cortinas rojas que pendían del techo, se plegaban hacia la cabecera.

»Y nada más bello en el mundo que su cabeza de cabellera negra y su piel blanca destacándose sobre aquel color de púrpura, cuando, por un gesto de pudor, Emma cruzaba sus dos brazos desnudos, ocultándose el rostro entre las manos.

»La tibia habitación, con su alfombra discreta, sus adornos raros, su luz tranquila, parecía á propósito para las intimidades de la pasión.»

Esto es lo que pasa en aquel cuarto. Ahora véase un trozo muy importante como pintura lasciva.

«¡Cómo amaban los dos aquella habitación llena de alegría, á pesar de su lujo un poco marchito! Siempre encontraban los mismos muebles en su sitio, y á veces horquillas que ella había dejado olvidadas el último jueves sobre el zócalo del reloj.

»Almorzaban juntos al fuego, en un pequeño velador incrustado de palosanto. Emma trinchaba, haciéndole á él plato con todo género de coqueterías, y reía con risa sonora y libertina cuando la espuma del champagne desbordábase de la copa cayéndole sobre las sortijas de sus dedos.

»Hallábanse tan completamente absortos en la posesión de sí mismos, que se creían ya en su casa propia, debiendo vivir en ella hasta la muerte, como dos eternos jóvenes. Decían: «nuestro cuarto, nuestra alfombra, nuestras butacas», y hasta añadía ella: «mis zapatillas»; un regalo de León, un capricho que había tenido; eran de satén rosa con un cisne bordado.

»Cuando Emma se sentaba sobre sus rodillas, su pierna colgaba al aire y el diminuto calzado, que no tenía talón, se sujetaba sólo en los dedos de su pie, desnudo.

»Saboreaba León por vez primera la inexplicable delicadeza de las elegancias femeninas; nunca había encontrado en otra aquella gracia de lenguaje, aquella delicadeza en las ropas, aquellas actitudes de paloma adormecida. Admiraba la exaltación del alma de Emma y los encajes de su camisa; además, ¿no era aquella una *mujer de mundo*, una mujer casada, una verdadera *querida*, en fin?

He aquí, señores, una descripción que no dejará nada que desear para ser acusada. Y he aquí otra, ó mejor dicho, la continuación de la misma escena:

«Emma tenía palabras tiernas y besos que le robaban el alma.

»¿Dónde había ella aprendido aquella corrupción casi inmaterial á fuerza de ser profunda y disimulada?»

¡Oh! señores, yo comprendo perfectamente el desafecto que sentía hacia aquel marido que quería abrazarla á su llegada, y comprendo también que después de citas de esta especie, sintiese con horror que llegaba la noche en que tenía que rozar sus carnes con las de aquel hombre que dormía.

Pero no es sólo esto: en la página 245 hay un cuadro último que no quiero omitir. Emma había llegado al hastío de la voluptuosidad.

«Prometíase continuamente para su próximo viaje gozar de una felicidad profunda; después se confesaba no haber sentido nada de extraordinario; pero esta decepción se borraba á fuerza de una esperanza nueva, y Emma volvía á León más ávida... Desnudábase brutalmente, arrancando el

delgado cordón de su corsé que silbaba alrededor de sus caderas como una sierpe que se enrosca. Iba de puntillas, con sus pies desnudos, á cerciorarse de si la puerta estaba bien cerrada.

»Después, con un solo movimiento, desprendía de una vez todos sus vestidos, y pálida, sin hablar, se dejaba caer sobre el pecho de León con un largo estremecimiento.»

Señores, advierto aquí dos cosas: una pintura admirable desde el punto de vista del talento, pero una pintura execrable desde el punto de vista de la moral. Sí, el señor Flaubert sabe embellecer sus pinturas con todos los recursos del arte, pero sin los cuidados del arte. En él no hay gasas, ni velos, sino que presenta la naturaleza en toda su desnudez, en toda su crudeza.

Una cita más de la página 252.

«Ambos se conocían demasiado para seguir teniendo esos embelesamientos de la posesión que centuplica la alegría: ella estaba tan disgustada de él, como él cansado de ella.

»Emma volvía á encontrar en el adulterio todas las vulgaridades del matrimonio.»

¡Vulgaridades del matrimonio, poesía del adulterio! Ora son las mancillas del matrimonio, ora sus vulgaridades; pero siempre se canta alabanzas á la poesía del adulterio. He aquí, señores, las situaciones que se complace en describir el señor Flaubert, y desgraciadamente las describe demasiado bien.

Ya he contado tres escenas. En la escena con Rodolfo habéis visto la caída en el bosque, la glorificación del adulterio, y á esa mujer cuya belleza aumenta con esa poesía. He hablado de la transición religiosa, y habéis visto una plegaria hecha con el lenguaje del adulterio. He hablado de la segunda caída, y ya habéis visto las escenas que se desarrollan con León. Os he presentado la escena del coche—suprimida,—pero ya habéis visto el cuadro del cuarto y de la cama. Ahora que ya hemos expuesto nuestras convicciones, pasemos á la última escena, á la del suplicio.

Al parecer, la *Revista de París* ha hecho muchos cortes en la obra. Véase en qué términos se lamenta de ello el señor Flaubert:

«Consideraciones que no me incumbe apreciar, han obligado á la *Revista de París* á hacer una supresión en el

número de 1.º de diciembre. Habiéndose renovado sus escrúpulos con ocasión del presente número, ha juzgado conveniente suprimir varios pasajes. Por consiguiente, yo declino toda responsabilidad y suplico al lector que no vea aquí más que fragmentos y en modo alguno un conjunto.»

Pasemos, pues, por alto estos fragmentos, y vayamos á la muerte. Emma se ha envenenado. ¿Por qué se envenena?— «¡Bien poca cosa es la muerte!—pensaba.—Ahora me dormiré, ¡y todo habrá concluído!» Luego, sin un remordimiento, sin una confesión, sin una lágrima de arrepentimiento por aquel suicidio que se consuma y los adulterios pasados, va á recibir el sacramento de los moribundos. ¿Para qué el sacramento, si acaba de decir que pasará á la nada? ¿Para qué, si no ha tenido una lágrima, ni un suspiro de Magdalena, por su crimen de incredulidad, por su suicidio, por sus adulterios?

Después de esta escena viene la de la extremaunción. Se trata de palabras santas y sagradas para todos. Con esas palabras hemos visto morir á nuestros abuelos, á nuestros padres, á nuestros parientes, y con ellas nos verán morir á nosotros nuestros hijos. Para reproducirlas hay que hacerlo con exactitud, ó por lo menos no deben de ir acompañadas de una imagen voluptuosa sobre la vida pasada.

Ya sabéis que el sacerdote hace la santa unción en la frente, en los oídos, en la boca, en los pies, pronunciando estas palabras litúrgicas: *quiquid per pedes, per aures, per pectus*, etc., seguidas siempre de las palabras *misericordia*... pecado de un lado, misericordia de otro. Estas palabras santas y sagradas hay que reproducirlas exactamente, y si no se reproducen exactamente, al menos no deben mezclarse con nada voluptuoso.

«Emma volvió lentamente la cara y parecía presa de una gran alegría al ver de pronto la estola color violeta: sin duda volvía á hallar, en medio de su abatimiento, aquella voluptuosidad de sus primeros transportes místicos con la visión de la beatitud eterna que empezaba para ella.

»El sacerdote se levantó para tomar el crucifijo; ella, entonces, adelantó el cuello como quien tiene sed, y posando sus labios en el cuerpo del Hombre-Dios, dejó en él con toda la fuerza de su agonía, el mayor beso de amor que había dado en toda su vida.

»A continuación, el cura recitó el *Miscreatur* y el *Indul-*

gentiam, humedeció el pulgar derecho en el óleo y comenzó las unciones: la primera en aquellos ojos que tanto habían codiciado los lujos terrenales; luego en la nariz, ansiosa de brisas y perfumes amorosos; después en la boca, tantas veces abierta para la mentira, para la queja soberbia y para el grito lujurioso; luego en las manos, que se habían deleitado en contactos suaves, y, por último, en la planta de los pies, que tantas veces habían corrido rápidos cuando ella acudía á saciar sus deseos y que, sin embargo, ya no andarían más.»

Sigue la plegaria de los agonizantes que el sacerdote recita en voz baja, diciendo en cada versículo: «Alma cristiana, parte para una región más elevada». Se murmuran en el momento en que el moribundo exhala el último suspiro. El cura la recita, etc.

«A medida que el estertor hacíase más fuerte, el sacerdote aceleraba sus rezos, mezclándose á los sollozos de Carlos, y á veces, todo rumor desaparecía ante el sordo murmullo de sílabas latinas que tintineaban como un toque de campanas.»

El autor juzgó oportuno alterar estas palabras, añadiéndoles una especie de réplica. Hace intervenir en la calle á un ciego que entona una canción, cuyas palabras profanas son una especie de respuesta á la plegaria de los agonizantes.

«De pronto, se oyó en la acera taconear y dar golpes con un bastón, y una voz ronca comenzó á cantar:

»Al llegar los días
de mucho calor,
la pobre muchacha
sueña con su amor.»

En este momento muere la señora Bovary.

De modo que el cuadro es este: de un lado, el sacerdote que recita la plegaria de los agonizantes; de otro, el músico callejero que provoca en la moribunda «una risa loca, frenética, desesperada, creyendo ver la cara repulsiva del por-diosero que se erguía en las tinieblas eternas como un espantajo.

»El viento, soplando fuerte,
la falda le levantó.

»Una última convulsión la hizo caer nuevamente. Todos se aproximaron. Había muerto.»

Y después, cuando está ya frío el cuerpo, que es la cosa

que más se debe respetar, que es el cadáver desprovisto ya de alma; cuando el marido está allí, arrodillado, llorando por su mujer, cuando ha tendido sobre ella la mortaja, otro autor se habría detenido, pero el señor Flaubert aprovecha la ocasión para dar la última pincelada.

«La sábana se hundía desde sus senos hasta sus rodillas, levantándose luego en las puntas de los dedos gordos de los pies.»

Esta es la escena de la muerte. La he abreviado, la he resumido. A vosotros corresponde apreciar si no es una mezcla de sagrado y profano, ó si no es más bien mezcla de lo sagrado y lo voluptuoso.

He contado la novela y luego he incriminado el género que cultiva el señor Flaubert, sin los cuidados del arte, pero con todos los recursos del arte: el género descriptivo, la pintura realista. Véase hasta qué punto llega. He tenido en mis manos un número del *Artista*, y no trato aquí de incriminar al *Artista*, sino de saber cuál es el género que cultiva el señor Flaubert, y yo os pido permiso para citaros algunas líneas del escrito, que no tiene relación ninguna con la obra que yo he acusado en este momento, pero que pone de relieve hasta qué punto descuella el señor Flaubert en la pintura. Al señor Flaubert le gusta describir las tentaciones, sobre todo las que hicieron sucumbir á la señora Bovary. Ahora bien, encuentro un modelo del género en las pocas líneas que siguen del *Artista* del mes de enero, firmadas por Gustavo Flaubert, sobre las *Tentaciones* de San Antonio. ¡Oh! es este un asunto sobre el que se puede decir muchas cosas; pero no creo que sea posible dar más vivacidad á la imagen ni más color á la pintura apolinaria de San Antonio: «¿Quieres ciencia? ¿Quieres gloria? ¿Quieres refrescar tus ojos con jazmines húmedos? ¿Quieres sentir tu cuerpo hundiéndose como en una onda, en la suave carne de las mujeres?»

Ya se ve que es el mismo colorido, la misma energía de pincel, la misma vivacidad de expresión.

Y voy á resumir. He analizado el libro, lo he relatado sin olvidar una página, y luego lo he acusado, como segunda parte de mi labor; he precisado algunos retratos, he mostrado á la señora Bovary en el reposo, enfrente de su marido, enfrente de aquellos á quienes no debió tentar, y os he hecho ver los colores lascivos de ese retrato. Después he analizado algunas escenas: la caída con Rodolfo, la transición

religiosa, los amores con León, la escena de la muerte, y en todas he hallado el doble delito de ofensa á la moral pública y á la religión.

Sólo necesito dos escenas para acusar: ¿no veis ultraje á la moral en la caída con Rodolfo? ¿No le veis en esa glorificación del adulterio? ¿No le veis, sobre todo, en lo que pasa con León? El ultraje á la religión se halla en la confesión, en la transición religiosa, y por fin, en la escena de la muerte.

Señores, tenéis ante vosotros á tres inculpados: al señor Flaubert, autor del libro; al señor Pichat, que lo ha editado, y al señor Pillet, que lo ha impreso. En esta materia no hay delito sin publicidad, y todos los que han contribuído á la publicidad deben ser castigados. Mas nos apresuramos á advertir que el gerente de la *Revista* y el impresor sólo son culpables en segundo término. El principal culpable es el autor, es el señor Flaubert, que al tener noticia de la nota de la redacción, protesta contra la supresión que se ha hecho de parte de su obra. Después de él viene, en segundo término, el señor Lorenzo Pichat, á quien debéis pedir cuenta, no de esta supresión, que hizo, sino de las que debió de hacer, y por último el impresor, que es un centinela avanzado contra el escándalo. Por lo demás, el señor Pillet es un hombre honrado, contra el que nada tengo que decir. Sólo os pedimos que le apliquéis la ley. Los impresores deben leer, y cuando no leen ó no hacen leer, tienen que correr los riesgos y peligros de lo que imprimen. Los impresores no son máquinas, tienen un privilegio, prestan juramento, están en una situación especial y son responsables. Repito que son como centinelas avanzados; y si dejan pasar el delito, es como si dejasen pasar al enemigo. Atenuad la pena cuanto queráis respecto del señor Pillet; sed indulgentes también con el gerente de la *Revista*, pero mostraos severos con el señor Flaubert, el principal culpable.

Mi labor ha terminado, y sólo me resta esperar las objeciones y preveniros contra ellas. Como objeción general, se os dirá: Es que, después de todo, en el fondo, la novela es moral, ya que castiga el adulterio.

A esta objeción respondo, que supongo la obra moral en hipótesis, pero una conclusión moral no puede encubrir los detalles lascivos que encierra la obra. Además, añadido que, en el fondo, la obra no es moral.

Digo, señores, que una conclusión moral no puede dis-

culpar los detalles lascivos, porque sino se podría contar todas las orgías imaginables, y descubrir todas las torpes liviandades de una mujer pública, haciéndola morir en un hospital. ¡Sería permitido estudiar y mostrar todas sus posturas lascivas! Esto sería ir contra todas las reglas del buen sentido. Sería colocar el veneno al alcance de todos y el remedio al alcance solamente de unos pocos, si es que había remedio. ¿Quién lee la novela del señor Flaubert? ¿Hombres que se ocupan de economía política ó social? No, las ligeras páginas de *La señora Bovary* caen en manos más inexpertas, en manos de doncellas y á veces de mujeres casadas. Ahora bien, cuando la imaginación haya sido seducida, cuando esa seducción haya llegado al corazón, cuando el corazón haya hablado á los sentidos, ¿creéis que un razonamiento frío podrá tanto como esa seducción de los sentidos y del sentimiento? Además, no conviene que el hombre se escude demasiado en su virtud, que el hombre saca sus instintos de abajo y sus ideas de arriba, y en todos, la virtud es la consecuencia de un esfuerzo, penoso á veces. Las pinturas lascivas tienen, por lo general, más influencia que los razonamientos fríos. Esto contesto yo á esa teoria, esta es mi primera respuesta; pero he de dar otra.

Sostengo que la novela *La señora Bovary*, desde el punto de vista filosófico, no es moral. Cierto que la señora Bovary muere envenenada; cierto que ha sufrido mucho; pero muere á su hora y en su día; pero muere, no porque es adúltera, sino porque ha querido morir; muere en medio de la plenitud de su belleza y de su juventud; muere después de haber tenido dos amantes, dejando á un marido que la ama, que la adora, que hallará el retrato y las cartas de Rodolfo y las cartas de León, que leerá las cartas de una mujer dos veces adúltera, y que, sin embargo, seguirá amándola más allá de la tumba. ¿Quién puede condenar á esa mujer en el libro? Nadie. Tal es la conclusión. No hay en el libro un personaje que pueda condenarla. Si halláis un personaje juicioso, si halláis un solo principio en virtud del cual se condena el adulterio, yo confesaré mi error. Si no hay en todo el libro un personaje que pueda hacerle bajar la cabeza, si no hay una idea, una línea en virtud de la cual se combata el adulterio, soy yo el que tengo razón: el libro es inmoral.

¿Es acaso condenado el libro en nombre del honor conyugal? El honor conyugal está representado por un marido

bobalicón que, después de la muerte de su mujer, al hallar á Rodolfo, busca en el rostro del amante las facciones de la mujer que ama. Y yo os pregunto: ¿podéis estigmatizar esa mujer en nombre del honor conyugal, cuando no hay en el libro una sola palabra en que el marido no se incline ante el adulterio?

¿Podéis hacerlo en nombre de la opinión pública? La opinión pública está personificada en un ser grotesco, en el farmacéutico Homais, rodeado de personajes ridículos, á quienes aquella mujer domina.

¿Lo condenaréis en nombre del sentimiento religioso? Ese sentimiento está personificado en el cura Bournisién, sacerdote casi tan grotesco como el farmacéutico, que sólo cree en los sufrimientos físicos, que es casi materialista.

¿Lo condenaréis en nombre de la conciencia del autor? Yo no sé lo que piensa la conciencia del autor; pero en el capítulo IX, único capítulo filosófico del libro, leo la siguiente frase:

«Siempre hay, después de la muerte de alguien, una especie de estupefacción, que se deriva del hecho inusitado; tan difícil es comprender aquella *llegada de la nada* y resignarse á creerla.»

Esto no es un grito de incredulidad; pero lo es, al menos, de escepticismo. Claro que es difícil comprender y creer en la muerte; pero, ¿por qué esa estupefacción? ¿Por qué! Porque esa inesperada llegada es algo de misterio, porque es difícil comprenderlo y juzgarlo; pero hay que resignarse. Y yo digo que si la muerte es la antesala de la nada, que si el marido bobalicón siente aumentar su amor al tener noticia de los adulterios de su mujer, que si la opinión está representada por seres grotescos, que si el sentimiento religioso está representado por un sacerdote ridículo, una sola persona tiene razón, vence, domina, y es Emma Bovary. Mesalina tiene razón en contra de Juvenal.

Esta es la conclusión filosófica del libro, sacada no por el autor, sino por un hombre que reflexiona y profundiza las cosas, por un hombre que ha buscado en el libro un personaje que pudiese dominar á esa mujer. No lo hay. El único personaje que domina en él es la señora Bovary. Hay que buscarlo, pues, fuera del libro, hay que buscarlo en la moral cristiana, que es el fondo de las civilizaciones modernas. Con esa moral todo se explica y se esclarece.

En su nombre el adulterio está estigmatizado, condenado, no porque es una imprudencia que expone á desilusiones y penas, sino porque es un crimen para la familia. Vosotros estigmatizáis y condenáis el suicidio, no porque es una locura, el loco no es responsable, no porque es una cobardía, ya que exige á veces cierto valor, sino porque es el desprecio del deber en la vida que acaba y el grito de la incredulidad en la vida que comienza.

Esta moral estigmatiza la literatura realista, no porque ésta describa las pasiones: el odio, la venganza, el amor; el mundo vive de eso, y el arte debe describirlas; sino porque las describe sin freno, sin medida. El arte sin regla no es arte: es como la mujer que abandona todo vestido. Imponer al arte la única regla de la decencia pública, no es restarle méritos, sino honrarlo. Sólo con regla se alcanza la grandeza. Estos son, señores, los principios que profesamos, y esta la doctrina que defendemos con conciencia.

DEFENSA DEL SEÑOR SENARD

Señores: acúsase aquí á Gustavo Flaubert de haber escrito un mal libro, y de haber ultrajado en ese libro á la moral pública y á la religión. Gustavo Flaubert está aquí á mi lado, y afirma ante vosotros que ha escrito un libro honesto, afirma ante vosotros que el pensamiento de su libro desde la primera á la última línea es un pensamiento moral y religioso, que de no ser desnaturalizado (acabamos de ver lo que puede un gran talento para desnaturalizar un pensamiento) sería para vosotros (y pronto lo será) lo que ha sido ya para los lectores, un pensamiento eminentemente moral y religioso que puede traducirse en estas palabras: la excitación á la virtud por el horror al vicio.

Expongo aquí la afirmación de Gustavo Flaubert y la expongo atrevidamente enfrente del ministerio público, pues la tal afirmación es grave; lo es por la persona que la ha hecho y lo es por las circunstancias que han presidido la ejecución del libro que voy á hacer os conocer.

La afirmación es grave por la persona que la hace, y permitidme que os diga que Gustavo Flaubert no era para mí un desconocido que necesitase recomendaciones, que tuviese que procurarme informes, no de su moralidad, sino de su dignidad siquiera. Vengo aquí, á este recinto, á cumplir un deber de conciencia después de haber leído el libro y después de haber sentido brotar con esa lectura todo lo que hay en mí de honrado y de profundamente religioso. Pero al mismo tiempo que vengo á cumplir un deber de conciencia, vengo á cumplir un deber de amistad. Yo recuerdo, yo no puedo olvidar que su padre fué un buen amigo mío. Su padre, con cuya amistad me honré siempre, su padre, su ilustre padre, fué durante más de treinta años cirujano jefe del Hospital de Rouén. Fué el prosecutor de Dupuytren; y al dar á la ciencia grandes enseñanzas, la ha dotado de grandes nombres, y voy á citar uno solo: Cloquet. No sólo dejó un nombre en la ciencia, sino que ha dejado grandes recuerdos por los inmensos servicios prestados á la humanidad. Y al mismo tiempo que recuerdo mi amistad con él, quiero manifestar que su hijo, procesado por ultraje á la moral y á la religión, su hijo es amigo de mis hijos, como lo era yo de su padre. Yo conozco sus pensamientos, sus intenciones, y el abogado tiene aquí derecho á responder personalmente de su cliente.

Señores, un gran nombre y grandes recuerdos obligan. Los hijos del señor Flaubert no han desmentido á su padre. Eran tres, dos hijos y una hija, muerta á los veintiún años. El mayor ha sido digno sucesor de su padre, y hoy es él el que desempeña, hace años, la misión que su padre desempeñó durante treinta. El más joven es éste: ocupa el banquillo. Al dejarles una fortuna considerable y un gran nombre, su padre les ha dejado la necesidad de ser hombres de inteligencia y de corazón, hombres útiles. El hermano de mi defendido se ha dedicado á una carrera en que presta á diario relevantes servicios. Este ha consagrado su vida al estudio, á las letras, y la obra que en este momento se persigue es su primera obra. Señores, esta primera obra que excita las pasiones, según el señor fiscal, es resultado de largos estudios, de continuadas meditaciones. Gustavo Flaubert es hombre de carácter serio, dado á las cosas graves, á las cosas tristes. No es el hombre que nos ha descrito aquí el ministerio público, cogiendo cuatro líneas de aquí y de

allí, no es un confeccionador de cuadros lascivos. No, lo repito: hay en su naturaleza todo lo más grave que se puede imaginar, lo más serio, pero al mismo tiempo lo más triste. Al repetir las frases, al poner al lado de lo citado las líneas que le preceden y que le siguen, el libro recobrará á vuestros ojos su verdadero color, y al mismo tiempo os dará á conocer las intenciones del autor. Y de la palabra por demás hábil que acabáis de escuchar, no quedará en vuestros recuerdos más que un sentimiento de admiración profunda hacia un talento que puede transformarlo todo.

Ya os he dicho que Gustavo Flaubert es un hombre serio y grave. Conformes con la naturaleza de su espíritu, sus estudios han sido serios y prolongados; han abarcado, no sólo todas las ramas de la literatura, sino del derecho. Flaubert es un hombre que no se ha contentado con las observaciones que podía procurarle el medio en que ha vivido; ha interrogado á otros medios:

Qui mores multorum vidit et urbes.

Después de la muerte de su padre y de sus estudios de colegio, ha visitado la Italia, y desde el 1848 hasta el 1852, recorrió esas comarcas de Oriente, Egipto, Palestina, el Asia Menor, en las que el hombre que las recorre puede adquirir, si tiene inteligencia, ese algo elevado, poético, esos colores, ese prestigio del estilo que el ministerio público hacía resaltar hace un momento para probar el delito que nos imputa. Ese prestigio del estilo, esas cualidades literarias permanecerán, resaltarán después de estos debates, pero no darán lugar en modo alguno á ninguna acusación.

De vuelta en su patria desde el año 1852, Gustavo Flaubert ha escrito y ha procurado presentar dentro de un gran marco el resultado de serios y atentos estudios, y el resultado de lo que ha recogido en sus viajes.

¿Cuál es el marco que ha escogido, el asunto que ha estudiado y cómo lo ha tratado? Mi defendido no pertenece á ninguna de las escuelas que acaba de citar el ministerio público. ¡Oh! sí, pertenece á la escuela realista, porque se atiene á la realidad de las cosas; pertenece á la escuela psicológica, porque no se atiene sólo á la materialidad de las cosas, sino al sentimiento humano, al desenvolvimiento de las pasiones en el medio en que las halla. También pertenecería á la escuela romántica, menos tal vez que á las otras, pues si se ve

romanticismo en su libro, como también realismo, no es por las pocas expresiones irónicas lanzadas aquí y allá que el ministerio público ha tomado en serio. Lo que Flaubert ha querido, sobre todo, ha sido escoger un asunto de estudio de la vida real: crear, constituir tipos verdaderos de la clase media, y obtener de ellos un resultado útil. Sí, lo que más ha preocupado á mi cliente en el estudio á que se ha entregado, es precisamente ese objeto útil, perseguido al poner en escena á tres ó cuatro personajes de la sociedad actual, que viven en las condiciones de la vida real y ofrecen á los ojos del lector el cuadro verdadero de lo que con más frecuencia se encuentra en el mundo.

Resumiendo el ministerio público su opinión sobre *La señora Bovary*, ha dicho: El segundo título de esa obra es: *Historia de los adulterios de una provinciana*. Yo protesto enérgicamente de ese título. El solo probaría la preocupación que ha dominado al fiscal desde un principio, si sus otras palabras no lo atestiguaran claramente. No, el segundo título de esa obra no es: *Historia de los adulterios de una provinciana*; si hay que buscarle á toda costa un segundo título, será: Historia de la educación que se da frecuentemente en provincias; historia de los peligros que encierra; historia de la degradación, de la bribonería, del suicidio considerados como consecuencia de una primera falta, y de una falta originada por otras faltas á que se ve arrastrada una mujer; historia de la educación, historia de una vida deplorable, consecuencia de la educación. Esto es lo que ha querido describir el señor Flaubert, y no los adulterios de una provinciana; pronto lo reconoceréis al leer la obra acusada.

Además, el ministerio público ha visto en todo esto y por encima de todo el color lascivo. Si me fuese posible contar el número de líneas que el ministerio público ha citado y compararlo con el número de líneas de que ha hecho caso omiso, veríamos que guardan la proporción de uno á quinientos, y que esa proporción de uno á quinientos no acusa el color lascivo en ninguna parte; solo existe ese color en las citas, aisladamente.

Pero digamos: ¿qué es lo que se propuso describir Gustavo Flaubert? En primer lugar, la educación dada á una mujer en condiciones superiores á la suya, como ocurre con sobrada frecuencia; luego, la mezcla de elementos disparatados que se produce así en la inteligencia de la mujer, y des-

pués, cuando se casa, como el matrimonio no es proporcionado á la educación, sino á las condiciones en que ha nacido la mujer, el autor explica los hechos que ocurren en la posición creada.

¿Qué muestra, además? Muestra á una mujer yendo al vicio por la unión desigual, y del vicio al último grado de la degradación y de la desgracia. Muy pronto, cuando con la lectura de los diferentes pasajes haya dado á conocer el libro en su conjunto, pediré permiso al tribunal para plantear la cuestión en estos términos: Este libro, puesto en manos de una joven, ¿podría dar por resultado el que la llevase á los placeres fáciles, al adulterio, ó le mostraría el peligro desde el primer momento, haciéndola temblar de horror? Planteada así la cuestión, la conciencia resolverá.

Por de pronto, yo afirmo que el señor Flaubert ha querido pintar á la mujer que, en lugar de procurar amoldarse á su condición, á su situación, á su nacimiento, en vez de hacer la vida que le corresponde, se entrega á mil aspiraciones extrañas nacidas de una educación demasiado elevada para ella; que en lugar de amoldarse á los deberes de su posición; de ser la mujer tranquila del médico de aldea con quien se unió, en lugar de buscar la dicha en su casa, en su unión, la busca en interminables sueños, y al hallar después en su camino á un joven que coquetea con ella, corresponde á su fuego, se excita, en cierto modo, por grados, y se asusta cuando, al recurrir á la religión de sus primeros años, no halla en ella fuerza suficiente. Más tarde leeremos por qué no la halla. Sin embargo, la ignorancia del doncel y su propia ignorancia la preservan del primer peligro. Pero pronto tropieza con un hombre como hay muchos, que se enamora de ella, pobre mujer descarriada ya, y la arrastra. Esto es lo capital, lo que convenía ver, lo que es el libro mismo.

El ministerio público se irrita, y yo creo que sin razón, desde el punto de vista de la conciencia y del corazón humano, porque en la primera escena la señora Bovary encuentra una especie de placer, de satisfacción en haber roto su cadena, y porque vuelve á su casa diciendo: «Tengo un amante». ¡Vosotros creéis que no es este el primer grito del corazón humano! La prueba está entre vosotros y yo. Pero era preciso mirar un poco más allá, y habriais visto que si el primer momento, si el primer instante de aquella caída produce en esa mujer una especie de transporte de alegría, de

delirio, algunas líneas más allá viene la decepción, y, como dice el autor, se siente humillada á sus propios ojos.

Sí, siente casi al instante decepción, dolor, remordimientos. El hombre á quien se había entregado confiada, sólo la había aceptado como para servirse de ella cual si fuese un juguete: el remordimiento la corroe, la mina. Lo que os ha chocado es el oír llamar á esto las desilusiones del adulterio; habríais preferido leer *las mancillas* en un escritor que, presentando á esta mujer como la que no comprende el matrimonio, se sentía mancillada con el contacto de un marido, y habiendo buscado en otro lugar el ideal, había hallado las desilusiones del adulterio. Esta palabra os ha chocado; en lugar de *desilusiones* habríais preferido *mancillas* del adulterio. El tribunal juzgará. Por mi parte, si tuviese que presentar los mismos personajes, diría: «¡Pobre mujer! si crees que los besos de tu marido son algo monótono, aburrido, y si no crees ver más que las vulgaridades del matrimonio, ¿por qué te parece ver una mancilla en esa unión no presidida por el amor? Mucho cuidado, porque tus sueños son una ilusión y llegará día en que sufrirás cruel desengaño». El que clama, señores, el que se sirve de la voz *mancilla* para expresar lo que nosotros hemos llamado desilusión, ese dice una palabra cierta, pero vaga, que nada enseña á la inteligencia. Prefiero al que no clama, al que no pronuncia la palabra *mancilla*, pero que advierte á la mujer la decepción y la desilusión diciéndole: «Donde creéis hallar amor, sólo hallaréis libertinaje; donde creéis hallar la dicha, sólo hallaréis amarguras. Un marido que va tranquilamente á sus asuntos, que os abraza, que se pone su gorra de casa y come con vosotras, es un marido prosaico que os subleva; aspiráis á un hombre que os ame, que os idolatre... ¡pobrecillas! ese hombre será un libertino que os cogerá un minuto para jugar con vosotras. La ilusión se producirá la primera vez, tal vez la segunda; volveréis á vuestra casa satisfecha, cantando la canción de la adúltera: «tengo un amante»; pero antes de veros por tercera vez, la desilusión se habrá operado. Ese hombre soñado habrá perdido todo su prestigio; y con el desprecio sentiréis el desdén, el disgusto y el punzante remordimiento».

He aquí, señores, lo que ha dicho el señor Flaubert, lo que ha descrito, lo que se lee en cada línea de su libro; he aquí lo que distingue á su obra de todas las obras del mismo género. En su obra se ven en cada página los grandes tras-

tornos de la sociedad, y el adulterio se ofrece lleno de vergüenza. Ha sacado de las relaciones habituales de la vida la enseñanza que más puede impresionar á una joven. ¡Oh! las jóvenes que no hallen en los principios de la honradez, de la moral y de la religión, los medios para cumplir sus deberes de madres: las que no hallen en la resignación esa ciencia práctica de la vida que nos dice que hay que acomodarse á lo que tenemos, y que fijan sus sueños en el exterior de su casa: esas jóvenes honradas, puras, que en medio del prosaísmo de su hogar se ven á veces atormentadas por lo que pasa en torno de ellas, un libro como este, no lo dudeis, les hará reflexionar. He aquí lo que ha hecho el señor Flaubert.

Y fijaos bien en una cosa: el señor Flaubert no es un hombre que os describe un adulterio encantador, para hacer os llegar luego al *Deus ex machina*; no; aquí habéis saltado demasiado pronto de la página que habéis leído á la última. En su obra, el adulterio no es más que una serie de tormentos, de penas, de remordimientos, y por último viene la expiación final, espantosa. ¡Es excesiva! Si el señor Flaubert peca, es por exceso, y luego os explicaré esta palabra. La expiación no se hace esperar, y por esta razón es ese libro eminentemente moral y útil, porque no promete á la mujer algunos años de dicha tras los cuales pueda decir: «ahora que venga la muerte, si quiere». No. Al segundo día ya empiezan las amarguras, las desilusiones. El desenlace moral se halla en todas las líneas del libro.

Esta obra está escrita con un poder de observación que con justicia ha sido alabado por el ministerio fiscal, y sobre ello llamo vuestra atención, ya que si la acusación no tiene causa debe desaparecer. Este libro está escrito con notable fuerza de observación en los menores detalles. Un artículo del *Artista* firmado por Flaubert sirvió también de arma de acusación. Que el señor fiscal note, ante todo, que ese artículo es extraño á este proceso, y que advierta además que para nosotros resultaría por demás inocente y moral si el señor fiscal se dignara leerlo todo entero, en lugar de recortarlo. Lo que ha llamado la atención en el libro del señor Flaubert es lo que algunas reseñas llamaron fidelidad dagueriana en la reproducción del tipo de todas las cosas, en la naturaleza íntima del pensamiento, del corazón humano, y esa reproducción sorprende aún más por la magia del estilo. Advertid

que si no hubiese aplicado esa fidelidad más que á las escenas de degradación, podríais decir con razón: el autor se ha complacido en pintar la degradación con ese poder de descripción que posee. Desde la primera hasta la última página de su libro se fija, sin ninguna clase de reserva, en todos los hechos de la vida de Emma, en su infancia cuando ocupa la casa paterna, en su educación en el convento, no desprecia nada. Pero los que han leído como yo la obra desde el principio hasta el fin, dirán—cosa notable, que le tendréis en cuenta y que no sólo le valdrá la absolución, sino debió librarle de toda persecución—que cuando llega á las partes difíciles, precisamente á la degradación, en lugar de hacer como algunos autores clásicos que el señor fiscal conoce muy bien, pero que ha olvidado mientras que acusaba, y de quienes traigo yo algunos pasajes, no para leerlos, sino para que los leáis en la cámara del consejo, en lugar de hacer como nuestros grandes clásicos, nuestros grandes maestros, que cuando han hallado escenas de la unión de los sentidos en el hombre y en la mujer, no se han saciado de describirlas, el señor Flaubert se contenta con una palabra. Al llegar aquí desaparece todo su poder descriptivo, porque su pensamiento es casto, porque allí donde podría escribir á su manera y con toda la magia del estilo, comprende que hay cosas que no pueden ser tratadas ni escritas. El ministerio público juzgó que aun dice demasiado. Cuando yo muestre aquí hombres que en grandes obras filosóficas se han complacido en la descripción de esas cosas y ponga enfrente de ellos al hombre que posee en tan alto grado la ciencia descriptiva y que, lejos de emplearla, se detiene y se abstiene, tendré derecho á pedir razón de la acusación que aquí se ha formulado.

Señores, del mismo modo que se complace en describirnos la risueña cuna en que juega Emma de niña, con su follaje, con sus florecitas blancas y encarnadas y sus perfumados senderos, asimismo, cuando ha salido de allí, cuando recorre otros caminos, donde halla fango, cuando éste mancha sus pies, cuando las salpicaduras llegan á su cara, no debería decirlo. Pero esto sería suprimir por completo el libro, ó mejor dicho, el elemento moral, so pretexto de defenderlo, pues si la falta no puede ser mostrada, si no puede ser indicada, si en un cuadro de la vida real que tiene por objeto mostrar con el pensamiento el peligro, la caída, la

expiación, queréis impedir que describa todo esto, es evidente que priváis al libro de su conclusión.

Este libro no ha sido para mi cliente objeto de una distracción de algunas horas, sino que representa dos ó tres años de incesante estudio. Y ahora voy á deciros algo más: el señor Flaubert que, después de tantos años de trabajos, de tantos estudios, de tantos viajes, de tantas notas recogidas en los autores que ha leído—ya veréis dónde ha bebido, pues es algo raro que se encargará de justificarle,—aparece escritor de colores lascivos, impregnado de Bossuet y de Massillon; veréis que, estudiando á esos autores y procurando no plagiarlos, sino reproducir en sus descripciones sus pensamientos, ha usado los colores empleados por ellos. Pero, después de todo, cuando terminó este trabajo hecho con tanto amor, cuando su obra llegó á su término, ¿creeis que, lleno de confianza en sí mismo, y á pesar de tantos estudios y meditaciones, quiso lanzarlo al público en seguida? Sin duda lo hubiera hecho, si fuese un desconocido en el mundo, si su nombre le hubiese pertenecido, si hubiese creído que podía disponer de él á su antojo; pero, lo repito, es de esos á quienes nobleza obliga: se llama Flaubert, es el hijo segundo del señor Flaubert: quería procurarse un porvenir literario, respetando la moral y la religión—no por miedo á los tribunales, sino por dignidad personal:—pues no quería dar su nombre á una obra, si las personas en quienes tenía fe no la juzgaban digna de ser publicada. El señor Flaubert leyó íntegras, ante algunos literatos eminentes, las páginas que pensaba publicar, y yo afirmo que ninguno de ellos vió en la obra lo que ha visto el señor fiscal. Nadie pensó siquiera en semejante atentado á la moral. Se examinó y se estudió únicamente el valor literario del libro. En cuanto al objeto moral es tan evidente, está escrito en cada línea en términos tan poco equívocos, que ni siquiera había necesidad de tratar de él. Tranquilo acerca del valor del libro, alentado por los periodistas más eminentes, el señor Flaubert sólo piensa en publicarlo. Lo repito: todo el mundo ha sido unánime en rendir homenaje al mérito literario, al estilo y hasta al excelente pensamiento que preside á la obra desde la primera página hasta la última. Y cuando se inició el proceso, no fué él el único sorprendido y afligido, permitidme deciroslo, sino yo mismo, que no comprendía esta persecución, después de leer el libro con vivísimo interés, á medida que se iba publi-

cando. ¡Oh! hay matices de nuestras costumbres que pueden pasar desapercibidos para nosotros, pero que no pasan para mujeres de gran inteligencia, de gran pureza, de gran castidad. No se puede pronunciar aquí ningún nombre; pero si yo os dijese lo que han dicho al señor Flaubert, lo que me han dicho á mí mismo madres de familia que han leído ese libro, si yo os dijese su asombro después de haber recibido de esa lectura una impresión tan buena que se creyeron obligadas á dar las gracias al autor, si yo os manifestase su asombro, su dolor, cuando han sabido que este libro debía ser condenado como contrario á la moral pública, á su fe religiosa, á la fe de toda su vida, ¡oh! tendría aquí quien me daría alientos, si yo necesitase ser alentado para combatir los ataques del ministerio público.

Sin embargo, en medio de todas estas apreciaciones de la literatura contemporánea, hay una que quiero exponer. Hay una que es respetada por nosotros, no sólo por emanar de un hermoso carácter fundido en la adversidad y el sufrimiento, contra los cuales lucha valerosamente á diario, sino además por la fama que rodea al gran número de sus obras literarias, todo lo que hay que recordar, porque en esto estriba su competencia, ya que sus escritos son puros, castos: Lamartine.

Lamartine no conocía al procesado ni sabía que existiese. Lamartine había leído en el campo, en los diferentes números de la *Revista de París*, la primera publicación de *La señora Bovary*. Lamartine halló en la obra impresiones tales, que se han reproducido en las ocasiones que voy á enumerar.

Hace algunos días, Lamartine vino á París, y, al siguiente día de llegar, preguntó por la casa de Gustavo Flaubert. Envió para ello á la *Revista* que había publicado la obra. Después encargó á su secretario que felicitase á Flaubert y le expresase la satisfacción que había tenido leyendo su libro, y el deseo de ver al nuevo autor revelándose con semejante comienzo.

Flaubert fué á casa de Lamartine, y halló en él, no sólo un hombre que le ha alentado, sino un hombre que le ha dicho: «Me ha procurado usted la mejor obra que he leído de veinte años acá». Fueron tantos los elogios, que el procesado, en medio de su modestia, apenas osaba repetírmelos. Lamartine le probaba que había leído las entregas, y se lo probaba de la manera más graciosa, recitándole páginas enteras. Uni-

camente que Lamartine añadía: «Al mismo tiempo que os he leído sin restricción hasta la última página, he vituperado las últimas. Me habéis hecho daño, me habéis hecho sufrir materialmente; la expiación es desproporcionada al crimen; habéis creado una muerte horrible, espantosa. Claro que la mujer que mancha el tálamo nupcial debe esperar su castigo; pero ese es horrible, es un suplicio nunca visto. Os habéis excedido, me atacasteis los nervios; ese poder de descripción aplicado á los últimos instantes de la muerte me causó indelible sufrimiento». Y cuando Gustavo Flaubert le preguntaba: «Pero, señor Lamartine, ¿concibe usted que esa obra sea causa de mi procesamiento por ofensa á la moral pública y religiosa?» Lamartine le respondía: «Creo haber sido toda mi vida, en mis obras literarias, el hombre que mejor ha comprendido lo que era la moral pública y religiosa; hijo mío, no creo que se halle en todo Francia un tribunal capaz de condenaros. Es lamentable que se haya desconocido el carácter de vuestra obra y que os hayan procesado; pero por el honor de nuestro país y de nuestra época, no es posible que se halle tribunal que os condene».

He aquí lo que ocurría ayer entre Lamartine y Flaubert; y tengo derecho á decir que esa apreciación merece que sea tenida muy en cuenta.

Dicho esto, veamos cómo es posible que mi conciencia me diga que *La señora Bovary* es un buen libro, una buena acción. Y permitidme deciros que yo no soy fácil de contentar en esta clase de cosas. Yo tengo á la mano obras literarias, producidas por nuestros grandes escritores, que no me han distraído ni dos minutos. Me permitiré, además, entregar á la Sala algunas líneas cuya lectura no me complació nunca, y os pediré permiso para deciros, en cambio, que cuando hube terminado la lectura de la obra del señor Flaubert, quedé convencido de que la causa de todo esto fué el corte dado á la obra por la *Revista de París*. Además, me permitiré fortalecer mi opinión con la opinión más preciosa y más autorizada que acabo de recordar.

Señores, he aquí mi cartera que contiene opiniones de todos los literatos del día, y entre ellos los hay de los más distinguidos, manifestando el asombro que han sentido al leer esta obra nueva tan moral y tan útil.

Y ahora pregunto: ¿cómo una obra semejante ha podido ser denunciada? ¿Queréis permitirme que os lo diga? La *Re-*

vista de París, cuyo comité de lectura había leído la obra entera, no halló nada que decir de ella. Cuando se imprimió el cuaderno del 1.º de diciembre de 1856, uno de los directores de la *Revista* se asustó de la escena en un fiacre, y dijo: «Esto no conviene, y debemos suprimirlo». Al señor Flaubert le ofendió la supresión, y no quiso que se hiciese sin una nota suya. La nota fué exigida por él, y él fué el que, con su amor propio de autor, que no quería que su obra fuese mutilada ni que produjese tampoco inquietudes á la *Revista*, se determinó á decir: «Suprimiréis, si queréis; pero declararéis que habéis suprimido»; y entonces se convino en poner la siguiente nota:

«La dirección se ha visto en la necesidad de suprimir aquí un pasaje que no convenía publicar en la *Revista de París*; pero lo hacemos constar para satisfacción del autor.»

Pero ved el pasaje suprimido, pues voy á leeroslo en una prueba que hemos logrado con dificultad. Ved la primera parte, que no tiene ni una sola corrección; en la segunda, ha sido corregida una palabra:

«El cochero preguntó:

»—¿A dónde, señor?

»—Adonde usted quiera—le contestó León empujando á Emma dentro del coche.

»El pesado armatoste echó á andar.

»Bajó por la calle del Gran Puente, atravesó la plaza de las Artes, el Puente Nuevo y se detuvo ante la estatua de Pedro Corneille.

»—¡Siga, siga!—dijo una voz desde dentro.

»El coche volvió á rodar, y por la encrucijada de La Fayette bajó la cuesta hasta entrar al galope en la estación del ferrocarril.

»—¡No, todo derecho!—gritó la misma voz.

»Y el coche pasó la barrera, y al entrar en el paseo marchó al trote por entre las filas de los altos olmos.

»El cochero se colocó entre las rodillas su sombrero de hule, limpióse el sudor y guió el caballo hacia la orilla del río, torció después hacia la calle de Elbeuf y volvió á pararse ante el Jardín de Plantas.

»—¡Siga usted!—gritó la misma voz, esta vez furiosamente.

»Y volviendo á emprender la marcha, pasó por San Severo, por el muelle de los Curandiers, el de Meules, tomó

otra vez el puente, pasó por la plaza del Campo de Marte y por detrás de los jardines del Hospital, donde los viejos se paseaban al sol. Volvió á subir el bulevar Bouvreuil, luego el Cauchoise, el Mont-Riboudet hasta la parte de Deville.

»Después ya siguió al azar y se le vió en Saint-Pol, en Lescure, en el monte Gargán, en la Rouge-Marc, plaza de Gaillarbois, calle de la Maladrerie, calle de la Dinandiere; pasó por Saint-Romain, Saint-Vivién, Saint-Maclou, Saint-Nicaise—delante de la Aduana,—por la Vielle-Tour baja, las Trois-Pipes, hasta el Cementerio monumental.

»El cochero, desde el pescante, lanzaba de cuando en cuando miradas de envidia á las tabernas; no se explicaba aquel furor de locomoción que sentían aquellos parroquianos. Algunas veces que intentó pararse, oyó una exclamación de cólera en el interior del coche que le obligó á fustigar los caballos sudorosos y á seguir dando vaivenes y tropezos, loco ya y casi llorando de sed, de fatiga y de tristeza.

»En el puerto, por en medio de los camiones y las barricas, y en las calles, tropezando con los guardacantones, la gente, al verle, abría los ojos desmesuradamente, por ser aquel un fenómeno extraño en la ciudad: un coche con las cortinillas corridas que iba por todas partes, cerrado como una tumba y balanceándose como un navío.

»Ya por la tarde y en pleno campo, cuando el sol hería con más fuerza los cristales de los faroles del coche, una mano, saliendo por debajo de las cortinillas, lanzó al aire pedacitos de papel que se dispersaron, cayendo después como mariposas blancas sobre un grupo de tréboles rojos.

»Después, serían ya las seis, el coche se detuvo en una callejuela del barrio de Beauvoisine, bajó de él una mujer con el velo caído y echó á andar sin volver la cabeza.

»Al llegar á la posada, Emma se asombró de no ver la diligencia. Hivert, que la había esperado cincuenta y tres minutos, concluyó por marcharse.

»Nada la obligaba á partir; pero había dado palabra de que volvería aquella noche. Además, Carlos la esperaba, y ya sentía en el corazón esa cobarde docilidad que es, para muchas mujeres, como el castigo á la vez que el rescate del adulterio.»

El señor Flaubert me advierte que el ministerio público le ha reprochado esta frase.

El fiscal.—No he hecho más que indicarla.

El señor Senard.—De todas suertes, si hubiese reproche desaparecería ante estas palabras: «el castigo á la vez que el rescate del adulterio». Por otra parte, esto podría ser materia de un reproche tan fundado como los demás, pues en todo cuanto aquí se ha criticado, no hay nada que pueda sostenerse en serio.

Ahora bien, señores, como hubiese desagradado á la dirección de la *Revista* esta especie de carrera fantástica, se suprimió; lo cual fué un exceso de miramiento por parte de la *Revista*; y un exceso de miramiento no debía ser causa de un proceso. Sin embargo, vais á ver cómo dió materia al proceso. Lo que no se ve y ha sido suprimido, siempre parece cosa gorda. Se han supuesto muchas cosas que no existen, como habéis visto por la lectura del pasaje primitivo.

¡Oh, Dios! ¿Sabéis lo que se ha supuesto? Que en el pasaje suprimido había algo análogo á lo que tendréis la bondad de leer en una de las novelas más admirables, debida á la pluma de un honorable miembro de la Academia francesa: el señor Merimée.

En una novela titulada *El doble engaño*, el señor Merimée relata una escena ocurrida en una silla de posta. No es el lugar ni el coche lo que tiene importancia, sino el detalle de lo que pasa en su interior. No quiero abusar del tribunal, y me limitaré á entregar el libro al ministerio público y á la sala. Si mi defendido hubiese escrito la mitad ó la cuarta parte de lo que ha escrito el señor Merimée, experimentarí yo cierto embarazo en la labor que me ha sido encomendada, y la modificaría. En lugar de decir lo que he dicho y afirmo, que el señor Flaubert ha escrito un buen libro, un libro decente, útil, moral, diría: la literatura tiene sus derechos; el señor Merimée ha escrito una obra notable, y hay que mostrarse indulgente en los detalles cuando el conjunto resulta irreprochable. Me limitaría á esto: absolvería, y vosotros absolveríais también. Pero, en materia semejante, un autor no puede pecar por omisión. Además, ya conocéis el detalle de lo ocurrido en el fiacre. Pero, como mi cliente se contentó con dar una carrera, y lo del interior sólo se reveló porque «una mano, saliendo por debajo de las cortinillas, lanzó al aire pedacitos de papel que se dispersaron, cayendo después como mariposas blancas sobre un grupo de tréboles rojos»; como mi cliente se limitó á esto, nadie sabía nada, y todo el mundo suponía, por el hecho de la propia supresión,

que había dicho, por lo menos, tanto como el miembro de la Academia francesa. Ya habéis visto que no era así.

Ahora bien, esa desgraciada supresión es el proceso; es decir, que los organismos encargados de inspeccionar los escritos que puedan ofender á la moral pública, al ver este corte se alarmaron. Yo tengo que manifestar aquí, y suplico que me perdonen los señores de la *Revista*, que dieron el corte mal, porque éste debió ser dado antes de que los dos amantes se hubiesen metido en el coche; para cortar donde lo hicieron, no merecía la pena. El corte ha sido desgraciado; pero si los señores de la *Revista* cometieron esta faltita, bien la pagan hoy.

En las oficinas debieron decirse: cuidado con la continuación; é hicieron guerra á las sílabas. Los empleados no están obligados á leerlo todo, y cuando vieron que se había escrito que una mujer se había quitado toda la ropa, se asustaron sin proseguir. Ciertamente que, al revés de nuestros grandes maestros, el señor Flaubert no se tomó el trabajo de descubrir el alabastro de sus desnudos brazos, de su garganta, etc. No dijo, como un poeta muy admirado por mí:

Je vis de ses beaux flancs l'albâtre ardent et pur,
lis. chène, corail. roses. veines d'azur.
telle enfin qu'autrefois tu me l'avais montrée,
de sa nudité seule embellie et parée,
quand nos nuits s'envolaient, quand le mol oreiller
la vit sous tes baisers dormir et s'éveiller.

No ha dicho nada análogo á lo dicho por Andrés Chénier. Pero, en fin, ha dicho: «Se entregó... Sus ropas cayeron».

¡Se entregó! ¡Cómo! ¿Está prohibida toda descripción? Pero cuando se acusa, hay que leerlo todo, y el señor fiscal no lo ha leído todo. El pasaje acusado no termina donde él se detuvo, sino que lleva la siguiente enmienda:

«Sin embargo, había en aquella frente ardorosa y fría, en aquellos labios balbucientes, en aquellos ojos extraviados, en la presión de aquellos brazos, algo de exagerado, de vago y de lúgubre que á León le parecía interponerse sutilmente entre ellos como para separarlos.»

Los empleados no han leído esto, y el señor fiscal tampoco lo ha citado. Sólo ha visto esto otro: «Después (Emma), con un solo movimiento, desprendía de una vez todos sus

vestidos»; y ha exclamado: ¡ultraje á la moral pública! A decir verdad, resulta por demás fácil acusar por este medio. ¡Libre Dios á los autores de Diccionarios de caer en manos del señor fiscal! ¿Quién se libraría de una condena si recordando, no ya frases, sino vocablos, se hiciese una lista de todas las palabras que pudiesen ofender á la moral ó á la religión?

La primera intención de mi cliente, que por desgracia halló resistencia, fué esta: «Sólo cabe hacer una cosa: imprimir inmediatamente, no con cortes, sino completa, la obra tal como salió de mis manos, reproduciendo la escena del coche». Yo era de su opinión; pues creía que la mejor defensa de mi cliente era la impresión de la obra completa, con la indicación de algunos pasajes para que el tribunal se fijara en ellos. Yo mismo le di el título de la publicación: *Memoria de Gustavo Flaubert contra la acusación de ultraje á la moral religiosa dirigida contra él*. Yo mismo había escrito de mi puño: *Tribunal de policía correccional, sala sexta*, con la indicación del presidente y del fiscal. Llevaba un prefacio en el cual se decía: «Me acusan con frases entresacadas á capricho de mi libro, y sólo puedo defenderme con mi libro». Pedir á los jueces la lectura de toda una obra, es mucho pedir; pero nos hallamos ante jueces que aman la verdad, que la quieren, y que por conocerla no reculan ante ninguna pena; estamos ante jueces que quieren hacer justicia y que leerán lo que les supliquemos que lean. Yo le había dicho al señor Flaubert: «Imprima usted en seguida la obra, y al lado de su nombre ponga: SENARD, abogado». Se había empezado la impresión para cien ejemplares solamente, y el trabajo se hacía con suma rapidez, cuando se nos prohibió proseguir la impresión, no de un libro, sino de una Memoria en la que iba la obra acusada con notas explicativas. Hemos protestado, y la fiscalía nos contestó que la prohibición era terminante y no podía ser levantada.

Bueno, sea, no habremos publicado el libro con notas y advertencias; pero si su primera lectura os ha dejado alguna duda, yo os ruego que lo volváis á leer. Vosotros amáis y queréis la verdad, y no podéis ser de esos que cuando ven dos líneas de un hombre están ya dispuestos á condenar. Vosotros no queréis que un hombre sea castigado por meros cortes, hechos con más ó menos habilidad. Vosotros no queréis esto, no queréis privarnos de los recursos ordina-

rios de la defensa. Y como tenéis el libro, aunque éste sea menos cómodo que el que nosotros quisimos publicar, vosotros mismos podéis hacer las observaciones, porque queréis la verdad, y es preciso que sea la verdad la que sirva de base á vuestro juicio, cosa que saldrá del examen serio del libro.

Sin embargo, yo no he de detenerme aquí. El ministerio público ataca el libro, y es preciso que yo coja el libro para defenderlo, que complete las citas que él ha hecho y que en cada pasaje acusado demuestre lo infundado de la acusación: en esto consistirá mi defensa toda.

Ni siquiera intentaré oponer á las apreciaciones elevadas, animadas y patéticas con que el ministerio público ha rodeado cuanto ha dicho, apreciaciones del mismo género; la defensa no puede recurrir á esto, y se contentará con citar los textos tal cual son.

En primer término, declaro que nada es más falso que lo que aquí se ha dicho del color lascivo del libro. ¡Color lascivo! ¿De dónde habéis sacado eso? ¿Qué clase de mujer ha descrito mi defendido en la señora Bovary? Es triste decirlo, pero ha descrito la verdad; una joven nacida como casi todas, honrada, pero frágil cuando la educación, en lugar de fortificarla, la ha empujado por la mala senda. Ha tomado á una joven ¿de natural perverso? No, una naturaleza impresionable, accesible á la exaltación.

El señor fiscal ha dicho: «A esa joven se la presenta siempre como lasciva». Nada de eso, se la representa nacida en el campo, en una quinta, donde se dedica á los trabajos de su padre y donde ni en su alma ni en su corazón puede penetrar nada lascivo. Luego, en vez de seguir el camino que le correspondía, en vez de ser educada para la quinta en que debía vivir ó en un medio análogo, aparece bajo la autoridad imprevista de un padre á quien se le ocurre hacer educar en un convento á la joven destinada á casarse con un hombre del campo. Hela ya llevada á un convento, fuera de su esfera. Todo es grave en boca del ministerio público, y por lo tanto, á todo hay que contestar. ¡Ah! hase hablado de sus pecadillos, citando algunas líneas de la primera entrega, y hase dicho: «Cuando se confesaba, inventaba pecadillos para estar más tiempo de rodillas en la obscuridad, con la cara pegada á la celosía, oyendo el cuchicheo del confesor». Os habéis engañado por completo al apreciar á mi defendido. Él no ha cometido la falta, sino que la falta, el error, es del

ministerio público al apreciar la edad de la niña. Como no entró en el convento hasta los trece años, es evidente que tiene catorce cuando se confiesa. No era, pues, una niña de diez años, como aquí se ha dicho. No discutiré yo la inverosimilitud de una niña de diez años que gusta de permanecer en el confesionario oyendo el «cuchicheo del confesor». Lo que yo quiero es que leáis las líneas que preceden, lo cual comprendo que no es cosa fácil, si bien lo sería con las notas que deseábamos publicar.

Llamaba yo vuestra atención sobre este pasaje para restituir á *La señora Bovary* su verdadero carácter. ¿Queréis permitirme que os diga lo que me parece muy grave, lo que el señor Flaubert ha comprendido y lo que ha puesto de relieve? Hay una especie de religión que es esa en que se habla generalmente á los jóvenes y que es la peor de todas. Respecto de este extremo, se puede diferir en las apreciaciones. Por mi parte, declaro terminantemente que no conozco nada más bello, útil ni necesario para sostener, no ya á las mujeres en el camino de la vida, sino también á los hombres, que el sentimiento religioso; pero el sentimiento religioso grave, mejor dicho, severo.

Yo quiero que mis hijos comprendan á un Dios, no á un Dios en las abstracciones del panteísmo, no, sino á un ser supremo con el cual están en relación, hacia el cual se dirigen para orar, y que al mismo tiempo les engrandece y les fortifica. Este pensamiento es mi pensamiento, como es el vuestro; es la fuerza en los días adversos, la fuerza de los débiles. Este pensamiento es el que da á la mujer esa consistencia que la hace resignarse á las mil pequeñeces de la vida, que la hace referir á Dios lo que puede sufrir y pedirle gracia para cumplir con su deber. Señores, esa religión es el cristianismo, es la religión que establece las relaciones entre Dios y el hombre. Haciendo el cristianismo intervenir entre Dios y nosotros á una especie de poder intermediario, nos hace á Dios más accesible y la comunicación con él más fácil. Con que la madre del que se hizo Hombre Dios reciba las plegarias de la mujer, no veo nada que altere la pureza, la santidad religiosa, ni el propio sentimiento. Pero, véase dónde comienza la alteración. Para acomodar la religión á todas las naturalezas, se hace intervenir á toda clase de cosas mezquinas, raquíticas y miserables. La pompa de las ceremonias, en vez de ser esa gran pompa que nos embarga el

alma, degenera en comercio de reliquias, de medallas, de dioses, de virgencitas. ¿Y qué es lo que más hiera el espíritu de los niños curiosos, ardientes, tiernos? Todas esas imágenes atenuadas, debilitadas, miserables del espíritu religioso. Se forman entonces pequeñas religiones, y en lugar de tener en el alma el sentimiento de Dios, el sentimiento del deber, se entregan á sueños, á devociones especiales. Y luego viene la poesía, y después mil pensamientos de caridad, de ternura, de amor místico, mil formas que engañan á las jóvenes y que sensualizan la religión. Esas pobres niñas, naturalmente crédulas y débiles, se enamoran de todo esto, de la poesía, de los sueños, en lugar de atenerse á algo razonable y severo. Resultando de esto que hay muchísimas mujeres devotas que no son nada religiosas. Y cuando el viento las empuja fuera del camino por donde deberían ir, en lugar de sacar fuerza de sus creencias, sólo hallan sensualidades que las extravían.

¡Ah! en el cuadro de la sociedad moderna, nos habéis acusado de haber confundido el elemento religioso con el sensualismo. Acusad á la sociedad en que vivimos, pero no acuséis al hombre que, como Bossuet, exclama: «¡Despertad y fijaos en el peligro!» Pero decir á los padres de familia: «Cuidado, porque no son buenas costumbres para vuestras hijas esas, porque hay en las mezclas de misticismo un algo que sensualiza la religión»; decir esto, es decir la verdad. Vosotros acusáis por esto á Flaubert, y yo alabo su conducta por esto mismo. Sí, ha hecho bien en advertir á las familias los peligros de la exaltación en los jóvenes que se enamoran de las prácticas, en vez de atenerse á una religión fuerte y severa que les sostendría el día de la debilidad. Y ahora vais á ver de dónde proviene la intención de los pecadillos «oyendo el cuchicheo del confesor». Leamos la página 36:

«Emma había leído *Pablo y Virginia*, que le hacía soñar con aquella casita de bambú, aquel negro Domingo, el perro *Fiel* y, sobre todo, con la dulce amistad de aquel hermanito que se encarama á los altos árboles para coger frutas y corre, desnudo de pies, por la arena, llevando nidos de pájaros.»

¿Es esto lascivo, señores? Prosigamos.

El fiscal.—Yo no he dicho que ese pasaje fuese lascivo.

El señor Senard.—Perdonad, pero en este pasaje ha sido donde habéis descubierto una frase lasciva, la cual no habría resultado tal si no hubiese sido separada de lo que la precedía y de lo que la seguía:

«Durante la misa, distraíanla las viñetas piadosas de su libro con tapas bordadas en azul y se encariñaba con «la oveja sacrificada», «el sagrado corazón con agudas flechas clavadas» ó «el pobre Jesús que cae al peso de la cruz sobre sus hombros». Quiso hacer penitencia y mortificarse, para lo cual probó á pasar un día entero sin comer. En su imaginación exaltada buscaba algún voto que cumplir.»

No olvidéis esto: cuando se inventan pecadillos en la confesión y se buscan en la mente votos que cumplir, cosa que habéis visto en las líneas anteriores, evidentemente ha habido falsedad de ideas. Y yo os pregunto, ahora, si es preciso discutir este pasaje. Pero prosigo:

«De noche, antes del rezo, había en la clase lectura religiosa, que solía ser un resumen de Historia sagrada ó las *Conferencias* del abate Frayssinous, y los domingos, como nota más amena, pasajes del *Genio del Cristianismo*. ¡Cómo escuchó, la primera vez, aquellas lamentaciones sonoras impregnadas de romántica melancolía, cuyos ecos repercutían en la tierra y en la eternidad! Si su infancia hubiese transcurrido en la trastienda de un barrio comercial, seguramente su alma se hubiera dejado invadir ahora por el lirismo de la naturaleza, que no solemos conocer más que por medio de la literatura. Pero ella sabía de memoria lo que era el campo y el balido de las ovejas, las faenas del establo y el rodar de las carretas. Habituada á los aspectos tranquilos, buscaba los accidentados. Admiraba el mar sólo por sus tempestades, y el verdor únicamente cuando se ostentaba entre ruinas. De todas las cosas necesitaba asimilarse algo que le llegara al corazón, repugnando todo lo demás como inútil; y siendo su temperamento más sentimental que artístico, buscaba emociones y no paisajes.»

Ahora vais á ver con qué delicadas precauciones introduce el autor á una santa muchacha, y cómo, para enseñar la religión, se va á deslizar en el convento un elemento nuevo, la introducción de la novela aportada por una extranjera. No olvidéis nunca esto cuando se trate de apreciar la moral religiosa.

«Frecuentaba el convento una solterona, que cosía la ropa blanca por recomendación del arzobispo, en atención á ser descendiente de una noble familia arruinada en la época de la Revolución: y durante los ocho días que allí pasaba, comía en el refectorio á la mesa de las hermanas y hablaba con

ellas de sobremesa antes de reanudar su labor. Las pensionistas solían hacer escapadas de la sala de estudios para ir á verla, porque sabía muchas canciones galantes del siglo pasado, que cantaba en voz baja mientras cosía; refería historias pasadas, traía noticias y encargos de la ciudad y solía prestar á las mayores, en secreto, alguna novela de las que ella devoraba también largos capítulos en los ratos que descansaba de la costura.»

Esto no es sólo maravilloso literariamente hablando. No puede negarse la absolución al hombre que escribe pasajes tan admirables para señalar todos los peligros de una educación de este género y para indicar á las jóvenes los escollos de la vida que van á emprender. Prosigamos:

«Casi todas eran novelas amorosas donde había amantes y damas perseguidas que se perdían en pabellones solitarios, postillones muertos, caballos reventados, bosques sombríos, corazones torturados, juramentos, suspiros, lágrimas y besos, góndolas á la luz de la luna, ruiseñores en la selva, caballeros valientes como leones, dulces como corderos, virtuosos como ya no se tiene idea, siempre elegantes y que lloraban como fuentes.

»Tenía Emma entonces quince años, y durante seis meses manchó sus manos el polvo de estos libros de los viejos gabinetes de lectura. Con Walter Scott aprendió cosas históricas, soñó con cofrecillos misteriosos, cuerpos de guardia, y hubiera querido vivir en algún viejo castillo feudal como aquellas castellanas de esbelto talle que, bajo el trébol de las ojivas, pasaban sus días con el codo en la piedra de la ventana, el mentón en la mano y esperando ver surgir del fondo del panorama un gallardo caballero de blanca pluma galopando sobre brioso corcel negro. Por entonces tuvo culto por María Estuardo y veneraciones llenas de entusiasmo por mujeres ilustres ó infortunadas: Juana de Arco, Inés Sorel, la bella Ferronnière y Clemencia Isaura, que, para ella, se destacaban como fúlgidos cometas en la inmensidad tenebrosa de la Historia donde, además, se distinguían, pero perdidos entre sombras y sin relación entre sí, san Luis con su roble, Bayardo moribundo, las crueldades de Luis XI, algo de la Saint-Barthelemy, la pluma del Bearnés, y el recuerdo constante de aquellos platos que tenían pintados en su fondo dibujos exaltando á Luis XIV.

»Las lecciones de canto que daba eran romanzas ha-

blando de angelitos de alas de oro, vírgenes, lagos y gondoleros, composiciones sencillas é ingénuas que le hacían vislumbrar la atractiva fantasmagoría de las realidades sentimentales.»

¡Cómo no os habéis acordado de esto cuando la pobre campesina, casada con un médico de aldeas, es invitada á una velada en un castillo, sobre el cual habéis procurado llamar la atención del tribunal, para mostrar algo lascivo en un vals que acaba de bailar! ¡No os habéis acordado de esa educación cuando la pobre mujer es sacada, por una invitación, del humilde hogar de su marido, para ser llevada á un castillo donde ve arrogantes caballeros, hermosas damas y aquel viejo duque de quien se decía que había sido afortunado en sus amores cortesanos! El señor fiscal ha tenido hermosos arranques respecto de la reina Antonieta. De seguro que todos nosotros nos hemos asociado á su pensamiento, y lo mismo que el fiscal, hemos temblado al oír el nombre de esa víctima de las revoluciones; pero no se trata aquí de María Antonieta, sino del castillo de la Vaubyessard.

Había allí un viejo duque que, se decía, había tenido relaciones con la reina, y en el que se fijaban todas las miradas. Y cuando aquella joven ve realizados todos los sueños fantásticos de su juventud y se ve trasladada á aquel mundo, os admiráis de la embriaguez que ha sentido y la acusáis de ser lasciva. Acusad al vals mismo, esa danza de nuestros bailes modernos, en la que, según dice un autor que la ha descrito, la mujer apoya la cabeza en el hombro de su pareja, cuya pierna la retiene. Halláis que en la descripción de Flaubert, la señora Bovary es lasciva. No hay hombre alguno, sin excluir á los que me escuchan, que, habiendo asistido á un banquete y habiendo visto esa clase de vals, no haya sentido el deseo de que su mujer ó su hija se abstengan de ese placer que tiene algo de salvaje. Si, contando con la castidad que rodea á una joven, se la deja á veces entregarse á ese placer consagrado por la moda, es preciso contar mucho con esa envoltura de castidad, y aun contando, no resulta imposible expresar las impresiones que el señor Flaubert ha expresado en nombre de las costumbres y de la castidad.

Ya está en el castillo de la Vaubyessard, mirando al viejo duque, á quien contempla con transporte, y entonces habéis exclamado: ¡Qué detalles! Los detalles resultan siempre atrevidos cuando sólo se citan recortes.

«La señora Bovary notó que muchas damas no tocaban las copas con sus manos enguantadas.

»Hacia la cabecera de la mesa, solo entre todas aquellas mujeres, inclinado sobre su plato rebosante, con la servilleta atada al cuello como un niño, comía un anciano, dejando escapar de la boca algunas gotas de salsa. Tenía los ojos rasgados y llevaba una melena enrollada con un lazo negro. Era el suegro del marqués, el anciano duque de Laverdiere, el antiguo favorito del duque de Artois, en los tiempos de las partidas de caza en el Vaudreuil, en la finca del marqués de Conflans, y del que se decía que había sido amante de la reina María Antonieta, después de Coigny y antes de Lauzún.»

Defended á la reina, defendedia sobre todo en el patíbulo; decid que tenía derecho al respeto; pero suprimid las acusaciones cuando se limiten á decir que alguien había sido, al parecer, amante de la reina. ¿Acusáis en serio de haber insultado la memoria de aquella mujer infortunada?

«Había llevado una vida desordenada, llena de duelos, de apuestas, de raptos, perdiendo toda su fortuna y siendo el terror de su familia. Un criado, detrás de su silla, le nombraba en voz alta los platos que él señalaba con el dedo tembloroso; y sin cesar, los ojos de Emma se volvían intintivamente hacia aquel anciano de labios caídos, como si fuera algo extraordinario y augusto.

»¡Había vivido en la corte y dormido en lecho de reinas!

»Se sirvió champagne helado. Emma estremeciósse al sentir aquel frío en la boca. En la vida había visto granadas ni comido ananas. Hasta el azúcar molido le pareció más fino y más blanco que nunca.»

Ya veis que estas descripciones son encantadoras, sin género de dudas; pero que no es posible entresacar aquí y allí una línea para crear una especie de color contra el cual protesta mi conciencia. No es el color lascivo, es el color del libro; es el elemento literario, y al mismo tiempo el elemento moral.

Y he aquí ya hecha mujer á la joven cuya educación está terminada. El señor fiscal ha dicho: «¿Intenta siquiera amar á su marido?» No habéis leído el libro; si lo hubiereis leído, no habríais dicho tal cosa.

Señores, esa pobre mujer divagará al principio. En la página 40 veréis sus sueños. Y hay más: hay algo que pasó en

silencio el señor fiscal y que yo debo recordar, á saber, sus impresiones cuando murió su madre. Veréis si esto es lascivo. Tened la bondad de buscar la página 39 y seguidme:

«Cuando murió su madre, Emma lloró mucho los primeros días. Encargó que le hiciesen un cuadro fúnebre con cabellos de la muerta, y en una carta que escribió á su padre, toda llena de reflexiones tristes sobre la vida, pedía que la enterrasen, el día de su muerte, en la misma tumba de su madre.

»El pobre padre se alarmó, creyendo que estaba enferma, y fué á verla. Emma tuvo en aquella ocasión la satisfacción interior de verse llegar de golpe á ese extraño ideal de las existencias pálidas, al cual no alcanzan jamás los corazones mediocres. Se dejó perder en los laberintos lamartinianos, oyendo las arpas en los lagos, el canto del cisne al morir, las hojas caídas, las vírgenes puras ascendiendo al cielo y la voz del Eterno retumbando en los bosques sagrados.

»Llegó al fin á cansarse de todo aquello, sin confesarlo; pero siguió, por costumbre, después por vanidad, y al cabo se vió sorprendida por sentirse tranquila, sin tristezas en el corazón ni arrugas en la frente.»

Voy ahora á responder á los reproches del señor fiscal, de que no hace ningún esfuerzo para amar á su marido.

El fiscal.—No he dicho eso; he dicho que no lo había logrado.

El señor Senard.—Si he comprendido mal, si no habéis hecho ese reproche, nada tengo que decir. Yo creía haberlo oído; supongamos que me he equivocado. Por otra parte, he aquí lo que leo al final de la página 43:

Hubo un momento en que Emma quiso poner en práctica sus teorías sobre el amor, y en el jardín, á la luz de la luna, recitaba poesías delicadas y cantaba romanzas melancólicas; pero llegó á notar que seguía tan tranquila como antes y que Carlos tampoco parecía por ello ni más enamorado ni más enardecido. Cuando se hartó de golpear como en un eslabón para arrancar chispas del corazón de Carlos, sin conseguirlo, por su incapacidad para compenetrarse con los sentimientos de ella y para creer en todo lo que no tuviese valor y forma convenientes, fué cuando Emma acabó por persuadirse, sin gran dolor, de que la pasión de Carlos no tenía nada de extraordinario. Era en él una costumbre como las demás de su vida, como el postre que ya sabe uno que han de servirle siempre al final de la comida ordinaria.»

En la página 44 hallaremos una multitud de cosas semejantes. Y ahora va á empezar el peligro. Ya sabéis cómo había sido educada, y os suplico que no lo olvidéis ni un instante.

No hay hombre que haya leído este libro, que no diga que el señor Flaubert es, no sólo un gran artista, sino un hombre de corazón, por haber derramado en las seis páginas últimas todo el horror y el desprecio sobre la mujer y todo el interés sobre el marido. Es un gran artista, según dejo dicho, porque no ha transformado al marido, porque lo ha dejado hasta el final tal como era, un buen hombre, vulgar, mediocre, cumplidor de los deberes de su profesión, amante de su mujer, pero desprovisto de educación y de elevación de miras. Así se ofrece también en el lecho de muerte de su mujer. Y sin embargo, no hay personaje que despierte mayor interés. ¿Por qué? Porque ha conservado hasta el fin la sencillez, la rectitud de corazón, porque ha cumplido siempre con su deber, del que su mujer se apartó. Su muerte es tan hermosa, tan conmovedora, como horrible lo es la de su mujer. El autor ha mostrado en el cadáver de la mujer las manchas que en él dejaron los vómitos del veneno; han manchado el blanco sudario con que va á ser enterrada; pero hay un hombre que resulta sublime en la orilla de la fosa, y es el marido que, después de ver desvanecidas con la muerte de su mujer las ilusiones de su corazón, abraza con el pensamiento á su mujer en la tumba. No olvidéis esto y tened en cuenta que, como dijo Lamartine, el autor se ha excedido para hacer más horrible la muerte de la mujer y la expiación más dolorosa. El autor ha sabido concentrar todo el interés en el hombre que no se había desviado de la línea del deber, aunque conservaba su carácter vulgar, que el autor no podía cambiar; pero con la generosidad de su corazón, el autor ha acumulado todos los horrores sobre la muerte de la mujer que engañó á su marido, que lo arruinó, que se entregó á los usureros, que puso en circulación letras falsas y que se suicidó por fin. Veremos si es natural la muerte de esa mujer que, si no hubiese hallado el veneno para acabar sus días, habría sucumbido ante el exceso mismo de la desgracia que la hería. Esto ha hecho el autor. Su libro no sería leído si hubiese obrado de otro modo, si para enseñar adónde puede llevar una educación tan peligrosa como la de la señora Bovary, no hubiese prodigado las encantado-

ras imágenes y los enérgicos cuadros de que se le acusa.

El señor Flaubert hace resaltar siempre la superioridad del marido sobre la mujer, ¿y qué superioridad? la del deber cumplido, mientras que Emma se aparta de él. Y luego, hela colocada en la pendiente de esa mala educación y hela entregada, después de la escena del baile, á un joven, León, inexperto como ella. Coqueteará con él, pero no se atreverá á ir más allá; no pasará nada. Viene luego Rodolfo, que hará caer á esta mujer. Después de haberla mirado un momento, se dice: «Es guapa esta mujer»; y será suya porque no tiene experiencia y es ligera. Respecto de la caída, volved á leer las páginas 138 y siguientes. Sobre esta escena, sólo he de decir que no hay detalles, ni descripción, ni imagen que nos describa la turbación de los sentidos; una sola palabra indica la caída: «se abandonó». Yo os suplico, además, que tengáis la bondad de leer los detalles de la caída de Clarisa Harlowe, que no creo haya sido descrita en ningún libro malo. El señor Flaubert sustituyó á Rodolfo por Lovelace, y á Emma por Clarisa. Comparad los dos autores y las dos obras, y apreciad.

Pero ahora recuerdo la indignación del señor fiscal, á quien le choca que el remordimiento no siga inmediatamente á la caída y que en lugar de expresar amarguras, Emma se diga con satisfacción: «Tengo un amante». Pero el autor no estaría en lo cierto si, en el momento en que la copa está aún en los labios, dejase sentir toda la amargura del licor encantador. El que escribiese como pretende el señor fiscal, podría ser muy moral, pero no diría lo que es de naturaleza. No, no es en el momento de la primera falta cuando el sentimiento de ésta despierta, porque sino no sería cometida. No, en el momento en que la mujer está con la ilusión que la embriaga, no se da cuenta de la inmensa falta que ha cometido. Sólo siente la embriaguez; vuelve á casa feliz, chispeante, y canta en su interior: «Al fin tengo un amante». Pero ¿dura esto mucho tiempo? Ya habéis leído la página 145. En la siguiente no se manifiesta aún el disgusto, pero siente ya inquietud y temor. Emma examina, mira y no quisiera abandonar nunca á Rodolfo.

«Algo más fuerte que su voluntad la impulsaba hacia él; pero un día, al verla llegar de improviso, frunció el ceño, como si aquello le contrariase.

»—¿Qué tienes? ¿Te pasa algo? Dímelo— exclamó ella.

»Y le contestó seriamente que aquellas visitas eran una imprudencia y que se comprometía al hacerlas.

»Emma acabó por participar de los mismos temores que Rodolfo. Hábilmente trastornado el amor, sin pensar en nada; pero entonces le era indispensable para vivir y temió perderlo ó que fuese interrumpido.

»Por eso, al volver á su casa, lanzaba siempre miradas inquietas, espiando cada bulto que veía á lo lejos y observando las ventanas desde donde podían verla. Escuchaba los pasos, las voces, los ruidos de las carretas, y se detenía, pálida y temblorosa como las hojas de los álamos suspendidas sobre su cabeza.»

Ya veis que la mujer se ha engañado y que comprende que hay algo que no es lo que ha soñado. Tomemos la página 150, y aun quedaréis más convencidos de esto.

«Cuando llovía se refugiaban en el gabinetito de consulta; Ella encendía una de las luces de la cocina y la colocaba detrás de los libros, instalándose allí Rodolfo como en su casa, y haciéndole gracia aquello, hasta el punto de permitirse algunos chistes á costa de Carlos, que molestaban á Emma.

»Ella hubiera querido verle más serio, más dramático en aquellos instantes, como la vez que creyeron oír pasos que se aproximaban.

»—¡Vienen!—exclamó ella.

»Y apagó la luz.

»—¿Tienes revólver?

»—¿Para qué?

»—Para... defenderme.

»—¿De tu marido? ¡Pobre hombre!

»Y Rodolfo hizo un ademán dando á entender que le bastaría un puñetazo para destrozarlo.

»Emma admiró aquella valentía, aunque la encontró falta de delicadeza.

»Rodolfo pensó luego en aquello del revólver, diciéndose: «Si me ha hablado en serio, es ridícula y antipática la cosa, porque yo no tengo por qué odiar á Carlos, máxime cuando á mí no me devoran los celos»: y á propósito de esto, ella le había jurado una cosa que no le parecía del mejor gusto.

»Además, se iba poniendo demasiado sentimental, cambiando los retratos y mechones de pelo y hasta pidiéndole una sortija de alianza como la de un matrimonio.

»Le hablaba de las campanas que se oyen por la noche, de las *voces de la naturaleza*, y de su madre y la de Rodolfo.» En fin, que le aburría.

Luego en la página 151: «No se preocupó (Rodolfo) en fingir extremos amorosos, ni buscar palabras dulces como las que antes la hacían llorar, ni prodigarla caricias de aquellas que la enloquecían. Como ella sintiera bajar el nivel del amor en que se veía anegada, como baja el agua de un río hasta verse el fondo, no quiso, sin embargo, creerlo y redobló su ternura en tanto que Rodolfo ocultaba cada vez menos su indiferencia. A veces la humillación de sentirse débil trocábase en rabia que se atemperaba por sus voluptuosidades. No era aquello un vínculo precisamente, sino algo como una seducción permanente. Rodolfo la subyugaba; ella tenía hasta miedo.»

¡Y teméis, señor fiscal, que los jóvenes lean esto! Yo soy menos tímido y asustadizo. Por mi parte, comprendo muy bien que un padre de familia diga á su hija: «Joven, si tu corazón, si tu conciencia, si el sentimiento religioso, si la voz del deber no bastasen á hacer seguir el camino recto, mira, hija mía, mira, cuántos disgustos, sufrimientos, dolores y desolación esperan á la mujer que va á buscar la dicha fuera de su hogar. De fijo que este lenguaje no os parecería mal en boca de un padre. Pues bien, el señor Flaubert no dice otra cosa: es la pintura más verdadera, más sorprendente de lo que halla inmediatamente la mujer que ha soñado con la dicha fuera de su casa.»

Pero sigamos, examinemos todas las aventuras de la desilusión. Nos habéis expuesto aquí las caricias de León, en la página 230. ¡Ay de mí! pronto va á pagar el rescate del adulterio; y este rescate os parecerá terrible en la misma obra que aquí acusáis. La desgraciada ha buscado la dicha en el adulterio, y ha hallado, además del disgusto y el cansancio que la monotonía del matrimonio puede dar á una mujer que no marcha por la senda del deber, ha hallado la desilusión, el desprecio del hombre mismo á quien se había entregado. ¿Es que le falta algo á ese desprecio? ¡Oh! no, y no lo negaréis, porque á la vista está el libro. Rodolfo, que se ha mostrado tan vil, le da una prueba más de su egoísmo y de su cobardía. Emma le dice: «¡Llévame! ¡Róbame! me ahogo, y ya no puedo respirar en la casa de mi marido, á quien lleno de vergüenza y de deshonor». Él vacila, ella insiste; por fin,

él promete, y al día siguiente recibe ella una carta, cuya lectura la hace caer como herida por un rayo. Se pone enferma y llega á estar moribunda. La entrega siguiente nos la presenta con todas las convulsiones del alma que lucha, que tal vez vuelva al camino del deber por exceso de sufrimiento; pero desgraciadamente halla á poco al niño con quien había jugado cuando era inexperta. Esto es el argumento de la novela, y luego viene la expiación.

Pero el señor fiscal me detiene y me dice: «Aunque fuese cierto que el objeto de la obra sea bueno, ¿pueden acaso permitirse detalles obscenos como los que aquí se dan?»

Ciertamente que no; pero ¿dónde están los detalles obscenos? Y voy á los pasajes más acusados. Ya no hablo de la aventura del coche, porque el tribunal la conoce; me refiero á los pasajes señalados como contrarios á la moral pública y que llenan algunas páginas del número de 1.º de diciembre, y para hacer desaparecer todo el andamiaje de vuestra acusación, sólo necesito hacer una cosa: restituir á vuestras citas lo que les precede y les sigue: en una palabra, dar el texto completo.

En la página 245, León, después de ver á Homais, el farmacéutico, va al hotel de Borgoña, y luego el farmacéutico corre á buscarlo.

«Emma no estaba ya; acababa de partir, exasperada. ¡Le detestaba! Aquella falta á la cita le parecía un ultraje y buscaba todavía otras razones más en contra; creíale incapaz de heroísmo, débil, trivial, más blando que una mujer, avaro y pusilánime.

»Después, calmándose, acabó por decirse que tal vez le habría calumniado; pero el denigrar á los que amamos, siempre nos separa algo de ellos.

»No hay que tocar á los ídolos, porque el polvillo dorado se queda entre las manos.

»Acabaron por llegar á hablar de cosas indiferentes á su amor...»

¡Oh! ¡Dios mío! Por las líneas que voy á leer es por lo que nos han traído aquí; escuchad ahora:

«Acabaron por llegar á hablar de cosas indiferentes á su amor; y en las cartas de Emma hablaba de flores, de versos, de la luna y de las estrellas; recursos cándidos de una pasión debilitada que intenta avivarse por todos los medios.

»Prometiase continuamente para su próximo viaje gozar

de una felicidad profunda; después se confesaba no haber sentido nada de extraordinario: pero esta decepción se borraba á fuerza de una esperanza nueva, y Emma volvía á León más ávida. Desnudábase brutalmente, arrancando el delgado cordón de su corsé que silbaba alrededor de sus caderas como una sierpe que se enrosca. Iba de puntillas, con sus pies desnudos, á cerciorarse de si la puerta estaba bien cerrada.

»Después, con un solo movimiento, desprendía de una vez todos sus vestidos, y pálida, sin hablar, se dejaba caer sobre el pecho de León con un largo estremecimiento.»

Señor fiscal, os habéis detenido aquí: permitidme proseguir:

«Sin embargo, había en aquella frente ardorosa y fría, en aquellos labios balbucientes, en aquellos ojos extraviados, en la presión de aquellos brazos, algo de exagerado, de vago y de lúgubre que á León le parecía interponerse sutilmente entre ellos como para separarlos.»

¡Llamáis á esto color lascivo; decís que esto haría sentir afición al adulterio; decís que estas páginas pueden excitar los sentidos, que son páginas lascivas. Yo veo en ellas la muerte. Señor fiscal, no habéis reflexionado, os habéis asustado por las palabras *corsé* y *ropas que se desprenden*, y no os habéis fijado en nada más. ¿Queréis que os muestre cómo puede aparecer un corsé en un libro clásico y muy clásico? Pronto tendré el gusto de hacerlo.

«Emma desnudábase... (¡Ah, señor fiscal, qué mal habéis comprendido este pasaje!) desnudábase brutalmente (la desgraciada) arrancando el delgado cordón de su corsé que silbaba alrededor de sus caderas como una sierpe que se enrosca... Después, con un solo movimiento, desprendía de una vez todos sus vestidos, y pálida, sin hablar, se dejaba caer sobre el pecho de León con un largo estremecimiento... Había en aquella frente ardorosa y fría, en aquellos labios balbucientes, en aquellos ojos extraviados, en la presión de aquellos brazos, algo de exagerado, de vago y de lúgubre...»

¿Es aquí dónde hay que preguntar dónde está el color lascivo? ¿y dónde está el color severo? Al contrario, aquí se excita á sentir horror al vicio con «ese algo lúgubre que se interponía sutilmente entre ellos como para separarlos». Pero continuemos:

«No se atrevía (León) á hacerle pregunta ninguna; pero,

al verla tan experimentada, calculaba que había debido pasar por todas las pruebas del sufrimiento y del placer.

»Lo que antes le encantaba, le asustaba ahora, y rebelábase contra la absorción, cada día más grande, de su personalidad. Le molestaba Emma por aquella victoria permanente sobre él; esforzábale en no acariciarla; pero al oír el ruido de sus pies perdía el valor, como los borrachos á la vista de los licores fuertes.»

¿Es esto lascivo?

Y luego, ved el último párrafo:

«Un día que se habían separado temprano, y que ella volvía sola por el bulevar, se fijó en los muros del convento, donde ella estudió, y se sentó en un banco á la sombra de los árboles.

»¡Qué calma la de aquel tiempo! ¡Cómo envidiaba los inefables sentimientos de amor que allí había leído en aquellos libros!

»Los primeros meses de su casamiento, sus paseos á caballo por el bosque, el vizconde que valsaba y Lagardy cantando... todo pasó por su imaginación.»

No olvidéis, señor fiscal, que al juzgar el pensamiento del autor, donde vos veis color lascivo yo hallo un libro excelente.

«¡Y entonces León le apareció tan en lontananza como todo aquello!

»—Sin embargo—se decía,—yo le amo.

»Pero no era dichosa ni lo había sido nunca. ¿De dónde procedía aquella insuficiencia de la vida, aquella podredumbre instantánea de las cosas que se relacionaban con ella?»

¿Es esto lascivo?

»Si había en alguna parte un ser fuerte y bello, una naturaleza valerosa, llena á la vez de exaltación y de refinamientos, un corazón de poeta bajo una forma de ángel, una lira con cuerdas de bronce lanzando al cielo epitalamios elegiacos, ¿por qué no lo había de encontrar ella? ¡Oh, qué imposible!

»Por otra parte, no valía la pena de ser buscado. ¡Lo oía era mentira! Cada sonrisa ocultaba un bostezo de fastidio, cada alegría una maldición, todo placer un disgusto, y los mejores besos no dejaban sobre los labios más que una irrealizable aspiración á voluptuosidades más elevadas.

»Una onda metálica se extendió por los aires, y cuatro

golpes sonaron en la campana del convento. ¡Las cuatro! Parecía que había estado allí, sobre aquel banco, toda una eternidad!»

No es necesario buscar en el extremo de un libro un algo que explique lo que se ve en el otro extremo. Yo he leído el pasaje acusado sin añadirle una palabra para defender una obra que se defiende por sí sola. Prosigamos la lectura de ese pasaje acusado desde el punto de vista de la moral:

«Emma se subía á su cuarto; nadie la interrumpía, y pasábase allí todo el día aletargada, á medio vestir, quemando de cuando en cuando pastillas perfumadas que había comprado en Rouén, en la tienda de un argelino. Para no tener por la noche cerca de ella á aquel hombre que dormía vulgarmente, acabó, á fuerza de ñoñerías, por relegarle el segundo piso, y leía hasta por la mañana libros extravagantes, en que había cuadros orgiásticos con desenlaces sangrientos. (Esto brinda al adulterio, ¿verdad?) A veces sentía miedo, lanzaba un grito, y Carlos acudía.

»—¡Ah! ¡vete de aquí!—decíale.

»Otras veces, abrasada más fuertemente por aquella llama íntima que el adulterio avivaba, jadeante, conmovida y llena de deseo, abría su ventana, aspiraba el aire frío, esparcía al viento su cabellera, y, mirando á las estrellas, soñaba con el amor de un príncipe.

»Pensaba en León. Hubiese entonces dado todo por una sola de aquellas entrevistas que la saciaban. Aquellos eran sus días de gala y quería que fuesen espléndidos, y cuando él no podía pagar todos los gastos, ella completaba la cuenta, lo que sucedía casi siempre. Él intentó hacerle comprender que estarían lo mismo en cualquier parte, en un hotel más modesto; pero ella se opuso.»

Ya veís que todo esto es muy sencillo cuando se lee todo: pero con los cortes del señor fiscal, la palabra más insignificante se convierte en una montaña.

El señor fiscal.—Yo no he citado ninguna de esas frases, y puesto que citáis algunas de las no inculpadas, no paséis por alto la página 204.

El señor Senard.—Yo no paso nada por alto, y sólo insisto sobre las frases inculpadas. Se nos cita por las páginas 251 y 252.

El señor fiscal.—Hablo de las citas hechas en la audiencia,

y yo creía que me imputabais haber citado las líneas que acabáis de leer.

El señor Senard. — Señor fiscal, he citado todos los pasajes por medio de los cuales queriais constituir un delito que ahora no aparece por ningún lado. Habéis expuesto en la audiencia lo que habéis querido, y habéis sacado de ello buen partido. Afortunadamente, teníamos el libro, y el defensor sabía leer; si no hubiese sabido, su situación, permitidme que lo diga, habría sido muy difícil. Soy llamado á explicarme sobre tales y tales pasajes, y al llegar á la audiencia se sustituye unos pasajes por otros. Si yo no conociese el libro como lo conozco, la defensa hubiera sido difícil. Ahora yo os muestro, por medio de un análisis fiel, que la novela, lejos de deber ser presentada como lasciva, debió ser considerada como obra eminentemente moral. Después de haber hecho esto, tomo los pasajes que han motivado la causa, y después de acompañar vuestros cortes de lo que precede y de lo que sigue, la acusación es tan débil, que á vos mismo os subleva el oírme leer. Esos mismos pasajes que vos señalabais como punibles hace un instante, tengo yo derecho á citarlos para hacer ver lo infundado de la acusación. Reanudo las citas donde las he dejado, en la página 252:

«Se aburría ya (León) cuando Emma, de repente, sollozaba sobre su pecho; y su corazón, como las gentes que no pueden aguantar más que cierta dosis de música, se adormecía indiferente con el estrépito de un amor cuyas delicadezas no percibía ya. Ambos se conocían demasiado para seguir teniendo esos embelesamientos de la posesión que centuplica la alegría; ella estaba tan disgustada de él, como él cansado de ella.

»Emma volvía á encontrar en el adulterio todas las vulgaridades del matrimonio.»

¡Vulgaridades del matrimonio! El que recortó esto, ha dicho: «He aquí un señor que dice que en el matrimonio no hay más que vulgaridades. ¡Esto es un ataque al matrimonio, un ultraje á la moral!» Convengo, señor fiscal, que con cortes hechos con arte, cabe hacer muchas acusaciones. ¿Qué es lo que el autor ha llamado vulgaridades del matrimonio? Aquella monotonía que Emma temía, de la que había querido huir y que hallaba sin cesar en el adulterio: la desilusión. Ya veis, pues, que cuando, en lugar de cortar miembros de frases, se lee lo que precede y lo que sigue, no queda materia de acu-

sación, y ya comprenderéis que mi cliente, que conoce su pensamiento, debe sublevarse al verlo disfrazado. Prosigamos:

«Ella estaba tan disgustada de él, como él cansado de ella.

»Emma volvía á encontrar en el adulterio todas las vulgaridades del matrimonio; pero ¿cómo desembarazarse de León? Aunque se sentía humillada de la bajeza de semejante felicidad, permanecía en ella por costumbre ó por corrupción; y cada día se encarnizaba más agotando toda felicidad á fuerza de quererla exagerar.

»Acusaba á León de sus esperanzas defraudadas, como si la hubiese hecho traición, y hasta deseaba una catástrofe que trajese la separación, puesto que no tenía el valor de decidirse á ella. No por esto le escribía menos cartas amorosas, en virtud de aquella idea de que una mujer debe escribir siempre á su amante; pero al hacerlo concebía á otro hombre, un fantasma formado de sus más ardientes recuerdos, de sus lecturas más hermosas, de sus deseos más fuertes, y se hacía al fin tan verdadero y accesible, que ella palpitaba maravillada, sin poder, no obstante, imaginarle claramente: de tal modo se perdía, como un dios, bajo la abundancia de sus atributos. Habitaba ese fantasma en el país azul donde las escalas de seda se balancean en los balcones, entre el aroma de las flores, á la luz de la luna; sentíalo cerca de ella; iba á venir y la arrebataría, en un beso, toda entera. En seguida volvía á caer, de golpe, en la realidad, rota, maltrecha, porque aquellos ímpetus de amor vago la fatigaban más que los grandes deleites. Sentía una laxitud incesante y general. Comenzó entonces á recibir citaciones en papel sellado, y apenas las miraba. Hubiera querido no vivir ó dormir continuamente.»

Yo llamo á esto una excitación á la virtud por medio del horror al vicio, que es lo que el autor mismo anuncia y lo que advierte de pronto el lector más distraído.

Y ahora otro rasgo más, para que podáis conocer al hombre á quien tenéis que juzgar. No se trata aquí ya de justificar, sino de ver si el señor Flaubert es lascivo en sus escritos y en qué fuentes bebe su inspiración; y permitidme que enseñe aquí el libro leído por él, y en cuyos pasajes se ha inspirado para describir esa concupiscencia, los extravíos de esa mujer, que busca la dicha en los placeres ilícitos, y que al ver que no la encuentra, sigue buscando y buscando sin hallarla

nunca. Señores, ¿dónde se ha inspirado el señor Flaubert? En este libro que tengo aquí. Escuchad:

«ILUSIÓN DE LOS SENTIDOS.

»Todo el que se aferra á lo sensible, por fuerza ha de vagar de objeto en objeto, y se equivoca al cambiar de lugar; así la concupiscencia, ó sea el amor á los placeres, es siempre voluble, porque todo su ardor languidece y muere con la continuidad, siendo el cambio el que le hace revivir. Así, ¿qué cosa es la vida de los sentidos sino un movimiento alternativo del apetito al hastío y del hastío al apetito, en tanto que el alma flota insegura entre el ardor que se amortigua y el ardor que se renueva? *Inconstancia, concupiscencia*. He aquí lo que es la vida de los sentidos. Pero en este movimiento perpetuo, no deja de divertirse con la imagen de una libertad errante.»

Esta es la vida de los sentidos. Y ¿quién ha dicho esto? ¿quién ha escrito lo que acabáis de oír sobre esa excitación y esos incesantes ardores? ¿Qué libro es el que el señor Flaubert lee noche y día y el que le ha inspirado los pasajes por los cuales se le acusa? Es un libro de Bossuet. Lo que acabo de leer es un fragmento de un discurso de Bossuet sobre los *placeres ilícitos*. Yo podré probaros que todos esos pasajes acusados son, no plagios—el que se apropia una idea no es plagiarlo,—sino imitaciones de Bossuet. ¿Queréis otro ejemplo? Aquí lo tenéis:

«SOBRE EL PECADO.

»Y no me preguntéis, cristianos, de qué modo se operará ese gran cambio de nuestros placeres en suplicios; la cosa está probada por las Escrituras. Lo dice el Verdadero, lo hace el Omnipotente. De todas suertes, si miráis la naturaleza de las pasiones á que entregáis vuestro corazón, comprenderéis que pueden convertirse en un suplicio intolerable. Todas llevan en sí mismas penas crueles, disgustos, amarguras; todas tienen una infinidad que se irrita al ver que no puede ser alcanzada; lo cual las hace entregarse á excesos que degeneran en una especie de furor tan penoso como falto de razón. El amor, si se me permite nombrarlo desde este púlpito, tiene sus incertidumbres, sus agitaciones violentas, y sus resoluciones irresolutas y el infierno de sus envidias.»

Y más adelante:

«¡Eh! ¿qué cosa más fácil que hacer de nuestras pasiones una pena insoportable de nuestros pecados, quitándoles,

como es justo, esa pequeña dulzura con que nos seducen, y dejándoles sólo las inquietudes crueles y la amargura en que abundan? Nuestros pecados contra nosotros, nuestros pecados sobre nosotros, nuestros pecados en medio de nosotros: dardo penetrante sobre nuestro pecho, pero insoportable sobre nuestra cabeza, veneno devorador en nuestras entrañas.»

Lo que acabáis de oír, ¿no tiene por objeto mostraros las amarguras de las pasiones? Os entrego este libro, marcado por el pulgar del hombre estudioso que supo inspirarse en él. Pensad que el que se ha inspirado en esta fuente, que el que ha descrito el adulterio en los términos que acabáis de oír, se ve perseguido por ultraje á la moral pública y religiosa.

Algunas líneas más sobre la *mujer pecadora*, y vais á ver cómo al tener que describir el señor Flaubert esos ardores, supo inspirarse en su modelo:

«Pero castigados por nuestro error, sin quedar desengañados, buscamos en el cambio un remedio para nuestro engaño; vamos de objeto en objeto, y si, por fin, hay alguno que nos detiene, no es porque estemos contentos de nuestra elección, sino porque nos alabamos nuestra inconstancia.»

«Todo le parece vacío, falso, repulsivo en las criaturas, y lejos de hallar en ellas aquellos primeros encantos, de que su corazón no sabía defenderse, sólo ve lo frívolo, el peligro y la vanidad.»

«No hablo de un compromiso pasional; ¡qué espantos para que el misterio no se revele! ¡cuántos cuidados para no herir las conveniencias y la reputación! ¡cuántas miradas que evitar! ¡cuántos vigilantes á quien engañar! ¡cuántos temores sobre la fidelidad de aquellos á quienes se ha escogido por intermediarios y confidentes de su pasión! ¡cuántos sofiones que sufrir de parte del mismo por quien se ha sacrificado el honor y la libertad! A todo esto, añádanse esos momentos crueles en que la pasión menos viva no deja tiempo para recapacitar y sentir toda la indignidad de nuestro estado; esos momentos en que el corazón, nacido para los placeres más sólidos, se cansa de sus propios ídolos, y halla su suplicio en sus disgustos y en su inconstancia. ¡Mundo profano! si es esa la felicidad que tanto nos ponderas, favorece con ella á tus adoradores, y castígalos, haciéndoles felices de ese modo, por la fe que tan ligeramente han prestado á tus promesas.»

Permitidme deciros que cuando un hombre ha meditado en medio del silencio de la noche acerca de las causas de los extravíos de la mujer; cuando los ha hallado en la educación y, para expresarlos, ha ido á beber en las fuentes que acabo de indicaros: cuando no ha dejado correr la pluma hasta después de haberse inspirado en los pensamientos de Bossuet y de Masillón, permitidme que os pregunte si no hay para sentir asombro y dolor al verle ante los tribunales por algunos pasajes de su libro, y precisamente por las ideas y los sentimientos más verdaderos y más elevados que contiene. Yo os pido que no olvidéis esto en lo que atañe á la inculpación de ultraje á la moral pública y religiosa. Además, si me lo permitis, yo expondré ante vuestros ojos lo que yo llamo ataques á la moral: es decir, la satisfacción de los sentidos sin amargura, sin esas *grandes gotas de sudor helado* que caen de la frente de los que se entregan al vicio; y no os citaré libros licenciosos en los que los autores han procurado excitar los sentidos; os citaré un libro que se da como premio en los colegios; pero os pediré permiso para no decir el nombre del autor hasta después de haberos leído un pasaje. El pasaje es este: luego os daré el libro, ejemplar excelente, que fué dado como premio á un alumno de colegio; prefiero entregaros este ejemplar, que es del señor Flaubert:

«Al siguiente día fui llevado á su habitación. Allí sentí todo lo que puede conducir á la voluptuosidad. Se habían derramado por el cuarto los perfumes más agradables. Ella estaba sobre una cama, rodeada de guirnaldas de flores, en actitud lánguida. Me tendió la mano y me hizo sentar á su lado. Todo, hasta el velo que cubría su rostro, tenía gracia. Yo veía la forma de su hermoso cuerpo. Una sencilla tela que se movía sobre ella me hacía perder y hallar á la vez bellezas arrebatadoras.» Una sencilla tela tendida sobre un cadáver, os ha parecido una imagen lasciva; aquí la tela cubre á una mujer viva. «Advirtió ella que mis ojos estaban ocupados, y cuando vió que se encendían, la tela pareció abrirse: vi todos los tesoros de una belleza divina. En este momento me estrechó la mano, y mis ojos vagaron. «¡Sólo mi querida Ardasira es tan bella! —exclamé;— pero yo pongo por testigos á los dioses de mi fidelidad...» Ella se abrazó á mi cuello y me oprimió entre sus brazos. De pronto se obscureció el cuarto, y su velo cayó para darme un beso. Me puse fuera de mí: una llama corrió por mis venas y caldeó mis sentidos.

La idea de Ardasira se alejó de mí. Un resto de recuerdo... que sólo me parecía un sueño... Ya iba... ya iba á preferirla á ella misma. Ya había llevado á su seno mis manos, que lo recorrían todo; el amor sólo se manifestaba por su furor, se precipitaba á la victoria; un momento más, y Ardasira no podía defenderse.

¿Quién ha escrito esto? No fué el autor da la *Nueva Eloísa*, sino el presidente señor de Montesquieu. Aquí ni una amargura, ni un disgusto, todo está sacrificado por la belleza literaria, y esto se da como premio á los alumnos de retórica, sin duda para que les sirva de modelo en las descripciones. Montesquieu describe en sus *Cartas persas* una escena que no puede ser leída. Se trata de una mujer á la que el autor coloca entre dos hombres que se la disputan. Esa mujer, colocada entre dos hombres, tiene sueños que le parecen muy agradables.

¿Ilegamos nosotros á esto, señor fiscal? ¿Será preciso aún citar á Rousseau en las *Confesiones* y en otras obras? No; me limitaré á decir al tribunal que si el señor Merimée fuese acusado con motivo de la descripción del coche en el *Doble engaño*, sería absuelto. No se vería en su libro más que una obra de arte, grandes bellezas literarias. No se le condenaría, como no se condena á los pintores y á los escultores que no se limitan á traducir la belleza del cuerpo, sino también todos sus ardores y pasiones. Nosotros no hemos llegado á tanto: yo pido que reconozcáis que el señor Flaubert no ha cargado las imágenes, y que se ha limitado á tocar con mano más firme la escena de la degradación. En cada línea de su libro hace resaltar la desilución, y en lugar de terminar con algo gracioso, procura presentar á esa mujer llegando después del desprecio al abandono, á la miseria de su casa y á la muerte más espantosa. En una palabra, yo sólo puedo repetir lo que dije al empezar: que el señor Flaubert es autor de un buen libro, de un libro que excita á la virtud por horror al vicio.

Y ahora me resta examinar el ultraje á la religión. ¡Ultraje á la religión cometido por el señor Flaubert! El señor fiscal creyó ver en él á un escéptico. No me toca hacer aquí profesión de fe, y sí sólo defender un libro, por lo cual me limito á ello. En cuanto al libro, desafío al señor fiscal á que halle en él nada que se asemeje á un ultraje á la religión. Ya habéis visto cómo figura la religión en la educación de

Emma, y cómo esa religión, falseada de mil maneras, no podía retener á Emma en la pendiente que la arrastraba. ¿Queréis saber en qué lengua habla de religión el señor Flaubert? Escuchad unas líneas que saco de la primera entrega, páginas 101 y 102:

«Una tarde, abierta la ventana, y sentada ante ella, mirando á Lestiboudois que se entretenía torneando un palo, oyó Emma tocar el *Angelus*.

»Era en los comienzos de abril, cuando todo principia á florecer; una brisa suave pasaba por los cuadros de sembrado, y los jardines, como las mujeres, parecían hacer su *toilette* para la fiesta del estío; por el enrejado del cenador, allá abajo, veíase el río, dibujando en la pradera su marcha sinuosa: los vapores de la tarde pasaban por entre los álamos sin hojas esfumando sus contornos en un fondo de tinte violáceo, más pálido y transparente que una gasa sutil que hubiera sido colgada del ramaje.

»A lo lejos marchaban los ganados; no se oía sus pasos ni sus balidos, y la campana, sonando siempre, daba á los aires su lamentación tranquila. Oyendo aquel toque reposado, el pensamiento de la joven se perdía en los lejanos recuerdos de su juventud pasada en el convento. Se le figuraba ver los grandes candelabros del altar, los vasos llenos de flores, el tabernáculo con sus columnitas, y hubiera querido, como entonces, formar en la fila de velos blancos, interrumpida aquí y allá por la nota negra de los capuchones de las hermanas sobre sus reclinatorios.»

Este es el lenguaje en que se expresa aquí el sentimiento religioso, y según el señor fiscal, en el libro del señor Flaubert sólo reina el escepticismo. ¿Dónde está el escepticismo?

El señor fiscal.—Yo no he dicho que lo hubiese en esas líneas.

El señor Senard.—Si no lo hay aquí, ¿dónde está? En vuestros cortes indudablemente. Pero aquí está la obra entera; que el tribunal la juzgue, y verá que la acusación de escepticismo es una verdadera calumnia. Y ahora, el señor fiscal me permitirá que le diga que no merecía la pena de acusar con tanto estrépito al autor de escepticismo. Prosigamos:

«El domingo, en la misa del convento, alzaba la vista y veía siempre la dulce imagen de la Virgen orlada de nubes de incienso...

»Entonces se estremeció, sintiéndose arrebatada como una pluma por el huracán, y sin darse cuenta de lo que hacía, se fué resueltamente á la iglesia, dispuesta á cualquier devoción, con tal de que absorbiera su alma y en ella desapareciera su existencia de ahora.»

Esto, señores, es el primer llamamiento á la religión para retener á Emma en el buen camino. La pobre mujer ha caído; ha sido empujada con el pie por el hombre á quien se había entregado. Está casi muerta; se levanta y se reanima, y ahora vais á ver lo escrito:

«Un día, cuando lo más grave de su enfermedad, que Emma se había creído en la agonía, pidió el Viático, y á medida que se hacían en su cuarto los preparativos para el sacramento y se convertía en altar la cómoda, atestada de jarabes, y Felicidad alfombraba el suelo con dalias, sintió algo extraño que, calmando sus dolores, le quitaba la percepción del sentimiento; no pensaba en nada, comenzaba otra vida; parecíale que su espíritu, subiendo hacia Dios, iba á anonadarse en aquel amor, como el incienso quemado se disipa en vapores. (Ya veis cómo habla el señor Flaubert de las cosas de religión.)

»Rociaron de agua bendita las ropas de la cama; el sacerdote retiró del copón la blanca hostia, y desfalleciendo de celestial alegría, adelantó Emma los labios para recibir el cuerpo del Salvador, que le ofrecían.»

Dispéñseme el señor fiscal, y dispéñseme el tribunal, si interrumpo esta pasaje; pero necesito decir que es el autor el que habla, y haceros notar en qué términos se expresa sobre el misterio de la comunión; antes de reanudar esta lectura necesito que el tribunal vea el valor literario de este cuadro, y se fije en las expresiones del autor:

«Y desfalleciendo de celestial alegría, adelantó Emma los labios para recibir el cuerpo del Salvador, que le ofrecían.»

»Las cortinas de su alcoba se henchían dulcemente á su alrededor en forma de nubes, y las llamas de los dos cirios que ardían sobre la cómoda le parecían glorias deslumbradoras.

»Dejó caer la cabeza, creyendo percibir en el espacio el sonido de las arpas seráficas, y ver en un cielo azul, sentado en un trono de oro, rodeado de santos que agitaban verdes palmas, Dios Padre, resplandeciente de majestad, que hacía descender con un leve signo á la tierra ángeles de luminosas alas para llevársela entre sus brazos.»

Y prosigo:

«Esta visión espléndida quedó en su memoria como la cosa más bella que fuese posible soñar; tanto, que al presente se esforzaba en evocarla de nuevo, lográndolo, aunque de una manera más indecisa. Su alma, castigada por el orgullo, descansaba al fin en la humildad cristiana, y, saboreando el placer de ser débil, Emma contemplaba en sí misma la destrucción de su voluntad. ¡Existía en la dicha una dicha mayor; un amor sobre todos los amores, sin intermitencias ni fin, y que debía acrecentarse eternamente! Entreveía en medio de las ilusiones de su esperanza un estado de pureza flotando sobre la tierra y confundiendo con el cielo á donde aspiraba á llegar. Quiso ser una santa; compró rosarios, se puso amuletos, y deseaba tener en su alcoba, á la cabecera de su cama, un relicario engarzado en esmeraldas para besarlo todas las noches.»

¡Estos son sentimientos religiosos! Y si quisierais fijaros un momento en el pensamiento principal del autor, os pediría que volviéseis la hoja y leyeseis las siguientes líneas:

«Irritóse contra las prescripciones del culto: la arrogancia de los escritos de controversia le desagradó por su ensañamiento en atacar á gentes que ella no conocía; y los cuentos profanos, con puntos y ribetes de religiosos, parecíanle escritos con tal ignorancia del mundo, que la apartaron insensiblemente de las verdades cuya prueba deseaba.»

Este es el lenguaje del señor Flaubert. Ahora, si os place, vayamos á otra escena, á la de la extremaunción. ¡Oh! señor fiscal, qué equivocado estabais, cuando, al fijaros en las primeras palabras, acusasteis á mi cliente de mezclar lo sagrado con lo profano, siendo así que él se contentó con traducir estas hermosas fórmulas de la extremaunción en el momento en que el sacerdote toca todos los órganos de nuestros sentidos, en el momento en que, según la expresión del ritual, dice: *Per istam unctionem, et suam piissimam misericordiam, indulgeat tibi Dominus quidquid deliquisti.*

Habéis dicho: no hay que tocar á las cosas santas. ¿Con qué derecho disfrazáis estas santas palabras: «Que Dios, en su santa misericordia, os perdone todas las faltas que habéis cometido por la vista, por el gusto, por el oído, etc.»?

Mirad, voy á leeros el pasaje acusado, y á esto limitaré toda mi venganza. Me atrevo á decir mi venganza, porque el autor necesita ser vengado. Sí, es preciso que el señor Flau-

bert salga de aquí, no sólo absuelto, sino vengado. Ved cuáles son sus lecturas. El pasaje acusado está en la página 281, y dice así:

«Carlos, sin llorar ya, pálido como una estatua y con los ojos enrojecidos, permanecía al pie de la cama, mientras el sacerdote, con una rodilla en tierra, rezaba por lo bajo...»

Este cuadro es todo él magnífico, y su lectura irresistible; pero tranquilizaos, no lo prolongaré con exceso. Ahora he aquí lo inculgado:

«Emma volvió lentamente la cara y parecía presa de una gran alegría al ver de pronto la estola color violeta: sin duda volvía á hallar, en medio de su abatimiento, aquella voluptuosidad de sus primeros transportes místicos con la visión de la beatitud eterna que empezaba para ella.

»El sacerdote se levantó para tomar el crucifijo; ella, entonces, adelantó el cuello como quien tiene sed, y posando sus labios en el cuerpo del Hombre-Dios, dejó en él, con toda la fuerza de su agonía, el mayor beso de amor que había dado en toda su vida.»

Aun no ha empezado la extremaunción, y ya se critica este beso. No he de citar aquí á santa Teresa, á quien sin duda conocéis; pero cuyo recuerdo está muy lejano, y tampoco á Fenelón, ni á otros místicos modernos. No quiero pedir á esas escuelas, que calificabais de cristianismo sensual, la explicación de este beso; se la pediré al propio Bossuet:

«Obedeced y procurad tomar las disposiciones de Jesús comulgando, que son disposiciones de unión, de goce y de amor: todo el Evangelio lo proclama. Jesús quiere que se esté con él; quiere gozar, quiere que se goce de él. Su santa carne es el medio de esa unión y de ese goce: él se da.» Etcétera.

Reanudo la lectura del pasaje acusado:

«A continuación, el cura recitó el *Misereatur* y la *Indulgentiam*, humedeció el pulgar derecho en el óleo y comenzó las unciones: la primera en aquellos ojos que tanto habían codiciado los lujos terrenales; luego en la nariz, ansiosa de brisas y perfumes amorosos; después en la boca, tantas veces abierta para la mentira, para la queja soberbia y para el grito lujurioso; luego en las manos, que se habían deleitado en contactos suaves, y, por último, en la planta de los pies, que tantas veces habían corrido rápidos cuando ella acudía á saciar sus deseos, y que, sin embargo, ya no andarían más.

»El cura se limpió los dedos, tiró á la chimenea los algodones impregnados de aceite y volvió á sentarse á la cabecera de la moribunda para exhortarla á unir sus dolores á los de Nuestro Señor y entregarse á la misericordia divina.

»Al terminar sus exhortaciones, intentó ponerle entre las manos un cirio bendecido, símbolo de las glorias celestiales de que pronto iba á hallarse rodeada.

»Emma, en extremo débil, no pudo cerrar los dedos de las manos, y el cirio hubiera rodado al suelo, de no acudir pronto el señor Bournisién.

»A pesar de esto, no estaba tan pálida como antes, y su rostro tenía una expresión de serenidad, como si el Sacramento de la Extremaunción la hubiese curado.

»No dejó el cura de observarlo así, y hasta explicó á Carlos que, muchas veces, el Señor prolongaba la vida de los moribundos cuando lo juzgaba conveniente para su salvación.

»Carlos se acordó entonces de un día en que, también próxima á morir, había recibido la comunión.

»—No hay que perder del todo la esperanza—pensó.»

Ahora, cuando una mujer muere y el cura va á darle la extremaunción, cuando se convierte esto en una escena mística y traducimos con fidelidad escrupulosa las palabras sacramentales, se dice que atacamos las cosas santas. Hemos colocado nuestra mano temeraria sobre las cosas santas, porque al *deliquisti per oculos, per os, per aurem, per manus et per pedes*, hemos añadido el pecado cometido por cada uno de estos órganos. No somos los primeros que hemos seguido esta senda. El señor Saint-Beuve, en un libro que todos conocéis, describe también una escena de extremaunción, y he aquí cómo se expresa:

«¡Oh! sí, primero en aquellos ojos, como en el más noble y vivo de nuestros sentidos; en aquellos ojos, por lo que han visto de demasiado pérfido en otros ojos, de demasiado mortal; por lo que han leído y releído de demasiado querido; por las vanas lágrimas que han derramado por los bienes frágiles y las criaturas infeas; por el sueño que han perdido á veces pensando en todo esto.

»En el oído también, por lo que ha oído y se ha dejado decir excesivamente dulce, adulator y embriagador, y por la atención que ha prestado á las palabras engañosas.

»Después en el olfato, por los perfumes sutiles y voluptuosos de las noches de primavera en el interior de los bos-

ques; por las flores recibidas mañana y tarde y olidas con tanta complacencia.

»En los labios, por las palabras confusas y vanas que han pronunciado; por lo que han replicado en ciertos momentos ó por lo que no han revelado á ciertas personas: por lo que han cantado en la soledad; por su murmullo masticulado, por su silencio.

»En el cuello en lugar del pecho, por el ardor del deseo, según la expresión consagrada (*propter ardorem libidinis*); sí, por el ardor de los afectos, de las rivalidades, por la excesiva angustia de las ternuras humanas, por las lágrimas que sofocan á una garganta sin voz, por todo lo que hace latir un corazón ó lo corroe.

»También en las manos, por haber estrechado otra mano á la que no estaban santamente unidas, por haber recibido lágrimas demasiado ardientes, por haber empezado á escribir sin acabarla, alguna respuesta no permitida.

»En los pies por no haber huido, por haber corrido á los paseos solitarios, por no haberse cansado en medio de las pláticas reanudadas sin cesar.»

Vosotros no teníais tal vez noticia de esto. He aquí dos hombres que, cada cual en su esfera, han tratado de lo mismo, y han añadido á cada uno de los sentidos el pecado ó la falta. ¿Querriais acaso prohibirles que tradujesen la fórmula del Ritual: *Quidquid deliquisti per oculos, per aurem, etc.?*

El señor Flaubert ha hecho lo que el señor de Sainte-Beuve, sin ser por ello plagiarlo. Ha usado del derecho que tiene todo escritor de añadir algo á lo dicho por otro escritor. La última escena de *La señora Bovary* ha sido hecha, como todo el estudio de este tipo, con los documentos religiosos. El señor Flaubert ha hecho la escena de la extremaunción con un libro que le había prestado un venerable eclesiástico amigo suyo, que ha leído esta escena, que lloró al leerla, y que no imaginó que pudiese ser ofendida la majestad de la religión. Este libro se titula: *Explicación histórica, dogmática, moral, litúrgica y canónica del catecismo, con la respuesta á las objeciones sacadas de las ciencias contra la religión, por el P. Amboise Gillois, cura de Notre-Dame-du-Pré, en el Mans, 6.^a edición, etc.*, obra aprobada por Su Eminencia el cardenal Gousset, y por los obispos y arzobispos del Mans, Tours, Burdeos, Colonne, etc., tomo 3.^o, impreso en el Mans por Carlos Monnoyer, 1851. Ahora vais á

ver en este libro, como habéis visto en Bossuet, los principios y en cierto modo el texto de los pasajes inculcados por el señor fiscal. Ahora no se trata de Sainte-Beuve, un artista, un literato; ved á la Iglesia misma:

«La extremaunción puede devolver la salud del cuerpo, si es útil para la gloria de Dios»; y el cura dice que esto ocurre á menudo. Ahora veamos la extremaunción:

«El sacerdote dirige al enfermo una pregunta de exhortación, si está en situación de oírle, para disponerlo á recibir dignamente el sacramento que va á administrarle.

»El sacerdote hace luego las unciones sobre el enfermo con el estilo ó el extremo del pulgar derecho empapado en el aceite de los enfermos. Estas unciones deben ser hechas • en las cinco partes del cuerpo que la naturaleza ha dado al hombre como órganos de las sensaciones, á saber: en los ojos, en los oídos, en las narices, en la boca y en las manos.

»A medida que el sacerdote hace las unciones (seguiamos punto por punto el Ritual) pronuncia las palabras correspondientes.

»*En los ojos, sobre el párpado cerrado:* Por esta unción santa y por su piadosa misericordia, que Dios os perdone todos los pecados cometidos con la vista. En este momento, el enfermo debe detestar de nuevo todos los pecados que ha cometido con la vista: miradas indiscretas, curiosidades pecaminosas y lecturas que le hayan sugerido pensamientos contrarios á la fe y á las buenas costumbres.»

¿Qué ha hecho el señor Flaubert? Ha puesto en boca del cura, reuniendo las dos partes, lo que debe estar en su pensamiento y hasta en el pensamiento del enfermo. Se ha limitado á copiar.

»*En los oídos:* Por esta unción santa y por su piadosa misericordia, que Dios os perdone todos los pecados que habéis cometido por el sentido del oído. En este momento, el enfermo debe detestar de nuevo todas las faltas de que se ha hecho culpable cuando escuchó con gusto maledicencias, calumnias, dichos deshonestos y canciones obscenas.

»*En las narices:* Por esta unción santa y por su gran misericordia, que el Señor os perdone todos los pecados que habéis cometido por el olfato. En este momento, el enfermo debe detestar de nuevo todos los pecados que ha cometido por el olfato, como olores voluptuosos, sensualidades y perfumes de iniquidad.

»*En la boca, sobre los labios:* Por esta unción santa y por su gran misericordia, que el Señor os perdone todos los pecados que habéis cometido con el sentido del gusto y con la palabra. En este momento, el enfermo debe detestar de nuevo todos los pecados que ha cometido profiriendo juramentos y blasfemias, excediéndose en el beber y en el comer.

»*En las manos:* Por esta unción santa y por su gran misericordia, que el Señor os perdone todos los pecados que habéis cometido con el sentido del tacto. En este momento, el enfermo debe detestar de nuevo todos los hurtos é injusticias de que sea culpable y todas las libertades más ó menos pecaminosas que se haya tomado... Los sacerdotes reciben la unción en la parte exterior de las manos, porque la han recibido ya en la interior.

»*En los pies:* Por esta unción santa y por su gran misericordia, que Dios os perdone todos los pecados que habéis cometido con vuestros pasos. En este momento, el enfermo debe detestar de nuevo todos los pasos que ha dado por la senda de la iniquidad, lo mismo paseos escandalosos que entrevistas pecaminosas. La unción de los pies se hace encima ó en la planta según la comodidad del enfermo ó la costumbre de la diócesis. La práctica más común es hacerla en la planta de los pies.

»Y por último, en el pecho (el señor Sainte-Beuve copió y nosotros no lo hicimos porque se trataba de un pecho de mujer). *Propter ardorem libidinis*, etc.

»*En el pecho:* Por esta unción santa y por su gran misericordia, que el Señor os perdone todos los pecados que habéis cometido con el ardor de las pasiones. En este momento, el enfermo debe detestar de nuevo todos los malos pensamientos y todos los malos deseos á que se ha entregado, y todos los sentimientos de odio y de venganza que ha albergado en su corazón.»

Siguiendo el Ritual, el autor podría haber escrito de otra parte del cuerpo que no es el pecho; pero Dios sabe la santa ira que habríamos provocado en el fiscal, si hubiésemos hablado de los riñones.

»*En los riñones (ad lumbos):* Por esta santa unción y por su gran misericordia, que el Señor os perdone todos los pecados que habéis cometido con los movimientos desordenados de la carne.»

Señor fiscal, si el autor hubiese escrito esto, ¡cuál no sería su acusación! Y sin embargo, el Ritual añade:

«En este momento, el enfermo debe detestar de nuevo lo mismo los placeres ilícitos que las delectaciones carnales...»

Este es el Ritual, y ya habéis oído el capítulo inculpado; no hay en él una burla, y todo es serio y conmovedor. Lo repito, el que dió este libro á mi defendido, al ver el uso que de él había hecho, le estrechó la mano llorando. Señor fiscal, ya veis cuán temeraria es (por no emplear otro calificativo más exacto, pero más duro) la acusación relativa á las cosas santas. Ahora ya veis que el autor no mezcló lo sagrado con lo profano cuando á cada sentido le añadió su pecado; puesto que también la Iglesia lo hace.

¿Insistiré, ahora, en los demás detalles de ultraje á la religión? El ministerio público ha dicho: «No es á la religión, es á la moral universal á la que se ha ultrajado, se ha insultado á la muerte». ¡Cómo! ¿el autor ha insultado á la muerte? ¿Por qué? ¿porque en el momento de morir aquella mujer, pasa por la calle un hombre á quien más de una vez había hallado y había dado limosna cuando volvía de sus citas amorosas, el ciego á quien solía encontrar, el ciego que cantaba canciones de amor en tanto que el coche subía lentamente la cuesta? Este hombre pasa por la calle, y en el momento en que la misericordia divina perdona ó promete perdón á la desgraciada que expía con una muerte horrible las faltas de su vida, se le aparece la burla humana en forma de canción que se oye bajo su ventana. ¡Dios mío! ¡y se ve en esto ultraje! Flaubert no hace más que lo que hicieron Shakspeare y Goethe, que en el instante supremo de la muerte, no dejan nunca de hacer oír algún canto de burla ó de lamento que recuerdan al que se va á la eternidad algún placer del que no gozará ya, ó alguna falta que expiar.

Leamos:

«En efecto, Emma abrió los ojos, mirando á su alrededor lentamente, como quien despierta de un sueño; luego, con voz clara, pidió un espejo, é inclinada ante él permaneció algún tiempo, hasta que gruesas lágrimas brotaron de sus ojos. Volvió la cabeza, lanzó un suspiro y se dejó caer sobre la almohada.

»Comenzó á jadearle el pecho con precipitación.»

No puedo seguir leyendo, porque opino como Lamar-

tine: «La expiación transpone los límites de la verdad». Sin embargo, señor fiscal, yo no creía hacer una mala acción leyendo estas páginas á mis hijas que son casadas, que han recibido siempre buenos ejemplos y buenas lecciones, y á las que jamás se ha sacado fuera de la senda estrecha del deber. Me es imposible continuar esta lectura, y me atenderé sólo á los pasajes inculcados:

«Carlos, al lado opuesto, de rodillas también, había extendido los brazos cogiendo las manos de Emma y estrechándolas y estremeciéndose á cada latido de su corazón, como al golpe de una ruina que se derrumba.

»A medida que el estertor hacíase más fuerte, el sacerdote aceleraba sus rezos, mezclándose á los sollozos de Carlos, y á veces, todo rumor desaparecía ante el sordo murmullo de sílabas latinas que tintineaban como un toque de campanas,

»De pronto, se oyó en la acera taconear y dar golpes con un bastón: una voz ronca comenzó á cantar:

»Al llegar los días
de mucho calor,
la pobre muchacha
sueña con su amor.

»Emma se levantó como un cadáver galvanizado, con los cabellos sueltos, la pupila fija, admirada, suspendida...

»Para recoger el trigo
que ha segado con su hoz,
se inclina presta hasta el surco
donde la espiga creció.

»—¡El ciego!—gritó.

»Y Emma comenzó á reír con una risa loca, frenética, desesperada, creyendo ver la cara repulsiva del pordiosero que se erguía en las tinieblas eternas como un espantajo.

»El viento, soplando fuerte,
la falda le levantó.

»Una última convulsión la hizo caer nuevamente. Todos se aproximaron. Había muerto.»

Señores, en este momento supremo se ve el recuerdo de su falta, el remordimiento con todo lo que tiene de punzante y de espantoso. No es un capricho de artista que busca un contraste sin utilidad, sin moralidad; la moribunda oye al ciego cantando en la calle aquella horrible canción que cantaba cuando ella volvía sudorosa, agitada de las ci-

tas adúlteras; al ciego á quien encontraba en su camino, al ciego que la persigue con su canción, al ciego que en el momento en que ella confía en la misericordia divina, se presenta á personificar la rabia humana que la persigue hasta el instante supremo de la muerte. ¡Y á esto se llama ultraje á la moral pública! Al contrario, yo puedo asegurar que es un homenaje á la moral y que no hay nada más moral que esto; puedo decir que en este libro, el vicio de la educación aparece patente y está sacado de la entraña de la sociedad por el autor, que pregunta á cada instante: «¿Has hecho lo que debías por la educación de tus hijas? La religión que les has dado, ¿es la que puede sostenerlas en las luchas de la vida, ó es sólo un montón de supersticiones carnales que no prestan apoyo cuando la tempestad ruge? ¿Les has enseñado que la vida no es la realización de sueños quiméricos, sino un algo prosaico á lo que es preciso acomodarse? ¿Les has enseñado esto? ¿Has hecho lo que debías por su dicha? ¿Les has dicho: Pobres niñas, fuera del camino que os indico, en los placeres que os tientan, sólo os esperan disgustos, el abandono de la casa, el desorden, la dilapidación, convulsiones y embargos?» Y ya veis que, por si le faltase algo al cuadro, está presente el alguacil y el judío á quien esa mujer se ha entregado para satisfacer sus caprichos; el embargo está hecho y se va á efectuar la venta; y el marido lo ignora todo. ¡A la desgraciada no le queda más camino que morir!

Pero el fiscal advierte que su muerte es voluntaria, que esa mujer muere porque quiere.

¿Podía acaso vivir? ¿No estaba condenada? ¿No había llegado ya al último grado de la vergüenza y de la bajeza?

Sí, en nuestros escenarios se presenta á las mujeres que se han extraviado, graciosas, risueñas, felices, y no quiero decir lo que han hecho. *Questum corpore facerant*. Me limito á decir esto. Cuando se las presenta felices, encantadoras, envueltas en muselina, dando su mano á condes, marqueses y duques ó bien ostentando ellas mismas estos títulos, entonces se dice que esto es respetar la moral. En cambio, ultraja á la moral el que presenta á la adúltera muriendo vergonzosamente.

Mirad, no quiero yo decir que no hayáis expresado vuestro pensamiento, puesto que lo habéis expresado; pero habéis cedido á una gran preocupación; no, vos, el esposo,

el padre de familia, el hombre ilustrado, vos no habrías dicho, no es posible que dijerais, sin la preocupación de vuestro cargo, sin una idea preconcebida, que el señor Flaubert es autor de un mal libro. Sí, entregado á vuestras inspiraciones, vuestra apreciación sería lo que es la mía, no sólo desde el punto de vista literario, sino desde el punto de vista de la moral y del sentimiento religioso, tal como lo entendéis vos y tal como yo lo entiendo.

Se nos ha dicho, además, que habíamos puesto en escena á un cura materialista. Hemos hecho con el cura como con el marido. No es un eclesiástico eminente, es un eclesiástico ordinario, un cura de aldea. Y del mismo modo que no hemos insultado á nadie, que no hemos expresado ningún sentimiento, ningún pensamiento que pudiese ser injurioso para el marido, tampoco hemos insultado al eclesiástico. Sobre esto, sólo diré una palabra.

¿Queréis libros en los que los eclesiásticos desempeñan un papel deplorable? Tomad el *Gil Blas*; *El Canónigo*, de Balzac; *Nuestra Señora de París*, de Víctor Hugo. Si queréis sacerdotes que sean la vergüenza del clero, buscadlos en otra parte, porque no los hallaréis en *La señora Bovary*. ¿Qué es lo que el autor muestra aquí? A un cura de aldea que es, en sus funciones de cura de aldea, lo que el señor Bovary, un hombre ordinario. ¿Lo ha representado acaso libertino, glotón, borracho? No ha dicho una palabra de esto. Lo ha representado desempeñando su ministerio, no con inteligencia elevada, sino como le llevaba á desempeñarlo su naturaleza. Ha puesto en contacto con él y en estado de discusiones casi perpetuas, á un tipo que vivirá como vivirán algunas otras criaturas de nuestro tiempo, tan bien estudiadas y sacadas de la realidad, que no es posible olvidarlas: me refiero al farmacéutico de aldea, al volteriano, al escéptico, al incrédulo, al hombre que está en constante discusión con el cura. Pero en estas discusiones con el cura, ¿quién es el vencido, el ridiculizado siempre? Homais; el que desempeña el papel más cómico porque es el más verdadero, el que describe mejor nuestra época escéptica, un furioso, lo que se llama un clerófobo. Permitidme aún leer la página 73. La buena mujer de la posada insta al cura á que tome algo:

«—¿En qué puedo servir á usted, señor cura?—preguntó la posadera, alcanzando de encima de la chimenea uno de los candeleros de cobre que había colocados en fila con sus

bujías preparadas.—¿Quiere usted tomar alguna cosa? ¿Un vasito de vino?

»El eclesiástico rehusó con muchos cumplidos: iba á buscar su paraguas que se había dejado olvidado hacía pocos días en el convento de Ernemont. Después de haber suplicado á la señora Lefrancois que se lo enviase al presbiterio aquella misma noche, salió para dirigirse á la iglesia, donde tocaban el *Angelus*. Cuando el boticario dejó de oír el ruido de sus zapatos, comenzó á censurarle: la negativa á aceptar un refresco, parecíale una hipocresía de las más odiosas. Los curas lo trasegaban todo cuando nadie los veía, y querían que volviésemos á los tiempos del diezmo.

»La posadera tomó la defensa del cura.

»—El año pasado nos ayudó á todos los del pueblo en la faena de la trilla; llevaba él solo á hombros seis haces de paja de una vez. Es muy fuerte.

»—¡Bravo!—contestó el boticario.—¡Envíe usted á sus hijas á confesar con mocetones de semejante temperamento! Si yo fuera gobierno, ordenaría que los curas se sangrasen una vez al mes. Sí, señora Lefrancois, cada mes una abundante *flebotomía*, en interés de las buenas costumbres y de la decencia.

»—¡Cállese usted, señor Homais! ¡Es usted un impío! ¡No tiene usted religión!

»El boticario contestó:

»—Sí, tengo una religión: la mía, que es mejor que la de todos, sin sus tonterías y sus imposturas. Yo adoro á Dios, creo en el Ser Supremo, en un Creador, quienquiera que sea, poco me importa, el cual nos ha colocado en la tierra para que cumplamos nuestros deberes de ciudadanos y de padres de familia. Pero yo no tengo necesidad de ir á la iglesia á besar bandejas de plata, ni á engordar con mi dinero á unos cuantos farsantes, que comen mejor que nosotros. Puede honrarse á Dios lo mismo en un bosque ó en un campo, que contemplando la bóveda celeste, como los antiguos. Mi Dios es el de Sócrates, el de Franklin, el de Voltaire, el de Beranger. Estoy por la *profesión de fe del Vicario Saboyano*, y por los inmortales principios del 89. Por eso no admito á un pobre hombre Dios que se pasee por su jardín con su bastón en la mano, aloje sus amigos en el vientre de las ballenas, muera lanzando chillidos y resucite al cabo de tres días; cosas absurdas en sí mismas y completamente opuestas, por

otra parte, á todas las leyes de la física; lo que, de paso, nos demuestra que los curas han vivido siempre en una ignorancia ruin, y se esfuerzan en sumir en ella á los pueblos.

»Callóse, buscando con la vista un público, porque, en su entusiasmo, habíase creído, durante un momento, en pleno Consejo municipal. Pero ni la dueña de la posada le escuchaba ya.»

¿Qué hay ahí? Un diálogo, una escena, como la había siempre que Homais tenía ocasión de hablar de los curas.

Ahora, véase algo mejor aún en el último pasaje.

«La atención pública fué distraída en aquel momento por la aparición del sacerdote, que pasaba con los santos óleos.

»Homais no pudo menos de aprovechar la ocasión para comparar á los curas con los cuervos, que acuden al olor de los muertos; decía que le era desagradable la vista de un cura, porque la sotana le hacía pensar en la mortaja, y odiaba á la una por miedo á la otra.»

El sacerdote amigo de Flaubert, á quien aludí antes, celebraba mucho este pasaje, y solía decir: «Es de una realidad asombrosa: es el retrato del cleróforo á quien la sotana hace pensar en la mortaja, y que execra á la una por espanto que le produce la otra». Era un impio y execraba la sotana un poco por impiedad, pero mucho porque le hacía pensar en la mortaja.

Permitidme resumir todo esto.

Defiendo á un hombre que, si hubiese visto una crítica literaria sobre la forma de su libro, sobre alguna expresión, sobre algún detalle, la habría acatado con la mejor voluntad. Pero ¡verse acusado de ultraje á la moral y á la religión! El señor Flaubert no sale de su asombro, y protesta aquí, ante vosotros, con toda la energía de que es capaz, contra semejante acusación.

Vosotros no sois de los que condenáis libros por unas cuantas líneas; vosotros sois de los que juzgan ante todo el pensamiento, los medios de proceder, y estoy seguro de que os haréis esta pregunta: ¿Inspira el libro amor ú horror al vicio? La terrible expiación de la falta, ¿no excita á la virtud? La lectura de este libro no puede producir en vosotros una impresión distinta de la que me ha producido á mí, á saber: que este libro es excelente en su conjunto y que sus detalles son irreprochables. Toda la literatura clásica autorizaba para hacer descripciones muy distintas de las que hemos hecho.

Desde este punto de vista, habríamos podido tomarla por modelo, y no lo hemos hecho; nos hemos impuesto una sobriedad que habréis de tener en cuenta. Si fuese posible que en una palabra ó en otra el señor Flaubert hubiese excedido la medida que se había impuesto, no necesito recordaros que es su primera obra, y que, aunque se hubiera equivocado, nunca redundaría su error en daño de la moral. Y al procesar al hombre á quien conocéis por su libro, á quien queréis ya un poco y á quien querríais más si más le conocieseis, creedme, ya le habéis castigado bastante. Ahora, á vosotros toca decidir. Habéis juzgado el libro en su conjunto y en sus detalles; no es posible que vaciléis.

SENTENCIA

El tribunal ha consagrado una parte de la audiencia de la octava última á los debates de un proceso seguido contra los señores León Pichat y Augusto Pillet, el primero gerente y el segundo impresor de la revista periódica titulada *Revista de París*, y contra Gustavo Flaubert, literato, los tres acusados: 1.º Lorenzo Pichat de haber publicado el año 1856, en los números del 1.º y 15 de diciembre de la *Revista de París*, fragmentos de una novela titulada *La señora Bovary*, cometiendo los delitos de ultraje á la moral pública y religiosa y á las buenas costumbres; 2.º Pillet y Flaubert por haber auxiliado, el primero imprimiendo y el segundo escribiendo los referidos fragmentos, para la consumación de los referidos delitos castigados por los artículos 1.º y 8 de la ley de 7 de mayo de 1819, y 59 y 60 del Código penal.

El señor Pinard, fiscal sustituto, sostuvo la acusación.

Oídas las defensas hechas por los señores Senard, Desmarest y Faverie, que defendían respectivamente á los señores Flaubert, Pichat y Pillet, el tribunal ha fallado en estos términos:

Resultando que Lorenzo Pichat, Gustavo Flaubert y Pillet son acusados de haber cometido los delitos de ultraje á la moral pública y religiosa y á las buenas costumbres; el primero como autor, publicando en la *Revista de París* una novela titulada *La señora Bovary*, y Flaubert y Pillet, como

cómplices que procuraron el uno el manuscrito y el otro la impresión:

Resultando que los pasajes acusados particularmente están contenidos en las páginas 73, 72 y 78 (número del 1.º de diciembre), y 271, 272 y 273 (del número 15 de diciembre);

Resultando que los pasajes acusados, considerados en abstracto y aisladamente, ofrecen en realidad, ora expresiones, ora imágenes, ora cuadros que reprueba el buen gusto y que son de naturaleza capaz de herir legítimas y honrosas susceptibilidades;

Resultando que iguales observaciones pueden hacerse respecto de otros pasajes no definidos por la acusación y que al primer golpe de vista parecen presentar la exposición de teorías que no serían menos contrarias á las buenas costumbres y á las instituciones que son la base de la sociedad que al respeto debido á las ceremonias más augustas del culto;

Considerando que por todos estos motivos la obra presentada al tribunal merece una severa censura, ya que la misión de la literatura debe ser recrear el espíritu elevando la inteligencia y depurando las costumbres y no inspirar horror al vicio presentando el cuadro de los desórdenes que puede haber en la sociedad;

Considerando que los procesados, y en particular Gustavo Flaubert, rechazan enérgicamente la inculpación que se les hace, alegando que la novela sometida á juicio tiene un objeto eminentemente moral; que el autor se ha propuesto principalmente exponer los peligros que ofrece una educación no apropiada al medio en que se debe vivir y que, persiguiendo este objeto, ha presentado á la mujer, personaje principal de su obra, aspirando á un mundo y á una sociedad para los cuales no había nacido y considerándose desgraciada á causa de la modesta condición en que la había colocado la suerte, olvidando así, primero sus deberes de madre, faltando luego á sus deberes de esposa, introduciendo en su casa el adulterio y la ruina, y acabando miserablemente por suicidarse, después de haber pasado por todos los grados de la degradación más completa, llegando hasta el robo;

Considerando que este extremo, moral sin duda en su esencia, debió ser completado en su exposición con cierta severidad de lenguaje y una cierta reserva, en lo que afecta

particularmente á la descripción de cuadros y situaciones que el autor presenta al lector;

Considerando que no está permitido, so pretexto de descripción de caracteres ó de sabor local, reproducir en sus extravíos, hechos, dichos y gestos el personaje que el autor se ha propuesto describir; que tal sistema, aplicado á las obras de la inteligencia y del arte, conduciría á un realismo que sería la negación de lo bello y de lo bueno, y que, engendrando obras igualmente ofensivas para las miradas y para la inteligencia, cometería continuos ultrajes á la moral pública y á las buenas costumbres;

Considerando que hay límites que no debe traspasar la literatura, y de los que parece que no se dieron perfecta cuenta Gustavo Flaubert y demás inculpados;

Considerando, por otra parte, que la obra de que es autor Gustavo Flaubert es una obra que parece haber sido concienzuda y laboriosamente trabajada desde el punto de vista literario y del estudio de los caracteres: que los pasajes acusados por el ministerio público son poco numerosos, aunque reprobables, si se comparan con la extensión de la obra; que estos pasajes, lo mismo por las ideas que exponen que por las situaciones que representan, forman parte integrante del conjunto de caracteres que el autor se propuso describir, si bien los exagera y les comunica un realismo vulgar y á veces chocante;

Considerando que Gustavo Flaubert hace protestas de su respeto á las buenas costumbres y á todo lo que se refiere á la moral religiosa; y que no parece que su libro haya sido escrito, como ciertas obras, con el objeto único de ridiculizar cosas que deben ser rodeadas del respeto de todos;

Que sólo hizo mal en perder á veces de vista las reglas que no debe olvidar nunca el escritor que se respeta, y en no tener presente que, lo mismo la literatura que las demás artes, para realizar el bien que están llamadas á hacer, han de ser puras y castas, lo mismo en la forma que en la expresión.

En estas circunstancias, considerando que no está suficientemente probado que Pichat, Flaubert y Pillet se hayan hecho culpables de los delitos que se les imputan,

El tribunal los absuelve, declarando las costas de oficio.



INDICE

	<u>Pags.</u>
DEDICATORIA.	5
Primera parte.	7
Segunda parte.	67
Tercera parte.	202
PROCESO INTENTADO CONTRA EL AUTOR.	305
Acusación del fiscal imperial.	307
Defensa.	329
Sentencia.	381